

C
611

B.P. de Soria



61063722
C 611



NOVÍSIMA
GEOGRAFÍA UNIVERSAL



11-1 2 20/11

ASIAN UNIVERSITY

Onésimo y Eliseo RECLUS

R. N.º 1553

NOVÍSIMA

GEOGRAFÍA UNIVERSAL

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Cinco volúmenes en 4.º de compacta lectura, con mil grabados de Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc. Mapas en colores.

TOMO IV.—AMÉRICA DEL NORTE



LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

OFICINAS: OLMO, 4,
MADRID



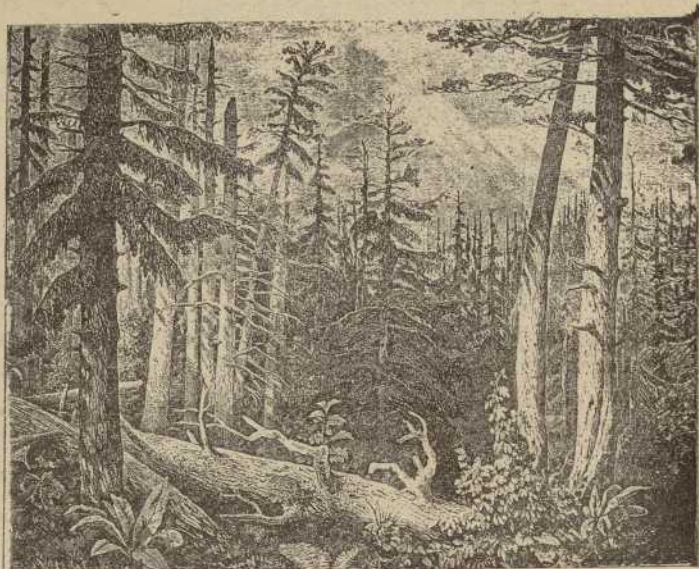
1063722

V. L. W. 1883

STANDARD PATENT



LA FINESTRE COGNAC



Paisaje de América Septentrional. (Dibujo de Roux.)

AMÉRICA

I

Cristóbal Colón y sus precursores escandinavos.—Descubridores posteriores á Colón.

La América, Nuevo Mundo ó Nuevo Continente recibió la visita de los europeos, mucho antes de la llegada de Colón, en el siglo X.

Unos noruegos procedentes de Islandia, que era entonces muy próspera, según la historia ó la leyenda, se establecieron durante dicho siglo en la Groenlandia, hicieron algunas expediciones hacia el Sur y hasta se cree que colonizaron el litoral que ellos titularon Viuland ó país de la Viña.

¿Cuál fué la suerte de estas colonias de la Tierra Verde (1), y al Mediodía del golfo de San Lorenzo, las del país llamado por

(1) La palabra escandinava Groenlandia significa «Tierra Verde».

ellos de la Viña Salvaje, en una costa semejante por sus *fiords* á su Noruega y su Islandia natales? Se ignora. Los viejos escandinavos conservaron tan escasa memoria de este descubrimiento, que no supieron cuál fué el final de estas colonias. Lo que puede creerse es que tales establecimientos fueron pequeños y de escasa importancia, que los esquimales los destruyeron y la metrópoli los abandonó no sospechando que perdía un mundo en el que le era posible renovar mil veces su raza aventurera.

Se habían olvidado en las tinieblas de varios siglos estos establecimientos irlandeses, cuando un genovés al servicio de España, un marino ya viejo, cuya edad madura se había gastado en la persecución de la gran idea que le agitaba, Cristóbal Colón, navegó por el mar del Oeste, en tres carabelas andaluzas. sin creer nunca que un continente le iba á cerrar el paso.

El inmortal navegante buscaba la Ind'a, la China, «el país de las especias», el país de Cipango lleno de oro, el gran Kan de Tartaria, que, según la voz pública, estaba vacilante, no sabiendo si reconocer á Jesús ó á Mahoma; y no encontró ni el Oriente, ni las especias, ni el potentado famoso para el cual llevaba una carta autógrafa de Fernando é Isabel, los Reyes Católicos de España, pues lo que encontró fué América en 1492, continente que no lleva su nombre, pues ha tomado el de Américo Vespucio, cosmógrafo y navegante florentino, por la simple casualidad de que éste fué el primero que escribió é imprimió folletos y hojas, describiendo y relatando á la curiosidad europea las nuevas tierras descubiertas.

Con los tesoros del Ganges, hacia el cual había creído navegar, quería Colón rescatar la tumba de Cristo; pero las minas de América no sirvieron para ninguna redención. Por ellas Europa cometió dos crímenes: quiso destruir á los indios y cazó á los negros en Africa.

Colón, en sus primeras exploraciones, no vió el nuevo continente. La primera isla que en 1492, después de 34 días de haber salido de las Canarias, encontraron los europeos, no es más que un promontorio madreporico ó coralino, cuyo nombre indígena, Guanahani, cambiaron los expedicionarios por San Salvador, con motivo quizás de haber sido «salvados de las aguas», y que los marinos han bautizado de nuevo con los nombres de Great Turk-island, Cat-island, Mayaguana, ó probablemente la isla Watling, pues aún no se sabe con certeza

absoluta dónde Colón, después de su memorable travesía, halló la tierra americana por primera vez. Sea lo que fuere, es indudable que Colón descubrió después muchas otras islas del archipiélago de Bahama; luego visitó una gran parte de la costa septentrional de Cuba y las ensenadas del Norte de Haití, llamada Española ó «Pequeña España» durante la dominación castellana. Según Colón, la «Española» era la isla de Cipango, es decir, el Japón; y Cuba una península de Catay ó de la China. Durante su viaje, el almirante disponíase á enviar al gran Kan de Tartaria la amistosa carta, exhortándolo á convertirse á la fe cristiana, que para él le habían dado los Reyes Católicos. Tal vez acerca de esto se manifestaron dudas entre sus compañeros de viaje, pues Colón hizo constar su llegada «á tierra de Asia» en un documento oficial, conminando con una fuerte multa, con la pena de azotes y hasta con cortar la lengua á aquel que le contradijese. Satisfecho de haber tocado en la costa del Asia, objeto de sus deseos, y de haber encontrado en la Española oro y esclavos, Colón no intentó avanzar más en dirección al Oeste, y en su segundo viaje se limitó á visitar de nuevo las dos grandes islas y á un reconocimiento de las costas de Jamaica, Puerto Rico y de la cordillera septentrional de las pequeñas Antillas. Hasta su tercer viaje, seis años después de haber descubierto la primera isla, no vió Colón la «Costa Firme», ó delta del Orinoco y la península de Paria, al dirigirse al Sur, por los consejos del judío Moisés Jacob Ferrer, que le había hablado de nuevas riquezas en oro y piedras preciosas, existentes hacia las latitudes meridionales, donde «los hombres tienen negra la piel». Aun cuando lo caudaloso del Orinoco en su desembocadura le inspiró la convicción de que este río debía estar alimentado por los afluentes de una gran cuenca continental, Colón no se resolvió á recorrer las costas nuevamente descubiertas y regresó sin desembarcar presuroso á la «Española», atraído por el incentivo de las minas de oro, que según él, habían de proporcionarle recursos bastantes para levantar un ejército de 4.000 caballos y 50.000 peones, y rescatar del poder de los turcos el Santo Sepulcro de Jerusalén. El primer europeo que pisó el Nuevo Mundo, fué también el primero que esclavizó á los indígenas y los sacrificó en servicio suyo. Pero en esta nefasta obra, Colón tuvo sus rivales, y las disensiones entre los concesionarios de minas y los indios, acabaron produciendo revueltas y guerras intestinas y ocasionaron que Colón fuese llamado por los Reyes Católicos. En-

tonces fué cuando, anciano, enfermo, é ignominiosamente cargado de cadenas, se le mandó á España.

Antes de su tercer viaje, el descubridor del Nuevo Mundo había obtenido para sí y sus descendientes el monopolio de la exploración de estas regiones, y no podía organizarse en España expedición alguna para nuevos descubrimientos, que no saliera de Cádiz y no se sometiese á condiciones onerosas. Pero esta ley no llegó á cumplirse y hubo muchas expediciones clandestinas con el solo objeto de evitar los derechos del fisco sobre los productos de las minas. Gobernando Colón en la Española, abordaron secretamente en las costas de la isla dos barcos mandados por su enemigo Ojeda y los dos famosos pilotos Juan de la Cosa y Américo Vespucio. Estos navegantes habían visto como Colón, y en una extensión mayor que él, la Costa Firme, y las playas bajas de Surinam, hasta el cabo de la Vela, extremo septentrional de la península de la Guajira, entre las costas de Venezuela y de la Nueva Granada. En el mismo año 1499, Ojeda, Alonso Niño y Guerra, habían hecho un reconocimiento por la parte de Cumaná. En el año 1500, Bastidas, de Sevilla, terminó la primera exploración de la parte meridional del mar Caribe hasta el golfo de Uraba, en tanto que, dirigiéndose en sentido inverso, á lo largo de las costas orientales del continente, Vicente Pinzón seguía el litoral á la otra parte del declive oriental de San Roque, hacia el punto de la costa donde hoy está la ciudad de Pernambuco, y al regresar navegó por el «mar dulce», que forma en su desembocadura el río de las Amazonas. Algunas semanas después, Diego Lepe visitó estos sitios, y en el mismo año 1500, trece naves portuguesas, al mando de Alvarez de Cabral, abordaron en la supuesta isla de Santa Cruz, que en realidad era la costa firme del Brasil, en la parte meridional de lo que hoy es provincia de Bahía. En fin, en el siguiente año, Américo Vespucio, siendo ya piloto de una flotilla portuguesa, avanzó más hacia el Sur y reconoció todo el litoral del Brasil hasta la bahía de Cananea, en la zona templada meridional. Desde allí se dirigió al Sudeste, sin ver tierra, á no ser una playa lejana hacia el grado 52 de latitud, Nueva Georgia, isla del Atlántico austral.

Así, pues, ante los marinos europeos, después que Colón hubo penetrado en la «boca de la serpiente» y recorrido el delta del Orinoco, apareció una larga extensión de costas de unos 10.000 kilómetros. Quiso Colón conquistar nueva gloria y terminar su carrera con el descubrimiento de un paso ó es-

trecho que le permitiera pasar á las Indias propiamente dichas; y estaba tan convencido de ello que, hasta tomó á su servicio un intérprete arabe. Llegó á la costa de Honduras, y creyendo que esta tierra era el Quersoneso de Oro, de Tolomeo, es decir, la península meridional de la Indo-China, recorrió la costa hacia el Sur, á fin de rodearla. No lo consiguió, puesto que el istmo del Nuevo Mundo es continuo; pero llegado cerca de las islas de Chiriquí, allí donde la lengua es ya muy estrecha, supo que otro Oceano agitaba sus olas á pequeña distancia al Sur, é imaginóse no estar más que á 10 jornadas de navegación del Ganges. Inútilmente buscó el Estrecho, y tuvo que retroceder, después de haber doblado el cabo de San Blas, en las inmediaciones del sitio donde se espera abrir un día el canal que Colón se imaginaba encontrar. Desde la costa de Veragua, después de haber intentado en vano fundar una colonia para la explotación de las minas de oro, emprendió el almirante la vuelta á Europa, donde llegó en 1504, luego de haber arrosado muchos peligros y contratiempos, y dos años después murió.

La exploración de la parte oriental de la América del Norte había empezado antes que Colón tocase en la costa firme del continente meridional. En 1494, otro navegante, también genovés, Caboto ó Cabot, había de nuevo encontrado las costas ya visitadas por los escandinavos. Este hombre, uno de los mejores pilotos de su tiempo, se naturalizó ciudadano de Venecia, y después se trasladó á Inglaterra con toda su familia. Aun cuando sin indicar su nombre, se sabe que por el año 1480, el «más hábil marino que había entonces en toda Inglaterra», salió de Bristol para buscar en el Océano la isla del Brasil, y que volvió dos meses después sin haberla encontrado. Es probable que este piloto fuese el mismo Cabot. En 1491, y después en 1492 y 1493, Cabot intentó nuevas expediciones por los mares occidentales, y al fin, en Junio de 1494, descubrió una «primera tierra vista» y otra cercana á ella; pasando entre la región continental, hoy llamada Nueva Escocia y la isla del Príncipe Eduardo. En 1497, Cabot volvió á emprender sus expediciones en busca de nuevas tierras y recorrió el continente por espacio de 300 leguas, dejando de distancia en distancia, en la cima de los promontorios, una gran cruz con las banderas inglesa y veneciana. Al siguiente año, remontó Cabot la costa continental hacia el Norte, hasta los 56 ó 58 grados; es decir, hasta el Labrador septentrional; después retrocedió hasta el Sur, fren-

te á las playas de lo que actualmente es la Virginia, y tal vez á las de la Florida. Así, antes de terminar el siglo xv, se conocían ya los rasgos principales de la costa americana en una extensión de 2.000 kilómetros. Los marineros ingleses continuaron visitando estas costas, y se mencionan viajes hechos en 1501 y 1504.

Por su parte, los portugueses, establecidos mucho tiempo antes en el archipiélago de las Azores, en medio del Atlántico, intentaban contribuir á los descubrimientos de regiones en el Nuevo Mundo. En 1454, João Vaz Cortereal, gobernador de la isla Terceira, hubo de visitar una «terra do Bacalhao», la Islandia ó Terranova. En 1500, su hijo salió asimismo de Terceira dirigiéndose hacia las regiones del Norte, donde pretendió descubrir una «Tierra Verde». Este mismo nombre, dado á una comarca de tan árido aspecto como la Groenlandia, prueba que las antiguas expediciones de los normandos no eran desconocidas de los marinos de aquella época, y que servían para orientarlos en sus investigaciones. Un año después, Gaspar Cortereal desembarcó en Terranova, recorrió las abundantes pesquerías allí existentes, y siguiendo la costa del Labrador, llegó hasta donde le permitieron las moles de hielo flotante. Los portugueses dieron á aquellas regiones boreales el nombre colectivo de país «Dos Cortereaes», en memoria de los hermanos Gaspar y Miguel, que allí habían perecido; pero para la multitud de marinos que acudieron atraídos por lo abundante de la pesca, el nombre más común fué el de *Bacalhaos* ó del Bacalao.

¿Fué en esta época, ó en otra muy anterior, cuando los pescadores bretones ó vascos dieron á la isla de Cap-Breton el nombre que todavía lleva? No hay documento que lo pruebe, pero la tradición aparece unánime en atribuir á los vascos de San Sebastián, de Pasajes, de Zaráúz, de Ciboure, San Juan de Luz y Cap-Breton, grandes pescadores de ballenas, el descubrimiento de las lejanas tierras del «Bacalao». Se cita asimismo el nombre de un navarro, Juan de Echaide, quien se adelantó en aquellos sitios á todos los demás navegantes europeos.

Así en el año 1504, cuando Colón dejó el Nuevo Mundo para no volver más á él, conocíase en su mayor parte la costa oriental de los dos continentes; en tanto que el mar de las Antillas, la primera región descubierta, no se había explorado sino por la parte meridional. Desde el descubrimiento de las islas de Bahama por Colón, transcurrieron veinticinco años antes que

las naves españolas penetrasen en el golfo de Méjico, á no ser costeando la isla de Cuba. Para los españoles era poco importante la metódica exploración de las costas del Nuevo Mundo; lo que buscaban eran mares abundantes en perlas ó bien tierras ricas en oro y esclavos. En 1508 Vicente Pinzón recorrió las costas desde Honduras hasta Belíze, y cinco años más tarde, Ponce de León y su piloto Alaminos, aproximándose al golfo por otra vía, al Oeste de las Bahamas, encontraron la península de la Florida, que recorrieron al Norte hasta la bahía de San Agustín y al Sur hasta el cabo Florida y la cordillera de los Cayos ó «Arrecifes». Estos navegantes buscaban, más que oro, la maravillosa «Fuente de Juventud», que devuelve á los viejos la fuerza y la arrogancia de la edad viril. Los prodigiosos descubrimientos hechos en este tiempo habían excitado mucho las imaginaciones. Todo parecía posible. Los mitos y consejas de que habían oído los hombres hablar en su infancia, parecíanles cosas reales y ciertas. Colón, navegando por la zona donde el Orinoco mezcla sus aguas dulces con las del mar, pretendía haber visto el río que «desciende del Paraíso Terrenal»; y siguiendo sus huellas, Ponce de León buscaba el agua de la juventud eterna. Pero en todas las islas y en la misma Bimini, donde se suponía la existencia de la sagrada fuente, no encontró más que aguas calizas y salobres. Las expediciones que más tarde dirigieron Pánfilo de Narváez y Fernando de Soto y Moscoso en busca de oro y plata, no fueron más afortunadas. Uno de los compañeros de Narváez, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, llegó á Culiacán, en Méjico, después de ocho años de permanencia entre los salvajes como prisionero.

En el mismo año que los españoles descubrieron las costas de la Florida, realizóse un hecho trascendental para la historia de la Geografía. Vasco Núñez de Balboa, que, como Colón, había oído hablar de un mar vecino, pasó el istmo de Darien y desde lo alto de una colina vió extenderse á sus pies el golfo de San Miguel y la inmensidad del Océano Pacífico. En medio de los mayores transportes de alegría, corrió hacia la playa; después se metió en el mar hasta llegarle el agua á la cintura, y embrazando el escudo y blandiendo la espada, tomó posesión de este mar inmenso en nombre del rey de España.

No obstante, transcurrieron dos años antes que sobre la playa se fundase un establecimiento europeo al lado de las pesquerías de perlas de Panamá. En el año 1517, Espinosa construyó la primera nave que surcó estas aguas vírgenes, desde la isla

de las Perlas á la bahía de Nicoya. El nombre de «mar del Sur» que Balboa dió al Pacífico y que los marinos emplean aún para designar las extensiones oceánicas, proviene de la orientación del istmo de Darien, de Oeste á Este. Para Balboa, el mar Caribe era el del Norte, y los golfos por él descubiertos pertenecían al mar del Sur. Se buscó durante largo tiempo el estrecho que unir á estos dos mares, y en 1523 Carlos V comisionó para este objeto á Hernán Cortés, quien se afaná en encontrar entre los dos mares el canal oculto á las investigaciones de Colón. Un mercader de esclavos, Hernández de Córdoba, yendo á cautivar indígenas por la costa de Honduras, descubrió en 1517 la costa septentrional de Yucatán y encontró las primeras poblaciones civilizadas del Nuevo Mundo. Al año siguiente, Juan de Grijalva, guiado por Alaminos, el mejor piloto de su tiempo, avanzó más hacia el Oeste y al Norte, y se corrió por la costa de Méjico hasta el río Jatalpa.

La fama de los tesoros de Méjico se esparció bien pronto por las Antillas españolas, y de todas partes acudieron navegantes y conquistadores. Pronto Hernán Cortés reemplazó á Moctezuma en la soberanía del Imperio, y las exploraciones que hasta entonces no habían pasado de las costas, se extendieron hacia el interior del continente. Pero aun cuando el mar del Sur era ya conocido y las naves españolas se atrevían á surcarlo, en vano se continuó buscando el paso ó comunicación entre los dos Océanos. En 1509, Vicente Pinzón y Díaz de Solís llegaron hasta la ancha desembocadura del Río de la Plata, y quizá más allá. Seis años después, Díaz de Solís tuvo la misión de dar la vuelta á todo el continente americano, hasta los sitios descubiertos por Balboa; pero fué muerto por los indígenas en las orillas del río de la Plata, donde él creyó encontrar la deseada comunicación de los dos mares. Magallanes recibió entonces la herencia de esta misión. Los geógrafos de aquel tiempo observaban, lógicamente, que la costa de la América meridional retrocede gradualmente hacia el Oeste bajo las latitudes australes, del mismo modo que el litoral africano retrocede hacia el Este, de lo que deducían que el Nuevo Mundo, lo mismo que el Antiguo, terminaba en punta y que tenía igualmente su cabo de Buena Esperanza. Pero la América penetra mucho más en los mares fríos que el Africa, y para llegar al cabo llamado de «Las Once mil Vírgenes» é internarse en la intrincada serie de arrecifes que corta la extremidad del continente, fueron necesarias la indomable energía y la voluntad casi sobrehumana de Maga-

llanes. Los dos grandes navegantes que elevaron á España al primer rango en la historia de los descubrimientos, Colón y Magallanes, fueron extranjeros: el primero italiano, el segundo portugués. Si cabe comparación entre lo que hicieron esos dos hombres, puede decirse que la ventaja está en favor de Magallanes. Lo realizado por él no tiene igual entre todas las exploraciones geográficas. Nuestro héroe no sólo encontró la comunicación entre los dos océanos, sino que rodeó la esfera terrestre con su nave, y al probar prácticamente su redondez, arrancó la tierra de las espaldas del mitológico Atlas é hizo que flotara libremente en el éter.

Aun cuando el Estrecho de Magallanes tomó el título de «Vía Española» como contraste con la «Vía Portuguesa». que daba la vuelta al Africa por el cabo de Buena Esperanza, los marinos españoles no frecuentaron mucho este camino abierto entre los dos Océanos. Sin embargo, en 1526 un navío de la escuadra de Loaysa, arrastrado por la tempestad, después de haber pasado el Estrecho, retrocedió hacia la costa de América y tocó en un puerto mejicano, cerca de Tehuantepec. Pero durante esta travesía, el buque, que iba mandado por Guevara, no vió las costas del continente meridional. Los descubrimientos en el litoral occidental de América se hicieron por el camino del istmo. En 1522, Andagoya recorrió las costas del Sur hasta el río Birú, pobre corriente de agua, cuyo nombre no se encuentra en los mapas, pero que súbitamente adquirió entonces gran importancia entre los buscadores de oro, á causa de los relatos que hicieron los indígenas acerca de las riquezas de los países meridionales. Dos años después, Pizarro, Almagro y Hernando de Luque crearon la famosa compañía de Birú ó Perú, la cual consiguió inmensos tesoros, pero contribuyó al exterminio de poblaciones enteras y á la esclavitud de los que pudieron librarse del hierro ó del fuego. Los límites de los territorios explorados fueron los de los países sometidos. Los españoles no pasaron más allá del río Maule, en la parte meridional de Chile. En la frontera de los Araucanos detúvose Gómez de Alvarado, uno de los lugartenientes de Almagro. Más allá no fué por tierra, hasta las orillas del estrecho, explorador alguno. Sólo por el mar fué recorrido el litoral, y por vez primera, en 1540, lo hizo Alonso de Camargo, que fué directamente de Sevilla al Callao, por el Estrecho de Magallanes. En 1579, Sarmiento hizo el mismo viaje, pero en sentido inverso. La gloria de la primera circunnavegación completa del globo, en dirección contra-

ria á la que siguió Magallanes, estaba reservada á Cook. En cuanto á la punta extrema del Nuevo Mundo, el Sur de la Tierra del Fuego y de su archipiélago, es posible que fuese visitada en 1526 por uno de los compañeros de Loaysa. Otros viajeros, Drake y Sarmiento, hablan también de las islas del Sur del Estrecho. En 1616, un siglo después de Magallanes, dos holandeses, Lemaire y Schouten, doblaron completamente el cabo de Hornos.

Hernán Cortés escogió para punto de partida de las flotillas del Pacífico un puerto de Méjico, en la costa del continente septentrional, pero la exploración del litoral por este lado marchó muy despacio. En 1533, Grijalva vió las islas de Revillagigedo y el extremo meridional de la península californiana. Luego, Hernán Cortés y otros navegantes penetraron en el golfo de California ó «mar Bermejo», é intentaron avanzar á lo largo de estas costas. En fin, en 1542, Cabrillo alcanzó el cabo Mendocino, al Norte de los 40 grados de latitud. En el mismo siglo los anales geográficos sólo mencionan otro viaje que llegase más al Norte, el del famoso Drake. Este pirata llegó hasta los 43 grados y recorrió la costa de California, navegando hacia el Sur. Un griego, Apóstolos Valerianos, que con el nombre de Juan de Fuca sirvió como piloto en la expedición española descubridora de California, escribió el relato, hablando del paso de Anian en la América del Norte, creyéndolo semejante al paso de Magallanes al Sur.

Bering, y antes que él otros muchos navegantes, intentaron durante muchos años encontrar el paso del Norte, y su empeño motivó importantes descubrimientos. A Bering hay que añadir los nombres de Franklin, John Ross, Mac-Clure y otros más

II

El doble continente americano

De forma triangular los dos continentes parciales que componen el Nuevo Mundo ó América, y unidos por un istmo estrecho, presentan desde luego á la vista un límite muy definido. No obstante, es imposible decir: «Aquí acaba la América del Norte», ó «aquí empieza la América del Sur». Lo mismo que en las divisiones del antiguo mundo se encuentran obstáculos, es

difícil trazar la frontera natural entre las dos Américas, teniendo que ser convencional la línea que la señale.

Desde el punto de vista geológico, el istmo de Tehuantepec podría mirarse como una natural separación entre las dos Américas. Las últimas pendientes de la meseta del Anahuac se deprimen en este paraje, y la muralla de las montañas de Guatemala no aparecen allí todavía de modo muy marcado. Por la parte oriental se bifurca el terreno en dos brazos, uno de ellos, que es el Yucatán, se prolonga por debajo del mar formando la isla de Cuba y las demás Antillas, mientras que el otro forma la América central propiamente dicha, con sus grandes protuberancias y sus depresiones sucesivas. Pero la más limpia de todas estas líneas divisorias es la que forma el istmo de Darien, al juntarse á la enorme masa del continente meridional, al Oeste del delta del Atrato. Allí va gradualmente bajando el terreno, desligándose del sistema andino, del que lo separa un solo valle, por donde hace tiempo se proyectó abrir un canal interoceánico. Si se estudia la estructura de los continentes americanos, no bajo la forma con que se nos presentan delimitados por el mar, sino en sus partes sumergidas, se ve que la América del Norte proyecta hacia el Sudoeste dos lenguas de tierra irregulares, pero casi paralelas en sus curvaturas, que van á juntarse con el continente meridional. Estas dos lenguas de tierra son la América central y las Antillas. La isla de Cuba las une transversalmente, abriéndose profundos abismos marítimos entre los dos mediterráneos que los continentes, islas y penínsulas limitan por todos lados.

Grande es, entre las dos Américas, la analogía de forma, pero no lo es á la manera que imaginaban los navegantes del siglo xvii, buscando en el Norte «un Estrecho de Magallanes», semejante al de la extremidad meridional del Nuevo Mundo. Los dos continentes, considerados en su estructura general, forman dos triángulos orientados de igual manera, presentando casi paralelamente sus tres lados y unidos por dos líneas paralelas: el istmo propiamente dicho de la América central y la cordillera de las Antillas. El triángulo del Norte es casi una octava parte mayor. No obstante, hay que tener en cuenta que la parte Nordeste de América, comprendiendo la península del Labrador y más de una mitad del Canadá, está separada del tronco continental por una serie regular de lagos que se desarrolla en una longitud de 4.000 kilómetros, entre el lago Ontario y el gran lago del Oso, como si fuesen un brazo de mar

en parte obstruído. Asimismo se desprenden vastas regiones peninsulares de la América del Norte, la cual de un modo sorprendente imita sin estos apéndices la forma de la América del Sur.

No sólo por sus contornos exteriores se parecen las dos masas triangulares de la América: ofrecen también muy grandes analogías por el relieve general, la disposición de las mesetas, de las cordilleras, de las llanuras y de los ríos. Muy altas ambas, las crestas de las montañas Roquizas, y las de los Andes se extienden paralelas á las costas occidentales del continente. Una y otra cadena se bifurcan en varios sitios, presentando dos ó más cadenas paralelas ó divergentes, entre las cuales se encierran elevadas mesetas. Ambas aparecen con cráteres de volcanes, unos apagados y otros en actividad, y cubren las rocas sedimentarias grandes extensiones de lavas y cenizas. Determinase la forma triangular en cada uno de los medios continentes americanos por el eje montañoso del Oeste, y por otro sistema orográfico que ocupa una parte del territorio oriental, como los Apalaches en la América del Norte y la Serra do Mar y las cordilleras brasileñas en la del Sur. En los dos continentes la silueta de los montes orientales tiene la línea de sus cimas paralela á la costa, pero no llegan, ni con mucho, á la altura de las cadenas occidentales, de las que les separan dilatadas llanuras, en donde tienen los ríos variado curso. En el centro de ambos continentes, donde se esperaba encontrar los más elevados grupos montañosos, se extienden las depresiones y se reúnen las aguas para correr hacia el Océano ó hacia los mares laterales. Ninguna división bien señalada separa los altos afluentes del Mississippí de los de San Lorenzo y del río Rojo del Norte. Asimismo, en el continente del Sur, la pendiente aparece indecisa entre las vertientes del Amazonas y del Plata. La región lacustre que en nuestros días ocupa la parte central de la América del Norte, fué mucho más extensa. La península de Michigan fué una gran isla, y la vertiente de las aguas que durante las edades geológicas se encauzaban alternativamente por el río Hudson, ó por el Mississippí, en nuestros días lo hace por el San Lorenzo.

Se ha probado que la fauna de los lagos canadienses ofrece carácter pelágico en numerosas especies, y algunos lagos, como el Champlain y los de las «Seis Naciones», en el Estado de Nueva York, tienen una forma que revela que son antiguos *fjords* ó *furdos* separados gradualmente del mar. Algunos ríos

de la América del Norte parece también que han pertenecido al número de estas bahías profundas, ocupadas un tiempo por glaciares.

Antes de conocerse medianamente la geología de América, preguntábanse muchos si el Nuevo Mundo era de formación más moderna que el antiguo. No lo es; antes al contrario, de todas las masas continentales, la América del Norte, en su forma actual, parece ser la más antigua. Desde el fin del período cretáceo, muestra con poca diferencia los mismos contornos. La América Meridional parece ser de formación posterior.

En los contornos exteriores de la masa continental, y especialmente en los istmos y filas de islas que juntan las dos Américas, es indudable que se han efectuado grandes transformaciones. Aun cuando no sea posible la inspección directa de las tierras que actualmente cubre el mar, la historia natural de las islas permite reconocer en muchos sitios la continuidad primitiva. Así la división de las especies de moluscos en las Antillas demuestra que la América central y Méjico estaban antes unidos á las Bahamas por las grandes islas de Haití y de Cuba. Asimismo, la diferencia en la fauna del mar Caribe y del Océano Pacífico, separados por la estrecha barrera de los istmos, prueba que las dos mitades del Nuevo Mundo se componen desde hace largo tiempo de tierras de idéntico origen. Se cree que desde el fin del período mioceno no ha habido comunicación directa entre los dos Océanos.

En conjunto, el Nuevo Mundo, entre sus dos costas, presenta un contraste notable. La costa del Oeste aparece erizada de conos volcánicos mientras la del Este, á excepción de las Antillas, tiene desde hace mucho tiempo su tierra en reposo, y gradualmente invadida por el mar. Los encendidos conos del Oeste están distribuídos con desigualdad, interrumpiendo anchos boquetes la cordillera en que aparecen. La América del Norte tiene volcanes en las Aleutianas, continuados por otros en la Tierra Firme del Alaska. Vese después en el continente la sucesión de montañas de lava; los cráteres llenos de hielo, y no por esto menos humeantes, como sucede en el monte Wrangel, al Nordeste de San Elías. Al Norte del río Columbia existe un tercer grupo de volcanes, algunos de ellos en actividad, pero casi apagados, si se les compara con los formidables que hubo antes en estas regiones de inmensas sábanas de lavas. Al Sur de *Columbia*, en todas las costas de California, los cráteres que todavía dan señales de vida no son más que humaredas, y sólo

en Méjico se presenta del uno al otro mar una nueva hendidura coronada de volcanes en erupción. La región de los istmos, desde Guatemala á Costa Rica, se halla también cruzada por una línea de volcanes en combustión permanente. En cuanto á la América meridional, más rica que el continente del Norte en agujeros que vomitan lavas y cenizas, ofrece bajo este punto de vista tres regiones principales: Colombia, la alta meseta de Bolivia, y Chile. Finalmente, en algunas de las pequeñas Antillas, entre el Océano Atlántico y el mar de los Caribes se alzan algunos promontorios humeantes. A juzgar por la frecuencia y las fuerzas de las explosiones, los volcanes americanos del istmo corresponden á los del archipiélago asiático en la parte opuesta del planeta. La distancia entre los dos focos abarca precisamente la mitad de la circunferencia terrestre, y las dos filas de volcanes costarriqueños y javaneses están casi á igual distancia de la línea equinoccial: la primera al Norte y la segunda al Sur. Puede decirse que en nuestro planeta hay dos polos de fuego, coincidiendo ambos con una región situada entre las dos masas continentales.

Del mismo modo que el antiguo mundo, tiene el nuevo la mayor parte de sus tierras en el hemisferio septentrional, como si hubiese cedido á una fuerza de atracción ejercida desde el polo ártico. El ecuador no atraviesa por el centro de los istmos, sino que pasa mucho más al Sur, por encima del río de las Amazonas. De esto resulta que la zona templada, la más favorable para el fomento de la población y el desarrollo industrial, ocupa en la América del Norte la parte más ancha del continente, mientras que en la América del Sur aparece relegada al otro lado del cuerpo principal, en los espacios que van estrechándose hasta llegar al cabo de Hornos. El continente Norte está, pues, desde este aspecto mejor dividido que el del Sur; pero lo está mucho menos si se tiene en cuenta que la inmensa extensión de las regiones polares no es en gran parte utilizable por causa de los rigurosos fríos y falta de vegetación. La América del Sur, sólo en su parte más extrema, es verdaderamente inhospitalaria para el hombre civilizado; mientras que en la del Norte las regiones inhabitables del Canadá, el archipiélago Polar y Groenlandia igualan en extensión á toda Europa. Antes, los dos límites de la colonización europea del Nuevo Mundo eran, al Norte, las márgenes del río San Lorenzo, y al Sur, las del río de la Plata. Este último límite se ha agrandado mucho actualmente gracias á la actividad colonizadora de

Chile y la Argentina, mientras que el límite de las «Tierras Altas», situado entre el San Lorenzo y la región del Labrador no se ha franqueado aún. En la parte extrema de ambos continentes, las costas aparecen cortadas en profundos canales, pero en la América meridional sólo el Sur de Chile presenta estas sinuosidades, en tanto que en la América del Norte empiezan al Oeste con el estrecho de Juan de Fuca, y al Este en el estuario del río San Lorenzo, antiguo furdo, hoy en parte obstruido.

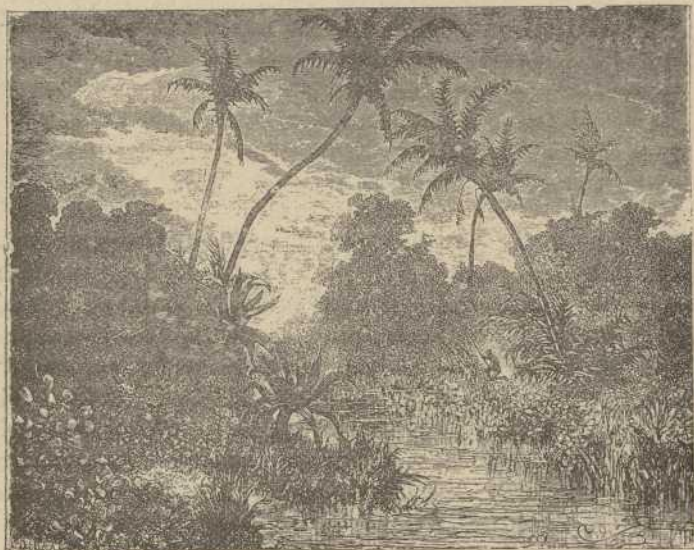
III

Clima de América.

La zona tropical intermedia entre las dos zonas templadas abarca muy pequeña parte de la América del Norte propiamente dicha, mientras que comprende toda la América central, las Antillas y más de la mitad del continente meridional. El calor es muy fuerte en esta zona. En las regiones húmedas es exuberante la vegetación, y por lo tanto, resultan mucho menos favorables al fomento y la prosperidad de la población que los países de clima templado. No obstante, las comarcas tropicales del Nuevo Mundo, por estar en su mayor parte cerca del mar, gozan de un clima especial más suave y menos variable que el que tienen en latitudes iguales los países de África y Asia. Además, una buena parte de la América ecuatorial consiste en altas mesetas y montañas, donde la atmósfera, naturalmente más fría, compensa las condiciones normales del clima en las llanuras bajas. Debido á su situación elevada, muchos países de la zona tórrida parecen colocados en la templada: tal por ejemplo la alta meseta mejicana, cuya temperatura normal es de unos 28 grados. Las bajas regiones húmedas y cálidas son contrarias al hombre, de aquí que el magnífico río de las Amazonas, el más caudaloso de la tierra, sólo atraviese regiones desiertas, á pesar de que las llanuras de su cuenca son más que suficientes para alimentar á todos los habitantes de nuestro planeta.

Lo más característico del clima de América, comparado con el del antiguo mundo, y sobre todo con el de Europa, es que la temperatura media es menor en iguales latitudes. América es más fría que Europa y África, al menos en el hemisferio septentrional, y en ciertos sitios la diferencia llega á ocho grados.

Esta irregularidad en la temperatura entre las dos costas atlánticas, no se muestra del mismo modo en todas las épocas del año. Son los inviernos de la América del Norte los que empujan, por decirlo así, al continente en masa con dirección al polo. En verano los calores son iguales en los Estados Unidos á los de las latitudes correspondientes al otro lado del Atlántico, pero



Paisaje de la América Tropical. (Dibujo de Roux.)

en el mes de Enero hace tanto frío en las orillas del Mississippi como en las costas de Noruega. Durante meses enteros las nieves cubren el suelo en San Luis y en Washington, situadas en la misma latitud que Lisboa, Mesina y Smyrna, ciudades donde la nieve es cosa poco conocida. Para encontrar en las costas europeas un clima como el del invierno en Nueva York, hay que remontar 20 grados al Norte.

Concedidas son las influencias atmosféricas que determinan este contraste de temperatura entre las opuestas costas que baña el Atlántico boreal. Los vientos dominantes en Europa soplan del Sudoeste, es decir, de las regiones tropicales de América, y en el mismo sentido se mueven las aguas del Océano. Desde el mar Caribe y de las regiones ecuatoriales se dirigen estos vientos al Nordeste sin ejercer influencia apreciable en el clima de la América septentrional, pues solo la ejercen en

las costas occidentales de Europa hasta la Escandinavia y el Spitzberg, mientras que á lo largo de la costa norteamericana pasa una corriente fría que desciende de las regiones polares.

Las otras corrientes, á lo largo de las costas americanas, producen efectos análogos á las del Gulf-Stream y la corriente polar, modificando las condiciones del clima continental, conforme á la dirección y á la rapidez que se observa en la marcha de dichas corrientes. Así, la del Pacífico, en la cual se nota igual inclinación que en el Gulf-Stream, y que se llama «Corriente Negra» ó Kuro-Sivo, determina en las costas occidentales de la América del Norte fenómenos climatéricos semejantes á los de la Europa marítima, y además lleva á los mares del Japón aguas relativamente tibias que se esparcen á través del Océano. Llega á las costas del Nuevo Mundo, al Sur del Alaska y va hacia el Sur, paralela, al litoral del Oregón y de la California; pero descendiendo de parajes fríos hacia mares más cálidos, se mezcla con aguas procedentes de las regiones boreales y se transforma gradualmente en una corriente fría. En las costas tropicales refresca el ambiente y templá los rigores del clima. El Kuro-Sivo describe en su marcha un curso menos regular que el Gulf-Stream. No se forma en un espacio claramente limitado, como el golfo de Méjico, y no empieza á manera de río encajonado entre sólidos ribazos, sino que flota, por decirlo así, á través del Pacífico, y su marcha es menos lenta que la observada en la corriente que corresponde al Atlántico del Norte.

Las dos opuestas costas de la América meridional aparecen sometidas, como las de la América del Norte, á la influencia de dos corrientes que obran en sentido inverso sobre el clima. Mientras que la corriente polar, procedente del mar de Baffin, enfría la temperatura de las costas de Nueva Inglaterra y de Nueva York, la del Kuro-Sivo, que baña el litoral de California, templá el clima, y por consecuencia, las líneas isotermas retroceden en este sitio hacia el Norte. Asimismo una corriente polar antártica, cuyas aguas frías modifican los calores del litoral hasta bajo el Ecuador, roza la América del Sur á lo largo de su costa del Pacífico. La costa oriental ó atlántica recibe en sus bahías un caudal de agua tibia que conduce hasta ellas un brazo de la gran corriente ecuatorial, y que después de haber atravesado el Atlántico del Este al Oeste, va á chocar contra el cabo de San Roque, y se divide en dos secundarias, una al Noroeste hacia el mar Caribe y otra que desciende al Sur y al Sud-

oeste, dirigiéndose al estuario del río de la Plata. Conviene advertir que de las cuatro principales corrientes que hoy influyen en el clima de ambas Américas, dos elevan y dos rebajan la temperatura de las costas. Los efectos, que son semejantes desde el uno al otro medio continente, se producen en línea diagonal: el Este de la América del Norte y el Oeste de la América del Sur se enfrían; el Oeste de la primera y el Este de la segunda se calientan.

Por causa de la forma prolongada de las dos mitades triangulares del Nuevo Mundo, ninguna región de estos continentes está muy alejada del mar, y todos los vientos llevan al interior la humedad condensada. Las lluvias sólo faltan en absoluto allí donde las cadenas de montañas detienen las nubes y las obligan á disolverse antes de pasar á la vertiente opuesta. Por término medio, la lluvia es más abundante en el Nuevo Mundo que en el antiguo, y lo prueba la enorme masa líquida de los ríos americanos. La mayor corriente de agua dulce que se conoce en el mundo es el río de las Amazonas, y después de éste, el San Lorenzo, el Mississippi, el Orinoco y el Paraná tienen pocos rivales entre los ríos del antiguo mundo.

En una gran parte de las llanuras y mesetas de la América del Norte, que se extiende al Oeste del Mississippi, hay espacios de suelo árido y estéril donde rara vez llueve; pero desiertos propiamente dichos, sólo se encuentran junto al golfo de California y á lo largo de las costas chilena y peruana, en las riberas situadas al pie de los Andes. Este formidable muro que se levanta hacia Oriente, priva el paso á las nubes, y por consecuencia, no llueve. ¿Pero qué son estos espacios inhabitables de América comparados con la sucesión de desiertos que ocupan la mayor parte de una diagonal del antiguo mundo, desde el Adrar africano hasta la Mandchuria china?

IV

Flora y fauna de América.

La orientación de la América entera de Norte á Sur, al través de todos los climas, permite suponer que, relativamente á la superficie que mide, tiene más vegetales que el antiguo mundo. La flora americana es en proporción más rica que la de los otros continentes. Aun cuando ocupa un espacio mucho menor, abraza casi tanto en zonas vegetales. Desde las heladas islas del

Norte, á la punta austral, se ven sucesivamente tierras desnudas ó solamente revestidas de musgo; después, pequeños bosques de abedules enanos, sauces y otros arbustos, menos altos que las grandes hierbas; más allá, en dirección al Sur, los árboles se elevan gradualmente, y del lado del Este, en el Canadá y en los Estados Unidos, se agrupan ya en espesos bosques de variada especie, dominando los de hoja caduca, en raros contrastes de forma y color, mientras que del lado Oeste, en la Colombia Británica, en el Oregón y la California, los árboles son principalmente coníferos. Los hay gigantescos, como el *sequoia*, rival del eucalipto australiano por la dureza de la fibra y el diámetro del tronco. En las mismas latitudes se extienden las «praderas», vastas extensiones de hierbas que van desapareciendo reemplazadas por el cultivo, y las colinas cubiertas de una vegetación salitrosa, como la de las playas marítimas. En Méjico y en la América central el área vegetal se extiende en zonas paralelas, desde las tierras calientes de grande extensión á las tierras frías del interior. Las Antillas tienen su flora especial, como la tienen Costa Firme y los Andes. La cuenca del río de las Amazonas está casi toda poblada de bosques que son impenetrables, á no marchar en ellos por los caminos naturales que forman los ríos y los arroyos afluentes. No existe en la tierra otra comarca donde la vegetación oculte el suelo en tan vastas extensiones. Es, por excelencia, la región de los bosques, y por esto los botánicos le dan el nombre especial de «Hylaea». Más hacia el Sur, en la zona templada, los araucarios ó pinos de Chile dominan en las mesetas; después vienen las pampas herbosas, parecidas á las praderas de la América del Norte. La Patagonia se distingue también por una flora especial, del mismo modo que la Tierra del Fuego, con sus hayas desmedradas, sus arbustos trepadores y sus líquenes.

La fauna americana es, como la flora, muy variada, á causa de la infinita diversidad de condiciones del suelo y del clima. Pájaros, peces, anfibios, reptiles y variados insectos: todo el reino animal es abundantísimo. La proporción en los mamíferos es también considerable; pero las grandes especies que poseen Africa y Asia no tienen iguales ni parecidos siquiera en América. Los naturalistas del siglo XVIII notaron ya que en América, el más estrecho de nuestros continentes, los animales son de menores dimensiones que en los otros. En una época geológica relativamente reciente, la América tuvo el mastodonte. En la época terciaria las Montañas Roquizas tuvieron

también sus grandes dinocérates; pero actualmente el Nuevo Mundo no tiene cuadrúpedos que puedan compararse al elefante, al rinoceronte y á la jirafa. No obstante, existen animales de gran talla, como el oso blanco del Polo y el gris de las Montañas Rocosas, y además vense el danta y el caribu, ciervo ó rengífero del Canadá, y el jaguar de la América tropical, ordinariamente designado por los indígenas, lo mismo que la pantera, con el nombre de «tigre». Especies distintas representan el mismo tipo en diferentes medios de existencia: así puede decirse que la vicuña es el camello de América y el nandú el avestruz de nuestros climas. El continente del Sur, como centro de creación, contrasta con el del Norte, pues posee un gran número de familias zoológicas que no se encuentran en este último. Cuenta la América meridional con unas 2.300 especies de pájaros, mientras que la septentrional sólo tiene 700, ó sea tres veces menos. En los peces, la diferencia es aún más notable. Las aguas americanas del Norte, por su fauna ictiológica, se parecen á las de Europa y Asia, mientras que especies peculiares á la América meridional se cuentan por millares. En la cuenca del río de las Amazonas recogió el naturalista Agassiz 2.000. En un solo lago había tantas como en Europa.

En cuanto al hombre americano, se parece de una manera asombrosa desde el uno al otro extremo del Nuevo Mundo, excepto los esquimales, que según algunos autores, pertenecen á una raza asiática cuyos congéneres, los *chukches*, viven en la Siberia oriental. Los habitantes de América en el siglo xvi, antes de la colonización europea, formaban, según parece, un solo grupo étnico. Cualquiera que sean las diferencias locales entre indígenas americanos septentrionales y meridionales, civilizados ó salvajes, labradores ó cazadores, y por mucha y muy notable que parezca la diversidad de costumbres y la que sus 450 idiomas y dialectos pudieran establecer entre tribu y tribu, los indígenas, casi sin excepción, tienen un mismo aspecto. Les son comunes ciertos caracteres físicos; el color obscuro, amarillento aceitunado ó rojizo que ha dado á los aborígenes de la América del Norte el nombre de Pielas Rojas; los cabellos negros y lacios, el aspecto grave, el andar tardo y el pulso más lento que en los habitantes del antiguo mundo. En su mayor parte, los indígenas americanos muestran su afinidad por la cara angular, las quijadas sólidas, el arco de las cejas saliente, la nariz aguileña, las facciones duras, diferenciándose en esto muy poco el hombre de la mujer, y el busto ancho y robusto en pro-

porción de los miembros. Tal es el tipo propiamente dicho de estos hombres de América, bien distinto por cierto del de los



Tipos de indios canadienses. (Dibujo de Roux.)

verdaderos «Indios» de la India, con los cuales los confundieron en otro tiempo Colón y los demás descubridores españoles.

V

Anexión de la América á la civilización moderna.

El descubrimiento del Nuevo Mundo tuvo en los destinos de la humanidad una influencia muy superior á todo cuanto racionalmente pudo imaginarse. Sin la América, el género humano estaba incompleto, la historia buscaba en vano su unidad. Reducida la Tierra á una pequeña parte, casi á la sexta, de su verdadera extensión, y falta de comunicaciones marítimas que, acercando las costas más apartadas, diesen al hombre cierta ubicuidad, la Tierra parecía infinita, puesto que no se conocían sus límites. Por esto se agrandó considerablemente el campo de los conocimientos humanos cuando la América, saliendo de las sombras, tomó puesto entre la Europa y la China,

y desde que pudieron fijarse los límites de la superficie terrestre. Ignorando los hombres tan largo tiempo su posición en el espacio y considerando la mayor parte de ellos inconmensurable la Tierra, las ideas acerca de la naturaleza de las cosas habían de resultar forzosamente falsas y ser imposibles los progresos de la ciencia. ¿Qué podía ser la astronomía cuando, á pesar de la opinión de unos pocos sabios herederos de los egipcios y de los griegos, se consideraba á la Tierra como un plano sólido sobre el cual se apoyaba la bóveda celeste, ó como un centro de atracción para el sol y todos los demás astros? Y al mismo tiempo que la astronomía, todas las ciencias con ella relacionadas ó que de ella se derivan, estaban también condenadas á moverse en el círculo de la hipótesis y á apoyarse, no en las demostraciones matemáticas, sino en el milagro ó en la fantasía. La Edad Media se habria prolongado indefinidamente, y la muerte intelectual y moral de la humanidad quizás hubiera sido inevitable sin la sacudida que sintió el espíritu humano, sin el aguijón para el estudio y toda clase de progresos, cuando el hombre pudo convencerse, por el testimonio irrefutable de sus sentidos, que la Tierra por él habitada flota en el espacio; que es un planeta entre los planetas y una de las moléculas que, por miríadas, vagan errantes por el infinito. La influencia que ejercieron los descubrimientos de la época colombiana fué grande para el progreso de la humanidad; y lo fué más todavía, por lo que indirectamente contribuyó á la emancipación intelectual de los pueblos.

Desde el punto de vista material, tanto en el Nuevo como en el Antiguo mundo la transformación ha sido inmensa también después del año 1492. Las talas de bosques y plantaciones de toda clase, las construcciones de pueblos y aperturas de caminos, han cambiado el aspecto del suelo, y las especies de animales y plantas han emigrado desde una á otra costa oceánica. Europa y Asia son las que en este sentido más beneficios han hecho al Nuevo Mundo. La América no ha dado á Europa más que un animal doméstico, el pavo; mientras que, en cambio, ha recibido del mundo antiguo todas las especies domesticadas, menos el elefante y el camello. Además, los representantes de la fauna silvestre, pájaros del bosque, peces del mar, de ríos y lagos, é insectos de todas clases, han pasado, voluntariamente ó no, desde el uno al otro continente. En cuanto á las plantas indígenas que se importan involuntariamente por medio de semillas mezcladas con los abonos agrícolas ó adheridas á los

fardos de mercancías, no cesa su movimiento de emigración; y si la mayor parte de estas plantas sucumben en el nuevo medio de existencia, las que resisten acaban por exterminar á las indígenas que se encuentran cerca de ellas. En el cambio de especies vegetales, el antiguo mundo, ha sido también el más generoso. Europa, no sólo ha transformado á los habitantes de América, sino que en gran parte ha cambiado también la flora de aquellas regiones. Si en Europa los terraplenes de los caminos de hierro se cubren con el *erigeron* canadiense, y si muchos canales de Alemania, Inglaterra y Francia aparecen obstruidos por la que se llama «peste de las aguas» *anacharis alsinastrum*, el cardo de Europa ha invadido las regiones del Plata, y el trébol, disputando el suelo á las plantas americanas, cubre ya la mitad del continente septentrional desde las riberas del globo de Méjico hasta las Montañas Roquizas. El *Ulan-tén* de grandes dimensiones, cuya hoja ha merecido el nombre de «pie de hombre blanco», llena los bordes de los caminos trillados por los Pielos Rojas en las grandes praderas. Salvo raras excepciones, que provienen del clima ó las costumbres locales, todas las especies de cultivo han acabado por ser comunes en ambos continentes. América tiene todos los frutos de Europa, y en su mayor parte con más abundancia que en el viejo mundo. Produce más café de la Arabia y más caña de azúcar de la India que el antiguo continente. La flora americana nos ha dado el maíz y la clase de tabaco de mayor consumo. Merced á su patata se han hecho cultivables en Europa regiones antes desiertas, contribuyendo de este modo al aumento de la población; y en fin, entre muchas plantas medicinales nos ha dado la quinina, y si de América ha venido la «phyloxera», también de allá nos envían las vides con que se reconstituyen los viñedos europeos.

Cambios análogos á los realizados en la flora y en la fauna se han verificado igualmente en la población indígena de América. Las tribus se han visto arrojadas violentamente del sitio en que moraban, y en no pocas regiones, exterminadas por los emigrantes del antiguo mundo. Pero en esto no ha habido reciprocidad. Los indígenas americanos no han enviado colonias al otro lado del Océano. Quietos en su patria han visto la invasión de los extranjeros, más fuertes que ellos, y han perecido en la lucha, ó se han acomodado á la vida y costumbres de los conquistadores. Sabido es que la mayor parte de las tribus americanas han desaparecido. La llegada de Colón al Nuevo

Mundo, suceso que, desde el punto de vista de la historia general, pareció ser un acontecimiento para los habitantes de las Antillas, fué la señal de su exterminio. Perseguidos por los perros de presa, bautizados después á la fuerza, para ser de este modo «hermanos espirituales» de los españoles, pero al mismo tiempo condenados á los más duros trabajos; reducidos á la servidumbre personal para el abastecimiento de los conquistadores, explotación de las minas y cultivo del campo, sujetos á la gleba y repartidos como rebaños entre los conquistadores y sometidos, en fin, á la Inquisición, bien pronto estos desgraciados no fueron más que una horda de esclavos. Las islas Española y Cuba, donde los indígenas se contaban por centenas de miles, viéronse transformadas en vastas soledades. Tribus enteras renunciaron á los beneficios de la civilización y se refugiaron en los bosques para volver á la vida salvaje de sus antepasados. Otras, no pudiendo escapar á la atroz dominación del extranjero, se dieron voluntariamente la muerte. Actualmente se discute para averiguar si en algunas islas ó en el continente existen aún restos de la antigua población indígena. Podrá haber desaparecido, pero ha legado á la lengua española, y por medio de ésta á las demás de Europa, gran número de vocablos usuales que perpetuarán para siempre la memoria de esta raza.

Los crímenes de las Antillas—que no fueron crímenes propios del carácter español sino de la dureza de la época, pues todos los pueblos colonizadores de entonces los cometieron, y si los de España resultaron más visibles fué porque descubrió más tierras que ninguna otra nación,—se renovaron en muchas regiones de la América del Norte y del Sur. Nadie ignora cuán poco reparaban Cortés y Pizarro en derramar sangre humana: muchas comarcas quedaron completamente despobladas. Pero no fueron sólo los españoles, como ya hemos dicho, los que efectuaron esas matanzas. De ellas han sido culpables todos los conquistadores, cualquiera que sea la raza á que pertenezcan. Los que menos sangre han vertido, los portugueses, por ejemplo, lo deben, no á su espíritu de benevolencia y de equidad, del cual no dieron pruebas en las Indias orientales, sino á haberse establecido en un país como el Brasil donde sólo encontraron tribus errantes que huían á los bosques. Donde no hubo matanza, el exterminio se realizó gradualmente, produciendo los mismos efectos. Las tribus indígenas de los Estados Unidos, al Este del Mississippi, si no han desaparecido completamente, ya

no les queda más que alguno que otro individuo. Allí donde la manera de vivir, entre el blanco y el indio es inconciliable, la lucha se entabla con ventaja del primero. El labrador y el artesano acaban irremisiblemente con el cazador. Las epidemias importadas de Europa, sobre todo la viruela y los alcoholes venenosos, han destruido también millones de indígenas.

En los mismos países donde la población americana no quedó del todo destruída, los usos y costumbres primitivas no existen ya. Aquellos pueblos que llegaron á cierto grado de civilización han vuelto al estado de barbarie, ó han tenido que acomodarse á un medio de vida muy distinto del suyo tradicional. Las expediciones y las batallas en que los Cortés y los Pizarros fueron los héroes, llamaron la atención de sus contemporáneos hacia los poderosos Estados derribados por los conquistadores, pero cuando las gentes de Europa comenzaron á maravillarse de su cultura, ésta ya no existía. Los mejicanos eran hábiles ingenieros, habían construído diques, calzadas, canales, acueductos, cloacas. Tenían hermosos caminos, por los cuales, los corredores hacían el servicio postal en una época que tal institución no existía en Europa. Trabajaban el oro, la plata, el cobre y otros metales. En conocimientos astronómicos había avanzado tanto, que dividían el año en diez meses de veinte días cada uno, con cinco complementarios, de manera que componían exactamente 365 días de nuestro año solar. En fin, los mejicanos pintaban y esculpían sus anales, y empleaban asimismo caracteres jeroglíficos. Todos los objetos que demostraban estas conquistas del arte y de la ciencia, los consideraron los ignorantes frailes españoles como obra del diablo y los arrojaron á las llamas. De este modo quedó interrumpido un progreso, y la masa de la nación cayó sumida en la esclavitud y en la más crasa ignorancia. En el Perú, nada queda á los descendientes de los quichuas y de los aymaras, de la industria con que éstos construyeron vastos edificios, trazaron extensas vías cortadas á pico en las laderas de las montañas, y fundieron y cincelaron los metales. Los chibchas de Colombia, los mayas del Yucatán y los guatemaltecos, de lenguas distintas, nada han conservado de la civilización precolombiana. Al menos estas naciones aún existen, si bien muy decaídas, mientras que en otras regiones de la América los indígenas civilizados han desaparecido por completo. En el interior de los bosques se han descubierto grandiosos templos y las esculturas más preciosas del Nuevo Mundo. En la Sierra Neváda de Santa

Marta, en sitios apartados de toda habitación humana, existen soberbios caminos empedrados que hoy sólo frecuentan los tapiros, los pécaris y los jaguares.

VI

Razas de América.—Población.—Colonización.

Apesar de la conquista, existe todavía la raza indígena esparcida en grupos que, al amparo de los bosques, montañas y pantanos insalubres, van llenando algunos vacíos. Actualmente, más de la mitad de la población que ocupa ambas Américas puede considerarse descendiente de los antiguos dueños del territorio. En las Constituciones políticas de las Repúblicas hispanoamericanas, las diferencias de origen no son causa de desigualdad civil, y los indígenas han conquistado con su sangre el derecho de llamarse iguales á sus antiguos dominadores, unas veces combatiendo á los españoles en las filas de los republicanos sublevados, más frecuentemente aliándose con los soldados de la metrópoli española contra los criollos, y otras, tomando parte en todas las guerras civiles que estallan en estos Estados con triste frecuencia, para saciar contra los habitantes de las ciudades sus iras de oprimido, desde mucho tiempo concentradas. Pero la igualdad social entre gentes de raza distinta sólo existe merced á la riqueza. En todas partes la miseria impone la desigualdad, y los habitantes de las ciudades americanas, más ó menos blancos, pero ricos, desdennan á los habitantes del campo y aspiran á representar una especie de aristocracia de la sangre, como descendientes directos de los antiguos indios. A pesar de estas pretensiones, es lo cierto que en la América latina no existen indios de pura raza. Los primeros emigrantes europeos, desde Méjico á Chile, tomaban, por regla general, mujeres entre las indígenas; pero desde entonces han transcurrido más de doce generaciones diversamente modificadas por resultado de las uniones entre mestizos en todos los grados de la escala. Los americanos que por mezcla de sangre pertenecen á dos razas á la vez, la «blanca» y la «roja cobriza», no bajarán de 30 millones. Por consecuencia de esta fusión de elementos étnicos tan diferentes, realizados durante los cuatro últimos siglos, las Repúblicas hispanoamericanas se distinguen entre todos los demás países de la tierra. Alardeando de superioridad sobre los extranjeros, los america-

nos nacidos en el Nuevo Mundo se complacen en llamarse «hijos del país», y este título les pertenece, puesto que, en cierto modo, descienden realmente de los antiguos aborígenes.

En la conjunción de razas intervino además otro elemento. No son únicamente los blancos los que del antiguo mundo han pasado al nuevo: en la población de éste han intervenido también los africanos aunque no como emigrantes libres. La cruel «misericordia» de los plantadores los llevó allí para trabajar en las grandes fincas, en substitución de los indígenas, que en muchas comarcas habían sucumbido á la dureza del tratamiento. Se hace subir á 30 millones, si bien no puede comprobarse la exactitud del cálculo, el número de negros cazados en las costas de Africa y vendidos en las plantaciones americanas. Aunque se ignore el número, es indudable que los europeos que han ido á América, figuran en pequeñísima parte, con relación á los esclavos africanos que llevaron. Los trabajos, los malos tratamientos y las enfermedades acabaron con muchísimos africanos. Sólo á fuerza de importaciones sucesivas podíanse reconstituir sus familias, y actualmente hay en América muchos menos negros que blancos é indios mestizos. No obstante, su sangre está inoculada en más de 20 millones de hombres, aunque ni ellos ni los Pielas Rojas la han conservado pura tampoco. En las Antillas, en el Brasil, en Costa Firme y aun en los Estados Unidos, por causa de los cruzamientos, se han transformado los negros en una raza intermedia. Son «gentes de color», pero no «negros». En la isla de Haití, único sitio del Nuevo Mundo donde los africanos han constituido un Estado independiente, más de la mitad de los habitantes están clasificados como «negros» en comparación con los otros habitantes de matiz más claro. Pero aun cuando bajo el aspecto físico se conservasen africanos, son europeos, si no por las costumbres, al menos por las instituciones y el lenguaje. Sabido es cuán poco dispuestos están los blancos á reconocer en las gentes de color la igualdad de derechos políticos y la consideración social. La esclavitud, en su forma brutal de tiranía de un amo, no quedó definitivamente abolida en el Brasil hasta el año 1888. En la América latina, la gran masa de población se compone de tres elementos: blancos de Europa, negros de Africa y «cobrizos» ó «rojos» del Nuevo Mundo, indistintamente fundidos en una nueva raza; pero en los Estados Unidos y en la América inglesa, al contrario, la costumbre mantiene entre las razas, especialmente entre negros y blancos, una barrera difícil de salvar, y que sólo des-

aparece lentamente. En cuanto á los chinos, se han introducido en gran número en California, el Oregón y hasta en Cuba.

Así el Nuevo Mundo, por lo que representa la fusión progresiva de las razas, se divide en dos partes, bien distintas y de dimensiones muy desiguales, no coincidiendo en manera alguna con las divisiones naturales. Estas dos partes se designan con los nombres de «América anglosajona» y «América latina», basados en los elementos de raza blanca que en ellas preponderan, ó mejor, en los idiomas que más se hablan. En el Norte es el inglés y al Sur las dos lenguas latinas, el español y el portugués. Encuanto á los orígenes de los habitantes, estas denominaciones no pueden tener valor real, puesto que si fuera posible remontar la corriente de la historia para hacer la verdadera división de la descendencia, se vería que los anglosajones están en minoría en el país que habitan, y que los latinos, representados por españoles y portugueses de origen ibero, celta ó ligurio, desaparecen entre la muchedumbre de gentes de diversa procedencia que les rodea. Por otra parte, en ambas Américas hay provincias en que se habla un idioma distinto del general ó dominante. Así el bajo Canadá y muchos distritos de la América septentrional, rompen la unidad del territorio inglés hablando francés y en el Sur algunas islas de las Antillas y la Guayana británica están fuera del mundo hispanoamericano. La América anglosajona es de menos extensión que la latina, pero aventaja con mucho á ésta por el número de habitantes, la actividad industrial y comercial é importancia política. No obstante, cada día es más evidente la tendencia al equilibrio, pues las Repúblicas hispanoamericanas progresan rápidamente.

Los pueblos de la Europa occidental compartieron la obra del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, siguiendo de Norte á Sur un orden igual al orden en que están colocados en Europa. Así los escandinavos, dinamarqueses, islandeses y noruegos, ocupan las costas de Groenlandia y á ellos se debe el descubrimiento de la tierra firme hasta el Sur de San Lorenzo. Ingleses y franceses se disputaron el Canadá y la cuenca del Mississippi, y más al Sur los españoles y los portugueses se repartieron el resto de la América. Pero los pueblos europeos del centro y aun del Este han querido también tomar parte en la gran empresa de repoblación de los territorios del otro lado de los mares, y de todas las regiones civilizadas van gentes á colonizar el Nuevo Mundo. Rara es la ciudad ameri-

cana en que no se encuentran representantes de todos los países de la tierra. La mayor parte de ellas tienen más habitantes de origen extranjero que naturales del país. Sabido es cuán rápidamente se pueblan las regiones fértiles y de clima tem-



Indio Seminola. (Dibujo de Roux.)

plado en el Nuevo Mundo. Desde el año 1825, el número de habitantes se ha triplicado. Los nuevos colonos se cuentan anualmente por centenares de miles, y el movimiento de emigración en algunos pueblos europeos reviste tal importancia, que se le puede dar el nombre de éxodo. Algunas regiones de América,

desiertas hace dos siglos ó recorridas sólo por cazadores, tienen hoy una población que iguala en densidad á la de los países industriales de Europa.

Este vértigo universal que arrastra á los inmigrantes de todas las razas y de todos los países á yuxtaponerse y fundirse en las naciones nuevas, está naturalmente regido por las condiciones del clima. Las dificultades de aclimatación en otro suelo y bajo un cielo distinto diezman á los recién llegados, y la mortalidad es tanto mayor cuanto es más grande la diferencia entre el clima de origen y el de la nueva patria. Las gentes del Norte (escandinavos, ingleses, alemanes y aun los franceses de las orillas del Mediterráneo) van á habitar, no sin peligro, los países tropicales, y en ellos, su energía física y moral decae, y si no llegan nuevos colonos para llenar los vacíos, se extinguen poco á poco las familias. Por otra parte, en los países fríos, así del Norte como del Sur de América, los africanos languidecen y van desapareciendo. La historia de la colonización hace ver que la zona americana, favorable al desarrollo de los diversos grupos étnicos que del antiguo mundo se trasladan al nuevo, tiene gran extensión. Los colonos procedentes de los climas templados pueden elegir en el Nuevo Mundo entre dos regiones apropiadas para ellos; la una en el hemisferio Norte, la otra en el Sur. Que fijen su residencia en las orillas del río de San Lorenzo ó en las del Plata, al pie de los montes californianos ó al pie de los Andes chilenos, se encuentran en un medio adecuado á su naturaleza. En lo que hasta hoy ha podido observarse, los emigrantes europeos después de esparcirse por América, no han decaído. Se notan transformaciones en la tez, en el modo de andar y en la voz; pero no se ha probado que los blancos del Nuevo Mundo sean inferiores á los europeos en estatura, fuerza y belleza. Viven también mucho tiempo como los europeos y las mujeres no son menos fecundas.

El descubrimiento de la América, y por consecuencia, la participación de este continente en las luchas y vicisitudes del antiguo mundo, influyó de rechazo en los destinos de los pueblos que enviaron al Nuevo Mundo navegantes, conquistadores y colonos. Una de las primeras consecuencias de este acontecimiento que abrió al comercio las nuevas vías del Oeste, fué el abandono de las que el tráfico universal había seguido hasta entonces. Colón, Vespuccio y Caboto empezaron por arruinar á Italia, su patria. Génova, desde la toma de Constantinopla,

había ya perdido su ruta del mar Negro. Venecia, en cuanto los bajeles empezaron á atravesar el Atlántico, no supo ya qué hacer de sus factorías de Oriente. Al mismo tiempo, el monopolio de las drogas de la India pasaba á manos de los portugueses, merced al descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, y el tráfico del oro, monopolizado por España, dirigíase á la otra parte del mundo, á la Nueva India. La decadencia en la riqueza primero, y la ruina política después, anonadaron á las oligarquías de Italia, y la península italiana entró entonces en un período de languidez, miseria y sujeción política. Además, Vasco de Gama, Colón y Magallanes diéron el golpe mortal á los Estados musulmanes que monopolizaban el cambio entre la India y la Europa occidental. La decadencia de los árabes, apartados desde entonces del gran comercio, fué irremediable.

España y Portugal, en cuyo provecho se realizaron los descubrimientos de aquella época y á las que la bula de Alejandro VI hizo dueñas del mundo, decayeron casi tan pronto como tomaron posesión de estos inmensos dominios que les daban metales, piedras preciosas y drogas en abundancia. Estas naciones importaron el oro por toneladas; pero tales riquezas engendraron el amor al lujo, fomentaron el juego, crearon los monopolios económicos y contribuyeron á que la gente menospreciase el trabajo. El valor moral de la nación disminuía á medida que acrecentaba sus tesoros. A mediados del siglo xvi España, la primera de las potencias europeas por la fuerza militar y por los ingresos del Tesoro público, parecía inquebrantable é invencible y pudo temerse que Felipe II, ya muy fuerte en Portugal, Italia, Francia, en los Países Bajos y en Inglaterra, por sus armas ó su diplomacia, realizase sus aspiraciones á la monarquía universal, á las que se refiere Hernán Cortés en uno de sus despachos. Pero el gran resorte de la poderosa máquina se había roto. Los distintos Estados de la Península Ibérica, que hasta entonces habían vivido autónomos, y contra cuyas libertades ningún rey se había hasta entonces atrevido, víéronse sojuzgados por completo á la voluntad del monarca. Las energías locales quedaron cohibidas, todos los ciudadanos eran soldados, funcionarios ó siervos ante el poder del rey, y los súbditos españoles no se veían más respetados que los naturales de las regiones innominadas que había concedido á España la bula pontificia. Durante el período de expansión que siguió á la conquista de Granada, á la expulsión de los moros y al descubrimiento del Nuevo Mundo, la gloria conquistada por la monarquía com-

pensó la libertad perdida, y los españoles sometieron sin protesta á los caprichos del poder real y á las terribles inquisiciones del tribunal de la Fe. Pero al terminar el siglo xvi, cuando las fuerzas vivas de la nación se habían agotado en los campos de batalla de toda Europa y en las expediciones de Ultramar, España se sintió postrada, sin fuerzas para el trabajo. Los artesanos árabes habían sido expulsados del territorio, y los obreros cristianos no trabajaban. La nación recibía cargamentos de oro, pero no podía dar en cambio objetos manufacturados, y tenía que acudir al extranjero para obtener lo que sus naturales no sabían fabricar. Las riquezas de Méjico y del Perú iban á parar á Flandes, Alemania, Francia é Inglaterra. La marina mercante de España, que á principios del siglo xvi contaba con 1.000 bajelos, había disminuído gradualmente hasta quedar casi reducida á la nada. Faltaban barcos de guerra para escoltar á las flotas que venían de América, y que con frecuencia se veían asaltadas por los piratas. España sucumbía bajo el peso de su imperio colonial, y fué para ella una dicha verse al fin libertada de este peso por la guerra extranjera y por la revolución. Colonias y metrópoli se arruinaban mutuamente. Otro tanto puede decirse del pequeño reino de Portugal con respecto al Brasil, su antigua gran colonia de América. Los dos pueblos, hermanos por origen, idioma y costumbres, se empobrecían antes mutuamente al estar unidos, y hoy, sin lazo oficial que los una, viven y prosperan.

Francia é Inglaterra fueron las dos potencias que ocuparon mayor extensión de territorio en la América septentrional, hacia el Norte de Méjico, y durante largo tiempo fué dudoso cuál de ellas poseería un día el dominio de este continente. La colonización francesa, guiada hacia el interior del país por el curso del río de San Lorenzo, había avanzado poco á poco hacia el centro de la América boreal y las fuentes del Mississippi, y desde allí se dirigía á las regiones donde el mismo río vierte sus aguas al mar. Las colonias inglesas, lo mismo que las holandesas y escandinavas, que bien pronto habían de fundirse con las primeras, ocupaban el litoral del Atlántico, y desde este sólido punto de apoyo avanzaron gradualmente en masa compacta hacia el interior, siempre en comunicación directa con el mar, y no dejando á su espalda punto alguno vulnerable. Así, la posición respectiva de los elementos étnicos que estaban en lucha, indicaba de antemano á cuál de ellos debía favorecer la victoria. Independientemente de las circunstancias

que no provienen de las colonias mismas (como talento diplomático y alteza de miras en los ministros, aptitud en los generales, número de auxiliares enviados desde la madre patria y probidad en los administradores), es evidente que la más compacta, la más fuerte por la posición estratégica y la más poblada de las colonias, debía, andando el tiempo, prevalecer sobre las demás. Allí donde dirigiese sus esfuerzos, debía romper la débil valla que podían oponerle sus adversarios. Cuando la cesión del Canadá á Inglaterra, las colonias británicas que hoy forman los Estados Unidos tenían dos millones y medio de habitantes y los franceses de San Lorenzo no pasaban de 60.000.

Las colonias inglesas tenían fuerza necesaria para desprenderse políticamente de la Gran Bretaña, para reivindicar, por medio de las armas, su independencia, y los Estados Unidos de América pudieron constituirse después de nueve años de guerra. En odio á sus antiguos enemigos de Boston—que tantas veces había excitado contra ellos el furor de los iroqueses—los habitantes del Canadá permanecieron fieles á Inglaterra, desoyendo el llamamiento á la insurrección hecho por los franceses, aliados de las colonias inglesas rebeladas contra la madre patria, y como compensación, Inglaterra les concedió en toda su plenitud la autonomía administrativa. Desde entonces conservan esta autonomía, y por ella han podido vivir, desarrollarse y hacer de aquel país una nueva Francia moralmente, mejor que si hubieran permanecido bajo la dominación directa de la madre patria, á merced de los caprichos de los reyes y de los gobiernos, sujetos á leyes y reglamentos á cuya elaboración no habrían contribuido. La influencia francesa en la América del Norte ha aumentado en proporción con la autonomía política que gozan los franco-canadienses.

Con mayor razón puede decirse que la influencia inglesa ha crecido también en América merced á la independencia y á la prosperidad de los Estados Unidos. Desde sus comienzos, como pueblo independiente, la República americana ha crecido en población y en riqueza de un modo tal, que no hay ejemplo semejante en la historia. En el transcurso de un siglo ha llegado á ser la nación más poderosa del mundo. Por su gran industria se ha conquistado el primer puesto y ambiciona sobreponerse en todo á las demás naciones. A pesar de la diversidad de origen en sus habitantes, todo lo que ella hace en las esferas de la actividad se considera como producto de la energía anglo sajona. El molde inglés en que se ha formado la sociedad ameri-

cana, ha hecho de ella una «Inglaterra Grande» (Greater Britain), puesto que tiene la misma tradición, se diferencia poco en las costumbres y usa la misma lengua. Por los Estados Unidos es por lo que toma cada día el idioma inglés más carácter de lengua universal. Impera ya en las relaciones comerciales y tiende á prevalecer en la comunicación entre los pueblos civilizados. De dos á tres millones de hombres vienen á sumarse anualmente al grupo de la lengua inglesa, entre ingleses, americanos, canadienses, australianos, africanos del Sur, negros de la Jamaica y de las Guayanas, y la mitad de las cartas que se escriben en el mundo están redactadas en inglés. En el mismo Nuevo Mundo las repúblicas del Centro y del Sur contrastan por el carácter y el idioma con la sociedad angloamericana del Norte; pero también ellas, por sus instituciones, vida íntima y tendencia general de su civilización, van aceptando la hegemonía anglosajona.

«¡América para los americanos!» Tal es la consigna adoptada por las repúblicas del Nuevo Mundo para oponerse á las tentativas de intervención de las potencias europeas en los asuntos interiores del continente occidental. Desde el punto de vista político, no cabe duda que los Estados americanos no han de temer ya los ataques de ningún adversario, y no se sabe si tolerarán mucho tiempo en aquellas regiones la existencia de colonias dependientes de un gobierno extranjero. Si oficialmente posee todavía la Gran Bretaña la cuarta parte de la superficie del Nuevo Mundo, casi la totalidad de este inmenso espacio de la América del Norte está desierto, y las provincias habitadas constituyen, por decirlo así, una república independiente, en la que el poder real sólo está representado de nombre, y que tiene por todo ejército inglés un regimiento, acampado en una punta de tierra, en el sitio más inmediato á Europa, como si estuviese aguardando órdenes para regresar á la metrópoli. Los pueblos del Nuevo Mundo tienen, pues, asegurada su autonomía política contra toda mira ambiciosa del extranjero. Pero bajo el aspecto social, la América dista mucho de ser de los americanos. Es de todos los colonos del antiguo mundo que acuden á ella y en ella encuentran una nueva patria, aportando sus usos y costumbres hereditarios, al par que sus ambiciones, sus esperanzas y la fuerza necesaria para acomodarse á un nuevo modo de ser. Los que por distinguirse de los hombres civilizados del resto del mundo se llaman «americanos», son hijos ó nietos de europeos. El número de estos americanos aumenta en más de

un millón cada año por el excedente de los nacidos sobre los muertos, y además, aumenta en más de otro millón con los colonos recién llegados, que á su vez se llaman bien pronto americanos, y miran como intrusos á los compatriotas que llegan tras ellos. El mundo transatlántico es un campo experimental para la vieja Europa, y lo mismo que en el antiguo mundo, se prepara en él la solución de los problemas políticos y sociales que preocupan á la humanidad y han de hacer su dicha.



Glaciares de Groenlandia. (Dibujo de Roux.)

AMÉRICA DEL NORTE

GROENLANDIA

I

El país de los hielos. Témpanos de las costas. Ventisqueros de las tierras.

La Groenlandia, tan cercana de América como de Islandia, ¿es una isla, la mayor del mundo, una península enorme, ó una serie de archipiélagos cimentados sobre inmensos ventisqueros? Se ignora.

El cabo Farewell, su punta meridional, toca al 60° de latitud y por el Norte desaparece en dirección al Polo, aumentando su anchura. Por ese lado, si es península, se une á tierras sobre las que pesa el hielo eternamente; si es una enorme ísula, da sobre un mar cuyas aguas jamás han visto navíos, y cuando están heladas, nunca han soportado trineos. La orilla Nordeste, en otro tiempo estancia de la colonia escandinava de

donde partieron los primeros y más remotos colonizadores de América, está llena de dientes: los furdos se suceden unos á otros. Con menos lluvia y con más hielo, los normandos debieron recordar en ella la costa recortada en picos de su Noruega, y también la de su Islandia. Durante los meses fríos que forman casi todo el año groenlandés, el agua se hiela desde este litoral hasta el Gran Banco de Hielo que ningún verano puede fundir y que conduce á lo lejos hacia Islandia y el Spitzberg. Del lado de la isla Juan Mayen acuden flotillas de pescadores que persiguen á las focas, y que las destruirán á pesar de su infinito número, tanto es lo que matan, muchas veces sólo por la brutalidad de matar.

La costa del Sudoeste, única habitada, se comunica igualmente por *fiords*, con el mar interior que forman el Estrecho de Davis y la bahía de Baffin, de 3.000 ó 4.000 metros de profundidad.

El estrecho de Davis se abre sobre el vasto Atlántico lo mismo que el estrecho de Hudson, que es en ese mismo Océano la puerta de entrada de la bahía de Hudson, mar Mediterráneo de los canadienses. El estrecho de Davis da agua viviente, siempre agitada, á la bahía de Baffin, cerrada todos los años por los hielos. Esta bahía de Baffin conduce al dédalo de islas polares ó á lo que suponemos islas, bajo el peso de eternos hielos, pues lo que se cree tierra insular bien podría no ser más que una protuberancia continental.

Durante el rígido invierno, este litoral groenlandés está bloqueado por la losa de hielo. El furdo también queda aprisionado, y el agua que caía en cascadas queda colgando en estalactitas con una blancura inmóvil. Los cortos torrentes se detienen (1), todo calla y la nieve cae silenciosa. Después viene el verano; un verano de muy pocos días, pero de días muy largos, y entonces furdos y agua se ablandan, se liquidan, y sobre las ondas flotan témpanos más enormes que los mayores monumentos de los hombres, y eso que sólo tienen visible una séptima parte de su tamaño sobre el nivel del mar. Un bloque de hielo de 80, de 100, de 125 metros, y aún más (pues se lo ha visto que pasan de esta altura) tomaría un tamaño de 700, 800 y aún de 1.000 metros, si de repente desapareciese el Océano que le sostiene.

Esos témpanos polares, torres cuadradas, campanarios, obe-

(1) Hay pocos torrentes visibles en la Groenlandia, pues casi todas las aguas corren bajo el hielo.

liscos, agujas, grutas cristalinas, etc., pues afectan todas las formas, toman en silenciosa procesión el camino del Sur. Entran en el Atlántico y allí bogan, cada vez más pequeños, undidos por el aire y por el agua, y por último desaparecen.

Los furdos tienen nombres muy largos, á veces desmesurados, que nos parecen bárbaros, y que lo serían, si todo lo que no es «ario» en la tierra perteneciese á la barbarie. La lengua de esos nombres, el idioma esquimal, no ha desaparecido en estas orillas ni desaparecerá mientras vivan los bebedores de aceite de pescado que las habitan. Aunque la Groenlandia sea posesión de uno de nuestros pueblos, ha conservado su viejo idioma, casi toda la nomenclatura de sus lugares y su sangre, salvo los cruces con los danenses, que son los dominadores.

Los furdos ó *fjords* son los únicos sitios vivientes de la Groenlandia. Su íntimo contacto con el mar, al abrigo de los vientos helados del monte y de la meseta, les da una temperatura casi humana. Hay europeos hasta cerca del grado 74°, esquimales hasta bajo el 82°, y al Norte del 83° viene lo desconocido hasta el Polo. A la extremidad de los furdos, los ventisqueros, algunos de ellos monstruosos, se elevan, y trepando por la pendiente, van á unirse á las nieves de la cumbre ó á otros ventisqueros, formando una llanura blanca, que parece infinita, único camino terrestre del Polo, tan terrible como todas las rutas marítimas seguidas hasta el día para alcanzar el último lugar del Norte.

El hombre civilizado conoce muy poco el interior de la Groenlandia, pero allí donde ha podido atravesarla de lado á lado, solo ha visto hielo y más hielo y campos de nieve. Cerca de la costa del Nordeste se levantan montes de 4 500 metros. Si los hay tan altos en el centro del país, la altitud y la latitud no justifican en nada el antiguo nombre de Tierra Verde.

Se duda si será ésta verdaderamente la región que sus descubridores, los escandinavos de Islandia, designaron con el hermoso nombre de Tierra Verde, nombre que ha conservado, pues en danés Groenlandia no quiere decir otra cosa. Se cree sí seducidos por el resplandor de un hermoso día, en el asilo tranquilo de un furdo meridional, cerca de un claro arroyo de verano que corría alegremente por la hierba entre sauces, le dieron sus descubridores este nombre. También pudiera ser que empeorado el clima haya sufrido el país un rudo cambio, pues hasta el Norte de la Groenlandia, en los sitios de frío más duro y en medio de la nieve, se encuentran aún troncos echa-

dos y troncos en pie, troncos fósiles, hojas conservadas por la penetración de substancias calcáreas ó ferruginosas. Hubo, pues, bosques en Tierra Verde, bajo cielos indudablemente más clementes, antes de que mereciese el nombre de Permerssonak ó «Gran Hielo» con el cual designan los esquimales el interior de la Groenlandia.

II

Antiguos establecimientos escandinavos.—La Groenlandia danesa.—Los esquimales.

Nada quedó de los establecimientos fundados antes del año 1.000 en esta costa por los islandeses, y hasta su recuerdo se había obscurecido, cuando en 1721 los daneses aparecieron en el país. No querían vengar á sus antiguos parientes los islandeses del siglo x, que según la tradición llegaron á tener en Groenlandia doce parroquias y 300 aldeas destruidas por la guerra ó por la peste, el frío y el hambre, ó quizás todo ello junto. No pensaban ni en conquistar ni en colonizar; venían como patronos y protectores de los hermanos Moravos, misioneros luteranos apasionadamente entregados á la obra de la Redención. Las estaciones de estos «mensajeros de la Buena-Nueva» atrajeron á los indígenas, muchos de los cuales se convirtieron, y pronto Dinamarca valiéndose de esta propaganda religiosa reinó sobre el «imperio del invierno».

Allí dicta leyes indulgentes á 10 ú 11.000 hombres, todos cristianos, esquimales ó mestizos, con muy pocos blancos, que son misioneros, maestros de escuela, administradores y negociantes.

A esto se ha reducido en América el poder de la raza europea, que fué la primera en desembarcar en América. La humilde colonia, dispersada en los furdos y los islotes de la costa occidental, se divide en dos inspectorados: Christianshaab al Norte, Julianshaab al Sur.

Fuera de los establecimientos daneses, vagan algunos millares de esquimales que siguen siendo paganos.

Esquimal es la corrupción de la palabra algonquina Ayeski-méon «devorador de carne cruda». ¿De qué pueden vivir estos indígenas, que no siembran ni plantan, sino de pescados, de focas, de pájaros pescadores y, por casualidad, de algún oso blanco muerto á cuchillo ó á hacha, sobre el hielo fijo ó el témpano mo-

vible? Ni ellos mismos se conocen por un nombre general. Se llaman en un lugar los Innoït ó los Karalit, en otro los Tchiglit, los Aghertit, los Takchout, etc. Y todos esos nombres significan «los Hombres», costumbre universal de todos los pueblos primitivos. Pequeños, rellenos, gordos, con miembros menudos y cabezas grandes, se parecen mucho á los chinos y á



Tipos esquimales. (Dibujo de Roux.)

algunas tribus del Extremo Norte de Asia, que viven como ellos bajo el mismo clima, teniendo como único recurso la caza y sobre todo la pesca, vestidos como ellos de pieles de foca, de oso, de rengífero, y como ellos habitando cabañas cargadas de nieve.

Estos esquimales, que son los mejores barqueros del mundo, navegan de furdo en furdo, sobre *kaiaks* y *oumiaks*, barcas de piel en las que con frecuencia los huesos de ballena reemplazan al costillaje de madera. Gracias á estos barcos afilados y prodigiosamente ligeros para su longitud, van y vienen, viajan, emigran á lo lejos en su inmensa patria anfipolar, á la que aman piadosamente, y que, sin embargo, es para ellos una madrastra.

Según dicen, tuvieron en otro tiempo una madre mejor, más sonriente, pues se cree que vivieron en los países que hoy son Acadia, Canadá, Nueva-Inglaterria; pero indudablemente fueron arrojados de ellos por los iroqueses y los algonquinos.



Campamento de indios canadienses. (Dibujo de Roux.)

POTENCIA DEL CANADÁ Ó DOMINIO

Al Norte de los Estados Unidos, desde el Atlántico hasta el Pacífico, Inglaterra posee un país casi igual á Europa. Hay en él de 800 á 900 millones de hectáreas, la mitad de las cuales poco más ó menos no valen nada. Pero la otra mitad, al Sur y al Oeste, ve la adolescencia y verá la virilidad de un gran pueblo bilingüe, inglés y francés, que por ahora se divide en doce Estados ó distritos.

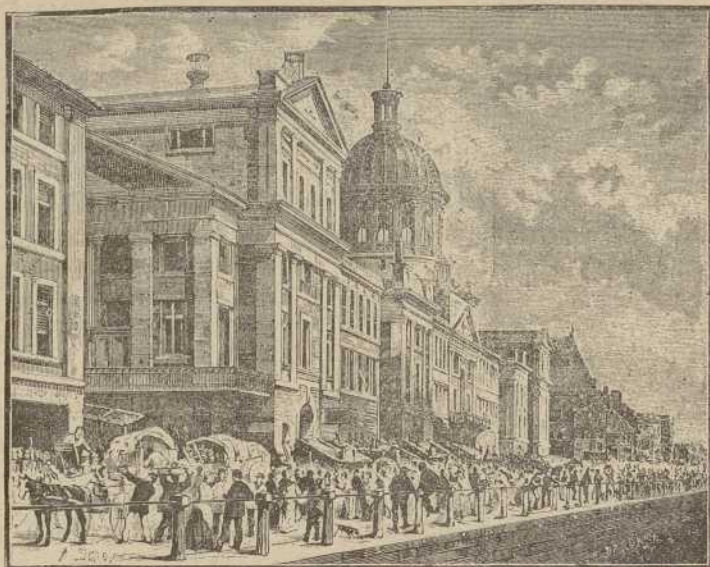
Uno de esos Estados, la isla de Terranova, se gobierna por ella misma. Los otros once se han confederado, formando la llamada Potencia del Canadá.

Canadá es el nombre del viejo país (viejo para América) de donde nace el movimiento de expansión, colonización y federación. «Potencia» es el nombre francés que ha recibido el conjunto de todos estos países unidos, á partir de 1867. Los ingleses emplean la palabra «Dominio».

Las provincias confederadas se administran como mejor les parece, cada una por separado, autonómicamente, con su Parlamento local. Para los asuntos comunes á todas envían sus diputados al Parlamento de Ottawa, capital de la «Potencia» y residencia del virrey, que representa á Inglaterra.

En este parlamento se emplea, á elección, el inglés ó el francés, y todos los documentos oficiales se promulgan en las dos lenguas.

Estos once Estados se distribuyen en cuatro países: el Canadá, dividido en Bajo Canadá ó provincia de Quebec y Alto Canadá ú Ontario; las Provincias Marítimas, que comprenden el Nuevo-Brunswick, Nueva Escocia y la isla del Príncipe Eduardo; el Noroeste, que encierra el Manitoba y los distritos de Assiniboia, Alberta, Saskatchewan y Athabaska, y el cuarto Estado es la Colombia inglesa.



Montréal.—Muelle del Buen Suceso. (Dibujo de Devoy.)

CANADÁ

El Alto San Lorenzo.—Los Grandes Lagos.—El Niágara.

El gran río San Lorenzo es el lazo de unión de los dos Canadá y de las Provincias Marítimas. Al Estado del Noroeste se llega por los Grandes Lagos.

Sus más alejadas ramificaciones son los torrentes y cascadas que, de las «Altas Tierras» ó línea de cumbres, corren hacia el lago Superior, reposándose de sus violentos saltos en algún lago límpido, encajado en la roca entre los profundos bosques ó trozos de florestas devoradas por los incendios que, sin cuidado alguno, desencadenan el indio salvaje, el explorador de bosques, el comerciante y el colono. De estos torrentes que vienen tanto de los Estados Unidos como del Canadá, los principales son el de San Luis, en la misma frontera, entre la Potencia y la República Unida; el Kaministiquia, gran camino entre el lago Superior y las llanuras del Noroeste, y sobre todo

el Nipigón, río que sale de un magnífico *nipi*. Un *nipi* es una extensión de agua, un lago, en la lengua de los algonquinos, dueños en otro tiempo del alto San Lorenzo, de donde desaparecen poco á poco y para siempre, pues no podrán subsistir sino convirtiéndose en ingleses ó franceses y no siendo ya ellos mismos. Este lago, Nipigón, lo mismo que el río, se extiende á lo lejos sobre la roca dura, muy claro, porque el agua de sus afluentes es pura y descansa en abismos en los cuales 165 metros de sonda no llegan al fondo. Largo de 110 á 115 kilómetros y con un contorno de 900 á 950 (tantas son las bahías y penínsulas que tiene), es el mar de unas mil islas é islotes. Desde sus bordes á la cuenca del lago Superior, el río Nipigón descende unos cien metros, solamente en 80 kilómetros, aunque amortiguado cuatro veces en su marcha por el descanso de cuatro lagos intermedios. Pero de lago á lago, es un torrente que se precipita en cascadas.

El lago Superior, el Kitchigami de los indios, el mayor de los lagos de agua dulce de la Tierra, es igual á dos Suizas y á 145 ó 146 lagos Lemán. Tiene 2.800 kilómetros de contorno y 8.363.000 hectáreas, extendiéndose á 191 metros de altura sobre el nivel del mar. Rocas salvajes, montes ferruginosos, muros de granito, rodean sus aguas, impacientes y agitadas á veces como las del mar. Ochenta torrentes se mezclan con su fría y cristalina agua, sin impedir por esto que disminuya su caudal. Parece que su nivel ha bajado 10 ó 12 metros, pero aun así su profundidad es grande, llegando hasta 310 metros. A veces, desde la orilla, no se le creería capaz de sumergir á un hombre á caballo y, sin embargo, podría cubrir las altas hojas de un bosque gigantesco. Los torrentes oscuros pero limpios que le alimentan le llevan pocas suciedades, y la escasa basura que vierten en él baja al lecho desconocido de roca ó de aluvión cubriendo el fondo del lago. De aquí la claridad prodigiosa de sus aguas diáfanas. A cincuenta pies de profundidad se ve todavía el fondo á través de las aguas purísimas y el hermoso río que nace de este enorme lago conserva hasta el Océano la admirable transparencia. Si al pasar por cada ciudad pierde algo de su pureza, vuelve á adquirirla y á ser virgen al descansar en cada lago.

El agua que entra bajo ochenta nombres, por ochenta corrientes distintas, sale del lago por el verde Santa María, río de cascadas retumbantes. El Santa María tiene por tumba el lago Hurón de 6.135.000 hectáreas, unido por un amplio estrecho

al lago Michigan. Este último, cuyo nombre es la corrupción del algonquino Michingangin, «Gran Lago», pertenece por entero á los Estados Unidos, mientras que los otros lagos, planicies de agua dulce semejantes á mares, se reparten entre la Potencia y la República de la Unión, teniendo la Potencia, en general, la orilla septentrional, y la Unión la meridional. El Michigan, un poco superior al Hurón tiene 6.190.000 hectáreas y profundidades de unos 200 metros.

El Hurón refleja sus aguas á diez metros menos de altura que el Superior, con una profundidad máxima de 300 metros. Tan transparente como pueda serlo una onda, encierra la isla Manitoulin, venerada por los indios como la residencia del Gran Espíritu, cuya morada es un pequeño lago rodeado de árboles. La isla de Manitoulin es grande y tiene espesas florestas, osos y fuentes de petróleo,

El lago Hurón vierte de su urna inacabable el majestuoso río Santa Clara (Sainte-Claire) (1), mucho más amplio que el Santa María, pues el Hurón recibe muchos y poderosos torrentes. Tales son en el Canadá, el río Francés y el Severn, tributarios de la bahía Georgiana, nombre que también se da al lago Hurón. El Severn sale del lago Simcoe y el río Francés del gran lago Nipissingue. Este vierte por término medio 340 metros cúbicos por segundo en el «Mar dulce» de Champlain, pues el fundador de la Nueva Francia dió este nombre al lago claro y frío que después se ha llamado el Hurón, por la tribu india de los Hurones que vivía en sus orillas.

Es un admirable torrente, de los más bellos, en este Canadá tan orgulloso de sus grandes aguas corrientes. Se adormece en lagos, huye rápido entre las rocas, muge en su lecho de peñascos, aulla en la soledad, entre pinos y abetos, y los colonos que se aproximan á él, son franceses, lo que quita cierta ironía al nombre inglés de French River (2) llevado por una corriente de agua dominada por los canadienses anglomanos.

El Sainte-Claire (75 kilómetros), que sirve de limite entre la Potencia y los Estados Unidos, cae en el lago Sainte-Claire, lago pequeño (93.000 hectáreas) y de poca profundidad, con orillas pantanosas, sobre todo allí donde le llega el aluvión del Thames ó Tamise, gran río ontariano.

Del lago Sainte Claire parte el río Detroit, que de 700 á 1.500

(1) Por error, se dice muchas veces Saint-Clair y también lago Saint-Clair.

(2) Nombre oficial del Río Francés en la provincia inglesa de Ontario.

metros de ancho, separa también las dos naciones. Esta magnífica corriente de agua, entre hermosas orillas y bajo un clima suave (1), vierte por término medio 5.996 metros por segundo en el lago Erié; más que el Pó, el Rhin y el Ródano juntos. Tiene un recorrido de 46 kilómetros.

El Sainte-Claire y el Detroit no bajan durante su viaje el nivel de sus aguas más que en cuatro ó cinco metros, y el tempestuoso lago Erié, domina aún á los mares en 175 metros. Superior en tamaño más de nueve veces al Lemán, no deja por eso de ser el último de los cinco Grandes lagos por el volumen de las aguas de su urna, pues aunque de grande contorno (2) su profundidad no pasa de 85 metros. El lago Ontario tiene 220. Además el Erié tiene pocas depresiones en su profundidad. Al Oeste su profundidad media alcanza apenas á diez metros y en el centro á veinte metros. Al Nordeste el agua reposa sobre más oscuros abismos. Esta escasez de profundidad reconoce por causa el que las aguas que trae de su origen el magnífico Detroit depositan cerca de su embocadura, en la parte occidental del lago, casi todos los restos que arrastran. Por esto se llena este extremo del lago del «país de las Cerezas» (3) el cual se colma por momentos. Llegará un día en que el más meridional de los lagos canadienses (4) estará lleno de tierra, sin rocas y sin guijarros, ofreciendo un espléndido aluvión al hombre, entre la cadena de colinas que es hoy orilla ontariana y la línea de collados que es orilla del Ohio, de Pennsylvania y de Nueva York. Lo que no se sabe es si existirán entonces ontarianos y yanquis. Este lago tiene por mayor afluente canadiense el Gran Río que es el padre del Niágara.

El Niágara, al salir del lago Erié, lo abandona con un impulso de 7.500 metros por segundo, ó tal vez de 11.000 según recientes cálculos, y equivale al volumen de cuatro ó seis Ródanos que cayesen juntos, con aguas verdes tan hermosas como las de la orilla del Lemán.

Niágara ó las «Alturas del Gran Ruido», es la sonora corrupción de dos palabras del iroqués, lengua poderosamente descriptiva como otras tantas que despreciamos con orgullo. En efecto, el estruendo de la caída llega algunas veces á 75

(1) Está en la misma latitud de Florencia.

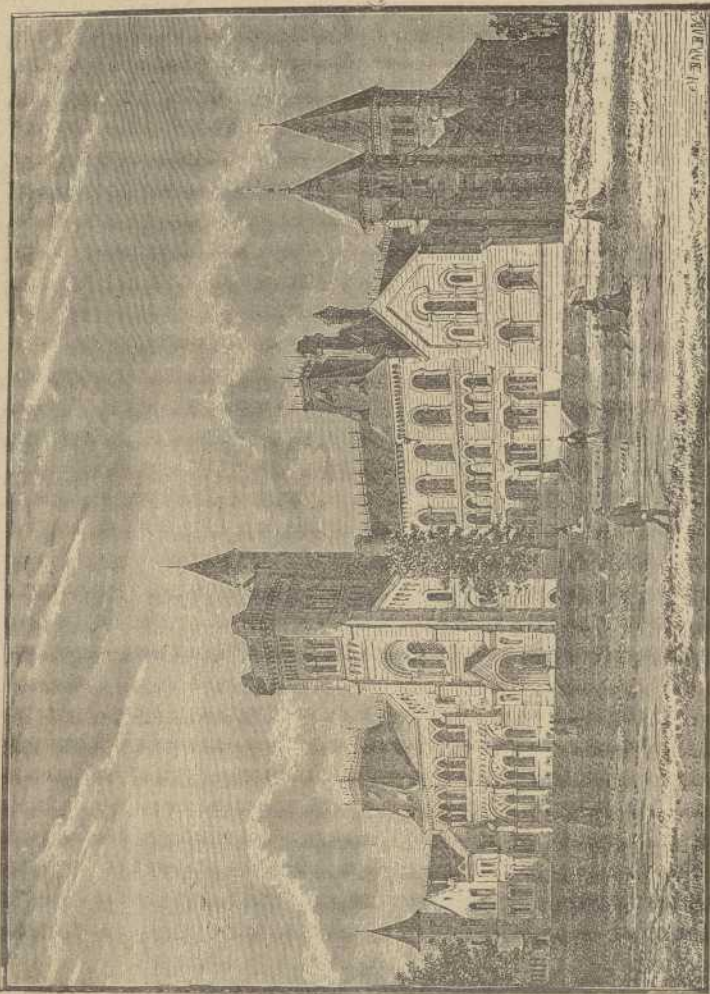
(2) El Erié tiene 1.058 kilómetros de contorno.

(3) Erié, palabra iroquesa, significa «país de las Cerezas».

(4) El Erié avanza un poco más hacia el Sur que el Michigan; pasa un poco más que este el 42° de latitud.

kilómetros al Norte, hasta Toronto, en alas de los vientos del Sudeste.

Después de numerosas cascadas es cuando la avalancha de



Universidad de Toronto. (Dibujo de Devoy.)

agua más famosa del mundo cae de 44 á 47 metros de altura, en dos brazos, con un espesor de seis á diez metros. De estos brazos, separados por una isla, uno tiene 570 metros y otro 330 de ancho y los dos forman una especie de herradura calcárea, carcomida lentamente por el agua y que retrocede

insensiblemente hacia el Sur al mismo tiempo que la cascada. Se puede prever el día, infinitamente lejano de nosotros, en que la tromba del Niágara cesará de caer con una resonancia de trueno, cuando el río haya destruído todo el lecho del lago Erié.

Hay 65 metros de profundidad de agua en el abismo, al pie de la caída, y 55 en los Rápidos del Torbellino (1), obscuro corredor, estrecho y lleno de efervescencias, desgarramientos y convulsiones del Niágara.

El río, agitado profundamente por esta corriente excesiva, y más alto de diez pies en su parte media que en los dos bordes, sólo encuentra su tranquilidad al salir de la garganta sombría sobre la cual pasa de roca á roca, de un solo impulso, soportando trenes de ferrocarril que recorren uno de los más altos puentes colgantes de América.

Desde el lago Erié hasta el Ontario, el San Lorenzo, bajo el nombre de Niágara, desciende unos 100 metros en un recorrido de sólo 55 kilómetros: tan rápida es el «Agua del Gran Ruído». Como su «salto mortal» no la precipita más que de unos 45 metros, baja por término medio un metro por kilómetro fuera de su prodigiosa cascada.

III

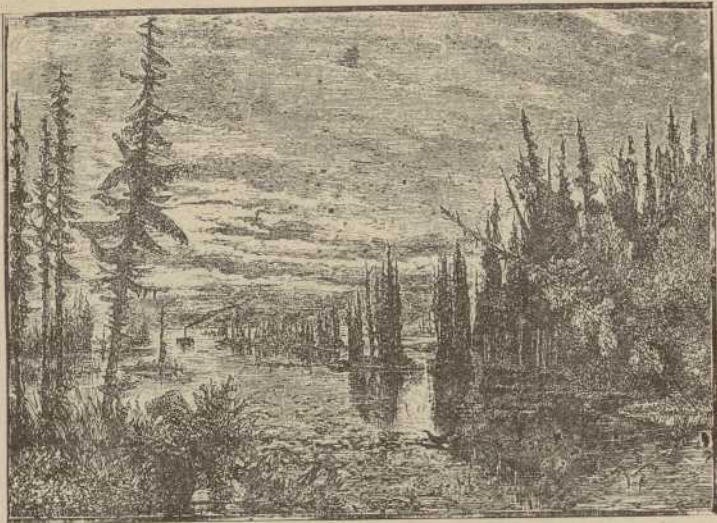
El bajo San Lorenzo.—El lago Ontario.—El Saguenay.—Anticosti

El lago Ontario, de 1.982.000 hectáreas, desciende en sus abismos mucho más abajo que el nivel de los Océanos, puesto que extiende su sábana de agua á 75 metros apenas de altitud y sus profundidades liegan hasta 220 metros.

Este lago separa á la Ontario, provincia mayor del Canadá, del Nueva York, estado mayor de la República de los yanquis. El Ontario, que es el más pequeño en contorno y el más oriental de los cinco lagos, es también el menos tempestuoso, el más cómodo para navegar, el más clemente para las barcas de los pescadores y las de placer. Su gran ciudad canadiense es Toronto, que desah, en vano, eclipsar á Montreal. Su gran torrente canadiense es el Trent, tan pronto lago entre dos torrentes contrarios, como torrente entre dos lagos, uno superior y otro inferior.

(1) OWhirpool Rapids.

El Ontario recibe al Niágara y despide al San Lorenzo, que se llama entonces con un nombre iroqués, á lo menos entre los raros indios de estas orillas, Catorokoui, es decir, «Rocas que se internan en el agua». Baña con sus ondas transparentes un largo archipiélago de islas encantadoras, que se llama las «Mil-Islas», y como es aún muy ancho y parece un lago más bien que río, esta prolongación del Ontario se llama el lago de las Mil-Islas.



Las Mil-Islas en la salida del lago Ontario (Dibujo de Huet.)

Desde las Mil-Islas á Montreal, el río se contrae á veces en saltos ó rápidos oleajes exasperados, surcos y crestas de agua, espumas, corrientes ruidosas y remolinos mudos. Tales son los rápidos de los Galopes, los rápidos Planos, el salto Largo, el rápido de los Cedros y el salto de San Luis, que impiden á los barcos de 600 toneladas el acceso al más bajo de los lagos del Canadá. Al llegar á la parte baja del salto de San Luis, la corriente toma una velocidad de 29 kilómetros por hora. Dos veces este Amazonas verde, mmucho más hermoso que el Amazonas amarillo y terroso del Brasil, se esparce en lagos, llamados San Francisco y San Luis. La isla de Montreal, más abajo del San Luis, lava á la vez sus orillas en el San Lorenzo y en un brazo del Ontaonais.

El negruzco Ontaonais, llamado también Ottawa, sale de un archipiélago de lagos oscuros, en el alto Septentrión, en el seno de bosques que los leñadores no han atacado aún. Unas veces se ensancha en lagos y otras sus dos orillas, levantadas en negros escarpados, confunden casi la sombra de sus granitos, de sus pinos y abetos, en el sombrío cristal de las aguas. Corre entre remansos calmosos ó agitados, rápidos y cataratas. Una de éstas, ante la capital federal del Canadá, la catarata llamada la Caldera, es también un trueno de las aguas.



La Caldera durante el verano. (Dibujo de Wöber.)

Hacia el año 2000 vivirá en su cuenca todo un gran pueblo, de idioma francés probablemente; pero todavía no se ven en este sitio más que muy pocas parroquias, y aquí y allá, en la austeridad de los bosques, en el borde de un lago, en lo bajo de una cascada, junto á una corriente, algunas cabañas y campamentos de derribadores de árboles. A éstos, que casi todos son franco-canadienses, hombres colosalmente fuertes, rudos, violentos y buenos, corresponderá el lamentable honor de haber echado al suelo, en dos ó tres generaciones, uno de los más profundos bosques del Norte.

Los troncos derribados por el leñador se reúnen en alma-

días, y estos convoyes de madera bajan apaciblemente las ondas lentas y las expansiones lacustres del río, deshaciéndose en el borde de las cascadas ó muy cerca del comienzo de las caídas de agua, para abandonar cada tronco á las ondas enfurecidas. Más abajo se vuelve á construir la almadía que acaba por llegar al San Lorenzo. Estos conductores de madera flotante, ó como se dice allá, «hombres de jaula», son también franco-canadienses de una fuerza atlética.

1.300 á 1.400 kilómetros en una cuenca de 18 á 20 millones de hectáreas, más de 3.000 metros cúbicos de caudal medio y un estiaje igual á los del Ródano y del Rhin reunidos, porque sus afluentes y subafluentes y él mismo, están todos retenidos y sostenidos por lagos, tal es el Ottawa, que recibe por su orilla derecha al Richelieu y por la izquierda al poderoso San Mauricio.

El Richelieu, gran camino de los Estados Unidos, sale del hermoso lago Champlain, que debiera ser canadiense, pues los yanquis dominan en él contra la naturaleza.

El San Mauricio, de cerca de 600 kilómetros de largo con una cuenca de más de 5 millones de hectáreas, cae en el Ottawa en el sitio denominado Trois-Rivieres, más abajo del esparcimiento del San Lorenzo llamado lago San Pedro. Por centenares se bebe los lagos y laguitos, y quizás vale tanto como el «padre de las aguas» ó sea el San Lorenzo, cuando en lo bajo de su carrera se interna 45 ó 50 metros por la terrible cascada de Chaouinigan. Del abismo en que se hunden sus dos brazos, formando los «Remolinos del Diablo», se escapa por una garganta que no tiene más que 28 metros de anchura.

Delante del altivo promontorio de Quebec, el San Lorenzo, se estrecha súbitamente y no tiene más que 1.200 metros de anchura. Sus profundas aguas soportan pesados navios, y más abajo de la isla de Orleans se ensancha en estuario, con abruptos montes en la orilla del Norte. Luego en Tadoussac recibe al río Seguenay.

El Seguenay sale de un lago en que se unen torrentes que han conservado hasta el día sus nombres bárbaros de Achapmouchouan, Mistassini, Peribonka, Oniatchouan, Metabechouan, etc. Este lago es el San Juan de los canadienses franceses, que abusan demasiado de la palabra *San* (1), y el Pikonami

(1) Han llenado de ella su Canadá, y los viajeros y los cazadores de su raza han cubierto también el inmenso Noroeste.

ó «Lago Llano» de los indios, por ser poco profundo, entre sus dos orillas bajas.

Todo lo que llevan al San Juan los numerosos afluentes, pasando á cada instante del silencio al ruidoso estrépito, vuelve á salir del lago por dos ríos que se unen en seguida y forman el Seguenay salvaje.

Entre cascadas y rápidos por lo que ni el indio ni el canadiense se atreven á descender, remolinos, espumas, gruñidos y estrépitos, el Seguenay no se calma hasta llegar á Chicontimi. Desde aquí, sin la marea, permanecería mudo en su precipicio, inmenso pozo de 1.000 á 3.000 metros de ancho, y 100, 200 y 300 de profundidad y dormiría sin murmullo en el seno de este abismo, á la sombra de sus montículos de granito de 1.500 á 1.800 pies. Es un río sombrío en un oscuro fondo.

En la confluencia con este famoso río, formado por las nieves y las lluvias y de 7 millones de hectáreas, el San Lorenzo, convirtiéndose en golfo, tiene 25 kilómetros de orilla á orilla y 150 kilómetros frente á la isla de Anticosti, así llamada por corrupción de la palabra india Naticotec. Esta isla, á 700 kilómetros más abajo de Quebec, es de 195.000 metros de larga, con 815.000 hectáreas. Tiene menos hombres que osos, y de estos hombres ninguno cultiva la tierra, pues todos son pescadores. Sin embargo, un pequeño pueblo canadiense francés podría vivir en esta tierra de peligrosa aproximación, velada por la bruma, triste, oscura, con escarpados calcáreos, inmensas turberas, bosques de pinos y abedules, y diseminados en la costa, bosques enanos.

El San Lorenzo se abre al llegar al Atlántico entre las islas de Terranova y de Cabo Bretón. Desde su manantial más alejado, que toma el camino del Lago Superior, hasta su amplia embocadura, la ruta sinuosa que sigue el caudal de sus aguas puede tener 3.500 kilómetros en una cuenca de 137.800.000 hectáreas, ó sea dos veces y media la Francia. El caudal medio no puede ser inferior á 15.000 metros cúbicos por segundo (1).

(1) Según la Comisión geológica de Ottawa, son 32.000.

IV

Los montes Laurentinos.—La bahía de Hudson.—El Nordeste.

El Ontaonais, el San Mauricio, el Achapmouchouan, el Mistassini, el Peribonka, todos los innumerables ríos y toda el agua que llega al San Lorenzo por su orilla izquierda proceden de los montes Laurentinos, cadena muy larga.

Los Laurentinos atraviesan de Oriente á Occidente todo el Labrador, desde enfrente de Terranova; todo el Bajo Canadá, todo el Ontario (en donde se sumergen en el Hurón y el Superior como montículos áridos), todo el territorio de Keewatin, y van á perderse en el fondo del Noroeste sobre los lagos semipolares y el río Mackenzie, frente á los ramales de las montañas Rocosas. Son bajas las montañas Laurentinas, pero su belleza en lagos, abetos y cascadas, durará siempre, á excepción de que conforme transcurra el tiempo tendrán menos bosques, pues montes mucho más orgullosos han perdido los suyos. A los granitos, el tiempo, la onda y el frío los muerden menos profundamente que muerden á los esquistos, asperones, cretas y calcáreas. Por esto los Laurentinos conservarán durante siglos y siglos la tranquila pureza de sus lagos y la turbulencia de sus niágaras.

En la vertiente Norte de la «Altura de Tierras» (1) los ríos, tan cortados como en el Sur y no menos esparcidos en lagos, descienden hacia la bahía de Hudson, mar de témpanos invernales, que no es navegable más que durante la tercera parte ó la mitad del año, pero que nos representaban equivocadamente como enormemente frío, eternamente inhospitalario y con un semicírculo de tierras que jamás mordería el arado. La realidad demuestra todo lo contrario: los meses cálidos, que son muy hermosos, hacen madurar los cereales y el territorio que bordea la bahía James, gran golfo meridional de este mar de 130 millones de hectáreas, es un perfecto país de colonización, tanto detrás del Ontario, junto á las ramificaciones del Albany, río poco más ó menos igual al Ontaonais y sobre las del Moose y el Abbitibi, como detrás del Bajo Canadá, junto á vastos ríos, á lo largo del Harricannan, del Notaway, del Rupert, nacido del poderoso lago del Mistassini, del East-Main, río de

(1) Palabra con que los iranco-canadienses designan á los montes Laurentinos.

ancha corriente, y del Kisaissipi ó Gran Río, muy grande en efecto, tercero en abundancia entre los que se pierden en la bahía de Hudson, siendo el primero el Nelson, el segundo el Churchill y el cuarto el Albany, etc., etc.

Sobre todos esos ríos que terminan en la bahía James, más hacia al Norte hasta el lago de Agua-Clara y aún más allá, en lo que se llamaba Tierra de Ruperto (1) y que cada vez más se la llama el Nordeste, por oposición al Noroeste, se extienden, mezcladas con bosques, tierras vírgenes que duplican el dominio directo y compacto del pueblo franco-canadiense. Cuando haya tomado posesión de él (lo que no tardará mucho en ocurrir), la nación manifiestamente indestructible que apenas si recuerda su origen francés, no podrá ser ya envuelta por la avalancha de los «anglo-sajones», y ella es la que los envolverá, extendiendo por detrás del Hurón y el Superior, en las dos vertientes de la «Altura de Tierras», entre lagos innumerables y bosques melancólicos.

V

Clima.

El río enorme, los mares de agua dulce y la infinidad de lagos y ríos, aseguran al Canadá un inmenso porvenir. Vastos distritos que hoy son entregados criminalmente á los especuladores de bosques, no valdrán más adelante lo que valen hoy, por sus selvas del Norte, sus árboles, espesos de hojas, los mismos que los nuestros y sus abetos del Canadá ó *tamaracs*, casi incorruptibles. Pero también hay hermosos contornos de aluviones alrededor de los lagos, inmensas mesetas que esperan el arado y praderas en las que no ha pastado jamás ningún rebaño.

Un clima muy riguroso, aunque las latitudes de los lugares habitados oscilen entre la de Lille y la de Roma, preservará á los habitantes de la melicie.

Los ribereños de la bahía de Hudson no pueden ser lánguidos con un clima tan crudo.

En el Bajo Canadá, en donde á veces se hiela el mercurio, la nieve, el hielo y el uso del trineo duran cinco meses por año, y sólo dos meses en el Alto Canadá, que está situado más

(1) Nombre halagador en recuerdo de un sobrino de Carlos I de Inglaterra.

lejos del mar, pero más al Sur, sobre los grandes lagos. El Alto Canadá tiene latitudes italianas; el Bajo Canadá no las tiene, sino francesas ó alemanas.

VI

Los franco-canadienses.—Su fecundidad.—Su marcha progresiva.

El Canadá fué la más hermosa renovación de la raza francesa en América.

Había sitio para crear la mayor nación del porvenir, pero Francia dejó hundirse miserablemente su poderío en América.

No obstante, á pesar de que van transecurridos más de siglo y medio de separación, es el país de Ultramar que encierra más franceses que continúan siendo franceses. Raza frívola la de Francia, apenas si se da cuenta de ello, y sus emigrantes van á fenecer á muchos lugares del globo, en vez de ir á reforzar la población hermana del Canadá.

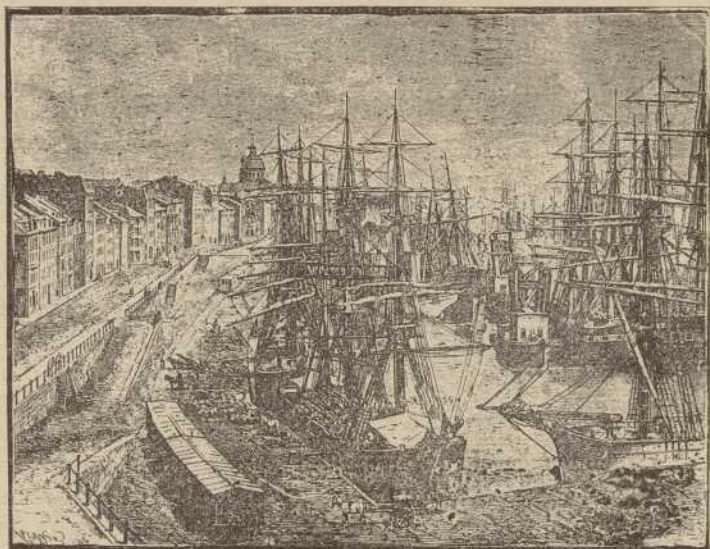
En 1524, Francisco I tomó posesión de sus costas, descubiertas por primera vez por los escandinavos de la Groenlandia, y reconocidas luego, hacia 1500, por dos italianos, Juan y Sebastián Caboto, y por un portugués, Cortereal. Once años después, un bretón, Santiago Cartier, subía el San Lorenzo hasta la primera cascada, junto á Hochelaga, silenciosa aldea india que ahora se ha convertido en la ciudad ruidosa de Montreal.

Pero estaba entonces Francia demasiado aturdida por el vano tumulto de Europa para pensar en América. Era el tiempo de las guerras de Italia, del duelo con España, de la elección entre la Iglesia y la Reforma. De haber pensado más en el Nuevo Mundo, existirían hoy dos millones de franceses por cada mil hombres de los que residían en esta América fría de 1525 y 1550. Cuando las familias sanas tienen espacio en un clima sano aunque sea duro, se duplican en veinticinco ó treinta años, si ningún enemigo turba la paz de sus chozas.

El Canadá, que, más que la moderna Argelia, era para Francia el pórtico de un mundo, no recibió ningún francés hasta los primeros años del siglo xvii. Cuando en Francia acabó la degollación entre católicos y protestantes, se dirigieron

miradas menos vagas sobre la «Nueva Francia», ó sea el Moderno Canadá. El francés Champlain fundó Quebec, en 1608 y de igual modo que Cristóbal Colón, en su camino hacia América, buscaba ante todo la India y la tierra de las especias. Samuel Champlain remontó el San Lorenzo con la esperanza de llegar á China. Los mapas, los escritos, los poemas del tiempo dan fe de ello.

Una ciudad de las afueras de Montreal, la China, atestigua



Los muelles de Montréal. (Dibujo de Taylor.)

aún, por su nombre, esta ambición de los fundadores del Canadá.

La colonia languideció hasta los tiempos del ministro Colbert. Este grande hombre envió allí normandos y habitantes del Poitou; pero después de este corto esfuerzo, cuando el previsor ministro dejó de serlo, la vieja Francia dejó á la nueva Francia abandonada.

El Canadá diezmado por heroicas luchas, con frecuencia victoriosas, contra sus hipócritas enemigos de Europa, los ingleses, y sus fanáticos enemigos de América, los yanquis, no recibió más que raros colonos, gentes de Saintonge, de Provenza y de Bretaña, de Normandía, de París, de todas las provincias. En el siglo que transcurrió desde el estableci-

miento de la preponderancia francesa en Europa, hasta la ruina de estas frágiles grandezas bajo Luis XV, 5.000 hombres y 4.000 mujeres fué todo lo que el reino más poderoso entonces del mundo, se dignó establecer en las riberas del San Lorenzo.

Pero estos hombres y estas mujeres eran de tronco rústico, y el florecimiento fué pronto y magnífico. Quebec, Montreal, Frontenac (1), Detroit, salieron del suelo, y la lengua de la patria penetró hasta las soledades de los lagos polares. Aún se habla en estas tierras. Ni los indios ni los mestizos *Bois-Brulés* la han olvidado, y los canadienses franceses que se establecen cerca de ellos, les ayudan á conservarla.

Al mismo tiempo se colonizaba, muy lentamente también, la Acadia, isla y península en la embocadura del San Lorenzo, y exploradores procedentes de los grandes lagos marchaban hacia el Oeste, hasta las montañas del Sol poniente. Hacia el Sur, otros hombres de aventuras reconocían el Ohio y el Missisipi, fundaban el Fort-Duquesne (2), San Luis, y siguiendo el río de grandes aguas, descendían hasta la factoría francesa de Nueva-Orleans. Los ingleses no poseían más que las costas brumosas de Nueva Inglaterra, pero habían tenido la sabiduría de enviar á ella centenares de miles de colonos.

El año de 1759 se cumplieron los deseos de Voltaire, que había escrito á M. de Chauvelin, guardasellos: «Si me atreviese, rogaría de rodillas á V. E. que librase á Francia del peso del Canadá.» Cogidos entre los ingleses de Europa y los de América, raza fría, ávida, rencorosa y farisaica, los canadienses, poco socorridos por Francia, á quien ya no pertenecía el dominio del mar, perdieron á Quebec y luego á Montreal. Fué preciso á los canadienses franceses cambiar de juramento de fidelidad. Millares de buenas gentes habían muerto en la guerra, defendiendo á la vez su antigua y su nueva patria, y no quedaron sobre el San Lorenzo más que 65.000 franceses para continuar el viejo pueblo de Europa que tan poco se cuidó de ellos.

Estos 65.000 franceses católicos, se resistieron contra los ingleses protestantes y desearon firmemente no aprender su lengua. Raza de campesinos y de leñadores, tan milagrosamente fecunda como la «descendencia de Abraham», han aumentado maravillosamente. ¿Qué hacer contra un pueblo, en el que es frecuente ver cómo el cura de la parroquia bautiza,

(1) Ahora Kingston.

(2) Hoy Plattsburg.

según la costumbre, el 26.º hijo de una familia, ó bendice bodas «de oro» después de cincuenta años de matrimonio, y aun bodas «de diamante» después de sesenta años? ..

En vano Inglaterra quiso rodear de colonias inglesas, escocesas, irlandesas y yanquis, las pocas parroquias que formaban en su origen la nación canadiense-francesa. Estas parroquias, aumentando considerablemente, hicieron saltar el cinturón inglés que intentaba oprimirlas.

El manantial de la sangre canadiense se aumentó, y convertido en río desbordado, cubrió y poco á poco cubre inexorablemente las colonias anglosajonas erigidas contra ella.

Desde hace cincuenta años, los canadienses franceses han recobrado el número y la autoridad en Montreal, la gran ciudad del comercio; han recobrado la mayor parte de los cantones del Este, hermoso país de montañas, en la frontera de los Estados Unidos, colonizados en su origen por «Loyalistes» (1); en Gaspesia y en el bajo Ontaonais han rechazado al elemento «sajón»; han tomado tierra en el Labrador, que tiene 1.000 kilómetros de orilla sobre el agua salada, en los países del alto Ontaonais, del alto San Mauricio y del lago San Juan, en los caminos de la bahía de Hudson y en las tierras del Nordeste.

Al Este de su Canadá, bajo el nombre de acadianos, vuelven á florecer en las orillas de su querida Acadia, de donde les había arrancado el huracán histórico. Dispersados á principios del siglo XIX en miserables cabañas, y no conociéndose entre ellos, se han agrupado en pueblo, y por su gran fecundidad aumentan más de prisa que el elemento extranjero que los oprime. Al Oeste, en el Ontario, esta raza, desdeñada por mucho tiempo, se apodera visiblemente de la orilla derecha del Ontaonais, tanto hacia arriba como hacia abajo de la capital de la Potencia, y ya forman la mayoría en diversos condados y cantones. Invaden además rápidamente los bosques del lago Nipissinque y se extiende por detrás del lago Hurón y del lago Superior. En fin, á lo lejos, en el Noroeste, ha sembrado parroquias, gérmenes vigorosos del porvenir, sobre el río Rojo, el Assinikoine y los dos Saskatchewan.

Pero mientras reconquistaban así del poder de los ingleses

(1) Se llamó «Loyalistes», es decir, «leales á Inglaterra», á los colonos que tomaron el partido por su metrópoli en la lucha contra los Estados de América. Cuando fué solemnemente reconocida la independencia de los Estados Unidos; muchos miles de ellos, por no conformarse con la nueva República, á la que habian combatido, fueron á establecerse en el Canadá.

el país conquistado por sus padres á la soledad, enviaban, desgraciadamente, tantas familias á los Estados Unidos, que la Unión encierra ahora unos 700.000 franco-canadienses (1), una mitad en las ciudades industriales y campos de la Nueva Inglaterra, y otra mitad en las colonias del Gran Oeste.

Con el millón y medio que viven hoy en la Potencia constituyen más de dos millones de hombres, hijos de los 65.000 campesinos de hace ciento treinta y cinco años.

Ateniéndose sólo á los canadienses franceses que viven en el Dominio—pues los que no vuelven de los Estados Unidos se sumergen en el mar de la población yanqui, y de diez que se van ocho no regresan—, este pueblo tendrá pronto un excedente de nacimientos casi igual al de Francia, y antes de cincuenta años su aumento será mayor que el de Francia.

Así se ha rebelado contra la fortuna, así ha triunfado de ella y triunfará siempre este pueblo que no ha desesperado jamás. Por mucho tiempo esperó, siendo aun menor de edad, la vuelta de la flor de lis; ahora no espera nada de la bandera tricolor, pero se siente en lo porvenir bastante grande para trazarse por sí mismo un camino en el mundo. Viendo su fecundidad y leyendo su historia heroica, tiene fe en su destino, y el porvenir le dará la razón si cesa, en fin, de desmenuzarse en las ciudades industriales de los Estados Unidos y en los campos del Gran Oeste.

Es una raza de hombres altos, musculosos, duros para la fatiga y fuertes contra el frío. Apasionadamente católica y latina, no habla más que el francés. Herederos de los campesinos normandos, de los de la Picardía, el Anjou y Poitiers del siglo xvii, su lengua es excelente. En el Canadá el normando encuentra el acento de Normandía, el de Anjou el suyo, y lo mismo el de Berry, el de Saintonge, etc.

VII

Los dos Canadá. — Descuento de razas: franceses, «sajones» é indios.

El Canadá comprende dos países autónomos, unidos sólo en cuestiones federales y separados geográficamente por el gran río de los ontanenses. En el Norte está el Bajo Canadá ó pro-

(1) Las evaluaciones varían entre 300.000 ó 400.000 y 1.000.000.

vincia de Quebec; al Sudeste y al Oeste el Alto Canadá ó provincia de Ontario. El Alto se halla sobre los grandes lagos y el Bajo sobre el San Lorenzo, río, estuario y golfo. Juntos tenían 72.215.000 hectáreas, de las cuales 48.867.600 para Quebec y 26.347.300 para Ontario, hasta los últimos años del siglo XIX; pero desde entonces el territorio de Ontario ha pasado del doble. Se ha prolongado al Noroeste hasta el lago de los Bosques y al Norte hasta el río Albany y la bahía James. Quebec ha aumentado también mucho, haciendo retroceder su frontera septentrional hasta el río East-Main. Se puede dar hoy al Canadá aproximadamente una extensión de 150 millones de hectáreas.

Su población se calcula en unos cinco millones de habitantes, de los cuales la parte mayor corresponde á Ontario y la menor á la provincia de Quebec. El Alto Canadá está una tercera parte más poblado que el Bajo Canadá, gracias á su clima más dulce, á su naturaleza menos ruda y erizada, y también porque recibí inmigrantes ingleses, escoceses, irlandeses, alemanes, por millares y decenas de millares cada año, mientras que pocos europeos se establecen en el Canadá francés.

En cuanto á los antiguos dueños del Canadá, los indios iroqueses, hurones, algonquinos, abenaquis, tchippeonais, ontaneses, montañeses, etc., han desaparecido casi todos. Los hurones de la Jeune-Lorette y los iroqueses de Saint-Regis trabajan sus campos; los iroqueses de Caughnawaga, junto el salto San Luis, son marineros, y el resto, más fiel á los instintos nómadas, vive de caza y pesca.

No hace aún mucho tiempo que parecían estar próximos á perecer, muertos por la civilización, que aniquila á los débiles y destroza los nervios á los fuertes, pero dejaron primeramente de disminuir y ahora aumentan. En número de 31.000, repartidos 13.361 en el Bajo Canadá y 17.915 en Ontario, hablando casi todos, ya el francés, ya el inglés, ya las dos lenguas al mismo tiempo, no tienen estos indios otro porvenir que el de vegetar obscuramente en pequeñas comunidades y desaparecer después. Como nación, como raza, su suerte está decidida. Lo que Europa les ha cogido no lo recobrarán nunca. Hombres del desierto y del bosque, cazadores y pescadores, no tienen nada que hacer en medio de las gentes que pueblan los desiertos y llenan los bosques de surcos. Necesitan la guerra para vivir, y les obligamos á la paz; necesitan el espacio amplio, y ven cubrirse su país de casas, vallas, fosos y empalizadas; necesitan la

libertad sin límites, y los europeos los encierran en la prisión de las leyes. Hay también algunos millares de negros en este país frío; pero viven casi todos en el menos duro de los dos Canadás: en la provincia de Ontario. Pasan de 12.000, y de ellos sólo hay unos centenares en la provincia de Quebec. Antiguos esclavos ó hijos de esclavos, estos africanos, que viven bajo un cielo que no es el suyo, proceden de diversos Estados de la Unión Americana.

VIII

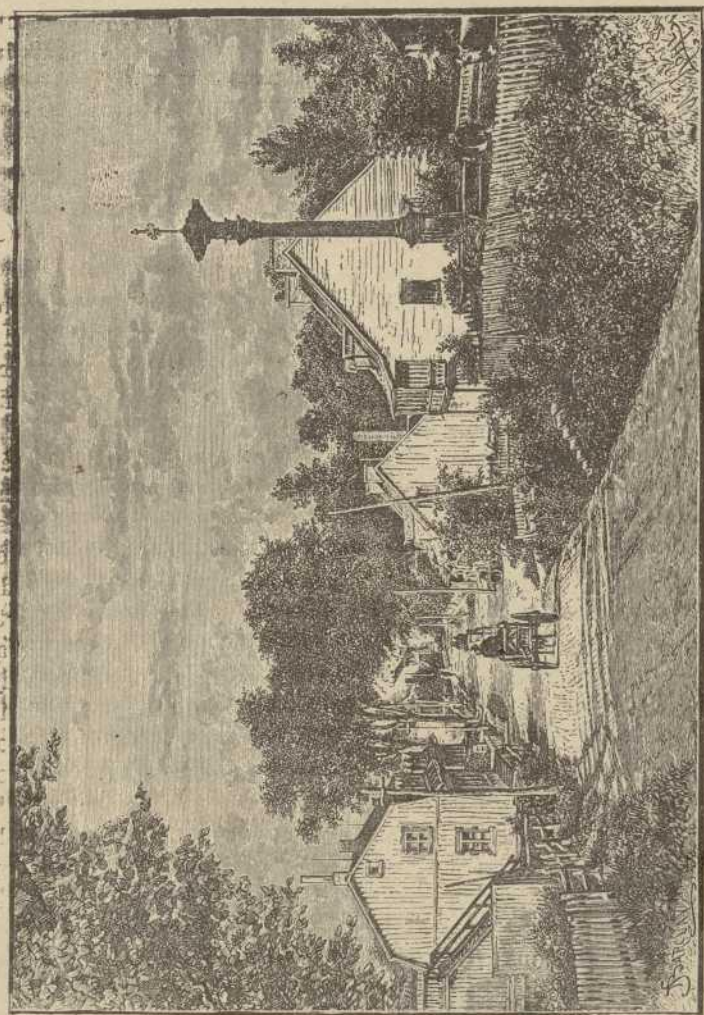
Poblaciones del Canadá

Casi toda la población del Canadá se agrupa en el espacio semi-insular, comprendido entre los lagos Hurón, Erié, Ontario y las orillas del Ottawa y del San Lorenzo hasta Quebec. Fuera de estas comarcas, los habitantes aparecen muy diseminados, y son raras las poblaciones importantes.

De todos los puertos canadienses del lago Hurón, el más visitado es Owen-sound. Es la mejor ensenada del lago Hurón, y los buques de más calado pueden atracar en sus muelles. Merced á las vías férreas, Owen-sound ha llegado á ser el puerto de Toronto, en el lago Hurón, para las mercancías de las regiones del Noroeste. En cuanto á Southampton, Port-Elgin, Kincardine y Goderich, puntos de escala en el litoral del lago Hurón propiamente dicho, no tienen gran profundidad y ofrecen poco abrigo. Seis bancos de sal gema á una profundidad de 300 metros en las inmediaciones de Kincardine y Goderich, alimentan unas 20 fábricas. El espesor total de estos yacimientos es de unos 40 metros.

Sarnia, situada en la orilla oriental del río Saint-Clair, á la salida del lago Hurón, forma en realidad una sola población, con la ciudad yanqui de Port-Hurón, edificada en la opuesta orilla. Por medio de buques de vapor se une la red de caminos de hierro que convergen hacia las dos ciudades, y además, tiene una línea subterránea de 1.814 metros, de los cuales 704 están debajo del río. Esta vía pasa á 23 metros por debajo del lecho arcilloso de la corriente. A excepción de Wallaceburg, situada en un promontorio lateral del lago Saint-Clair, todas las ciudades y aldeas que se levantan en las orillas de este río son dobles. Así la gran ciudad yanqui de Detroit, la metrópoli

del Estado de Michigan, se completa en la orilla canadiense con Windsor y con la ciudad del Ontario occidental, donde los naturales de origen francés sostienen con ventaja la lucha



Una aldea canadiense. (Dibujo de Taylor.)

contra los anglosajones, canadienses ó americanos que por todas partes les rodean.

Por una asociación natural de ideas, se han dado nombres de ciudades inglesas á las poblaciones de las orillas del río Tá-

mesis canadiense y de su afluente el Avón, ambos afluentes del lago Saint-Clair. En esta región, son centros importantes Stratford y Woodstock. London (Londres) es la capital, y ostenta con orgullo este nombre. Sus edificios, sus calles y paseos imitan á los monumentos y barrios de la metrópoli inglesa.

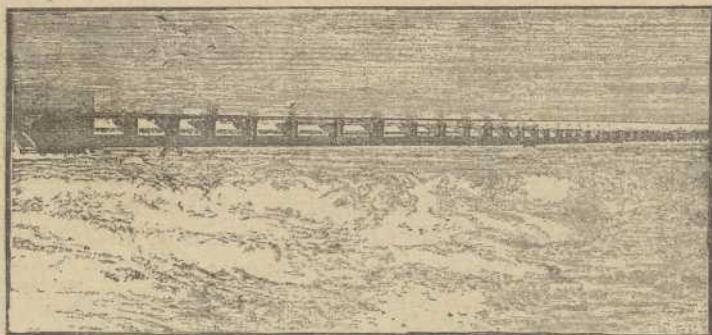
London comunica con el lago Erié por la próspera ciudad de Saint-Thomas, centro de los caminos de hierro, donde se encuentran grandes talleres de construcción y reparación. Port-Stanley, situada en un pequeño puerto del Erié, es el centro de la navegación entre London y Saint-Thomas. Al Sudoeste, los terrenos de aluvión que baña el Támesis antes de entrar en el lago Saint-Clair, y que un tiempo fueron también cuencas lacustres, han merecido el nombre de «jardín del Ontario». Chatham, el mercado central, por medio de buques de poco calado, hace algún comercio con la ciudad americana de Detroit. Esta población y Windsor, en la época en que los esclavos huían de los Estados Unidos «por el camino del subterráneo», es decir, con el apoyo secreto de los abolicionistas, eran el refugio de los negros fugitivos, y allí se establecieron la mayor parte de ellos. En Chatham hay más de 2.000; casi la cuarta parte de sus habitantes. En Windsor hay 1.500.

En la parte alta del «Gran Río» se encuentra la mayor colonia alemana del Canadá. Compónese especialmente de sectas mennonitas y luteranas reunidas en Berlín, que así se llama la capital del distrito y en otras poblaciones que llevan nombres germánicos como Hamburg y Strassburg.

Brantford, llamada así en honor de Brant, famoso caudillo de los iroqueses, es anglosajona, si no por el origen de sus habitantes, por sus costumbres é idioma. Los iroqueses de la comarca, agrupados en torno de la aldea Tuscarora, donde tienen la sala del Consejo llamado de las «Seis Naciones», son los súbditos más leales de la corona británica.

Al Este de la península, el distrito ribereño del Niágara, atravesado por el canal de Welland, que comunica el lago Erié con el Ontario, es el que tiene ciudades más conocidas, gracias á los muchos extranjeros que van á contemplar la gran catarata. A la entrada meridional del Niágara se levanta Fort-Erié, frente á la ciudad americana de Buffalo. Un poco más lejos se ve Victoria, situada enfrente del arrabal, donde está el viaducto del camino de hierro. Más abajo de la cascada, en la ribera canadiense, está también una aldea unida á la ciudad

de Niágara-Falls por el famoso puente colgante de 386 metros de longitud. Clifton, á tres kilómetros más lejos, comunica igualmente con la opuesta orilla por medio de un puente internacional, menos largo, pero más alto que el del Niágara-Falls. Queenston, al borde de una cortadura peñascosa desde donde se precipitaba antes el Niágara, mira á Lewiston la americana, y en la desembocadura del río, la ciudad de Niágara sólo queda separada de Youngstown por la caudalosa corriente. Esta última ciudad es de las más antiguas de la provincia de Ontario. Fundada en el siglo último por los americanos leales á Inglaterra que huyeron de los Estados rebeldes, se la dió el nombre de Newark, y fué la primera capital de esta provincia. Las



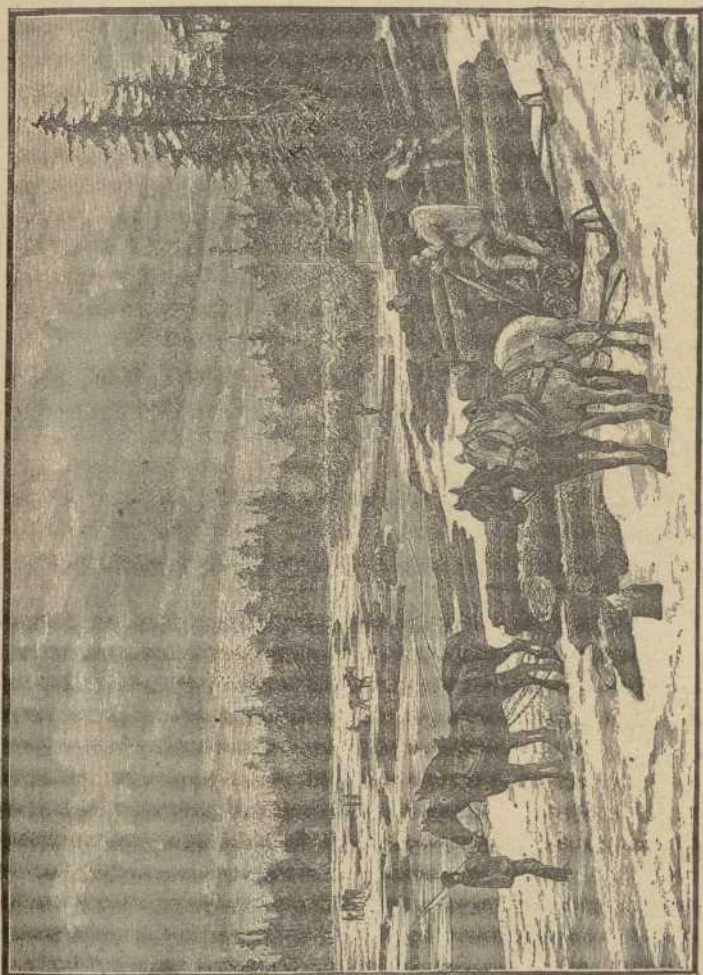
Puente Victoria en Montréal. (Dibujo de Rion.)

fortalezas que se levantan en ambas orillas, recuerdan hechos de la guerra de la Independencia Americana.

Hamilton, la tercera ciudad de la provincia, por el número de habitantes, es una ciudad populosa. Ocupa una excelente situación junto al ángulo occidental del lago Ontario, con un canal que la une á la bahía de Burlington, y en un círculo limitado al Oeste por el tajo peñascoso que cortaron las aguas. La que llaman «Ciudad Ambiciosa» los canadienses, crece rápidamente; pero, aun teniendo sobre la de Toronto la ventaja de estar al extremo de la vía natural que va del Ontario al Hurón, ha quedado á la zaga de su vecina del Este, que tiene una red de caminos de hierro mucho más extensa.

Toronto, capital de la provincia de Ontario y la ciudad «Reina del Oeste», está situada á la orilla del lago, en terreno arenoso que se eleva en suave pendiente hacia el Norte, entre dos ríos: el Don y el Humber. Está reconstruída con gran re-

gularidad. Casi todas sus calles se unen en ángulo recto y son perpendiculares ó paralelas al lago; pero en conjunto, las construcciones resultan monótonas y vulgares. El lago aparece



Leñadores canadienses. (Dibujo de Taylor.)

oculto por una lengua de tierra que, en forma de arco, rodea el puerto y se abre únicamente al Oeste por un canal de unos cuatro metros de profundidad. Además, la playa del puerto está llena de caletas y tinglados, y los muelles se hallan casi enteramente ocupados por una compañía de ferrocarriles que

aprisiona á la ciudad con su red de rieles. A primera vista no parece que Toronto tenga grandes recursos naturales; pero ocupa una situación central en la parte más fértil de la provincia de Ontario, y está enfrente de la vía que abre el Niágara hacia el lago Erié y los Estados Unidos. Desde los primeros tiempos de la colonización, los indios del Norte tienen en ella su mercado de pieles.

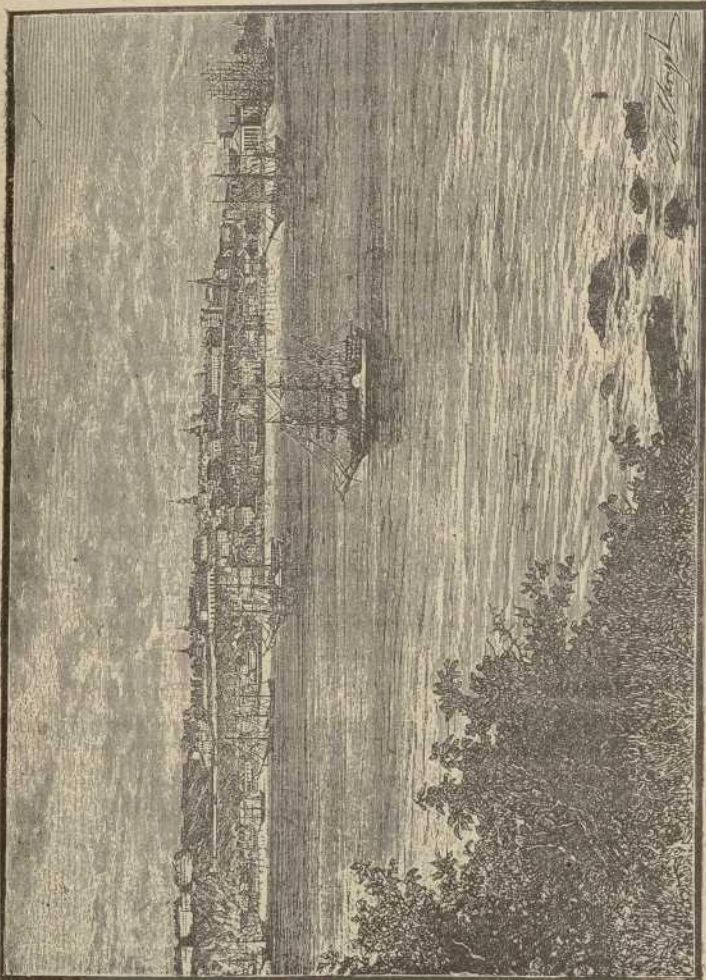
El nombre de Toronto, que significa «árboles en el agua», sólo se aplicaba antes á la punta arenosa formada por las olas delante del puerto. Después este nombre se extendió á todo el distrito hasta el lago Simcoe y á la bahía Georgian. El rango de capital que adquirió la naciente ciudad vino á aumentar la importancia que le dan sus condiciones naturales y la construcción de caminos de hierro que convergen á ella. Toronto es, además, la ciudad literaria de todo el Canadá. Su Universidad es célebre en todo el Norte de América.

Al extremo oriental del lago Ontario está Kingston, gran centro comercial y primer punto de escala para los buques que navegan entre Toronto y Montreal.

Quebec, capital, en otro tiempo, del Canadá, y, actualmente, de una de las provincias confederadas que forman el Estado autónomo, es una de las ciudades más antiguas del Nuevo Mundo, y la población histórica por excelencia entre todas las de la región del San Lorenzo. Los americanos la visitan como los europeos á Atenas y Memfis. En el promontorio que domina al río y su confluencia con el Saint-Charles se resolvió la suerte futura de esta región. La aldea ó *canadiá*, á que reemplazó la ciudad francesa, es probablemente la que dió su nombre á esta comarca.

Vista desde el río ó desde las cimas de Lévis, parece muy grande la ciudad. Las murallas y los taludes de la ciudadela ocupan una gran parte de la colina. Encima de las pendientes se perfilan algunos edificios y aparece la playa ceñida por el estrecho cordón de la ciudad baja, cuyos edificios están amenazados por las resquebrajadas rocas de la fortaleza. Tres veces los derrumbamientos han aplastado casas con sus moradores. La nueva Quebec prolonga sus calles por la llanura y la vertiente del Saint-Charles al otro lado, á espaldas del cabo Diamante. Es muy maravilloso el panorama que se descubre desde lo alto de la ciudadela, de la universidad Laval y de la terraza Dufferin. A un lado se extiende el promontorio encima del San Lorenzo y del estuario; más abajo una línea de casas

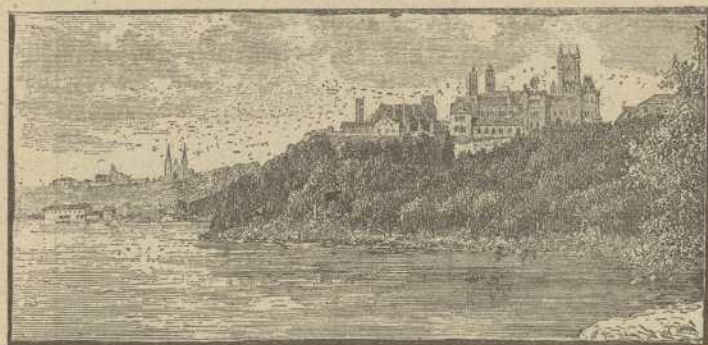
rodea la colina, y un nuevo barrio, el de los depósitos y almacenes, se prolonga en punta entre las dos grandes sábanas de agua. La poderosa corriente del río, hinchado dos veces por la marea, baña el pie de la ciudad en la angostura que forma allí



Vista general de Quebec. (Dibujo de Clergue.)

el cauce. Los vapores van y vienen, y en la alta colina de Lévis se suceden las aldeas en larga procesión, interrumpida á veces por espacios llenos de arbolados. A lo lejos, entre los anchos brazos del San Lorenzo aparecen las verdes campiñas suave-

mente onduladas de la isla de Orleáns. Más bellas todavía las llanuras de la orilla izquierda, se pierden al Norte, en el azulado horizonte que vela las lejanas montañas y la soberbia cúpula del cabo de Tormenta. Además de la ciudadela y de la explanada Dufferin, hay en Quebec otros sitios de cierta importancia histórica. Desde este punto de vista, tiene pocos rivales en el Nuevo Mundo. En una plaza, cerca de la ciudadela, se levanta el obelisco erigido á la memoria de los dos caudillos Wolfe y Montcalm, «unidos en la muerte, en la gloria y en la tumba que para ambos consagró la posteridad». En las afueras de la población hay otros monumentos que recuerdan las últi-



Falacio del Parlamento á orillas del Ottawa (Dibujo de Taylor.)

mas batallas de Abraham y de Sainte-Foye entre franceses é ingleses. En las orillas del río Saint-Charles se ha colocado recientemente una columna en el sitio donde invernó Cartier en su viaje de descubrimiento. En una casa de Quebec créese haber encontrado el sepulcro de Champlain, y además se enseña la morada donde terminó sus días Montcalm. Algunos edificios religiosos, la basilica y otros templos, seminarios y conventos poseen preciosos cuadros, pertenecientes, en su mayor parte, á los tiempos anteriores á la Revolución francesa.

Quebec no es, con todo, la ciudad principal del Canadá: sólo ocupa el tercer puesto, después de Montreal y Toronto, y á juzgar por la lentitud con que crece, bien pronto se quedará detrás de otras poblaciones más modernas y activas que ella. Cuenta ahora con unos 90.000 habitantes. Sin duda Quebec contando con las ventajas que le da su excelente puerto, tiene el inconveniente de estar situada en un clima muy duro, junto

á un río que obstruyen los hielos durante el invierno, y no posee, como Montreal, y sobre todo como Toronto, una vasta región cultivable y habitada.

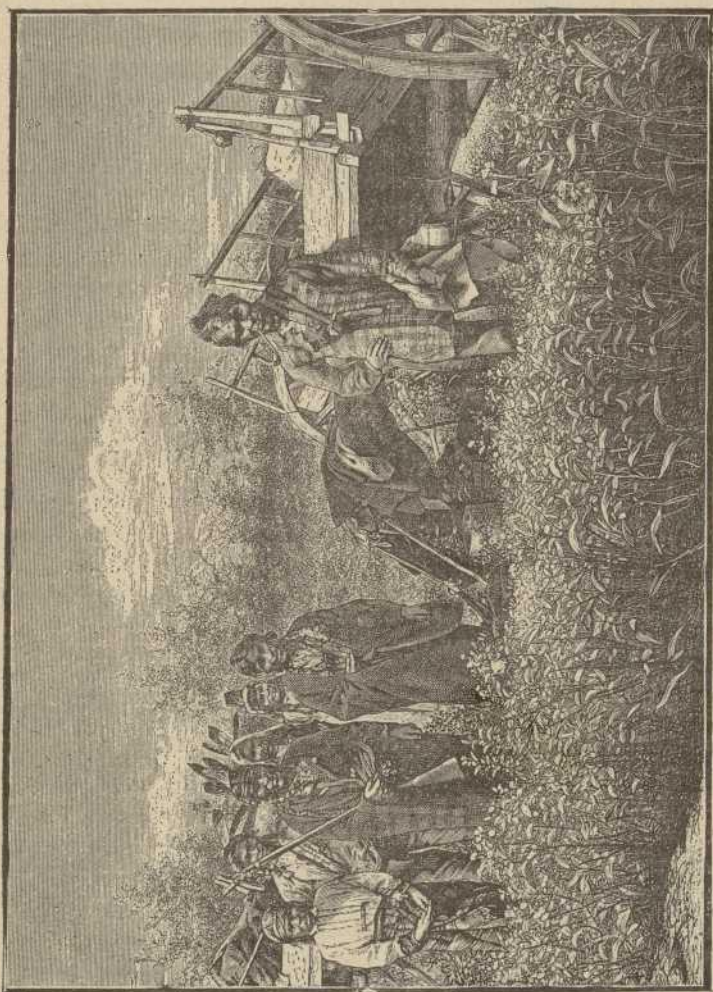
La mayor población del bajo San Lorenzo, después de Quebec, es Rivière-du-Loup, llamada así de una corriente de agua que no lejos se precipita en magnífica cascada. Se le llama también Fraserville en honor de los antiguos señores del territorio, que son todavía los principales habitantes de la comarca. Rivière-du-Loup, que con más exactitud debería llamarse «río de los lobos marinos», ha adquirido gran importancia en estos últimos tiempos por ser el punto de unión de tres vías férreas: la línea principal, la intercolonial y la que, por las orillas del lago Temiscouata ó Profundo, se dirige hacia la Nueva Brunswick y el puerto de Saint-John. Su principal industria es la fabricación de calzado. Fraserville, á causa de su posición junto á la desembocadura del gran río, es un sitio de baños muy concurrido.

Montreal es la ciudad más importante del Canadá. Aunque no presenta la regularidad geométrica de la mayor parte de las poblaciones americanas, su plano es muy sencillo, á pesar de las desigualdades naturales del terreno y de la anexión de las aldeas al conjunto urbano. El centro de Montreal es todavía el cerro donde se establecieron los primeros colonos franceses. Allí se ven los más antiguos edificios, modestas construcciones conservadas con respeto á pesar de su escasa belleza arquitectónica: allí se levantan asimismo los monumentos modernos más fastuosos, la casa del Ayuntamiento, el palacio de Justicia, la Casa de Correos, los principales Bancos y dos grandes templos, uno de ellos el mayor del Canadá, y otro el más antiguo y venerado de Montreal. El Campo de Marte, histórica plaza donde en días de conmociones políticas se reúne la población, ocupa también una parte de este barrio central, y la calle de Notre-Dame, que tiene unos 10 kilómetros de un extremo al otro de Montreal, casi paralelamente al río San Lorenzo, atraviesa la campiña formando una hermosa vía plantada de árboles. Las otras vías longitudinales siguen la misma dirección que la calle de Notre-Dame y el río. Los barrios más ricos, y también los más sanos, están junto á la montaña.

Montreal es una ciudad doble. El contraste que presenta en conjunto la región del Canadá, disputándose dos razas la preponderancia, se reproduce en esta gran ciudad. Dos naciona-

lidades y dos idiomas, el francés y el inglés están en ella frente á frente dividiendo á sus 300.000 habitantes.

Cuenta Montreal con su incomparable Parque de la Mon-



Indios canadienses (Dibujo de Rion.)

taña, y con otra maravilla, su parque insular. La isla de Sainte-Helène, situada á 600 metros de los muelles río abajo, es también un jardín destinado al público, á excepción de una parte que el gobierno federal utiliza para los ejercicios militares. Sainte-Helène, llamada así en honor de la esposa de Cham-

plain, es un conjunto de colinas peñascosas paralelas á Mont-Royal, y desde sus lamedas de abetos y olmos, desde su suelo cubierto de menuda hierba y plantas odoríferas, se ven surcar el río centenares de embarcaciones.

Aun cuando situada á 1.825 kilómetros del Estrecho de Belle-Isle, entrada del Océano Atlántico, y á 159 kilómetros del punto donde llegan las más altas mareas, Montreal es puerto de mar gracias á recientes é importantes trabajos.

Entre las ciudades americanas, que por lo general tienen anchas bahías, marítimas ó fluviales, formando un dédalo de muelles y dársenas, se distingue Montreal que es el centro industrial de más vida en todo el Canadá, por su puerto trazado á lo largo del río, y que domina á éste por la elevación de sus muros, delante de las fachadas de las casas ribereñas. Estos muros son muy sólidos, expresamente construídos para resistir la gran presión de la corriente al llegar la primavera, cuando el deshielo amontona témpanos enormes en las orillas. Entonces los hielos del lago San Luis, arrastrados hacia los raudales de Lachine, van á situarse delante de Montreal y forman allí una verdadera barra. Detenidos más abajo, por lo que allí se llama «Puente de Hielo», mientras éste no se rompe, los témpanos embisten unos contra otros, se superponen, se apilan y á veces, empujados por la corriente que engruesa en la otra parte de la barra, se elevan á 10 metros de altura en masas que caen desplomadas sobre el muelle y llegan á los segundos pisos de las casas. Para precaver este riesgo, antes de la llegada del deshielo se quitan de su sitio, y se colocan en otro resguardado, los embarcaderos formados por grandes vigas y travesaños de madera.

El llamado puente Victoria, puente tubular de 2.637 metros de largo con 25 arcos, pone en comunicación á Montreal con la otra ribera.

La ciudad de Ottawa tiene la importancia de haber sido durante algunos años capital del Canadá, y aun hoy es la quinta de la Confederación, pues en número de habitantes se acerca á Montreal, Toronto, Quebec y Saint-Jhon, y aspira á sobrepujarlas. La ciudad ocupa una situación magnífica sobre una colina que domina la orilla derecha del río Ottawa, más abajo de la cascada llamada Caldera. Sus arrabales se prolongan al Oeste hasta más arriba de los raudales, y al Este hasta la otra parte del río Rideau.

Los talleres, fábricas de aserrar y grandes depósitos de ma-

dera cubren los islotes y peñascales que rodean por ambos lados la boca de la Caldera, los raudales y los desagüaderos. A pesar de estas construcciones poco estéticas, la cascada que dió origen á la ciudad de Ottawa ofrece un espectáculo grandioso. La corriente del río, que se extiende por un espacio de 500 metros, entre dos islas pobladas de álamos, afluye en masa caudalosa hacia una hendidura del peñasco de 60 metros de anchura y se precipita en esta especie de caldera hirviente, de donde sale luego en forma de una gran capa de espuma expandiéndose.

El palacio de Ottawa, donde estuvo el Parlamento, es el monumento más grandioso del Canadá; pero lo que más le embellece es el panorama que se extiende alrededor del promontorio que le sirve de asiento. Desde allí se ve la lejana cordillera Laurentina poblada de bosques y la abriantada superficie de las aguas del río y de sus lagos, con sus recodos y remolinos, sus cascadas y sus bahías.

IX

El Labrador.

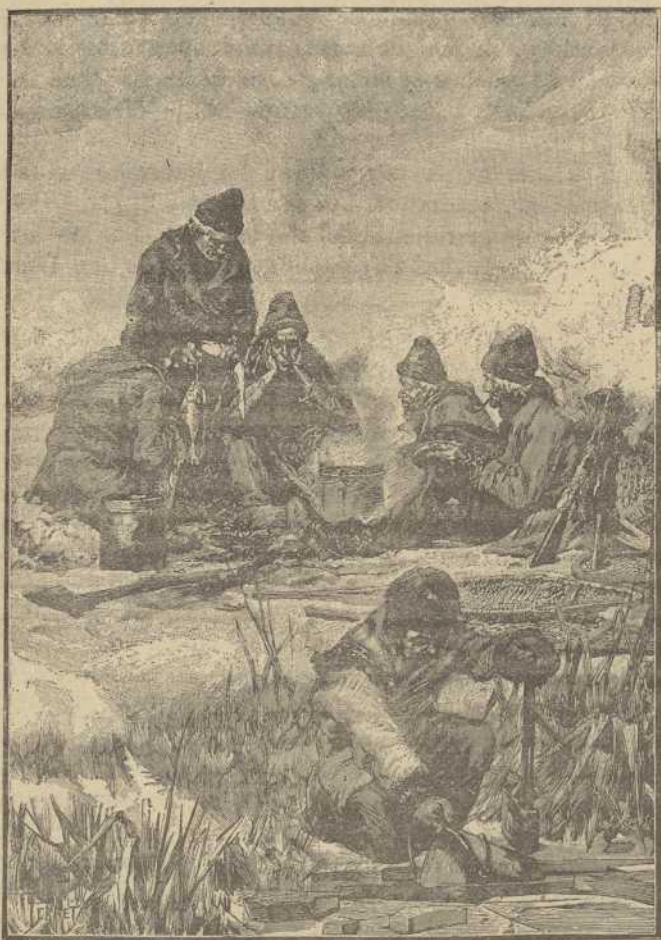
Franqueando el río Seguenay en su embocadura, frente á Tadoussac, no se sale del Canadá francés, pero se entra en un país desierto conocido con el nombre especial de Labrador.

Ese nombre Labrador parece ser la corrupción de *bras d'or* (brazo de oro). Los marinos normandos y bretones designaban así, en las épocas de los grandes descubrimientos, las bahías de abrigo seguro y fácil acceso, tales como el Gran Brazo de Oro y el Pequeño Brazo de Oro, que atraviesan la isla del Cabo Bretón de extremo á extremo.

Un poco más duro y frío que el Canadá, con los mismos granitos de los montes Laurentinos, y sobre ríos tan pronto mansos como frenéticos, que corren á confundirse con el San Lorenzo, el Labrador sigue la orilla septentrional de este río, continuado por un golfo hasta el estrecho de Bella-Isla, que separa Teranova del continente. Allí, volviendo su costa hacia el Noroeste, y abandonando la influencia del Canadá por la de Terranova, se extiende frente á la Groenlandia y se convierte en glacial, de lo que se regocijan los esquimales, sus habitantes.

El Labrador canadiense tiené cerca de 1.000 kilómetros de

longitud del Sudeste al Nordeste. Su anchura está mal determinada, pues no se han remontado más que una pequeña parte de sus torrentes hasta la «Altura de Tierras». Dándole 250



Campamento de cazadores canadienses. (Dibujo de Perret.)

á 300 kilómetros de anchura, tendría de 25 á 30 millones de hectáreas, ó sea, poco más ó menos, la mitad de Francia.

Son grandes, sombríos, terribles, los ríos del Labrador, en eterna lucha contra la piedra de las gargantas que separan sus innumerables lagos. Estos ríos son: Betriamite, Manicoua-

gan, Moisie, Manitou, que cae en el estuario con una cascada de 35 metros; Romana, uno de cuyos saltos es comparable al brinco del Niágara y Natachcouan, río de los esquimales, corrientes todas semejantes á pequeños Ontaonais, que encontrarán sus admiradores cuando se conozcan más sus cuencas, hoy poco recorridas. En las llanuras que cruzan estos ríos y en el contorno de muchos de sus lagos, la tierra es fecunda, bajo un cielo capaz aún, á pesar de lo que se ha dicho, de dorar cosechas.

Son franceses los que se apoderan del Labrador, canadienses y, sobre todo, acadianos. Los canadienses llegan de los condados de la orilla meridional del río; los acadianos de las islas de la Magdalena, pequeño archipiélago del golfo San Lorenzo.

X

Población del Labrador.—Las pesquerías de bacalao.

El conjunto de la población del Labrador, no pasa probablemente de 10.000 individuos. Según el último censo ordenado por el gobierno de Terranova, existe un total de 8.211 personas entre indios, esquimales, blancos y mestizos. Los indios, habitantes de los bosques y ribereños de los lagos, pertenecen á la gran familia de los Cris, y se subdividen en *Montañeses*, hermanos de los que habitan las orillas del lago San Juan y *Nascopi* ú «Hombres». Los últimos, reducidos á algunos centenares, vagan por los alrededores del lago de su nombre, pero recorren todo el Labrador, ya de lago en lago en sus canoas de corteza, ya por tierra sobre el suelo nevado, andanéo perezosamente, pero sin cansarse, con sus pesadas abarcas ó «patas de oso». Rara vez se les ve en los pueblos: procuran huir de los blancos, y viven con ellos pocos mestizos. Habitan casetas de tablas cubiertas de cortezas de abedul ó de pieles de rengífero, y en invierno rodean sus viviendas de espesas capas de nieve. Los nascopi, á la manera de las demás tribus indias, no elevan á los jóvenes á la categoría de iguales, sino después de hacerles pasar por duras pruebas, principalmente la del hambre. Los períodos de largos ayunos se renuevan frecuentemente antes de la iniciación definitiva. Aún subsiste entre los nascopi la terrible costumbre de matar á los viejos y valetudinarios, y al

hijo, al hermano, al amigo más íntimo, incumbe este piadoso y terrible deber.

En otro tiempo pieles rojas y esquimales se hallaban en guerra continua, y por lo común llevaban la ventaja los primeros. A mediados del XVIII aun había esquimales á orillas de varias bahías del Labrador canadiense al lado de pescadores franceses, de quienes se decían «amigos y compañeros». Existen islas y una bahía del golfo de San Lorenzo que llevan aún los nombres de islas y bahía de los Esquimales. En nuestros días es raro que un esquimal pase desde el furdo de Hamilton hacia el Sur; pero se encuentran varias familias en las orillas de aquel estuario, y toda la costa que se prolonga al Noroeste hasta el cabo Chudleigh es de su pertenencia exclusiva.

Los esquimales del Labrador difieren poco de los de Groenlandia y del archipiélago Polar. Verdad es que el Estrecho de Hudson, que separa al Labrador de la Tierra de Baffin, no es infranqueable para los esquimales. Muchas veces se arriesgan á atravesar el estrecho en una balsa formada con informes troncos de árboles. Los esquimales de la costa oriental son pequeños, pero los de la costa occidental son más altos y robustos, y la mayoría tienen espesa cabellera y barba poblada que les baja hasta el pecho. Son propensos á la obesidad, como los misioneros que viven entre ellos. Los cruzamientos con los blancos abundan hasta el punto de que en algunas aldeas todos los habitantes son mestizos. La mortalidad hace terribles estragos en los niños, sobre todo desde que les dan los alimentos europeos, es decir, la harina y las patatas. La raza se considera en vías de desaparición. Sin embargo, el número de esquimales agrupados alrededor de los misioneros moravos se ha mantenido constantemente entre 1.200 y 1.400.

Hace más de un siglo que las costas más inhospitalarias del Labrador están habitadas por blancos, misioneros moravos. En ciertas temporadas agrúpanse alrededor de las estaciones moravas más de las tres cuartas partes de los esquimales del Este. Así en Navidad y durante las primeras semanas del año todos habitan sus casas de invierno, cerca de la iglesia y de la morada del misionero, ocupándose principalmente en coger zorros, cazar aves, partir leña y fabricar utensilios. Luego viene en Febrero la época de la caza de focas, y hacia Pascua vuelven á las estaciones, de donde se dirigen en seguida al interior en persecución de los renos. En Junio tornan á bajar á la costa para recoger los huevos de gaviota y otras aves, en

los islotes y escollos, y el final del año lo dedican á la pesca.

Estas comunidades de esquimales han experimentado cambios de mucha consideración desde que las visitan frecuentemente marinos y pescadores. Ahora la mayoría de los indígenas se viste á la usanza europea, reemplazando sus pieles de focas por trajes de paño. Ya las habitaciones no son las antiguas chozas de césped ó de nieve endurecida. Son construcciones de tablas á la europea, donde se encuentran además muebles procedentes de Inglaterra ó de los Estados Unidos, camas, mesas, alfombras, espejos, lámparas y relojes. Ahora los esquimales, á quienes se ha prohibido el uso de todo licor espirituoso, beben te. Convertidos en pescadores, de cazadores que eran principalmente, han abandonado en su mayoría el *kagak*, embarcación con la cual era demasiado peligroso lanzarse al mar, y han empezado á construir canoas según los modelos europeos, y hasta grandes embarcaciones de velas. El juego á que se entregan con verdadera pasión es el de pelota que echan con el pie, á la usanza inglesa. Hasta mujeres, con su criatura de pecho á la espalda, juegan con los hombres. Hoffenthal la aldea principal, se ha transformado en puertecillo de pesca.

Durante los meses de verano (desde Junio hasta Septiembre y Octubre), los pescadores ingleses y terranovenses, en torno de los cuales se apiñan los esquimales mestizos del litoral, afluyen á la región de las pesquerías. En el curso de la temporada puede calcularse en 30.000 personas la población «flotante» de esots parajes. Con barracas y cobertizos, que más tarde cubren las nieves del invierno, ocupan temporalmente todas las ensenadas, todas las playas de las islas ó de la tierra firme que son á propósito para la instalación de secaderos. Un bote de vapor hace el servicio regular desde Terranova á Nain, y otros barcos van y vienen entre las estaciones de pesca.

Los bancos de bacalao ocupan toda la zona ribereña de los furdos, así como los estrechos de los archipiélagos de islas y de islotes que orlan la costa, y los bajos exteriores, donde van á encallar los montones de hielo á 50 y 75 metros de profundidad. Las pesquerías del Labrador presentan un espacio explotable como de 18.400 kilómetros cuadrados, espacio superior al que ofrecen los bancos de Terranova. Los primeros pescadores no se dirigían con gran confianza á estas regiones septentrionales, porque los animales que sirven más comúnmente de alimento á los bacalao de Terranova, truchuelas, arenques y pez-aguja, van disminuyendo gradualmente en estas latitudes, y más al

Norte desaparecen por completo. Pero los bacalaos de aquellos mares boreales encuentran otro pasto copioso; las numerosas especies de crustáceos y las medusas que pululan en medio de las islas y en los estrechos, en las inmediaciones de los témpanos encallados. Los millones de organismos infinitamente pequeños que alteran el color del agua marina en la proximidad de los bancos de hielo, alimentan á las medusas, las cuales á su vez son devoradas por los bacalaos, que sirven de alimento al hombre, y sobre todo á los ribereños del Mediterráneo.

La temporada de pesca acorta á medida que se avanza en las aguas polares. De 143 días por término medio en los bancos de Terranova, no es más que de 61 en las cercanías del Cabo Chudleigh. Se cuenta una semana de retraso en la aparición de los bancos de bacalaos por cada grado de latitud. Los pescadores no residen durante la estación del frío en las costas del Labrador septentrional; pero en las del Sur hay gentes de Terranova que viven constantemente á orillas de los ríos por donde suben los salmones, y en invierno cazan los animales de pieles. Ahora el salmón va siendo raro en las costas orientales del Labrador, y para encontrar bancos compactos hay ya que dar la vuelta al cabo Chudleigh y penetrar en el Estrecho de Hudson. Allí va también á encallar alguna que otra ballena. Cuando los *innuit* matan uno de estos grandes cetáceos, observan un ayuno riguroso durante veinticuatro horas como tributo de homenaje á la víctima, y para evitar las enfermedades que sus manes ofendidos podrían echar sobre la tribu.

XI

Islas de la Magdalena.

Este archipiélago se eleva en el golfo de San Lorenzo, más cerca de la isla del Príncipe Eduardo, de la isla del Cabo-Bretón y aún de Terranova que del Bajo Canadá, del que se halla á 200 kilómetros, pero al cual pertenece, sin embargo, desde que se le ha separado de Terranova para unirlo al condado de Gaspé.

Estas islas tienen 23.000 hectáreas y 4.942 habitantes, de los cuales 4.400 son franceses, quizá originarios una mitad de las islas San Pedro y Miquelón, pertenecientes á Francia, y la

otra mitad del Nuevo Brunswick, de la isla del Príncipe Eduardo, y, en general, de la Acadia.

Casi todos son atrevidos pescadores. Cultivan poco, y se comprende que no gusten del campo, puesto que no son los propietarios del suelo, sino únicamente tenedores de él, tratados con gran rigor jurídico por la familia inglesa que posee el archipiélago.

Así, de estas pobres y pintorescas islas de clima húmedo relativamente dulce, parten con frecuencia goletas hacia el Norte y el Noroeste, y abren velas para el Labrador, duro paraíso de estos buenos acadianos, donde encuentran el bacalao.

ACADIA Ó PROVINCIAS MARÍTIMAS

I

Nuevo Brunswick.

Rechazando obstinadamente Terranova al entrar en la Potencia del Canadá, las Provincias Marítimas no comprenden más que tres Estados: Nuevo Brunswick, Nueva Escocia y la isla del Príncipe Eduardo.

Estas provincias forman la doliente Acadia, tierra en otro tiempo francesa, y que ahora por el idioma y la sangre vuelve á serlo cada vez más.

Acadia tiene 13 millones de hectáreas, la cuarta parte de Francia, con 881.000 habitantes, de los cuales cerca de 120.000 son franceses.

II

Nuevo Brunswick.—El San Juan.—Ingleses y acadianos.

El Nuevo Brunswick continúa el Canadá francés al Sur de la península llamada Gaspesia, más allá de la bahía de los Calores que, á pesar de su nombre, se ha visto helada en toda su grandeza.

Comprendido entre la provincia de Quebec, el estado del Maine, perteneciente á los Estados Unidos, la bahía de Fundy,

Nueva Escocia y el golfo de San Lorenzo, abraza un poco más de siete millones de hectáreas con 321.000 habitantes solamente, pues casi por entero está aún cubierta de bosques, con claros en el litoral, á lo largo del Miramichi y de los pequeños ríos costeros, y, sobre todo, en la cuenca del río San Juan.



Indígena de Cabo-Bretón. (Dibujo de Rousseau.)

El San Juan parte de un país de lagos perdidos en los bosques de una región casi desierta que se reparten el Maine y el Bajo Canadá.

Antes de 1842 el Nuevo Brunswick poseía, de hecho y de derecho, un territorio, hoy yanqui, que pertenece al Maine. En dicho año, este cantón de bosques y lagos, el M^{ts}awaska, poblado de acadianos, le fué quitado por engaño, en provecho



de los Estados Unidos (1). Río de 725 kilómetros en una cuenca de 6.800.000 hectáreas, el San Juan, negruzco como si sus aguas hubiesen pasado sobre barrizales, cae en Colebrook por las «Grandes Caídas», cascada de 22 á 23 metros de altura. Recibe numerosos tributarios procedentes de llanuras y mesetas que no conservarán por mucho tiempo su belleza, pues ésta consiste en la frondosidad de los bosques, atacados cada vez más por los leñadores.

El inglés reina hacia abajo de las «Grandes Caídas», pero hacia arriba, tanto en Nuevo Brunswick como en el Maine, el río San Juan no roza más que aldeas de lengua francesa. De los 321.000 habitantes del Estado, había hace poco tiempo cerca de 65.000 acadianos, franceses y católicos, residentes unos en lo alto del río, otros á lo largo de la bahía de los Calores, así como sobre el litoral del golfo de San Lorenzo y del Estrecho de Northumberland (2).

Nuevo Bruswick tiene en la costa algunas poblaciones activas en torno de los puertecillos de pesca. Su ciudad más importante es San Juan ó Saint-John, y al mismo tiempo el puerto canadiense más importante de la bahía de Fundy. Su nombre lo debe al gran río del país que pasa junto á ella.

Saint-John es inferior á Fredericton en categoría, pues esta ciudad es la capital de Nuevo Bruswick, y en ella está el Parlamento y la Universidad de la provincia. Pero Fredericton es una ciudad pequeña que apenas tiene 9.000 habitantes, y Saint-John la aventaja mucho en población, en movimiento comercial y en riqueza.

El núcleo central de la ciudad ocupa una península roquiza entre la antigua y la nueva desembocadura del río San Juan. Las calles, tiradas á cordel, se cortan en ángulo recto, á pesar de las desigualdades del suelo, que en varios sitios ha sido menester nivelar á fuerza de barrenos. El último saliente de la península entre los dos golfos, que en otro tiempo fué plaza de armas, es hoy el sitio destinado á los juegos de destreza y de fuerza. Por la parte de la rada, la ciudad se halla guarnecida de calas y puentes volantes. Entre Saint-John y la ciudad de Carleton, edificada en la orilla occidental, van y vienen lanchas de vapor. El valle por donde pasa el ferrocarril intercolonial, aísla hacia el Norte la ciudad propiamente di-

(1) Por el tratado de Ashburton.

(2) Este estrecho separa la isla del Príncipe Eduardo del Nuevo Brunswick.

cha de Portland y otros barrios, unidos ahora con el Municipio de Saint-John. Mas allá se extienden los parques, y aparecen diseminadas las quintas de recreo en el seno de los vallezuelos y á orillas de los lagos. Después de haber permanecido estacionaria largo tiempo, y haber perdido parte de su población, ha vuelto Saint-John á cobrar vida é importancia, gracias á nuevas vías férreas, y, sobre todo, á la gran línea que la enlaza directamente, por Montreal y el salto de Santa María, con Minneapolis y los demás mercados de cereales del alto Mississipi. El puerto de Saint-John ofrece la ventaja capital de estar libre de hielo durante el otoño, y en todo tiempo abordan á él los buques transatlánticos.

Los indios no han desaparecido enteramente. Hay aún 1.400, divididos en Micmacs, en otro tiempo suroqueses, y en Milicites, en otro tiempo estaminqueses. Estos restos de la raza de las algonquinos no tienen más que desprecio para nuestras artes, nuestras habilidades y nuestras riquezas. Hijos del bosque, no aman más que el bosque, el lago á quien éste da sombra y la cascada cuyo ruido les arrulla

NUEVA ESCOCIA

I

Suelo duro, rico en minas. Furdos. Bahía de Fundy,

Viéndose á la isla de Cabo Bretón la Nueva Escocia, pasa de 5.400.000 hectáreas pobladas por 451.000 habitantes. Es una península unida al continente por el estrecho istmo de Memranouk ó de la «Hermosa-Residencia», batido al Norte por el agua del golfo de San Lorenzo y al Sur por las ondas de la bahía de Fundy. Sus admirables puertos, sus poderosas minas de hulla, sus metales, sus maderas, le reservan un porvenir que este país, relativamente pequeño, no sacará jamás ni del trigo ni de la hierba. Además, en su tierra dura, brumosa, mal alumbrada por el sol, las cosechas serían siempre pobres, tanto en la península como en la isla que la acompaña.

El litoral de esta tierra aurífera, ruda y rugosa, abunda mucho en furdos. Por todas partes la roca, áspera, sombría, desnuda ó con pinos y abetos, se abre en estuarios que podrían tomarse por ríos que vienen de mil leguas. Pero cuando se

llega á lo último de estos puertos espléndidos, no se ve entrar en él más que un pequeño río, y muchas veces un arroyo, desaguando de un lago.

En el Norte está el Estrecho de Northumberland, que introduce en estos furdos sus aguas procedentes del golfo de San Lorenzo; al Este y al Sur, es el Atlántico formidable quien bate la piedra con golpes de ariete; al Oeste está la bahía de Fundy, cuyas aguas se elevan y descienden entre Nueva Escocia y Nueva-Brunswick.

La bahía de Fundy tiene 200 kilómetros de larga hasta el cabo de Chignecto en donde se divide en dos subgolfos (1). Es de 40 á 60 kilómetros de ancho, y vacía ó llena alternativamente sus enenadas con una impetuosidad magnífica. En alguna de esas caletas, las más estrechas, la marea sube á 21 metros, altura muy rara, única quizás en la tierra.

Los estuarios, las hullas, las minas y los bosques, han hecho de Nueva Escocia la región del mundo en que hay relativamente más marinos y más barcos.

En sus latitudes tan meridionales como, por ejemplo, las de Aquitania, a temperatura media del año no es superior á la de Jutlandia, situada á 12 grados más al Norte; y el clima, en su conjunto, tiene bastante parecido con el de la Escocia septentrional. Siendo una tercera parte de sus habitantes de origen escocés (céltico ó no), resulta que este país brumoso, muy penetrado por el mar, muy sacudido por los vientos, todo de rocas, de lagos, de bosques, de matorrales y de minas, merece muy bien el nombre que le pusieron sus ocupantes, cosa no muy frecuente, pues por regla general, descubridores, colonizadores y fundadores han puesto siempre nombres necios á las nuevas tierras que les ofreció la Fortuna.

II

Los acadianos.—Muerte y renacimiento.

Entre el medio millón de habitantes que se atribuye á Nueva Escocia, se cuentan cerca de 50.000 acadianos. Se ignora la cifra exacta. El empadronamiento de las gentes de lengua francesa se hace sin cuidado, sin justicia, sin imparcialidad, con gran detrimento de ellos.

(1) Bahía de las Minas y bahía de Chignecto.

Forman tres grupos: uno al Sudeste de la península, al borde del Océano y de la bahía de Fundy; otro sobre el Estrecho de Canso, que separa la isla de Cabo Bretón de Nueva Escocia, y el tercero sobre el litoral occidental de la citada isla.

Cuando el tratado de Utrech cedió la Acadia á Inglaterra en 1713, la colonia encerraba muy pocos miles de franceses, descendientes de aventureros, originarios del Cabo Bretón, puerto de las Landas francesas. Estos hijos perdidos habían renovado en los parajes del Norte de América las hazañas de los conquistadores españoles, portugueses y *mamelucos* de la América Central y Meridional. Asociándose ó no á la sangre india, formaron lentamente un pueblo de pescadores y de hombres de campo muy hábiles en arrancar tierras á las aguas, en construir diques, en cavar y en canalizar. Llamaban *abboitaux* á los limos y las arenas conquistados por ellos al mar.

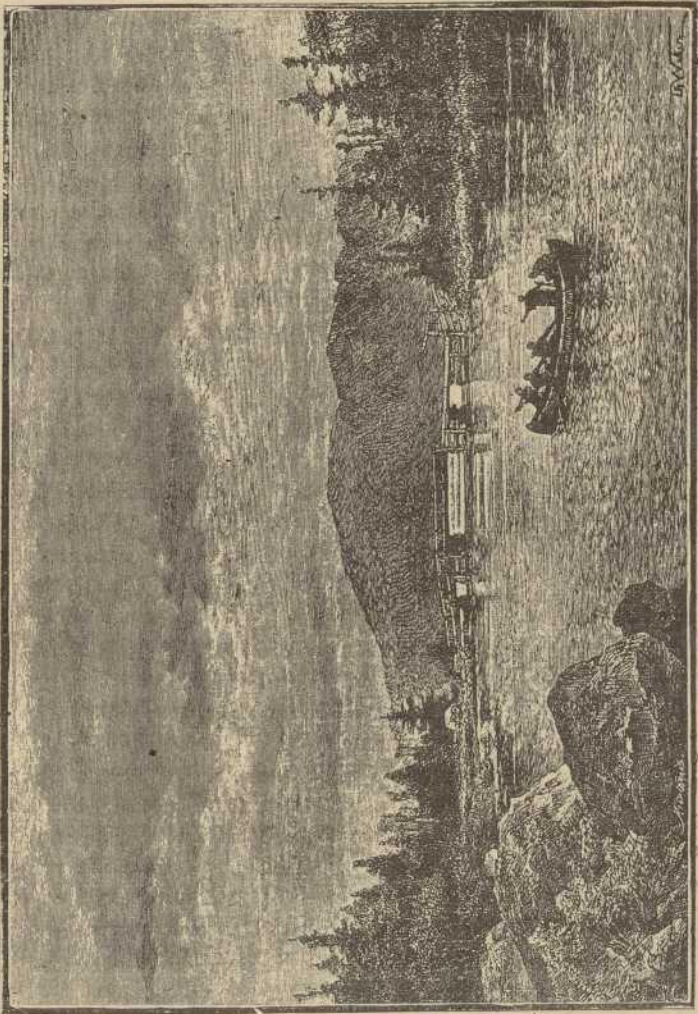
La colonia acadiana tenía sus mejores *abboitaux*, sus más alegres y más numerosas chozas en los valles del Grandpré, á la orilla de la hermosa cuenca de las minas, que es una subbahía de la bahía de Fundy.

Este pueblo no reclutaba en Francia nuevas gentes, y no crecía más que por sus propias fuerzas, pero con una rapidez sin ejemplo. Buenos, sencillos, no pidiendo y no esperando más que el olvido, eran ya 15.000 cuando de repente, en Septiembre de 1755, como preludio á la guerra de los siete años, los ingleses los arrancaron á la fuerza en plena paz y los dispersaron para castigarlos de su firme fidelidad á la lengua de Francia, á la religión de sus antepasados, y más aún para apoderarse de sus *abboitaux*, los cuales se distribuyeron entre ellos.

El pequeño pueblo esparcido se volvió á formar cerca de los lugares testigos de esta baja traición; pero los ingleses lo acechaban, y otra vez aún fué descubierta, aplastado y dispersado. Unos fueron vendidos como esclavos en los mercados protestantes de los Estados Unidos; otros, por montes y por valles, llegaron al Mississippi, que descendieron yendo á establecerse en una tierra fraternal, en la Luisiana, ocupando el distrito de los Nachtitoches. Los hubo que llegaron á otros dos países franceses, Santo Domingo y La Guayana de Cayena; algunos, siguiendo la costa de la América del Sur, navegaron hacia las islas Malvinas, y muchos, volviendo á la vieja patria, se establecieron en Francia. El mayor número se escapó al Canadá, con sus vecinos y sus hermanos, ó se escondió en los bosques,

y pasado algún tiempo, apaciguada la tempestad, volvió á besar el suelo sagrado de la tierra natal.

Este pueblo inocente llama á esos dos años de dolo y traición.



Un paisaje de Nueva-Escocia. (Dibujo de Weber.)

ción, de dispersión, ruina y muerte, los años del «Gran des-arreglo».

Sus miserables restos esperaron contra toda esperanza, y helos ahora vueltos ya otra vez á ser pueblo por su fecundidad

tan asombrosa, que trece familias del siglo pasado son hoy ocho parroquias de los condados de Yarmouth y de Digby.

Sin contar los que se han esparcido por toda la tierra, los que viven en el Canadá y los que van del archipiélago de la Magdalena al Labrador, son hoy más de 130.000 sólo en la antigua Acadia, de los cuales 15 000 viven en la región del alto San Juan, acaparada por los Estados Unidos. En todas partes crecen más de prisa que los elementos rivales, y eso que se pierden muchos de ellos por la voracidad del mar en el cual pescan y navegan, siendo el menor número el de las gentes de gleba.

Lo que no es acadiano en este país que fué la Acadia, pertenece á la lengua inglesa ó al celta escocés. Hay, además, unos 3.000 salvajes, algonquinos, micmaes, y un poco más de 7.000 negros.

Halifax, la capital y la ciudad más poblada de Nueva Escocia, se encuentra en la costa oriental, en la orilla izquierda de un furdo que se ramifica en varios brazos al Norte de la población, y que ofrece á los buques un puerto excelente, capaz para grandes escuadras. Los indios los llamaban Chebucto ó «puerto principal», y los franceses le daban el nombre de Baie-Saine (Bahía-Sana).

Halifax, de construcción regular, pero de aspecto pobre y vulgar, se extiende por la orilla occidental del puerto. Enfrente se levanta en forma de anfiteatro el barrio de Dartmouth, y de una á otra de las dos ciudades cruzan lanchas de vapor por entre los buques anclados. La poderosa fortaleza que domina la ciudad desde una altura de 75 metros, ocupa toda la cima de la colina y cruza sus fuegos con los de Dartmouth, los de Georgesland y los del puerto exterior. Guarnecen el estuario arsenales y diques de construcción y de carena. Halifax es la estación naval mejor surtida de Inglaterra en las aguas del Nuevo Mundo y posee una dársena de 183 metros de longitud y 31 de anchura, mayor que la de las Bermudas. Ocupa los cuarteles un regimiento inglés, única tropa que tiene el gobierno en el territorio del Dominio. Ciudad de militares y empleados, alimentada en gran parte por el presupuesto, Halifax pasa por ser una de las poblaciones [menos industriosas de la Confederación, y no saca todo el partido que podría esperarse de su magnífica situación comercial en una península que avanza fuera de América hacia Europa.

La guerra de Secesión de los Estados Unidos le valió su gran período de prosperidad. Escudada en su neutralidad, in-

troducía el contrabando de guerra en los Estados del Sur y daba asilo á los corsarios.

III

Cabo Bretón.—Los Brazos de Oro.

Llamada sin duda, Cabo Bretón por el Cabo Bretón de Francia, esta isla no tiene como la ciudad de las Landas gasconas que le ha dado el nombre. un litoral de arena blanca amontonada en dunas, pues desafía al mar con rocas obscuras. Tiene el Atlántico al Este y el golfo San Lorenzo al Oeste.

Del lado de Occidente, Cabo Bretón mira á la isla del Príncipe Eduardo y al archipiélago de la Magdalena; al Norte hace frente á Terranova y al Sur tiene el Estrecho de Canso, estrecho lleno de escollos que lo separa del resto de Nueva Escocia.

Se dice la isla de Cabo Bretón, y habría que decir las islas, pues dos expansiones de agua al juntarse la dividen en dos tierras, siendo la más vasta la de Occidente. Estas dos tierras se llaman Gran Brazo de Oro, al Sur, y Pequeño Brazo de Oro al Norte. Los Brazos de Oro son un furdo con tentáculos, abierto en los dos extremos sobre el Océano, un lecho de aguas amargas que tan pronto se asemeja á un río, como á un golfo ó á un lago.

IV

Escoceses.—Acadianos.

Si el Cabo Bretón de América no recuerda en nada al Cabo Bretón de Aquitania con sus dunas ardientes, se parece en cambio á Escocia aún más que la península vecina de Nueva Escocia. Con menos grandeza que en Escocia, es la misma ruda naturaleza, y el mismo clima brumoso, sobre furdos, lagos y torrentes con cascadas. Se hablan en él también las mismas lenguas, el inglés y el gaélico ó celta de Escocia, conservado por muchas familias originarias de los highlanders y de los insulares hebridianos.

De los 86.700 habitantes que ocupan las 1.133.000 hectáreas de Cabo Bretón, hay que contar cerca de 60.000 escoceses.

14.000 acadianos, séptima ú octava parte de la población, conservan, con la religión católica, la lengua francesa, de la cual, después de la pérdida de la Acadia continental, fué Cabo Bretón la ciudadela en la embocadura del San Lorenzo. Gastó Francia 30 millones en los fuertes de Louisbourg, y mejor hubiera sido para ella establecer algunos cientos, algunos miles de familias más en Quebec, en Montreal, en Frontenac y en Détroit.

Hoy Louisbourg, es apenas una aldea y sus habitantes son ingleses, escoceses é irlandeses. Los acadianos de Cabo Bretón habitan juntos. La isla Madame, enfrente de la entrada meridional del Gran Brazo de Oro; tiene por ciudad principal la negra Sydney que se enriquece merced al comercio de las hullas. Toda una rea de vías férreas une los pozos de las minas con las calas y embarcaderos en una extensión considerable de territorio, comunicando también por medio de vapores con Nort-Sidney, situada al otro lado del puerto. Los filones de carbón se conocen y explotan desde hace ya más de dos siglos, y han alimentado principalmente la industria de Nueva-Inglaterra. Aun en nuestros días se envía de Nueva Escocia la casi totalidad de los carbones á los Estados Unidos para la fabricación del gas. También Sidney intenta ser punto de embarque para Inglaterra, ya que es la más oriental de las ciudades canadienses, pero el puerto se ve obstruído de hielos durante tres meses del año.

La antigua y famosa ciudadela de Louisbourg, situada no lejos del promontorio que ha dado á la isla entera su nombre de Cabo Bretón y que llamaban el antiguo Havre de América siendo la llave militar de los mares de Terranova y de Nueva Escocia, pretende ser un puerto para los transatlánticos. Todavía se ven las murallas de la fortaleza invadidas por el césped é interrumpidas por brechas donde pacen las ovejas. Una aldehuela aglomera, sus casas al pie de la ciudadela. Desde hace algunos años se utiliza el puerto de Louisbourg, siempre libre de hielos, y al Norte de la antigua ciudadela se levanta la nueva ciudad.

ISLA DEL PRINCIPE EDUARDO

I

La Perla del Golfo.—Sus «latifundios».—Sus acadianos.

La isla del Príncipe Eduardo sale del golfo San Lorenzo, completamente al Sur de sus frías aguas, enfrente y muy cerca del Nuevo Brunswick y de la Nueva Escocia, de la cual la separa el Estrecho de Northumberland.

Gracias á su latitud casi tan cercana del Ecuador como del Polo, y sobre todo, gracias al contorno del mar, no tiene la severidad y la frialdad de las demás orillas del agua «laurentina».

Su suelo es fecundo, sus paisajes graciosos, y se la ha llamado con razón la Perla del Golfo. Los acadianos, sus primeros dueños, la llamaban la isla San Juan.

En 552.400 hectáreas de tierra tan profundamente hendidada por el agua, que no serían necesarios grandes esfuerzos para cortar esta isla en tres islas, existen unos 128.000 habitantes, de los cuales 14.000 son acadianos, casi todos establecidos en uno de los tres trozos, el del Noroeste. Lo mismo que en el cabo Bretón, los escoceses, hijos en su mayoría de los celtas del Highland, forman en esta isla el principal elemento de población, pues hay más de 50.000 de ellos.

Escoceses, ingleses, irlandeses y acadianos, pescan, navegan y cultivan; pero si el mar está libre, la tierra no lo está. Los 67 cantones de la isla, tablero de ajedrez de inflexibles líneas, excepto en los bordes del mar libre y de los golfos, pertenecen á grandes propietarios que deben todos sus derechos al azar de una lotería.

Esa lotería fué sorteada en Londres hace más de cien años, cuando el Gobierno inglés se ocupó de colonizar la isla, en donde no quedaban más que raras familias de aterrados acadianos, olvidados por la proscripción.

La urna contenía 67 lotes y á cada lote correspondía un cantón de más de 8.000 hectáreas por término medio. No se admitió en este sorteo de la isla más que á los favoritos del Go-

bierno, cuyos servicios ó bajezas se querían recompensar, y la suerte distribuyó los 67 *townships* (1).

Incapacitados por la ley para poseer la tierra que trabajan, muchos hombres de la «Perla del Golfo» emigran, especialmente los acadianos, que van á buscar á sus hermanos en la Gaspesia y en el Nuevo Brunswick.

La capital, Charlottetown, ciudad de 11.400 habitantes, es un puerto en el más vasto y el más profundamente internado de los golfos de la isla, llamado puerto de la Alegría, especie de fardo que se abre al Sur sobre el Estrecho de Northumberland.

Esta ciudad ha adquirido excepcional importancia á consecuencia de la centralización política. Vecina suya es Summerside, villa muy comercial, edificada igualmente en la costa Sur, enfrente del Nuevo Brunswick. Exporta en abundancia los cereales de los ricos campos de sus alrededores y las renombradas ostras, cogidas al Este, en la bahía de Bedeque. La isla del Príncipe Eduardo tiene numerosas huertas de frutales, pero sus bosques han desaparecido. Los americanos aprecian mucho sus excelentes y veloces caballos.

II

Isla de Sable.

La isla de Sable ó de Arena, que á más de 150 kilómetros del litoral defiende la entrada de Nueva Escocia, es una de las tierras anegadas más notables por los cambios de forma que le han hecho sufrir las corrientes y las tempestades en el corto período de tres siglos.

Ha disminuído más de una mitad durante dos siglos; su punta occidental ha retrocedido 46 kilómetros hacia la mar y sus dunas más altas, que en otro tiempo excedían de 60 metros, no alcanzan ya más que 24. Un lago que hay en el interior no ha cesado de cambiar de sitio con los montículos de arena y con la isla misma, y tan pronto se encuentra separado enteramente del Océano como en comunicación con él por un canal.

Los habitantes cambian de vez en cuando su población y su faro ante el temor de que un día de tempestad arrebate á la

(1) Township viene á ser el equivalente de cantón.

isla entera. Se ha visto al oleaje encrespado devorar en una sola noche playas de varias hectáreas.

Pero si el islote disminuye de tamaño, el peligroso banco de arena sobre el cual se levanta no sufre por la acción demoleadora del mar, y en los grandes temporales las olas van á romper á 12 kilómetros de la playa, y aun á 20 kilómetros, con alturas de 20 metros. Esas rompientes presentan un aspecto terrible, y su aproximación es tanto más peligrosa cuanto que en estos parajes cambian de dirección las corrientes y reinan densas brumas. Pasan semanas sin que pueda arribar un solo bote.

La isla de Sable es un «cementerio del Océano». Desde 1802, fecha de la fundación de una estación de salvamento, se han contado más de 150 naufragios en los bancos de los alrededores, siendo mucho mayor el número de accidentes sólo averiguados por las reliquias que dejaron.

Gracias á la admirable organización de la estación de salvamento, una de las mejores servidas del mundo, la mayoría de los naufragos arrojados á la playa se libran de la muerte.

Una Compañía inglesa ocupa á los actuales habitantes de la isla en la cría de *poneys* ó caballitos, que pacen la hierba entre las dunas.



Vista general de San Pedro (Dibujo de Le Bretón)

TERRANOVA

I

**Terranova.—El banco de Terranova.—La pesca del bacalao.—
San Pedro y Miquelón.**

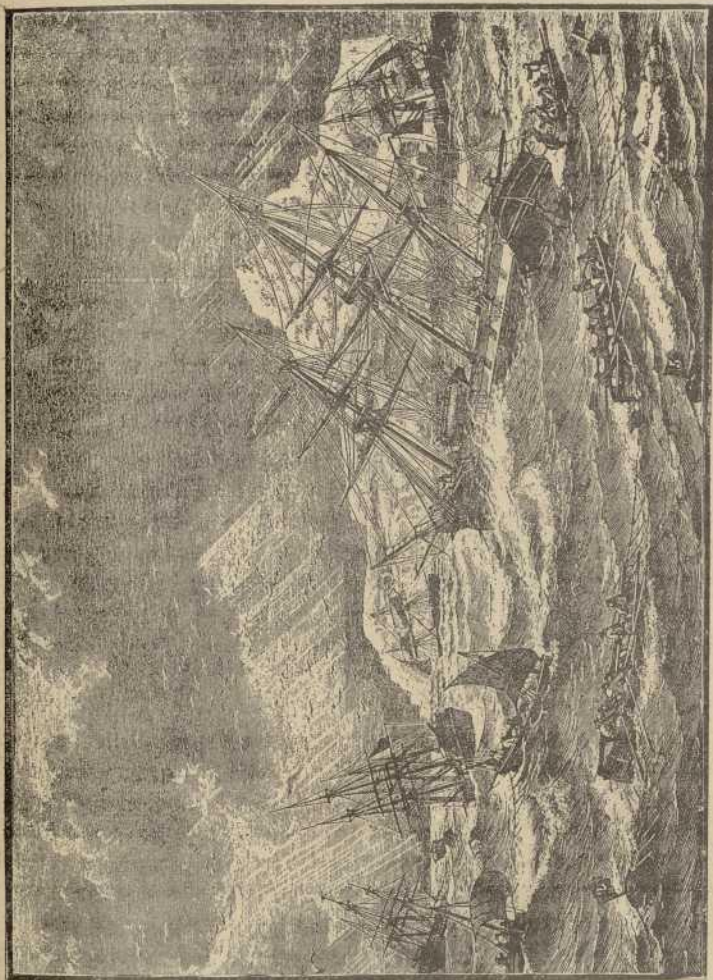
La isla de Terranova es una colonia británica distinta del Canadá. Consultada por las provincias de la Confederación, se ha negado á asociarse á ellas como parte integrante del Dominion, y depende directamente del gobierno inglés. Queda abierta, no obstante, la cuestión de su anexión al Canadá, y los periódicos y asambleas deliberantes no cesan de discutirla en una ú otra forma. No hay que olvidar, por otra parte, los intereses comunes y las relaciones íntimas que existen entre las provincias del litoral y Terranova. En rigor forman parte de un mismo grupo político, así como pertenecen á un mismo cuerpo continental, á pesar del canal que las separa. Por consiguiente, después de las comarcas ribereñas del San Lorenzo importa estudiar la isla que medio cierra su prodigioso estuario.

Entre todas las tierras americanas es precisamente Terranova la que lleva con menos motivo el nombre que ostenta. Ya en el año 1000, ó poco después, la reconocieron Erik el Rojo ó uno de sus hijos, denominándola Hellu-land ó Mark-land. La tradición conservó más tarde su recuerdo, y los autores portugueses y vascos afirman que varios navegantes de sus naciones visitaron los bancos y las islas de Terranova mucho antes del viaje de Colón á las Antillas. Lo cierto es que no había terminado el siglo xv cuando Juan Cabot ó Gaboto volvía á encontrar la Tierra Nueva ya en 1494, cuando divisó á Prima Vista—cuya situación permanece incierta—ó mejor en 1497, cuando siguió la costa de la gran isla y la del vecino continente. Sabida es la diligencia con que las flotas de pescadores se dirigieron á las costas de la isla y de las penínsulas contiguas, en busca de pescado para los días de vigilia señalados por la Iglesia. Hacia 1580 se reunían anualmente en las aguas de Terranova de 350 á 400 embarcaciones, de las cuales 150 eran francesas, 100 españolas, 50 portuguesas, 20 ó 30 vascongadas y 30 ó 40 inglesas. Las últimas, aunque poco numerosas relativamente, eran las mejor pertrechadas, y, por acuerdo general de los pescadores, eligióse á sus capitanes como árbitros ó jueces de toda esta república flotante.

Terranova fué francesa como el Canadá, y luego se convirtió en inglesa. Mira de lejos á Irlanda á través de las aguas del Océano, en las que ningún abismo llega á 6.000 metros de profundidad, y contempla de cerca el Labrador por encima de las aguas del Estrecho de Belle-Isle. Tierra insular al alcance de la corriente del Golfo, no tiene la rudeza de su próximo vecino el Labrador.

Se la acusa sin razón de estar eternamente sitiada por las nieblas. Brumas opacas flotan sobre sus mares, pero la isla está menos envuelta en bruma y lluvia fina y fría, que muchos otros países de la América del Norte, el Nuevo Brinswick ó la Nueva Escocia, por ejemplo. Sin embargo, si la «Tierra del Bacalao», nombre que recibió en un principio, puede parecer agradable á aquellos que nacen en ella, no tiene atractivo para los extraños. Es una región que tiene por única belleza los furores del mar, los rugidos del viento y la aglomeración tempestuosa de las nubes; un país de suelo duro, de rocas oscuras, de cielo triste, de horizontes turbios y cerrados. La temperatura se conserva casi siempre sobre cero, pero raramente llega á los 25 grados.

Sus orillas están recortadas en furdos, con gran ventaja de los pescadores que van todos los años á coger 350 millones de bacalaos en el famoso banco de Terranova, bajo fondo que se extiende al Este y al Sudeste de la isla, á los 7 ú



Pesca del bacalao en el banco de Terranova. (Dibujo de Le Breton.)

8 grados de latitud. Debe su existencia á la corriente polar que arrastra en dirección del Sur, desde las orillas árticas, enormes témpanos que unen rocas y piedras. En los parajes en que esa corriente del Norte choca con la corriente del Sur, los témpanos

nos se funden, abandonando sus gravas y sus rocas. Así se ha formado, con la ayuda de los siglos, este banco inmenso en un mar profundo.

Los ingleses, los canadienses y los de Terranova, son los que toman parte mayor en la pesca del bacalao. Luego vienen los yanquis, y los franceses no figuran más que en tercer lugar. Sin embargo, allí envía Francia todos los años 8.000 marineros sobre unos 200 barcos, como á una escuela de paciencia y de heroísmo.

San Pedro y Miquelón, pobres y pequeñas islas muy cerca del litoral meridional de Terranova, á la entrada de la bahía de la Fortuna, son preciosas para Francia por su vecindad al gran banco del bacalao. En la temporada de la pesca, los barcos franceses se citan en estas islas para proceder á la salazón. Un lecho de turba sobre granito y arena entre rocas, forma estas dos islas que tienen 24.160 hectáreas; de las cuales cerca de 18.500 corresponden á Miquelón. 6.000 hombres, producto del cruzamiento de vascos, bretones, normandos, acadianos é irlandeses, forman la población. Estas dos rocas, con sus arenas, su negro combustible, sus abetos enanos y la ciudad de San Pedro rodeada de bosques, es todo lo que queda á Francia del San Lorenzo, del Mississippi, de las montañas Rocosas, del Gran Oeste y del Noroeste, de todo lo que poseía en la América del Norte. El grado 47 pasa por este resto de un gran imperio, sombrío archipiélago en un mar obscuro, tempestuoso, á 6.670 kilómetros de Francia.

II

Los habitantes de Terranova.—El «Frenc Shore».

Toda la población de Terranova, 200.000 hombres sobre 11.067.000 hectáreas, habita á lo largo de las costas en una multitud de aldeas de pesca, de villorrics, y en una ciudad que es la capital, San Juan (en inglés, Saint-John), excelente puerto que comunica con el mar por un canal excesivamente estrecho. San Juan (32.000 habitantes) encierra en su recinto más de la sexta parte de la población de la isla.

Si estos insulares han vivido hasta el día en la orilla y las islas é islotes de los furdos, dédalo infinito, es porque los habitantes de Terranova tuvieron por mucho tiempo como único

ideal la pesca. El pueblo que guía los destinos de Terranova, ó sea el inglés, no ha pensado durante mucho tiempo más que en el bacalao; pero ahora empieza ya á preocuparse de la verdadera colonización de la isla.

Se calumniaba á Terranova, como se calumnia al Labrador, suponiéndolo incultivable. El interior no es como se creyó, roca exclusivamente y matorrales alrededor de lagos fríos, con gan-
sos, lobos y castores.

Algunos campos son fecundos junto al río Gander y el río de Exploits, la mayor corriente de agua de la isla, que cae por una cascada de 45 metros, sobre el Grand Pond (50.000 hectáreas), lago que es la más vasta superficie de agua del país. Excepción hecha de las tierras fértiles ó de las que podrán llegar á ser pastorales, Terranova, en donde probablemente ninguna montaña alcanza 700 metros, es una meseta estéril. Abedules, pinos, abetos y matorrales, bordean muchos pantanos y lagos, algunos de los cuales se escapan por más de un desagüe.

Dos terceras partes de los habitantes son de origen inglés y la otra tercera parte de origen irlandés. Menos de la mitad profesan el catolicismo, y la mayoría pertenece á la religión anglicana ó á las sectas disidentes.

Los esquimales, antiguos dueños de estas costas, han desaparecido enteramente. El último de ellos murió en el invierno de 1830, y ninguno de su raza se ha mostrado desde entonces.

Franceses de Francia, acadianos, canadienses, todos pescadores de bacalao, viven en las orillas de la bahía San Jorge y á lo largo del llamado *French Shore* ú Orilla Francesa. Así titulan los ingleses el litoral occidental de Terranova, sobre el golfo de San Lorenzo y el estrecho de Belle Isle, y á más, una parte de la orilla del Nordeste, desde el cabo Bauld hasta el cabo San Juan. Según los tratados, toda esa costa está reservada exclusivamente á los pescadores de Francia, no pudiendo los mismos naturales del país establecerse en ella permanentemente.

Así lo dice la ley; pero los ingleses la violan y los terranovenses también, sintiéndose íntimamente únicos poseedores de toda esta costa, estéril por ella misma y rica por su pesca.

Después del bacalao, el arenque es el que tiene más valor económico en el conjunto de la pesca de Terranova. Se captura, sobre todo, en el furdo donde desemboca el río Humber. Aun en invierno se coge el arenque á la usanza esquimal, horadando el hielo y echando la red en las aguas ocultas. En

cuanto á las pesquerías de salmones y á la caza de focas, poco á poco han disminuído y no tiene ya importancia en el comercio general de Terranova. De igual modo los bancos de ostras están casi enteramente agotados. Pero en diversos puntos del litoral, especialmente en un islote de la bahía de Trinidad (Dildo-Island), se han fundado establecimientos de cultivo marítimo, que han dado un resultado completo, y permiten confiar en la repoblación de las aguas, devastadas por la codicia de los primeros pescadores. Por centenares de millones distribuyen los piscicultores los bacalaos y las langostas.



San Juan de Terranova. (Dibajo de Le Bretón.)

La flota comercial de la isla de Terranova, compuesta casi únicamente de lanchas pescadoras, comprende más de 2.000 embarcaciones, pero entre todas no miden arriba de 100.000 toneladas. Son barcos que no pasan de las aguas de San Lorenzo y del Labrador.

Saint-John, la capital y la ciudad más populosa de Terranova, data de los primeros tiempos del descubrimiento por vascos, bretones y portugueses. Desde principios del siglo xvi reúnanse allí por docenas los barcos pescadores. Así, ingleses y franceses, se disputaron encarnizadamente aquel puerto;

pero desde hace muy cerca de dos siglos pertenece á la Gran Bretaña. La población es invisible desde alta mar, y su entrada se advierte por las señales colocadas en la cumbre de los promontorios. A una vuelta de la costa aparece una cortadura, y se penetra en los estrechos ó Narrows, desfiladero marítimo de unos 600 metros de longitil, dominado por paredes de 150 á 200 metros. y cerrado antiguamente á los buques enemigos por una cadena de hierro de 200 metros. Un día lo obstruyó una aglomeración de hielos impelida por la tempestad, y fué menester volar con pólvora el obstáculo. De pronto se ve el puerto, de aguas siempre tranquilas, y se presenta la ciudad escalando en anfiteatro la falda de los cerros septentrionales. Saint-John es una ciudad pintoresca, pero no una hermosa población. Los comerciantes que la han edificado, viven en su mayoría temporalmente en ella, con intención de residir en otra parte después de hacer fortuna, y sólo construyen edificios sólidos y sin gusto para sus almacenes y depósitos. La población pobre, de origen irlandés, habita casi toda en casas de madera, ahumadas, y expuestas fácilmente á arder durante los frecuentes incendios del invierno. El penetrante olor del pescado invade todos los barrios, y á orillas del mar, donde están los cobertizos, se hace insoportable. Sería difícil pensar en embellecer una ciudad de olor tan infecto.

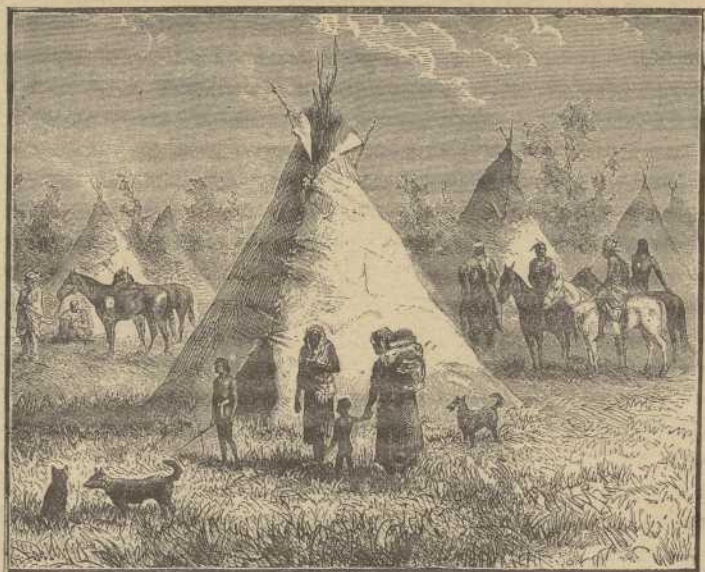
III

Labrador de Terranova.

En el Labrador del Nordeste, dependencia de Terranova, que para nada se ocupa de él, los únicos blancos, aparte de algunos pescadores perdidos, son los misioneros moravos.

Sobre unos 1.200 kilómetros de costa profundamente hendida, que llega por el Norte hasta el 60 grado de latitud, vagan 1.300 esquimales, ayudados por tiros de perros fuertes y feroces que no obedecen más que al terror de los golpes.

El Labrador de Terranova no vale ni remotamente lo que el de los canadienses. Su esterilidad le condena á muerte.



Un campamento de indios Sioux. (Dibujo de Janet.)

TERRITORIOS DEL NOROESTE

I

Tierras Polares.

Hay que sustraer de este país inmenso, las tierras polares que permanecerán eternamente desnudas y desiertas.

La región polar de la Potencia comprende en primer término, la multitud de islas en que los ingleses y los americanos, Parry, Ross, Franklin, Kane, Mac-Clure, Hall, Nares, Marcham y otros héroes, han buscado el paso entre el Atlántico y el Pacífico ó intentado llegar al Polo. El paso ha sido encontrado, pero el Polo no conoce aún los pies del hombre ni la estela de sus buques. A pesar de su extensión y número, estas islas heladas en toda época, no valen lo que el menor valle de la zona templada.

Comprende luego el Noroeste el extremo Norte de la bahía de Hudson, y todo lo que desde estas orillas se extiende al Norte y Noroeste, hasta el Océano polar. en las cuencas del Gran-Pescado, de la Mina de Cobre y del Mackenzie, á partir

del 60 ó 61 grados de latitud. Mejor dicho, como no hay límite bastante matemático entre el suelo muerto y el que aún se puede labrar ó que al menos puede dar algunas legumbres y hierbas para pastos, esta región encierra vastas comarcas situadas en latitudes diversas, al Norte de las últimas orillas de lago, de los últimos huecos de valle, capaces, á fuerza de cuidados, de recibir aún alguna simiente sin helarla para siempre.

Al Norte de estos últimos testigos de la vida del hombre, los árboles dejan de crecer; no se ve más que musgo en manchas aisladas; simulaciones de arbustos en el fondo de los valles que la ráfaga de nieve se olvida de sepultar y en el fondo de los barrancos donde viven los osos cazados por los indios durante los contados días de verano, cuando luce un hermoso sol sobre las hierbas que se apresuran á rejuvenecer el desierto.

II

La región de las aguas indecisas.—El río Mackenzie. Los grandes lagos fríos.

Los ríos que afluyen á la habia de Hudson y los que corren al mar Glacial, surcan una región única en el mundo por la multitud de sus lagos.

En igual superficie, sólo Finlandia posee tantos de ellos. Es también el país de los lagos dudosos, inciertos en sus pendientes, corriendo con frecuencia hacia dos opuestas cuencas, y algunas veces hacia los cuatro puntos del horizonte, no teniendo, cuando las aguas están bajas, más que un desagüe y presentando varios hacia diversas cuencas cuando reciben mucha lluvia. Es por excelencia la región de las aguas pasivas, indolentes é indecisas. Pero los ríos de cristal frío que esparcen entre estas tranquilas cuencas una red confusa de agua corriente son, al contrario, muy agitados por sus caídas que forman ruidosas cascadas.

Sobre llanuras y mesetas, la canoa del indio, del mestizo y del *trappeur*, cazador canadiense francés, boga durante miles y miles de leguas. El bote de corteza ó el tronco de árbol va de lago en lago, y también de cuenca en cuenca, puesto que los ríos se comunican por medio de lagos de más de un desagüe. Nada detiene al indio y al cazador, ni aun las cascadas, pues audazmente desciende por ellas.

Otras veces, cuando llegan al principio ó al pie de una cascada, ó á una superficie de agua sin otra comunicación que aquella por donde ha subido la barca, los remeros cargan canoa, provisiones y equipajes sobre sus hombros y lo llevan todo á la próxima corriente fluvial ó lacustre.

Esto es lo que se llama *portaje* (transporte), en toda la Amé-



Un *trappeur* canadiense. (Dibujo de Delort.)

rica Boreal. La palabra viene de los canadienses, hombres de aventuras que fueron desde los comienzos de su nación amigos de los grandes viajes y de las largas cazas en las soledades del Norte (1). Han atravesado en todos sentidos, con la canoa, los

(1) Lo fueron mucho más (á pesar de todas las leyendas) que los ingleses y los escoceses los cuales, sin embargo, han tomado una gran parte en la exploración del Noroeste.

patines ó el trineo, todo el Canadá, todo el gran Oeste, todo el Noroeste, enseñando el francés á los indios, con quienes se aliaban para formar los mestizos Bois-Brulés (color de madera quemada). Un *trappeur* franco-canadiense hizo muchas veces el viaje de Montreal al fuerte Tchippéonais, sobre el lago Athabaska. Fué un canadiense, Lacouture, quien tomó posesión en 1663, en nombre del rey de Francia, de la bahía de Hudson, en donde los primeros establecimientos fueron franceses, no ingleses.

Bajo un cielo más indulgente, estos vastos ríos, estos lagos, estas uniones de cuencas harían del Noroeste un gran imperio, pues habría la más íntima unión entre tierras y tierras, y tierras y aguas. Pero bajo un clima medio polar, todo esto se convierte en la nada, y más al Sur, en la zona colonizable, estas vías fluviales no unirán jamás ciudades ricas, ni valles muy poblados, como bajo un cielo mejor. En el Norte, los ríos ensanchados en lagos, los lagos alargados en ríos, las aguas soberbias, sólo conocerán al salvaje y al *trappeur* cuya canoa se pierde en una vuelta de la orilla, en un macizo de bosque, en un velo de bruma, dejando atrás al río en su silencio, arrastrando hacia mares sin barcos, un agua inútil. En el Mediodía estos lagos y estos ríos estarán muy animados algún día, pero entonces el indio y el mestizo habrán desaparecido.

Varios de estos ríos son muy hermosos, ya como un Amazonas frío, ya como un torrente de Noruega.

El más grande, el Mackenzie, toma su nombre de un viajero escocés, Alejandro Mackenzie. Este viajero no descubrió el río; simplemente lo reconoció, lo anunció y lo describió el primero en 1789, es decir, en una época en que ya había mestizos y franco-canadienses en sus orillas. Los Bois-Brulés franceses lo llaman sencillamente el Gran Río. En cuanto á los indios, le dan, en sus diversas lenguas, diversos nombres, que quieren decir, ya el «Gran Río de abajo», ya el «Río de las orillas gigantes», y lo llaman sobre todo Naotcha.

Es un río inmenso, uno de los primeros del mundo por el tributo que vierte en el Océano cuando el deshielo arranca al entorpecimiento del invierno sus innumerables afluentes.

Tiene por primera nodriza al Athabaska, ancho río nacido en las mismas Montañas Rocosas que el Fraser y el Colombia, en un paraje en que la poderosa cordillera pasa de 5.000 metros, por el monte Hooker (5.200 metros), y el monte Brown

(3.500 metros). El «Río del heno» (1), no sigue mucho tiempo en la montaña.

En la llanura, el Athabaska, baña un valle al que se augura un próspero porvenir á pesar de la rudeza de su clima, por los grandes bosques que tiene. Después pasa por delante de algunos fuertes de la «Compañía de la bahía de Hudson», sencillas empalizadas de postes y tablas que encierran dos ó tres casas de madera. Esto es bastante para defenderse de los Hombres Rojos, salvajes que no conocen la noble ciencia del cañón. Además, los indios del Noroeste no atacan al europeo. Mucho más respetados estos indios que sus parientes de los Estados Unidos por el pueblo americano, tratados como hombres y no cazados como bestias, unidos además por intermatrimonios y por la presencia de familias híbridas á los franco-canadienses, irlandeses y escoceses, y viviendo como medio nómadas ó con residencia fija en la inmensidad del desierto, atacan poco á los blancos sus vecinos, sus amigos, guías y compañeros de caza; y cuando matan, es tribu contra tribu, más bien que raza roja contra raza blanca.

Los fuertes y las factorías de la bahía de Hudson, tienen por habitantes algunos europeos y canadienses ó mestizos en lucha con la soledad y el hambre, víctimas de horribles inviernos. Los agentes compran allí á los indios por un poco de pólvora, de tabaco, de tela y algunas provisiones, las pieles pagadas más tarde á peso de oro por los ricos de la tierra.

El Athabaska se arroja en el lago Athabaska, el Arabascon de los indios, que significa «sitio de unión de diversas aguas». Cada vez más desierto en sus orillas, pues los indios disminuyen, y los bisontes se van, el lago Athabaska fué llamado por los primeros ingleses que lo conocieron (2), el lago de las Colinas. Querrían decir de las Rocas, pues altas rocas graníticas, calvas ó coronadas de pinos y taludes de arena, encierran esta superficie de agua de 370 kilómetros de largo, y de un ancho de 20 á 25 por término medio. Sus islas é islotes son salientes de roca dura.

El río abandona esta sombría cárcel de piedra no lejos del fuerte Tchippé nais, llamado así por una tribu de indios. A unos 20 kilómetros del borde del lago llega bajo el nombre de

(1) Es lo que quiere decir el nombre indio, Athabaskaw, dado á este río porque la grande crecida de Julio deja al descubierto el islote en que crece el heno.

(2) Naturalmente, después de los canadienses franceses.

Río de Roca (Stony River), frente á un agua que le aumenta en una tercera parte, si es que no llega á ser de un volumen igual al suyo.

Esta corriente de agua, es el Paz, gran río de cerca de 1.800 kilómetros de curso, originario también de las Montañas Rocosas, que atraviesa por abruptos cauces. Apesar de su septentrionalidad tiene en su cuenca tierras de grandes promesas, praderas hermosas, bosques soberbios y entre prados y bosques su agua se desliza majestuosa y apacible, salvo algunas cascadas.

El Roca y el Paz se unen formando una poderosa corriente, el río de los Esclavos que, bajo el 60° se irrita en violentas cascadas al tropezar con un monte. Estas cascadas tienen nombres franceses, como casi todas las del Noroeste, pues en todas partes los canadienses precedieron á los «sajones», que han usurpado su gloria.

El río de los Esclavos termina en el gran lago del Esclavo, contenido por abruptas orillas que durante seis meses del año no contemplan más que un campo de nieve amontonada sobre el hielo. Esta superficie de 550 kilómetros de largo por 65 en su mayor anchura, cortada por los 61°, 62°, 63° de latitud, está helada de orilla á orilla durante la mitad del año. El lago del Esclavo, compuesto en realidad de cuatro grandes bahías, tiene más de 200 metros de profundidad y aguas de una admirable pureza. Entre los ríos, algunos muy grandes, que se sepultan en su seno, el Cola de Agua, hijo del granito, se precipita por una de las más tempestuosas cascadas del mundo.

De ese frigidísimo cristal sale el Mackenzie muy frío; corre hacia el Noroeste, con 1.200 á 1.300 metros de ancho, y expansiones de 4.000, 6.000 y 8.000, en una soledad que no tiene bosques y que indudablemente no los tendrá nunca. En el fuerte Simpson recibe por la izquierda el río de los Liards (1), que los indios llaman la Corriente fuerte; y en efecto este torrente que viene de las Rocosas corre por su cauce con furor terrible. Los mismos barqueros mestizos, los hombres que menos temen la rabia de las aguas, tienen miedo al río de los Liards y no se atreven á bajarle sino atados al puente de la barca. Seguros entonces de no ser lanzados sobre las aguas por la vehemencia de las ondas, se arriesgan temblando sobre ellas. Más abajo, en el fuerte Norman, le llega al Macken-

(1) El liard es un álamo: *populus balsamifera*.

z'e otro río terrible, anchuroso desahogo del lago del Gran Oso.

El lago del Gran Oso, bajo el 66° boreal, es un agua muy azul, muy profunda, conjunto irregular de golfos y bahías en la más miserable de las estepas árticas. Se le suponen 3.600.000 hectáreas y aun 5.000.000. Desde mediados de Julio á mediados de Octubre está libre, pero durante los otros nueve meses, le aprisiona el hielo, con un espesor de 7 á 10 ó 12 pies, y un frío de más de 50 grados. Su desagüe, el río del Oso, tiene 25 kilómetros de una corriente tan rápida que las canoas lo bajan en una hora, á través de asperones y granitos, sobre un fondo de roca volcánica.

Cuando el Mackenzie se interna en el Océano Glacial, cerca del 70 grados por innumerables canales formando deltas, su curso pasa de 4.000 kilómetros, en una cuenca de cerca de 152 millones de hectáreas, ó sea tres veces Francia.

III

Cuenca del Nelson.—Lago Winipeg.

Como ya hemos visto, la parte septentrional del Mackenzie parece destinada á una soledad perpetua, atravesada sólo por algunos indios, algunos esquimales y algunos blancos ó mestizos, mientras que la porción meridional, sobre el río de la Paz y el Athabaska se convertirá algún día en populosas provincias.

Al Sur de esta cuenca, así repartida entre un desierto sin esperanza y tierras casi vacías que no lo estarán siempre, se extiende una inmensa región, sobre diversos ríos que acaban todos por alcanzar al lago Winipeg, de donde vuelven á salir formando uno solo y colosal; el Nelson, que en otros tiempos fué el Bourbón de los canadienses.

A esta región se le cree muy habitable. Tiene, sin embargo, algunos detractores, ó por decir mejor, hay hombres que temen su clima duro, sus huracanes de nieve, sus heladas de primavera y verano, su indigencia en bosques, sus nubes de langostas; mientras que otros más entusiastas ven en ella ya «el gran granero del mundo» y la «noble patria del más robusto de los pueblos».

En este país, formado de llanuras sin fin, casi absoluta-

mente desnudas, bordeadas al Norte por profundos bosques, las grandes arterias son el río Rojo, el Saskatchewan y el Winnipeg.

El río Rojo, el Saskatchewan y el Winnipeg, los tres desaparecen en el lago Winnipeg, vasto aún, de 2.200.000 hectáreas, pero que fué mucho más grande cuando sus aguas tocaban á lo lejos hacia el Oeste los cabos, hoy montes, de Porc-Epis, los montes Canards y los montes Dauphin. Cubría entonces, primero las tierras bajas que le separan hoy del Winnipegous ó Pequeño Winnipeg y de Manitoba, luego los fondos que ocupan esos lagos, y por último, la pradera que va desde sus orillas á la montaña. Era un verdadero mar interior.

Su nombre, procedente del idioma algonquino, significa «Pantano sucio», y en efecto, sus aguas impuras, chocan con frecuencia contra una costa cenagosa. Si no tiene transparencia es por falta de profundidad (1) y porque diversos tributarios le ensucian con la tierra que arrancan de las grandes llanuras.

Situado á 200 metros de altitud, el Winnipeg bebe las aguas de 110 millones de hectáreas; dos veces Francia. Esas aguas le vienen por ríos y torrentes que atraviesan al Este las rocas primitivas, y al Oeste las calcáreas ó las playas de arena antes de internarse en el «Pantano sucio». Cuatro afluentes son los mayores: el Dauphin, que vierte el exceso de otros dos lagos; el río Rojo, de muy largo curso; el Winnipeg, poderoso y soberbio, y el Saskatchewan, que tiene cerca de 2.000 kilómetros.

El Dauphin, corriente ancha, clara y rápida, desagua al lago Manitoba, el cual á su vez desagua al lago Winnipegous.

El lago Manitoba, que ha dado su nombre á uno de los jóvenes Estados del Dominio, se llama realmente entre los indios Manitououâpane, ó el Estrecho del Manitou; y como Manitou significa potencia mágica, su verdadero nombre es el «Estrecho Extraordinario».

Parecido al Winnipeg y al Winnipegous, es muy prolongado y á veces se contrae. De cerca de 200 kilómetros de largo y de 30 á 35 en lo más ancho, tiene unas 500.000 hectáreas entre tierras bajas. A su Noroeste, muy cerca, y continuando su dirección, el lago Winnipegous, cuyo tributo recibe por medio de Poule d'eau, se le parece en todo, en largo, en ancho, en

(1) La sonda baja, rara vez, á más de doce brazas.

aspecto, y tiene casi su misma superficie de 500.000 hectáreas, y su profundidad igualmente mínima. En suma, los lagos Manitoba y Winipegous forman de punta á punta, al Oeste del Winipeg, un lago de la misma orientación (1) que el «Pantano sucio» y de una longitud apenas menor, pues tres grados de latitud, el 51°, 52° y 53° pasan igualmente sobre sus aguas. El Winipeg sólo tiene sobre los otros el ser mucho más ancho.

No sería preciso que el río Nelson, último desagüe de estos tres lagos, volviese á soldar las rocas que ha desunido y roído, para que el Winipeg, Manitoba, Winipegous y otros de menores superficies, uniéndose por encima de las tierras llanas que les rodean, volbiesen á formar en su plenitud el frío Meliterráneo del antiguo Winipeg. No hay más que una débil diferencia de nivel entre los tres grandes restos del antiguo mar interior. El Winipeg refleja sus aguas á unos 200 metros sobre los mares, el Manitoba no tiene sobre él más que 12 ó 13 metros, rescatados por las cascadas del río Dauphin, y á su vez el Winipegous no se halla más que á 6 ó 7 metros por encima del Manitoba.

IV

Río Rojo.

El Río Rojo se llama en nombre completo «Río Rojo del Norte», para distinguirlo del Río Rojo del Sur, afluente del Mississippi.

Este nombre no es justo, pues si las aguas que lleva son turbias, no son rojas, sino de un blanco terroso (2). El *Red-River*, como dicen los ingleses, nace en un lago del Minnesota, cerca del manantial del Mississippi. Mientras el Mississippi marcha primero hacia el Nordeste, como para perderse en el lago Superior, el Río Rojo marcha hacia el Sur, como buscando el golfo de Méjico, pero muy pronto ambas corrientes cambian de ruta. El Mississippi vuelve hacia el Sur y el Río Rojo se va hacia el Norte, y en un viaje de 1.450 kilómetros (3), corre por llanuras de una fertilidad prodigiosa, de tal modo infestadas de mosquitos, que con frecuencia sus nubes zumbantes se chupan en po-

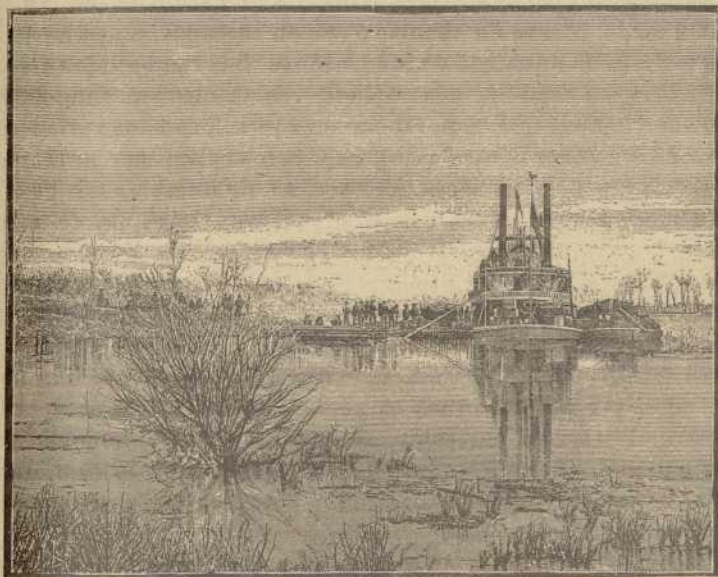
(1) Norte-Noroeste.

(2) Es posible que su nombre proceda de una batalla entre indios, que hubiese ensangrentado sus aguas.

(3) Hasta el manantial de la Chéyenne.

cas horas la vida de los bueyes y de los caballos. No hace mucho aún mataban á los hombres expuestos por la tribu de los Sioux á sus millones de picaduras.

Al entrar en la Potencia de Canadá este río, separa á Winipeg de San Bonifacio, lo que equivale á decir, los ingleses de los franceses, y allí mismo recibe un agua más pura que la suya, el larguísimo, pero debil Arsiniboine, que se ha sorbido al débil y larguísimo Qu'appelle.



El Río Rojo. (Dibujo de Taylor.)

El Qu'appelle nace cerca del Saskatchéonan del Sur, en un curso de doble pendiente, y durante las lluvias, el agua del pantano de donde brota, se reparte entré los dos r'os: el pequeño, que no llega á ser un arroyo, y el grande que se podría tomar sin trabajo por un río. Una empalizada de 26 metros de alta vaciaría el Saskatchéonan en el Qu'appelle y haría de éste y después del Assiniboine, y por último del Río Rojo, una corriente digna de las altas ambiciones de la Nueva Chicago (1)

El río Rojo cae por las seis ramas de un delta en el Winipeg en su extremidad meridional, y poco á poco su agua túrbida

(1) Título con que se adorna la naciente ciudad de Winipeg.

arroja al fondo del lago impuro los elementos de una llanura fecunda.

V

Río Winipeg.

Muy diferente del Río Rojo, que es poco tortuoso, y con un agua pesada, el Winipeg, cuando no se adormece en lagos prolongados, hierve en rápidos ó cae en cascadas, con una inmensa masa de agua fría y transparente. Sus zambullidas arremolinadas, su espuma, sus rápidos, recientemente conocidos sólo por viajeros que son en su mayoría franco-canadienses puros ó mezclados con salvajes, han conservado sus nombres franceses hasta en las bocas inglesas. Al oír nombrar los bruscos accidentes del curso del Winipeg, las *Dalles*, la *Grande Décharge*, la caída de *Jacquot*, los tres *Portages des Bois*, la *Barrière*, la gran caída del Esclavo, la caída de la *Loutre* y veinte más. parece extraño hallarse en una región que pertenece á Inglaterra.

El Winipeg (800 kilómetros), reúne los desagües de una ininidad de lagos, estanques casi todos, mucho más largos que anchos, al Oeste del Superior, en una porción del imperio inglés que toca con los Estados Unidos, la tierra del tío Sam, uno de los mote del pueblo americano, como también Hermano Jonathán es otro de ellos.

Dos ríos-lagos ó dos lagos-ríos, pues verdaderamente no se sabe cómo llamar á esas aguas de los Laurentinos y del Noroeste, se encuentran á 333 metros por encima del mar, en el vasto lago de la *Pluie* (la Lluvia). Sus nombres son muy franceses; el *Seine* y el *Maligne* (el Maligno). El lago de la *Pluie*, superficie irregular de 475 kilómetros de contorno, con orillas llanas é islas numerosas, despidе el río de la *Pluie*, corriente de 200 á 300 metros de anchura que empieza por una cascada de 8 á 9 metros.

Entre álamos, arces, olmos, tilos, hayas, abedules, encinas, pinos y abetos, corre gracioso y majestuoso, durante 130 kilómetros, hasta el lago de los Bosques, situado á 317 ó 318 metros de altitud, ocupando á la vez el país de John Bull (1) y el

(1) Mote del pueblo inglés.

de Jonathán, lo que también ocurre en el lago de la Pluie. Mucho mayor que éste, el lago de los Bosques tenía la doble belleza de los bosques y las rocas, pero los viajeros han quemado tantos árboles en su orilla que no le quedan más que las rocas de su litoral y de sus islas, desnudas y tristes.

Del lago de los Bosques sale el Winipeg, á través de rocas, en poderosos rápidos que tienen 5 metros de caída, junto á la joven ciudad de Puerta de la Rata ó Keewatin. De allí á su desembocadura, durante 260 kilómetros, desciende 106 metros, en saltos interrumpidos por expansiones tranquilas.

En este áspero camino del torrente á través de la piedra de los Laurentinos, quizás la más hermosa abertura es la caída de Plata, en la cual desciende el río, en cinco ó seis prodigiosas olas, una pendiente de 200 metros de larga por 5 metros de alta, entre rocas pulimentadas por el rocío de las aguas. Su anchura es en esto lugar de 1.200 metros, y en otros de 2.000, de 3.000 y más, mientras que en ciertos estrechos 15 metros, 12 metros ó 10 metros separan únicamente la roca de las dos orillas. Sin embargo este río es más que un Ródano, pues se supone el Winipeg igual al Ottawa, arrastrando unos 1.250 metros cúbicos por segundo en el estiaje, 3.000 en medianas aguas y más de 5.000 en las crecidas.

De este río espléndido, indisolublemente unido al Noroeste por la dirección de sus aguas y por su pertenencia á la cuenca del lago Winipeg, ha hecho el gobierno inglés recientemente, en casi todo su curso (1), una dependencia de la provincia de Ontario.

VI

Saskatchéonan.

El Saskatchéonan tiene por verdadero nombre Kisiskatchéonan (2) ó «Río Rápido». Lo forman dos grandes corrientes: el Saskatchéonan del Norte y el Saskatchéonan del Sur, una y otra nacidas en las Montañas Rocosas y las dos de escasa claridad.

Se conceden á la rama del Sur (3) de 1.400 á 1450 kilómetros

(1) Salvo algunas leguas hacia arriba del lago Winipeg.

Es un nombre de la lengua de los Cris.

(3) Los canadienses franceses la llaman Fourche des Gros Ventres (Horquilla de los Gruesos Vientres), nombre de una tribu salvaje.

de curso, 100 más que la rama del Norte. En su confluencia el Saskatchéonan meridional, agua de un amarillo parduzco, tiene 165 metros de ancho y, se dice, que 1.200 metros cúbicos de arrastre medio. La septentrional, verdosa, más clara y en verano cerca de tres grados más fría, tiene 128 metros de amplitud y un arrastre de 900 metros cúbicos. Ambas corrientes, fieles á su nombre salvaje, corren con velocidad.

Formando un río turbio de 300 metros de ancho y 7 de profundidad, el Saskatchéonan se desliza durante 550 kilómetros, en amplios rodeos.

En el camino encuentra un lago al cual quedan 80.000 hectáreas. El río lo ha disminuido notablemente, y acabará por colmarlo. Es el lago de los Cedros, en otro tiempo lago Bourbon, á donde llega el río á través de un delta pantanoso que ha depositado siglo por siglo. Pero aunque deja el fango en él, no sale completamente puro.

De este lago cuyo nombre recuerda á la vez viejas glorias de Francia y viejas vergüenzas, pasa el río al pequeño lago Travers, y luego una inmensa cascada le pulveriza, una de las más espumosas y atronadoras de toda América. El río cae en ella de más de 13 metros, con una pendiente de 3.350 metros y anchuras de 140 á 600 entre rocas calcáreas. Poco despues entra en el lago Winipeg.

VII

E Nelson.

Saskatchéonan, Winipeg, Río Rojo, Dauphin y más de cien torrentes, todo esto corre por el Nelson, vasto río fangoso, [pedregoso], violento, que marcha hacia la bahía de Hudson en un penoso viaje de 600 á 650 kilómetros á través de las rocas de los Laurentinos.

Del Winipeg al mar descende cerca de 200 metros, siendo ya lago, ya desfiladero. Grande como cuatro veces el Ottawa, se despedaza con frecuencia en enormes rápidos y lleva al mar el agua de 126 millones de hectáreas.

Es posible, que el Nelson sea un río moderno, geológicamente hablando. En este caso, cuando no existía aún, como no había otro paso entre el lago Winipeg y el mar Hudson, este lago, incomparablemente más grande que en nuestros

días, se esparciría sin duda hacia el Sur, y por el valle por donde pasa hoy el Minnesota, enviaría el inmenso exceso de sus aguas al río colosal del Mississippi. Este desagüe del Winnipeg, era el mayor de los dos manantiales del antiguo Mississippi, al lado del cual muchos de los grandes ríos del antiguo mundo no son más que humildes riachuelos. La otra rama pasaba por los lugares en que corre ahora el río Illinois, y traía las aguas de los grandes lagos canadienses, á los cuales el Niágara no abría aún una puerta hacia el mar Atlántico.

VIII

Churchill

El impuro Nelson vence en magnitud á los demás ríos que se hunden en la bahía de Hudson. Inmediatamente después de él viene el puro Churchill (1.100 kilómetros), que lleva muchos nombres, atraviesa muchos lagos y paralelo al Nelson, termina al Norte de este río, cerca del 59 grado, después de haber roto igualmente los montes Laurentinos. Por sus anchuras y angosturas, y sus torbellinos rápidos y espumosos es otro río Winnipeg.

IX

Blancos.—Indios.—«Bois-Brûlés».

Bajo un cielo terriblemente frío, no había aún hace treinta ó cuarenta años en estas llanuras, bosques, lagos y ríos, más que indios ó mestizos de lengua francesa ó de lengua inglesa, siendo estos últimos menos numerosos que los Bois-Brûlés ó mestizos franco-canadienses.

Ahora todo está cambiado. Canadienses de Quebec y sobre todo de Ontario, yanquis, ingleses, escoceses é irlandeses se arrojan con frenesí hacia el Noroeste canadiense, que parece heredero del Gran Oeste de los yanquis. Los indios se ven encerrados en «reservas» que quizá no respetará por mucho tiempo la avidez de los colonos, y la de los mestizos errantes, «viajeros», *trappeurs*, cazadores de bisontes y barqueros, no teniendo otro porvenir que el de retroceder hacia el Norte incultivable, ó deser reabsorbidos por su primitivo elemento: los mestizos in-

gleses por la raza inglesa y los «Bois-Brûlés» por la canadiense. Contra todo lo que se esperaba, los franceses del Canadá, sumergidos por la inmigración de los anglosajones, no han per-



Cazadores indios. (Dibujo de Thiviat.)

vido terreno; se concentran, y son reforzados incesantemente no sólo del país de Quebec, sino también de Francia y de Bélgica, y tienen la esperanza de heredar, ellos también, algo de las inmensidades que han descubierto.

En el Manitoba y el Noroeste, hay ya cerca de 300.000 ha-

bitantes, de los cuales, sólo 46.000 indios. Unos cuantos años han bastado para relucir á una minoría el conjunto de los pueblos más ó menos cobrizos, y diversamente salvajes, que fueron, durante tantos siglos, los únicos dueños de esta inmensidad.

Entre los indios, los Cris y Santeux, y los Pies Negros, pertenecen á la nación de los algonquinos. Los Sioux, Assinibuanos y Sarcis, son de la de los Hurones iroqueses. Los montañeses de Oeste ó chipenyanos; los Comedores de caribú, los Cuchillos amarillos, los Costillas de perro, los Esclavos y los Castos, son de la nación de los Dené-Djindí.

Con cualquier nombre que se les dé, cualquiera que sea la lengua ó dialecto que hablen, se parecen á los indios de los Estados Unidos, por el valor, la impasibilidad en el sufrimiento, y el espíritu de adivinación, cuando es preciso seguir la pista de la bestia ó del hombre amigo ó enemigo. La energía que tienen, ellos y los mestizos sus medio-hermanos, lo que sufren sin quejarse, es superior á toda ponderación. Medio desnudos, bajo cielos abominables, los hay que se pasan tres ó cuatro días sin comer, an tanto desde la aurora hasta muy avanzada la noche, sobre la tierra nevada, sobre los lagos helados, durmiendo en la hierba, de la que han separado la nieve. Luego, levantándose y sacudiendo los copos caídos durante las tinieblas, toman en seguida el sendero de la víspera, hacia un fuerte de la compañía de Hudson, hacia un campamento ó una tienda.

En la epidemia de viruela, que los diezmo, de 1870 á 1871, así como á los mestizos ingleses ó franceses, que son su coherederos de los desiertos, se ha visto á indios atacados de la horrible enfermedad y ya moribundos, pasar varias veces el ancho y frío Saskatchéonan del Norte para robar una banda de caballos perteneciente á la Compañía. En estado de salud, en tiempo de abundancia, comen veinte libras de carne y no se hartan.

El compañero de estos hombres de acero, el perro del Noroeste, es aún más heroico. Enganchado con sus camaradas á un pesado trineo, trotta todo el día sobre la nieve endurecida, durante meses enteros, entre un punto de partida y uno de llegada que pueden estar más distantes que está Lisboa de Varsovia. Camina bajo el látigo, bajo los juramentos, comiendo poco, acostándose en la nieve, teniendo por todo bien, á la terminación de su jornada, su deber cumplido, su afecto probado, y

todas las noches, la luz y el calor del fuego que el amo enciende en un claro del bosque, al pies de los pinos y abetos que vibran bajo el viento congelador.

X

Compañía de la bahía de Hudson.

Antes de que el Canadá hiciese la adquisición del Noroeste para formar con él y con las provincias del golfo la inmensa Potencia ó Dominio, todo el país pertenecía á la Compañía de la bahía de Hudson, sociedad de 239 accionistas residente en Londres.

Esta Compañía emplea unos 1.700 hombres que cazan para ella los animales de pieles en los bosques y en las praderas, y los castores en los estanques. De estos 1.700 servidores, la mayoría de ellos «Bois-Brûlés», de padres canadienses y madres indias, hablan el francés. Casi todos los demás, igualmente indios por sus madres, son escoceses por sus padres, y no conocen la lengua inglesa, sino la lengua celta.

La Compañía ha educado para su servicio solamente á los mestizos. Los indios cazan para ella y vienen en épocas fijas, á recibir el precio de sus pieles á cualquiera de las 136 factorías dispersas en el Noroeste hasta los bordes de los lagos más helados de los torrentes polares. Esta Compañía era muy rapaz en otro tiempo, pues pagaba á los indios en mercancías que ella misma tasaba. Tampoco era buena, pues lo sacrificaba todo á su monopolio, y en este país de las pieles, los mismos que cazaban para la Compañía, no tenían derecho á vestirse con ellas aunque pereciesen de frío en las nieves. Todo tenía que entrar en los almacenes y salir de allí para Europa.

Astutamente ocultaba Compañía el valor del Noroeste, sus aluviones, sus espléndidas praderas, sus bosques, todo lo cálido y fecundo que hay en este clima, brillante en verano. Pero cuando la verdad fué conocida, tuvo que abandonar su privilegio, é Inglaterra abrió de par en par la puerta á los bravos colonos y al mismo tiempo á los traficantes, acaparadores, especuladores y caballeros de industria, de la vieja Europa y de la joven América.

Entonces sonó la verdadera hora del peligro para los indios y los mestizos. No pasarán muchos años sin que el salvaje y el

medio-salvaje hayan desaparecido de la pradera, la estepa y el bosque. Son naciones amenazadas de muerte, pequeñas, sin saber y sin industria, pero sus hombres bien valen los nuestros. Son cazadores groseros, barqueros ignorantes, rústicos y



Indio Pie-Negro. (Dibujo de Roux.)

violentos pero, no conocen la envidia ni el lujo, ni el qué dirán, ni la social hip crecía.

Los territorios llamados «el Noroeste» comprenden el Manitoba, la Assiniboia, el Alberta, el Saskatchewan, el Athabaska, el Keewatin y las Tierras Vagas.

XI

Planicie y fecundidad del — Sus habitantes.

El Manitoba, que algunos gu tan llamar por el sobrenombre de «Joven Estado de las Praderas», ha decaído en sus ambiciones desde que una decisión del Gobierno de Inglaterra le ha quitado todo su Oriente en provecho del Ontario.

Este Oriente era del lago de los Bosques al lago Superior, el país que se extiende de roca en roca, áspero en los montes Laurentinos y en la cuenca del río Winipeg.

Reducido á su Occidente, rápidamente colonizado, el Manitoba se extiende en llanuras bajas y sin bosques, muy raramente cortadas por colinas cuyo aislamiento las eleva en apariencia á la altura de montañas.

Abunda en lagos, de los cuales muchos no son más que medio marismas y aun simples pantanos en camino de llegar á convertirse en tierra firme. Como lagos tiene al Manitoba, del que toma su nombre, y casi todo el Winipegous y el Winipeg del Sur y del Centro hasta cerca del 53 grado. Sus grandes aguas corrientes (excepto el Winipeg) son la *Poule d'eau*, que lleva al Manitoba el exceso del Winipegous; el Dauphin, que muere en el lago principal del país; el río Rojo, ancho cuando más, como el Sena en París, aunque tan largo como el Rhin cuando llega al mar; y el Assiniboine igualmente muy largo, pero escaso en agua.

Con lo que el Estado de Ontario le ha quitado, el Manitoba comprende 38.850.000 hectáreas, con 155.000 habitantes, de los cuales 17.000 franceses y casi todos blancos, pues los «Bois-Brûlés», que en otro tiempo eran sus únicos habitantes, parten hacia el Nordeste ó á los Estados Unidos. Además, estos mestizos cultivan poco.

Hijos de mujeres nómadas ó de padres que lo eran á medias, prefieren la vida en la canoa, las cascadas, el bosque y la aventura diaria, aunque su final seguro sea la muerte en un torrente ó el sepultamiento bajo las nieves del invierno. Apenas si en estos últimos años han empezado algunas de sus familias á establecerse permanentemente en el territorio.

Los franceses se extienden poco á poco por toda la provincia; pero la mayoría sólo se halla en el Río Rojo, más arriba de la capital y en los afluentes de la derecha, entre la frontera de

los Estados Unidos y San Bonifacio, que es su arzobispado, frente á Winipeg. Como la lengua francesa es oficial, con igual título que la inglesa en todo el Estado, y se la habla en la Cámara manitobana, y todos los días le llegan refuerzos que procrean con extraño vigor, reuniéndose fuertemente en torno de su arzobispado, y tiene, en fin, en todo el Noroeste viejas tradiciones, es un elemento de porvenir, mucho más poderoso que por su número.

El aumento no les viene solamente de ellos mismos, sino de la provincia de Quebec y de los canadienses de los Estados Unidos que juzgan útil y honroso el no vagar más entre los yanquis, de fábrica en fábrica ó de granja en granja, y volviendo á su inmensa patria eligen la Gran Praiera para lugar de su morada. El aumento les viene también del viejo país, de Francia y de Bélgica. En cuanto á los manitobanos ingleses, son de todos los orígenes, de Gran Bretaña, de Alemania, Escandinavia, Irlanda y hasta de Rusia.

La capital, Winipeg (26.000 habitantes), se convierte rápidamente en una gran ciudad. Hace poco era una aldea, hace algunos años un campamento en la estepa, y dentro de cincuenta años será una gran metrópoli americana. Se halla esta ciudad en la orilla izquierda del Río Rojo, junto á la confluencia con el Assiniboine. Frente á frente, en la orilla derecha, se eleva San Bonifacio, arzobispado del Noroeste y metrópoli de los manitobanos franceses. Ocurre exactamente lo que en el Canadá, donde Hull, ciudad francófona, mira á Ottawa, capital poliglota, y sobre todo anglófona.

XII

Assiniboia.

El Assiniboia, que tiene cerca de 25 millones de hectáreas, continúa al Oeste el Manitoba; al Sur enfrenta con los Estados Unidos; al Oeste tiene el Alberta, y al Norte, la provincia de Saskatchewan. Su río central, el *Qu'appelle*, pobre en agua, bajo cielos muy secos y muy fríos, corre hacia el Assiniboine. *Qu'appelle* es un nombre muy singular, traducción de las palabras de los indios Eris, *Katapaionis sippi* (¿Quién me llama?) En otro tiempo una voz llamó por dos veces á un indio que bajaba

en canoa, por su corriente, y el indio no supo de dónde venía esa voz.

Este río atraviesa hermosos lagos, en un valle muy profundo, cortado en el centro de la pradera. Muy largo, sobre todo por su extremada tortuosidad, no llega, á tener, en el final de su curso, más que 25 ó 30 metros de anchura. Es casi un arroyo, mientras que la otra corriente de la provincia, el Saskatchewan del Sur, es un vasto río.

En la naciente provincia de Assiniboia no se ven fértiles praderas. No hay más que estepas sedientas que recorren ríos de largo curso, estrechos y flacos, montes que no tienen más altura que colinas, indios á los que se intenta limitar en los terrenos llamados «reservas», colonos ingleses, escoceses, irlandeses, dispersos á la ventura por todas partes, y unos pocos «Bois-Brûlés» de lenguaje francesa y franco-canadienses que aún no están más que en débil minoría.

XIII

Alberta.

Llamada esta provincia con uno de esos nombres de adulación monárquica, que gracias á los ingleses se extienden sobre el mundo como la gangrena, Alberta toca al Sur, como Manitoba y Assiniboia, con el 49 grado de latitud, inflexible frontera donde se encuentran la Potencia y los Estados Unidos, desde el lago de los Bosques hasta el Pacífico. Al Oeste, tiene las montañas Roccsas, que la separan de la Colombia inglesa; al Norte, la provincia de Athabaska, y al Este, las de Saskatchéonan y Assiniboia. Teniendo al Occidente montaña y al Oriente, praderas, mezcladas de estepa y bosque, posee en sus hermosos valles, en sus «montes del Sol poniente» los manantiales de los torrentes eternos que forman el Saskatchewan del Sur, el Saskatchewan del Norte y el Athabaska, padre del Mackenzie. Con 26 millones de hectáreas de grandeza, no entrega aún sus tesoros más que á muy pocos blancos, gentes de lengua inglesa y canadienses franceses que aumentan con lentitud. Estos últimos se agrupan, sobre todo, á lo largo del «Saskatchéonan del Norte, cerca de San Alberto, pequeña población, residencia del obispado.

XIV

Athabaska.

Esta provincia, aún casi vacía, se prolonga al Norte de la Alberta sobre el río Athabaska, sobre el río de la Paz, su rival, y sobre un número infinito de lagos y torrentes, del 55 al 60 grados de latitud. Al Oeste, enfrente de la Colombia inglesa, y al Norte y al Este, tiene por límites las tierras Vagas, aún no separadas en Estados, y quizá incapaces de serlo, pues su clima impide que sean jamás provincias pobladas. El Athabaska no tiene apenas blancos, á pesar de sus 32 millones de hectáreas. No existen más que diseminadas aquí y allá, unas cuantas familias de franco-canadienses, de «Bois-Brûlés» y varias tribus de indios.

XV

Saskatchéonan.

Treinta millones de hectáreas, pradera, estepa, bosque y roca de los montes Laurentinos, los dos lagos Saskatchéonan y el río que forman al unirse, el Norte del Winipegons y del Winnipeg, y una parte del curso del Castor (Beaver) rama del Churchill, son el lote de esta provincia recién formada.

A excepción de sus indios, mantiene poca gente; pero los colonos van á ella por millares. Los franco-canadienses encuentran allí buen asiento, en lo bajo del Saskatchéonan del Sur, ó, como ellos dicen, en «la horquilla des *Gros Ventres*», alrededor de la aldea de Batoche. Comprendido entre el Assiniboia y el Manitoba al Sur, y la Alberta al Oeste, este Estado toca al Este con el territorio de Keewatin.

XVI

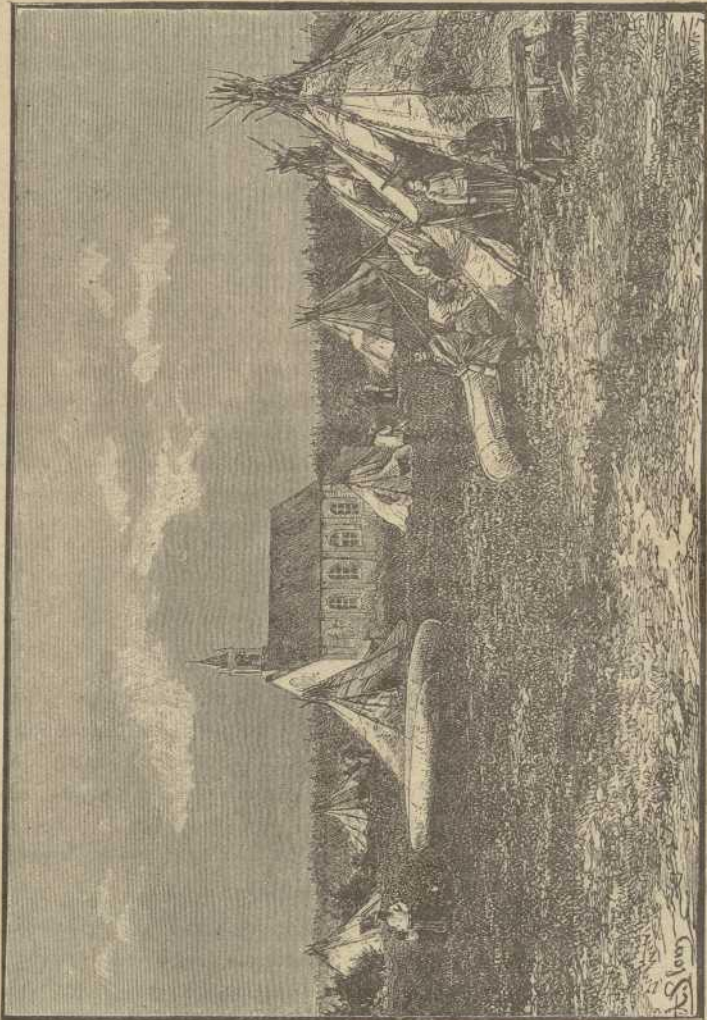
Keewatin.

El «Viento del Norte» (1), encierra tierras duras y rebeldes, aun en el Sur, sobre mesetas de los Laurentinos, mientras que



(1) Es lo que significa el nombre indio Keewatin.

al Norte del Nelson y del Churchill, pesa un cielo bárbaramente frío. Teniendo al Sur el Manitoba, va por el Norte hasta el Polo teóricamente. Al Occidente, el 100º de longitud Oeste de Green-



Una estación de la Compañía de Hudson. (Dibujo de Som.)

wich le separa de las Tierras Vagas. Al Este, la bahía de Hudson azota sus orillas, y al Sudeste, toca con las tierras donadas recientemente á la provincia de Ontario.

Con áspera naturaleza y áspero clima, el «Viento del Norte»

está condenado á no tener jamás sino pocos campos y pocas poblaciones, alrededor de algunos lagos y en algunos valles escasamente abrigados, al Sur del puro Churchill ó del impuro Nelson.

Siendo este país de estancia muy dura, y su cultura más que difícil, natural es que sólo lo pueble el elemento franco-canadiense de la nación confederada, pues este elemento es el único que ataca los suelos ingratos y se acomoda sin murmurar á la pobreza.

XVII

Tierras Vagas.

Las Tierras Vagas, cruzadas por el Mackenzie y el Alto Jucón, con lagos ocultos durante nueve meses por la nieve que cubre el hielo, estepas árticas é islas polares, tienen centenares de millones de hectáreas, que no se han dividido en provincias y que no se dividirán jamás, á excepción tal vez, del Este del Estado de Athabasca y el Norte del de Saskatchewan, á lo largo del Churchill y sus afluentes. Este territorio del Noroeste, quedará como último asilo de los indios, de los *trappeurs*, de los mestizos canadienses, que bajan las cascadas cantando alguna vieja canción de Francia.



Terrazas del Fraser. Dibujo de Bellet.)

COLOMBIA INGLESA

I

Clima dulce.—Amontonamiento de montañas.

A la cabeza de los rápidos ríos que forman uno y otro Saskatchéonan, el Athabasca y la Paz, los desfiladeros cortan los montes cubiertos de bosques, con 4.000 ó 5.000 metros de altos polares en sus cimas, que marcan el divorcio de las aguas entre la bahía de Hudson y el Gran Océano. Desde que se empieza á descender al Oeste con los torrentes que huyen hacia la orilla del más amplio de los mares, se ve cuánta ventaja tiene esa vertiente de América inglesa sobre la otra. Abrigada por el monte contra los fríos que soplan del Polo, bebe por todos sus valles la humedad del Pacífico, y por virtud de las lluvias, es brumosa, mojada, melancólica, pero mucho más templada, á iguales latitudes y á iguales alturas de suelo, que las llanuras del Noroeste.

Por desgracia, la Colombia inglesa está formada de un

amontonamiento tal de grandes montes, tiene tantas elevadísimas mesetas, tan pocos valles anchos, que la tierra apta para el arado no es ni la décima parte del país. Seguramente pocas regiones pueden medirse con ella por el esplendor de los furdos, el número de lagos, la sublimidad de los profundos cauces y la rapidez de los torrentes. Por sus pastos, sus metales, sus vastos bosques y sus aguas vivientes y violentas, va á convertirse en un Estado de pastores, de mineros, de leñadores, de marinos y de fabricantes, pero no parece que esté en su destino el sorprender á nuestros descendientes por la fertilidad de sus campos y por el número de sus habitantes. Es precisamente al Nordeste donde posee más tierras de labor, allí mismo donde el cielo tiene menos lluvias y más rigores, en las cuencas del Paz y del río de los Liards, verdaderamente fuera de la Colombia inglesa.

Pero á consecuencia de la pasión que sienten los ingleses por la línea recta, por la figura geométrica, han decidido que el grado 120 de longitud, al Oeste de Greenwich, divida la Colombia inglesa y el Noroeste á partir del punto en que dicho grado corta á las montañas Rocosas. Por esto las 88.400.000 hectáreas del «Estado del Pacífico» no están todas en la vertiente del Océano mayor. Del mismo modo, en el Norte, también es un grado, el 60° de longitud, el que separa la Colombia y el Noroeste con una línea inflexible

II

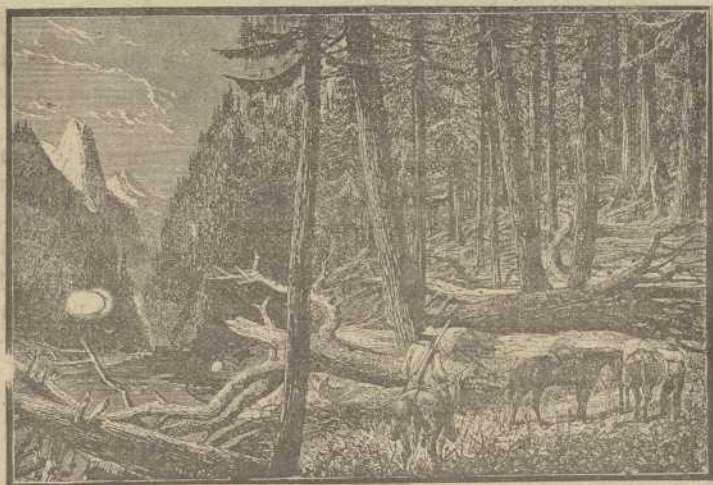
El Fraser.—Hermosos bosques.—Furdos.—Islas innumerables.

Un río, el Fraser, ruga soberbiamente en esta región, rica por sus minas, por sus interminables bosques de árboles, tan grandes, que con sus troncos se tallan canoas para cien hombres, por sus riberas de infinitas revueltas; por sus filas de promontorios, de golfos y furdos de islas tan numerosas, que se cuentan lo menos 20.000.

Tiene muy bien el Fraser unos 1.200 kilómetros de curso, jamás en llanura, excepto en las inmediaciones de su embocadura, siempre en valle estrecho ó en sombríos desfiladeros, con frecuencia tan apretados entre rocas, que la gran crecida de verano, compensando el espacio con la velocidad, corre á razón de 25, 30 y aun 32 kilómetros por hora. No forma ningún lago

enorme, pero tiene millares de lagos pequeños en los torrentes que sostienen su curso, no menos que en las demás cuencas de la provincia: en el Norleste, en las ramas madres del Paz; al Oeste, en los ríos costeros; y al Sudeste, en la cuenca del río Colombia ú Oregon, poderosa corriente que se continúa ó termina en los Estados Unidos.

No es sobre el Fraser y el Colombia donde el cielo se deshace eternamente en agua; aunque al Oeste de las Rocosas, estos dos ríos no reciben tampoco todas las nubes del Océano. Una cordillera de 600 á 1.800 metros, la Coast Range ó Rangée



Paisaje de la Colombia inglesa. (Dibujo de Leille.)

del litoral, detiene los vientos en el camino, entre el mar y las Rocosas, y los chaparrones sin fin son para los ríos costeros, frente á Vancouver y las islas de la Reina Carlota, ó frente al mar libre, recibéndolos los profundos estuarios, las 20.000 islas, los pinos y los abetos gigantes. Al Sur de la Potencia, en el Washington, el Oregon y la California septentrional, una cadena costera confisca también, en una gran parte, las lluvias del Pacífico.

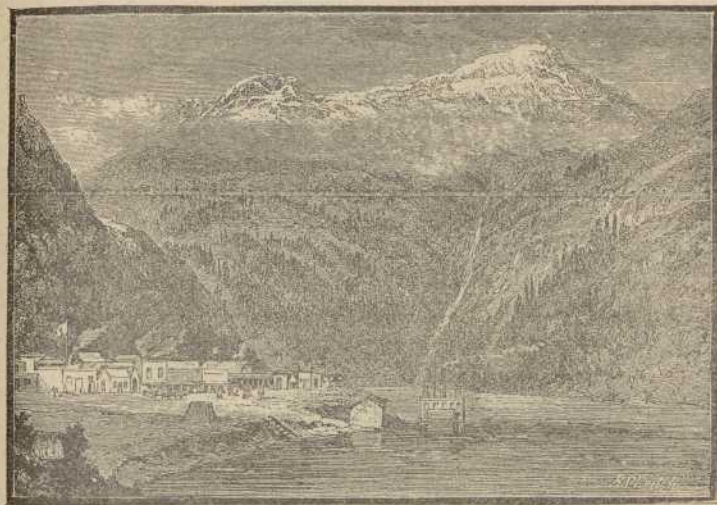
III

Colombianos.—Indios.—El Chinouk.

Hace treinta años, los asalariados de la Compañía de la bahía de Hudson, algunos viejos *trappeurs* retirados y muy

pocos aventureros representaban únicamente aquí, la raza de los blancos, pura ó mestiza. Hasta entonces, á pesar de sus minas, su aire, sus aguas y sus bosques, este país no tenía el crecimiento grande de las colonias inglesas. Pero ya no es así, desde que el ferrocarril del Pacífico une el río Fraser al río San Lorenzo.

Existen hoy más de un centenar de miles de habitantes, de los cuales, 35.000 indios. El resto son ingleses, escoceses, irlandeses, chinos y canadienses franceses. La emigración de los



Riberas del Fraser. (Dibujo de Leille.)

de Quebec no refuerza aún, sino muy poco, este último elemento, muy alejados en la Colombia inglesa de su lugar de origen.

Los chinos, á quienes se odia, aumentan, pero lentamente. En cuanto á los indios, Haïdahs, Seccanais, Chemmesyaus, Billacoulas, Haïltas, Noutkaus, Seliches, Koutanis, Takalis ó Porteurs, etc., pertenecen casi todos á la raza de los Dénédjindí. En sus relaciones con los europeos, se sirven aún de una jerga singular, el *chinouk*, compuesto de palabras francesas estropeadas, de palabras inglesas y palabras indias, con predominio del elemento francés, llevado desde mucho tiempo antes que el inglés, por los cazadores canadienses.

IV

Isla Vancouver.

Frente á frente del delta del Fraser, y de una infinidad de golfos y estrechos, entre el 48° y el 51° de latitud, poco más ó menos, Vancouver está separada de la costa firme por un brazo de mar estrecho, lleno de archipiélagos.

Esta isla tiene 430 kilómetros de larga por 60 á 80 de ancha,



Indígena de la isla Vancouver. (Dibujo de Whympcr.)

y 4.144.000 hectáreas, entre orillas escarpadas, salvajes y brumosas, toda ella de rocas y de abetos. El interior también se compone de bosques y rocas, montes y lagos, con ríos de cascadas continuados por furdos, naturaleza de un triste y monótono grandor.

Ni un nevado, ni un ventisquero, blanquea la montaña

obscura. Sin embargo, varias de estas cimas alcanzan ó pasan de 1.500 metros, bajo un clima muy húmedo.

Los colonos no ganarán nada con derribar el bosque que cubre toda la isla. Vancouver carece de tierra, de mantillo, de aluviones, y lo único que hará su riqueza, son las minas, la hulla, los bosques, las pesquerías de las orillas, el pescado de los



India anciana de la Colombia Británica. (Dibujo de Roux.)

torrentes y de los lagos, los excelentes puertos, el cielo dulce, saludable, casi sin nieve en invierno.

Victoria, que es la capital, no sólo de Vancouver, sino de toda la Colombia inglesa, tiene 17.000 almas. Vancouver, ciudad nacida en algunos años, en el litoral de la tierra firme, frente á la isla cuyo nombre lleva, cuenta 15.000 habitantes. Deslumbrada con su súbito crecimiento, pretende llegar á ser un nuevo San Francisco.

V

Islas de la Reina-Carlota.

A unos 250 kilómetros al Noroeste del cabo más septentrional de Vancouver, bajo los 52° y 53°, es decir, no lejos del límite en que las mismas islas, ya demasiado frías, niegan al hombre el trigo de que hace su pan, el archipiélago de la



Mestizo francés. (Dibujo de Fellier.)

Reina-Carlota, se baña en un clima muy dulce, y se le supone más rico que la isla Vancouver en suelos generosos.

Este semillero de islas montuosas, con bosques, no ha sufrido aún nada de la avaricia de los blancos, pero desgraciadamente para los indios Haï lahs, que son hoy sus únicos poseedores, las dos grandes islas del archipiélago, Graham y Moresby, encierran minas de diversos metales, sobre todo de cobre y de

antracita, soberbios bosques de grandes árboles resinosos, y puertos de la especie de los furdos, amplios, abrigados y magníficos.

VI

El Canadá en conjunto.

Con todas estas tierras vagas reunidas, todos estos bloques de rocas heladas, y todas esas provincias, excepto Terranova, la Potencia tiene 899 millones de hectáreas con cinco millones de habitantes, de los cuales, más de millón y medio, son franceses.

Escoceses, islandeses, y alemanes, van absorbiéndose en el inglés, mientras que el canadiense francés, empuja delante de él en todas sus fronteras á la multitud agitada de los anglófonos. Pero el empuje de este elemento pierde mucho de su vigor, á consecuencia de la emigración insensata hacia los Estados Unidos. Campesinos libres, alegres, altaneros, se convierten en Nueva Inglaterra, en obreros esclavos de manufactureros insolentes. En lugar de conquistar el Canadá de Oriente, porvenir que parecía seguro, prefieren ser conquistados por los mineros y los comerciantes de Massachusets.

Cerca de dos millones de habitantes del Canadá, son católicos. Los otros tres millones se reparten entre una legión de sectas protestantes, que son, empezando por las más poderosas: los metodistas, los presbiterianos, los anglicanos, los baptistas, los luteranos, los congregacionistas, los discípulos de Cristo, los hermanos moravos, los adventistas, los cuáqueros, los universalistas y los unitariós



El Capitolio de Washington. (Dibujo de Deroy.)

ESTADOS UNIDOS

I

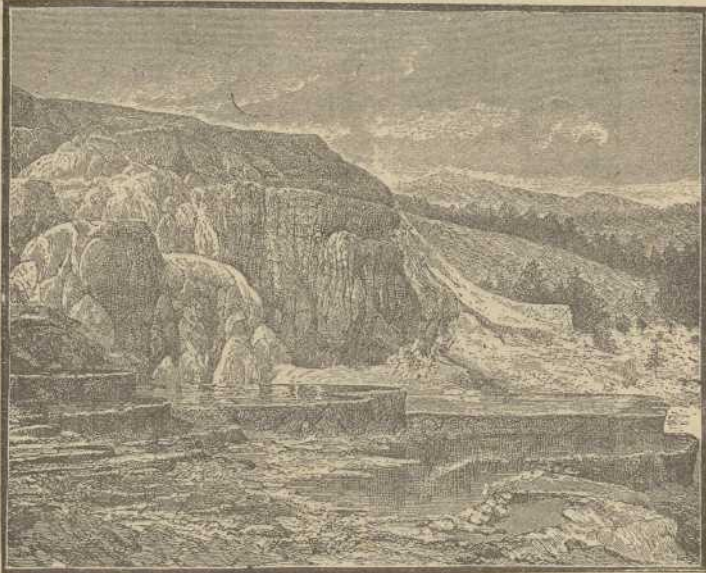
Fundación de los Estados Unidos.

Después de los escandinavos de la Groenlandia, los primeros europeos establecidos en la orilla en que viven los «yanquis» (1) septentrionales, fueron unos pescadores de Bristol, hacia 1607 ó 1608; pero atemorizados por el rigor del invierno americano, estos ingleses se apresuraron á volver en busca de los días hermosos de su vieja Inglaterra.

Casi en la misma época, un centenar de hombres, ingleses también, desembarcaron en una isla de la costa, que hoy corresponde al Estado de Virginia, en donde el río James desemboca en el mar. Estos colonos se aumentaron, primero con entidad, luego aceleradamente, con elementos muy diversos;

(1) Nombre usual de los americanos del Norte. Es la corrupción de la palabra «english», inglés. Los indios del *Massachusetts* pronunciaban «yanhgis», palabra que los holandeses del Hudson, habituados á las consonantes duras, transformaron en la de ya i kis». Este nombre, mote desdeñoso en labios de los soldados ingleses, durante a guerra de la Independencia, ha quedado á los americanos de la Unión, y muy especialmente á las gentes de Nueva Inglaterra.

gentes que venían por su gusto, desterrados de la Metrópoli, criminales comprados en subasta, mujeres vendidas por algunas libras de tabaco y trabajadores contratados que eran verdaderos esclavos. Más tarde vinieron «los caballeros», nobles que huían de la República de Cromwell, dueña de Inglaterra, después de la degollación del rey Carlos I. En fin, la trata de negros trajo africanos á esta orilla casi tórrida, en donde el trabajo en pleno sol era muy duro para los blancos.



Fuentes del Mam-mouth. (Dibujo de Riom.)

Al Norte del litoral virginio, los holandeses, entonces en toda su pujanza, se establecieron á lo largo del río Hudson, á partir de 1615. Su aldea de Orange es hoy Albany, y Nueva York resplandece ahora en el lugar de su Nueva Amsterdam. Por falta de colonos, sus colonias no tenían aún, en 1635, más que 2.000 personas, neerlandeses, flamencos y valones, á quienes se unieron hugonotes de Francia, después de la revocación del edicto de Nantes. Sin embargo, sólo hacia 1700 fué cuando la lengua inglesa se adelantó á la holandesa en la ciudad de Nueva York, arrebatada á sus fundadores por Inglaterra desde treinta y seis años antes.

En 1620, la roca de New-Plymouth, al Norte de Nueva

York, recibió 102 ingleses, puritanos, hartos de una patria en donde su secta era perseguida. Estos hombres y los que les siguieron, sembraron la principal simiente de la nación cuyo crecimiento tanto nos sorprende. Se fijaron á lo largo de la



Una pila de las fuentes del Mammouth. (Dibujo de Riom.)

costa, al Oriente de los montes Alleghanios, en un país muy regado, muy frío en invierno y muy cálido en verano, al cual dieron el nombre de Nueva Inglaterra. Tenían la energía de su tiempo unida á la dureza de su fe, y cultivaron, construyeron y habitaron. La región de Boston fué la que llenaron con pre-

ferencia, al mismo tiempo que la Pensilvania, región montañosa cuyas corrientes de agua se reparten entre el Atlántico, el lago Erié y el Ohio, que corre hacia el lejano Mississippi Treinta años después de la llegada de los puritanos á New-Plimouth,

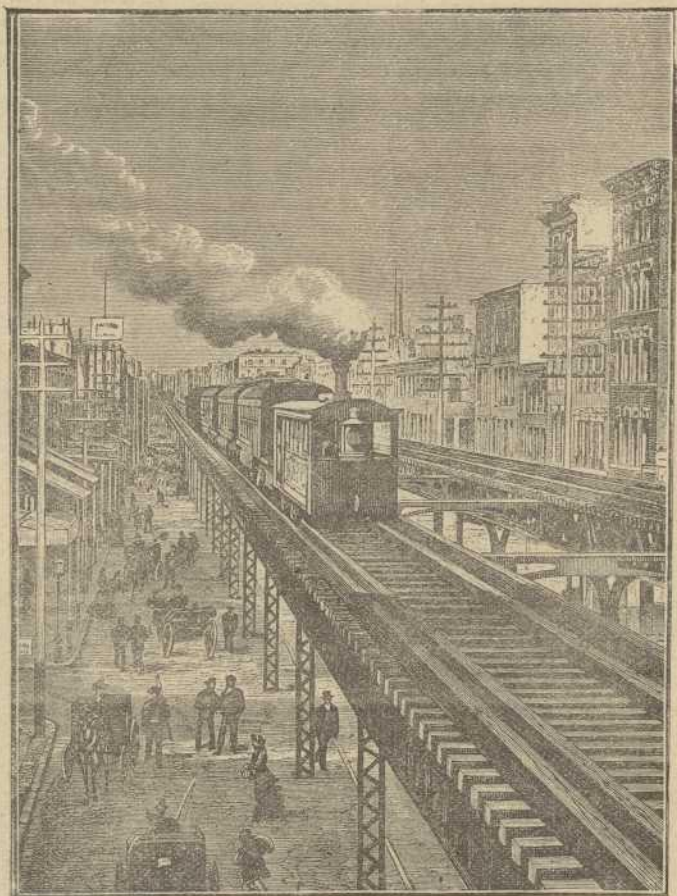


Una calle de Chicago. (Dibujo de Taylor.)

había ya en Nueva Inglaterra 4.000 familias inglesas, que representaban 21.000 personas, y de ellas proceden, según se asegura, más de 12.000.000 de yanquis.

En el cultivo de los valles de Pennsylvania, los ingleses fueron poderosamente ayudados por los alemanes, cuya sangre

aunque no la lengua) es hoy la de más de ocho millones de yanquis (1). Otros hijos del Norte habían igualmente acudido á estos parajes: los suecos, que sin darse cuenta de ello tomaron otra vez el camino de sus padres, habiendo colonizado los pri-



Nueva York. Ferrocarril aéreo. (Dibujo de Deroy.)

meros la Nueva Jersey y el Delaware, no lejos del litoral descubierto el año 1000 por el islandés Seif, hijo de Eric el Rojo. Estos suecos trajeron con ellos algunos finlandeses.

Los primeros grandes refuerzos enviados por la metrópoli inglesa llegaron después de 1640. Pennsylvania recibió á Penn

(1) Otros dicen que son 12 millones.

y sus cuákeros en 1682; la raza teutónica desembarcó en bandas á partir de 1709 y cada vez los negreros trajeron más negros, apilados hasta morir en las calas de sus barcos. En una palabra, en 1750 había muy cerca de 1.200.000 almas en Nueva Inglaterra y en las provincias meridionales de Virginia, Carolina del Norte y del Sur y Georgia. Ayudada por Inglaterra, esta población, era bastante para aplastar á Nueva Francia, veinte veces más débil. Los canadienses fueron vencidos, una sola vez, en Quebec (1759), después de las más brillantes victorias, y esta derrota arrojó del San Lorenzo á los franceses.

Algunos años después, hacia 1772, una cuestión de aduanas irritó á la raza impaciente de Nueva Inglaterra y estalló la guerra (1776) entre Inglaterra y las trece provincias americanas que componían entonces la colonia. Francia tomó parte en favor de los rebeldes. Por el auxilio de los franceses triunfaron, y su independencia fué reconocida en 1781.

Desde entonces nada ha contrariado el crecimiento de los Estados Unidos. De anexión en anexión son hoy más de cuatro veces mayores que el día de su libertad.

En 1803, Bonaparte, primer cónsul, les vendió por 80 millones la Luisiana, es decir, los países del inmenso Mississippi.

En 1821 España les abandonó la Florida.

El año 1845 les hizo donación de Tejas, superior en tamaño á Francia.

El 1846 les trajo el Oregón, su río y sus soberbios bosques. En 1848, Méjico, vencido, les dió Utah, el Nuevo Méjico, la California espléndida, y más tarde cedió la Arizona. En fin, Rusia les ha entregado por 7 millones de dollars á los indios de Alaska y sus tierras frías.

En 1898 por el tratado de París, después de una guerra con España, quedaron dueños de Puerto Rico y del archipiélago de Filipinas, y ejercen un protectorado sobre la isla de Cuba que equivale á una dominación.

¿Irán más allá, ahora que no tienen ya á su alrededor los horizontes sin fin de tierras vacías? Al Norte, el Canadá, orgulloso, próspero, sentado junto al Polo, empieza á levantar su frente como rival. Casi del tamaño de Europa, el Canadá muestra antipatía hacia los Estados Unidos recordando el pasado. Al Sur está Méjico, que menos algunos Estados que son secos como Saharas, es un país poblado y formado, que tiene su patriotismo, su lengua sonora, sus antiguas tradiciones, sus resentimientos, sus cóleras y su poderosa inercia.

Inferior á tres grandes potencias, al Imperio Británico, á Rusia y á China, pero más vasta que otros dos enormes Estados, el Canadá y el Brasil, la Unión americana se extiende en 921 millones de hectáreas, ó sea más de 17 veces Francia, y su población se calcula en 80 millones poco más ó menos. Sólo tres países están más poblados: la China, la India y Rusia.

II

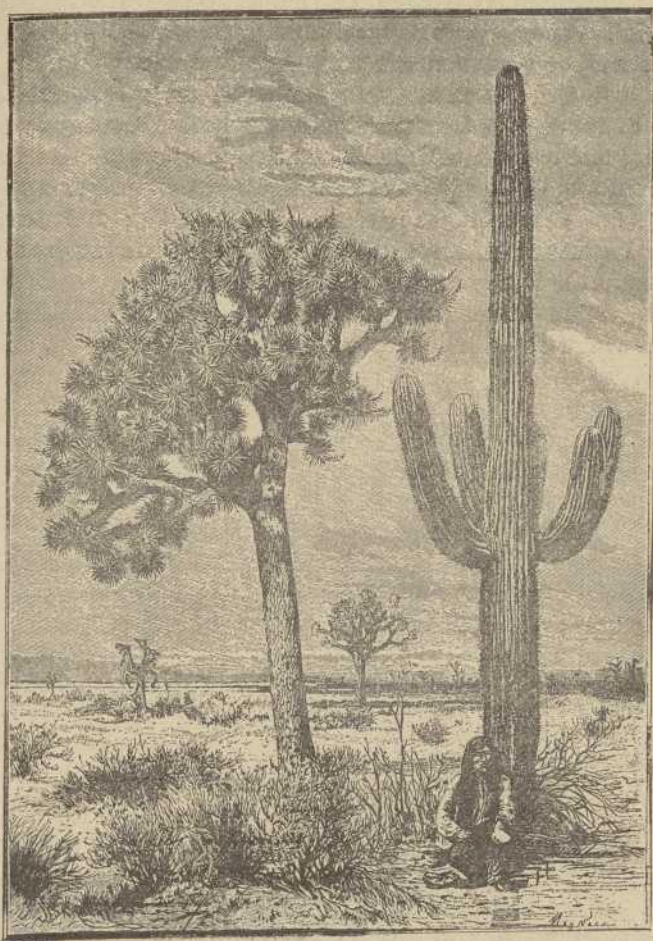
Montes Alleghanios.—Ríos y lagos.—Hulla y petróleo.

El europeo que desembarca en Nueva Inglaterra, ve en el horizonte las agujas de los montes Alleghanios, y desde la costa llega en algunas horas á sus valles llenos de bosques, en los cuales los árboles resinosos se mezclan con los de hojas caducas, á lo largo de ríos que la América del Norte no deja correr sin sujetarlos á algún trabajo. En los Estados Unidos se navega en todas las aguas navegables, se encadenan todas las corrientes bastantes fuertes para poner en movimiento alguna fábrica, y con frecuencia son inútiles los diques para crear saltos artificiales, pues casi todos los ríos de los Alleghanios caen en sus valles inferiores por altas cascadas. Las ciudades de fábricas, Lowell, Lawrence, Manchester, Paterson, Pawtucket, Richmond, Rochester, y otras cien, deben su existencia á grandes saltos de torrentes. Si se utilizasen todas las pendientes de estos ríos, sólo las aguas del Estado del Maine harían el trabajo de 24 millones de obreros en la fuerza de su edad, ocupados desde la primera á la última de las veinticuatro horas del día.

Dos mil cuarenta y cuatro metros más al Sur, allí donde estos montes se llaman especialmente Apalaches y 1.917 metros más al Norte, donde se llaman Montes Blancos, los Alleghanios son de mediana altura ó casi pequeños. Graníticos en el Norte, en el Maine, el Nuevo Hampshire, el Vermont y el Nueva York, é igualmente graníticas en el Sur, en Carolina, Georgia y Alabama, tienen también mucho de calizos, y el paralelismo de sus ramales los hace parecerse mucho al Jura francés. Se han comparado esos ramales á legiones de orugas, que se arrastran una junto á otra.

Entre dos de estas filas de altura, las de Adirondack y los Montes Verdes, en el umbral del Canadá, el hermoso lago Champlain, sólo domina el mar en 27 metros. Tiene 200 kiló-

metros de largo, con una anchura infinitamente variable, desde algunos cientos de metros hasta 25.000. Su limpieza de aguas es admirable: se ve el fondo á 50 y aun á 60 pies en unas



Paísaje del Arizona. Cactus y yucas. (Dibujo de Dericlaij.)

aguas en las que la sonda baja 120 metros. En sus orillas, colonias canadienses francesas continúan en los Estados de Nueva York y de Vermont la nación «latina». Se extiende al Norte el San Lorenzo por el río Richelieu, y al Sur, es vecino del río de Nueva York, el Hudson á quien le une un canal

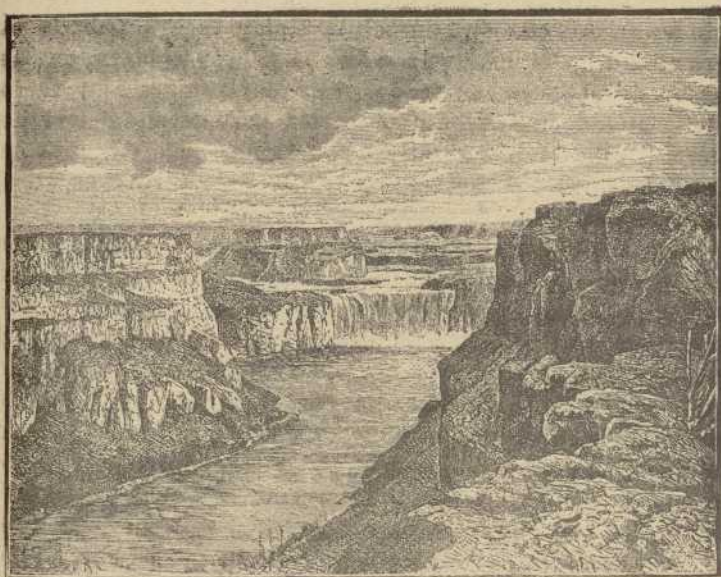
navegable. Los ríos Hudson, Champlain y Richelieu, exactamente orientados de Sur á Norte, forman una sola línea recta, que ocuparon en otro tiempo las mismas aguas, formando un vasto furdo.

Los Alleghanios detienen los vientos del Atlántico y de este modo influyen en el clima de la inmensa cuenca del Mississippi, menos templada, menos húmeda, á iguales latitudes que los valles de los ríos costeros. Estos son, el hermoso Hudson, célebre por sus «diques» ó escarpados de 150 metros de altura y más aún por la famosa ciudad de Nueva York su puerta de entrada en el mundo; el Delaware que corre majestuosamente ante la ciudad del «Amor de los hermanos» (Filadelfia); el Potomac, río de Washington, cerca del cual se perdió tanta sangre americana durante la gran guerra civil que dividió durante varios años la Unión en dos campos desiguales, el partido del Norte, mucho más rico en hombres, en dinero y en barcos, y el del Sur, cinco veces más débil, pero más dispuesto para las armas; y el río James, que pasa por Richmond, plaza cuya caída terminó esta sangrienta epopeya de esclavistas y antiesclavistas.

La constitución caliza de los Alleghanios centrales, determina en ellos, con extraordinaria grandeza, los accidentes frecuentes en esta clase de rocas; pérdidas de agua, ríos subterráneos, obscuras cascadas, grutas y fuentes efervescentes. La caverna del Mammoth en el Kentucky no tiene rival, con sus 15 kilómetros de longitud, 240 kilómetros repartidos en 223 galerías, salas tan grandes y tan altas, que su claridad sólo se disipa débilmente con el resplandor de las antorchas; y bajo estas bóvedas, lagos que beben ó vierten el agua de otros lagos, por ríos tortuosos, en ciegos corredores. Los americanos han llamado Estigia y Cócito, como en los infiernos mitológicos, á dos corrientes de la gruta del Mammoth. Animales extraños, pescados sin ojos, lagartos, grillos repugnantes, ratas gigantes, é indudablemente animales tímidos, que se arrastran y ocultan no conociéndose aún, viven en las sombrías aguas y sobre las orillas que el Eco, el Cócito, el Estigia y las demás aguas plomizas de la caverna abandonan en el verano. Estas orillas se ven inundadas cuando las grandes lluvias caídas en la cuenca del río Verde llegan en cascadas por misteriosos caminos, y subiendo á lo largo de la roca, llenan los canales lóbregos hasta la clave de sus bóvedas.

Pocas veces se sabe adónde corre, buscando su reposo, la onda siniestra, apenas entrevista á la luz de una antorcha, en

las mil grutas de los Alleghanios. A veces se desliza de estanque negro en estanque negro, hasta llegar al mar Atlántico. En la costa, en Carolina, en Georgia, en Florida, surgen arroyos y ríos del fondo marino, á veces con tal fuerza, que sus aguas dulces atraviesan el agua salada y vienen á salir á la superficie del Océano. Se ha visto á estas corrientes subterráneas arrojar tan caudalosos ríos, que han quitado en parte la amargura al agua marina. Otros no van hasta el mar sin que brillen antes á la luz, y con frecuencia, de las tenebrosas sombras



El Fuente de Plata. (Dibujo de Taylor)

de algún subterráneo, sale de pronto, con un caudal constante, un alegre río que deja la vergüenza de su cieno en los lagos ocultos bajo la piedra.

Por mucha que sea la clara abundancia de estos hijos de la roca, no hay ninguno que suba á la luz tan cristalino como el Silver Spring ó «Fuente de Plata» de la Florida, abismo de donde surge un río de 20 á 30 metros de ancho, que ningún verano, por largo que sea, convierte en arroyo. Se cree que esta «Fuente de Plata» es la «Fuente de Juventud» que les describían á los conquistadores españoles los indios de la Florida, los cris y los séminolas, los cuales, semejantes á los araucanos

de Chile, sólo se sometieron haciendo derramar más sangre castellana que costaron los pomposos imperios de Méjico y el Perú. En el siglo XVIII, cuando España cedió la Florida á los yanquis, estos indios mataron 15.000 americanos blancos antes de humillar la cerviz.

Al oriente de un ramal de los Alleghanios, Pittsburg, el antiguo fuerte Duquesne de los franceses, es hoy el Birmingham y el Sheffield de los Estados Unidos, gracias á la hulla y á los hierros de sus montes. Las cuencas hulleras de los Estados Unidos no tienen rival más que en China. Cuando Inglaterra ya no tenga más carbón mineral, la Unión sacará todavía el negro alimento del hogar, de la fragua y de la caldera, de las entrañas de sus Alleghanios, de su Pennsylvania, de su vasto Illinois, cuyas cuatro quintas partes pertenecen á terreno hullero, y el cual, según dicen, podría dar cien millones de toneladas al año, durante trece mil años. Y si aquí faltase, otros Estados de la Unión proveerian esta carestía.

Como si no fuese bastante con estos tesoros, una riqueza prodigiosa se añade á todas las demás, bajo estas rocas fecundas. Pennsylvania, de donde depende Pittsburg, oculta, en sus obscuridades subterráneas, surtidores intermitentes, arroyos y algunas veces ríos de petróleo. Un gran distrito de ella ha tomado el nombre de Petrolia. La persecución furiosa del aceite mineral ha renovado allí las escenas de la Australia y de la California, cuando el descubrimiento de las minas de oro. Se han visto, y se ven aún, las aventuras, la buena suerte, las ruinas y los inauditos tesoros, arrojados al azar por el destino, sobre una muchedumbre ávida de egoísmo. Allí se han hecho inmensas fortunas en algunos años, á veces en algunos meses y aun en algunas semanas. Hay en los Estados Unidos una aristocracia del petróleo, cuyos grandes señores atribuyen su opulencia á su mérito. Pennsylvania es la que posee más buscadores, más destiladores, más comerciantes de petróleo, pero otros Estados de la Unión y algunos condados del Ontario tienen también grandes depósitos de este aceite de roca.

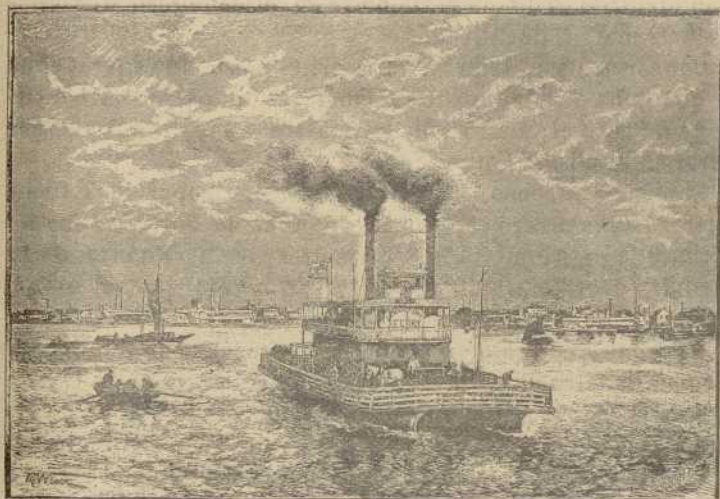
III

Ohio, Mississipp', Missouri.—Gran Oeste.

Pittsburg, la ciudad del hierro, en donde suenan eternamente los martillos, ocupa á 207 metros de altitud, la confluencia

del puro Alleghany y del Monongahela, dos ríos más anchos y más rápidos que profundos. Por algún tiempo se les reconoce en el mismo lecho que los une por la diferencia del color de sus aguas. Alleghany es un nombre indio. ¿Quién no diría lo mismo de Monongahela? Y sin embargo, este nombre sonoro no es más que una corrupción del francés. Por razón de su embocadura difícil para las barcas, los canadienses le habían llamado *Malengueulé* (Mala embocadura).

Alleghany y Monongahela reunidos, toman el nombre de



(Un pontón de pasaje en el Mississippi. (Dibujo de Taylor.)

Ohio, palabra india, si es cierto que esta soberbia corriente se llamaba Ohio Gahounda, «El Bello Río», en la lengua de los Sénecas, tribu iroquesa.

Bello, en efecto, y, traducido ó no de una lengua indígena, los franceses del Canadá y de la Luisiana no le daban otro nombre.

Por este Ohio, y por el Kentucky, el Cumberland y el Tennessee, sus afluentes, todas las corrientes de la vertiente occidental de los Alleghanios van á internarse en el lejano Mississippi. El Ohio, largo como el Loira, el Sena y el Garona juntos, en una cuenca de la extensión de Francia, acaba por arrastrar por término medio 4.473 metros cúbicos por segundo, en un lecho que tiene muchas islas. Pero este término medio de su

caudal engaña mucho, pues resulta de crecidas enormes compensadas por flaquezas excesivas. Tan pronto es un río extraordinario que ruge en un canal de 350 á 1.300 metros de amplitud, desbordándose sobre los inmediatos campos, como convertido en grava ó arena más que en agua, desaparece toda su magnificencia. Se le ha visto subir á 50 metros en Cincinnati, la más poderosa y la más ambiciosa de las ciudades que atraviesa, pero también se le ha visto descender hasta no arrastrar 50 metros cúbicos por segundo, delante de Wheeling.

Cerca del Cairo (nombre singular para un país sin palmeras y sin historia) es donde el Ohio cae en el cenagoso Mississippi desde 92 metros de altitud.

Conserva algún tiempo, en la orilla por la que entra, el color que le ha valido uno de sus nombres indios, Wabash ó «Río Blanco»; pero el Mississippi le arrastra y muy pronto se convierte en el mismo fango acuoso.

El primer europeo que contempló el Mississippi (1539) fué un valeroso aventurero español, Hernández de Soto. No buscaba ni río ni lago, ni montaña; corría tras de la «Fuente de Juventud», cuyo maravilloso cristal no verá jamás ningún viajero.

Hace muy poco que se conoce el verdadero origen del Mississippi. Se le hacía salir de un lago del Minnesota, el Itasca ó lago de la Cierva, situado á 5.085 kilómetros del Golfo de Méjico, siguiendo el curso de las aguas. Tomando el Missouri por su arteria principal, el Mississippi tiene 7.000 kilómetros, poco más ó menos, siendo superior en esto al mismo Nilo, lo que le convierte en la corriente más larga de la tierra (1).

El Itasca llena un hueco de llanura á 480 metros de altitud, sobre una meseta que ningún talud vigoroso separa de las cuencas del San Lorenzo y del Nelson. El nombre de este pequeño lago parece muy indio y, sin embargo, no hay ninguno de origen menos salvaje y más escolástico y pedante. Es debido á un mestizo, de padre blanco y madre india, Schooleraft, que visitó este país en 1832. Despreciando el nombre francés de lago *la Biche* (la Cierva), y encontrando el término indio demasiado largo—lo que no es vituperable, pues se llamaba Omouskosisaougaouigoum, nombre siete veces bárbaro—, el explorador tomó los nombres latinos que significaban verdad y cabeza ú origen, y de este modo obtuvo *veritas caput*, de los

(1) Nuevas suposiciones dan al Missouri-Mississippi sólo 6.539 kilómetros.

cuales sólo conservó las tres sílabas centrales, dándole el nombre de Itasca; y precisamente el Itasca ó Cierva no está rigurosamente en el nacimiento del río, puesto que el Mississippi comienza realmente un poco más al Sur del lago Glazier, cuyo nivel se halla á 481 metros sobre el mar.

Después de haber pasado á menos de cien kilómetros del lago Superior, el Mississippi, adquirida ya cierta fuerza, entra en las «Praderas», sábanas herbosas, que son en parte un fondo del antiguo Mediterráneo de agua dulce de esta gran parte de América, del cual quedan como vestigios los cinco grandes lagos. Allí, varios Estados, el Minnesota, el Wisconsin, Iowa é Illinois, que estaban casi desiertos no hace aún la edad de un hombre, se han visto sumergidos por una súbita marea de colonos, yanquis de Nueva Inglaterra, ingleses, escoceses, irlandeses, alemanes, escandinavos y canadienses. Así el Océano de altas hierbas, con sus estanques poblados de castores, sus «islotas» de pequeños bosques y grandes bosques diseminados, ha perdido rápidamente el encanto que le daban el silencio, la soledad, los horizontes inmensos y sin interrupción, la vida libre de los animales y el trote de los rebaños de bisontes.

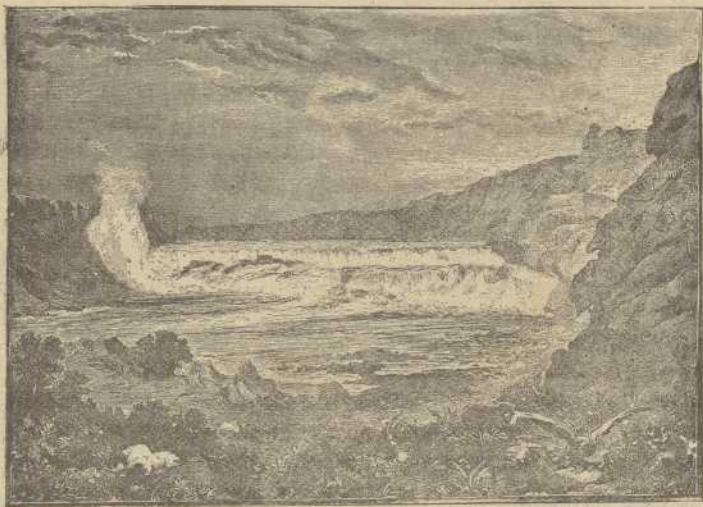
En San Antonio, el río apenas formado, cae de 7 á 8 metros (1) en una cascada deshonrada por la industria, con sus molinos, sus fábricas de serrar y sus barracas de tablas, entre rechinar de poleas y humo de fábricas. ¡Cuántas espléndidas avalanchas de agua han confiscado ya los yanquis! Hasta querían desparramar el mismo Niágara, y sólo han podido salvarse con una declaración de «Parque Nacional», las rocas, la caída, los torbellinos y todo lo que rodea de cerca las «alturas del gran ruido».

Un poco más abajo baña el Mississippi á San Pablo, capital del Minnesota, ciudad cuyo clima seco, fresco y fortificante, atrae á los valetudinarios creados por la vida contra naturaleza de los ciudadanos yanquis. El abuso de las comidas de fuerza y de las comidas en el hogar siempre rápidas, los excesos en la bebida, las semanas ó los meses en el tren, las noches sin sueño, el espíritu siempre en tensión por el azar de cincuenta asuntos llevados á la vez, el esfuerzo de concepción, los deseos ambiciosos, la pipa, el mascar tabaco y goma, el escupir, toda esta vida contraria á la naturaleza destroza á muchos yanquis, cualquiera que sea la vigorosa familia de donde procedan, y

(1) Con las cascadas vecinas el río desciende aquí 23 metros.

entre los enfermos que van á buscar una renovación bajo el cielo de San Pablo, muchos está condenados á no ver otra vez cómo florecen las rosas.

Muy pronto le llegan al Mississippi los grandes tributarios; el Minnesota, es decir, «el Agua Negra», ferruginosa, en efecto, cuya confluencia con el Mississippi considera cierta tribu de indios como el Centro de la Tierra; el Santa Cruz; el Wiscou-



Cascadas del Missouri. (Dibujo de Trauveys.)

sin, ó sea «el Ahumado», ó «el Moreno», que arrastra como el Minnesota ondas teñidas por el hierro; el río Moines (Monjes); el Illinois, que quizá fuese en otro tiempo el río principal, cuando el Niágara no había hecho aún su perforación; y, por fin, más arriba de San Luis, el Missouri.

El Missouri es el Pekitanoni ó «Agua barrosa» de los indios y el Mud River, de los ingleses, en francés «Río de barro». Esta caprichosa corriente, que al marchar roe sus bordes, devora sus islas, nivela, ahueca y colma, este «gran cenagoso» no nace como el Mississippi de los esparcimientos de un país de lagos. Está hecho de tres torrentes de las Montañas Rocosas, Jefferson, Madison y Galatin. Un cauce de 400 metros de profundidad y 26 kilómetros de cascadas y caídas que le hacen descender 110 metros, le conducen de la montaña á la llanura, en donde en otro tiempo no había su vasto seno más que á raras

canoas de los Hombres Rojos, mientras que ahora los barcos de vapor que sustenta, lo mismo que los del Mississippi, son lujosos palacios flotantes.

Recibe el Missouri tres largos ríos, mucho menos abundantes en iguales superficies que los tributarios del Mississippi, porque cae mucha más lluvia sobre éstos que sobre aquéllos. El volumen de las dos corrientes del Mississippi y Missouri no es nada proporcional á sus áreas. Teniendo de 33 á 34 millones de hectáreas la cuenca del Mississippi saca, por término medio 2.973 metros cúbicos por segundo, y el Missouri, que es un Nio^l de 5.000 á 5.500 kilómetros, no recibe más que 3.397 metros cúbicos de una cuenca de 134 millones de hectáreas, ó sea más de dos veces y media Francia, para un caudal que no duplica el del Ródano. El Missouri puede decirse que es un gigante pobre.

Sus principales afluentes, bordeados como él, de nogales, arces, encinas y chopos, son el Yellow-Stone, el Nebraska ó Plano, muy ancho y sin profundidad y el Kansas. De estos, dos, el Nebraska y el Kansas, dan, así como el Missouri, el Mississippi, el Ohio y otros, su nombre á otros tantos Estados de la Unión. En cuanto al Yellow Stone, la «Piedra Amarilla» de los viajeros canadienses, las maravillas de su cuenca superior, sus manantiales calientes, sus géyseros (surtidores de aguas termales hirvientes), sus chorros de vapor, su desfiladero profundo de 915 metros entre basaltos, su salto de 43 metros seguido de una cascada de 121, todas las grandezas de esta naturaleza extraordinaria, han impresionado de tal modo á los yanquis, que el Congreso de Washington han hecho de este distrito un «Parque nacional.» Las tierras, las minas, los bosques, las aguas son en este distrito inalienables, como en los otros dos «Parques» de la nación, el valle californiano de Yosemite y la orilla americana de la cascada del Niágara.

A la vista de los montes de Ozark, en realidad menos altos que soberbios por su aislamiento en la vasta llanura, es donde el Missouri se une al Mississippi, ó mejor dicho, se precipita en él, le empuja, lo ataca y lo penetra. La lucha entre los dos ríos y sus dos diversos colores, es larga. El Mississippi como si quisiera permanecer transparente y verde, se inclina hacia la orilla izquierda, cada vez más estrecho ante su abominable rival; pero el gran cenagos, «demasiado espeso—según frase del país—para que se nade en él, y demasiado blando para poder andar» le invade cada vez más y á 5 ó 6 kilómetros del pri-

mer choque de las ondas contrarias, la misma ignominiosa su-
ciedad reina sobre todo el río.

De indolente que era, el Mississippi se convierte en muy rá-
pido y continúa corriendo de Norte á Sur, en un valle ancho.
Baña á San Luis, una de las ciudades á quienes el porvenir
promete esplendor, y luego, rocas de 90 metros de altura se ele-
van en sus dos orillas. En otro tiempo estas rocas, pertenecien-
tes á los montes de Ozark, no habían sido aún cortadas por el
río; formaban un dique, y de su cresta saltaba una cascada más
poderosa que el mismo Niágara. Contenido detrás de ellas el río,
era un lago inmenso que comunicaba con el mar dulce de Ca-
nadá, y quizá con el lago Winipeg, que era entonces un mar
Caspio, frío y sin agua salada.

Más abajo de esta garganta ahora silenciosa, donde retum-
baba en otros tiempos un «trueno de las aguas», es donde el
Ohio da su tributo al colosal Mississippi.

Colosal hemos dicho, pero sin embargo, no vale lo que el
San Lorenzo de los canadienses, ni lo que el Plata de los argen-
tinos, ni el Yang-tsé-Kiang de los chinos, ni el Congo, ni sobre
todo el Amazonas. Con todos sus afluentes, el Mississippi arras-
tra por término medio, 19.111 metros cúbicos por segundo, ó sea
la cuarta parte que el Amazonas. En las aguas bajas no arras-
tra más que 6,230 metros cúbicos, que es proximamente la ter-
cera parte de lo que en la misma época arrastra el río brasileño.
En la gran crecida rueda una masa de 40.000 á 42.000 metros,
y esto es la sexta parte del rey de los ríos que cruza el Brasil.

Repleto de aluviones, ancho de 1.800 á 2.300 metros, y de 10,
15, 20, 40 y aun 70 metros de profundidad, el Mississippi al pie
del collado de Grand Gulf, arrastra procesiones de árboles, reúne
ó dispersa islas, roe sus orillas y atraviesa con nuevos lechos
las llanuras de sus propios aluviones, cuando los diques latera-
les no se lo impiden. Sus orillas son llanas, bordeadas de prade-
ras, de pantanos, de bosques, rara vez de colinas. Baña los pies
de algunos montículos, en su orilla izquierda, jamás en la dere-
cha, y desde lo alto de esas colinas se admiran el gran río y el
gran valle.

Los diques laterales de Mississippi para evitar sus inunda-
ciones, obra de las más grandiosas del mundo, acompañan al
río desde el cabo Girardeau hacia arriba de la embocadura del
Ohio, hasta más abajo de Nueva Orleans. Se estima en 4.000 ki-
lómetros la longitud de la doble muralla y de sus diques secun-
darios. Semejantes á otras obras que opone el hombre á la

cólera de las aguas, no siempre protegen estos muros la llanura que deben defender, y cuando se rompen, el Mississippi invade furioso esta especie de Holanda que se le quería arrancar. Realmente esta parte de la Unión es una Holanda por los aluviones, por la llanura, por la omnipotencia y omnipresencia del agua, pero bajo un clima casi tropical en el que pulula el negro y no se encuentra el perfecto orden de las cosas neerlandesas, las praderas animadas por los más ricos rebaños, los canales innumerables, las carreteras cuidadas como avenidas de parques, las aldeas brillantes de limpieza, las ciudades artísticas, los lugares consagrados por veinte siglos de historia. Además, si los habitantes del Mississippi y de la Luisiana han arrebatado pantanos á su río, no han conquistado aún *polders* (llanuras protegidas por diques) sobre lagos y sobre golfos del Océano, como los holandeses.

La última de las colinas ribereñas es la de Bâton-Rouge, humilde capital de la Luisiana. En Nueva Orleans el Mississippi no tiene más que 1.000 metros de ancho con 40 de profundidad. La hermosa ciudad moja uno de sus lados en el río, y el otro toca al lago Pontchartrain, que se abre sobre el mar. En vez de llegar al mar por ese corto camino, el Mississippi hace aún 100 kilómetros, entre dos orillas de aluviones, hasta la *Fourche des Passes*. En este punto se divide en tres brazos, abiertos como los dedos de una pata de ave, y separados de las aguas del golfo de Méjico por pequeños ribazos de limo cubiertos de cañas. Luego cesan las cañas, la tierra es barro casi líquido y no tiene bastante firmeza para formar un suelo. Poco á poco las calzadas se pierden en un fango diluido que marcha al Sudeste, al Sur, al Sudoeste, y, cada vez más líquido, pasa lentamente del amarillo sucio de un río al verde glauco transparente de los mares.

El Mississippi ya no existe, pero sus aluviones trabajan bajo el agua en agrandar América, pues el río lleva por segundo al Océano 6 metros cúbicos de fango arrancados á 330 millones de hectáreas. Su delta gana de 80 á 100 metros por año sobre las aguas.

El último gran afluyente del Mississippi, el Río Rojo del Sur, se vertía en otros tiempos directamente en el mar. Este ex río es famoso por su Gran Almadía, embrollo de troncos caídos que, progresivamente sube á 650 kilómetros del lugar de la confluencia, á razón de 2 á 3 kilómetros por año. A medida que la almadía va deshaciéndose abajo por la fuerza de la co-

riente, se forma arriba. Después de veintidós años de trabajos, el hombre se ha cansado de demoler abajo lo que la naturaleza no cesa de construir arriba, y la almadía que se explotará en el porvenir, cuando escasee el combustible, ha sido abandonada por ahora.

IV

Las Malas Tierras.—Las Montañas Rocosas.—Sus mesetas.

A medida que se sabe hacia los manantiales del Mississippi por el R o Rojo del Sur, el Arkansas, de 2 500 kilómetros de largo, y por los afluentes de la derecha del Misouri, se ve, lejos del gran río, extenderse llanuras que son áridas por falta de lluvia, surcadas de amplios lechos de ríos exhaustos por la sequedad del cielo. El Canadiense, principal tributario del Arkansas, está algunas veces sin una gota de agua, y se dice que hay cantón en el que durante todo un año hay apenas cinco centímetros de humedad. Se podría llamar Malas Tierras á todos estos vastos espacios desiertos ó semi-desiertos, de poca lluvia, pocas hierbas y sin árboles, imitando á los canadienses que dieron este nombre á la región comprendida entre el Missouri y las Montañas Rocosas.

Pero en lo alto de estos largos ríos el suelo se arruga y contrae en grandes ondulaciones y se llega á las Montañas Rocosas, madres de miles de claros torrentes que cayendo en cascadas y huyendo hacia el Este, van á posar, reunidos en ondas amarillas, ante los muelles de la soberbia «Crescent City» (Nueva Orleans). Otros limitan su carrera á la meseta en que han nacido y allí se secan ó van á morir en lagos sin desagües. Otros en fin bajan al Oeste, hacia el Pacifico, por el poderoso Colombia, los ríos de California y el río Colorado.

Las Rocosas no tienen nada de las cordilleras normales, como por ejemplo el Cáucaso y los Pirineos. Formadas en el territorio de los Estados Unidos, de macizos ramales y cadenas, que se alejan, se aproximan, se cruzan y se mezclan, contienen inmensas mesetas que son todo un mundo frío, duro, estéril y desnudo, excepto en los valles y cañadas por donde pasa el agua corriente ó alguna que otra montaña cubierta de hierba ó de bosques.

Cuanto más altas son estas montañas, (y las hay de 4.000

metros, y casi de 4.500, principalmente en el Colorado) más vapores concentran, más lluvia atraen, en este clima tan avaro de ella, y cuanto más agua reciben, más vierten á los valles y á las llanuras.

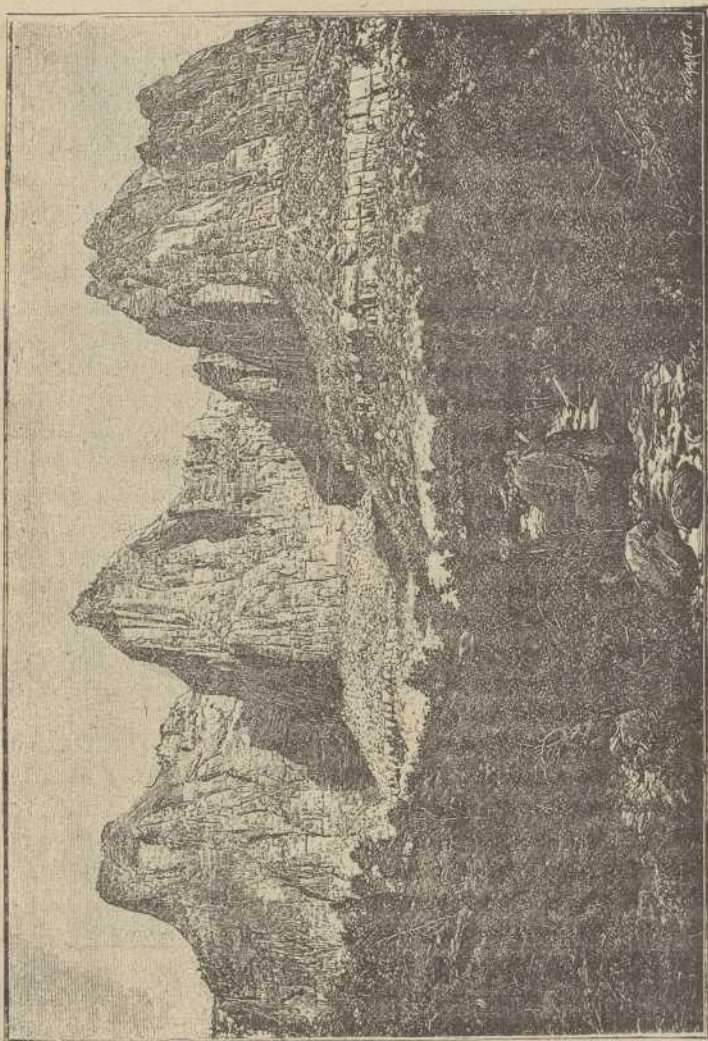
De aquí que estas mesetas valen tanto más cuanto mejor do-



Una garganta de las Montañas Rocosas. (Dibujo de Taylor.)

minan y de más alto al mar. Por bajo de 1.000 metros de altitud reina el desierto, un perfecto Sahara, con diversos nombres locales. De 1.000 á 1.600 ó 1.700 metros, es el semidesierto, que no tiene hierbas abundantes y donde pocos árboles y una escasa maleza, desafían la aridez del suelo y de los cielos.

Por encima de 1.700 metros cada valle, cada barranco, cada planicie recibe del monte algún agua creadora, y si este monte es alto, alimenta un gran oasis. Por esto las mejores de



Paisaje de las Montañas Rocosas. (Dibujó de Girardet.)

estas regiones montañosas son precisamente las más elevadas. La Neva la septentrional, Utah, Wyoming, Colorado, y parte del Nuevo Méjico, son lo mejor de las Montañas Rocosas, mien-

tras que la Nevada meridional, la California del Sur, y el Arizona, no muestran más que desiertos ó semidesiertos.

V

Utah ó meseta de los Mormones.—La Gran Hoya.—Desiertos del Sur.

Entre las mesetas de las Rocosas ninguna tiene tanta celebridad como la de Utah ó de los Mormones

El Utah debe su gran renombre á una especie de visionarios que lo reconocieron y cultivaron después de haber alcanzado la orilla de su lago, tras emigraciones heroicas. Estos son los mormones, gentes oficialmente polígamas, que siguen la doctrina de un revelador moderno, José Smith, á quien unas antiparras llamadas Urim-Thumim permitieron comprender un libro divino, escrito por Dios especialmente para América, en la pseudo-lengua egipcia reformada. ¿José Smith empezó por ser un espíritu vacilante, un soñador de quimeras ó simplemente un impostor? Se ignora; pero acabó por creer en su mentira, en que había sido elegido por Dios, en el egipcio reformado, en las antiparras Urim-Thumim, y predicó sus patrañas con el fervor de un apóstol, sufrió las vejaciones y las persecuciones con la constancia de un mártir, y selló con su sangre su doctrina.

En 1830 reveló su desdichado Evangelio, y en 1844 fué asesinado por la muchedumbre. Dos años después el «Pueblo Elegido» huyendo de los «Gentiles», envió sus primeros colonos hacia el Oeste. Numerosas familias, abandonando la «Tierra de Abominación» pasaron el Mississippi sobre el hielo, con sus 1.200 carros, durante el invierno de 1846; pero no llegaron sino treinta meses después á la orilla del gran lago Salado, en un país que el tratado de Guadalupe-Hidalgo acababa de arrancar á Méjico.

Esta vanguardia de los «Santos del Ultimo Día», como se llaman á sí mismos los mormones, había sufrido cruelmente durante su viaje á través de llanos y montes, por vastos desiertos donde pasaban indios cazadores de cabelleras humanas y ninguna colonia ofrecía á los viajeros la pobre hospitalidad de sus granjas.

Por esto saludaron con júbilo la meseta fría, dura y triste,

que era para ellos la «Tierra Prometida» y donde reinó el carpintero Brigham-Young, á la vez papa ó califa, sultán polígamo, revelador, predicador, profeta, orador, legislador, administrador, agricultor, industrial, hombre de Estado y empresario de teatros.

Han existido y existen aún en las islas británicas, en los países escandinavos, en Finlandia, en Alemania, y en algunas otras naciones, millares de hombres que dan su fe y su vida á esta religión. Con frecuencia, todavía, salen barcos cargados de mormones para América, buenas gentes que creen en esta locura, sin brillo, sin grandeza, sin tradiciones, sin porvenir. Estos nuevos fanáticos, que son 1.500 ó 2.500 por año, según los éxitos de la doctrina, ponen entre ellos y las ciudades pecadoras de su antigua patria, las aguas del Océano, todos los montes Alleghanios, la amplitud entera del Mississippi-Missouri y la rigidez de las montañas Rocosas, para ir á escuchar fabulas infantiles, contadas en inglés gangoso, por los predicadores de la Nueva Jerusalén, y también para hacer allí fortuna, pues, á pesar de su pobreza natural, el Utah, bien gobernado, es activo y próspero. Los mormones son hoy cerca de 200.000

Es un triste país, este Utah, una tierra de arcilla, sin fuentes, que entre los mormones tiene el nombre sagrado de Deseret. Como las lluvias no pueden franquear los montes californianos, este país es estéril en todos los valles donde los canales no traen las aguas vivas de la gran montaña. Manchones de hierba, superficies de sal, á lo lejos sierras, un clima que aun á ras del suelo es extremado y rudo, un gran lago salado, y pequeños lagos amargos, tal era la meseta de Utah antes de serlo de los mormones y de recibir de las manos piadosas de estos polígamos, un adorno de árboles, de cosechas, de praderas y de ciudades.

Antes su aspecto helaba de pavor y desconsuelo á los aventureros que seguían su marcha hacia la dorada California, pues el ferrocarril de Nueva York á San Francisco no existía aún ni en sueños. El frío ó el calor, el hambre, la sed y la fatiga diezaban los convoyes al atravesar este país. Cazadores, transeuntes y mineros eran devorados por el desierto.

El gran Lago Salado ó Lago de los Mormones, á 1.280 metros sobre el nivel del mar, recibe el Jordán, río que sale del lago de Utah, 58 metros más alto, y baña la capital de «los Santos del Último Día». Esta es Great Salt Lake City (1), ciudad de

(1) Es decir, la Gran Ciudad del Lago Salado.

25.000 almas, que agrupa sus casas al pie del «Tabernáculo», indigno monumento que parece una bacia de barbero volcada, y soportada por pilares de asperón rojo.

De este Jordán, del Oso, y de otros tributarios, recibe el Lago Salado por término medio 14 á 15 metros cúbicos por segundo, que la evaporación hace subir al cielo, pues el lago de los Mormones no tiene desagüe. Es mucho más salado que el mismo Océano, mata los pescados que le llevan sus torrentes, y sus aguas son de tal densidad que el nadador puede dormir tendido sobre su superficie. Mucho más vasto en otro tiempo, le quedan 400 kilómetros de contorno y no se sabe bien por qué causas aumenta desde hace unos veinte años, después de haber disminuido durante mucho tiempo. Ocas y patos salvajes, cisnes, gaviotas y pelicanos, pájaros sin cuento, animan sus aguas, de diez metros de profundidad algunas veces, y por término medio, de dos.

Al Oeste del Gran Lago Salado, en el Estado de Nevada, el río Humboldt, de 800 kilómetros de largo, va á perderse en un lago homónimo no aminorado por el tiempo. Ninguna cuenca cerrada de las Rocosas, cuencas que se cuentan por centenares, es tan grande como la de este río. La meseta de los Mormones, el valle de Humboldt, los lagos de la Pirámide, Winnecunca, Carson y Walker, el Tahoe que brilla á 1.890 metros, el del Mono, de 1.968 de alto, y centenares de depresiones menores, reciben el nombre de la Gran Hoya. Su área es de 72 millones de hectáreas. Si en el Norte estas mesetas cerradas ondulan á 1.200, 1.500 y 1.900 metros sobre el nivel del mar, en el Sur huyen en forma de llanuras poco elevadas, y aun inferiores al nivel de los mares. El valle de la Muerte (Death Valley), que es grande como doce departamentos de Francia, está en un lugar más profundo, á 53 metros por debajo del nivel del mar, y sin la Sierra Nevada, el Pacífico sumergiría este fondo, cavado á 500 kilómetros próximamente al Norte de la punta septentrional del golfo de California. En este Mediodía de la Gran Hoya es donde existen más espantosos desiertos; el valle de la Muerte, los desiertos de Ralston, de Mohave, del Colorado, etc.

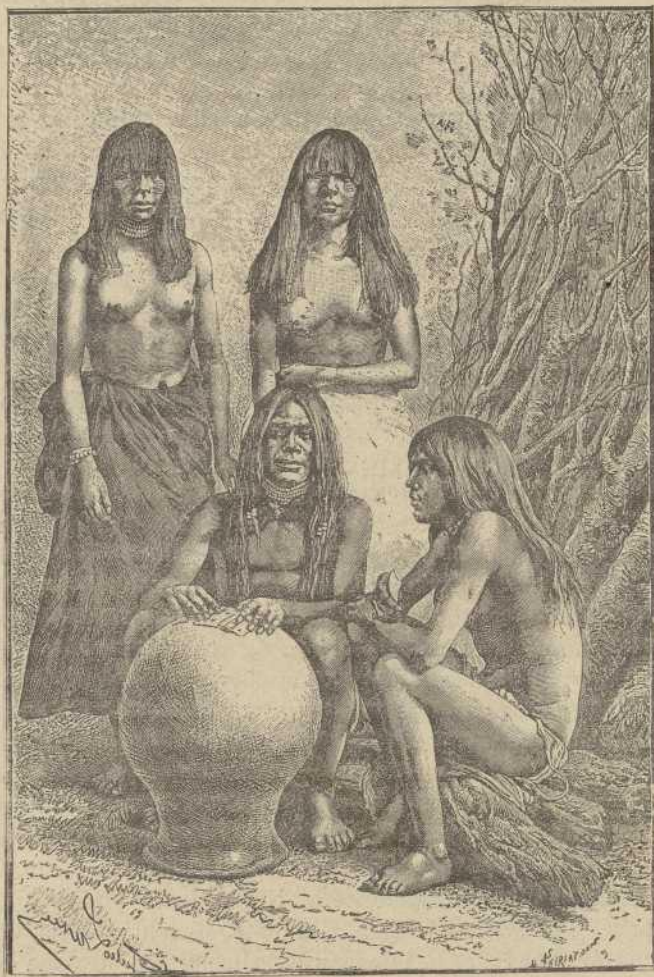
VI

Colorado.—Arizona.—Nuevo Méjico y Tejas.

Al Oriente de las mesetas elevadas que forman el borde de la Gran Hoya, se extiende el Colorado, y al Oriente de los Saharas

meridionales, en la frontera de Méjico, se extienden el Arizona y el Nuevo Méjico, de donde se descende á Tejas.

El Colorado toma su nombre del río Colorado, tributario del



Indios del Arizona. (Dibujo de Travée.)

golfo de California, ó sea del Pacífico, río pobre, que sufre el castigo de unos cielos secos bajo los cuales se tuerce en desfileros los más grandiosamente regulares del mundo. Quizá no arrastra por término medio 100 metros cúbicos por segundo, y

sin embargo, su cuenca (58.200.000 hectáreas) es más grande que muchas naciones de Europa. El cauce, ó cañón por donde corre el Colorado, no tiene menos de 490 kilómetros de largo, entre escarpados á veces de 1.200, 1.500 y aún 1.800 metros de altura, que ciñen el río, hasta el punto de que con frecuencia no tiene más que 30 metros de roca á roca. La altura media de sus paredes es de 900 metros. Los americanos que pasan, con la locomotora á la cabeza, sobre la sima del Niágara, echan sobre la profundidad del Colorado puentes veinte veces más altos que las torres de las catedrales de Europa.

El Estado de Colorado, que por su parte oriental es un llano semidesierto, es al Occidente, en sus altas montañas, un país fresco, provisto de ríos, que ofrece valles al arado y vertientes á los rebaños. Pero en el Arizona y en una buena mitad del Nuevo Méjico, á las puertas del antiguo imperio de Motezuma, y bajo un sol más vertical, el agua falta siempre, pues es rara, y además, está perdida en horrosos y profundos cauces. Ni en Nuevo Méjico, ni en la Tierra de los Cactus (1) se vuelve á encontrar el doble aspecto septentrional y yanqui. El Arizona muestra ruinas de monumentos elevados por los indios anteriores á la conquista española, y el Nuevo Méjico, aunque forma parte de los Estados Unidos, está habitado por católicos castellanófonos.

Este último Estado vierte sus aguas en el río Grande del Norte, tributario del golfo de Méjico, el cual es de profundos cauces como el Colorado, pero con menos alturas en las paredes de sus desfiladeros.

Este Río Grande del Norte saca poca agua de su cuenca, siendo ésta enorme, porque recibe poca lluvia del cielo y se esparce en riegos en una vertiente que sin ellos sería incultivable. Ocurre aquí como en todos los países de origen español que no gozan de aguaceros tropicales, donde hay muchos «Ríos grandes» que son pequeños como los «Oued-el-Kebis» de los árabes. Sin embargo, si la principal corriente de las montañas Rocosas meridionales carece de fuerza y de amplitud, es por su largo curso un semi-Mississipi, pues recorre 2.800 kilómetros, en un país de 62 millones de hectáreas.

En más de una mitad de su longitud, á partir de su desembocadura en el mar, el Río Grande del Norte, separa la República de Méjico del estado de Tejas, antigua provincia mejicana arre-

(1) Traducción de la palabra india Arizona. El país debe ese nombre á sus pitas ó cactus gigantes.

batada á su metrópoli desde hace unos sesenta años, y unida á los Estados Unidos desde hace unos cincuenta. El Tejas cubre 17 á 18 millones de hectáreas, á lo largo del golfo de Méjico, hasta los cipreses de la Luisiana. Al Norte de este Estado, demasiado vasto para no fraccionarse algún día, y en lo que se llaman los Llanos Estacados, galopan los comanches, indios que no quieren obedecer á los blancos, usurpadores de sus tierras. Los Llanos participan de la aridez de todo lo que hay más árido al pie oriental de las Rocosas. Apenas llueve en ellos. Lagunas saladas que no tienen la belleza de los lagos, ningún manantial, lechos de ríos, pero no ríos; ningún árbol, pocos matorrales, y ningún habitante, esto es lo que se ve y lo que no se ve, en esta estepa á 700 á 1.200 metros de altitud, que ha debido su nombre de «Llanos Estacados» á los jalones plantados en las soledades para indicar el camino al viajero suelto ó á la caravana.

Al Norte y al Nordeste de la desembocadura del Río Grande del Norte, hasta la Luisiana, ríos de nombres castellanos, sordamente maltratados por los tejanos de origen inglés que los pronuncian mal, corren á lagunas separadas del mar por cordones de arena. Subiendo por sus orillas se camina ya sobre llanuras, ya sobre colinas y pequeños montes, bajo un cielo cálido, favorable al cultivo del algodón, la caña de azúcar y otras culturas llamadas tropicales ó semitropicales, y por esto el Tejas se puebla con gran rapidez, aunque resulta algo tórrido para los ingleses y alemanes, que son sus colonos más numerosos.

En las Rocosas, las primeras ciudades fueron aglomeraciones de barracas de mineros, en torno de los veneros de plata, de oro y de casi todos los metales. Estas montañas son, por excelencia, una región mineral y minera. El prodigioso filón de plata, el Comstock, en el Estado de Nevada, no lejos del ferrocarril del Pacífico, ha dado 1.620 millones en veinte años. Sus galerías subterráneas tienen ya 400 kilómetros y los extractores, llegados á capas muy profundas, trabajan en ellas á 40, 42 y 45 grados de calor. Es el Sahara, en las entrañas de unos montes que tienen sus cimas coronadas de nieve.

VII

Vertiente del Pacífico.—Colombia ú Oregón

Al Norte del Gran Lago Salado de los Mormones, del Nevada, de sus mesetas lacustres y sus montañas metálicas, las aguas de los torrentes encuentran un camino hacia el mar. El largo río Serpiente (Snake river) las lleva al hermoso río Colombia ú Oregón, una de las aguas más majestuosas del mundo y que unas veces lago y otras torrente, pasa, mudo ó sonoro, entre inmensas rocas, en los sitios llamados las Caídas, las Losas y las Cascadas. En estos tres parajes, el Colombia ó Columbia atraviesa la cordillera litoral por un corredor de 200 kilómetros y en tal angostura las paredes que le oprimen tienen 1.000 metros de alto. Al Sur se eleva el monte Hood (3.726 metros), y al Norte el Saint-Helens (2.972 metros). Orgulloso uno y otro, sin ayudas ni contrafuertes, estos dos antiguos volcanes cubiertos de nieve parecen apagados. Al Norte del Saint-Helens, el Rainier (4.404 metros) soporta hielos eternos.

De las dos ramas que forman este río puro, de 1.000 á 1.200 metros de ancho, la menor es precisamente la que conserva su nombre, el Colombia, procedente de la Colombia inglesa, donde más de una vez se esparce en prolongados lagos. El verdadero río padre, el Snake ó Serpiente, que también se llama Lewis, tiene sus manantiales en el maravilloso país de fuentes ardorosas y surtidores de agua caliente que se llama el «Parque nacional de Yellw-Stone», y corre, como sus afluentes, á grandes saltos por los cauces y fuera de los cauces, en un caos de montes casi siempre de origen volcánico.

Se conceden 77 millones de hectareas á la cuenca de este río soberbio, de 2.000 kilómetros de largo y en cuyas riberas hay cinco Estados: la Colombia inglesa, el Washington, el Oregón, el Idaho y el Wyoming. Pocas regiones valen tanto como estos 770.000 kilómetros cuadrados, que contienen minas de todos los metales, hierbas espesas, bosques de impulso espléndido y sin rival quizás, formados de abetos amarillos, pinos, cedros, y en menor número de encinas y hayas. El poder de estos bosques, que se dicen son iguales en extensión á todos los del resto de los Estados Unidos, se debe al exceso de lluvias en el Noroeste de la Unión americana, y sobre todo en la vertiente occidental de la cordillera de las Cascadas. Llueve de tal modo

en la baja Colombia, al Oeste del Washington y del Oregón, que la ironía popular ha dado el nombre de Palmipedos (Web-foot) á estos ribereños del mar Pacífico.

VIII

Sierra Nevada.—California

Al Occidente del Nevada sube empinadas pendientes el ferrocarril del Pacífico, el cual atraviesa toda la América del Norte, desde Nueva York á San Francisco, aproximando así los dos Océanos, y á la Europa del Extremo Oriente. Esta vía atraviesa todas las Montañas Rocosas por rápidas pendientes, seguidas de bajadas terribles. En los pasos de mayor altura numerosos para-nieves protegen la vía contra el amontonamiento de las escarchas invernales. Una de las estaciones, Shermann, á 2.569 metros, sería la más alta del globo, si no existiesen estaciones mejicanas, y sobre todo peruanas, casi dos veces más elevadas.

Estas montañas que se llaman Sierra Nevada, ocultan á la Gran Hoya los horizontes del Pacífico. Sierra Nevada es una cumbre que las lluvias no pasan casi nunca, para desgracia de las vastas mesetas extendidas al Oriente. Al Occidente revientan las nubes junto á este obstáculo que les cierra el camino del Este. Sobre la poderosa onda del suelo, erizada por todas partes de olas montañosas, la abundancia, ó por lo menos la «suficiencia» de las lluvias, hace la belleza de la California septentrional. El gran bloque de sierras impide que la humedad del Océano se pierda á lo lejos y esta cae ante los picos de la montaña nevada, y desde estos picos va hasta el agua salada que buscan los torrentes. Desde tales cumbres se admira una red de montes, de desfiladeros, de lagos, de bosques en que se elevan los primeros abetos del mundo á 250 pies, y á veces á 400. Pero los californianos, sin amor y sin reverencia por el bosque, padre de nuestros ríos, abaten estos gigantes para ganar dinero, como antaño los normandos aventureros. Quizás muy pronto sólo quedarán los que el Gobierno federal ha confiado á California para que los defienda de toda injuria, declarándolos «Parque nacional», como una de las maravillas del Universo. Este Estado de la California es la joya de la Unión é indudablemente uno de los países de la Tierra que tienen derecho á pretender el laurel de la belleza, especialmente en el

valle en que caen de 100 á 400 y 800 metros las sublimes cascadas de Yosemite. La palma de la riqueza perteneció también durante unos veinte años á este país por las minas de oro que han hecho el nombre de California famoso en toda la redondez del globo.

Sierra Nevada tiene los pasos de sus collados á los mismos niveles que los puertos de los Pirineos, pero sus picos sobrepasan mucho á los de los montes hispano-franceses. El Whitney



Sierra Nevada. (Dibujo de Riom.)

(4.541 metros) sube un poco más alto que las cimas inculminantes medidas hasta el día en las Rocosas del territorio yanqui, las cuales están entre 4.000 y 4.500.

Cerca de las fronteras del Oregón, el cono del volcán Shasta se levanta á 4.401 metros. El pico de Lassen (3.167 metros), otro viejo volcán se reconoce desde lejos por lo rojo de sus rocas (1).

La California no es lluviosa en los 1.200 kilómetros de sus costas ni en sus 41 millones de hectáreas. Cerca de la mitad de esta superficie, es terreno seco, y detrás de las montañas costeras del Sur, llanuras áridas van á terminar en el triste cauce del Colorado.

(1) Pico Blanco (4.409 metros), pico Harvard (4.364 metros), pico Long (4.350 metros), pico Pike (4.312 metros).

IX

Alaska.—Islas Aleutianas.

Desde 1867 los Estados Unidos poseen más allá de la América inglesa el gran país de Alaska, antes ruso. Tienen allí 150 millones de hectáreas de casi ningún valor, completamente al Noroeste del continente, al Norte del grado 55, y sobre todo del 60 grado.

Alaska es la corrupción de una palabra esquimal que quiere decir «gran tierra» ó «continente». En este «bloque de hielo con conchas en el borde del mar» viven unos treinta mil hombres, incluyendo los de las islas adyacentes y el largo archipiélago de las Aleutianas. Únicamente por su situación en el Pacífico, que está caldeada hasta allí por la templada corriente del *Kourousovo* ó Corriente Negra, este país, el más vasto y desheredado de la Unión, es, á pesar de su alta latitud, habitable en la orilla, en las islas y en el valle inferior de ciertos ríos. Montañas de gran tamaño hacen bajar hasta la orilla marítima, campos de hielo en lenta disminución. Tales son los glaciares del Beau-Temps (Fairweather 4.400 metros), y el de Saint-Elie (4.562 metros, ó 5.900?).

Picos y neveras son grandiosos, pero rara vez se alcanza á ver hasta la cima plateada de los montes, pues llueve con perseverancia en el litoral de Alaska, región de nubes sin claros, de soles encubiertos, de fangos profundos que son como un «quinto elemento». Este cielo sombrío no es completamente glacial más que al Norte de la península, en donde el Gran Océano, se convierte en mar de Bering. Sin embargo, aun en el Mediodía es muy dura la vida. En Sitka, la antigua capital rusa de Alaska, situada en la isla Baranoff, el frío llega á 28 grados bajo cero, y el calor no pasa nunca de 20 grados sobre cero. En el interior de Alaska, la temperatura es más cálida en verano, pero en pleno invierno se sufren fríos de 56 grados.

Un majestuosísimo río pasa por este país de largos inviernos y blancas soledades; el Jucón, navegable durante 2.900 kilómetros (más que la longitud del Danubio) y quizá tan poderoso en aguas como el mismo Mississippi. Nacido en la potencia del Canadá, tiene en ella todo su curso superior. Entre los yanquis se hace tan grande, que 10 á 12 kilómetros separan á

veces su orilla derecha de su orilla izquierda, siendo entonces más bien un lago

Las pesquerías de la costa y de los ríos, las minas de la montaña, los abetos, los pinos, los cedros, los abedules, los álamos, los sauces, los alisos de los valles, impedirán que el Alaska permanezca completamente desierto. Los americanos sacan de él todo lo que se puede sacar, pieles de zorra negra y zorra plateada, madera de construcción y para mástiles de barcos, y además pescan ballenas, focas, salmones y bacalaos; pero toda su industria no aumentará los 30 000 hombres que allí luchan contra la inteligencia de su vida, indios, esquimales, aleutianos rusos, mestizos de rusos y de indígenas y yanquis muy poco numerosos.

Al mismo tiempo que Alaska, los yanquis han recibido de los rusos las islas Aleutianas, las cuales, todas juntas, formando un arco de círculo de 2.300 kilómetros y pueden tener 1.700.000 hectáreas. Entre escollos, islotes y rocas aisladas son unas 150, separando el mar de Bering al Norte, del Pacífico al Sur.

Soportan unos treinta volcanes, cimas de una cadena, en parte oculta bajo las ondas amargas, y que va de la península afilada en que termina el Alaska hasta las olas poco distantes de la península de Kamchatka, ó dicho de otro modo, de América á Asia. El mar que las baña, entre los grados 51 y 55 ó 56 de latitud, no carece por completo de calor y por eso las Aleutianas conocen poco la helada, pero la lluvia las moja más de lo que el sol las calienta, y lo mismo que el promontorio americano inmediato, reciben durante estaciones enteras una especie de diluvio tamizado. El trigo no puede madurar allí; los árboles son raros, sauces, álamos, abetos y encinas todos muy pequeños; pero la hierba es hermosa y abundante.

Ounimak y Ounalaska, las islas mayores, se elevan muy al Este del archipiélago, cerca de América y lejos de Asia. En Ounimak, el Pogromski, volcán enfriado, sube á 1.795 metros.

Los aleutinos originariamente esquimales ó de Kamchatka, viven de la pesca, de la caza de la foca y de la captura de una ballena, de tiempo en tiempo, buena suerte que se celebra con un monstruoso festín. Pequeños, pero bien constituidos y muy fuertes, son magníficos barqueros. Nunca se fatigan durante las largas jornadas de la estación de pesca y pasan el invierno en comunidad dentro de las *ouálas*, especie de madrigueras en las que se amontonan tantas familias que el calor

les hace vivir en ellas desnudos. Siempre se ha alabado su dulzura, su bondad, su honradez, su desprecio de la mentira. Han disminuído mucho en número desde la primera aparición de los rusos (1745), los cuales se establecieron como pescadores, negociantes y compradores de pieles. De 10 000 han bajado á 4.500, é insensiblemente hacen sitio á familias de mestizos que hablan ruso hasta hoy. Este largo reguero de islas separadas por anchos canales, no tiene aún nada de «anglo-sajón».

En cuanto á la península de Alaska, sus escasos habitantes no constituyen un grupo étnico aislado; antes bien, son de orígenes muy diversos, y se asocian á poblaciones afines que viven fuera del territorio. Las poblaciones del Norte de Alaska son esquimales, hermanos de los groenlandeses y de los yuit de Siberia, que han emigrado del territorio americano. Los más numerosos son los esquimales. Los Linneth, que viven en los valles del Yukon y de sus afluentes, forman parte de la familia de los «Pielas Rojas», cuyo centro de propagación está en la América inglesa y en los Estados Unidos. Por último, los habitantes de las costas y de los archipiélagos meridionales son, bajo diversos nombres, Zlinkit y Haidas, como los ribereños de la Colombia inglesa.

Los esquimales que parecen menos mezclados de elementos diversos y no han sufrido tanto la influencia de los blancos, viven en grupos errantes á orillas del Océano glacial. Estos indígenas que no pasan de 400 próximamente, disminuyen con rapidez, como la mayoría de los restantes esquimales, á causa de la despoblación que causan en los mares los balleneros americanos. Hay aldeas que han perdido la mitad de sus habitantes desde mediados de siglo. Esparcidas en muchos lugares se ven ruinas de sus viviendas que datan de los tiempos más remotos, ó como dicen los indígenas, de la época en que «el hombre hablaba como el perro». Bien es verdad que la población se halla aún en la edad de la piedra y los esquimales de Punta Barrow no quieren las cerillas, prefiriendo encender el fuego con la frotación de dos maderos.

En ciertas regiones de la costa alaskaña es frecuente matar á los viejos y á los niños durante los períodos de hambre. A la manera de los chukches siberianos, los mismos viejos son de ordinario los que piden que se les dé la muerte; pero se cuida de que no la vean cara á cara. Les dan un cocimiento de nuez vómica y luego les cortan la carótida y los entregan á los perros, que á su vez serán pasto de los naturales.

Los Ingalit, es decir, los «Incomprensibles», aquellos cuya lengua no entienden los esquimales, son los «indios» de Alaska, hermanos de los que viven al Este de las Montañas Rocosas en el Canadá y en los Estados Unidos. Ocupan la cuenca del Yukon, un poco más arriba del delta, y por el lado del Sur llegan al mar entre el golfo de Cook y la desembocadura del río del Cobre.

Los indios, apartados en varios puntos del tráfico con los negociantes rusos y americanos, han conservado sus costum-



Riberas del Athabaska. (Dibujo de Leflle.)

bres primitivas. Llevan pintada la cara; se ciñen la negra cabellera con una corona de plumas, además de ponerse otras á guisa de penacho sobre un mechón embadurnado de arcilla roja; se atraviesan el cartílago de la nariz con un pasador de hueso ó de piedra, y se adornan el vestido de piel con franjas y bujerías de vidrio. El valle del Tanana es acaso la única parte de la América septentrional donde se puede ver aún al Piel Roja tal como apareció á nuestros antecesores en la época de la conquista. En una de las tribus indias del alto Yukon se han conservado usos que recuerdan el tiempo en que las viudas se quemaban en la hoguera de los maridos, como se hacía en la India brahmánica. Cuando el fuego empieza á consumir el cuerpo del esposo, y se levantan las llamas al través de la leña,

la mujer debe abrazar el cadáver y dejarse quemar el pelo: luego ha de adelantar las manos en medio de las llamas con riesgo de su vida, y tocar el pecho del marido. En recompensa, se colocan las cenizas en una bolsita que lleva ella colgada al cuello durante dos años.

Una de las tribus más originales y más numerosas es la de los Kinai ú «Hombres», que viven en la península, al Oriente del cuerno de Alaska. Entre estos alaskueños del Noroeste, los sacerdotes, especie de chamanes como los de los samoyedos, son los personajes más respetados de la tribu, pero no conquistan este respeto más que á costa de un trabajo incesante, porque á cada paso tienen que recitar cantos, y cada vez los ha de inventar nuevos para sorprender á los genios y hacerlos propicios. El más venerado de los seres superiores es la constelación del «Carro», que se considera como el abuelo de la raza. Al cuervo se le reverencia como padre: él es el que ha robado los peces del Carro, y se los ha dado al hombre. Todos los mitos de la nación gravitan alrededor de esta divinidad. Las olas, las islas, las rocas, la naturaleza entera está poblada de genios, á quienes es menester implorar para el éxito de las empresas, pesca, navegación, caza ó viaje. Kluch es el «gran señor de las cimas». Se le ofrecen plumas de águila, peces y acéite de foca para que le sea propicia la futura caza, y para merecer sus favores, el cazador se preocupa mucho del esmero personal, perfumándose con una raíz olorosa para purificarse de los malos olores del pescado. A fin de agradar al animal que va á matar, se pinta, y hace que doncellas jóvenes, vestidas de gala, le preparen el unto con que se cubre. Cada uno de sus movimientos durante la caza está sometido á reglas precisas. Por lo común guardan profundo silencio que á veces se interrumpe para entonar un canto sagrado en honor del señor invisible, pero siempre presente.

Los Zlinkit ú «Hombres», que son quizás de 7.000 á 8.000, y que tal vez fueron 20.000, se subdividen en un gran número de tribus según las islas ó los valles que habitan.

Los Haidas del archipiélago de la Reina Carlota están representados también en el Sur de Alaska. Todos estos indígenas se asemejan en lo pronunciado de las facciones: no tienen la cara aplastada del esquimal, y á muchos viajeros, les ha llamado la atención la fisonomía israelita de los Koloch. Con su manta de lana echada á la espalda, el zlinkit no parece sentir ni el viento, ni la lluvia, ni el frío y si se encuentra aterido, se

desnuda y se sienta algunos minutos en el agua. Es bastante común la lepra entre los isleños que se alimentan de pescado, y á algunos los desfigura de tal modo, que su cara nada conserva de humano.

Las cabañas de los zlinkit, agrupadas en aldeas á que se da el nombre español de *rancherías*, no tienen ya nada de la guarida semi-subterránea del esquimal. Edificadas en un país de bosques, que proporciona en abundancia madera sólida, elástica y durable, las moradas de los zlinkit son amplias casas donde los indígenas tienen sus útiles y provisiones. Decoran la triangular fachada complicadas esculturas que cuentan al iniciado la historia de la familia. Además, en otro tiempo, delante de las casas, había un ó dos pilares de madera de 10 á 15 metros de altura, cincelados de arriba abajo, representando animales, figuras humanas y diversos objetos.

X

Los yanquis.—Los inmigrantes.

En el mundo yanqui, como en la España del tiempo de los descubrimientos, el sol jamás se apaga. Cuando el astro se oculta en los lagos forestales del Maine, sale en las Montañas, detrás del velo de la niebla. Tal es la patria, magníficamente diversa, de un pueblo cuya precoz adolescencia, su frenético apresuramiento, y su actividad sin límites, no han tenido igual en la historia. En 1701 el territorio colonizado por los ingleses contenía 232 000 habitantes; en 1749 más de un millón; 3 millones en 1775; 4 millones en 1790; más de 5 millones en 1800; más de 7 en 1810; cerca de 10 en 1820; cerca de 13 en 1830; 17 en 1840; 23 en 1850; cerca de 32 en 1860; cerca de 39 en 1870; 50 millones y medio en 1880, y ahora la nación de los «americanos» crece de un millón á millón y medio de personas al año, por nacimientos y por inmigración, estando ya en los 80 millones.

Crece por los nacimientos, porque el clima, sano casi en todas partes, aunque duro y excesivo en frío y en calor, conviene á los europeos de todas las zonas; porque los colonos tienen ante ellos inmensos horizontes de tierras sin dueños, y en frente de un suelo vacante, los hijos, son la riqueza de la familia.

Crece por la inmigración, porque la mayor parte de los

«cansados de Europa» eligen desde hace sesenta años la región de los yanquis. Buscan realizar allí sus sueños de fortuna, en lo cual ciertamente eligen bien, y algunos buscan al ir á este país, realizar sus sueños de justicia, de fraternidad y de idealismo, en lo cual se equivocan tristemente.

Desde el primer año de su independencia hasta 1820, la Unión recibió á lo más 250.000 hombres. De 1820 á 1830, la avalancha aumentó y más aún después de la gran carestía de Irlanda (1847) y de las revoluciones europeas de 1848.

El año 1830 vió llegar 23.000 personas; en 1840, los yanquis absorbieron 84.000 personas, y 370.000 en 1850. Luego, según los años, 200.000, 300.000, 500.000 y hasta cerca de 800.000.

Ingleses é irlandeses fueron por mucho tiempo los únicos inmigrantes, pero hoy todas las naciones de la tierra toman parte en esa invasión. Mueve más gente la emigración á los Estados Unidos que en otro tiempo la invasión de los bárbaros que derribaron á Roma y su imperio universal. Y sin embargo, los Estados Unidos son un país ya casi «viejo», con ciudades enormes, y esparcidos por todos lados el amontonamiento, el proletariado, la miseria, las huelgas, la industria desenfrenada, los sufrimientos sin nombre. Abusan de todo, de su suelo, de sus bosques que fueron espléndidos, de sus minas, de todos los metales, de los europeos y de ellos mismos. Han especulado demasiado con todas sus riquezas y la edad de oro de este pueblo terminó ya.

A la cabeza de esta inmigración, que se precipita casi toda sobre Nueva York, llegan los hombres de las islas británicas. A pesar de la inmensidad del Imperio Británico, del clima sano del Canadá, del calor saludable y los diamantes del Cabo, del oro de Australia y la belleza de la Nueva Zelanda, ingleses, escoceses é irlandeses, tanto los sajones como los celtas del archipiélago «imperial», se expatrian con preferencia á los Estados Unidos. Puede decirse que condados enteros de Irlanda han ido á engolfarse en los Estados Unidos, disminuyendo en su patria el dominio de la vieja lengua nacional para aumentar, al otro lado de los mares, el idioma de los ingleses, dueños detestados. No hay en todo el territorio yanqui más que una iglesia en la que se predique el viejo idioma *erse*.

Luego vienen los alemanes, menos numerosos que los irlandeses, pero mucho más numerosos que los demás emigrantes europeos. De 1820 hasta nuestros días la Germania ha perdido cerca de 7 millones de teutones en el abismo americano. El

archipiélago inglés por su parte tiene en la Unión más de 8 millones de hijos suyos, Francia sólo ha sumergido en la sima americana a 0.000 franceses. Emigra mucho menos que Escandinavia y apenas tanto como Suiza, pero centenares de miles de canadienses franceses han ido á establecerse en las ciudades manufactureras del Este ó en los amplios campos del Oeste, y, dicho sea en su alabanza, resisten mejor al yanquismo poderoso y brutal. Los alemanes, se dejan aniquilar desde la primera ó segunda generación. No [han seguido siendo ellos mismos, más que en un rincón de Pennsylvania, entre Delaware y Susquehama. Allí llenan condados enteros donde han conservado sus costumbres, sus tradiciones, y aun su lengua, si es que se puede llamar alemán un idioma bastardo infiltrado de inglés. En el resto de los Estados Unidos se han convertido en perfectos yanquis,

Después de estos «Deutsch», vienen los escandinavos, suecos, noruegos, daneses, y aun irlandeses, arrastrados en grandes masas, desde hace algunos años hacia las praderas del gran Oeste, en Michigan, Wisconsin, Minnesota, etc.

Luego son los suizos de los tres idiomas, los austriacos de diez lenguas, holandeses, belgas, italianos, portugueses, polacos, rusos, mejicanos, americanos del Sur, maronitas y otros árabes del Líbano, etc., etc., los que llenan esta gran amalgama de pueblos.

La inmigración china, que se creía amenazadora, ha sido entorpecida, y detenida por fuerza. En ciertos Estados la mujer china tiene prohibida la entrada y esto ha detenido el peligro invasor de este pueblo asombrosamente prolífico.

XI

¿Qué son los yanquis? ¿Qué hacen con los indios? Los negros.

Muchas veces vive el hombre cuando la cosa ha muerto ya. Los ingleses son siempre tratados de raza «anglo-sajona, con un increíble desprecio para los elementos precélticos, célticos, escandinavos, flamencos, franceses, valones y otros tantos que han entrado en la sangre inglesa. Como los colonos de los Estados Unidos vinieron de Inglaterra se llama «anglo-sajones» al pueblo hiperhíbrido que trastorna con su impaciencia la América del Norte.

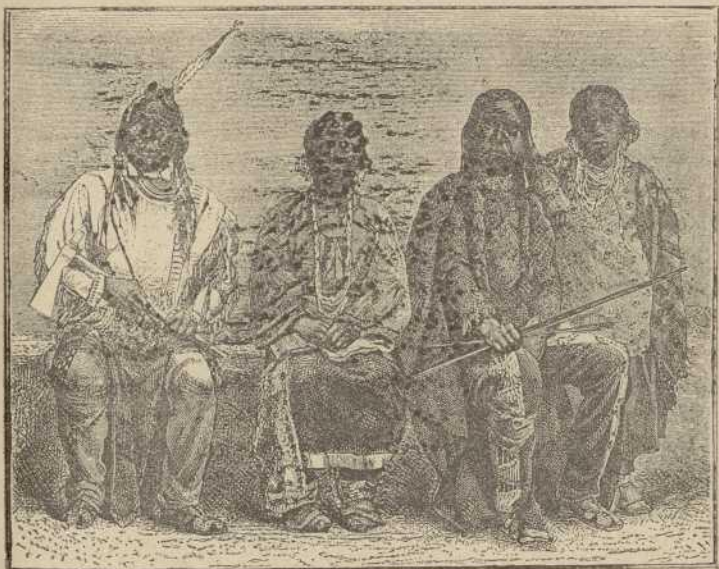
¿Quién puede decir hasta qué grado ese nombre es hoy falso, después de los millones de alemanes, irlandeses, escandinavos, franceses y franco-canadienses, neo-latinos, eslavos, chinos, gentes de todo aspecto y toda patria, cuya sangre se ha mezclado á la de las primeras familias inglesas? De diez buques que abordan á los Estados Unidos hay nueve que al soltar sus pasajeros en el muelle vienen á aumentar la anarquía de razas que reina en este país. Uno trae celtas, otro germanos, otro tcheques, judíos, alemanes ó poloneses, menonitas, germanorussos, etc. Este desembarca franceses ó italianos ó portugueses de las Azores; aquél húngaros ó eslovacos. Y todo esto se abisma en la nación de los yanquis, profunda como el mar, y que recibe como él, ríos sin cuento, ninguno de los cuales se parece al otro.

En ese continuo movimiento de elementos diversos, bajo cielos que, aunque templados no son los de Europa, el antiguo tipo inglés de los fundadores de la Unión se ha transformado ya. Los americanos se distinguen ahora de los ingleses en una multitud de caracteres; delgadez y sequedad del cuerpo, longitud de los huesos, estrechez del rostro y de la frente, nerviosidad, loca actividad, apresuramiento impaciente, voz gangosa, dientes que caen pronto. Quizá los antropólogos, etnólogos y demás doctores, han sacado estas conclusiones con precipitación, pero ya no puede negarse una cosa: la infecundidad de las familias yanquis establecidas en el suelo desde hace cien, doscientos, ó doscientos cincuenta años. Los hijos son raros en la Nueva Inglaterra, en el país de los «Padres Peregrinos» cuya posteridad pareció al pronto que sería igual en número á las arenas del mar, según la expresión del libro en que los puritanos buscaban su consuelo durante la prueba. Sea por decadencia, ó sea por cálculo, la vida no repararía ya los desgastes de la muerte si estos viejos Estados no recibiesen á montones, en sus ciudades de comercio ó de industria, á los irlandeses, ingleses, alemanes y franco-canadienses, tan fecundos, como estériles han llegado á ser los yanquis.

Cualquiera que sea esta raza procedente de todas las naciones de Europa, con algún elemento indio y negro, cualquier nombre que merezca ó que se le dé, se distingue entre todas por su espíritu práctico, su rapidez de ejecución, su prisa por gozar, su actividad devoradora. «Entre nosotros—dicen ellos—, Dios no habría descansado el séptimo día.» Ningun pueblo entiendo tan bien la vida práctica, ninguno inventa tantas má-

quinas ingeniosas, ninguno hace tan pronto ferrocarriles, ninguno remueve más el suelo por encima y por debajo.

Mientras los yanquis y el medio millón ó el millón de europeos que les llegan todos los años, dan el espectáculo de grandes bosques cortados en algunos días, largos ferrocarriles establecidos en algunas semanas, y ruidosas ciudades construídas en algunos meses, los antiguos dueños del suelo, los indios, desaparecen. Huyen ante el cultivo; los campos reempla-



Indios Sioux. (Dibujo de Gilbert.)

zan al bosque y la pradera; el bison desaparece; los pescados de los ríos mueren ahogados por los residuos de las fábricas, y el indio sigue en su huida á las bestias cuya carne le mantiene, cuya piel le cubre y le calza. Algunas veces, las tribus se indignan de ser arrojadas del suelo de sus antepasados. Su cólera estalla, empieza la guerra y dura mucho tiempo. Los indios caen de repente, como una nube, sobre una aldea, un pueblo, una granja ó un convoy; se llevan caballos, rebaños, mujeres, y después huyen con cabelleras arrancadas á la cabeza de los blancos, vivos ó muertos, y estos vergonzosos trofeos son el adorno de su *wigwam* (1), el monumento de su valor, la gloria

(1) Palabra india que significa choza.

de su familia, el ejemplo de los jóvenes guerreros de la tribu. A su vez, los blancos los matan como se mata al lobo, la serpiente ó el topo, sin remordimientos, con alegría, acuchillándo-



Orillas del Ontavio. (Dibujo de Dargent.)

los por familias enteras. ¿Qué pueden algunos centenares de Pielas Rojas contra soldados blancos que tienen detrás de sí á ochenta millones de cómplices, á la Europa y á toda la fuerza de la civilización?

No se sabe cuántos indios vivían hace 250 años en el territorio de los Estados Unidos. Las suposiciones varían mucho, entre 680.000 y 5 millones. El número de los indios cazadores podía ser de 500.000. El de los agricultores, seminolas, alibamons, etc., no está fijado en los documentos españoles de la primera conquista. Siendo hoy unos 300.000, parecen haber llegado á la estabilidad, si es que no aumentan algo, á pesar de tantos enemigos. La miseria, la huida del bisonte, el hambre, el frío, la rabia de verse despojados, la desesperación, el áspero sentimiento de su debilidad, el fusil de los expoliadores, el aguardiente, la viruela y la sífilis, son sus terribles enemigos. La nación más numerosa, la de los sioux, no comprende más que 30.000 hombres repartidos en muchas tribus. Los indios más terribles, los apaches, los comanches, y los navajos, matan aún blancos en Tejas, Arizona y en todo el camino que conduce á Méjico.

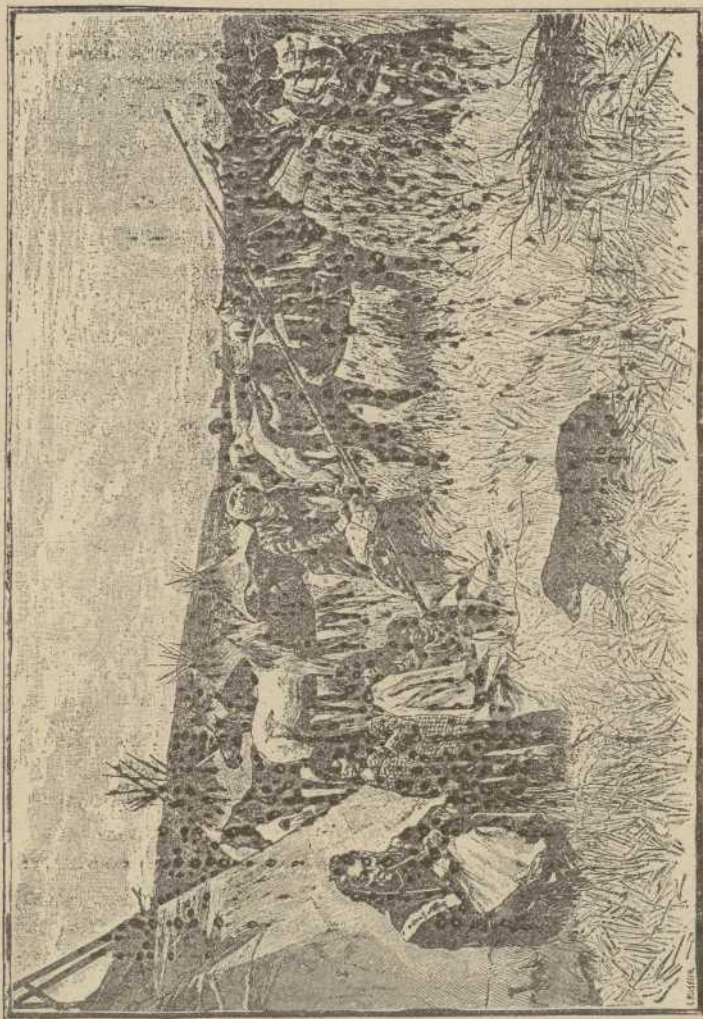
Estos indios no se parecen todos á los héroes de las novelas de Cooper y otros escritores que tanto nos encantaron en la infancia. La mayoría de sus tribus fueron siempre cazadoras. Correr el bisonte, matar ó morir, arrostrar los tormentos sin bajar la mirada, sin cambiar la voz y sin variar de actitud, esto y la prudencia en el consejo hacían de ellos el perfecto indio. Pero otras naciones preferían el cultivo de la tierra á la emboscada. Así fué un pueblo de la Florida, los nahuatl, que fundaron en Méjico la nación civilizada destruída por Hernán Cortés. Más tarde los primeros españoles que exploraron el Sur de los Estados Unidos encontraron indios adictos á la gleba; y aun hoy, sin las matanzas de la última guerra civil, habría en la Unión 60.000 pieles rojas sedentarios, con sus escuelas, sus periódicos en sus lenguas, y también sus esclavos negros, pues hasta la catástrofe llamada guerra de Secesión, los indios poseían algunos millones de negros, á los que trataban duramente, á lo salvaje.

No todas las tribus están entregadas á sí mismas, errantes ó habitando donde les parece mejor en las inmensidades aún desiertas de los Estados Unidos. Para sujetar á los indios, al mismo tiempo que para salvarlos, si es posible, el Gobierno ha reunido á los más civilizados en un país que les ha asignado especialmente, el llamado Territorio Indio.

El Territorio Indio tiene 17.500.000 hectáreas. En él, entre Kansas, Nuevo Méjico, Tejas, Arkansas y Misouri, en las orillas del Arkansas, de la Canadesa y del Río Rojo del Sur, viven



50.000 indios al lado de 10.000 negros y de 5 000 blancos, introducidos por matrimonios ó por adopción en las diversas naciones indias. Estos 50.000 indios comprenden tribus poco some-



Una reserva de indios. (Dibujo de Pavix.)

tidas aún, comanches, osajes, cheyennes, arrapahoes, hablando cada una su idioma, pero han adoptado todas el comanche como lengua general. En cuanto á las tribus civilizadas tchirokies, seminolas, cris, tchoctaus y tchikasans, forman un

pequeño pueblo de unos 30.000 hombres pacíficos, de los cuales, lo menos 15.000 hablan inglés al mismo tiempo que sus lenguas nacionales.

Puede temerse que un día, quizá poco distante, esta «Reserva de indios» caiga en las manos groseras de los colonos y que los débiles restos de los antiguos dueños de América sean arrojados hacia algún suelo sin ferrocarriles, sin caminos aun, sin labradores y sin tenderos, ó sean por lo menos ahogados en un mar de yanquis y de europeos. Además del Territorio Indio, un gran número de «Reservas» están diseminadas en diversos Estados de la Unión, aún más amenazadas que aquél de una próxima invasión de los aventureros blancos. Los juramentos sagrados, los convenios sellados y articulados, no los salvarán mejor que lo que un tratado solemne salvó á los tchirokies entre 1830 y 1840. Esta tribu, que casi se había duplicado en diez y seis años, pues de 10.000 había llegado á 18.000, vivía muy pacíficamente en un rincón de la Georgia cuando fué despojada del suelo que estipulaciones inviolables le aseguraban á perpetuidad, y deportada en 1839 y 1840 á ese Territorio Indio en que no viven más que naciones expoliadas y engañadas.

Los negros, importados de Africa con todas las crueldades de la trata, para cultivar las plantaciones, principalmente las algodonerías, han quedado libres después de la guerra civil que cubrió de cementerios más de un campo idílico, alrededor de Washington, Richmond, Atlanta, en el Maryland, Virginia, las Carolinas, la Georgia, Tennessee, Alabama, Luisiana, en los Alleghanios y hasta sobre el Missisipi, que baña ahora, montículos trágicos en Memphis y en Vicksburg. Los Estados del Norte, abolicionistas, vencieron á los Estados del Sur, partidarios de la esclavitud.

Desde entonces los negros y mulatos, á los que se predecía una ruina rápida, una desaparición pronta, han aumentado, por el contrario, singularmente. De 4.441.000 que eran en 1860, antes de las tragedias de la guerra de Secesión, han subido á 4.800.000 en 1870; á 6.581.000 en 1880; á 7.560.000, en 1891, y hoy son 9 millones, de donde resulta que el «buen negro» no será jamás extirpado de la mitad meridional del Nuevo Mundo, como se había pretendido. Aumentan por sus propias fuerzas, sin ser incesantemente aumentados, como los blancos, por la inmigración. El cielo del Mediodía sonríe con indulgencia á su nueva libertad; resisten más que los blancos

los miasmas de las tierras bajas, y desafían mejor la fiebre amarilla, «ese rey de los espantos» para el europeo, bien sea del Sur ó del Norte. Están casi todos agrupados en el país comprendido entre el Atlántico, Washington, San Luis del Missouri y la embocadura del río grande del Norte. Tienden evidentemente, á concentrarse en el Sur y Sudoeste de la Unión, en la Luisiana, el Mississippi, el Alabama, la Florida y la Carolina del Sur, que es un Estado que no tiene más que siete blancos por cada diez negros. Estos países poseen vastos pantanos y el negro vive feliz, robusto y activo en las turbas calientes, como el pastor en su montaña. Los yanquis tienen una insuperable repulsión hacia los negros y horror por sus alianzas. Sin embargo, hay muchos más de 500.000 mulatos en los Estados Unidos.

Cuatrocientos mil africanos, vendidos hasta 1808, año en que cesó la importación, han dado nacimiento á todas las familias negras de la República. El odio de raza es latente. Basta cualquier desmán de un negro en las ciudades de la Unión, para que al momento se armen los blancos con sus rifles y los fusilen en las calles, si es que no los ahorcan con las fórmulas jurídicas populares de la ley de Lynch.

XII

Lenguas.—Religiones.

El inglés es en todo el país lengua nacional.

Los negros lo hablan, á lo negro naturalmente, con una dislocación de palabras y una sintaxis infantil. Muchos indios lo conocen. Los blancos se sirven de él exclusivamente ó junto con susidiomas maternos. El alemán reina aún en cantones, aldeas y barrios de las grandes ciudades. En una parte de la Pennsylvania se habla una jerga cómica, en la que el alemán se mezcla con el inglés. Lo mismo las lenguas escandinavas resuenan entre los colonos suecos, daneses y noruegos del gran Oeste. El francés se habla en las colonias franco-canadienses poco distantes de la provincia de Quebec, en el Norte del Maine, del New-Hampshire, del Vermont, del Nueva York; y en numerosos pueblos canadienses, franceses, entre los belgas, valones y suizos, *romanos* del Far-West, sobre todo en el Illinois, el Wisconsin, Michigan, Minnesota, Dacota, y en fin en la Luisiana, que fué de Francia y en donde los habitantes, es-

pecialmente 50.000 en Nueva Orleans, conservan siempre el francés como lengua materna. El español se habla en diez condados del Nuevo Méjico sobre trece, y en varios distritos del Arizona y del Tejas.

Ninguna de estas lenguas parece capaz de resistir mucho tiempo á la presión del inglés, que es el habla de la inmensa mayoría y el lazo de los negocios, en un país en donde los negocios lo son todo. Unicamente los españoles vecinos á Méjico y los canadienses vecinos al Canadá, tienen esperanza de resistir y sobrevivir. Los germanos son ciertamente mucho más numerosos que los «galos» y los «castellanos». Se supone que hay lo menos 6 ó 7 millones de germanófonos en los Estados Unidos, pero se asimilan muy pronto [á la masa anglofóna, desde la segunda, y con frecuencia, desde la primera generación, y pierden fácilmente el origen de raza y el idioma.

El protestantismo domina la Unión, aunque bajo un centenar de formas. Con frecuencia el país asiste á conversiones en masa al cristianismo. Por los irlandeses, los franco-canadienses, los franceses, los españoles, los italianos y los habitantes de los territorios que fueron de Méjico, la religión romana la profesan unos 10 millones de hombres. Hay que reconocer que hace grandes progresos en los Estados Unidos, y que convierte más gentes entre los protestantes que éstos entre los católicos.

XIII

Estados y territorios.

Los Estados Unidos comprenden los siguientes Estados y territorios:

Un distrito federal llamado Colombia, pequeño país de 18.100 hectáreas, y más de 300.000 habitantes alrededor de Washington, capital general de todos los Estados de la bandera estrellada (1). La bandera de la Unión está sembrada de estrellas, una por Estado.

Cuarenta y cuatro Estados, soberanos en sí, pero dependientes del Congreso de Washington para los asuntos comunes.

Cuatro territorios en espera de tener bastantes habitantes para ser admitidos á la categoría de Estados; y además el Terri-

(1) Star spangled banner.

torio Indio, y el Alaska, separado del resto de la Unión y que es una conquista y una colonia: conquista á fuerza de dinero; colonia sin colonos.

Los 44 Estados difieren mucho en extensión, en población y en riqueza. El Tejas tiene cerca de 69 millones de hectáreas, la California, 41 millones; el Nevada, cerca de 29 millones; Colorado, cerca de 29; el Oregón, cerca de 25, mientras que el Rhode-Island no cubre más que 323.700 hectáreas; el Delaware 530.900; el Connecticut, 1.292.500; Nueva Jersey, 2.024.000 y el Massachussets, 2.134.000.

Si Nueva York tiene más de 6 millones de almas, Penssylvania más de 5 millones, y si muchos Estados pasan de 3 ó de 4 millones, algunos no tienen 5.00.000 almas ó solamente 100.000 y aun 50.000.

Excepto los países anteriores á la declaración de la independencia, los de la primera colonización y los que han empezado su historia y dirigido por mucho tiempo los destinos del futuro «pueblo gigante», los demás han sido cortados al azar, por inmensas líneas rectas, siguiendo las longitudes y las latitudes, sin atención á los climas, á los terrenos y á las unidades geográficas.

No tienen casi nada de histórico. Grandes, ricos, insolentemente prósperos, usando y abusando de su juventud, no han vivido, sin embargo, aún.

No es la naturaleza quien los ha hecho, ni el hombre con sus pasiones, sus tragedias y su sangre, sino el agrimensor, el administrador y, por encima de ellos, el poder de los decretos. Lo que ha vivido, y lo que ha sufrido en este país, es la Nueva-Inglaterra, Virginia, la Carolina, la Georgia y Luisiana.

Los cuatro territorios, que todos son grandes como naciones de Europa, no tienen aún sino una población muy disminuada.

XIV

Estados y ciudades.

No pasa día sin que una ciudad nueva se funde en los Estados Unidos y de las ciudades cuyos nombres son hoy aún desconocidos, más de una, dentro de cincuenta años, será mucho mayor que las grandes capitales europeas.

Más de una también, muerta antes de haber verdadera-

mente nacido, «salta en el aire», como dicen los americanos, es decir, desaparece y algunas veces en el mismo año de su fundación. Se había formado cerca de un depósito ó de un almacén de ferrocarril, sobre un suelo aurífero ó que se suponía tal, sobre un terreno alabado por la empresa especuladora, y después, al resultar farsas las esperanzas ó agotarse los recursos naturales, la población desaparece con tanta rapidez como se creó.

Los americanos tienen la manía de dar á sus más pequeñas aldeas los nombres más retumbantes de la historia; y uno de sus condados, el de Onondaga, en el Estado de Nueva York, encierra las ciudades ó aldeas de Bruto, Aníbal, Escipión, Lisandro, Cicerón, Ulises, Ovidio, Milton, Rómulo, Héctor, Virgilio, Locke, Solón, Galileo, Homero, Catón, Manlio, y así las demás.

Muchas ciudades han recibido pomposos nombres, como Napoleón, Marathón, Sófocles, Memphis, Nínive, Ecbatana, Persépolis, Atenas, Roma, París, Golconda, Gold ó Silver City (la ciudad del oro, de la plata); y otras veces llevan el nombre más que vulgar del mismo especulador que las fundó.

Logs ó casas de tablas, cafetines, garitos, moradas impuras, hoteles y bancos, forman una futura metrópoli, una ciudad que debe ser la *Nueva Chicago* y que crece bruscamente, desmesuradamente, con elementos de los más mezclados del mundo; hasta que de repente el ferrocarril ha llevado más lejos sus rieles, su depósito, su estación final; la mina de oro ó de plata que justificaba la existencia de la población se extingue, si es que realmente ha existido, y los *logs* toman entonces el camino de otra Babilonia, ó se quedan para pudrirse en la soledad, y los mineros corren en bandadas hacia otro Eldorado mientras la *Nueva Chicago* «salta en el aire».

En los Estados Unidos todo es apresurado, calenturiento, prodigioso, enorme, sin la santa consagración del tiempo.

Las ciudades nuevas, de enorme población, son numerosísimas, pero la ciudad más vieja de la Unión, San Agustín de la Florida, que es la Niza de los yanquis y data de 1564, no tiene más de 2.000 almas. Esta ciudad fué una fundación de España.

Al describir los Estados ó ciudades de esta monstruosa República, hay que agruparlos con arreglo á sus divisiones geográficas.

XV

Estados y ciudades de la vertiente Atlántica.

Los Estados de la vertiente Atlántica, son Maine, New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode-Island, Connecticut, New-York, New-Jersey, Pennsylvania, Maryland, Delaware, Distrito Federal ó Colombia, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia y Florida.

La población del Maine no es de las que más han aumentado en el prodigioso crecimiento de los Estados Unidos. Todas sus poblaciones del interior se parecen. Se componen de casas de madera, por ser el país abundantísimo en bosques y estar todas las corrientes de agua esclavizadas á las ruedas de grandes aserraderos que surten de tablones y vigas á las ciudades de la Union. El Puerto de Bangor es muy visitado por la marina mercante norteamericana que carga madera en él.

Augusta, la capital del Maine, es una de las poblaciones pequeñas pero alegres de esta Nueva Inglaterra. En realidad no tiene más que una calle, con casas juntas donde están establecido los comercios. El resto de la ciudad, consta de viviendas esparcidas, entre grupos de árboles, en los bordes del río, ó en las colinas inmediatas.

Junto al río Androscoggin, está la ciudad más populosa. Lewiston, grupo manufacturero, el más rico de la Nueva Inglaterra. Portland, la verdadera capital del Maine, está junto á la bahía de Casco que es el mejor puerto natural de los Estados Unidos en el Atlántico, y sostiene un gran comercio con el Canadá.

El Estado de New-Hampshire, que lleva aún el nombre de un condado de Inglaterra, no toca al mar más que por uno de sus ángulos. Sus principales ciudades son Manchester, Nashua, Concord, Dover y Portsmouth. La capital es Concord, la antigua población india de Penacook, ciudad manufacturera. Manchester tiene cierta celebridad por sus tejidos de algodón, pero no llega, ni con mucho, á la ciudad inglesa de la que ha tomado el nombre.

El Estado de Vermont, aunque muy rico en cascadas y rápidos que proporcionan gran fuerza motriz, no tiene mucha industria. Es más bien un país agrícola y de grandes pastos. Su población, por esto mismo, está diseminada en los campos, y

sus ciudades son pocas y pequeñas. Estos pueblos, más bien que ciudades, son Burlington, Rutland, Montpelier (la capital del Estado) y Vergennes.

El Estado de Massachusetts es mucho más importante y uno de los primeros de la Unión, especialmente por los hombres notables que han salido de él. De los 14.000 americanos clasificados como notables en su diccionario de celebridades, cerca de 3.000 ó sea la quinta parte, proceden del Massachusetts.

Enclavada en este Estado se halla la importantísima ciudad de Boston con un millón de habitantes, y los otros grupos de población notables y muy prósperos son Worcester, Lowell, Fall River, Lynn, Springfield, Lawrence, New-Bedford, Holyoke, Salem, Haverhill, Brockton, Taunton, Slonchester, Fitchburg, Pittsfield, Luincy, North Adams, Northanyston, Chicopee, Newburyport y Marblehead.

Boston es la metrópoli de Nueva Inglaterra. En realidad se compone de diversas ciudades, separadas unas de otras por brazos de mar. La primera de estas ciudades comenzó en 1625 por la cabaña de un emigrante que no quería «obispos ni hermanos puritanos por señores». Pero la llegada de estos hermanos le hizo huir más lejos y éstos establecieron las primeras casas de la ciudad de Boston, en una península de la bahía del Massachusetts, que una lengua de arena une al continente. La ciudad actual es treinta ó cuarenta veces más grande que el islote originario, pues tiene unos diez y nueve kilómetros. Boston es la cuarta ciudad de los Estados Unidos y aunque inferior en población á Nueva York, Chicago y Filadelfia, las supera por su influencia en las costumbres, la iniciativa política y social, y la actividad literaria y artística. Por todas partes, cuando se llega á Boston, se ve la enorme cúpula dorada del Palacio del Estado que se eleva en lo más alto del islote, cuna de la ciudad, y es el mejor observatorio para contemplar el conjunto de poblaciones diversas que forman la gran metrópoli y la enorme bahía con sus navíos innumerables y su archipiélago de islotes. El *Common*, una pradera de veinte hectáreas en las pendientes de la colina que corona el Palacio del Estado, es la plaza famosa donde se ha desarrollado casi toda la historia del antiguo Boston, sus degollaciones en masa de indios prisioneros y hasta sus quemás de brujas como en Europa. También en este prado comunal se inició el movimiento de insurrección é independencia contra Inglaterra. Boston tiene una Universi-

dad; pero la que da una fama universal al Massachusetts, es la Universidad de la inmediata población de Cambridge, centro llamado Harvard College en memoria de un personaje rico que ayudó á su fundación en 1638. Su observatorio astronómico es uno de los mejores que se conocen.

El Estado más pequeño de la Unión americana, es Rhode Island, pero á pesar de la exigüidad de su territorio, figura en primer rango por la densidad de su población y el valor proporcional de sus productos.

Las poblaciones de Rhode-Island son en realidad grupos de fábricas, lo que hace que el suelo permanezca casi sin cultivo. Todos los brazos se dedican á la industria. La ciudad de Pawtucket, su capital, es el primer centro de hilados de los Estados Unidos. También tiene una importancia casi igual la inmediata ciudad de Providencia casi englobada en aquélla. Más de medio millón de hombres trabajan en estas dos ciudades, y en Newport segunda capital del Estado, así como en la ciudad de Woonsocket.

El Estado de Connecticut tiene por ciudades principales New Haven, Hartford, Bridgeport, Waterbury, Meriden, Danbury, New-Britain, Norwalk, Norwich y New London. Muy industrial, sus habitantes se jactan de ser los más yanquis entre los yanquis, y el apodo de «Hermano Jonathán» que dan familiarmente los ingleses á los americanos, proviene de un personaje de Connecticut, Jonathán Trumbull que era el amigo fraternal del gran Washington. Este Estado es el que pide más patentes de invención en todo el territorio americano, y sus inventores y obreros, son los que contribuyen con mayor fuerza á la ampliación de los procedimientos industriales en los otros Estados. Sus máquinas para hilar el algodón y para preparar el caucho, así como sus revólveres gozan justa fama. Sus ciudades están muy pobladas y equivalen á inmensas fábricas.

El Estado de Nueva York es el más poderoso de la Gran República, el *Empire State*, por el número de habitantes y la actividad de su comercio. Es también la antigua patria de los indios iroqueses y mohicanos y el Estado que ha guardado mayor número de indígenas. Los restos de la «Seis Naciones», confederación de tribus indias, están acantonados aún en la región de los lagos inmediatos al Ontario.

Las grandes ciudades se distribuyen en este Estado á lo largo de las vías naturales, y son Nueva York, Brooklyn y Long Island City, unidas con aquélla; Buffalo, Rochester, Al-

bany, con Bath y Greenbusch; Siracusa; Troy con Watewliet y Wet Troy, Utica, Binghamton Yonkers, Elmira, Auburn, Newburgh, Ponghkeepsie, Cohoes, Osvego y Kingsten.

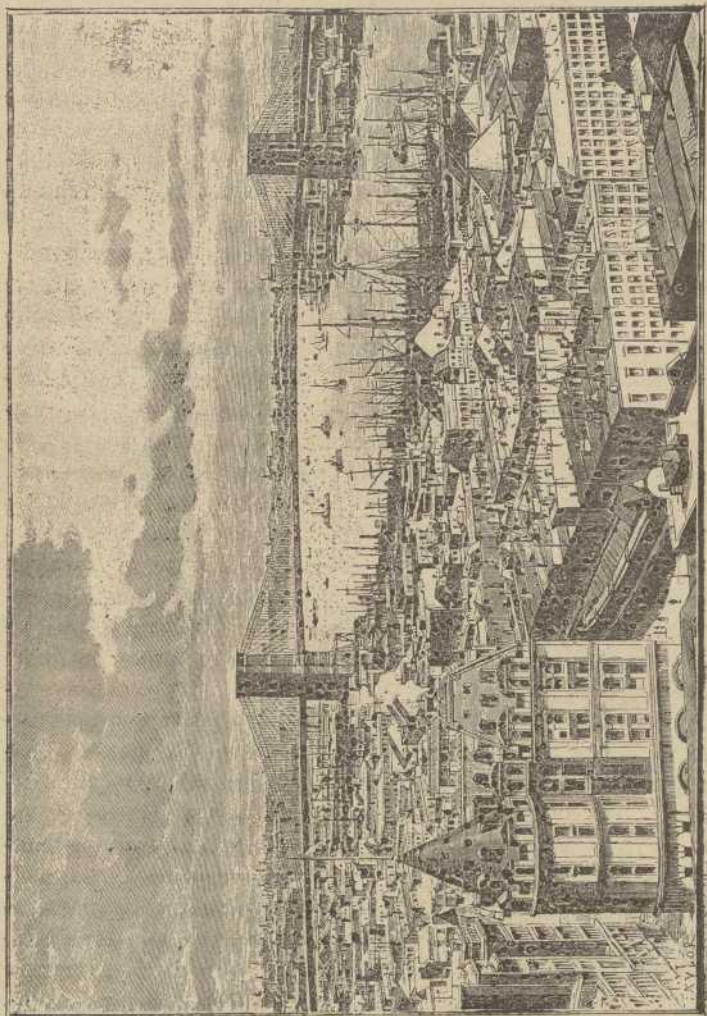
Nueva York comenzó por llamarse Nueva Amsterdam cuando la fundaron los holandeses en 1614 al explorar el río Hudson. Esta pequeña ciudad, de 2.000 habitantes, al ser conquistada por los ingleses cambió su nombre por el que actualmente lleva.

Nueva York ocupa una isla de 8.800 hectáreas, en la embocadura del hermoso río Hudson, de dos kilómetros de ancho en ese sitio.

Tiene derecho á llamarse *Empire City*, la ciudad preponderante, por su inmenso comercio, su extraordinario concurso de barcos, sus fabulosas riquezas, su agitación y su población que crece tan de prisa, que en una ó dos vidas de hombre se podrá ver á Nueva York sobrepasar á Londres. Hoy tiene 3 millones de habitantes con sus ciudades anexas; pero seguramente irá mucho más lejos en población.

Nueva York presenta los más grandes contrastes en sus diversos distritos. En la parte antigua de la ciudad se elevan algunos monumentos históricos y enormes construcciones modernas de diez, quince y veinte pisos, llegando algunas casas monstruosas á tener muchos más. Es como un laberinto obscuro, donde la muchedumbre de los negociantes, los capitalistas y sus empleados, se empuja y se afana durante el día, pero en el cual, al llegar la noche, no quedan más que los guardianes de los edificios, mientras en las inmediaciones un sinnúmero de miserables duermen en inmundos albergues. Las calles fangosas inmediatas al río atraviesan también barrios insalubres, con casuchas precedidas de depósitos y un largo rosario de docks negruzcos. Una gran calle central, el Broadway ó «Calle Larga», empieza en la ciudad baja y, cortando oblicuamente el tablero de ajedrez que forman las manzanas regulares, se dirige al Nordeste, siguiendo el axo de la isla Manhattan. Esta es la avenida de la Nueva York del comercio, y más allá de una plaza umbrosa, el «Potters Field», otra «Calle Larga», la «Fifth Avenue», se une á Broadway, continuando en línea recta, hasta la extremidad septentrional de Nueva York, con una extensión de 10 kilómetros. Este bulevar lo han escogido los opulentos comerciantes para construir sus suntuosos palacios de mármol, de granito y de otras piedras decorativas; unos, adornados con estatuas y relieves; otros, fes-

toneados de orquídeas y plantas raras, como la hiedra japonesa, liana trepadora, que tiembla al viento, dejando entrever entre sus hojas los detalles de la arquitectura. Mientras que



Nueva York. Puente de Brooklyn. (Dibujo de Taylor.)

otras calles grandes de Nueva York han quedado convertidas en galerías medio subterráneas por las vías ferreas aéreas, la Quinta Avenida no permite el paso más que á los coches elegantes. Sin embargo, esta calle tan distinguida empieza á de-

jarse invadir por el comercio y hoteles, *restaurants* y tiendas, ocupan algunos palacios. La avenida Madison tiene hermosos edificios. En ésta, como en otras calles ricas, no hay un motivo arquitectónico de Europa ó de Oriente que no haya sido imitado. La catedral de San Patricio, toda de mármol blanco, es uno de los mejores y más vastos edificios. Cerca de mil iglesias de diversos cultos se levantan en Nueva York, y especialmente en Brooklyn, á la que se designa con el nombre especial de «ciudad de las iglesias». Bien es verdad que lo mismo puede decirse de todas las ciudades del Nordeste, donde se cuenta un templo por cada mil habitantes.

La población de tres millones, que todos los días se empuja en las calles, no está mezclada de un modo uniforme en todos los barrios. Así como hay división de clases entre las callejuelas sórdidas y las avenidas suntuosas, del mismo modo existe cierto reparto por barrios de nacionalidades diversas, agrupándose por costumbre en las mismas calles los de igual raza.

El «Parque Central» de Nueva York, largo cuadrilátero, con praderas, bosque, rocas y lagos, es notabilísimo. Tiene 345 hectáreas, y el paseante se cree en plena selva, á no ser por el zumbido lejano de las grandes calles que llega hasta él. En el «Parque Central» viene á terminar el magnífico acueducto del Croton, que da dos millones de hectolitros de agua diariamente y es una de las obras más notables de la gran ciudad.

Sabido es que Nueva York figura á la cabeza de todas las poblaciones del mundo por sus vías de comunicación. Tranvías innumerables, ferrocarriles aéreos, flotillas de vapores, ponen en relación unos barrios con otros. Numerosos puentes comunican la isla de Manhattan con la tierra firme por encima del pequeño estrecho septentrional del Harlem River. Sobre los brazos de mar que separan Nueva York de Brooklyn existe el famoso puente colgante de Brooklyn, una de las grandes maravillas de la industria moderna. Se trabajó en este puente trece años, de 1870 á 1883. Es una obra gigantesca que reposa sobre dos pilastras colosales, y tiene entre éstas una extensión de 436 metros. Estas dos pilastras están cimentadas en la roca, entre el barro del East River. Los barcos cuya arboladura no excede de 40 metros pasan perfectamente bajo este gigantesco viaducto, cuya extensión total es de 1.800 metros.

Los cables enormes soportan á la vez una plataforma para los peatones, dos vías laterales para los carruajes y otras dos vías para ferrocarriles, que utilizan cada hora unas 20.000 per-

sonas. No basta este puerto famoso á la gran Nueva York para comunicarse con Brooklyn, y se está ya trabajando en otras obras no menos costosas y gigantescas.

Ciudad de comercio y de actividad febril, Nueva York no tiene la importancia literaria y científica de Boston. Posee, sin embargo, grandes centros de enseñanza, bibliotecas y museos, y en uno de sus paseos figura un obelisco de Cleopatra traído de Egipto.

La extensa bahía de Nueva York, donde entran y salen continuamente innumerables barcos de todas las banderas del mundo, está sembrada de islotes que contribuyen á defender su entrada.

En el de Ellis Island han construído un enorme edificio para recibir á los emigrantes, que muchas veces llegan á la vez en número de 10.000. Bedloes Island, que es una isla fortificada, sustenta sobre sus baluartes erizados de cañones, el pedestal de la estatua de la *Libertad iluminando al mundo*, la escultura más grande que se conoce, obra de Bartoldi, cuyo original fué ofrecido al pueblo americano por el pueblo francés.

El puerto de Nueva York hace él solo la mitad del comercio de todos los Estados Unidos, y á esto se debe la prosperidad de esta ciudad enorme.

La capital del Estado de Nueva York es la pequeña ciudad de Albany, insignificante y exigua en comparación con la gran metrópoli comercial que políticamente depende de ella. Esto mismo ocurre en la mayoría de los Estados de la Unión. Las capitales son ciudades de poca importancia comparadas con las inmediatas que dependen de ellas. Por ejemplo, Harrisburg, Annapolis, Columbus, Frankfort, Springfield, Madison, Jefferson, Baton Rouge, Sacramento, poseen en vano el palacio legislativo de su país. En vano Solón hace leyes, y Demóstenes pronuncia discursos á los que contesta Esquino. Son ciudades humildes, obscuras, satélites perdidos en el brillo de las poderosas ciudades de su territorio, Filadelfia, Baltimore, Cincinnati, Louisville, Chicago, Milwaukee, San Luis, Nueva Orleans y San Francisco.

En el Estado de Nueva York, además de la capital Albany, que no tiene otra importancia que la de la política, está Buffalo, construída junto al lago Erie, donde se escapa el río del Niágara. Tiene gran importancia como puerto comercial y le siguen en esto las otras ciudades de Lockfort y Rochester.

El estado de Nueva Jersey, tiene como ciudades principales

Newark, Jersey-City, Paterson, Hoboken, Elizabeth, Bayonne, Orange, Passaic y Unión.

Hoboken y Jersey-City, situados en la orilla derecha del Hudson, están enfrente de Nueva York, y aunque de distinto Estado, sufren la influencia de su colosal vecina. Treton es la capital del Estado, y las otras ciudades, aunque industriales como lo son todas las de la Unión, gozan su principal importancia como playas de baños y poblaciones de recreo.

El Estado de Pennsylvania es uno de los más importantes. Su gran ciudad es Filadelfia, y las demás, Pittsburg, Allengheny, Scraton, Reading, Erie, Harsisburg, Wilkesbarre, Lancaster, Altoana, Williamsport, Hallentown, Johnstown, York, Mac-Keesport, Chester y Norristown.

Filadelfia, cuyo nombre significa «Ciudad del amor fraternal», recuerda la llegada de Guillermo Penn, en 1682, entre sus «hermanos» los indios de las orillas del Delaware. Filadelfia fué la ciudad más populosa de la Unión hasta 1822, época en que comenzó á sobrepasarla Nueva York, y poco después Chicago. Hoy tiene millón y medio de habitantes, pero es tan grande como Londres en extensión, pues los propietarios, siendo dueños del suelo, se han extendido mucho al construir. Los obreros innumerables que acuden atraídos por su gran industria, habitan cada uno su casa aparte, lo que hace que á Filadelfia se la llame también *City of de Homes*, la «Ciudad de las casas cómodas».

El edificio más venerable de Filadelfia es el *Independence Hall*, modesto palacio sombreado por grandes árboles donde los representantes de las provincias rebeldes contra Inglaterra firmaron la declaración de independencia el 4 de Julio de 1776. Hoy está convertido en un museo histórico. Otros edificios respetables son las escuelas y colegios de fundación particular, museos y grandes bibliotecas. El parque de Filadelfia es uno de los más hermosos del mundo y da al paseante la ilusión de la Naturaleza libre, lejos de toda población. Tiene 1 200 hectáreas, extendiéndose en unos 21 kilómetros.

Pittsburg es célebre en el mundo, como centro metalúrgico, y la llaman la «ciudad del humo» y la «ciudad del fuego» por sus innumerables chimeneas y altos hornos, siempre en perpetua actividad. Es una población de eterno cielo negro, de aire casi irrespirable, un infierno donde apenas si se ven las avenidas brumosas y los puentes sobre el Ohio, ennegrecidos por el humo. Su actividad es prodigiosa. De las minas de hulla cerca-

nas se extraen más de 30 millones de toneladas por año, y los altos hornos numerosísimos producen millones de toneladas de acero y hierro laminado, á más de máquinas, vagones y un sinnúmero de productos de la industria moderna. Esta producción continua hace que Pittsburg tenga una gran flota comercial que llega hasta el Océano.

El Estado de Maryland, en otro tiempo *Terra Marie*, en honor de la reina Enriqueta María, mujer de Carlos I de Inglate-



Filadelfia. Palacio de la Independencia. (Dibujo de Taylor.)

rra, es uno de los más pequeños de la Unión, pero su situación le dió importancia histórica en varias épocas de la vida de la Gran República Americana. Posee minas de hulla y de hierro, pero su principal importancia es agrícola, produciendo el tabaco que es conocido en todo el mundo.

Su ciudad más grandes es Baltimore, y tras ésta siguen Hagerstown, Cumberland y Annápolis, mucho más pequeñas. Baltimore es ciudad antigua, pues data de los primeros tiempos de la colonización inglesa. Su nombre es el de un lord. Existen en ella poderosas fortificaciones antiguas y modernas y en sus calles se provocó el primero de los conflictos entre esclavistas y antiesclavistas que dieron motivo á la guerra de Secesión. La industria es muy activa en sus arrabales, pero la ciudad es especialmente comercial y en esto sobrepuja á Filadelfia, á

pesar de que sus habitantes no son más que unos 500.000. Exporta enormes cantidades de tabaco y cereales, importa el café del Brasil y es el primer mercado de ostras de los Estados Unidos. En su bahía un pontón de vapor, tan poderoso que puede llevar 27 vagones, toma los trenes en una orilla y los transporta á la otra. La Universidad de Baltimore es hoy una de las primeras de la Unión.

El Estado de Delaware es el más pequeño después del Rhode Island. Sus ciudades son Wilmington, New-Castle, y Dover, y los habitantes se dedican á la agricultura. La principal población, Wilmington, sigue el movimiento manufacturero de Filadelfia.

El llamado Distrito Federal, de escasa extensión, tiene todos sus habitantes en la ciudad de Washington, capital de los Estados Unidos. Habitualmente no tiene más que 250.000 habitantes y es una ciudad tranquila y casi campestre, con sus edificios diseminados entre grandes arboledas, pero cuando se abren las sesiones del Parlamento, crece mucho su vecindario con la multitud que gravita en torno de los legisladores.

En la plaza central está el grandioso monumento del Capitolio y todos los bulevares que afluyen á ella, bordeados por enormes edificios, contienen una multitud agitada y gesticuladora por los azares de la política y las solicitudes dirigidas á los gobernantes. La avenida de Pensylvania, que es la que une el Capitolio á la Casa Blanca, mansión del presidente de la República, y los ministerios, es la más animada de todas.

El Capitolio, centro político de los Estados Unidos, está edificado sobre una colina baja, cuyas pendientes van hasta el Potomac y el Anacostia. La poderosa masa del edificio se compone de tres cuerpos: al Norte el Senado, al Sur la Cámara de Diputados, y entre ambos, vastas habitaciones que corresponden á ambas Cámaras. En el centro, una doble columnata circular sustenta una enorme cúpula de hierro que eleva á 94 metros la estatua de América. El contraste entre los peristilos de mármol y la cúpula de hierro es muy extraño, y el conjunto del monumento, demasiado largo para su altura, carece de armonía. Sin embargo impresiona por sus dimensiones, la riqueza de sus materiales, sus terrazas y escalinatas, y las esculturas y arboledas magníficas que le rodean. En su interior lo más digno de atención es la biblioteca, la primera del Nuevo Mundo.

El modesto edificio de la Casa Blanca (*White House*) donde

reside el presidente de los Estados Unidos, se eleva en medio en una hermosa pradera; pero casi desaparece abrumado por dos monumentos cercanos y enormes: el Tesoro y el palacio de los Ministerios. Este último es la construcción de granito más grande que existe en el mundo. Washington posee además muchos edificios que son enormes, como destinados á las necesidades de la administración de un país tan importante.

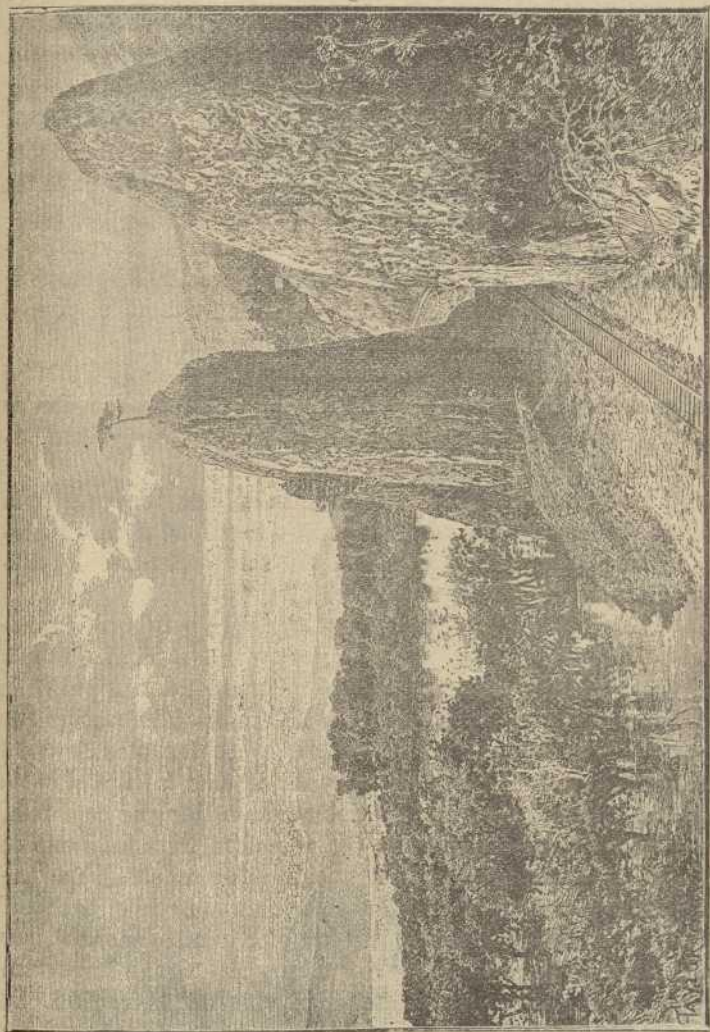
El Estado de Virginia fué hasta 1811 el más poblado, y sus habitantes constituyen una especie de aristocracia, por haber salido de sus familias, Washington, muchos generales de la guerra de la Independencia y gran número de presidentes de la República. En sus plantaciones de tabaco era donde existía mayor número de esclavos negros, y su población consiste aún en su mayor parte en gentes de color. Sus principales ciudades son Richmond, Norfolk, Petersburg, Eynchburg, Roanoke, y Alexandria. En Richmond estuvo durante la guerra de Secesión el principal núcleo de la resistencia esclavista. Hoy su principal industria consiste en la preparación del tabaco. Esta ciudad y las otras del mismo estado, fueron teatro de los combates más sangrientos durante la guerra de Secesión y tardaron algunos años en reponerse de las pérdidas ocasionadas por su derrota en esta lucha gigantesca.

La Carolina del Norte sigue á Virginia en el litoral atlántico. Sus ciudades de modesta población son Wilmington Raleigh y Asheville, El país es poco fértil y sus costas despobladas las emplea la marina americana para experiencias de tiro. La industria y el comercio son en este Estado dependientes en cierto modo de los de Virginia.

La Carolina del Sur sólo tiene dos ciudades importantes Charleston y Columbia. Charleston es la más rica y próspera; pero como ocurre por regla general en los Estados Unidos, es la modesta Columbia la capital del Estado. Charleston fué la que tomó la iniciativa de la ruptura con los Estados del Norte, iniciando la guerra de Secesión, y todo el país quedó en poder de los esclavistas. Esta guerra causó graves daños al país, rico por sus grandes plantaciones de algodón. Hoy Charleston sigue dedicándose con gran actividad á la producción y exportación algodонера.

El Estado de Georgia tiene como ciudades principales Atlanta, Sabannah, Augusta Macon y Columbus. La capital es Atlanta y la más populosa de todas á causa de la confluencia de las vías férreas. Pero la más importante por su movimiento co-

mercial es Sabannah, gran puerto exportador de algodón y arroz. La ciudad es fea y de calles arenosas, pero abunda mucho en árboles, lo que hace que se la llame *Forest City* como



Paisaje de la Columbia. (Dibujo de Taylor.)

á Cleveland y otras poblaciones que tienen sus casas entre bosquesillos.

La Florida, es un Estado en el cual los progresos de la población y la riqueza no han sido rápidos como en el resto de

los Estados Unidos. La lucha de exterminio con los indios seminolas y después la guerra de Secesión retardaron mucho su desarrollo, encaminando hacia otros Estados la corriente de la inmigración. La diferencia de clima ha sido también un inconveniente, pues si bien los ricos acuden en número de más de 60.000 durante el invierno en busca de la dulzura de sus poblaciones de la costa, los trabajadores temen el clima del verano.

Sus poblaciones principales son Key West, Jaksonville, Pensacola, Tampa, Fernandina, Saint Augustine, Apalachicola y Tallahassee. Jaksonville es un centro de atracción para los valetudinarios, y los aficionados á la pesca y la caza que recorren los lagos y bosques del interior. Los barcos de vapor remontan el río San Juan hasta Palatka, ó sea 120 kilómetros; pero los buques grandes entran con dificultad en el puerto de San Juan á causa de la barra.

En San Agustín, como en otras poblaciones de la Florida, se habla español, y gran parte de sus habitantes proceden de primitivos colonos que eran de las islas Baleares, especialmente de Mahón.

Algunas familias de indios seminolas que se librarían de la deportación en masa de 1842, viven aún acampadas en el interior, en torno del «Lago herboso», enorgulleciéndose de descender de la tribu del Jaguar y de la Nutria.

La población, guardiana de los pasajes que ponen en comunicación el Océano y el golfo de Méjico, se eleva en el islote de Key West. Es Cayo Hueso, población considerable á pesar de la pequeñez de la roca en que está asentada, 9 kilómetros de largo por 3 de ancho, con una altura sobre las olas de 5 ó 6 metros, situada enfrente de la Habana, al cual la une el cable telegráfico. Cayo Hueso es una población de lengua española, y en las dos insurrecciones de Cuba contra España sirvió de centro de reclutamiento é instrucción á los rebeldes. La mayoría de la población de Cayo Hueso se compone de cubanos.

Tampa es también un antiguo establecimiento español, por mucho tiempo abandonado, pero que hoy tiene gran importancia por confluir á él las principales vías de la región. La principal industria de Tampa es la elaboración de tabacos.

En la Florida occidental, la antigua ciudad española de San Marcos es el puerto de la capital Tallahassee. La antigua capital de los indios, llamada por esto Apalachicola, no es más que una villa decadente. El hermoso río Silver Spring fecunda la Florida.

XIII

Estados y ciudades de la región media.

En la región media de los Estados Unidos, ó sea en la vertiente de los grandes lagos y del Mississippi, existen los Estados y territorios de Virginia Occidental, Ohio, Indiana, Illinois, Michigan, Wisconsin, Kentucky, Tennessee, Alabama, Mississippi, Minnesota, los dos Dakota, Iowa, Nebraska, Missouri, Kansas, Arkansas, Territorio Indio, y Oklahoma, Luisiana y Tejas.

La Virginia Occidental es un Estado muy moderno, pues se creó durante la guerra de Secesión. Sus habitantes, negándose á seguir á la Virginia del Este, cuyos habitantes entraron desde el primer momento en la confederación rebelde, acabaron por constituir un nuevo Estado, que después de dos años de discusiones jurídicas consiguió entrar en la Unión como una de tantas subrepúblicas autónomas. Es á la vez un país agrícola y minero, y sus yacimientos de hulla, hierro y sal le dan una importancia cada vez mayor. Sus ciudades más importantes son Wheeling, Huntington, Parkevsburg, Martinsburg y Charleston. La principal es Wheeling, por su población, pues tiene 35.000 habitantes; pero Martinsburg la supera en movimiento comercial. Siguiendo la costumbre de la mayoría de los Estados, West Virginia ó Virginia Occidental, tiene la capitalidad del Estado en la aldea exigua de Charleston, por estar en el centro del territorio, á pesar de sus malas vías de comunicación.

El Estado de Ohio, llamado así por el río que lo separa de la Virginia Occidental y el Kentucky, es uno de los Estados de la Unión relativamente modernos, pues no figuró entre los trece que proclamaron la Independencia americana. Las guerras con los indios retardaron mucho su colonización, pero cuando ésta comenzó á desarrollarse á principios del siglo xix, fué hacia el Ohio donde se encaminó la emigración de labradores europeos. No obstante la gran importancia agrícola del país, existe en torno de las ciudades gran movimiento manufacturero, sostenido por las minas de hulla, que ocupan una superficie de 25.000 kilómetros cuadrados. Estas ciudades del Ohio son Cincinnati, Cleveland, Columbus, Toledo, Dayton, Youngstown, Springfield, Akron, Cantón, Zanesville, Findlay, San-

usky, Hamilton y Gallipolis. Cincinnati (700.000 habitantes, con sus arrabales) se llamaba primeramente Losantiville, y recibió su segundo nombre en honor de una sociedad de soldados veteranos que se dedicaron á los trabajos del campo. Está situada en la ribera derecha del Ohio. Es la novena aglomeración urbana de la Unión, y en el Oeste únicamente la superan Chicago, San Luis y San Francisco. Su cara, que mira al río, tiene más de 16 kilómetros. Tres puentes viaductos y un puente colgante de singular elegancia de 322 metros en su

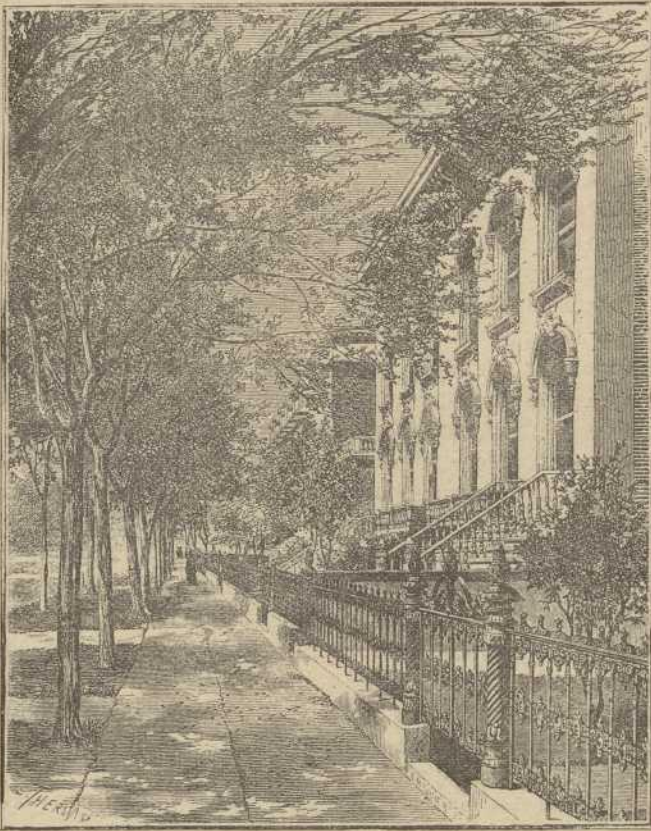


Puente de Cincinnati. (Dibujo de Taylor.)

parte central, atraviesan el Ohio uniendo Cincinnati con sus arrabales. Un admirable jardín público, el Edén Park, se desarrolla en las alturas, desde las cuales se domina la ciudad y la extensa ribera cubierta de buques de vapor, pontones y chalanas. Numerosos jardines y villas rodean la ciudad. Cleveland es la principal ciudad de las que tienen este Estado en torno del lago Erie. Sus calles son famosas por sus arboledas, y uno de sus boulevares pasa por ser el mejor paseo urbano de los Estados Unidos. Sus palacios y jardines son muy suntuosos, y entre los habitantes de la ciudad abundan los millonarios. Su industria, alimentada por las cercanas minas de hulla, tiene gran actividad, y sus comerciantes monopolizan la explotación de los pozos de petróleo, de los cuales envían muchos su líquido á la ciudad por conductos subterráneos. Su tráfico

lucha en esta región de los lagos americanos con el de Chicago y Buffalo. Aunque de menos importancia que Cleveland, la siguen en su rápido crecimiento las ciudades de Sandusky y Toledo.

El Estado de Indiana hace tiempo que no merece su nom-



Una avenida de Chicago. (Dibujo de Thérond.)

bre, pues en 1790 comenzó el exterminio de las tribus indígenas que habitaban este territorio, y veintidós años después, habían desaparecido éstas casi por completo. Sólo algunos grupos exiguos de indios quedaron en los bosques, y en 1841 fueron deportados más allá del Mississippi. Las ciudades principales del Estado, son: Indianápolis, Evansville, Fort Wayne, New Albany, Tierra Alta, South Beud, Lafayette y Jefferson-

ville. Casi todas estas poblaciones son de origen muy moderno.

El Estado del Illinois es una región privilegiada por su posición geográfica. Teniendo el hermoso lago Michigan, y estando rodeado por el Mississippi, el Ohio, el Illinois y otros ríos importantes, posee una cintura de puertos para el tráfico, á pesar de su situación, en el interior de la República americana. Su ciudad más famosa es Chicago, con cerca de dos millones de habitantes, y un movimiento comercial vertiginoso. Además tiene otras poblaciones importantes: Peovia, Quincy, Joliet, Rock Island, Springfield, Bloomington, Rockford, Aurora, Alton y Cairo.

Chicago es la ciudad donde se ha mostrado mejor ese deseo de los yanquis de hacerlo todo grande. La audacia de los constructores se revela en toda la población. Sus habitantes orgullosos del rápido crecimiento de Chicago viven en perpetua rivalidad con los de Nueva York, queriendo superarles en todo. Sus hoteles son pueblos; sus teatros, construcciones inmensas. Lo enorme no se armoniza muchas veces con lo bello, y por esto presenta Chicago en muchas de sus construcciones un aspecto tan grotesco como inmenso. Los canales que atraviesan Chicago están cruzados por innumerables puentes, y varios túneles reúnen las diversas partes de la ciudad por debajo del lecho del lago. El interior de la ciudad carece de arboleda, pero en el exterior tiene un cinturón de boulevares y jardines. Su famosa exposición la acreditó como uno de los lugares donde el genio inventivo del hombre ha dado mayores pruebas de grandeza aplicándose á la industria. Chicago, á pesar de sus ostentosas escuelas, y sus bibliotecas compradas en bloque en Europa, no muestra gran empeño en creerse una reputación literaria. Es la industria la que constituye su gloria. Toda clase de fabricaciones existen en ella, pero su trabajo más activo es la matanza de animales y la elaboración de carnes de cerdo y de buey. Sus enormes parques de ganado (*stockyards*) reciben por año más de 10 millones de bestias que se mantienen por el momento con los residuos de las destilerías y son sacrificados, descuartizados, puestos en conserva, etc., por numerosas fábricas que emplean para esto procedimientos mecánicos de gran rapidez. Un cerdo, por ejemplo, entra vivo por una puerta de la fábrica, y al poco tiempo, tras una serie de rápidas operaciones, está convertido en embutidos al otro extremo del edificio.

Chicago es ciudad de mucho tránsito. Pasan por ella diariamente 175.000 viajeros conducidos por 30 vías férreas convergentes. Los tranvías, ferrocarriles urbanos, automóviles, etc., dan á sus calles un movimiento y un estrépito ensordecedor.

Las otras ciudades del Illinois, aunque prósperas y activas, apenas si tienen importancia, abrumadas por la superioridad de la incansable Chicago.

El Estado de Michigan está subdividido en Oriental y Occidental. Su ciudad más importante es Detroit, y la siguen por orden de población, Grand Rapids, Saginaw, Bay City, Muskegon, Jackson y otras. La capital, como de costumbre, es un pueblo pequeño, Lausig, que tuvo en tiempo de Washington cierta importancia histórica.

El Estado de Wisconsin que lleva el nombre de su río principal, tiene las ciudades de Milwaukee, Labrosse, Oshkosh y Racine. La capital es Madison. Milwaukee es una hermosa ciudad sobre el lago Michigan, y se la llama la «Atenas germano-americana».

El Estado de Kentucky es una región agrícola. La industria prospera en las ciudades ribereñas del Ohio, pero el resto del Estado se halla dedicado al cultivo, siendo el tabaco su principal producción. Además, mantiene en sus praderas los mejores caballos de la nación, por su fuerza, su resistencia y su velocidad. Sus ciudades importantes son Luisville, Cowington, Lexington y Paducah.

El Estado de Tennessee que está poco poblado, tiene como centros importantes Nashville, Memphis, Chattanooga y Knoxville.

El de Alabama comprende gran parte de la cuenca del río cuyo nombre lleva. Su ciudad más populosa é industrial es Birmingham, y á ésta siguen Mobile y Montgomery. Esta última, por lo mismo que es la más pequeña, tiene la capitalidad.

El Estado del Mississippi, á pesar de las ventajas de su suelo y su clima, es uno de los más pobres y menos progresivos. Apenas si tiene industria, y casi todos sus habitantes se dedican al cultivo del suelo.

Sus ciudades son de escaso vecindario, figurando como de relativa importancia, Vicksburg, Meridian y Natchez.

El Minnesota, que como casi todos los Estados americanos toma su nombre de uno de sus ríos, es un país frío y por lo mismo, de los últimos que fueron colonizados. Sin embargo, su ciudad más importante Minneapolis, con la población anexa

de San Pablo, es uno de los ejemplos de crecimiento rápido en la tierra de la Unión, donde las ciudades se agrandan casi por días. Su emplazamiento es hoy igual al de París y su flota fluvial se desarrolla considerablemente.

El Dakota es un territorio de vastas dimensiones, que se extiende entre la frontera del Canadá y el valle de Niobrava. El Congreso americano lo ha dividido en dos territorios, Dakota Norte y Dakota Sur, que forman dos cuadriláteros.

La emigración al Dakota ha sido grande en los últimos años, poblándose de colonos las soledades donde hasta hace poco el indio daba caza al bisonte. Además del cultivo de cereales, los colonos se dedican á la cría de ganados. Algunas «reservas» ó territorios privilegiados sirven aún de residencias colectivas á las últimas tribus indias.

En el Dakota sólo hay una población que merezca este nombre, Sioux Falls; los demás grupos de casas son aldeas, campamentos y granjas.

El Estado de Iowa, llamado así por sus antiguos habitantes los indios iowas, está en la ribera derecha del Mississippi junto al Estado de Minnesota. Cubierto en otro tiempo de bosques, es hoy un fértil territorio de cultivo que se explota con todos los procedimientos de la industria moderna, empleando en los campos las vías férreas y todas las máquinas agrícolas más perfectas.

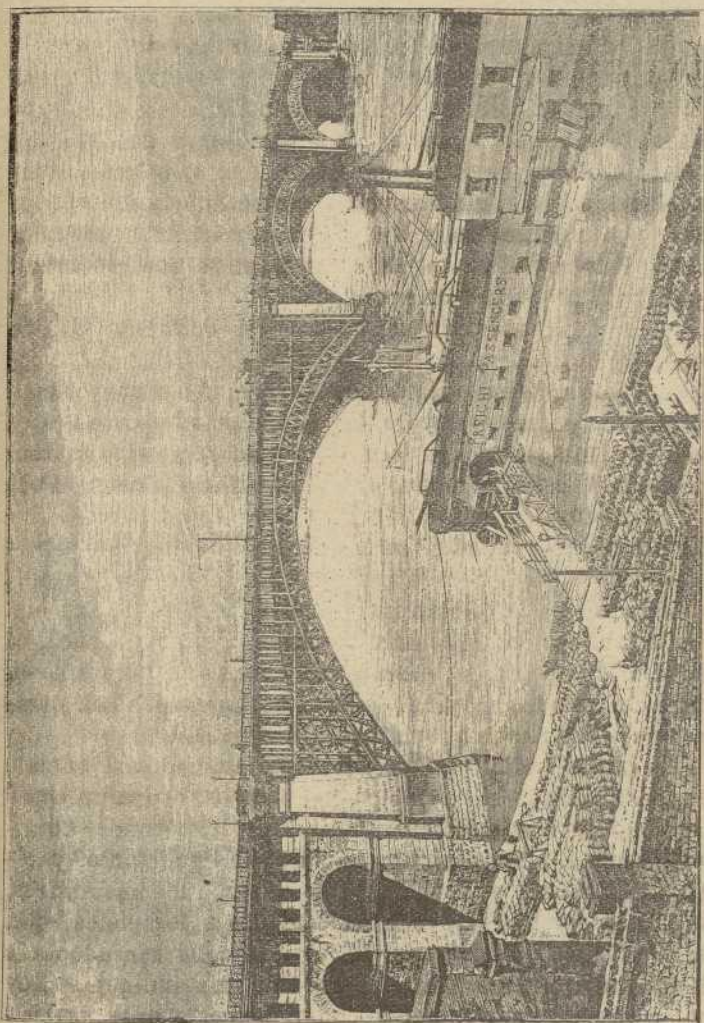
Su ciudad más importante es Dubugne por el tráfico y la riqueza, pero la superan en población Desmoines y Sioux City. También son poblaciones importantes del Iowa, las de Davenport, Burlington y Council Bluffs.

Nebraska, que lleva el nombre de su río principal, es también un Estado agrícola que se acrecienta con la continua emigración de cultivadores extranjeros. Omaha, su ciudad más importante, es vecina á Council Bluffs del Iowa, y junta con ésta tiene unos 400.000 habitantes. La capital del Estado es Lincoln, de creación casi reciente, situada en el interior, entre praderas, y que también crece rápidamente.

El Estado de Missouri, es uno de los más importantes de la Unión, por sus populosas ciudades al borde del gran río. Estas son San Luis y Kansas City, con otras de menos población, pero igualmente considerables como San José, Springfield, Sedalia y Hanibal.

Kansas City está en la confluencia del Missouri y el Kansas, y tiene gran movimiento tanto comercial como industrial. La

capital del Estado, llamada Jefferson City, ocupa una hermosa posición, pero es muy pequeña. Toda la vida se concentra en Kansas y, más aún en San Luis. Esta ciudad hubiese igualado



Puente de San Luis (Dibujo de Clerfret.)

á Chicago, á la que tiene empeño en vencer, sino hubiese sido por la esclavitud negra. Situada San Luis en el mismo límite entre los Estados esclavistas y los antiesclavistas tuvo que luchar

durante medio siglo con ambos partidos, sufriendo las consecuencias de este continuo conflicto.

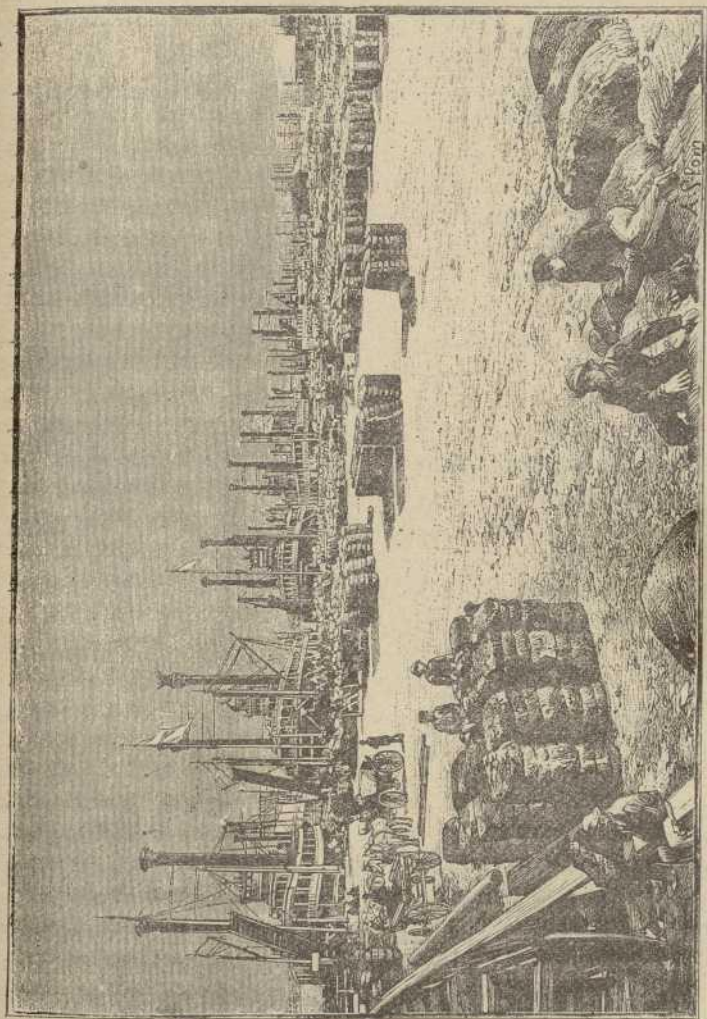
San Luis ocupa la orilla derecha del Mississippi á 20 kilómetros de la unión de este con el Missouri. Su superficie es casi tres veces la de París á pesar de que su población no llega á un millón. Bien es verdad que tiene 18 jardines públicos los cuales ocupan gran parte de su terreno, así como vastas extensiones ocupadas por los talleres de las vías férreas. Sus puentes sobre el Mississippi, que le ponen en comunicación con los arrabales de la orilla opuesta, son hermosos y de atrevida construcción. Cerca de San Luis existe una población decadente, Nueva Madrid, fundada por el Gobierno español en los tiempos de su dominación y que debía ser «la más hermosa ciudad del Universo», no revelando nada de su aspecto actual estos antiguos propósitos de grandeza.

El Estado de Kansas, situado en la parte occidental del de Missouri, fué el gran campo de batalla de esclavistas y antiesclavistas. Como consecuencia de esto permaneció mucho tiempo estacionado en su desarrollo. La ciudad más importante es Kansas City, inmediata á la del mismo nombre en el Missouri, y tras ésta, Topeka, Wichita, Leavenworth, Atchison, Fort Scott y Lawrence.

El río Arkansas ha dado su nombre al Estado que atraviesa antes de unirse con el Mississippi. En su territorio se cultiva el algodón y se explotan las minas de bauxita que se emplea en la fabricación del aluminio. Little Rock, su capital, es la ciudad más importante, elevándose sobre una montaña en el centro del Estado, rodeada de fuentes termales. Las otras poblaciones del Arkansas, son insignificantes.

El «Territorio Indio» (*Indian Territory*) llamado así oficialmente, pero poblado hoy también por blancos, ocupa un espacio escaso en lluvias, pero el fondo de los valles produce abundantes cosechas. Además se han encontrado importantes yacimientos metalíferos y de hulla que atraen á los buscadores. Antes el país estaba reservado únicamente á los pieles rojas y si algún blanco quería vivir en él tenía que ser adoptado por las tribus ó contraer matrimonio con una indígena. Hoy las tribus se gobiernan tomando como modelo la organización federal de los Estados Unidos, y sus representantes se reúnen en la aldea de Ockmulgué situada en las praderas, junto á un río. Casi todas estas tribus han adoptado la forma y el espíritu de la civilización moderna. Sus individuos visten á la europea

y poseen escuelas y templos, perteneciendo en su mayoría á las diversas sectas del cristianismo. El pastoreo es su principal ocupación, conduciendo los grandes rebaños por las prade-



Muelles de Nueva-Orleans. (Dibujo de Riom.)

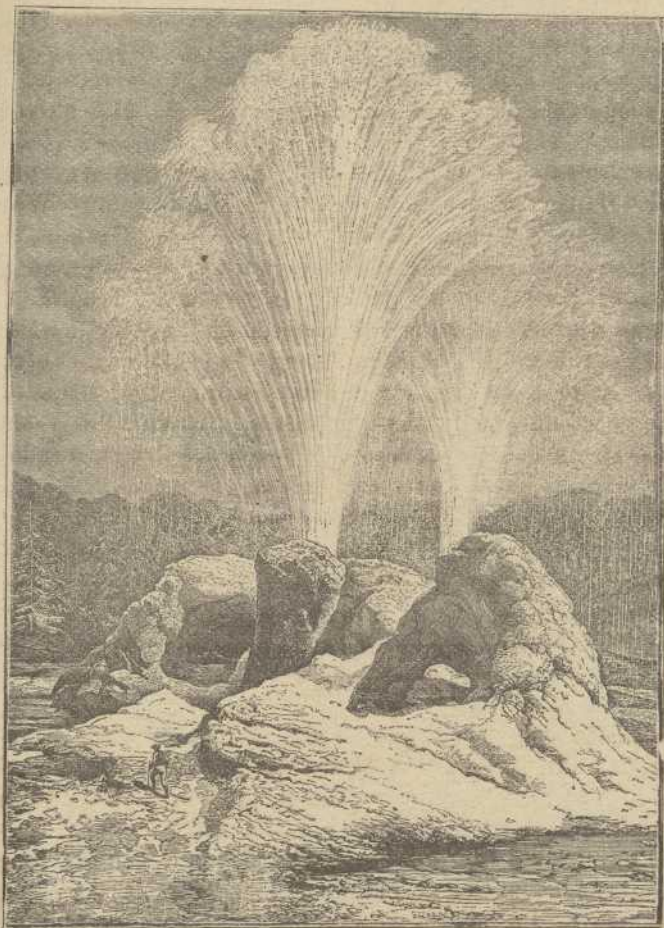
ras solitarias donde sus abuelos cazaban y hacían la guerra.

El Estado de Luisiana es hoy una pequeña parte de aquella Luisiana francesa que recibió su nombre de Luis XIV. Una parte del país está dedicada al rico cultivo de la caña de azúcar,

y otra abundante en canales y tierras sumergidas produce el arroz. Su ciudad más importante es la antigua metrópoli de la Luisiana francesa, Nueva Orleans. Aunque situada á 162 kilómetros de la desembocadura del Mississippi, cuya ribera izquierda ocupa, su terreno es muy bajo y tiene que protegerse de las inundaciones con los grandes diques de que ya hablamos. La mayoría de sus casas de madera ó de ladrillo son muy ligeras á causa de la blandura del suelo, y los grandes edificios de piedra tienen que apoyar sus cimientos en estacadas de 25 metros de profundidad. El plano de Nueva Orleans es el de todas las ciudades americanas; calles rectas y entrecruzadas regularmente como un tablero de ajedrez, pero sin embargo la doble curva del río en torno de la ciudad dificulta el que las vías sean exactamente rectas de un extremo á otro. Nueva Orleans es un puerto de enorme movimiento, á pesar de hallarse lejos del mar. Innumerables remolcadores remontan el río arrastrando convoyes de barcasas, y una triple ó cuádruple fila de vapores fluviales forma como un barrio de casas de tres pisos, con altas chimeneas, á lo largo de sus muelles cubiertos de enormes montones de mercancías. Los grandes vapores se cruzan haciendo mugir sus sirenas; los barcos de vela son arrastrados por el remolcador, y los puentes volantes van y vienen sin cesar de una orilla á otra. El algodón es el principal tráfico de este gran puerto, siempre en actividad. Del interior llegan los productos agrícolas en cantidades enormes al mismo tiempo que la América Central, Cuba y las otras Antillas envían azúcar, bananas y las demás producciones del trópico. Cien mil personas viven sólo en Nueva Orleans de la exportación del algodón. Nueva Orleans ejerce en torno una influencia de atracción tan poderosa que no ha podido formarse cerca de ella ningún centro de población importante. Las dos únicas ciudades del Estado son: Shreveport y Baton-Rouge, miserables villas si se las compara con Nueva Orleans.

El nombre de Tejas ó Texas que lleva el Estado inmediato, recuerda, según dicen, el grito de «¡Tejas! ¡Tejas!» quedaban los indios Arinais al ver llegar á los descubridores españoles, y que significaba en su idioma, «¡Amigos! ¡Amigo!» Este territorio fué robado á Méjico por los Estados Unidos. En 1821 unos aventureros anglo-sajones invadieron Tejas, y durante 30 años la guerra entre ellos y los mejicanos continuó con diversa suerte. En 1842, la titulada «república independiente» de Tejas, que no era más que una colonia yanqui, pidió «espontáneamente»

su anexión á los Estados Unidos, y tal fué la causa de su guerra con Méjico, que sirvió para consagrar con el éxito de las armas un acto de rapacidad. En Tejas los terrenos son de un valor muy desigual, pasando de la más absoluta aridez á la



Estados Unidos.—Un geisero en el Parque Nacional. (Dibujo de Rion.)

mayor fertilidad. Aunque el país es de origen mejicano, son hoy más numerosos los colonos anglo-sajones que los españoles. Sin embargo, en las ciudades y en las riberas de Río Grande, la población de origen mejicano guarda sus costumbres, su as-

pecto y su lengua española, hasta el punto de poder afirmarse que Méjico empieza mucho antes de llegar á sus actuales fronteras. Abundan también en Tejas, los negros descendientes de los antiguos esclavos de las plantaciones. En cuanto á los antiguos poseedores del suelo, los indios comanches, apaches y navajos, permanecen acantonados en las regiones montañosas del Oeste, entre las corrientes del Pecos y Río Grande. A pesar de que la población en conjunto es bastante numerosa, el país está poco habitado, y las propiedades son de una extensión enorme.

Las poblaciones principales de Tejas, son: San Antonio de Bexar, Dallas, Galveston, Houston, Austin, Fort-Worth, Waco, Laredo y El Paso. En la vertiente de Río Grande, todas las poblaciones son dobles, la una yanqui y la otra mejicana, contemplándose desde las orillas de la diversa nacionalidad por encima de las aguas del río. Tal sucede en las dos villas llamados El Paso, las dos El Presidio, Engle Pass que tiene enfrente Piedras Negras, los dos Laredo, Río Grande City, situado enfrente de Camargo, Hidalgo y Reinosa, Browusville y Matamoros. De un lado las casas de madera y del otro las de adobes, todo contrasta entre una y otra ribera.

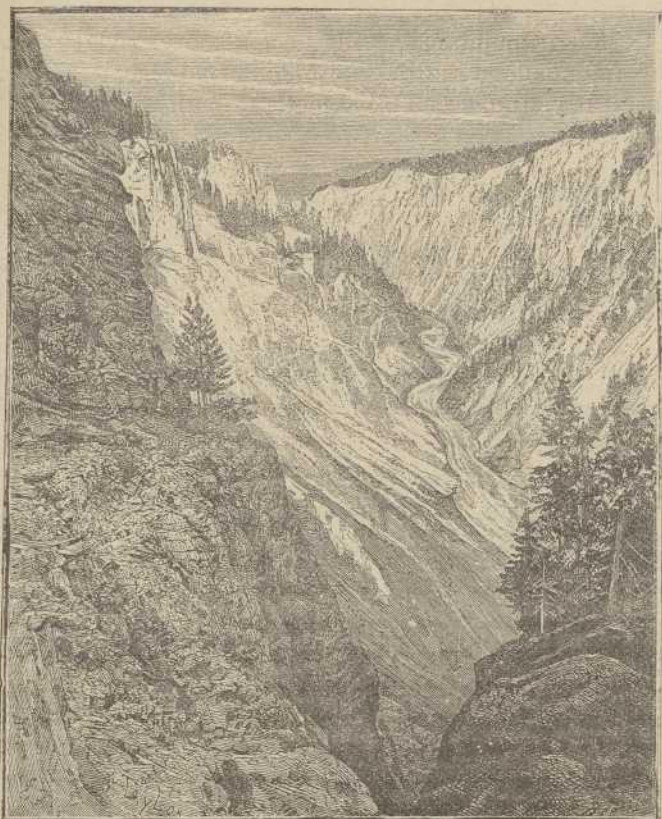
XIV

Estados y ciudades de las Montañas Rocosas y la vertiente del Pacífico.

Los Estados y territorios en que se dividen la región de las Montañas Rocosas y la vertiente del Pacífico, son: Montana, Idaho, Wyoming, Colorado, Utah, Nuevo Méjico, Arizona, Nevada, Washington, Oregón y California.

El nombre de Montana, modificación de la palabra española Montaña, se aplica al Estado de la región de las Rocosas, que encierra las más altas cumbres, cerca de las fuentes del Mississippi. Por su superficie, es uno de los Estados más grandes de la Unión, pero el frío y la calidad del suelo hacen difícil su cultivo, consistiendo su principal riqueza en la ganadería. También tiene gran importancia su minería, siendo muchos los lavaderos de oro, plata y cobre. En Montana están las mayores porciones de terreno reservadas á los indios, que se dividen en tribus llamadas «Cabezas planas», «Vientres grue-

sos», «Pies negros», «Cuervos» é «Indios de sangre». Algunas aldeas, estaciones comerciales y puestos militares, se suceden á largas distancias en los bordes del Missouri y el Yelloswstone, así como en las montañas del interior se esparcen las poblaciones miueras, con su vecindario cosmopolita atraído por la fie-



El Gran Cañón de Lellow-Stone. (Dibujo de Taylor.)

bre de riquezas. Las únicas ciudades de Montana son: Helena y Butte City.

El Estado de Idaho, que sigue á Montana en su parte Oeste, no tiene más que dos pequeñas poblaciones, Idaho City, y Boisé City. La población está esparcida por bosques y montañas, dedicada al pastoreo, ó trabaja en las minas.

Al descubrirse los primeros yacimientos de oro, acudieron

los aventureros en gran número, pero cuando los capitalistas se apoderaron de las minas, aquéllos huyeron, dejando á los colonos dueños del país, y los campamentos se convirtieron en poblaciones permanentes. Los chinos son muy numerosos en el Idaho, y los indios «Pies Negros», «Narices perforadas» y «Corazones fuertes», ocupan varias «reservas».

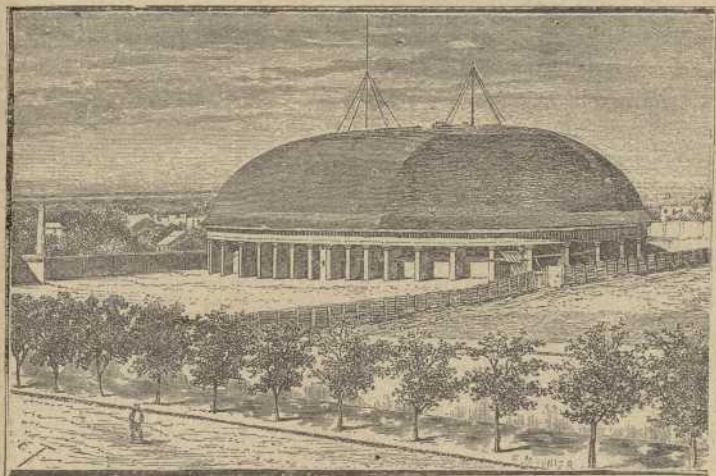
El Estado de Wyoming, que lleva el nombre de una de sus más hermosas montañas, es de reciente creación y tiene el inconveniente de la altura, que dificulta mucho el cultivo. La capital, Cheyenne, está á 2.147 metros, lo que no le impide ser centro de una buena red de vías férreas. La otra población importante es Laramie City en el ferrocarril del Pacífico, que tiene grandes talleres metalúrgicos.

El Estado de Colorado, rectángulo cortado geoméricamente á través de llanuras y montañas, se compone de dos partes distintas por su aspecto y sus productos. Por el lado de las Rocosas, picos nevados y gargantas profundas, y al Este, vastas llanuras inclinadas que descienden hacia el Mississippí. Las minas de oro, plata, plomo, hulla y petróleo, han atraído grandes muchedumbres de emigrantes al Colorado. Hasta la guerra de Secesión sólo estaba habitado por indios, y los únicos blancos eran pastores mejicanos, pero en 1861 comenzó á organizarse como Estado, alcanzando esta categoría en 1875. Su crecimiento y prosperidad han sido rapidísimos. Su capital, Denver, es una de las primeras ciudades del Oeste, y su aspecto aún resulta más asombroso rodeada como está de vastas soledades. Parece una metrópoli de la vertiente del Atlántico transportada milagrosamente en medio del desierto.

El centro minero más populoso es la moderna Leadville, la «Ciudad del Plomo» fundada en 1878, á 3.100 metros de altitud. Su vecindario, compuesto en su mayor parte de aventureros que sólo se cuidan de hacer fortuna, no se preocupó en los primeros años de construir, viviendo en tiendas y barracas, y sólo recientemente ha adquirido Leadville el aspecto de una ciudad regular. En Pueblo está el principal centro de la explotación de la hulla y el petróleo.

El Estado de Utah debe su nombre á una tribu india y es con el de Nevada, el territorio de la Unión más aislado. En él está la ciudad de los Mormones de que ya hablamos, la Salt Lake City con su extraña religión, su más extraña disciplina social y su Gran Templo semejante á una estación de ferrocarril.

Nuevo Méjico ó *New México*, como lo llaman los americanos, es una parte del territorio que los Estados Unidos arrebataron á los mejicanos. Aunque los yanquis dominan en él la población ha guardado sus costumbres y su lengua castellana, y el cruzamiento de sangres sólo se ha verificado en pequeñas proporciones. Además las revoluciones de Méjico, obligando á emigrar á muchos, han reforzado con los expatriados políticos la población española de este país yanqui. Por esta superioridad del elemento español, el Congreso americano se ha resistido siempre á admitir al territorio de Nuevo Méjico en el número de los Estados. Sus poblaciones más importantes son Santa Fe, Albur-



Templo de los Mormones en Lago Salado. (Dibujo de Therond).

querque y Las Vegas. Santa Fe es la ciudad más antigua de toda la Unión y guarda su fisonomía tradicional, mitad india y mitad española, conservando aún su palacio de los antiguos gobernadores castellanos. En el territorio de Nuevo Méjico, junto al río Pecos ó Puerco y el río Grande, abundan los pueblos de indios Jaos y Temez. En la frontera del Arizona están las tribus de los Zuñis.

El territorio de Arizona (Zona árida), pertenece también á los terrenos arrebatados á Méjico. Sería un país pobrísimo é inhabitable sino tuviese grandes minas de cobre y metales preciosos. Además se han encontrado en él diamantes, granates magníficos y canteras de ágata y jaspe. La mayor parte de su

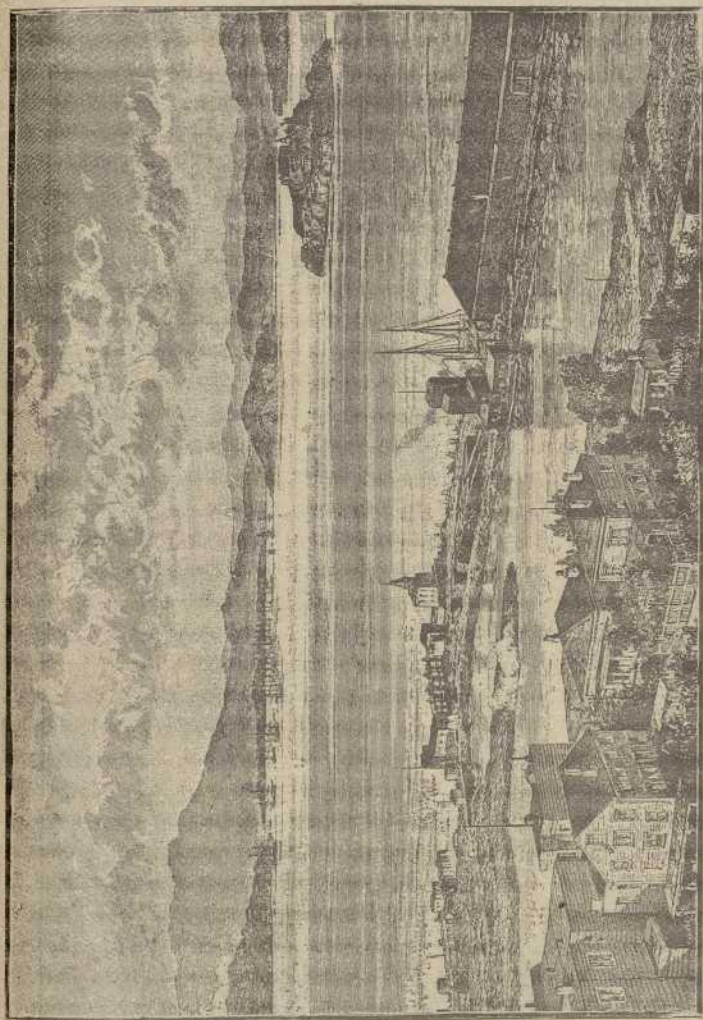
población se compone aún de mejicanos y en el interior existen muchas «reservas» de indios navajos, moqui, apaches, maricopas y papagos. Hasta hace pocos años los apaches fueron el terror del país y las tropas americanas tuvieron que librar con ellos largos combates para someterlos. Sus dos principales poblaciones de origen indio-español son Tucson y Fenix.

Nevada es Estado autónomo á pesar de su corto número de habitantes y está aislado por la altura de sus mesetas y la esterilidad de sus rocas y arcillas. Además, aunque es rico en minas de plata, el acaparamiento de las empresas capitalistas ha rechazado á la inmigración. En algunos años su población hasta ha disminuído, contrastando con el vertiginoso crecimiento de los otros Estados. Algunas tribus indias viven en sus soledades dedicadas al pastoreo. Su capital, Carson City, está cercana á California y es menos populosa que Virginia City, la ciudad principal, donde residen los explotadores de las minas argentíferas.

El Estado de Washington, al que se dió el nombre del primer presidente de la República, es muy próspero á pesar de su aiejamiento de los grandes centros de comercio y emigración. Sus principales ciudades son Seattle, Tacoma, Spokane Falls y Olympia. Aunque estas poblaciones no sean muy conocidas fuera de América, gozan de gran prosperidad y son centros muy activos de comercio é industria. Los indios eran antes muy numerosos en este Estado, pero han tenido que replegarse en las montañas, vejados y desposeídos por la invasión de los blancos. Los puertos son muy numerosos en el golfo de Puget, y Tacoma, la ciudad más moderna, hace un comercio activo hasta con los puertos de China y Japón, enviándoles cereales é importando thé. Sus habitantes la llaman «Ciudad del Destino», augurando que algún día reinará sobre toda la costa del Pacífico. Otro de sus puertos, Port Townsend, tiene muchos armadores que explotan la pesca de la ballena.

El Estado de Oregón no tenía, en los primeros años del siglo xix, otros blancos que los cazadores canadienses, pero la invasión yanqui ha ido apoderándose de él, aunque lentamente. Sus principales ciudades son Portland, á 180 kilómetros del Pacífico, pero en realidad puerto de mar, pues los navíos pueden llegar hasta él, por el río Columbia. Líneas directas de vapores unen á Portland con San Francisco, Japón y China. El camino de hierro *North Pacific Railroad* une igualmente á Portland con Chicago y Nueva York. En sus cercanías se explotan ricas

minas de hierro. Salem es la capital del Estado y ocupa una hermosa posición en las praderas. En la desembocadura del

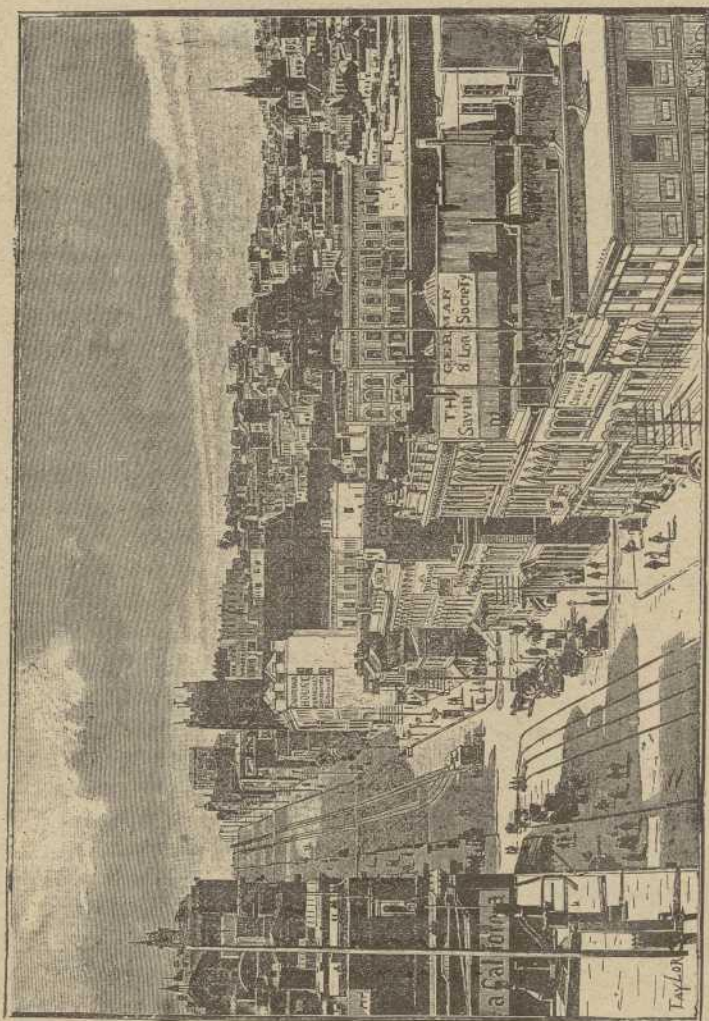


Bahía de San Francisco, vista desde la ciudad. (Dibujo de Weber.)

Columbia está Astoria como un antepuerto bastante próspero de Portland.

El Estado de California es el más importante de la costa del Pacífico. Su superioridad irresistible consiste en la posesión de la admirable bahía de San Francisco. Además, por las ven-

tajas de su clima igual y templado, California es de todas las regiones norteamericanas la más favorable para el hombre. Los dos ríos principales de California son, San Joaquín y Sa-



Una calle de San Francisco. (Dibujo de Taylor.)

cramento, que, como otros ríos, montes y pueblos de esta región, conservan aún sus primitivos nombres españoles. Las principales poblaciones del Estado son, San Francisco, con sus

villas anexas de Oakland y Alameda, Los Angeles, Sacramento, San José, Santa Clara, San Diego y Fresno.

Las minas de oro descubiertas en California y que alcanzaron en todo el mundo gran resonancia, atrajeron á este país una emigración, cosmopolita, aventurera y bizarra, que después se ha confundido con la primitiva población mejicana é india. Además es California el país de América donde existe mayor número de chinos, multiplicándose con una rapidez que hace temer á los Estados Unidos una invasión amarilla.

La ciudad de Sacramento, capital del Estado situada en la ribera izquierda del río de su nombre, es un depósito comercial de distribución. Las crecidas del American River, arrastrando tierras de Sierra Nevada, han puesto en peligro varias veces su existencia, obligándola á la construcción de grandes obras. En la cuenca del San Joaquín la población más conocida es Mariposa, que tiene cierta fama por sus «árboles gigantes». Fresno es una antigua colonia española al borde de un afluente del San Joaquín y produce las mejores uvas de América, que se exportan en cajas por el puerto de San Francisco.

San Francisco, que es la ciudad más popular de toda la costa del Pacífico desde el Estrecho de Bering al cabo de Hornos, no era más que una humilde aldea de algunos centenares de habitantes cuando los Estados Unidos se apoderaron de California, arrebatándosela á Méjico. Al descubrirse las minas de oro acudieron á miles los emigrantes desde todas las partes del mundo y la antigua aldea de Yerba Buena, situada en la entrada de la bahía, se convirtió en un puerto, agrandándose rápidamente. La actual ciudad de San Francisco se creó con no menos rapidez en la península que avanza de Sur á Norte, en la entrada de la bahía, y que el Estrecho llamado «Puerto de Oro» separa de otra península que va de Norte á Sur. Para tener más terreno donde desenvolverse se cubrieron las aguas bajas de la bahía con arena de las dunas y hoy San Francisco ocupa con sus parques y jardines más de cien kilómetros cuadrados. La metrópoli norte-americana del Pacífico, se asemeja por la construcción de sus edificios y el estilo de sus monumentos á las grandes ciudades de los Estados Unidos, pero tiene sobre ellas las ventajas del clima. Como las ciudades de Méjico, tiene sus muros blancos y sus balcones á la española, festoneados de plantas trepadoras. Las calles centrales, por su tránsito agitado y febril, se parecen á las de Nueva York y Chicago: su casa municipal es una de las maravillas de la ar-

arquitectura yanqui, que todo lo hace en grande. Un terremoto reciente ha destruido en 1906 gran parte de la ciudad, causando innumerables desgracias, pero San Francisco renace sobre sus ruinas con esa prontitud que tiene el pueblo norteamericano



San Francisco. El Barrio Chino. (Dibujo de Rom)

para la acción. Los chinos habitan uno de los barrios centrales, constituyendo un distrito peligroso que da mucho que hacer á la policía. Es notable por el carácter asiático que conservan sus casas y sus tiendas. En las afueras de San Francisco hay magníficos boulevares vecinos al mar que ofrecen her-

mosos puntos de vista. Las vecinas poblaciones de Oakland, Alameda y Berkeley, lugar de la Universidad, se ven invadidas por la marea cada vez más creciente del vecindario de San Francisco. Otras aglomeraciones urbanas existen cerca de la gran ciudad, en la ribera de la bahía. Estas son Benicia antigua «Venecia» india, y Martínez, que guarda la entrada de la bahía.

El puerto de San Francisco comercia con el mundo entero y su movimiento anual de navegación representa más de dos millones de toneladas. En el Pacífico, sólo sin sus rivales los puertos de Yokohama, Changhai, Hong-Kong y Melbourne. Las islas Havai, por su situación geográfica, dependen del puerto de San Francisco, y la China y el Japón sólo por él introducen sus mercancías en América.

San José y Santa Clara, que forman una ciudad única, son el principal núcleo de población de las tierras aluvia es de California, sirviendo de intermediarias entre San Francisco y el interior de los Estados Unidos.

Monterey, pueblo español fundado en 1770, fué la capital de California hasta que ésta dejó de pertenecer á Méjico y hoy no tiene otra importancia que la de ser una playa de baños de moda. Los Angeles fué fundado en 1781 por una docena de familias mejicanas y no tuvo al principio gran importancia, pero después de la anexión yanqui se convirtió rápidamente en la segunda ciudad de California á causa de la explotación de las minas de oro. Su barrio de Sonora guarda el carácter mejicano, así como la mayoría de sus edificios construídos con adobes; pero sus barrios centrales ofrecen el aspecto de todas las poblaciones modernas de los Estados Unidos, aunque los edificios se construyen con ciertas precauciones por los frecuentes temblores de tierra. Los alrededores de los Angeles son muy férciles y sus frutos gozan gran renombre en todo el territorio de la Unión.

Al Sur de San Francisco, junto á la frontera de Méjico, está la villa de San Diego, población fundada por los españoles y que es hoy un importante centro de comercio.

XV

Pueblo y gobierno de los Estados Unidos.

Inútil es hablar de la importancia industrial de los Estados Unidos, pues bien conocidos son su genio inventivo para la industria y los grandes y rápidos progresos realizados en pocos años por el pueblo yanqui.

Su agricultura tiene también las proporciones grandiosas de su industria. Pudiendo disponer sus agricultores de inmensos territorios, se han repartido la propiedad del suelo, dividiéndolo en muchas partes, con una regularidad geométrica, como si fuese un colosal tablero de ajedrez. Las más recientes maquinarias agrícolas se han inventado allí, ó allí se han aplicado por primera vez. El cultivo en grandes extensiones, que equivalen casi á Estados, permite el empleo de la locomotora y de toda clase de máquinas para las operaciones agrícolas, que en otros países realizan los brazos del hombre ó el esfuerzo de las bestias. Los principales productos agrícolas de los Estados Unidos, son el algodón, el tabaco, la caña de azúcar y los cereales. En las legumbres y la jardinería no tiene el territorio de la Unión ninguna ventaja sobre Europa. El cultivo se ha hecho á expensas de los bosques, y por esto, algunos Estados muy ricos antes forestalmente, hoy apenas si tienen árboles.

En ganadería, son los Estados Unidos muy superiores á Europa. Los últimos censos, con ser incompletos, atribuyen á este país unos 16 millones de caballos, y los rebaños de bestias cornudas son muy superiores á las ganaderías de caballos. Sólo las vacas lecheras son unos 15 millones y producen unas 500.000 toneladas de manteca y 200.000 toneladas de queso por año. En las llanuras, más allá del Mississippi, y en las mesetas de las Montañas Rocosas, los rebaños casi salvajes viven á la ventura, pastando en libertad en las inmensas praderas, bajo la vigilancia de sus pastores ó *cow-boys*, hombres enérgicos, jinetes infatigables que saben perseguir al toro, sujetarlo con su lazo ó acosarlo camino del abrevadero ó del lugar donde deben marcarlo con el hierro del propietario. El número de bestias cornudas, según el último censo, es de 52 millones; el de cerdos 51 millones, y el de corderos 44 millones, que produ-

cen anualmente 108 millones de kilos de lana. La pesca tiene también gran importancia y existen en los Estados Unidos unos 120 barcos que se dedican á cazar la ballena.

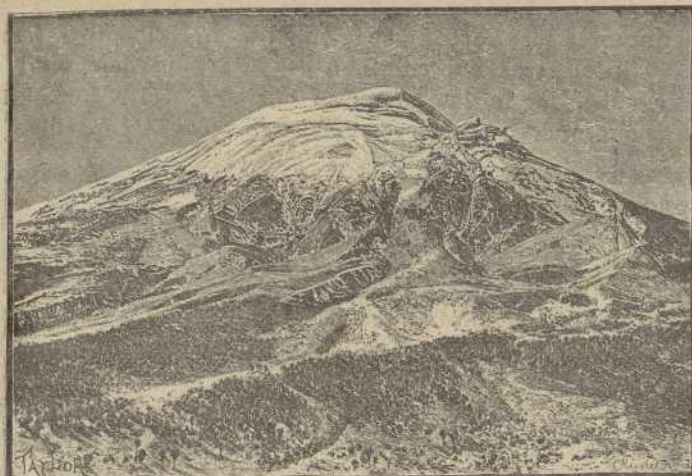


Cow-Boys. (Dibujo de Pamis.)

La instrucción pública es una de las mayores preocupaciones de la Unión, y á esto debe gran parte de su grandeza y prosperidad. Además de las escuelas y Universidades que pudiéramos llamar oficiales, la iniciativa privada crea todos los

años grandes centros de enseñanza. Los poderosos millonarios, los reyes de los *trusts* y de las grandes Compañías, legan al morir á los Municipios y los Estados, bibliotecas y universidades, fundadas y sostenidas por ellos, como en la Europa católica, los ricos, crean por testamento nuevas iglesias y dotan conventos. La enseñanza es libre y puede enseñar todo el que quiere. La ley no inspecciona escuela alguna y sólo exige que en ella se estudie el inglés. Sin embargo, el espíritu práctico y liberal del pueblo yanqui mantiene en todas las escuelas un carácter laico y científico, inaccesible á las sugerencias de toda secta religiosa. Existen en los Estados Unidos 184.000 escuelas primarias, aparte de las de fundación particular, con 15 millones de alumnos y 400.000 maestros. El Estado no da títulos académicos. Estos títulos, ó más bien certificados de estudios, los dan las Universidades, y la consideración pública que éstos procuran varía según el prestigio del establecimiento de enseñanza. En la mayoría de éstos las mujeres gozan de iguales derechos que los hombres. Los estudiantes de las universidades y escuelas especiales son medio millón, y hay universidad, como la de California, que está dotada con un capital de 100 millones de francos de donativos particulares. No hay en todo el territorio de la Unión un pueblo, por modesto que sea, que no tenga su Biblioteca pública. Sólo el Estado de Massachusetts posee 248 bibliotecas públicas con 2 millones y medio de volúmenes.

Los diarios que se publican en los Estados Unidos son unos 15.000, y los hay de ellos que representan más organización y riqueza que la administración de algunos pequeños estados de Europa. La República Federal de los Estados Unidos se compone de repúblicas secundarias ó Estados que tienen una vida común para los asuntos exteriores, pero en lo interior gozan de una completa y absoluta autonomía, gobernándose por propia cuenta. La justicia es también función de los Estados. El poder federal confiado al presidente de la Unión, con su Congreso y su Senado, sólo entiende de las cuestiones que afectan al Ejército y la Marina, las Aduanas, la moneda, los tratados y las comunicaciones. El ser «políticos» constituye un oficio algo despreciado que ejercen los más audaces y faltos de escrúpulos. La energía nacional sigue otros rumbos, y el pueblo americano, que se apasiona por los dos partidos «republicano» y «demócrata» cuando llega una elección presidencial, una vez terminada la lucha, únicamente se preocupa de sus negocios particulares y de la conquista del «dollar».



El Popocatepetl. (Dibujo de Taylor.)

MÉJICO

I

El país y su exploración

El territorio de los «Estados Unidos de Méjico» (1), excluída la península yucateca, es la superficie triangular en que termina por el Sur el continente de la América del Norte, propiamente dicho, aunque lo mismo que la república limítrofe «anglosajona», tiene Méjico derecho á la designación de «Estados Unidos de la América del Norte». Limitan el país: al Oriente, la larga curva del Seno Mejicano, y al Occidente, las orillas del Gran Océano, que describen otro arco de círculo más amplio, y se acercan gradualmente á las opuestas orillas, hacia el Sur, hasta el istmo de Tehuantepec, donde empieza la América central.

Con todas las tierras que dependen del territorio mejicano, comprendidas las islas de Revilla Gigedo, que forman parte de

(1) México, según escriben los naturales del país.

él—aunque la más cercana se encuentra en el Pacífico, á más de 600 kilómetros del continente—, la superficie total de Méjico sube, según los cómputos oficiales, á 1.987.063 kilómetros cuadrados, ó sea cerca de cuatro veces la superficie de Francia.

Ya á mediados del siglo xvi conocíase esta dilatada región en sus líneas generales. En veinticuatro años los exploradores habían visitado todas las costas y penetrado en el interior, desde el Yucatán hasta California, y las «Siete Ciudades» de Cibola. En 1502, Colón había encontrado ya mercaderes yucatecas en la costa de Honduras. Después, en 1517, Hernández de Córdova, plantador de Cuba, yendo á caza de hombres, descubrió el primer puerto del litoral mejicano, el cabo Cotoche ó Catoche, y avanzó desde allí, siguiendo la costa, hasta Champotón, donde un combate adverso con los indígenas obligó á los españoles á reembarcarse. En el año 1518, Juan de Grijalva reanudaba la exploración de la costa en Champotón para vengar el fracaso del año precedente, y seguía la curva del golfo en un trayecto de 1.000 kilómetros hasta el punto en que hoy existe la ciudad de Tampico. A la expedición de Grijalva sucedió una tercera en 1519; pero Cortés no trataba ya de costear tímidamente las playas, sino de conquistar un reino; y se sabe cómo llevó á cabo su obra, con cuánto valor, con cuánta sagacidad y prudencia, y al mismo tiempo con qué menosprecio feroz de los vencidos. En 1521 se sometían definitivamente la capital y los distritos inmediatos, y se dirigían en todos sentidos las expediciones armadas para extender el territorio de lo que se llamaba Nueva España. Olid y Sandoval recorrieron al Oeste de Méjico el territorio de Michoacán y el de Colima, hasta el litoral del Pacífico; Alvarado avanzó por la región de las montañas hasta Guatemala, y Cortés mismo se apoderó del país de Pánuco, en la vertiente oriental de los montes que limitan por el Norte la cuenca de la capital. Después, persiguiendo á su teniente rebelde Olid, que se había dirigido por mar á Honduras, penetró al Sudoeste en Tabasco, en Chiapas y en el país de los Lacandones y de los Mopán. Entre las expediciones de Hernán Cortés, ninguna hubo más asombrosa que este viaje, al través de los ríos, las ciénagas y las selvas deshabitadas. En la travesía de las llanuras de Tabasco tuvo que construir hasta «cincuenta puentes en el espacio de veinte leguas». Faltaban los víveres, y había que mantenerse con raíces, bayas y animalejos cogidos

debajo de las hojas. Aun en nuestros días, rarísimos son los viajeros que con los recursos de la civilización moderna tienen la audacia de seguir el camino abierto por Cortés. Después de él, ningún conquistador español se tomó el trabajo de ocupar ese país: limitáronse á la toma del Yucatán, región de acceso más fácil, que fué conquistada de 1527 á 1542.

Las regiones del Noroeste, menos pobladas y menos ricas, no excitaban el ardor de los conquistadores tanto como las provincias del Sur; sin embargo, también salieron expediciones en esta dirección. Naves, cuyas velas y aparejos se transportaron desde Veracruz al través de la meseta de Méjico, seguían las costas hacia el golfo de California, y en 1533 llegaba á su entrada la escuadrilla mandada por Cortés. El mismo conquistador fué el que dió á esa tierra abrasada el nombre de *cálida fornax* ó California, y á su golfo el de mar de Cortés. En 1539 Francisco de Ulloa penetraba en el interior del largo mar Bermejo, así llamado á causa de las algas rojas que tienen las aguas de algunas bahías, ó á causa de las arenas oscuras que guarnecen sus orillas. Alarcón terminaba su exploración al año siguiente, y subía 85 leguas por el río Buena Guía, llamado después río Colorado. Dos años más tarde, Cabrillo, doblando el cabo de San Lucas, situado al extremo de la península californiana, se dirigía al Norte, por el Pacífico, hasta un promontorio, que se cree fuese el cabo Mendocino, más allá de los 40 grados de latitud. En tierra firme, Nuño Cabeza de Vaca, salvado de los peligros de una marcha aventurera al cruzar las Floridas, había llegado á Méjico en 1536 por la vía del Norte. De 1530 á 1532, el cruel Nuño de Guzmán anexionó Jalisco y Sinaloa á las posesiones españolas. Después, en 1539, un fraile franciscano, Marcos de Niza, penetró en el territorio que hoy se llama Nuevo Méjico, y que forma parte de los Estados Unidos, y pretendió haber visto allí la maravillosa Cibola, que á poco, cuando la expedición de Coronado, resultó no ser más que una de esas aldeas de los indios zuñi, donde todos los habitantes se agrupan alrededor de un patio central, en una sola casucha construída á guisa de fortaleza. La expedición de Coronado, que duró más de dos años, de 1540 á 1542, y que debía combinarse con la marítima de Alarcón, tuvo por resultado la colonización de la Sonora, la provincia Noroeste de la actual república.

El territorio de Méjico propiamente dicho quedaba, pues, reconocido por los españoles; pero los itinerarios alejados de

la capital no se utilizaron todavía para la construcción de los mapas, pues no podían trazarse con alguna precisión por falta de observaciones astronómicas. En 1542 el virrey Mendoza, aprovechando la observación de dos eclipses de luna, fijaba la situación geográfica de Méjico 25 grados y 42 minutos más al Oeste que la verdadera. A pesar de todas las exploraciones que se habían hecho á lo largo de las costas californianas, se afirmó durante mucho tiempo que las naves habían dado la vuelta á California, y que así quedaba reconocido el carácter insular de esta larga tierra. El jesuita Salvatierra, que empezó la colonización del país en 1697, le dió el nombre de Isla Carolina. Hubo que esperar á principios del siglo XVIII para que los viajes del misionero Kühn ó Kunt, generalmente designado por los españoles con el nombre de Kino, viniesen al fin á confirmar las investigaciones de los primeros exploradores. Los documentos manuscritos que posee la Academia de la Historia de Madrid, y las colecciones de Méjico prueban que desde el siglo XVII los archivos nacionales, desgraciadamente cerrados á los investigadores, contenían los elementos necesarios para la descripción completa y circunstanciada de Nueva España. Casi todas las Memorias descriptivas enviadas al consejo de Indias iban acompañadas de planos. Sin embargo, los mejores mapas publicados en aquella misma época contenían errores de medio grado de latitud y de uno á dos de longitud.

El viaje de Alejandro de Humboldt en 1803 y 1804 se ha calificado de «segundo descubrimiento de Méjico». No visitó, es verdad, el gran explorador todas las partes ya conocidas de Nueva España, pero supo coordinar con sagacidad los itinerarios de sus antecesores, comparar los unos con los otros, y sacar de ellos, al menos en lo referente á la región de la meseta, la verdadera forma del relieve mejicano, apoyada desde entonces en los puntos fijos que sus observaciones astronómicas le permitieron añadir á las de los ingenieros españoles. Además, estudió los fenómenos físicos del país, sus erupciones de lavas y sus manantiales, el escalonamiento de sus climas y de su flora, la dirección y la intensidad de los vientos que soplan en esta parte del planeta, la abundancia de las lluvias que la riegan y las variaciones de sus corrientes magnéticas; y en fin, comparó los recursos mineros, agrícolas é industriales de Méjico con los de las otras comarcas, y fijó, por decirlo así, el valor relativo del país en el conjunto del mundo civilizado. Tras el largo sueño que el régimen del monopolio abso-

luto había impuesto á Méjico, la obra de Humboldt fué una especie de revelación, pues puso de manifiesto lo que podía llegar á ser la colonia española el día de la emancipación ya cercana.

Durante el período revolucionario no pudo continuar la exploración del país; pero, cuando Méjico se encontró al fin libre, los viajeros se dirigieron nuevamente hacia esa tierra americana, abierta en lo sucesivo, y varios sabios tanto mejicanos como extranjeros han completado relativamente la exploración del país.

II

Montañas de Méjico.—Volcanes.

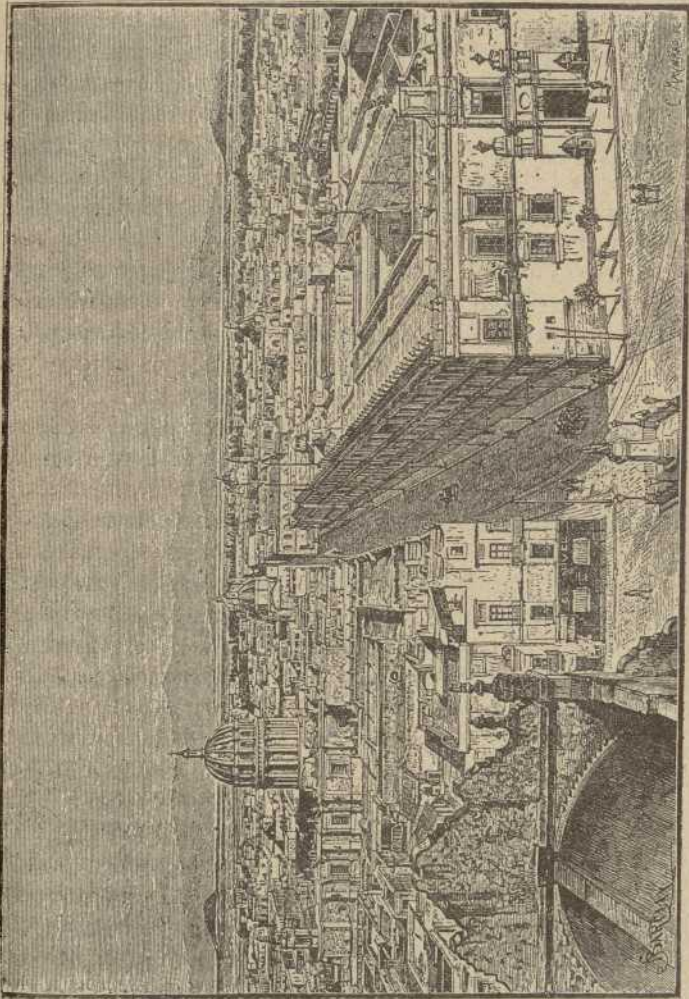
Considerándola en su conjunto, Méjico es una tierra alta en que se elevan núcleos y cadenas de montañas, pero sin ninguna continuidad, sin ninguna relación de relieve ni de orientación con el sistema andino de la América del Sur, aunque otra cosa suela decirse, repitiendo una generalización demasiado atrevida de Humboldt. El relieve de Méjico se liga á los montes californianos, pero con multitud de interrupciones. La altitud media del país se estima en la considerable cifra de 1.105 metros. La meseta central de Méjico se halla limitada, así en la vertiente del Atlántico como en la del Pacífico, por cadenas litorales, ó, cuando menos, por series de eminencias que forman un borde continuo. Las dos series de montañas han recibido el nombre de Sierra Madre, designación que se aplica en casi todas las partes de la América española á las crestas dominantes del país. Como sucede en todas las cordilleras de las costas, las pendientes opuestas de las Sierras Madres de Méjico ofrecen un marcado contraste. La vertiente oceánica presenta rápidos declives, que cortan frecuentemente los escarpados y surcan grietas, hallándose interrumpidos de trecho en trecho por formidables barrancas, que contienen cuencas pobladas de verdor, escalones sucesivos para las ciudades y los cultivos. La vertiente interior ofrece pendientes más suaves que miran hacia las tierras altas. El conjunto del territorio, que se estrecha gradualmente entre las dos cadenas en dirección del Sur, forma, por decirlo así, una larga calle que conduce á un laberinto. Las poblaciones inmigrantes procedentes del Norte iban á parar de etapa en etapa hacia el ángulo del

Mediodía, es decir, hacia la cuenca de Méjico y hacia las llanuras de Puebla, limitadas al Sur por la Junta ó encuentro de las dos altas aristas.

A la cavidad triangular que queda entre las dos sierras suele dársele el nombre de «meseta» mejicana. A veces también, á ejemplo de Clavigero y de Humboldt, se le llama simplemente Anahuac ó «meseta de Anahuac», atendiendo á la región en que se encuentra la ciudad de Méjico. Pero la mesa mejicana no presenta una superficie llana, como podrian hacer creer las designaciones comunes. El conjunto de la depresión que limitan las dos Sierras Madres ofrecen más bien una serie de cuencas, de origen lacustre en su mayoría, que se escalonan disminuyendo de altitud de Sur á Norte; pero las barreras que las separan, oponen tan pocos obstáculos á las emigraciones y á los viajes, que ya en el siglo XVIII fué fácil construir un camino de Méjico á Santa Fe, en Nuevo Méjico, con una longitud de 2.200 kilómetros. En la parte meridional de las tierras altas que rodean á la ciudad de Méjico, las cuencas son de pequeñas dimensiones relativas, pero pasan de 2.000 metros de altitud. La de Toluca, situada en el ángulo que forman las dos grandes cadenas divergentes, se halla por término medio á 2.580 metros sobre el mar. Alejándose del Anahuac, la separación de las sierras deja mayor amplitud á las llanuras elevadas, y en la región septentrional de la República las grandes extensiones que limitan los montes, presentan en varios distritos superficies apenas onduladas y cruzadas por cadenas de escaso relieve. Yendo hacia el Norte, el espacio entre las dos sierras se inclina hacia el Este, porque la sierra oriental es por término medio mucho menos ancha y elevada que la del Oeste. El promedio de su altitud es de 2.000 metros, unos 500 menos que la cresta occidental.

Hay una tercera sierra, paralela á las otras dos, pero completamente separada de las que dominan el cuerpo continental mejicano, que es la cresta desigual y dos veces interrumpida de la península californiana. Cerros aislados, «montes perdidos», según se dice, síguense unos á otros como jalones en el espacio comprendido entre los macizos de la California americana y la cadena de la península perteneciente á Méjico, pero que es continuación del eje de Sierra Nevada. Así los montes de la península, de alturas y formas muy diversas, se presentan como un sistema distinto de relieve mejicano. No lejos de la raíz de la península se eleva el núcleo más alto, visible des-

de ambos mares, el Calamahue ó Santa Catalina, en el que descuella una roca blanca como la nieve, de 3.086 metros de elevación. La cadena septentrional que sigue la costa del Pacífico,



Vista de Méjico. (Dibujo de Barclay.)

termina al Norte de la gran bahía de Sebastián Vizcaíno y se une, mediante mesetas suavemente inclinadas, á una cresta cuyas salidas se yerguen por encima de la costa oriental del golfo de California. Estas montañas, de formación terciaria, se hallan

interrumpidas por quebradas profundas más allá de las cuales se eleva el macizo de las Tres Vírgenes. Sus picos volcánicos, situados casi exactamente en medio de la larga costa de 1.300 kilómetros, parece que no exceden mucho de 2.000 metros de altura. No han estado en erupción desde 1857: después apenas se han visto salir de las grietas algunos vapores, y los otros volcanes de la California mejicana están apagados. Los únicos testimonios de la actividad interior son los manantiales minerales y termales y las solfataras. Al Oeste de este núcleo de volcanes, hacia el medio de la costa oceánica, se extiende un estribo de montañas que constituye un macizo de 1 045 metros de altura, cuya punta Noroeste prolongan altas islas.

Al Sur de las Tres Vírgenes se alza una arista de arenisca terciaria, escarpada al Este, pero que presenta hacia el Pacífico una larga pendiente, y continúa hasta el Golfo de la Paz. La cumbre de esta cadena, que podría suponerse el punto culminante de la península californiana, á juzgar por su nombre de Cerro del Gigante ó la Giganta, no tiene más que 1.388 metros, y se estima la altura media de la arista principal en menos de 1 000 m-tros. En cuanto al extremo meridional de la península, al Sur de la Paz, constituye una especie de isla granítica, y termina en dos aristas paralelas, una de las cuales tiene un pico ó punta culminante de 1.890 metros. En casi todos los grupos montañosos de la costa se han descubierto filones metálicos de oro, plata cobre y hierro. El oro domina en los esquistos de la costa occidental, y el mineral de plata en los pórfiros de la costa oriental.

Pero, á pesar de ser tan estrecha, y, por consiguiente, tan fácilmente accesible, la «baja» California—expresión empleada en el sentido de California del Sur—es muy poco conocida, á causa de su aridez y de la falta de población. Apenas han medido ó calculado la altura de sus montañas más que los marinos. Los navegantes son los que han observado igualmente el contraste de las costas; una muy abrupta y roquiza—la que baña el golfo de California—; la otra de formas más suaves y redondeadas, que se inclina hacia las aguas del Pacífico, y se halla circuida en varios sitios de playas bajas, islas arenosas y cordones litorales. Los acantilados de la cadena próxima á la costa oriental se yerguen hacia el abismo que ha abierto paso á las aguas del mar, entre Méjico y la península. Las islas de esta costa, tienen gran relieve. Una de ellas, el Angel de la Guarda, alcanza 1.315 metros. En conjunto, las islas ribereñas de la

Baja California tienen una extensión superior á la de todas las otras islas de Méjico.

Cortadas en línea recta por la frontera del Estado de Arizona, entre Tubac la norteamericana y Santa Magdalena la mejicana, las diversas cadenas que limita al Norte la depresión del río Gila, penetran en el territorio de la Sonora y Chihuahua perfilando al Sudeste sus crestas paralelas. Es el conjunto de cadenas secundarias que se comprende bajo la designación general de Sierra Madre. En la parte media, las rocas consisten principalmente en granitos y sienitas, pero también hay masas importantes de formaciones sedimentarias, sobre todo de una caliza carbonífera que encierra algún que otro pequeño yacimiento de antracita. De igual modo que en las montañas de la Baja California, han brotado en gran número las erupciones de lavas, y las piedras volcánicas cubren muchas vertientes montañosas y grandes llanuras. Existe además un volcán no apagado completamente, el Pinacate (1.656 metros), que se eleva, fuera de la Sierra Madre propiamente dicha, 100 kilómetros al Este del estuario del Colorado. En medio de un inmenso campo de lavas que se ha extendido al Sur de la montaña surgen algunos conos secundarios, uno de ellos como una caverna que despidе abundantes vapores sulfurosos. Los indios llevan al «genio» de este lugar ofrendas de flechas, conchas y cabezas de animales.

La altitud media de las montañas de la Sonora es de 1.500 metros, pero algunos de los grupos avanzados que se yerguen al Oeste en la inmediación del mar, alcanzan mayor altura, y ofrecen un aspecto tanto más arrogante cuanto que se presentan desde la falda á la cumbre con sus acantilados finales, sus escarpadas y sus contrafuertes. Tales son, cerca de la frontera arizónica, los montes de Sonoala, una de cuyas cimas no baja de 2.832 metros; y al Sur de la Sonora, el núcleo de los Alamos (1.791 metros), al cual siguen en Sinaloa otros grupos costeros. Las cimas de estos montes elevados presentan en invierno estrías de nieve. En todas estas montañas son muy numerosos los yacimientos de plata aurífera, y sus filones, que son muy irregulares, se cruzan en las rocas en diversos sentidos.

Al Sudeste de la Sonora se eleva gradualmente la Sierra Madre conservando su formación geológica y su aspecto. Una de sus cúpulas, la Cumbre de Jesús María, del macizo de Tarahumara, pasa de 2.500 metros, y el pico de los Frailecitos, cerca de Batopilas, parece que llega á 3.000. A medida que las crestas

crecen en altura, se acercan al litoral y presentan hacia el mar escarpados más abruptos. Desde los estanques y médanos de la costa se ven en el horizonte las altas cimas que penetran en la zona de las nubes. La arista de las cumbres elevadas y de las crestas recortadas forma una cadena continua á una distancia media de unos 100 kilómetros de la costa. Varias de estas cúspides pasan de 3.000 metros, y la cumbre de Pinal, perteneciente á la sierra del Nayarit, se eleva á 3.450 metros. Pero más allá, la meseta mejicana y los montes que la dominan pierden toda regularidad aparente en su relieve. Los macizos, unidos unos á otros por collados desiguales, no siguen ya dirección regular. Al Oriente es donde se presentan los grupos más imponentes, notables por su extraordinaria abundancia en grandes filones argentíferos, mientras que al Sur el profundo valle del río Lerma marca una zona de separación en el conjunto del sistema montañoso. Precisamente enfrente de esta brecha, y á 100 kilómetros de la costa, se eleva la cadena insular de las Tres Marías y del San Juanito, orientada de Noroeste á Sudeste, paralelamente al eje de la sierra continental. La cima más alta, que arrojó lavas, llega á 736 metros.

Antiguamente no faltaron volcanes en la parte de la Sierra Madre que se eleva al Norte del Lerma, y en algunos sitios se ven campos de lava, desnudos ó cubiertos de bosque, y cerros de cenizas ó escorias. Sobre todo la Breña, al Sur de Durango, es un caos volcánico de grietas y corrientes de lava, un *mal país*, difícil de atravesar; pero todos los focos subterráneos han perdido su calor, y al Mediodía del surco de división es donde empieza la región de los mares interiores de lava que se revelan por las llamadas «montañas de fuego», y atraviesan Méjico oblicuamente de uno á otro mar. Algunos de estos montes aparecen aislados ó en macizos distintos; las bocas de otros, al contrario, se han abierto en el eje mismo de las grandes cadenas. El Ceboruco (2.161 metros) ó pico de Ahuacatlán, es el primer grupo de mogotes de esta zona volcánica próxima al Gran Océano, y forma parte de un caos de montañas casi enteramente separado de Sierra Madre por los valles y los pasos que domina la ciudad de Guadalajara. En 1870 entró en erupción violentamente, y desde esa fecha lanza al aire gases y vapor de agua. En este grupo abundan los cráteres. Los dos mayores, uno extinguido, otro humeante, y ambos de 300 metros de profundidad, sólo están separados por un estrecho diafragma formado de conos yuxtapuestos.

Más lejos, hacia el Sur, humea también el Colima, ofreciendo en el conjunto de sus fenómenos una apariencia de correlación con el Ceboruco. A pesar de su altura (3.886 metros), el soberbio volcán viene á ser el promontorio meridional de una montaña de pórfido más elevada, que los indígenas llaman Volcán de Nieve, aunque su cúpula no remata en un cráter. La depresión que se divisa en la cumbre, y que se toma comúnmente por una antigua boca ignívoma, parece ser un anfiteatro formado por dos barrancas, cuyos torrentes descienden al Pacífico. En las vertientes del volcán de Nieve el límite superior del bosque se halla á la altitud de 3.950 metros, y más allá empiezan las nieves, que persisten en todas las estaciones sobre la parte desnuda de la cima. Desde la punta extrema, que sube á 4.334 metros, se desciende al Sur hacia el volcán de Fuego, separado del vecino coloso por un recinto de roca. Las erupciones del Colima, raras durante los últimos siglos, se han hecho frecuentes. En 1869, en 1872, en 1873 y en 1885 lanzó al espacio masas de cenizas, y la contracorriente de los alisios las llevó por las alturas del aire hasta San Luis de Potosí. 450 kilómetros al Nordeste. También han salido lavas del volcán durante estas erupciones; pero casi todas surgieron de conos adventicios, los «Hijos del Colima», y de cerros diseminados en los valles de los alrededores. La laguna de Calabozo, cuya profunda sima, aún no sondada, se abre en la falda septentrional del monte, y vierte sus aguas por el río San Antonio, parece ser un antiguo cráter, cuya masa líquida procede de manantiales sulfurados. La montaña, situada en el borde mismo de las tierras altas mejicanas, y cortada al pie por barrancas enormes, á cuya salida empieza el llano, ocupa el centro de un inmenso horizonte. Por el Este se extiende la vista hasta la punta centelleante del nevado Popocatepetl.

En la misma latitud que los dos montes gemelos del Colima se eleva el volcán arbolado de Tancitaro (3.665 metros), pero está mucho más próximo á la cordillera matriz, de la que es un simple contrafuerte meridional, que domina el horizonte hasta el Océano Pacífico. Se une al cerro Patambán (3.750 metros) mediante la larga sierra del cerro Peribán. Más al Este se yergue aún otro volcán, aunque casi aislado, en medio de un «mal país» ó pedregal de lavas, que el río Mexcala rodea por el Sur. Es el Jorullo, de 1.315 metros de altura. Desde la descripción que hizo Humboldt de él, el nombre de este volcán se repite frecuentemente. Sábese que esta montaña apareció hacia fines

de 1759, en medio de campos cultivados, bajo los cuales se oían hacía meses prolongados truenos. Cuenta la tradición que los cráteres de Cutzarándiro, situados 80 kilómetros hacia el Este, estaban todavía en erupción algunos años antes de la aparición del Jorullo. Supónese que la formación del nuevo volcán serviría para abrir otra salida al hogar subterráneo, y que desde esa época se cerraron completamente las primitivas bocas. La tradición, á que Humboldt ha prestado la inmensa autoridad de su nombre, pero que no se apoya en ningún documento digno de fe, y está en desacuerdo con los hechos observados desde entonces en toda la superficie de la tierra, afirma que el Jorullo surgió de repente durante una noche; que la víspera no se veía más que un campo donde el viento balanceaba los tallos de cañas de azúcar y de los añiles, y que á la mañana siguiente ofreciéronse á los campesinos, refugiados en las lejanas colinas, seis grandes conos, uno de los cuales se elevaba más de 500 metros sobre la llanura del contorno. Preténdese que las materias en fusión levantaron todo el país, y que, habiéndose formado un embudo en el centro, las rocas ablandadas se elevaron sobre su nivel antiguo para construir el pico que hoy se ve. Esta hipótesis de una ascensión del suelo primitivo no es mucho más fundada que la de los indígenas á propósito de una venganza de los frailes. Según dicen los indios, los dueños de una hacienda no recibieron á unos capuchinos con los debidos honores, y éstos, al alejarse de la verde llanura, mandaron á las llamas que la devorasen. La formación del Jorullo, como la de todos los demás volcanes, debe atribuirse á erupciones sucesivas de cenizas y de lavas.

El monte reposa desde 1860 ó, por lo menos, no tiene más que ligeras trepidaciones. Del ancho cráter, de unos dos kilómetros de contorno y 200 metros de profundidad, no salen ya más que tenues vapores, casi siempre invisibles, y que no se condensan en nubecillas sino antes de las lluvias. Las faldas de la montaña se han cubierto en parte de bosques, donde se mezclan los árboles de la zona tropical con las especies de la zona templada; y los hornitos de la base, innumerables y de algunos metros de altura, de donde subían chorros de vapores, se han hundido en su mayoría. En tiempo de Humboldt tenían una temperatura de 96 grados, que ha descendido gradualmente, y hoy varía de 50 á 60.

El río San Pedro y otro riachuelo, cuyas aguas se habían vaporizado al tiempo de la erupción, y que, cubiertos por una

capa de lava, brotaban como manantiales calientes á varios kilómetros del volcán, han perdido su calor.

Los volcanes de Colima, de Tancítaro, de Jorullo y, mucho más al Este, la montaña amortiguada de Tasco, igualmente al Norte del río Mexcala, se hallan dispuestos en una alineación paralela al eje de Sierra Madre, que continúa á una distancia media de unos 60 kilómetros hacia el Norte. Pero esta misma gran cadena se compone casi enteramente de rocas eruptivas, antiguas ó modernas, que en sus valles plegados encierran cuencas de aguas lacustres donde se han depositado aluviones cuaternarios. El primer volcán ó grupo de volcanes extinguidos, San Andrés ó Tajimaroa, al Este de Morelia, ofrece en una de sus cimas una abertura llena de agua hirviendo que exhala abundantes vapores sulfurosos. Estos vapores transforman en sulfatos las tierras arcillosas del contorno y demuelen periódicamente las casetas de los obreros encargados de recoger en el fondo de la charca el azufre mezclado con el cieno. Otra cima traquítica, el Cerro de las Húmeredas, debe su nombre á las nubes que suben de multitud de fumarolas, y cerca de allí brota un geisero ó surtidor de un cono de sílice depositado por las columnas de agua hirviendo. Uno de los cráteres se llama el Chillador, á causa del ruido estridente de sus vapores. En 1872, á consecuencia de violentos terremotos, se abrió un nuevo Chillador al lado del antiguo. La altitud de este monte excede probablemente de 4.000 metros. Al Norte de Morelia y del gran lago de Cuitzeo aparece otro grupo compuesto de siete volcanes en un núcleo distinto, cuyo anfiteatro rodea la depresión llamada Valle de Santiago. Los cráteres de la Alberca y de otra de estas montañas están llenos de un agua ligeramente alcalina. El foco local de calor está probablemente apagado; pero más al Norte, en el grupo de Guanajuato, existen geiseros ó surtidores de barros termales como testimonio de la actividad continua de los vapores subterráneos.

El Xinantecatí, que significa el «Señor desnudo», pero que se designa por lo común con el nombre de Nevado de Toluca, se eleva casi directamente al Sur de la ciudad de donde ha recibido su denominación. Es una de las cumbres más altas de Méjico, porque llega á 4.578 metros, ó sea la altitud del Monte Rosa. El Nevado es de una vertiente suave y regular que se asciende fácilmente. Los viajeros no tienen más que seguir, á ejemplo de Humboldt, el sendero abierto por los leñadores, cruzando el bosque de pinos y de abetos, que se aclara poco á poco hacia la

cima; después cede el sitio á los matorrales, y, por último, hacia los bordes del cráter, á una hierba rala que crece en las grietas del pórfido. Allí se encuentra el límite entre la vegetación y las nieves perpetuas, porque éstas se mantienen en el declive septentrional del volcán aun en los dos meses de gran evaporación, Septiembre y Octubre, y por esa parte ciñen los rojizos barrancos con un pequeño collar. En la depresión de la cima hay dos lagos de agua dulce separados por montículos. Las nieves y las lluvias impiden en todas las estaciones la desecación de los dos lagos, que tienen por término medio 20 hectáreas. El principal mide 10 metros de profundidad y contiene peces de una especie particular. El agua, muy fría (6°.25), es casi tan pura como el agua destilada, y se ha propuesto utilizarla mediante canalización para abastecer la ciudad de Toluca. Al Oriente del horizonte del Nevado divisase á lo lejos el cerro de Ajusco (4.153 metros), que no llega del todo al límite de las nieves perpetuas, y cuyas corrientes de lava bajan hasta las puertas de Méjico. Otros volcanes menores, como el Culiacán y el Ozumba, todos apagados, se hallan dispuestos sin orden aparente en la parte de la gran cadena que se eleva al Sur de la capital.

El volcán más famoso de Méjico, cuyo nombre se repite con frecuencia en las obras de geografía, es el Popocatepetl ó el Monte del Humo, que durante mucho tiempo se ha considerado sin razón como el saliente más alto de América del Norte, y ni siquiera es probablemente el más elevado de Méjico. El primer trepador del Popocatepetl, que cita la historia, es el capitán español Diego de Ordax, que el año 1519, cuando la pequeña columna conquistadora de Cortés estaba aún en Tlaxcala, se internó en el país azteca para subir á la cumbre de la montaña de Guaxocingo, de donde se elevaban grandes humaredas blanquecinas, á fin de saber el «secreto» del monte. ¿Alcanzó la cima? Según Cortés, se vió detenido por las nieves; según Bernal Díaz, llegó hasta el cráter. Por lo menos fué el primero de los españoles que vió á sus pies el gran valle de la capital y la ciudad prodigiosa cuyos templos brillaban al sol entre las relucientes aguas de los lagos. En recompensa de su hazaña, Carlos V permitió al valiente capitán llevar la imagen de un volcán en su escudo. Multitud de soldados españoles y de frailes franciscanos subieron también hasta la boca del cráter durante el período de la conquista. Se cita sobre todo á Montano y á Larios, que iban á buscar allí azufre para la fabricación de

la pólvora. Desde principios del siglo XIX fueron frecuentes las ascensiones. Son, por lo demás, relativamente fáciles, gracias á la regularidad de la falda, aun cuando la masa pórvida del Popocatepetl supera al Mont-Blanc en 600 metros. La altitud del volcán mejicano, tomando el promedio de 11 mediciones, es de 5.411 metros. Resulta, pues, inferior en 225 metros, por lo menos, á su rival norteamericano el monte de San Elias. En la vertiente oriental el límite inferior de las nieves persistentes se halla á 4.300 metros. Las nieves llenan las desigualdades del suelo, y en el contorno del cráter se transforman en un círculo de hielo de dos á tres metros de espesor, que forma glaciares con pequeñas grietas. Al Este, hacia el pie del monte, se encuentra gran número de peñascos dispersos, cuya presencia deba atribuirse probablemente á la acción de los glaciares que bajaban antes de las cumbres.

La arista del cráter, en donde descuellan dos cúspides principales, el Pico Mayor y el Espinazo del Diablo, es una cuchilla por donde se camina en equilibrio entre dos abismos. Por un lado la vista se extiende al Este hasta las tierras cálidas que domina la meseta; por el otro, se abre el respiradero del volcán, concavidad de un kilómetro de circunferencia y de 75 metros de profundidad. Está lleno de nieve, pero tiene surtidores de gas, que cambian frecuentemente de sitio y funden la blanca masa alrededor del cráter. Se ven manchas de un amarillo de oro que indican de lejos los depósitos de azufre á los volcaneros, los cuales van á recogerlo casi todos los días al fondo de la abertura, y se sirven de una banasta que baja y sube por medio de un cabrestante colocado al borde del abismo. La explotación, muy inferior á la producción, que se calcula en una tonelada por día, es de unas 43 toneladas al año. Un manantial que brota en el fondo del cráter alimenta un charco verdeo, cuyas aguas, dicen los indígenas, salen al pie del volcán en diversas fuentes termales. Las erupciones del Popocatepetl son raras, y menos violentas durante el último siglo que durante la conquista, sobre todo en 1539. El Ixtaccihuatl ó la Mujer Blanca, situado al Norte del Gigante (montaña menos alta, 4.900 metros, pero más elevada aún que el Mont-Blanc), no es un volcán, aunque los indígenas la temen mucho, y la han hecho objeto de numerosas consejas. Ninguna fumarola ha traspasado el manto de nieves que cubre su cono porfirico sin cráter. Según los aztecas, los dos montes eran dioses, y el Popocatepetl tenia por esposa al Ixtaccihuatl. El Monte-Humo

es un indicador meteorológico para las poblaciones que viven al pie. Cuando el vapor del cráter es de un negro espeso y se desarrolla en enormes espirales hacia el Norte, se espera lluvia. Cuando la nube se encorva, al contrario, hacia el Sur, es señal precursora del frío y helada. La posición vertical de la columna humeante se considera como indicio de fuerte viento ó terremoto. Dos ó tres horas antes de estallar una borrasca en la llanura, se ven surgir del cráter de vez en cuando cenizas y piedra pómez.

Las dos montañas gemelas que dominan el valle de la ciudad de Méjico se elevan casi en el ángulo del baluarte triangular que forma la meseta central del Anahuac. Las Sierras Madres del Occidente y del Oriente cruzan sus dos aristas en la inmediación de Tehuacán, y desde este nudo de convergencia las cadenas no constituyen más que una sola hasta el istmo de Tehuantepec, á manera de ramas unidas en un solo tronco. Pero si la Sierra Madre del Oeste parece que concluye un poco al Este de la capital, detenida por una muralla de montes pertenecientes á otra alineación de cimas, la naturaleza eruptiva de las rocas prolonga la zona volcánica mucho más allá del Popocatepetl. La Malintzin ó Malinche, la Matalcuevatl de los antiguos aztecas (4.107 metros) llamada también Doña Marina, en recuerdo de la intérprete india de Cortés, eleva su masa aislada en medio de la meseta de Tlaxcala. Según la tradición, es hija del Popocatepetl y del Ixtaccihuatl, y anduvo vagando mucho tiempo en busca de un sitio favorable. Otras grandes cimas de erupción se elevan á orillas de las tierras altas en la cadena de rebordo perteneciente á la sierra principal del Este. Los dos montes más altos de esta hilera de montañas son también dos volcanes, el Cofre de Perote y el pico de Orizaba, los dos visibles desde el mar. El Cofre debe su nombre á la forma triangular de su cima (4.089 metros), que limitan á menudo estratos de nubes y que parece suspendida en los cielos como un inmenso sarcófago. Los aztecas le dieron antiguamente otra denominación análoga á la de los españoles: Nau-campa-tepetl, es decir, la «Montaña de las cuatro Aristas». Está rodeado de un país de lavas, en donde se abre al Oeste del volcán la caverna de Cinacamote, de seis á siete leguas de longitud, al decir de los indígenas, pero difícil de recorrer á causa de los peñascos que se han desprendido de la bóveda. Por allí debió salir en otro tiempo un río de lavas muy líquidas. En las laderas del Cofre se abren bocas de volcanes parásitos, apagados al presente, y

de su base descienden hacia el mar largas corrientes de lavas. Más allá de las capas terciarias y cuaternarias que cubren las antiguas formaciones del litoral alineanse á lo largo de las playas una cadena de arrecifes procedentes de pasadas erupciones. Es la Boquilla de Piedras. El Macuiltepec ó los «Cinco Montes», en cuyas faldas está asentada la encantadora Jalapa, es también un volcán con el cráter poblado de vegetación.

El volcán de Orizaba, que domina la ciudad del mismo nombre, 50 kilómetros al Sur del Cofre, es el rival en altura del Popocatepetl. Según los cálculos más cortos, mide, por lo menos, 5.295 metros, pero excediendo siempre al Popocatepetl. Su designación azteca Citlal-tepetl ó «Monte de la Estrella», dimana quizá de que la cima resplandeciente del cono parece encontrarse en la inmediación de los astros, ó del fuego que pudieron encender en otro tiempo las lavas que vomitaba el cráter. No hay montaña más imponente por la regularidad de su forma y por la belleza del nevado cono que surge sobre la cintura verde de los árboles ó las cambiantes nubes de la atmósfera. Las laderas inferiores del monte son fáciles de subir, pero la ascensión al cono superior es muy penosa, y pocos son los viajeros que han podido abrir una escalera en las nieves de la cumbre y llegar á las cenizas y escorias del cráter grande. En 1848, Raynolds y Maynard, que formaban parte del ejército yanqui de invasión, alcanzaron por primera vez el punto culminante. Tres años después Doignon seguía sus huellas y daba la primera descripción de la cima con sus tres bocas y las paredes intermedias. La depresión del centro, de forma oval, tiene 450 metros de circunferencia y de 35 á 40 de profundidad. Parece que la última gran erupción ocurrió hacia mediados del siglo xvi. En tiempos posteriores aún salían vapores y surtidores sulfurosos de rocas en descomposición que se deshacían como paredones de un muro ruinoso, pero rara vez se veían esas columnas de gases transparentes desde los campos inferiores. En 1878 el hogar se hallaba completamente apagado. El cráter está lleno de nieve por lo común. Algunas masas de nevado, que el viento lleva hasta las grietas laterales, se transforman en hielo, y varios autores han podido hablar de los glaciares que descienden de la cima del Orizaba. Al monte de la Estrella van obreros, como al Popocatepetl, para proveerse de nieve dura. Las pendientes del Orizaba y las llanuras de los alrededores están sembradas de volcanes adventicios, de 120 á

150 metros de altura, que parecen gigantescos túmulos, y los indígenas dicen, en efecto, que son los montículos funerarios erigidos sobre los cuerpos de antiguos reyes. Debieron apagarse en una época ya lejana, porque están cubiertos de vegetación forestal, y los cráteres mismos se han convertido en copas de verdor. Al Noroeste, sin embargo, se abre una boca ignívoma, activa aún, en el grupo de los Derrumbaderos (3 120 metros), en la cumbre de un cerro volcánico situado al Noroeste de Tepetitlan, y que forma un triángulo con las dos masas del Cofre y del Citlaltepétl. Esta boca arroja constantes vapores y materias incandescentes.

El pico de Orizaba no es el límite extremo de la zona de los volcanes mejicanos. Todavía se eleva un grupo aislado á orillas del mar, cerca de la curva extrema que forma el Seno Mejicano, entre el cuerpo continental propiamente dicho y la península yucateca. Este grupo es el de Tuxtla, de 1.500 metros de elevación. Se encuentra á 220 kilómetros en línea recta del volcán de Orizaba y lo separan de las montañas de Sierra Madre varias extensiones de tierras de aluvión, donde se ramifican las corrientes de agua. En 1664 arrojó lavas; después descansó durante ciento veintinueve años. El despertar de la montaña en 1793 fué terrible. Dicese que las cenizas de la erupción volaron, por un lado, hasta Veracruz y Perote, y, por otro, hasta Oaxaca. El foco, alimentado sin duda por las aguas del mar, de las lagunas y de los pantanos vecinos, ha vuelto á reanimarse en época reciente. Según el testimonio unánime de los indígenas, los dos montes de Orizaba y de Tuxtla «se hablan» uno á otro por medio de sordos rebobles como los de un trueno lejano. Los promontorios de lava que el Tuxtla proyecta en el mar forman el extremo oriental de la zona volcánica tortuosa, cuyo eje central, de un desarrollo de 1.180 kilómetros, coincide casi con los 19 grados de latitud y se prolonga por el Pacífico hasta el archipiélago hawayano. Las islas deshabitadas de Revilla Gigedo, que se encuentran en el trayecto de esta línea ideal, son probablemente de origen volcánico, pues las embarcaciones que recorren sus aguas han encontrado frecuentemente capas de piedra pómez flotantes. La región de los volcanes mejicanos es también la zona principal de los terremotos, y sus ondulaciones se propagan por lo común de Este á Oeste, siguiendo la misma línea que las grietas de erupción. La provincia que más agitan las vibraciones del suelo es la de Jalisco. Se ha notado que los edificios construidos sobre el

granito ó el pórfido son los que más suelen resentirse de las sacudidas terrestres.

La Sierra Madre oriental, cuyas cimas culminantes son el Cofre y el Cit altepetl, es, como la occidental, prolongación de las montañas pertenecientes á los Estados Unidos. Las hileras paralelas de los *Apache-mountains*, que corta el río Bravo por una serie de desfiladeros orientales de Sudoeste á Nordeste, prosiguen en la orilla derecha del río y extienden hacia el Sudeste sus murallas calizas de formación jurásica, de acantilados abruptos y afiladas aristas, atravesadas por algún macizo de erupción. La altitud media de esas crestas no excede de un millar de metros; pero se elevan gradualmente hacia el Sur, lo mismo que la cadena marginal de Occidente, y hacia Saltillo existen cimas que alcanzan 2.000 metros de altura. En estas regiones del Norte de Méjico las dos sierras convergentes del Este y del Oeste no están unidas aún por estribos transversales; al contrario, se hallan separadas por dilatadas llanuras, cuencas de aluviones cuaternarios que depositaron en otras épocas mares interiores y que el viento levanta formando altas dunas. Se les da el nombre de *Llanos* como á las extensiones herbosas de Venezuela; pero en Méjico esos fondos de antiguos lagos tienen una vegetación diferente y están divididos en varias depresiones por pequeños macizos de colinas volcánicas ó de otra naturaleza, que se elevan sobre la llanura. Estas eminencias siguen en su mayoría la dirección del Noroeste al Sudeste, paralelamente á las dos grandes cadenas litorales, y forman así estrechos desfiladeros ó cañones por donde se deslizan los riachuelos y pasan los caminos. El Llano de los Cristianos, que ocupa varios millares de kilómetros cuadrados al Sur del río del Norte y de su afluente el Conchos, es una de esas etapas que numerosas sierras y colinas dividen en multitud de llanuras secundarias. El Llano de los Gigantes, situado más al Sur y llamado así por las gigantescas osamentas encontradas en las arcillas y arenas (huesos que se creían de antiguos gigantes, en otras épocas), aparece mucho más nivelado, y sólo algunos cerros de poca altura interrumpen su uniformidad. Se prolonga al Sudeste para formar el Bolsón de Mapimi, cuenca arenosa y salina, desierta en casi toda su extensión de unos 100.000 kilómetros cuadrados. El Bolsón de Mapimi es el Sáhara de Méjico.

Al Sur de esta depresión vuelve á levantarse el suelo, y las dos cadenas principales del país se unen por grupos interme-

dios y por los salientes de una meseta montuosa. Al Sudeste de Saltillo hay un primer grupo de cimas que alcanza 2.560 metros. Más al Sur, un pico de la región minera de Catorce se eleva á 2.730 metros; la cresta de Veta Grande de Zacatecas se dibuja á 2.786 metros; el Cerro de la Cruz, cerca de Aguascalientes, parece tener 3.000 metros justos. La arista del Gigante, cerca de Guanajuato, sube á 3.250 metros sobre el nivel del mar, mientras que una cima próxima, más gigantesca, á pesar de su modesto nombre de Llanitos, se yergue á 110 metros más de altura. En fin, toda la parte septentrional de los Estados de Querétaro y de Hidalgo la ocupa un caos de cimas, entre las cuales se distinguen algunos montes de un aspecto notable, como el Mamanchota (2.977 metros) y los Órganos de Actopán, así llamados por sus torres de pórfito que se elevan como colosales cañones de órgano.

De la disposición esporádica de los nudos esparcidos en la meseta resulta que casi por todas partes pueden sortearse fácilmente sin necesidad de atravesarlos. Así, hay vías naturales que siguen los emigrantes y siguieron los conquistadores, que rodean la Malinche y el Popocatepetl, y serpentean alrededor de los núcleos de Hidalgo, de Querétaro y de Guanajuato. En cambio, en muchos sitios es muy difícil escalar y sobre todo rodear horizontalmente las vertientes de la meseta, á causa de los barrancos profundos abiertos paralelamente en las vertientes de las montañas. En las regiones cuyos terrenos se componen de piedras pómez y cenizas ligeras, las aguas de erosión han abierto enormes surcos que tienen centenares de metros de profundidad y se unen formando barrancos antes de confundirse con el nivel de las llanuras. Los barrancos más conocidos de esas gargantas de erosión son los de las sierras de Tepic y los del volcán de Colima, del Orizaba y de las montañas inmediatas. A veces se emplea un día entero en llegar á una aldea que se divisaba, al partir, sobre una terraza próxima, á algunos kilómetros no más, pero adonde no se llega sino después de haber salvado cuatro ó cinco enormes fosos de ruinosos taludes surcados de peligrosos senderos. Hay barrancos antiguos cuyas vertientes desaparecen por completo bajo la vegetación. Cuando se llega al fondo de la garganta y se ve serpentear un hilillo de agua bajo la hierba, se sorprende uno viendo cómo tan débil agente geológico ha podido excavar la tierra á tan grandes profundidades.

Pero, al paso que la naturaleza destruye en unos puntos,

en otros reconstruye. En las mesetas se observa que las montañas aisladas, aun los volcanes de origen geológicamente moderno, y las vertientes de las grandes montañas, como el Popocatepetl, están envueltas en una capa arcillosa ó arcillo-margosa de 60 á 100 metros de espesor por término medio. Estas capas las forman casi en su totalidad los remolinos de polvo, que giran en las mesetas de trecho en trecho, á modo de alminares movibles, que desaparecen y se renuevan sin cesar.

Al Sur de las montañas situadas entre las dos cadenas principales se extiende una serie de llanuras, fondos de antiguos lagos ó mares interiores. Una de ellas es el Bajío, larga depresión sinuosa, que serpentea en un espacio de unos 200 kilómetros al pie de los macizos de Guanajuato, y que se halla cubierta por una arcilla negra, resultado de la descomposición de las rocas basálticas. En esas regiones, comprendidas en el espacio angular que limitan las dos sierras convergentes, la elevación media del zócalo pasa de 2.000 metros. Muy pocas son las ciudades que se encuentran en depresiones de menor altura. Morelia, situada en un valle bajo, en la falda septentrional de la cadena de los volcanes, se halla á 1.950 metros solamente. Toluca se levanta á 2.580 metros. El pueblo próximo de Tlaluepantla se encuentra á 2.775, y la ciudad minera de la provincia de Hidalgo, llamada Mineral del Monte está á 2.758. En fin, el rancho de Tlamecas, situado en las laderas del Popocatepetl y habitado constantemente durante el año, se encuentra á la altitud de 3.810 metros. A esa altura la vida es á veces difícil para los habitantes de las regiones bajas.

Las montañas que se extienden al Sudeste de la meseta de Anahuac no tienen ninguna simetría. Puede decirse que son restos de una antigua meseta que las aguas han despedazado. Estas han desmoronado las rocas en una ú otra vertiente, dejando en pie macizos de forma irregular, orientados en diversos sentidos, paralela ó transversalmente al trazado de las costas. Los antiguos aztecas daban á estos montes el nombre de Mixtlán ó «País de las Nubes», y los españoles los llaman todavía Mixteca Alta, el país alto de los Mixtecas ó «Gentes de las Nubes». El cerro de San Felipe del Agua, que puede considerarse como perteneciente al eje central de la región montañosa, alcanza 3.125 metros al Norte de Oaxaca. El punto culminante, situado más al Este, en un ramal secundario, es el Zampoal-tepetl ó macizo de los «Veinte Montes», de 3.356 metros.

Desde la cima se ven á la vez el Pacífico y el Seno Mejicano.

Pero al Sur de esas montañas irregulares que forman el tronco roto de la cadena central, se ha elevado otra sierra más continua, la sierra del Sur, que sigue la costa del Pacífico, y á la cual se da á veces el nombre de Sierra Madre. Al Sur de Oaxaca, en el Cimaltepec, parece que alcanza 2.260 metros. Á orillas del mar, no lejos de Juquila, se eleva un cabo aislado, el volcán extinguido de Chacatuca, con el cráter lleno de azufre. Más al Este, cerca de Pochutla, se ve otro cono, uno de los diez volcanes activos de Méjico. Antes de 1870, en que su boca se abrió de repente para vomitar vapores y cenizas, se había perdido todo recuerdo de explosiones precedentes.

Las cadenas de Méjico continúan en el istmo de Tehuantepec, mediante un pedúnculo de tierras altas cruzadas por seis collados de corta elevación. El más bajo, llamado Portillo de Tarifa, por el nombre de un pueblo inmediato, sólo tiene 229 metros de altitud. La mayoría de los macizos lindantes con las llanuras del istmo tienen el aspecto de «mesas». Vistos desde las montañas contiguas, se confunden casi enteramente con los campos bajos.

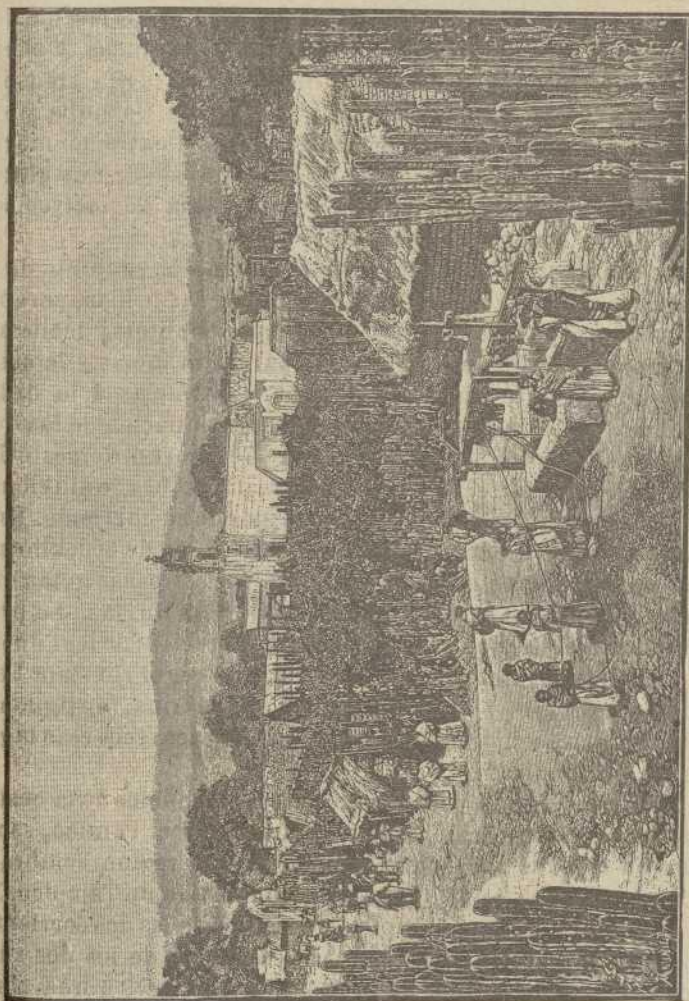
Las abundantísimas minas de Méjico se encuentran casi todas en las Sierras Madres, al Norte del «valle», y siguen alineaciones regulares. El gran eje metalífero es desde Batopilas á Guanajuato en la dirección exacta de Noroeste á Sudeste. Los famosos yacimientos de Zacatecas, Fresnillo, Sombrerete y Durango se encuentran en ese eje ó en la inmediación, y los filones se orientan en el mismo sentido.

III

Ríos de Méjico y litoral.

La forma de la meseta mejicana, con sus estrechas vertientes, sus cadenas marginales orientadas paralelamente á las orillas, y la sequedad del clima en la parte septentrional y regiones interiores de la comarca, han impedido el nacimiento de ríos importantes con grandes ramificaciones. La corriente principal de Méjico, no por su abundancia relativa de agua, pero sí por la longitud de su valle y por el papel que desempeña como frontera, en una longitud de 1.200 kilómetros entre las dos Repúblicas, la anglosajona y la hispanoamericana, es el río Bravo ó río Grande del Norte. La parte mejicana de su

cuenca constituye como el tercio de su extensión total, ó sean 235.000 kilómetros cuadrados, pero apenas recibe afluentes caudalosos, y la mayoría no llevan en todas las estaciones la



Un pueblo de indios. (Dibujo de Roux.)

bastante cantidad de agua para mantener su corriente. No corren sino por excepción, en tiempo de lluvia, y su masa líquida, adquiriendo un carácter salino á consecuencia de su permanencia en cuencas de evaporación, comunica un gusto

salobre al agua del río Bravo. El afluente más considerable en la orilla mejicana es el río Conchos, cuyas fuentes alimenta en un espacio de más de 300 kilómetros de Norte á Sur la vertiente oriental de la gran Sierra Madre, entre los Estados de Sonora y de Chihuahua. De la Sierra Madre del Este bajan el río Salado, cuyo nombre indica el régimen de largos estiajes, y el río San Juan formado de corrientes numerosas de agua transparente que riegan los distritos más fértiles de Coahuila y de Nuevo León. Una de esas corrientes, hacia el extremo meridional de la cuenca, es el Puente de Dios, que cae de una altura de 60 metros y se hunde en una grieta, hasta 25 metros por debajo de un «puente de Dios» ó arcada natural.

Los acarrees del río Bravo han llevado el conjunto de la costa muy por fuera de la línea normal de las orillas, pero no han podido cegar las lagunas ribereñas, y el litoral mejicano se compone de una doble playa: las puntas arenosas y la costa firme propiamente dicha. Prolónganse paralelas á la orilla marítima varias albuferas alargadas, continuación de las que guarnecen la costa de Texas en todo el contorno Noroeste del golfo mejicano, tan sólo interrumpidas por diques de aluviones que los ríos han depositado á ambos lados de su corriente. Esas cuencas interiores, de una longitud total como de 300 kilómetros, no comunican con alta mar sino por estrechas g. las que cambian de sitio según las tempestades y las lluvias. La proporción salina de las aguas varía con las crecidas de los afluentes y las irrupciones del mar. Dos riachuelos, el río San Fernando ó del Tigre y el de Santander ó la Marina, (antiguo río de las Paimas) contribuyen á cegar con sus acarrees esas lagunas sin profundidad.

Al Sur del Marina y de algunos otros riachuelos de la costa, hay dos corrientes importantes, el Tamesi y el Pánuco, separados en otro tiempo, y que se unen en una región sembrada de lagunas y pantanos, más arriba de la barra de Tampico. De ahí el nombre de Tampico que á veces se da á las dos corrientes reunidas. El Pánuco, que es el más caudaloso de los dos ríos, nace al Norte del «valle» de la capital y aun recibe una parte de sus aguas por la cortadura de Huehuetoca. Bajo los nombres de Tula ó de Montezuma, describe un extenso semicírculo hacia el Oeste al través de las montañas de Hidalgo, y después recoge los diversos afluentes que le envía el Querétaro. Uno de ellos, cerca de Jalpán, pasa por cavernas profundas en una longitud de más de 3 kilómetros. La enorme bóveda se llama,

como la arcada de Nuevo León, «Puente de Dios». En las galerías que recorre el río se han encontrado cadáveres humanos completamente cubiertos de estalactitas. Otra de esas corrientes es la que forma la famosa cascada de Regla, que se precipita de lo alto de una brecha abierta al través de los pilares de basalto. Las paredes están erizadas de columnas en torno de las cuales se enroscan los bejucos y entre los hexágonos azulados de las peñas se divisan las blancas aguas fraccionadas en cascaditas. Entre el Tamesi y el Pánuco han cegado casi enteramente las cadenas de lagunas que orlaban el litoral; pero al Sur del río Tampico queda todavía un pequeño mar interior, la laguna de Tamiahua, separada de las aguas del mar por un estrecho cordón de playas. Ese dique de arena no ofrece la curva ligeramente cóncava que presentan la mayoría de las otras puntas que forma poco á poco el movimiento de las olas delante de las bahías de la costa; al contrario, avanza formando una línea convexa, 40 kilómetros al Oeste de la orilla. Este saliente litoral del Cabo Rojo se debe con seguridad á la presencia de un archipiélago de peñascos que ha servido de punto de apoyo á dos playas convergentes. Otras lagunas ribereñas que siguen al Sur entre puntas de arena y la verdadera orilla, reciben algunos ríos caudalosos que bajan del país de los Huastecas. La costa se halla cubierta en varios puntos de dunas que se han levantado poco á poco sobre las playas, cuya arena las alimenta, y que caminan hacia el interior á impulsos del viento alisio. Así, la Villa Rica de la Vera-Cruz, que Cortés había fundado cerca de Zempoala, está ahora cubierta de montículos de arena movediza.

Más lejos, hacia la ensenada meridional del golfo de Méjico, el estuario de Alvarado, recibe gran número de ríos convergentes, entre los que figuran como principales el Papaloápam ó «río de las Mariposas» y el San Juan. Son muy caudalosos gracias á la gran cantidad de lluvias que lanzan los vientos alisios sobre las vertientes septentrionales de los montes de Oaxaca. El río Coatzacoalcos ó «de las Serpientes», que corre al otro lado del macizo volcánico de Tuxtla, y que Gri alva había descubierto ya antes de la expedición de Cortés, es también, en proporción á su longitud, que viene á ser de 355 kilómetros, una de las grandes corrientes mejicanas. No tiene por cuenca más que la llanura de aluvión y el anfiteatro de montañas bajas que forman la vertiente septentrional del istmo de Tehuantepec, y, sin embargo, no mide menos de 7 á 800 metros de am-

plitud en su curso inferior. Los buques grandes que pasan la barra pueden subir la corriente durante unos 39 kilómetros, hasta Minatitlán, y las lanchas penetran á más de 100 kilómetros, ó sea hacia el medio del istmo, hasta la aldea de Suchil. Pero en el punto de encuentro de las aguas marinas y las aguas fluviales el fondo se levanta formando una barra peligrosa, y su fondo, siempre el mismo desde la expedición de Cortés, es de tres y medio á cuatro metros. Mas de un buque se ha perdido en la entrada del río, y ese riesgo es el motivo por el cual se ha renunciado á la idea de abrir un canal de esclusas al través del istmo de Tehuantepec.

También están obstruidos los ríos que desaguan á la parte opuesta en el Pacífico. La gran laguna de Tilema, de cuencas ramificadas, que se abre precisamente al Sur de la parte más estrecha del istmo, y hacia la cual convergen numerosas corrientes, sólo tiene dos ó tres metros de agua en la barra, según las estaciones, y muchas veces las barcas pequeñas no pueden siquiera intentar el paso. Allí zozobró una de las carabelas que mandó construir Cortés para explorar las costas del Grande Océano. La boca del río Tehuantepec, que desemboca en el Pacífico al Oeste de la gran laguna, se halla cerrada completamente por las arenas mucha parte del año, y los buques tienen que anclar en la rada abierta, bien llamada de la Ventosa, ó cerca de los peligrosos escollos graníticos del Morro de Tehuantepec, ó lejos de las tierras aluviales del istmo, en la ensenada de Salina Cruz, adonde va á parar el ferrocarril, ensenada mal abrigada no ha mucho, pero protegida al presente por un rompeolas.

El litoral mejicano del Pacífico, guarnecido de montañas más altas y más cercanas á la costa, tiene muchas menos playas y cordones litorales que la orilla atlántica. Con todo, encierra algunas lagunas, especialmente al Oeste de Acapulco. Más allá desemboca en el Océano una de las principales corrientes mejicanas, el río Mexcala ó de las Balsas, que alimenta los manantiales procedentes de la falda meridional y aun de la oriental de la cadena volcánica. Su principal afluente, el Apoyac, que pasa cerca de Puebla, nace en las vertientes del Ixtaccihuatl. En su corriente se unen nieves derretidas, aguas termales y más abajo arroyos salinos. El río de las Balsas, como indica su nombre, es algo navegable en la parte inferior de su curso. Más arriba de la barra podrían bogar pequeñas embarcaciones, pero interrumpirían su viaje raudales, remolinos y

finalmente una alta cascada. En un espacio de 353 kilómetros, no se cuentan menos de 226 remolinos y bajos peligrosos. Su caudal es de 67 metros cúbicos por segundo.

Los dos ríos menos importantes que descienden más al Norte hacia el Pacífico, el río Tuxpam ó de Colima y el río Amecas, tributario de la bahía de Banderas, parecen tener respectivamente un caudal medio de 28 y de 20 metros cúbicos por segundo.

El río Lerma ó de Santiago (el Tololotlán de los Indios), es también un «gran río», y la mayoría de sus ribereños le dan, en efecto, el nombre de «río Grande». Los habitantes del Michoacán lo llaman también Cuitzeo, como al gran lago que se encuentra en su territorio. Nace en el centro mismo de la meseta de Anahuac, en el Estado de Méjico. Sus primeras aguas, que salen de galerías subterráneas, proceden del Nevado de Toluca y bajan al lago de Lerma, resto de un antiguo mar interior que llenaba todo el valle alto de Toluca, al Norte del Nevado. Al salir del lago ó, más bien, del estanque pantanoso, el río de Lerma se halla á la gran altitud de 2.603 metros, y su lecho, abierto en la meseta, desciende poco al principio serpenteando al Noroeste. Engruesan su corriente varios riachuelos en esa región de las tierras altas, y algunos salen como el mismo río, de lagos sembrados en los valles. En la Barca, después de más de la mitad de su curso, el río Lerma está aún á más de 1.700 metros sobre el nivel del mar. Allí, á 452 kilómetros de su origen, entra en el gran lago de Chapala. Cerca del extremo oriental de la cuenca, pero á veinte kilómetros de la entrada, se abre una grieta en la orilla septentrional del lago, y por esa abertura salen las aguas para formar el curso inferior del río.

El lago de Chapala, así atravesado oblicuamente por las aguas del Lerma, es la mayor extensión lacustre del territorio mejicano. La cavidad de 1.530 kilómetros que llena no es muy profunda: el agua parece tener por término medio unos 12 metros de espesor, y las hondonadas un maximum de 33. Desde sus azuladas y transparentes ondas se ve erguirse por doquiera, pero con especialidad al Sur y al Este, un anfiteatro de montañas, con las pendientes inferiores cubiertas de una rica vegetación de árboles y bejucos. Las orillas del lago de Chapala ofrecen los más bellos paisajes de Méjico, pero hace poco se encontraban como pérdidas, fuera de los caminos frecuentados, y los viajeros rara vez se aventuraban á pisar estas

regiones casi desiertas. Ahora costea el lago de Chapala un ferrocarril, y hasta se ha propuesto establecer una escuela naval para los habitantes de la meseta, en una bahía de ese mar interior. Otros lagos esparcidos en los circos de los montes, hacia el extremo occidental de la cuenca del Chapala, parecen indicar que este último fué en otro tiempo más extenso y que desaguaba al Oeste por el valle del río que se dirige hacia la bahía de Banderas.

El río Lerma atraviesa las montañas por una serie de desfiladeros que ha cortado á viva fuerza en las rocas eruptivas. A juzgar por la suma desigualdad de su curso, el conjunto del valle debe ser de fecha geológicamente reciente. Las altas cascadas y los raudales que siguen unos tras otros hasta las cercanías de la costa, convierten el lecho fluvial en una gigantesca escalera de peñañales desiguales. Esos desfiladeros empiezan con una de las más hermosas cataratas de Méjico, llamada de Juanacatlán, aludiendo al pueblo construido enfrente. Precipitándose de una altura de 20 metros, produce una fuerza motriz enorme, estimada en 30.000 caballos de vapor. A pesar de lo crecido de su caudal, apreciado en 111 metros cúbicos por segundo, el río Lerma no es navegable, y en varios sitios puede vadearse fácilmente. Sus cañones apenas ofrecen paso á los vehículos y á los peatones y, ha habido que abrir los caminos y los senderos en los escarpados de las montañas vecinas. En Santiago, donde el río Grande sale por fin de la región de las montañas para entrar en la llanura del litoral, se encuentra aún á 44 metros sobre el nivel del mar. La desembocadura ramificada del río se abre al Norte del golfo de San Blas, frente á la calena de las Tres Marías, que continúa al Noroeste la alineación normal de la costa, según indica la dirección del litoral al Sur del cabo Corrientes. Los acarreos del Lerma han colmado una parte del espacio que separa la costa firme de las Tres Marías.

Al Sur y al Norte la orilla retrocede y bañan la verdadera ribera, al pie de los montes, lagunas bajas, que están protegidas contra las olas del mar por puntas arenosas.

Todos los ríos mejicanos que desembocan en el Pacífico, al Norte del Lerma, llevan escaso caudal, incluso los que tienen una cuenca considerable, como el río del Fuerte, el río Yaqui y el Sonora, que ostenta el mismo nombre que el Gran Estado del Noroeste de Méjico. Con la rareza de las lluvias se agotan los manantiales y se empobrecen los ríos, á pesar de nacer

muy lejos, en el interior de la meseta y hasta, como el río Yaqui, en la vertiente oriental de Sierra Madre, Una porción de ríos que descienden de las alturas de Sierra Madre, despeñándose en estruendosas cascadas, no llegan al mar y se pierden en las arenas de la llanura. Otros, sobre todo en la península de California, corren rara vez, y sus lechos pedregosos son los únicos caminos del país. Allí, para encontrar agua, se hace que rezume al través de los guijarros, abriendo hoyos profundos, conocidos en el país con el nombre de bataques. Los antiguos estuarios se han transformado en salinas. El río Colorado de los Estados Unidos, el «río de las Aguas rojas», que pertenece al territorio mejicano por la parte inferior de su curso, lleva, como los ríos sonoreños, un caudal muy reducido en proporción á la enorme cuenca que riega. Sin embargo, es navegable en varios centenares de kilómetros, más allá de los límites de la frontera común.

IV

Lagos de Méjico.

La parte de Méjico comprendida entre las dos murallas convergentes de las cadenas principales, es también demasiado pobre en humedad para que todos los arroyos puedan unirse formando ríos, y afluir hacia el Océano por el curso del río Bravo ó de algún otro principal. La mayoría, impotentes para salvar las salidas de la llanura, pierden sus aguas en alguna que otra laguna que aumenta ó disminuye según las estaciones. Todos los tablazos salinos que hay en el Chihuahua y en el Cohahuila son cuencas de desagüe de esa índole, donde se extinguen los torrentes que bajan de la montaña. Tal es, cerca de la frontera de Arizona, la gran laguna de Guzmán, donde desemboca el exhausto río de Casas Grandes, á menor altitud que el cercano Bravo del Norte. Análogo origen tienen otras extensiones pantanosas, como las lagunas de Santa María y de los Patos. Ocupa igualmente el fondo del Bolsón de Mapimi un depósito sin salida, la laguna de Tlahualila. Más al Sur, el río Nazas, bastante caudaloso en sus valles altos de la Sierra Candela, se detiene en la laguna del Muerto, y el río Aguanaval no siempre alcanza la laguna de Parras. En diversas partes de esas extensiones desiertas brotan ojos, es decir,

manantiales, unos termales, otros fríos, pero casi todos muy cargados de substancias químicas. Varios han levantado poco á poco brocales circulares de depósitos silíceos ó calizos alrededor de su orificio, y lo bastante altos en ciertos puntos para formar verdaderos montículos. En el Estado de San Luis, donde ya las montañas dividen la meseta en multitud de cuencas pequeñas, no hay extensas lagunas como en los Estados del Norte, pero se cuenta más de un centenar de estanques, casi todos salinos. Hay dilatadas extensiones del llano cubiertas de efflorescencias de diversa composición: unas de salitre, y otras de carbonato de sosa, en su mayor parte. En Méjico se les da el nombre general de *tequcsquite*, que les daban los aztecas. Los fundidores las emplean para tratar el mineral de plata y de plomo argentífero.

Los valles de la cadena marginal situados al Sur de la meseta encierran también lagos sin salida. Entre ellos figura el Patzcuaro, el «lago Mayor» de Méjico, cuenca sembrada de islas, rodeada totalmente de montañas y con agua ligeramente salina, pero potable aún. Tal es también el Cuitzeo, depósito profundo que llena el río de Morelia, y cuyas aguas, muy saladas, aun en tiempo de crecida, esterilizan, al desbordarse, todos los campos ribereños. Otro lago próximo á Apam, en el Estado de Hidalgo, recibe los riachuelos de una tersa llanura; y un río, que corre al Este del macizo de Mineral del Monte, va á perderse en un lago de desfiladero sin salida, el Mexitlán, que desagüaba antiguamente en la cuenca de Pánuco siguiendo una galería subterránea que abrieron los indios y que, según se dice, volvió á sumirse el año 1885 en una grieta del suelo. Pero de todos los lagos cerrados del país, los más notables son los que han valido á la meseta de Méjico su nombre de Anahuac ó «Entre las Aguas», extendido después al conjunto de las tierras altas. Esos lagos, ó, más bien, estanques sin profundidad, están dispuestos de Sur á Norte en un espacio de unos 75 kilómetros; pero no es posible indicar su superficie, porque varía según los años y las estaciones. Los lagos del Sur, el Xochimilco y el Chalco no forman, en realidad, más que uno solo, dividido en dos cuencas por un estrecho dique. Gracias á la abundancia de agua que reciben de las montañas vecinas, han conservado casi sus antiguos contornos. Un canal que recoge el exceso de la masa líquida desciende al Norte hacia la ciudad de Méjico, con una pendiente media de un metro, y el sobrante de las aguas va á parar al lago Texcoco,

que ocupa el fondo de la antigua cuenca de inundación. El nivel medio de esta extensión lacustre se halla metro y medio á dos metros bajo el suelo de la capital. Los lagos del Norte, el San Cristóbal, el Xaltocán y el Zumpango, se encuentran escalonados, como los del Sur, á un nivel más elevado que el de Méjico. En tiempos de inundación, cuando los riachuelos de la llanura de Pachuca convergen allí transformados en torrentes, sus aguas, derramadas de Norte á Sur y de cuenca en cuenca, amenazarían la ciudad, si llegasen á romperse los diques construidos á la parte abajo de cada depósito.

Las descripciones que transmitieron los conquistadores de Méjico y las observaciones comparadas hechas en diferentes épocas, permiten afirmar que la superficie y el contenido de los lagos de Méjico no han cesado de disminuir desde hace tres siglos y medio. La capital fué en otros días una «ciudad lacustre», y toda la llanura del contorno estaba cubierta por las aguas, mientras que ahora se encuentra en tierra firme, y los lagos no ocupan hoy si quiera el tercio del valle. Han perdido igualmente en profundidad. El fondo de la cuenca del Texcoco, adonde los vientos llevan el polvo del valle, no cesa de elevarse, y levantaría al mismo tiempo el nivel del lago, y las aguas se derramarían sobre la ciudad, si no fuese porque la evaporación se lleva una cantidad de líquido superior á la que acude, mermando así gradualmente el espesor del agua.

En años excepcionales, Texcoco, San Cristóbal, Xaltocán y Zumpango han quedado completamente en seco. Hace mucho tiempo que la cavidad lacustre estaría vacía, si no desembocase en esa cuenca salobre las aguas dulces del Chalco y del Xochimilco. La opinión común es que el clima local se ha vuelto más seco realmente desde la época de la conquista. La despoblación forestal de las vertientes y de los campos parece haber contribuido á aumentar la fuerza de los vientos y la evaporación, sin que haya habido un aumento correspondiente de lluvia, sino quizá más bien decrecimiento. Actualmente el contenido de las cuencas lacustres del «valle» es casi insignificante en comparación de lo que debió ser en un período geológico precedente.

La misma composición química de las aguas del lago Texcoco es un indicio de la concentración gradual de la masa líquida en una cuenca más estrecha cada vez. Xochimilco y el Chalco son depósitos de agua dulce, gracias á la renovación de su masa líquida; los demás laguitos de la parte opuesta del

valle están llenos igualmente de agua dulce, mientras que la cuenca central es siempre salobre, aun después de las grandes lluvias, cuando cubre una gran extensión de terreno. El lago de Texcoco encierra un promedio de 7 milésimas de sales, principalmente de sal marina, carbonato de sosa y sulfato de sosa. Si se secase completamente, el suelo quedaría cubierto de tequesquite, como lo está en varios puntos de la meseta donde se extendían antiguos lagos. Una fábrica de productos químicos, fundada á orillas del lago de Texcoco, utiliza sus aguas.

En una época geológica ya lejana, cuando el circo de Méjico estaba completamente lleno de aguas dulces, éstas se deslizaban al Norte por una brecha de las montañas hacia la corriente del Tula ó Moctezuma, tributario del Pánuco. Pero, durante el período histórico, al erigirse una ciudad en una isla del lago central, á un nivel menor que varias de las cuencas separadas que habían formado parte del antiguo, fué menester proteger las habitaciones y los templos contra las crecidas y las trombas que hubiesen podido precipitar las aguas desbordadas en la parte baja de la depresión. Así, las comunidades aztecas habían construido poderosos diques para defender la ciudad y aún se ven algunas huellas á lo largo de la ribera occidental del Texcoco, cerca de las ciudades de Ixtapalapa y de Guadalupe. Pero esos diques cedieron, y bajo la dominación castellana la ciudad quedó expuesta en un principio á todos los desbordamientos de los lagos. A comienzos del siglo xvii la situación había llegado á ser tan peligrosa, que se decidió hacer una galería subterránea á través del dique que contenía por el Norte las aguas de inundación. El virrey mandó reunir un prodigioso ejército de trabajadores indios para acabar la obra en una sola campaña de invierno, desde fines de Noviembre de 1607 á mediados de 1608. El túnel, llamado de Huehuetoca ó de Nechistongo, tenía 8.279 metros de largo por una altura media de tres metros y medio; pero carecía de bóveda y se hundieron las tierras. La salida estaba completamente cerrada en 1629. Un diluvio cayó entonces sobre la ciudad, llenando las calles de una capa de 3 metros. No se iba ya de una casa á otra más que en bote, y pasaron cinco años antes de que la capital se encontrase en tierra firme. Fué preciso volver á empezar el trabajo, que desgraciadamente se prosiguió sin plan, y aun siguiendo proyectos contradictorios, ya mediante galerías subterráneas practicadas en uno ú otro punto, ya mediante trincheras al descubierto. Acabó por pre-

valecer este último sistema, y en 1789, después de ciento ochenta y dos años de esfuerzos, quedaba concluido al fin el enorme trabajo.

La cortadura, abierta entre altas paredes, ofrece en varios puntos el aspecto de los tajos más atrevidos de nuestras vías férreas. En una longitud de unos 800 metros, la altura de los taludes, divididos por las lluvias en agujas y obeliscos, pasa de 50 metros, y la abertura de la trinchera es más que doble de ancha. El río de Cuautitlán que llevaba al lago de Zumpango una masa líquida de unos 11 metros cúbicos por segundo, fué enviado á ese canal de desagüe, y el excedente de los lagos del Norte salió igualmente por ese paso durante la estación de las lluvias. Pero los terrenos de la cortadura se desmoronaban frecuentemente, el lecho se llenaba de cienos y de tierras desprendidas; había que volver á empezar continuamente la obra, y acabó por abandonarse del todo durante las guerras de la revolución. Después se reanudaron los trabajos por el gobierno mejicano, llevándolos á término aunque no completamente.

V

Clima, flora y fauna.

El clima general de Méjico es uno de los que ofrecen mayores contrastes en un espacio reducido. La altura del suelo, la exposición de las vertientes, la fuerza y dirección de los vientos y la proporción de las lluvias, modifican el clima normal indicado por la latitud. Sin embargo, hay regiones mejicanas que presentan un clima uniforme en grandes extensiones. Así, la parte septentrional del territorio, limítrofe de los Estados Unidos angloamericanos, tiene vastísimas llanuras alejadas del Océano, donde á los fríos de la noche y del invierno suceden regularmente los ardores del día y del estío. El clima extremo que se observa en el Gran Oeste americano se prolonga á lo lejos por todas esas mesetas, con su vegetación característica de cactus y árboles espinosos, que constituye una zona especial, partícipe de los caracteres de dos floras. Por otra parte la región estrecha de Méjico, la del istmo de Tehuantepec, pertenece del todo á la zona tropical húmeda, sin excluir los montes que separan las dos vertientes. Los contrastes de clima debidos al relieve montañoso no se producen en grande más que en

la parte central de Méjico, en la meseta de Anahuac y en los dos taludes oceánicos. El camino de Veracruz á Acapulco, por encima de las cadenas de montañas, es el camino clásico en el que se observan esas oposiciones de climas tan acentuadas.

La zona baja del litoral comprende á la vez los cenagales, las arenas estériles de la costa, las llanuras y las primeras pendientes bien regadas donde se apiñan los árboles frondosos, unidos por festones de bejucos y coronados por los troncos de las palmeras. Es la tierra caliente ó tropical, cuya temperatura pasa de 23 grados centígrados. Algunos sitios del litoral mejicano figuran, en efecto, entre los más cálidos de la tierra: tal es, por ejemplo, el puerto de la Paz, que valió á California el nombre de «Horno Caliente» debido á Cortéz. Por cima de las zonas litorales que miran al Atlántico y al Pacífico, vienen las tierras templadas, comprendidas por término medio entre 1.000 y 3.000 metros de altitud, pero elevándose más en el Mediodía de Méjico que en los Estados del Norte. Son las regiones que corresponden al Sudoeste de Europa, si no por el clima, puesto que no tienen invierno, por la temperatura media, por las producciones y la salubridad para los habitantes de la raza blanca. En fin, la meseta comprende las tierras frías, cuya parte menos alta, cultivada de maguey y cereales, es la más populosa de la República, mientras que hacia las cimas, algunas de las cuales ostentan mantos y collares de nieve, el clima es demasiado rudo para que puedan prosperar la gran vegetación arborescente y el hombre. A veces se da á esas alturas el nombre de tierra heladas. Por circunstancias especiales se han superpuesto en algunos puntos, sin transición, las áreas vegetales. Desde tal promontorio donde no crecen más que plantas de un carácter europeo ve uno á sus pies bosques de palmeras y plátanos. Desde los grandes volcanes llegan á contemplarse hasta tres zonas superpuestas. Gracias á la rapidez que las facilidades de los viajes han dado al hombre, ahora se pueden recorrer en un día tres regiones diversas, que en otros países separan intervalos de millares de kilómetros.

Pero, si las zonas aparecen francamente limitadas en algunos sitios excepcionales, lo regular es que pasen de unas á otras por transiciones sucesivas. Sólo en términos generales se incluye tal ó cual región en una ú otra zona, oscilando la línea divisoria muy desigualmente en el contorno de los montes. A consecuencia de los mil fenómenos de la temperatura, de los vientos y de la lucha entre las varias especies de plantas, se ha

formado una zona de compenetración recíproca. Hasta se encuentran cañadas y escarpados que por su vegetación son circunscripciones de las tierras calientes enclavadas en plenas tierras templadas. El territorio mejicano, por cuya parte media atraviesa casi exactamente la línea tropical, al Norte de Mazatlán, de Zacatecas y de Tampico, es en su conjunto un país cálido. Admitiendo que la altura media de la comarca sea de 1.100 metros, la temperatura media de esas latitudes es de unos 15°,5, calor igual al de Niza y Perpignan en el Mediodía de Francia, y muy inferior al de las comarcas de Africa situadas á igual latitud en el Sáhara y en el Nubia. Puede decirse que la meseta de Anahuac es un país templado suspendido sobre la zona tropical.

Por su latitud, Méjico se encuentra en la zona de los vientos alisios. La corriente atmosférica regular sopla, en efecto, de Nordeste á Sudoeste ó de Este á Oeste en las costas mejicanas del Golfo y en las pendientes de las montañas; pero las grandes desigualdades del relieve y de los contornos modifican frecuentemente la dirección normal de los aires. Los Nortes, que soplan en las costas del Seno Mejicano, sobre todo de Octubre á Marzo, y que temen con razón los marinos que se dirigen hacia Tampico ó Veracruz, no son otra cosa que la corriente de los alisios desviada de su curso. El foco de calor y de aspiración que presentan los campos bajos del Yucatán, proyectados al Sudeste del Golfo de Méjico, arrastra hacia el Sur todo el régimen de los vientos. Las masas aéreas del alisio, unidas á la corriente fría que baja del Norte por el valle del Mississippi, pasan como tempestades á lo largo de las costas y agitan las olas. A veces el meteoro dura varios días y aun una semana, con gran peligro de las embarcaciones que se encuentran sin abrigo cerca de las costas. La violencia del Norte apenas se deja sentir más que en el mar y en la región del litoral. Sopla también en las mesetas, pero allí es menos temido, y su fuerza se pierde por completo en la vertiente del Pacifico. Las orillas de este Océano tienen también sus corrientes atmosféricas especiales, determinadas por la orientación del litoral y la altura y forma de las montañas. En épocas irregulares del verano las mesetas áridas y caldeadas atraen las masas aéreas de los parajes ecuatoriales, y una vez al año, por lo menos, azotan con violencia las tierras mejicanas vientos bruscos que siguen las costas colombinas y las de la América central. A veces son verdaderos ciclones, «que recorren en corto número de horas

toda la rosa de los vientos». En cuanto á los vientos regulares de la costa occidental, son los alisios del Nordeste, llamados papagayos, que atraviesan el cuerpo continental de Méjico, y las monzones del Sudoeste, es decir, los alisios del hemisferio meridional, atraídos al Norte del ecuador y desviados de su dirección primitiva. El régimen de los vientos locales se determina principalmente por la orientación de los valles que recorren. La forma del lecho que los recibe regula de antemano su marcha.

La proporción de la humedad precipitada varía mucho á consecuencia de los contrastes del relieve, de la diferencia de las temperaturas y de la irregularidad de los vientos. En general, la marcha de las estaciones rige la caída de las lluvias. Hacia mediados de Mayo, cuando el sol se encuentra en el cenit de las tierras del hemisferio septentrional, empieza á llover; las nubes que acompañan al sol en su carrera por la eclíptica, se desgajan derramando frecuentes aguaceros, al menos en las laderas que miran al mar. Por lo común se ve nacer el huracán, indicado por un negro nubarrón que se eleva hacia la parte del Océano «como un cuerpo inmenso de miembros medio truncados». Es el Gigantón, que á poco invade todo el cielo. A la tarde revientan las nubes, iluminadas por relámpagos, acompañadas de exhalaciones. Los aztecas miraban el trueno como la voz de una divinidad, el Tepeyolotl ó «Corazón de la Montaña», cuyos prolongados ecos resonaban en las peñas. A los turbiones repentinos sucede una lluvia continua, que suele durar hasta la caída de la noche; el cielo se despeja, y los viajeros pueden reanudar con confianza su camino interrumpido durante las horas de borrasca. Al alborecer el nuevo día, los vientos han secado ya el suelo.

Las lluvias tropicales que llevan los vientos del Nordeste no caen con regularidad en la meseta mejicana más que durante cuatro meses—Junio, Julio, Agosto y Septiembre—y, por lo común, duran menos de una hora. Entre los períodos lluviosos, especialmente en Julio y en Agosto, se intercalan multitud de días serenos y aun semanas enteras de sequía. Entonces es la «primavera de Santa Ana». En Octubre han cesado definitivamente las lluvias, y empieza el invierno, pero un invierno que ofrece precisamente algunos de los caracteres del verano de Europa. Así se le da el nombre de estío ó tiempo de secas. La falta de humedad en el suelo, y no el frío, es lo que desnuda los árboles y da á los campos su aspecto invernal; pero los montes

adquieren también su fisonomía de invierno, pues blanquean hasta 3.900 y aún 3.800 metros de altitud. En años excepcionales se ha visto un manto blanco continuo sobre el collado de Ahualco (3.238 metros), desde el Popocatepetl hasta el Ixtaccihuatl. En la ciudad de Méjico y hasta en Morelia (1.940 metros) cayeron copos de nieve. En las grandes cimas de la cadena de los volcanes coinciden lluvias ligeras con las nevadas. Cuando el sol se encuentra sobre el trópico meridional, la zona de las nubes que desciende hacia el Sur con los vientos alisios origina una pequeña estación lluviosa: los árboles vuelven á florecer, la vida renace y se mantiene durante el nuevo período de sequía, hasta la brusca irrupción de la gran estación de las lluvias, que inaugura el nuevo ciclo del año.

Por supuesto, abundan mucho las irregularidades á consecuencia de la diversidad de los relieves y de las exposiciones, y hay sitios inmediatos que tienen un régimen pluvial completamente distinto.

El clima de Méjico es en su conjunto, si no uno de los más sanos, por lo menos uno de los más agradables del mundo. La zona de las «tierras templadas», en las dos vertientes del Atlántico y del Pacífico, goza de una «eterna primavera». Jamás se sufren grandes fríos, y los calores del verano no son intolerables. Por cada vallecito corre un riachuelo; tupida vegetación rodea cada vivienda, y los árboles de Europa se mezclan con los de Africa. Todo viajero dice del valle en que ha morado que es «el más bello del mundo», y que en ninguna parte se yerguen más imponentes los montes de nevada ó humeante cima sobre el mar de verdor matizado de flores. En esas regiones maravillosas hay lugar aún para millones y millones de hombres.

La flora de Méjico es, por decirlo así, la representación viva de su clima, puesto que las plantas se desarrollan ó se niegan á vivir según las condiciones de temperatura, de humedad y exposición. Por el aspecto de la vegetación el botánico reconoce en seguida si reinan fuertes calores y fríos extremos, ó si, al contrario, son moderadas las oscilaciones del termómetro, si el cielo derrama copiosas lluvias ó disuelve los vapores que suben del suelo. En este punto, Méjico presenta grandes contrastes: desiertos, sábanas, espesuras de arbustos ó grandes bosques en masas impenetrables.

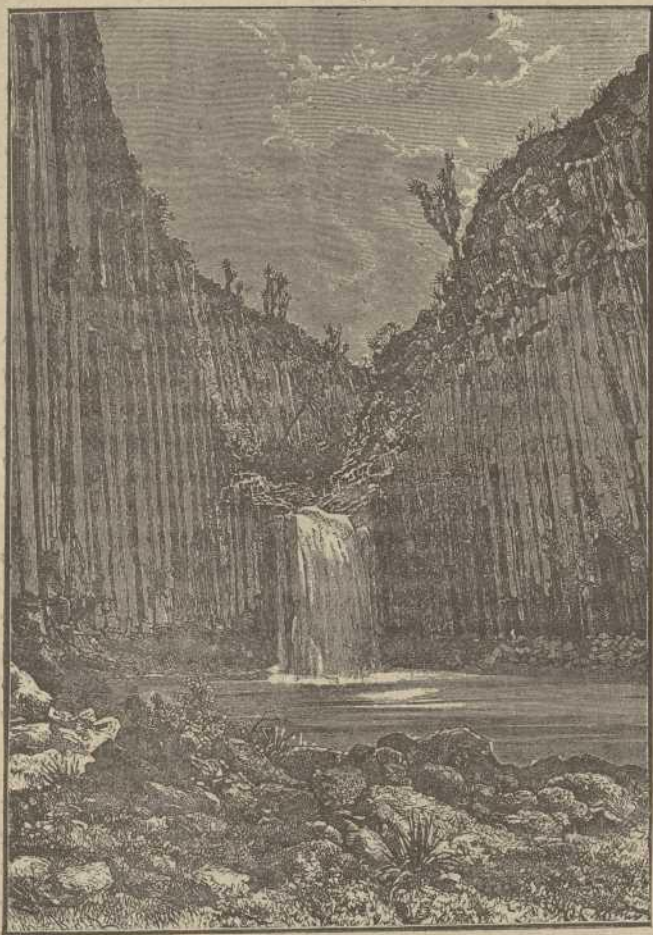
Al Norte de Méjico las rocas de Chihuahua y de los países limítrofes, en que escasea la lluvia, tienen una vegetación muy clara, compuesta de plantas grises, espinosas, de grandes hojas

duras. Con todo, en la primavera esos campos áridos se adornan de repente de flores multicolores. Los mezquitesales se cubren de ramilletes de un amarillo pálido; de la corona de las yucas surgen varas de blancas campanillas, y en medio de los guijarros brillan las rojas corolas de las mamilarias. Europa tiene praderas más alegres, gracias á su espeso césped, pero no las tiene más brillantes. Y, sin embargo, ese «tiempo de las flores» es fugaz, y la naturaleza recobra á poco su triste aspecto. Las matas espinosas, no obstante, forman á trechos espesuras de un verde delicado. Las especies dominantes son los mezquites (*algarrobix glandulosa*), muy diferentes en su mayoría de las que se encuentran en los Estados Unidos, pero que producen también una trasudación semejante á la goma arábica. En Nuevo Mejiico los mezquites no son más que matas cuyas ramas salen inmediatamente de la raíz; en el Texas meridional son arbustos; en fin, en el territorio de Méjico, especialmente en la Sonora, se hacen verdaderos árboles, que forman á trechos sotos imponentes. En otros sitios, sobre todo en las vertientes de la Sierra Madre occidental y en los Estados de Chihuahua, de Sonora y de Sinaloa, dominan las encinas: de ahí el nombre de «encinar» dado en esas comarcas á dilatadas extensiones de bosque. Los mejicanos del Norte aplican también la denominación de «chaparral» á las extensiones de matorrales. En lenguaje común toda espesura de malezas es un chaparral, aun allí donde dominan los mezquites y los grandes cactus.

Excepto en las orillas de riachuelos pobladas de álamos y sauces, ciertas regiones del Norte de Méjico no tienen otra vegetación leñosa que cactus. Los más notables son las pitahayas, que se elevan á modo de columnas estriadas guarnecidas de espinas. Las ramas salen del tronco en ángulo recto y suben paralelamente á él, formando enormes candelabros, algunos de los cuales tienen hasta 10 metros y más.

Por centenares se cuentan las otras especies de plantas que se defienden de la sequedad merced á la abundancia de savia contenida en sus espesas hojas, y de los animales y el hombre con sus estrellas de púas. Entre esas plantas raras, las hay que parecen de lejos pedruscos verdosos: son los echinocactus, masas casi informes, armadas de dardos formidables. En ciertos sitios el suelo está completamente cubierto, como por una especie de césped, de pitas pequeñas, á las que los mejicanos han conservado su antiguo nombre nahuatl de *ixtle* ó *ixtli*. En los

Estados del interior, San Luis de Potosí, Zacatecas, Durango, Aguas Calientes y hasta en la meseta fría, crecen sobre to lo las grandes especies de pita, que dan su fibra para la fabricación de telas ordinarias, ó su savia para la preparación de los aguar-



Cascada de Regla. (Dibujo de Riom.)

dientes y otros licores nacionales. En más de un distrito, el paisaje debe su fisonomía á sus campos de pitas de enormes hojas erizadas de puntas, y á sus setos de otros cactus, los titulados *organos* (cactus hexagonus), llamados así porque se parecen á tubos de órgano.

Las tres zonas superpuestas desde la base de las montañas hasta los «valles» de las mesetas se distinguen por especies particulares, y el aspecto general de su vegetación difiere notablemente. Los campos del litoral, en la tierra caliente, tienen dilatadas sábanas de espesa hierba, soberbias masas de palmeras y de infinidad de plantas que se aglomeran unas sobre otras, y todos los árboles de las Antillas famosos por sus flores ó frutos, por su madera, corteza ó perfume. Más arriba vienen esos admirables bosques donde la vegetación de los trópicos se mezcla con la de Europa. Es la región del café, del plátano y del naranjo; aquella de donde los mejicanos sacan principalmente el maíz y las judías, que constituyen su principal alimentación. La región fría da el trigo, mucho menos importante para el sustento de los indígenas. Los árboles que dominan en las mesetas son la encina y el pino.

Son las últimas plantas arborescentes que crecen en los flancos de los montes. Después no viven más que hierbas bajas hasta el límite inferior de las nieves.

Méjico, tan rico en plantas de todas especies, ha dado muchas á Europa. De allí vino el chocolate, que ha conservado su nombre azteca; los cacahuets, cuya denominación es también mejicana (*tlacacahuatl*), las ananas, la preciosa patata y el tomate, *tomatl* de los indios, que lo plantaban en los maizales.

El tabaco que se fuma en Europa es también una planta mejicana. La pita y diversas especies de cactus se han importado del Anahuac, de igual modo que la jalapa, la zarzaparrilla y otras plantas medicinales, bálsamos, gomas y resinas. Los jardines, las estufas y huertas del Antiguo Mundo no cesan de enriquecerse con los tributos de Méjico.

Por otra parte, no hay especie extraña que no pueda aclimatarse en el inmenso jardín botánico que forman los escalones sucesivos comprendidos entre Veracruz y Méjico, entre Mazatlán y Guadalajara. El plátano, cuyo nombre es de origen sánscrito y que no tiene designación antigua en ninguna lengua de América, es probablemente una de esas plantas procedentes del Antiguo Mundo; importadas por la vía de las Canarias ó de Haití. El trigo lo llevó un negro, esclavo de Hernán Cortés. Bernal Díaz cuenta, en su «Conquista de Nueva España», cómo plantó él mismo siete ú ocho pepitas de naranja que le dieron bellos árboles, los «primeros» de Méjico. También fueron los conquistadores los que introdujeron la viña. No hay una indus-

tria basada en el aprovechamiento del bosque ó de sus productos que no pueda intentarse en el Anahuac.

La fauna actual de Méjico, lo mismo que la flora, pertenece al área norteamericana por su región de las mesetas, y al área de las Antillas por el litoral del Golfo, mientras que en la costa del Pacífico se opera una transición gradual de la fauna californiana á la de la América del Sur. En punto á animales terrestres, la fisonomía general de la fauna de Méjico se asocia á la de los Estados Unidos del Norte, mientras que en lo referente á las formas marinas se ha producido el movimiento inverso. Las especies predominantes en el golfo de Méjico hasta Tamaulipas y Texas, y en las orillas del Gran Océano hasta la Sonora y la Baja California, proceden de la América meridional. Casi todas las especies difieren de océano á océano, y por poco que disten unas de otras las playas del Atlántico y del Pacífico, están sembradas de conchas distintas. Pero de Norte á Sur, á lo largo de las costas, la fisonomía general de las especies se modifica lentamente. Los contrastes repentinos se producen en la altitud, de la tierra caliente á la templada, y de ésta á la fría.

La zona baja, que es la de temperatura más elevada y de aire más saturado de vapores, es también la región en que la fauna se halla representada por mayor número de géneros y de especies. Verdad es que allí también los hombres habitan en grupos menos numerosos que en las vertientes opuestas, y, por consiguiente, está mucho menos adelantada la obra de exterminio. Tres especies de monos habitan los bosques tropicales; en ellos se ven vampiros suspendidos en las ramas; los colibríes que los antiguos mejicanos llamaban «rayos de sol», revolotean de unas flores á otras; cada ciudad tiene su policía de zopilotes ó buitres «carroñeros», y en los campos reina el buitre blanco, ó «zopilote rey», en derredor del cual forman círculo respetuosamente los otros *cathartes*, cuando cae sobre un cadáver. En la maleza se albergan los poderosos carnívoros, pumas, jaguares y gatos monteses, así como el mayor de los ungulados mejicanos, el tapir. Todas las tortugas de agua dulce viven en el litoral marino. También en las tierras inundadas de la costa, principalmente en las desembocaduras de los ríos, se encuentran los cocodrilos. Los gekos, basiliscos é iguanas, buscan igualmente las playas y los bosques próximos al mar. Los ofidios inofensivos ó venenosos, no se ven más que en las tierras de la zona inferior, donde también pululan los batracios.

Allí se encuentran la mayoría de las especies tan numerosas de sapos y salamandras que caracterizan la fauna mejicana. En cuanto á los peces de los estuarios y de los ríos afluentes, cuentan con una representación de especies muy variadas, completamente distintas en las dos vertientes del Atlántico y del Pacífico, pero con cierta equivalencia en su distribución. En fin, las praderas pantanosas y los bosques húmedos de la tierra caliente están infestados de nubes de cínifes. El toro, asediado por ellos, no suele tener más recurso contra su implacable enemigo que hundirse en el fango sacando fuera sólo la punta del hocico, adonde va á posarse el precioso pájaro llamado el «comendador», apasionado por los mosquitos. El pesado animal y el gracioso volátil se asocian contra los terribles insectos.

Las tierras templadas poseen también su fauna particular. Ciertas especies de serpientes y de tortugas no se presentan más que en esa zona. Hasta los 1.300 metros de altitud uno de los ofidios comunes es el boa imperator, cuya imagen divinizada adornaba antiguamente los templos de los aztecas. Las regiones del Norte, que continúan los territorios del Far West yanqui, elevándose gradualmente hacia la meseta de Anahuac, tienen del propio modo sus especies, sobre todo lagartos, que no se encuentran en otras partes de Méjico. En una época reciente algunos viajeros han visto bisontes en las montañas de Chihuahua; pero este animal, tan raro ya en el Canadá y en los Estados Unidos, ha dejado de existir en las provincias mejicanas. El oso pardo del Oregón y la oveja montés, perseguida por tres especies de coyotes ó lobos, por el puma y el jaguar, penetran también en el Norte de Méjico y en la Baja California. La sariga de los Estados Unidos y la marmota de las praderas habitan también en Méjico. El pécar vive en los bosques y devasta los cultivos próximos, siendo muy temido de los indígenas por la furia con que toda una bandada de estos animales se precipita sobre el viajero: sin embargo, pueden domesticarse. De todos los animales que constituyen la fauna de Méjico, no se han domesticado más que dos: una especie de pato y el huaholotl, pavo ó «gallo de Indias», así llamado por haberlo traído los españoles de las «Indias occidentales». El techichi, perro mudo comestible, lo exterminaron muy pronto los españoles, que exigían un tributo sobre él. Los demás habitantes de corral, cuadra y establo, los introdujeron en Méjico los conquistadores.

En las mesetas, los escorpiones son una de las plagas de Méjico. También asolan los campos diversas especies de acridios. Los elatéridos luminosos ó gusanos de seda (cocuyos), alumbran las noches de la zona tropical, arremolinados en el aire como chispas. De hormigas hay multitud de especies, entre las cuales una de las más comunes es la llamada de los arrieros, que cava sus habitaciones en forma de cráter en las rocas más duras. Uno de los organismos inferiores que los naturalistas han observado en la meseta de Anahuac, ha dado origen á investigaciones profundas á causa de su extrañeza. Es el axolotl, que se ha sacado sobre todo de las aguas salinas y sódicas del lago de Texcoco y que sólo se ha encontrado muy rara vez en otros sitios del Nuevo Mundo. Es un renacuajo provisto de membranas branquiales y con las formas cambiantes del proteo. Los primeros que lo estudiaron no sabían cómo clasificarlo: después se hizo de él un género aparte bajo la denominación de siredon. La mayoría de los axolotl conservan durante varias generaciones su forma de renacuajos y sólo un corto número se transforman en animales más completos. Los indios se alimentan de la carne del axolotl; también son muy aficionados á los huevos que depositan en los cañaverales de los lagos de Méjico dos especies de la mosca axayacatl. Los muelen y los mezclan con otras substancias para hacer tortas, y comen también nidos de larvas aglomerados en forma de esponjas.

Los mares que bañan á Méjico por uno y otro lado son muy ricos en vida animal. Entre los cetáceos que visitan sus costas parece que se encuentran aún algunos manatíes. Los malacólogos han descubierto centenares de especies nuevas en las riberas mejicanas del Pacífico, y uno de esos moluscos, el *aptisia depilans*, se cree sea el mismo que los tirios usaban para su tinte de púrpura. Los indios de Tehuantepec lo emplean para teñir su hilo sin necesidad de fijar el color con ningún mordiente. En el golfo de California, sobre todo delante de la Paz y alrededor de los archipiélagos inmediatos, se pescan las ostras de las perlas. Otras islas del mismo golfo, donde anidan enjambres de aves de diversas especies, han suministrado ya centenares de cargamentos de guano. Se ha observado que todas las islas del Pacífico situadas á cierta distancia de la costa, se diferencian de la tierra firme por el carácter de su fauna. Así, el pequeño grupo de las Tres Marías, que se encuentra á 100 kilómetros del Estado de Jalisco, posee una especie particular de colibrí. El archipiélago de Revilla Gigedo tiene también su

fauna especial. La isla de Guadalupe, que dista 250 kilómetros de las costas exteriores de la Baja California, presenta un contraste muy grande. Las once especies de aves terrestres recogidas allí difieren de las especies correspondientes del continente vecino y se han diferenciado desde las remotas edades en que se consumó la separación de las tierras y de las faunas.

VI

Primitivos pobladores de Méjico.—Conquista del país.

¿De dónde proceden las diversas poblaciones que los españoles encontraron en Méjico al realizar la conquista? Sobre este punto son casi tantas las hipótesis como las obras relativas á la etnología de dichas comarcas. Naturalmente, los primeros autores, obligados á amoldar su pensamiento á los textos bíblicos y enseñanzas de la Iglesia, tenían que mirar á los mejicanos como descendientes de un hijo de Noé, llegado por mar con las aguas del diluvio ó por tierra después de secarse la superficie continental. Durante el siglo xix algunos escritores han intentado aún probar que los mejicanos son hijos de los judíos «dispersos por la tierra» después del cautiverio de Babilonia. El aspecto físico, el carácter nacional, la religión, las costumbres, la lengua misma y hasta las tradiciones y los mitos son, en su sentir, otros tantos testimonios del antiguo parentesco. Otros historiadores buscaron en la antigüedad clásica, entre los egipcios, fenicios y cartagineses, indicios acerca de alguna emigración al Nuevo Mundo, y no podía olvidarse la Atlántida de Platón en la historia hipotética de los antepasados del pueblo mejicano.

Pero la hipótesis más común, la que han expuesto Guignes, Humboldt, Prescott, Quatrefages y Hamy bajo diversas formas, es la que ve en los mejicanos á inmigrantes de Asia, que pasaron al Nuevo Mundo por el Estrecho de Bering ó las islas Aleutianas, ó que llegaron directamente á Méjico por las extensiones oceánicas ó los grupos de islas polinésicas. La proximidad relativa de los dos continentes, Asia y América septentrional, y el hecho innegable de que en los tiempos históricos se han efectuado navegaciones involuntarias entre el Japón y las costas de California, han dado origen á estas teorías, acreditándolas á los ojos de un gran número de investigadores. Ningun-

na prueba auténtica, sin embargo, permite afirmar que el misterioso país donde crece el *fusang*, y que se supone descubierto por una expedición china á principios del siglo xvii, sea realmente Méjico. La descripción de ese país ultramarino que da el antiguo autor no está muy de acuerdo con la naturaleza del Anahuac, y menos aún con las costumbres de sus habitantes, tales como las pintan los conquistadores españoles. De igual suerte, la religión de los aztecas es harto distinta del budhismo para que se pueda descubrir en sus dogmas la enseñanza de los misioneros chinos, y en cuanto á las coincidencias de signos y de figuras simbólicas, á excepción del taiki grabado en el altar hemisférico de Copán, son demasiado vagas para que puedan sacarse de ellas más que presunciones en favor de los antiguos vínculos entre los pueblos fronteros de ambas orillas oceánicas. Las comunicaciones que ha habido en diversas épocas y hasta las notables semejanzas que se advierten en muchos puntos entre mejicanos y chinos, no son motivos suficientes para que puedan asimilarse las poblaciones en cuanto al origen. La región mejicana aparece habitada desde los tiempos más lejanos á que se remontan la historia y la tradición. Aborígenes ó no, sus pueblos son de aquellos que los griegos hubiesen llamado «nacidos del suelo».

Los geólogos han descubierto en el Anahuac, cerca de Méjico, lo mismo que en las lavas de la Danise, en los alrededores del Puy, los restos fósiles de un hombre de la edad cuaternaria. Los caracteres osteológicos del mejicano fósil son los mismos que los de la raza indígena pura del Anahuac. Los dientes caninos apenas se diferencian de los incisivos. En la época en que vivía el hombre del Peñón (llamado así por haberle encontrado al pie del Peñón de Baños) recorrían también la comarca el elefante, el ciervo y el caballo. El nivel de la laguna de Texcoco tenía tres metros más de elevación, y aún no se habían verificado erupciones volcánicas anteriores á la Historia. Además, se han descubierto pedernales trabajados manifiestamente por la mano del hombre en los depósitos que encierran también los dientes y los huesos del *Elephas Colombi*. Hay que remontarse decenas y decenas de millares de siglos para llegar á las edades en que vivieron esas primitivas generaciones.

En la época en que zozobraba el imperio romano y las poblaciones bárbaras de germanos, godos y vándalos se precipitaban al asalto de las civilizadas ciudades de Occidente, la meseta de Anahuac, en Méjico, constituía ya un foco de civiliza-

ción. Difícil es clasificar de un modo preciso los pueblos, según su grado de cultura, en bárbaros y civilizados; pero este último término, aunque de un valor enteramente convencional, se aplica con justicia á los aztecas ó mejicanos, de igual modo que á los yucatecas ó mayas, y á los chibchas, quichúas y aimaras de la América del Sur. En medio de las tribus menos adelantadas, á las cuales se asemejan, no obstante, por la evolución política y social, los mejicanos se distinguían por su cohesión nacional, por la importancia de su ahorro colectivo, por sus artes, sus ciencias y el conocimiento de multitud de oficios que les permitían simplificar el trabajo. Al modo de las primeras civilizaciones del antiguo mundo, que nacieron lejos del mar, en Egipto, en Caldea, en la India y en las orilla del Hoang-ho, la civilización mejicana se desarrolló á distancia del Océano, en tierras altas rodeadas de circos de montes. No tuvo un Nilo ni un Eufrates para unir á los cultivadores ribereños en una nación compacta, pero tenía sus lagos, mucho mayores que hoy, cuyo nivel variable, con alternativas de crecidas y bajadas, obligaba á los habitantes á ese trabajo de asociación, de apoyo mutuo, de solidaridad, que fué siempre la causa del progreso. Sin embargo, la civilización de Méjico comparada con las primeras civilizaciones históricas del Antiguo Mundo, tuvo el inconveniente de permanecer, sino completamente aislada, rodeada casi enteramente por el mundo bárbaro. No tenía á su lado otros centros de vida progresiva con los cuales cambiar esas influencias recíprocas de donde hubiese podido nacer una nueva civilización. Verdad es que, á pesar del escalonamiento de las zonas de clima, que hace muy peligrosas las tierras cálidas para los mejicanos de la meseta, los aztecas estuvieron en relaciones lejanas con los mayas del Yucatán y los diversos grupos de nahuas difundidos por la América central; pero más allá quedaba cerrado el círculo. No se abrió sino de una manera terrible á la llegada de los españoles, cuando hicieron una súbita irrupción mezclando á la fuerza las civilizaciones y las razas.

Tan rápida y violenta fué la destrucción, que los investigadores temieron la pérdida completa de todos los documentos relativos á la antigua historia de Méjico. Hasta con propósito deliberado se destruían. Imitando á San Pablo en Efeso, el arzobispo Zumárraga en Tlatelulco, Núñez de la Vega en Chiapa, y otros varios, mandaron quemar como sospechosas de nigromancia todas las obras mejicanas que pudieran descu-

brir. Más tarde se contentaron con ocultar los preciosos manuscritos. Los misioneros los tenían encerrados en sus bibliotecas, conservándolos «como dragones, sin saber ni querer utilizarlos». Pero afortunadamente los conocimientos antiguos se habían perpetuado en algunas familias nobles, unidas á conquistadores españoles por alianzas matrimoniales, y fué posible dirigirse á sus representantes más instruidos para rehacer los anales del Anahuac. Una porción de mejicanos contribuyeron así á saltar del olvido los acontecimientos de la historia antigua de los aztecas y pueblos congéneres. Un indio de Tlaxcala, Tadeo de Niza, escribió en 1548, por orden del virrey, una historia de la conquista, que firmaron con él treinta señores tlaxcaltecas. Gabriel de Ayala, de Texcoco, redactó en azteca la historia de Méjico desde el año 1243 hasta 1562. Una dama mejicana, María Bartola, princesa de Ixtapalapa, escribió también varias historias del antiguo Anahuac, desgraciadamente perdidas. Otros personajes de raza pura ó mestiza, como Tezozomoc, Chimalpain y Camargo, han dejado manuscritos históricos importantes. En fin, la familia de los Ixtlilxochitl, descendientes de los reyes de Méjico y de Teotihuacán, tuvo varios representantes entre los historiadores del país, y uno de ellos, Fernando de Alba Cortés, se atrevió á glorificar á sus antepasados indígenas y á reprobar las «crueldades horribles» de los conquistadores de Méjico. Ya había empezado el siglo XVII, y pudo hacer constar legalmente la conformidad de sus relatos con las pinturas históricas recibidas en herencia de sus antecesores. Además, entre los misioneros españoles había hombres que veían en la historia de Méjico otra cosa que «artificios del demonio», y se tomaron el trabajo de pedir explicaciones sobre las pinturas históricas de los mejicanos y recoger las tradiciones antiguas. Tales fueron Bartolomé de las Casas, Sahagún y Torquemada. Gracias á los descubrimientos de nuevos manuscritos, á la lectura más atenta de los antiguos y á la parcial inteligencia de los jeroglíficos, los historiadores de nuestro tiempo han podido penetrar más adelante en la historia precolombina de los mejicanos.

Puede intentarse subir hasta mil años, por lo menos, antes de la conquista, para entrever en una vaga aurora los principios de las poblaciones mejicanas. En esa época, la mayoría de las poblaciones indias poco civilizadas que ocupan diversas partes del territorio, designadas con el nombre de otomíes, chichimecas, huastecas, totonacas, mixtecas y zapotecas, ha-

bitaban ya el país; y en medio de ellas se presentaron los Nahuas, es decir, «Gentes que hablan claro», conquistadores é iniciadores á la vez, según la leyenda. Esos inmigrantes, procedentes de las «Siete Cavernas» del Norte, y divididos en siete tribus, subdividida cada una en siete cuerpos, que se sucedieron en siete expediciones diferentes, tuvieron que triunfar de los gigantes antes de apoderarse del «Paraíso Terrestre». Después apareció en medio de ellos un semidiós legislador, Quetzalcoatl, que salió del mar, les enseñó las artes, las ciencias y las costumbres, y, terminada su obra, los abandonó de repente prometiéndoles volver. Era el Mesías siempre esperado; y cuando Hernán Cortés, traído asimismo por las olas del mar, surgió á la cabeza de sus gentes, creyóse que se cumplía la profecía al fin, y que iba á dar principio una nueva era de prosperidad nacional.

Generalmente se conviene en fijar en el siglo vi de nuestra era, la época en que hizo su aparición en el Anahuac un grupo de Nahuas, después de haber errado mucho tiempo desde su partida de Huehue-Tlapallán, población ó país que no han podido identificar aún los comentadores. Unos la colocan al Norte, otros al Sur de Méjico; pero el conjunto de las indicaciones designa perfectamente las regiones septentrionales como el punto de origen de los nahuas. La forma misma de la meseta mejicana, que se abre ampliamente al norte, se estrecha luego al Sur y termina en un laberinto de recintos diferentes (semejante al de Grecia donde también fueron á encontrarse los emigrantes del Norte), muestra de qué modo debió verificarse la población del país. Las tradiciones representan todo el grupo de los nahuas como originario de la «Blanca Paloma Nebulosa», emblema de las comarcas del Norte. Hacia el siglo vii los nahuas, designados comúnmente con el nombre de toltecas, constituyen al fin como centro de su poder una ciudad identificada por los sabios modernos, la ciudad de Tollán conocida ahora con el nombre de Tula y situada 80 kilómetros por ferrocarril al Noroeste de Méjico. Los pueblos nahuas, á quienes substituyeron los conquistadores como dueños del Anahuac y que habían triunfado á su vez de los quinames ó «gigantes», son los olmecas y los xicalancas. Estos, que la tradición presenta como procedentes del Oriente, habían construido ya sin duda varios de los monumentos que se atribuyeron después á sus sucesores de diversas lenguas; pero, de todos modos, la época llamada tolteca fué una de las más ricas en obras que revelan

la cultura de los indígenas. El nombre mismo de *toltecatl*, sea cual fuese su primera significación, había llegado á ser la voz consagrada para designar un obrero de gusto y de habilidad, un «artista». Se aplicaba también á los mercaderes que hacían largos viajes y que fueron en la América central los propagadores de la civilización nahua. El nombre de Culhuá ó «Antepasados», que se les da igualmente, es un testimonio en favor de esta unidad étnica. La denominación de Tula duró hasta la segunda mitad del siglo xi, época en que revoluciones intestinas, guerras exteriores y la invasión, en fin, de los chichimecas (ó, de otro modo, los bárbaros) acompañada de hambres y de pestes, quebrantaron la fuerza de las tribus que habían sido hasta entonces las más poderosas. Las crónicas hablan de millones de víctimas de todos esos azotes juntos, y no vuelven á mencionar más «toltecas» después de esa época, ó los representan, bien como fugitivos dispersos en las poblaciones de los alrededores, bien yendo á fundar nuevos reinos al Sur, en el Yucatán, Chiapas y Guatemala.

Los chichimecas vencedores, cuyas numerosas emigraciones refieren también las leyendas, desalojaron el centro del poder nahua, y lo trasladaron más al Sur, á la cuenca del Anahuac propiamente dicho, primero á las orillas del lago Xaltocán, luego á los campos contiguos al lago Texcoco, no lejos de la capital actual de los Estados Unidos mejicanos. Por fin se estableció la residencia en la «Ciudad de los Antepasados», Acolhuacán ó Texcoco; pero el año 1325 se elevó una rival en medio de las olas, en una isla del lago. Era la ciudad de México-Tenochtitlán. Sus fundadores los aztecas, de raza nahua como sus antecesores toltecas y chichimecas, que significa «artistas» y «bárbaros», habían llegado á la meseta del Anahuac hacia fines del siglo xii, al cabo de ciento veinticinco años de su partida de la patria insular de Aztlán (buscada en diversos puntos por los geógrafos) y después de haber morado en el lugar mítico de Chicomoztoc, es decir, de las «Siete Cavernas», y recorrido los países más diversos en busca de la «tierra prometida». La leyenda que cuenta su éxodo los da también como «inventores del fuego»; esto es, como hombres ingeniosos que rivalizaban con los toltecas en el conocimiento de las ciencias y de las artes. Gracias á su posición insular, fácil de defender contra todo ataque repentino, la ciudad lacustre creció rápidamente y se rodeó de chinampás ó huertas flotantes que le suministraban víveres en tiempo de sitio. Aun al dividirse en dos

ciudades enemigas, la antigua Tenochtitlán y la moderna Tlatelulco (la ciudad democrática y la ciudad comercial), el conjunto del grupo urbano continuó desarrollándose rápidamente merced á la afluencia de inmigrantes que de todos lados iban en busca de refugio á estas plazas fuertes. En fin, cuando las guerras intestinas y el levantamiento de los pueblos oprimidos arruinaron definitivamente la preponderancia chichimeca en 1431, Méjico heredó el poder que había ejercido Texcoco, la ciudad de ultra-lago. En la asociación establecida para la conquista y explotación de los territorios entre las tres ciudades de México, de Texcoco y de Tlacopán, que es la moderna Tacuba, la hegemonía correspondió á Méjico.

El territorio de las conquistas se extendió con rapidez fuera de los límites de Anahuac propiamente dicho. Los anales de esa época, bastante acordes en su conjunto, á pesar de las exposiciones parciales de los cronistas de diverso origen, refieren cómo los mejicanos esclavizaron á las poblaciones circunvecinas para acrecentar sus riquezas en oro, piedras preciosas y plumas de adornos, y para alimentar de víctimas los altares de sus dioses. Por el Oeste no pudieron someter á las tribus del Michoacán, y hacia el Noroeste apenas traspasaban los límites del «valle». Al Sur y al Sudeste se habían extendido hasta más allá de Tehuantepec por Soconusco; y al Este habían conquistado toda la región hasta el litoral, desde la boca del Pánuco hasta la barra de Alvarado, pero dejando en la meseta una nación no sometida, la de los tlaxcaltecas, que, con cientos de tribus rebeladas, facilitaron la conquista de Méjico á los invasores españoles. Prodigios y calamidades de todas especies, según dicen los historiadores, anunciaban la próxima ruina del poder azteca, y ya estaba bien amenazado por la insurrección de sus propios súbditos, cuando Hernán Cortés y sus aliados tlaxcaltecas se presentaron delante de Méjico. Sin embargo, el nombre de la suntuosa ciudad se ha extendido á todo el territorio circundante y hasta á un conjunto de comarcas muy superior en extensión al país de Moctezuma; y el nombre de mejicanos, que se aplicaba en otro tiempo á una sola fracción de los aztecas (simple rama á su vez de la raza nahuac) se ha transmitido á la gran nación actual, que tiene 12 millones de habitantes.

Los conquistadores españoles, súbditos de un emperador poderoso, cuya voluntad personal era obedecida en toda la extensión de su dominio, que nombraba gobernadores, levantaba impuestos y reclutaba soldados en todas sus provincias,

no podían menos de ver en Méjico un imperio semejante á aquel de donde procedían. Figurábanse que toda autoridad emanaba allí del poder imperial, y que éste se conservaba regularmente en la misma dinastía por una especie de derecho divino. No comprendieron que los aztecas, después de haber vivido en comunidades familiares, sin dividir el suelo en propiedades privadas, se habían constituido en una democracia militar, formada de grupos consanguíneos que elegían sus «oradores», es decir, sus jefes. Asimismo, maravillados de ver en el Nuevo Mundo una gran ciudad más vasta y suntuosa que sus propias capitales, debieron exagerarse á sí mismos las riquezas de Méjico y la cultura de sus habitantes. Sin embargo, los documentos ciertos recogidos sobre la lengua, las ciencias y el arte de transmitir el pensamiento, el esmero del riego y el cultivo, los objetos que poseen los museos y los monumentos que quedan en pie en las cercanías de las ciudades ó las soledades de los bosques, prueban que la civilización mejicana se había elevado por sus propias fuerzas á un nivel muy superior al de las poblaciones bárbaras.

VII

La civilización azteca

La lengua azteca, que se confundía probablemente con la de los toltecas y de los chichimecas, y algunos de cuyos dialectos se hablaban y se hablan aún al Sur, en Guatemala, Salvador y Nicaragua, era la lengua dominante en lo que es hoy el territorio mejicano. Se usaba en la mayor parte de la meseta de Anahuac, en el litoral del Golfo hasta el delta de Goatzacoaltos, y en la costa del Pacífico desde el golfo de California hasta el de Tehuantepec. Aún se emplea al lado del español en todas esas comarcas; pero los dialectos modernos apenas encierran el tercio de las voces del idioma literario. La lengua de la civilización, el azteca, había llegado á ser el lenguaje de los tribunales, de las discusiones diplomáticas y hasta del comercio. En cuanto se conquistaba un territorio, el idioma de los conquistadores adquiría un carácter oficial, y los habitantes estaban obligados á aprenderlo. El azteca es una lengua polisintética, cuyas voces se agregan modificándose, según la eufonía. Su plasticidad es extraordinaria, y en punto á elegán-

cia y flexibilidad, hay pocas que puedan comparársele. Todos los autores que la han estudiado alaban á porfía su mérito. Su riqueza en términos descriptivos es asombrosa. En fin, esta lengua posee una gran copia de palabras abstractas, y los traductores no han encontrado dificultad ninguna para trasladar en expresiones mejicanas los términos de orden metafísico ó religioso que se encuentran en los Evangelios, la *Imitación* y otras obras de esa índole. Lo más bello que nos ha dejado la literatura azteca, son exhortaciones morales de una altura de sentimientos no superada ni aun en la India.

Un indicio notable de la elevada civilización de los mejicanos es su conocimiento de los fenómenos astronómicos. Describían los movimientos del sol, de la luna y de algunos planetas, y determinaban el principio de cada año, de cada «nueva hierba», de una manera mucho más precisa que el calendario actual de Rusia, el cual empieza con doce días de retraso. El año mejicano, como el de los zapotecas y el de Michoacán, se dividía en 18 meses de 20 días, á los cuales agregaban cinco días suplementarios, considerados frecuentemente como de mal agüero. Para que el año convencional coincidiese con más exactitud con el solar, se añadía al fin de cada ciclo de 52 años un período de 12 ó 13 días, según las exigencias del cálculo. Como el sistema de numeración de los mejicanos era vigesimal ó de cuatro veces cinco, la división de los días se hacía de cinco en cinco, y el quinto tenía cierta importancia como día de fiesta y de mercado. Los años se dividían de otro modo. Cada tlalpilli, «nudo» ó «haz», se componía de 13 años, y cuatro de esos haces, ó sea una serie de 52 años, constituían el ciclo ó xiuhmolpilli. Tal era á los ojos de los mejicanos el período principal de tiempo, y á esta división se asocian ideas místicas sobre el gobierno de su propia vida y el de sus sociedades. El xiuhmolpilli les parecía la duración normal de la existencia humana. Para los pocos hombres á quienes los dioses concedían el privilegio de vivir durante dos períodos, se daba al doble ciclo el nombre de huehuetiltzli, «edad» ó «vejez». Según una ley, no siempre observada, los jefes toltecas debían mandar exactamente durante un ciclo. Si moría el jefe antes de haber gobernado durante este período, reinaba en su puesto un consejo de ancianos bajo el nombre del difunto; pero, cuando un elegido pasaba del plazo asignado á su poder, debía dimitir, y á la hora marcada por el calendario, ocupaba su puesto el sucesor. Entre los mejicanos, lo mismo que entre los pueblos

del Antiguo Mundo, antes del año solar había estado en uso el año lunar, y por eso el calendario religioso de los ritos, fiel á las tradiciones, se regía por los movimientos de la luna. No de otra suerte en los cultos de Europa la gran fiesta de la Pascua, que fué en su origen la del renacimiento anual de la primavera, sigue siempre el ritmo lunar.

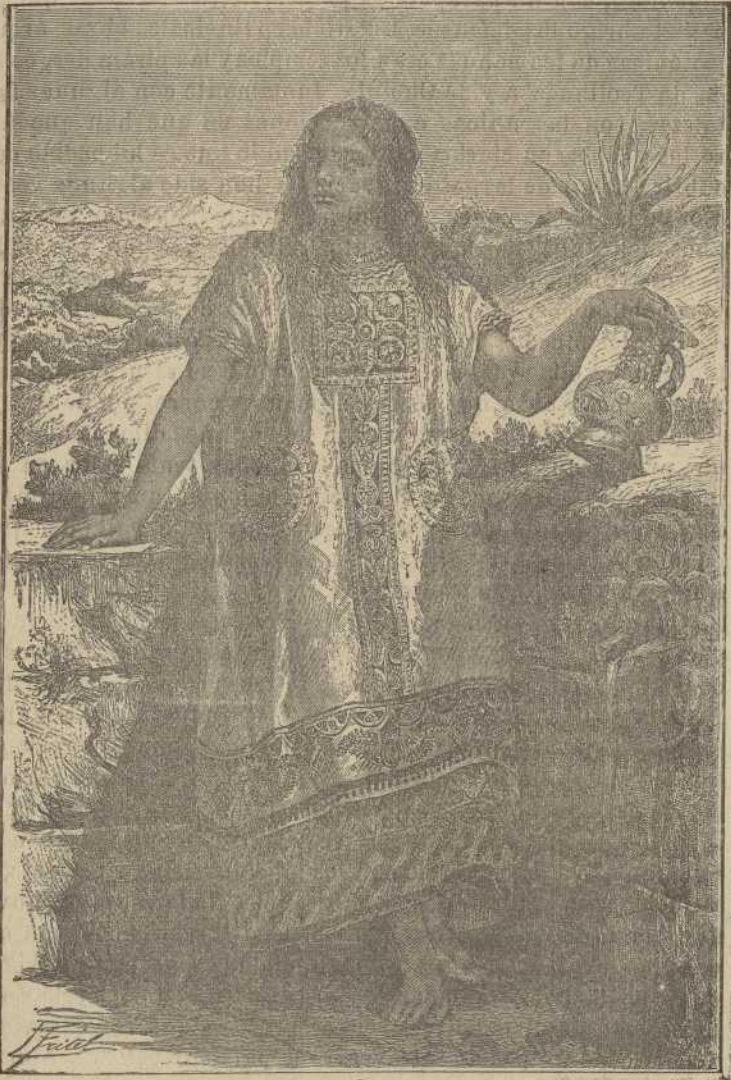
Los mejicanos no inventaron una escritura propiamente dicha, pero sabían formar sus anales, dibujar sus mapas, pintando al natural todos los ríos y puertos, sabían también establecer su genealogía, publicar decretos y leyes, describir los oficios y los trabajos domésticos, y transmitir, en fin, todas sus ideas, incluso las abstractas, mediante figuras jeroglíficas. Estas imágenes, de forma cuadrada y de ángulos redondeados, pintábanlas por lo común en colores brillantes, en hojas de un papiro fabricado con las fibras del maguey ó del anacahuite (árbol del papel) ó bien en pieles ó en fajas de algodón, barnizadas y encuadernadas en forma de abanico, formando *amatl* ó libros cubiertos con tablillas de madera. Los monumentos públicos, y á veces las paredes de las peñas (especialmente en la Sierra Madre occidental), ostentaban igualmente jeroglíficos grabados en la piedra. El estudio de estos documentos prueba que los mejicanos iban más allá del sentido puramente figurativo ó simbólico en el uso de esos caracteres, y que los empleaban fonéticamente en algunas circunstancias. Los nombres de las ciudades, por ejemplo, se leían. Desde los orígenes del período histórico los toltecas poseían copiosas bibliotecas de estas pinturas manuscritas; pero los aztecas, envidiosos, según se dice, de la gloria de sus predecesores, destruyeron tales documentos. Los aztecas á su vez fueron víctimas del celo iconoclasta de sus vencedores, los españoles, y la mayoría de los manuscritos conservados datan de fines del siglo *xvi*, época en que los sacerdotes, reconciliados con los restos de la civilización nahua, permitían á sus fieles emplear de nuevo los jeroglíficos tradicionales. Los manuscritos de esta época posterior á la conquista consisten en su mayor parte en confesiones religiosas, en catecismos, en matrículas de terrenos y expedientes judiciales.

La industria de los nahuas estaba muy adelantada, aunque no había llegado aún á la edad de hierro. En punto á metales no conocían más que el oro, la plata, el cobre, el estaño y el plomo. Servían de pequeña moneda menuda láminas muy delgadas de cobre, como también habas de cacao y una porción

de objetos pequeños, diferentes en cada país. Los instrumentos cortantes se hacían de una liga de cobre y estaño que apenas se diferenciaba en dureza del acero; pero casi todas sus armas eran aún de piedras duras, especialmente de trozos de iztli ú obsidiana. De esta materia eran también los cuchillos que usaban los sacrificadores para degollar á sus víctimas humanas y para una especie de circuncisión que se practicaba en los niños. Los instrumentos de labranza, más parecidos al arado de Europa, se componían de una armadura de madera provista de palos con punta de cobre. Los españoles se maravillaron del arte de los cinceladores de piedras finas y de los joyeros mejicanos, que descollaban sobre todo en la imitación de los animales pequeños y los insectos. Los plateros de Europa, según dicen las crónicas, hubiesen sido incapaces de rivalizar en perfección de trabajo con sus colegas del Nuevo Mundo. Por lo menos, hay un procemiento que se ha perdido: el de fabricar figurillas de oro compuestas de hojas delgadas sin ninguna soldadura. Estas obras, de las cuales conservan los Museos raros ejemplares, parecen inexplicables á los artífices europeos. Méjico tenía también sus harineros, sus alfareros y sus fabricantes de papel. Las diversas plantas de la familia de los cactus, las palmeras y los algodoneros daban sus fibras para la fabricación de tejidos, algunos de extraordinaria finura. También eran maestros consumados los mejicanos en el arte del tinte, empleando la cochinilla. En fin, utilizaban gran número de simples, cortezas y frutos de tinte, cuyo uso se ha perdido desde la conquista española, notándose en esto un retroceso de la industria mejicana durante los cuatro últimos siglos. Uno de los triunfos del arte nahua consistía en el empleo de las plumas para el adorno de las telas, vestidos, tapices y cobertores. Este género de trabajo, que se ha conservado en una porción de familias de artistas, pero empobreciéndose, se consideraba como una de las artes liberales, cual la joyería, la escultura, la pintura, la historia y la poesía. El «Consejo de música», especie de Academia fundada para el fomento de las artes, comprendía artífices de este ramo entre sus miembros.

Los nahuas tenían también sus arquitectos. Sus casas bajas, muy sólidas y la mayoría de un solo piso, descansaban en una plataforma ó en un macizo de pilotes. Las ciudades eran regulares, con calles estrechas que se cortaban en ángulo recto y plazas espaciosas alrededor de los templos. Sabían abastecer las ciudades de agua abundante por medio de acueductos y

depósitos y construían muelles y diques, atravesaban los arroyos por calzadas de piedra, y los ríos por puentes colgantes



India tolteca (Dibujo de Fevet.)

asegurados con bájucos. Algunas ciudades poseían fortificaciones, y la gran muralla de 10 kilómetros que unía dos paredes

de montañas para cerrar el paso entre el imperio mejicano y la República de Tlaxcala encerraba un camino de desfile muy ingenioso, con un parapeto en lo alto, detrás del cual quedaban al abrigo los defensores. Pero las principales obras arquitectónicas de los nahuas eran los templos y las pirámides, como las de Teotihuacán y de Cholula. Juntamente con algunas fortalezas, son las únicas construcciones de que han quedado restos visibles en ciertos puntos. Todo lo que se ha podido descubrir á favor de largas excavaciones han sido algunos vestigios de las habitaciones particulares donde moraban los antiguos mejicanos. Los monumentos religiosos, como es sabido, se construían con sujeción á un plano semejante al de los templos babilónicos. Eran también pirámides de gradas formadas de paralelepípedos rectángulos superpuestos; pero esas construcciones solían ofrecer, en proporción á su altura, una base mucho más ancha que los monumentos correspondientes de Egipto y de Caldea. Algunas eran de enormes dimensiones, lo que prueba que el trabajo humano apenas tenía valor en las mesetas del Anahuac. La vida de los hombres no se estimaba más alrededor de los lagos mejicanos que en el valle del Nilo, cuando se trataba de satisfacer la ambición de los sacerdotes, erigiendo edificios portentosos.

Cuando los españoles conquistaron el país, estaba ya en decadencia la civilización de los habitantes, y ellos mismos lo confesaban hablando de las edades toltecas como época del florecimiento de las ciencias, las artes y la industria. El mundo azteca, limitado por todas partes (puesto que no conociendo la navegación no se comunicaba con las islas más que por medio de las tempestades ó de acontecimientos fortuitos), y la diversidad de productos de sus tres zonas, le dispensaban de toda tentativa de comercio con los pueblos lejanos, y se veía reducido á vivir de su propia substancia. Nada venía á renovar sus fuerzas vivas; se envenenaba poco á poco lo mismo que una pradera, cuya agua, no alimentada por una corriente pura, acaba por corromperse. Verdad es que el comercio gozaba de gran predicamento, hasta el punto de que las caravanas de mercaderes podían atravesar el país sin peligro, aun en tiempo de guerra; pero el tráfico se hacía siempre por los itinerarios acostumbrados entre la meseta y las zonas escalonadas de la vertiente. La civilización mejicana, no reavivada por recursos exteriores, no podía encontrar elementos nuevos en el pueblo mismo, al cual, formas tradicionales, más tiránicas

cada vez, habían privado gradualmente de toda iniciativa. Una etiqueta inflexible determinaba toda relación entre las clases; la sociedad se había petrificado.

En cuanto al culto público, había adquirido un carácter atroz. En su origen, sin embargo, había estado puro de todo sacrificio sangriento. El primero de los dioses, el que llevaba por excelencia el nombre de Teotl, era Atonatiu, el «Sol de las Aguas», aquel cuyos rayos, caldeando el mar, hicieron nacer del caos todas las cosas. El hijo del sol que trae todos los años la primavera, es Tlaloc, el viento alisio que acarrea las lluvias, el ave que viene del mar, la serpiente que relampaguea en el cielo y se desliza por las hendiduras del suelo, simbolizando las aguas corrientes. En el tiempo en que los aztecas fundaron á Tenochtitlán conservábase el recuerdo de una religión clemente en la que los suplicantes no ofrecían al «Sol Padre», á la «Luna Madre», al «Sol Hermano» y al dios del viento, más que las semillas y los frutos para que bendijesen las cosechas futuras. Hasta se esperaba, para una edad de oro venidera, la restauración de estas ceremonias pacíficas, puesto que se las asociaba á la venida de otro Tlaloc, Quetzacoatl ó «Serpiente con plumas», que llega de Levante con el viento del Este y allí regresa. Más de una nación vencida, como la de los Totonacas, se quejaba de tener que proporcionar víctimas humanas á los dioses mejicanos, cuando su propia divinidad, «madre de los hombres», sólo pedía semillas y flores. Pero, salvo en el templo de Texcoco, que Nezahualcoyotl había elevado al «dios desconocido», limitándose á quemar perfumes delante de él, la religión del país por efecto de las guerras y de la costumbre de incluir cautivos entre las ofrendas, era una religión de sangre. Lo que había que ofrecer incesantemente en los altares de los dioses no era el símbolo de la vida, representado por las primicias de la tierra, sino la vida misma. Cuando se presentaban granos, había que reducirlos á harina y amasarlos con la sangre de los niños y de las vírgenes. Además, se hacía una pasta de la ceniza de los padres con la carne de los hijos.

Los mejicanos recurrían [á los sacrificios, como antiguamente los hombres de cualquiera otra raza, arias, semitas ó negros, para aplacar la cólera de los dioses malos y conjurar las desgracias que se preparaban contra ellos en el mundo desconocido. Pero sus ritos sanguinarios excedieron quizá en horror á los de todos los demás pueblos, incluso á los de Daho-

mey. Los más medrosos se torturaban á sí mismos, como los faquires de la India y los aisaúa de Argelia; se desgarraban las carnes con espinas de maguey, prolongaban sus ayunos durante días enteros y se privaban del sueño hasta enloquecer.

En el antiguo mundo, rico en toda clase de animales, solía ofrecerse á los dioses la sangre de las bestias; pero en las metetas mejicanas apenas se podía torturar y despedazar en honor de las divinidades celosas más que hombres. Los sacerdotes arrancaban corazones humanos de los pechos aún calientes para dirigirlos hacia el cielo á las divinidades invisibles. Sacrificábanse á Tlaloc recién nacidos ó niños á quienes se hacía morir de miedo y que los grandes de la nación comían después en un festin religioso. El cementerio de Tenenepanco, que descubrió Charnay en las laderas del Popocatepetl, á 4.000 metros de altitud, sólo encerraba esqueletos de niños, pero éstos á centenares. Eran probablemente víctimas ofrecidas á Tlaloc, el dios de las altas cimas de donde se precipitan los vientos y las nubes.

En las grandes ceremonias se derramaba sangre bastante para llenar las zanjas abiertas alrededor de los teocalis. Hacia fines del xv, el rey Ahuizotl, al consagrar á Huitzilputzli, dios de la guerra, el templo de Méjico, empezado por su predecesor Tizoc, mandó degollar cerca de 80.000 prisioneros. Todo soberano, al subir al trono, debía empezar su reinado por una caza de hombres á fin de hacer provisión de víctimas. Cada uno de los diez y ocho meses del año debía bendecirse con una degollación. De ahí que se hubiesen instituido «guerras sagradas» por tratados entre diversos Estados para proveer á los sacrificadores de suficientes víctimas. Todo templo debía bañar sus cimientos en la sangre de los cautivos, mezclada con las ofrendas de metales preciosos y perlas y con las semillas de las plantas apetecibles. Era horroroso ver esos monumentos tintos en sangre ennegrecida, y llenos de carnes frescas, podridas ó quemadas. Algunos tenían por abertura una puerta en forma de fauces, con centenares ó millares de cráneos enganchados en las mandíbulas del monstruo. Al lado se elevaban pirámides, cada una de las cuales comprendía «más de cien mil cráneos». Una de las festividades del año era la llamada de la «desolladura», y los sacerdotes recorrían entonces los barrios de la ciudad cubiertos con la piel de las víctimas, teñida de sangre fresca. Pero con tan inmensas matanzas los dioses se volvían insaciables, y los infelices humanos buscaban víctimas más nobles

cada vez, para poder aplacar al fin con sangre á los dueños de su suerte. En la religión cristiana un hijo de Dios, expió los pecados de los elegidos en el madero infame de la Cruz, pero al menos los que le crucificaron ignoraban la grandeza de su víctima. Los mejicanos, al contrario, creaban dioses para sacrificarlos á las divinidades más poderosas. Cuando moría un personaje, el sacerdote que bajaba con él á la tumba llevaba el disfraz de un dios. En los días de grandes ceremonias nacionales no les bastaba un hijo de rey; necesitaban el hijo de un dios, y al efecto, elevaban al rango divino á los jóvenes que sacrificaban. Antes de matarlos, los seguían en procesión triunfal y se prosternaban ante ellos en adoración. Los que, después del sacrificio, probaban la carne sagrada y «comían Dios», como indicaba el nombre mismo de la comida, conseguían que pasase á su propio cuerpo algo de la substancia divina y se creían así partícipes de la naturaleza de los dioses. Tal era la terrible forma que había tomado en Méjico la teofagia.

Semejantes prácticas religiosas debieron completarse naturalmente con una legislación feroz, y, sin embargo, el pueblo parece que era excelente, de carácter muy dulce y tiernos afectos domésticos. «Querido hijo, alhaja, hermosa pluma!» así hablaban las madres á sus niños. Según Ixtlixochitl, el robo cuyo valor excedía del precio de siete mazorca de maíz se castigaba con la muerte. Poblaciones enteras creían como más probable un fin violento que la muerte natural. Compréndese la melancolía que debió apoderarse de este pobre pueblo del cual parecía apartarse el favor divino en proporción de las víctimas que le ofrecía. El emperador Nezahualcoyotl, soberano de Texcoco, poeta coronado que arriesgó su reino al juego, en una apuesta de tres pavos, para demostrar lo poco que apreciaba el poderío, expresaba el sentimiento de todos al pintar el «día cercano en que ha de aparecer el destino sombrío, el gran destructor». Hasta la conquista española, con las matanzas, calamidades y hambres que la acompañaron y la servidumbre que la siguió, fué una suerte para las naciones del Anahuac, á quienes arrancaba de un fatalismo sin remisión para introducirlas, merced á rudo aprendizaje, en el nuevo mundo de la solidaridad humana.

Esta era de transformación empezó de un modo tremendo para las poblaciones del Anahuac. Los conquistadores españoles hicieron en Méjico lo que habían hecho en las Antillas: mataron á los indígenas que resistían y sometieron á los su-

pervivientes á un régimen de esclavitud despiadada. «Una larga experiencia—dice Pedro Mártir de Anglería—ha demostrado la necesidad de privar á estos hombres de la libertad y de darles guías y protectores». Gracias á tales «protectores», hubo provincias que quedaron casi despobladas en menos de una generación. El sitio de Méjico, «donde los hombres eran tan numerosos como las estrellas del cielo y las arenas del mar», costó la vida, según se dice, á 150.000 personas. Según Pimentel, la provincia de Nueva Galicia, que ha pasado á ser el Estado de Jalisco, vió reducirse su población de 450.000 indios á 12.600. Verdad es que los españoles, en su rápido paseo de conquista, contaron con el auxilio de la apatía del pobre pueblo. La muchedumbre, abrumada de vejaciones y penalidades, no sentía ninguna repugnancia á cambiar de tiranos, y hasta le convenía más prosternarse ante los semidioses armados del rayo que ante hombres de su propia raza.

También se hizo sin la menor dificultad el cambio de religión que, al menos en la apariencia, se verificó, por decirlo así, al mismo tiempo que la conquista. Cuando los frailes franciscanos, seguidos de cerca por los dominicos y agustinos, fueron á ofrecer á las poblaciones mejicanas el bautismo que «lava los pecados», ceremonia que, después de todo, no se diferenciaba mucho de purificaciones análogas de la religión azteca, no hay que atribuir el asombroso éxito de su propaganda solamente á su prestigio de vencedores y al apoyo del brazo secular: quizá entró por algo el alivio que sentían los vencidos de verse libres al fin del terror que su religión les infundía. Toribio de Benavente cuenta que en los quince primeros años que siguieron á la conquista fueron bautizados 9 millones de indios. Sacerdotes hubo que vieron arrodillarse á la vez delante de ellos hasta doscientos indiginass. Tal era la afluencia de los candidatos «que padecían hambre de bautismo», que los bautizantes no tenían tiempo de hacer las ceremonias prescritas y se limitaban á marcar con saliva la frente de los neófitos. Todos los santos del calendario hubiesen sido insuficientes: de ahí que se dividiese á los indios en grupos, cada uno de los cuales recibía colectivamente el mismo nombre. Así el bautizado no tenía que esforzarse mucho para recordar una apelación que pertenecía á toda una tribu.

Exceptuados los sacrificios sangrientos, no parecía muy grande á primera vista la diferencia entre las formas exteriores de las dos religiones, y los indios podían pertenecer á la

vez á ambas. Se les pedía que derribasen sus ídolos, y que en el mismo templo y en el mismo sitio, pusiesen la estatua de la Virgen con su hijo en brazos, y los caciques se apresuraban, en efecto, á colocar la imagen de la *Tecleciguata* ó «Gran Señora». Pero no se erigieron crucifijos, dice el dominico Remesal, porque, dándose por inmortales los españoles, no querían enseñar que su Dios pudiese morir. El P. Francisco de Bolonia habla de tribus de indios que iban á pedir hábitos á los misioneros para colocarlos en el altar de su templo rellenos de paja ó de estopa ínterin llegaba el día de la conversión definitiva. Bautizáronse infinidad de indios sin abandonar sus antiguos ritos, y durante mucho tiempo siguieron celebrando los misterios paganos en la espesura de los bosques. Así, según el mismo Francisco de Bolonia, había indígenas que erigían una capilla y plantaban una cruz inmediatamente encima del sitio en que habían ocultado la imagen proscrita de su dios, y al ídolo era á quien dirigían sus genuflexiones y oraciones, cuando se prosternaban delante de la imagen. Poco á poco la fuerza del hábito acabó por confundir los dos cultos, y los indios de nuestros días, al desenterrar por casualidad ídolos del pasado, los llamaban con la mejor buena fe «santos antiguos». Las mismas almas piadosas que se precipitan devotamente en las iglesias y besan con transporte las reliquias de los mártires, van en secreto á coronar de flores las imágenes de los dioses antiguos y á sacrificar palomas en los bosques. Además de la Virgen y de Jesucristo, que son los «Dioses de la Iglesia», los indios tienen sus dioses domésticos, sus mánitos, *tepitotu* ó «pequeñísimos», como los dioses lares de los antiguos aztecas.

Pero la conversión de los indígenas, el título de hermanos espirituales de los «cristianos», es decir, de los españoles, que les valió el bautismo, no hizo de ellos los iguales de sus conquistadores. Estos últimos no vieron al pronto en los conversos más que seres inferiores, útiles principalmente después de muertos, porque se empleaba su grasa para curar las heridas de los hombres y los caballos. Hablaban al indígena con el palo en la mano, y en el tiempo mismo de Bernal Díaz circulaba entre los blancos un nuevo proverbio: «¡Donde nace el indio nace el bejuco!» Todavía en una época reciente podía exclamar el poeta Galván: «Soy un indio, es decir, un gusano que se cobija en la hierba: toda mano lo evita y todo pie lo aplasta.» De ahí que los hijos de los aztecas pudiesen echar de menos más de una vez el antiguo orden de cosas. «¡Por qué

eramos más felices en los tiempos de la barbarie y de abyección que después de nuestra conversión á vuestra fe?», decían los viejos de un pueblo indio al obispo Zumárraga. Cuando nacía un niño indio, el padre lo acogía con estas tristes palabras: «¡Vienes á la tierra á sufrir! ¡Sufre, pues, hijo mío!»

El período que siguió inmediatamente á la conquista fué el más terrible para los naturales. La conquista española no parece merecer otro nombre que el que le había dado Bartolomé de las Casas: «¡La destrucción de las Indias!» Por el pronto, las enfermedades que se desarrollan casi siempre con gran intensidad cuando se encuentran de repente en contacto razas distintas, dejaron casi desiertas algunas partes de la comarca. La primera epidemia de viruela, que llevó á Méjico, según se dice, un negro de la expedición de Narváez, y que atacó á Cuitlahuatzin, sucesor de Moctezuma, fué más mortífera que las armas de los españoles. Pero aún fué mucho más terrible el *mattlazahuatl*, la viruela de 1576, que, según Torquemada, arrebató cerca de 2.000.000 de habitantes en las diócesis de Méjico, Michoacán y Oaxaca. En 275 años sucediéronse en Méjico 17 grandes contagios sin atacar á los españoles. Según los misioneros, la raza misma parecía venida á menos físicamente y como condenada á perecer. Hasta los niños de pecho eran más raquíuticos de generación en generación. Aquellos á quienes respetaban las enfermedades los dieztaba el exceso de la labor impuesta. Aunque las «leyes de Indias» los protegiesen contra la esclavitud, no por eso dejaban de repartírselos con los dominios, ya los frailes que los habían convertido, ya grandes concesionarios, hasta por decenas de millares, y la responsabilidad de sus amos era ilusoria. Por otra parte, las leyes no se cumplían. La provincia de Panuco fué casi completamente despoblada por su propio gobernador, Nuño de Guzmán, que vendía sus hombres y sus mujeres á los tratantes de las Antillas, después de marcarlos antes á hierro candente. En tiempo de los aztecas, á falta de bestias de carga, los cautivos y los privados de casta hacían de *tlamemes* ó «acémilas» para el transporte de víveres y mercancías. Este oficio que desempeñaron en las comunidades aztecas lo continuaron con los españoles, y ¡cuántas veces no se excedió el peso de dos arrobas establecido por el virrey Mendoza como límite de la carga! Los poseedores de los dominios, más ignorantes de las condiciones del clima que los mejicanos, solían emplear portadores en zonas cuya temperatura era mortal

para los indígenas. Los cargueros procedentes de las mesetas perecían á millares en las tierras cálidas, al paso que otros millares, transportados de repente á las altas tierras heladas, sucumbían á los fríos. La codicia del oro, que tantas maldades hizo cometer á Hernán Cortés y á sus compañeros, acabó también por entregar las poblaciones á merced de los escudriñadores de tesoros. Y hay que dar gracias á que los primeros conquistadores fueron demasiado ignorantes para descubrir los yacimientos metalíferos que más tarde proporcionaron al mundo tantas riquezas.

VIII

Indios y mestizos.

A la vez que disminuía rápidamente la raza india, hasta llegar á desaparecer en ciertos distritos, desarrollábase y adquiría una importancia creciente otra raza: eran los mestizos. Los conquistadores, que no llevaban consigo mujeres, las tomaron entre las indias, empezando por Hernán Cortés, porque nadie ignora el auxilio que le prestó en los días de peligro su compañera doña Marina ó Malitzín. Todos sus capitanes y soldados recibieron mujeres como presente. Cada jefe que pedía gracia ó celebraba una alianza, sellaba el tratado con enlaces entre los recién llegados y mujeres de su casa ó parentela. Toda tribu que imploraba la paz llevaba mujeres para ofrecerlas á los vencedores. Después de la conquista, los soldados y los comerciantes que marchaban al Nuevo Mundo atraídos por la fama de los tesoros de Méjico, rara vez iban acompañados de españolas, á pesar de los decretos que declaraban nula toda concesión de tierras hecha á un blanco que no llevase á su mujer ó mandase pedir una de la Península. La mayoría de las uniones siguieron verificándose con mujeres del país. Así se acrecentó rápidamente el número de los mestizos, y no tardó en superar al de los españoles.

En el lenguaje común el nombre de «mestizo» indica más bien la clase que el origen, y se aplica exclusivamente á los proletarios que no viven separados de las tribus indias. Pero, tomando este nombre en su sentido verdadero, puede decirse que los mestizos constituyen actualmente más de las cuatro quintas partes de la población. Los mismos indios «salvajes»

son de sangre ligeramente mezclada, y en cuanto á los blancos que se dicen «puros», les gusta también, llegada la ocasión, alabarse de descender de los antiguos reyes y emperadores del país. Hay tres familias Moctezuma que conservan sus archivos en Méjico y en España. Por lo que toca al elemento africano, no ha adquirido ninguna importancia en Méjico. Se llevaron negros desde los primeros años de la conquista, pero, á consecuencia de una insurrección, se mandó «descuartizar á dos docenas», y se prohibió á los propietarios españoles que los comprasen para substituir á los indios. Aparte de todo, el clima de las regiones frías de la meseta no hubiese permitido á la raza desenvolverse allí. Los negros, procedentes en su mayoría de Cuba ó de la Jamaica, se encuentran casi exclusivamente en las ciudades del litoral. El número total de negros y de gentes de color en Méjico no parece que excede de 20.000 individuos.

Puede decirse que durante los tres siglos del régimen colonial, entre la caída de Tenochtitlán y la proclamación de la independencia mejicana, el gran acontecimiento de la historia nacional es la lenta formación de la raza mestiza, nahua é ibérica á la vez, destinada á constituir tarde ó temprano el cuerpo de la nación. Verdad es que los españoles, que formaban la primera casta de la sociedad, no cesaron de mantenerse aparte orgullosamente y pretendían para sí solos el derecho de llamarse *gente de razón*: pero ellos mismos estaban divididos. Los españoles nacidos en la península eran los que ocupaban siempre los puestos retribuidos y á quienes el gobierno reservaba constantemente la autoridad y los honores. Los «criollos», al contrario, quedaban excluidos, por pura que fuese su sangre y por alto que fuera su mérito. Ni siquiera se admitían como religiosos en muchos conventos. Parecía que por el solo hecho de nacer en el Nuevo Mundo habían cesado de ser españoles para convertirse en rebeldes. Se los calificaba con desdén, se los insultaba; pero ellos devolvían el insulto, y no ha mucho se acogía á los «castellanos» con el nombre odioso de *gachupines*, derivado de voces nahuatl que significan «gentes de espuelas». ¡*Mueran los gachupines!* fué el grito de guerra de los insurrectos.

Los indios propiamente dichos, salvajes ó mansos, eran también «gentes de segundo orden», seres intermedios entre el hombre y el animal. En rarísimas ocasiones, por actos de valor ó abnegación, reconocíase al indio como un hermano en dignidad, y entonces se le elevaba el rango de *hombre blanco*,

como si hubiese sido imposible encontrar altas prendas en el hombre rojo. Era proverbial entre los mejicanos que nunca gobernaría el país un indio mientras quedase en él un arriero de la Mancha ó un remendón castellano. La falta de «razón» que se atribuía á los indios les valió al menos, hasta mediados del siglo XVIII, el no poder ser quemados por la Inquisición. Juzgóseles demasiado desprovistos de responsabilidad humana para que sus herejías ó su vuelta á la religión de los ascendientes fuesen dignas de promover la cólera de los inquisidores. Sin embargo, éstos se habían dignado ya castigar. El temible tribunal, introducido en Méjico en 1571, inauguró á los tres años los autos de fe quemando á cinco personas. Los indios, á pesar de su conversión á la religión de los conquistadores, habían adquirido la costumbre de rechazar el nombre de cristianos, como perteneciente sólo á los españoles y no aceptaban otra denominación que la de indios. Es de advertir que las transiciones entre españoles y mestizos, y entre mestizos é indios mansos, son mucho más graduales alrededor de la capital que en las regiones septentrionales, donde los habitantes se hallan diseminados en un espacio muy extenso. Allí son más pronunciadas las divisiones entre las razas: los blancos y los rojos están menos mezclados. En una época reciente aún duraba la lucha entre los dos elementos hostiles, y se perpetraban matanzas de una y otra parte.

IX

Régimen colonial.—Revolución é Independencia.

El régimen mercantil á que estuvo sometido Méjico durante la dominación española condujo á secuestrar la Nueva España, por decirlo así, y ocultar á los ojos del mundo los cambios introducidos desde los días de la conquista. Este régimen fué el del monopolio absoluto. A los ojos de Su Majestad Católica, las poblaciones aztecas no existían más que para enriquecer al fisco y á los arrendadores del comercio; pero el monopolio del tráfico y la fiscalización incesante de la aduana, junto con la opresión y el empobrecimiento de los indígenas, acabaron por agotar las transacciones. Toda contravención de las leyes fiscales se castigaba con severidad y á menudo acarreaba la muerte. Estaba prohibido bajo pena capital sostener relaciones

con los extranjeros. A los mismos náufragos se los encarcelaba, y á veces se los ejecutaba por temor de que entablasen negociaciones comerciales con los indígenas. Abandonábanse sistemáticamente los caminos que se dirigían hacia mar, y se hacía el vacío en torno del litoral mejicano. De esta suerte, á ciencia y paciencia de los españoles, avisados por los indios de las cercanías, el almirante y corsario inglés Jorge Anson pudo albergar su flota en el puerto de Signuantaneo (Zehuatanajo), entre las dos guarniciones enemigas de Zacatula y de Acapulco, y esperar allí sosegadamente la salida del precioso galeón que debía llevar á Manila cargamentos de lingotes. Se llegó á no dejar partir de Veracruz la flota con destino á España más que una vez cada tres años, y hubiese sido un crimen contra el Estado arribar á cualquier otro puerto que á Sevilla ó Cádiz. Se prohibía buscar minas de mercurio por temor de que padeciese el monopolio de Almadén. Hasta 1803 se prohibió á los mejicanos el cultivo de la vid, y aun se pretende que, si estalló la revolución en el distrito de Dolores á la voz de Hidalgo, fué por haberse obligado al cura innovador á destruir sus viñedos. Vedado estaba igualmente el olivo, así como alguna que otra planta cuyos productos hubiesen podido reemplazar á los que se importaban de España, y estos mismos no se proporcionaban sino en pequeña cantidad para que se mantuviesen á precios exorbitantes. Hubo un tiempo en que se prohibió la fabricación del *pulque*, la bebida nacional extraída del maguey, porque hacía mal tercio á la venta de los aguardientes catalanes. De igual manera estaban abolidos ciertos oficios como perjudiciales á las industrias de la Península, ó más bien, á los intereses privados de algunos especuladores. Todavía en el año 1819, es decir, cuando ya España había medio perdido su inmenso imperio colonial, una orden del Soberano prohibía admitir «bajo ningún pretexto» embarcaciones extranjeras en el puerto de Veracruz.

Semejante régimen debía conducir naturalmente ó á la ruina definitiva de la colonia ó á una revolución. Desde que el poder español, empeñado á su vez en una guerra de independencia contra el extranjero, tuvo que abandonar casi á sí mismas sus posesiones, fué inevitable un cambio de equilibrio político. La casta superior, la de los españoles oriundos de la Península, no tenía ya siquiera la cohesión necesaria para seguir un objetivo determinado en su política de resistencia. No sabía ya á qué partido afiliarse de los que luchaban en la España

moderna, y puede decirse que el primer acontecimiento de la revolución de Méjico fué la prisión del virrey español Iturrigaray en 1808 por los otros españoles de la Audiencia del Gran Consejo. En cuanto á los criollos, no todos hostiles al antiguo orden de cosas, y varios de los cuales se dejaron seducir por títulos, privilegios ó dinero, diferían mucho unos de otros en ideal. Los más audaces acariciaban lo que parecía un sueño, la independencia, mientras que la mayoría no pedía más que tener parte en la administración de su propio país y hacer que cesara el monopolio absoluto de los comerciantes de Cádiz. En cuanto á las masas de la población india, les importaba poco la forma de gobierno; lo que querían era la posesión del suelo, un poco de aire en su triste vida, y un poco de libertad. Bajo el régimen español, jamás habían intentado rebelarse, por más que, durante doscientos años después de la conquista, la fuerza armada se compusiese sólo de la guardia del virrey, y bajo los Borbones españoles, las tropas de ocupación de Méjico, los «Verdes», así llamados por las vueltas verdes de sus uniformes, no excediesen nunca de 6.000 hombres de infantería y caballería. Pero los indios tenían también un vago instinto de independencia política, como lo prueba la leyenda persistente relativa al rey Moctezuma, cuyo nombre les enseñaron evidentemente los españoles, y al cual profesaban fervorosa adhesión. No hay monumento arruinado que no se le atribuya, y dícese que, cual nuevo Quetzalcoatl, duerme en alguna caverna esperando el gran día del despertar de su nación. Sabido es el furor con que se batieron los indígenas al principio de la revuelta, en medio del delirio del esperado triunfo. Armados de hondas, de palos y de cuchillos, se precipitaban sobre regimientos de tropas aguerridas y bien armadas. Se los vió abalanzarse á los cañones para tapar las bocas con sus harapos y sus sombreros de paja.

Tal era la confusión de las ideas y de los partidos, fruto de la ignorancia general y de la larga servidumbre de las poblaciones, que la revolución empezó en Méjico por un levantamiento de los indios fanáticos de Dolores en nombre «de la santa religión y del buen rey Fernando VII». Los que causaron la primera derrota de los insurrectos fueron regimientos compuestos de criollos y mandados por un criollo. Un Congreso, fugitivo de montaña en montaña, proclamó por primera vez la independencia en 1813, dos años después del primer conflicto. Pero este grito de libertad parecía una blasfemia á los que

estaban acostumbrados á la servidumbre, y los moderados se apresuraron á volver á la obediencia. De las provincias apartadas no se había sublevado siquiera ningún indio: la guerra no tuvo por teatro más que la parte central del país, donde son un poco más densas las poblaciones. Ya los insurrectos no constituían ejércitos, sino que se encontraban reducidos á simples partidas; casi todos los jefes famosos habían sido fusilados ó se ocultaban en los bosques y los cenagales; todo parecía perdido, cuando en 1817 un español de veintiocho años, el navarro Mina, antiguo estudiante que había peleado valerosamente por la libertad de España contra los franceses, fué á defender la de Méjico contra sus propios compatriotas. Ganó algunas victorias, pero sucumbió á su vez. A un resto de bandolerismo, se redujo entonces la lucha en pro de la independencia, tan ruidosamente empezada en 1811 por el cura Hidalgo con ejércitos que casi brotaban del suelo. Y sin embargo, precisamente cuando el virrey Apodaca «respondía del orden» en 1820, cuando habían triunfado las fuerzas españolas, barriendo por delante los últimos pelotones de insurrectos, fué cuando se desplomó por sí solo el antiguo régimen. Bastó la defección del ambicioso coronel Itúrbide, y la nación, adoptando con entusiasmo al punto el «plan de Iguala», es decir, el proyecto de Constitución nueva propuesto en esa ciudad, reivindicaba la independencia plena é íntegra del pueblo mejicano, aunque conservando aún la forma monárquica. El nuevo orden de cosas fué aclamado en toda la extensión de Méjico, y el mismo virrey abrió las puertas de la capital. Era en 1821, y dos años después quedaba proclamada al fin la república.

El nombre mismo de *guadalupes* que se daba á los insurrectos, en oposición al de los españoles ó *gachupines*, es una prueba del influjo que el clero ejercía sobre la masa de la población mejicana. No se veía en la muchedumbre de los indios sublevados más que devotos peregrinos alistados en nombre de la virgen de Guadalupe, cuyo culto se había confundido con el de *Toci* ó *Tonantzin*, «nuestra madre» de los aztecas. Pero los sacerdotes se hallaban divididos como todos los demás blancos á consecuencia de su origen, de sus alianzas, su riqueza ó su pobreza. Un sacerdote criollo, con alguna mezcla de sangre india, Hidalgo, fué quien hizo el primer llamamiento á la insurrección; otro sacerdote, Morelos, fué por parte de los insurrectos el héroe principal de la guerra. Hubo hasta una religiosa, María Quintana, que abandonó el convento para combatir.

Pero algunos obispos y los jueces de la inquisición habían fulminado la excomunión contra los rebeldes en nombre del Papa, y en 1814 Itúrbide, entonces al servicio de España, fusiló en honor de la Iglesia á varios de estos excomulgados, el día de Viernes Santo. El clero, pues, no podía contribuir á dar al pueblo mejicano esa unidad de opinión que asegura la paz interior. Por otra parte, la revolución política no sirvió para mejorar la suerte de los agricultores indios, porque nó alteró nada en lo tocante á la posesión del suelo. El territorio lo acaparaban, como antes, grandes propietarios cuyo patronato se extendía sobre centenares ó millares de campesinos. Verdad es que en el primer año de la insurrección, cuando los dominios de los españoles eran secuestrados en nombre de la nación, y los indios se instalaban en ellos libremente, parecía anunciarse una revolución agraria. Pero los blancos que formaban parte del ejército rebelde se apresuraron á poner término á estas confiscaciones, cuyas consecuencias hubiesen sido capitales, y los elementos de lucha social se mantuvieron en los mismos términos que anteriormente, perpetuándose el odio entre las clases.

Estas grandes desigualdades sociales, que casi se confunden con los antagonismos de raza, explican suficientemente el estado de revolución en que se ha encontrado Méjico durante medio siglo después de la proclamación de la independencia. El país buscaba un nuevo equilibrio económico sin poder encontrarlo. Por una especie de paralelismo, respondíanse unas á otras las guerras civiles en España y sus antiguas colonias. Revoluciones y contrarrevoluciones repercutían del uno al otro lado del mar, como si todavía uniese una vida común á los trozos esparcidos del antiguo imperio. Obedecía esto á que tanto la metrópoli como sus posesiones antiguas, se habían inmobilizado durante trescientos años. Por una parte, la exploración y la conquista del Nuevo Mundo habían agotado á España, reduciéndola á vivir como un parásito á costa de tesoros mal adquiridos; por otra parte, el trabajo de adaptación á una civilización nueva había ocupado todas las fuerzas de las colonias hasta los tiempos de la revolución común.

X

Los indios.—Sus diversas tribus.

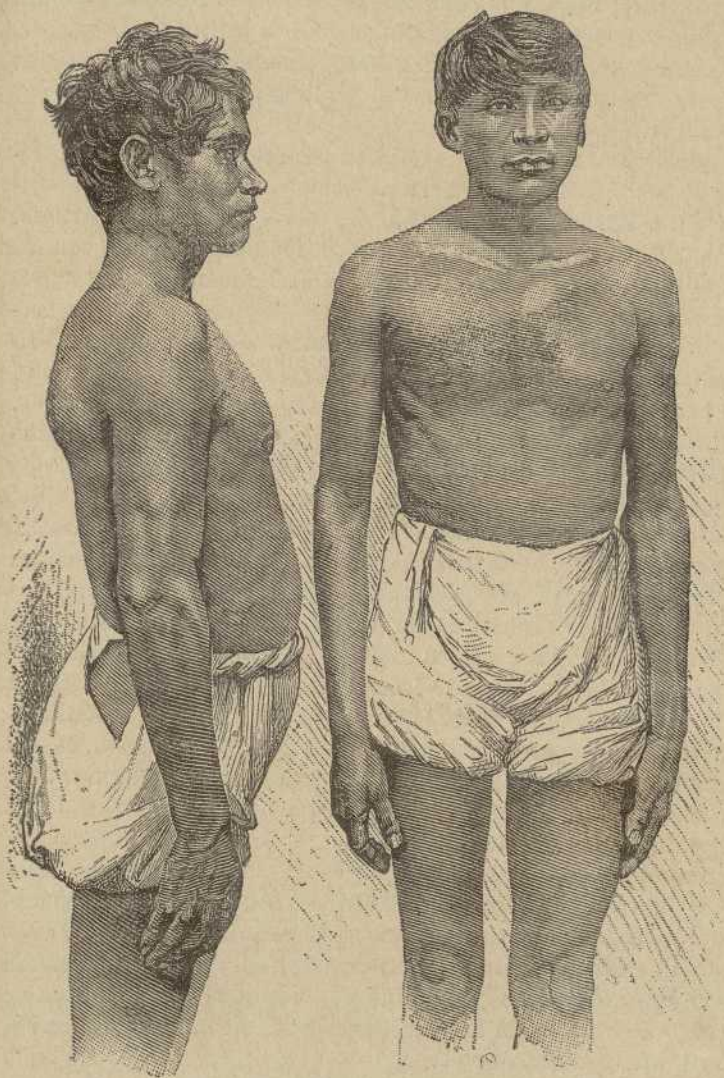
En Méjico es tanto más difícil de conquistar la unidad nacional cuanto que una parte notable de los indios no aparece asociada aún á la población culta más que en los documentos oficiales. Todos los indígenas agrupados en tribus, que viven en territorios apartados, que hablan las antiguas lenguas y practican las añejas costumbres, no pueden considerarse todavía como parte de la nación mejicana; pero son asimilados en mayor número de año en año, gracias á los caminos que atraviesan su territorio, á las ciudades y establecimientos industriales que se fundan y á las escuelas que se establecen.)

Hasta los más alejados del centro de la civilización mejicana, es decir, los indios de la California peninsular, han aprendido á hablar español, y los que están cerca de las misiones y las estaciones mineras no difieren de los otros indios mansos. Por supuesto, son muy poco numerosos, ni siquiera 3.000, y la tribu de los pericúes, que se citaba no ha mucho aún en el extremo meridional de la península, ha desaparecido completamente. Los dos pueblos que subsisten, los cochimis y los guayacuras (guaicuris), los primeros al Norte, los segundos en medio de la península, están emparentados con los yumas arizonianos, y habitaban, como ellos, las llanuras del Norte, que actualmente ocupan los cocopa.

Cochimis y guayacuras se cuentan entre los más nómadas de los indios, pues cambian de residencia cien veces lo menos cada año. De noche se resguardan del viento entre malezas ó con una hilera de piedras, pero tienen siempre sobre sus cabezas el cielo libre. A veces construyen especies de madrigueras para sus enfermos. Antiguamente el cochimi reputaba vergonzoso todo vestido, pero llevaba collares, anillos, brazaletes, y se ceñía á la cabeza un adorno de pieles, juncos ó plumas. Para los combates ó las fiestas los hombres se pintaban el cuerpo de colores brillantes, y, para proteger á sus hijos contra las intemperies, las madres los embadurnaban con una espesa capa de carbón desteñida en orina. Una de las armas de los cochimis era una especie de dardo. Su principal alimento es el meollo del cactus, pero devoran también toda clase de insectos, gusa-

nos y orugas, serpientes y lagartos, y no desperdician nada del esqueleto de los animales.

Varios autores cuentan de ellos una costumbre repugnan-



Indios Mayas. (Dibujo de Menetrier.)

te: atan con un hilo un gran trozo de carne, que cada uno de los compañeros masca y traga á medias para darselo después á

otro, hasta llegar al último, que se engulle definitivamente la masa ya casi digerida. No hay pueblos, ni aun en Oceanía, donde la sífilis haya hecho más estragos que entre los californianos. Esta plaga y las enfermedades que de ella derivan han aniquilado casi á las tribus. Los cochimis y otras tribus californianas pertenecían al grupo étnico de los nahua, es decir, de los aztecas y sus congéneres, y lo prueban su aspecto físico y su idioma.

Casi todos los indios que habitan la región Noroeste de México, desde la frontera de Arizona hasta los montes que dominan el río Lerma, pertenecen á una misma familia de tribus, cercana á los aztecas por el lenguaje. Se los designa por lo común con el nombre de pimas y ópatas, que son dos de sus grupos más considerables. La línea convencional que separa los territorios de las dos repúblicas, americana y mejicana, no es un límite etnológico, y precisamente al Norte es donde cuentan con mayor representación los pimas y sus parientes los pápagos.

Los ópatas forman poblaciones agrícolas medio españolizadas, que se han puesto siempre de parte de los blancos en las guerras de razas. Así los autores mejicanos ensalzan su valor, su sobriedad, su consecuencia, y les han dado el nombre de «espartanos de América». Los yaquis y los mayos, que viven en la costa del golfo de California, en las regiones casi desiertas que recorren los ríos de su nombre, tienen la misma valentía que los ópatas, pero no la han puesto al servicio de los blancos y se han sublevado frecuentemente. En 1825, después de la proclamación de la independencia mejicana, proclamaron también la suya y se declararon libres de todo impuesto. Desde esa época su territorio ha sido de difícil acceso para los extraños. No obstante los yaquis y los mayos que á veces reciben juntos el nombre de la lengua que hablan, ó sea el de cahitas, son poco numerosos, quizá 20.000. A pesar de las guerras que han tenido que sostener contra los blancos, son de condición pacífica y poseen una gran energía para el trabajo. Sus jóvenes emigran en masa anualmente para trabajar en las haciendas del Estado de Sonora y del Sinaloa, ó para servir de mozos de carga ó de criados en las ciudades. Pero, ausentes de la tierra, conservan el deseo de volver, y los que no están muy lejos hacen una visita todos los años al valle natal. Pasan por excelentes músicos. Como los zingáros de Hungría, aprenden á tocar el violín, la guitarra y el arpa, y tocan los días de fiesta para que bailen los aldeanos

La nación de los seris, establecida en la isla del Tiburón y en la orilla continental vecina, parece constituir una subraza bien distinta con algunos otros grupos de familias diseminadas, conocidos bajo diferentes nombres. Estos indígenas, reducidos ahora á la mínima expresión, defendieron sus valles y sus playas con notable energía, y las expediciones españolas sortearon cuidadosamente muchas veces el territorio de la seris. Se temía sobre todo sus flechas envenenadas. En ese país miraban con superstición toda planta venenosa, y se guardaban bien de arrancarla por temor de una desgracia. Los niños llevaban al cuello un saquito lleno de semillas ó de hojas de tales plantas mortíferas, para conjurar así el destino y alejar á las fieras. Los seris se inclinan reverentemente ante el sol á la salida y á la puesta, y celebran una fiesta al aparecer la luna nueva. Todavía á mediados del siglo XIX se vestían principalmente de pieles de pelicano cosidas, se pintaban la cara y se agujereaban la nariz para atravesarla con trozos de piedras verdes, *chalchihuites* tan apreciadas de los antiguos aztecas. No saben construir canoas, pero con juncos fabrican grandes balsas donde pueden ir en pie cinco hombres, remando con una doble pagaya ó remo corto que tiene pala en ambos extremos.

Entre las numerosas poblaciones del Noroeste, los tarahumaras ó tarumaros son una de las más notables de Méjico por la constancia con que han conservado las antiguas costumbres. Los habitantes de Chihuahua dan el nombre de tarumaros á todos los indios «domesticados» del Estado, pero los verdaderos tarahumaras, en número de unos cuarenta mil, viven exclusivamente en los valles de Sierra Madre, en las dos vertientes del Atlántico y del Pacífico. Sus aldeas, cuyos nombres se distinguen en su mayoría por la terminación *chie* «lugar, ciudad», se hallan esparcidas en la región montañosa de los tres Estados de Chihuahua, Sonora y Sinaloa, y hasta penetran en Durango. Algunas familias viven aún en grutas, y se ven multitud de cuevas que estuvieron habitadas antiguamente. Según varios autores, las primitivas costumbres trogloditas explican la leyenda de los aztecas relativa á la morada en las «siete cavernas». Los tarahumaras que residen en las ciudades de los blancos, hablan la lengua de los conquistadores, pero las poblaciones no mezcladas de la Sierra conservan el antiguo idioma.

Los tarahumaras que descubrieron en sus retiros los misio-

neros jesuitas á principios del siglo xvii, no han opuesto jamás resistencia activa; pero no se dejaron imponer las instituciones españolas. Los matrimonios se celebran, según la costumbre tradicional, después del noviciado de la prometida en la casa del novio y bajo la vigilancia de los padres. Los tarahumaras han podido salvar sus tierras de la invasión, y siguen poseyéndolas en común. Cada grupo de aldeanos es propietario indiviso, y, como en el *mir* ruso, el suelo cultivable se reparte entre las familias según el número de los individuos que las componen. A los enfermos y á los viejos se les reserva una parte del dominio, que trabajan por turno los individuos de la comunidad. La cosecha de maíz, trigo, judías y patatas se deposita en un almacén público á la vista de los hombres y mujeres más respetables del pueblo, y todos sacan de allí la parte proporcional á sus necesidades. Los tarahumaras, reconocidos «ciudadanos» de Méjico, disfrutan de su autonomía administrativa. Eligen sus funcionarios (gobernador y subgobernador, juez y escribano), y su servicio militar consiste en comparecer ante un general, al tiempo de la visita anua, y entregarle cada uno las veinte flechas que acaban de venderles para la ceremonia. Se llaman «cristianos», y plantan una cruz en el extremo de sus campos en la época de la siembra, pero no permiten á sus curas asistir á la fiesta, que termina con el sacrificio de un carnero ó un becerro. Los de los distritos meridionales, cerca de la frontera común de Chihuahua, Sonora y Sinaloa, practican aún, según se dice, la antigua religión. Permanecen absolutamente separados de los mejicanos, y, cuando se penetra á la fuerza en sus aldeas, se niegan á responder á las preguntas del intruso. Rechazan con la mano todo pago que se les ofrece por viveres, pero dejan saquear sus cabañas sin protesta, y no conocen otra fuerza que la de la resistencia pasiva. Se les supone tristes; pero, cuando no tienen que temer ingerencias que turben sus regocijos, se divierten muy alegremente y «bailan con sus dioses». Son muy aficionados sobre todo á las justas y á la carrera: de ahí su nombre, que, según una etimología dudosa, significa «corredores». Tribus rivales pasan días á veces disputándose el premio, sea á pie libre, sea con trabas. En intervalos regulares se colocan mujeres con vasijas de agua para reanimar á los que se desmayan de fatiga.

Restos de otra nación india, los tepehuanas ó «Señores de los Montes», que no merecen ya su nombre, habitan al Sur

algunos valles de la Sierra Madre. Después de varios conflictos con los misioneros, los españoles de Durango los exterminaron casi completamente. Estos indígenas, cristianizados ahora y confundidos poco á poco con las poblaciones de la Sierra, han conservado en algunos distritos su lengua, que, según ciertos autores, contiene en su vocabulario gran número de voces análogas á otras de las lenguas asiáticas septentrionales. Los tepeguanas de pura raza tienen la tez de un amarillo mate, los pómulos salientes, el párpado oblicuo, un conjunto de fisonomía que los acerca á los tipos kirguises y kalmucos, y se recogen el pelo de una sola trenza que les cae sobre la nuca. En algunas tribus de estas regiones se ha encontrado la costumbre *del parto*, descubierta en tantos países. Cuando da á luz una mujer de los laguneros y los ahomamas, quien se mete en la cama es el hombre, y van á cuidarlo por espacio de seis ó siete días, durante los cuales debe purificarse, no comiendo carne ni pescado.)

El espacio comprendido entre el río Grande y la vertiente oriental de Sierra Madre pertenece á las tribus de los apaches, que constituyen una familia aparte, emparentada por su lengua con los athabasqueños del Mackenzie. Su nombre, probablemente de origen ópata, parece significar «Malos Perros». Hasta una época reciente toda la parte septentrional de la república estaba abierta á las incursiones de estos indios, y hasta á 600 kilómetros de la frontera americana, en Durango, varias cruces plantadas en los alrededores de las ciudades, y en los arrabales mismos, recordaban los asesinatos cometidos por los apaches. Los saqueadores asaltaban territorios, que las tropas españolas habían podido recorrer sin combate en los primeros tiempos de la ocupación, y donde se habían fundado colonias pacíficas. Fuera de las ciudades y de las haciendas fortificadas había desaparecido toda seguridad; no podía viajar más que en caravana, y las gentes armadas, cuyas huellas seguían los salvajes arrastrándose por los matorrales, tenían buen cuidado de no alejarse del grueso de la tropa. ¿Cómo perseguir á esos enemigos que no era posible alcanzar? Montados en caballos veloces, podían correr 100 y hasta 200 kilómetros en un día, y por todos lados ofreciales abrigo el chaparral ó el mezquital. El pastor que los divisaba no se atrevía á denunciarlos. El régimen de la gran propiedad (el mismo régimen que atrajo á Italia la invasión de los bárbaros), facilitaba las incursiones de los apaches suprimiendo los pequeños centros de cultivo y de

resistencia, diseminados antiguamente por el país, substituyendo la labranza con la cría de ganados que un golpe de mano afortunado podía entregar á unos cuantos atrevidos, confiando, en fin, el cuidado de la defensa á mercenarios, que muchas veces tenían interés en entenderse con los invasores. Las gentes del pueblo, por ser de origen indio, se enorgullecían con las proezas de sus hermanos salvajes, y á menudo ponían en coplas los infortunios de los propietarios corriendo inútilmente en busca de sus rebaños.

Para librarse de los ladrones apaches, se decretó contra ellos una guerra de exterminio. Púsose á precio su cabeza. Por el pelo y las orejas de un guerrero se daba una prima de 200 pesos; la india viva valía 150 pesos; por el joven vivo se pagaba el mismo precio, y por su cadáver 100 pesos. Los sentimientos de humanidad parecían salvarse con el exceso de valor concedido á los cautivos, que después podían educarse y utilizarse como criados ó pastores, á menos que el instinto hereditario no les hiciese aprovechar la primer ocasión de huida para volver á la vida salvaje. Los apaches, á su vez, daban muerte á los hombres que encontraban y dejaban la vida á las mujeres y á los niños para reforzar sus bandas que, merced á la mezcla, llegaron á ser un revoltijo de toda clase de tribus y razas. En esta guerra atroz se dió el caso frecuente de no respetar á los mismos embajadores. La autoridad militar, celosa de sus privilegios, contribuyó por su parte á prolongar este régimen de terror, arrogándose el derecho exclusivo de la defensa y prohibiendo en absoluto á las municipalidades coaligarse contra el enemigo común.

Pero, no bastando para el caso las tropas regulares, se recurrió á mercenarios extranjeros. Así, en 1850 se contrató una partida de texeños en Chihuahua para ir á la caza de apaches. Pero no tardó en advertirse que estos peligrosos aliados encontraban más cómodo desvalijar á los viajeros pacíficos y llevar sus cabelleras al gobierno que los pagaba. Por fin, lanzáronse indios contra indios, y se confió á los comanches meridionales, errantes por el Bolsón de Mapimí, el exterminio de los apaches, sus enemigos hereditarios. Los que quedan se han hecho pastores, boyeros, chalanes y hasta guardas de estación en los ferrocarriles que atraviesan ahora sus antiguos territorios de correrías y pillaje.

La parte Nordeste de Méjico, comprendida entre el río Bravo y Tampico, entre las mesetas del centro y el golfo de

Méjico, es una región que ha conquistado definitivamente la lengua española desde el siglo XVIII. Apenas quedan algunas huellas del nahua y otros idiomas. Las «ciento cuarenta y ocho naciones» de coahuilas, las «setenta y dos» de tamaulipas, las «treinta y una» de Nuevo León, los manosprietas, los irritilas, tamaulípecas, cuachichil y zacatecas se han fundido en la masa de la población mestiza, perdiendo sus costumbres y sus lenguas particulares. Allí donde las poblaciones eran nómadas el idioma ha desaparecido casi siempre; pero, entre los agricultores se conserva más tiempo.

Cerca precisamente de la capital, en los montes y valles apartados, viven esparcidos grupos de una nación india, los otomíes, que apenas parecen haber cambiado desde los tiempos de la dominación tolteca. Su nombre, que significa «pelirrojos», se debe probablemente á que se teñían el pelo de rojo para ir á la guerra.

Alrededor de Querétaro, tomado como centro de su dominio, ocupan casi por entero las partes montuosas de la meseta de Anahuac, entre San Luis de Potosí y la cadena nevada: de ahí su nombre de *serranos*. Se calculan en más de 600.000, incluyendo los que han abandonado su lengua por el azteca ó el castellano. Con los pames y los mazahuas, suman quizá 1.000.000.

Aunque su nombre significa los «errantes», son, al contrario, poco emigradores. No viajan más que de sus aldeas á los lugares de mercados, y ellos son los que surten de carbón á Méjico y á las demás ciudades de la meseta, los que llevan el agua y venden las *tortillas*. Son hombres de cabezota ancha, de pelo espeso y negro, de tez ennegrecida, de andar pesado, y, á pesar de eso, grandes corredores.

Al Oeste y al Sudoeste de Méjico, en Michoacán, el fondo de la población se compone de tarascos, que también se llaman á veces, por el nombre del país, michoacanes. Ocupan casi toda la superficie del Estado y una pequeña parte de Guanajuato, pero en diversos distritos tienen por vecinos á los otomíes, mazahuas y matlaltzincas, descendientes más ó menos mezclados de los aztecas.

Todavía á principios del siglo XIX, dominaba su lengua en el Estado, y era casi desconocido el español, excepto en las ciudades.

Ahora el castellano, enseñado en las escuelas, va tomando poco á poco la ventaja; pero en una porción de aldeas la lengua

tarasca es aún la que se usa más frecuentemente. Los tarascos, antiguos rivales en civilización de los aztecas, conocían, como ellos, la pintura jeroglífica, y los aventajaban en algunas industrias. Su religión era más dulce, y no se entregaron á los sacrificios humanos sino poco antes de la conquista española.



Vendedor de agua y vendedora de tortillas. (Dibujo de Vouiller.)

Resistieron con gran bravura á sus «suegros» los aztecas. El nombre de tarascos (Tarhascue), que significa «yernos», se debe á la costumbre que tenían de tomar mujer entre sus inveterados enemigos.

En la vertiente oriental de la meseta, que se inclina hacia

el golfo de Méjico, hay algunos recintos de poblaciones, distintas en medio de los mestizos de origen azteca más ó menos españolizados.

Esas circunscripciones son las de los huastecos ó «Nuestros Vecinos», así designados cortésmente por los aztecas. Tienen próximamente por límites en la dirección del Norte los campos que riega el río bajo de Tampico y ocupan la parte septentrional del Estado de Veracruz. Son hermanos, en raza y lengua, de los mayas del Yucatán, pero no hay memoria de los sucesos que los separaron del grueso de su nación. Diversos nombres de lugares y de pueblos prueban que los mayas, reclusos ahora en el Yucatán, ocupaban antes la meseta de Tlaxcala. Sus vecinos, á la parte Sur, en las montañas de donde baja el río Cazonas, son los totonacas ó los «Tres Corazones», llamados así, según se dice, porque en la época pagana hacían cada tres años un sacrificio solemne de tres mancebos, cuyo corazón ofrecían á los dioses.

Según la tradición, los totonacas realizaron también grandes emigraciones antes que los chichimecas y aztecas, y se establecieron como ellos en la meseta de Anahuac, de donde los rechazó gradualmente hacia el Este la presión de los pueblos que los seguían.

El último grupo de familias indias del Méjico propiamente dicho, fuera de Chiapas y del Yucatán, comprende diversas poblaciones indígenas, en número de unos 600.000 individuos, que viven en las regiones montuosas del Sur y en la vertiente del Gran Océano, desde los alrededores de Acapulco hasta el istmo de Tehuantepec.

Las lenguas principales, poco diferentes entre sí, son las de los mixtecas y zapotecas, las «Gentes del país de las Nubes» y del «país de los Zapotes».

De igual modo que los tarascos, estos indígenas eran rivales de los aztecas en civilización, y la conciencia de su valer es la que les permitió resistir con energía á los españoles, y conservar una semiautonomía hasta una época reciente. Unidos ahora al resto de la nación por la vida política y por una instrucción común, los mixtecas y los zapotecas figuran entre los indios que contribuyen más enérgicamente á la renovación de la prosperidad mejicana.

Antes de mucho el español substituirá en el uso corriente, como substituye ya en las escuelas, á las lenguas primitivas de la comarca.

Asimismo, los mixes, los zocas, los chinantecas y otros pueblos del Oaxaca oriental, que solían designarse con el nombre genérico de Chontal ó «Salvajes», se reabsorben gradualmente en el conjunto de la población civilizada. Los chinantecas aprenden el español en las plantaciones de la provincia de Veracruz, adonde bajan todos los años para las labores y la cosecha.

En cuanto á los mixes, tienen una lengua tan pobre, según se dice, que necesitan completarla con términos tomados del español.

Se añade que no ha mucho tenían que ayudarse con la mímica, y que de noche, cuando se apagaban las luces, no había más remedio que cortar la conversación.

En la república mejicana lo que pierden los distintos idiomas indios lo gana indefectiblemente el español, reconocido por todos como lengua nacional. Además, aparte del azteca, el otomí, el tarasco, el mixteca y el zapoteca, los 120 lenguajes y dialectos usados en Méjico no los hablan más que tribus de escasa importancia numérica, y durante la generación actual varias de esas lenguas están en vías de desaparecer, como han desaparecido ya 60, por lo menos, desde la llegada de los españoles al país.

La gran variedad de origen de los indígenas no permite dar una característica general del indio de Méjico. Los retratos que han hecho de él los diversos autores se refieren principalmente á los indios que se encuentran en el camino de Veracruz á Méjico y á las demás ciudades importantes de la meseta. Los aztecas, más ó menos civilizados, y los otomíes casi salvajes, son los que los escritores han tomado casi siempre por modelos. En estas tierras altas la mayoría de los indios tienen la piel suave al tacto como el terciopelo, pero tan gruesa que oculta el relieve y el juego de los músculos y las venas. La sangre no se transparenta en las mejillas, salvo en las jóvenes, cuyo semblante «brilla entonces como cobre iluminado por el sol». Los pómulos salientes, pero bien rodeados de carne, la nariz dilatada, los labios gruesos y la barba redonda, dan al conjunto de la fisonomía una gran expresión de dulzura. La mirada tiene algo de extraño merced á la forma característica de los párpados. Mientras el superior apenas se encorva por encima de la línea media del ojo, el inferior describe hacia la mejilla una curva mucho más pronunciada que en los hombres de las demás razas. El cráneo es braquicéfalo, lo cual dimana, en muchas

comarcas al menos, de las manipulaciones de los abuelos, hábiles en modelar la cabeza de sus nietos dentro de una calabaza. El pelo del indio es negro, espeso y sin ondulaciones, como el de los americanos del Norte. El niño lo tiene ya al nacer bastante abundante; el viejo rara vez se queda calvo, y apenas blanquean sus cabellos. Los indígenas sometidos tienen la costumbre de ocultar á medias la frente con los largos mechones de su crin, mientras que la mayoría de los indios independientes se echan atrás el pelo, cuando no se afeitan por completo la parte superior de la cabeza.

Los indígenas de las mesetas se distinguen por la amplitud y curvatura del pecho. Descuellan también por la gran fuerza muscular de sus piernas. Cuando descansan á la orilla de los caminos ó en sus viviendas, permanecen en cuclillas sobre las puntas de los pies, y después de horas de semejante postura no parecen fatigados. Cuando viajan, van en fila, dando saltitos para acompasar la marcha, é inclinados siempre hacia adelante como para presentar su ancha espalda á cualquier carga. Su actitud es realmente de «acémilas». Las mujeres arrodilladas, con la cabeza y el tronco inmóviles, la mirada fija y el pecho alto, parecen antiguas estatuas egipcias. Tan asombroso es el parecido, que «á pesar suyo—dice Luciano Biart—piensa uno en el parentesco posible de los dos pueblos».

El indio de Méjico es sumamente sobrio y metódico en su alimentación, casi exclusivamente vegetal, compuesta de maíz, judías, pimientos y plátanos. De vez en cuando le gusta embriagarse en familia; pero, cualquiera que sea la cantidad de *pulque* ó de otros licores que acostumbre á beber, jamás tiene que temer el *delirium tremens*. El indio rara vez está enfermo. El que sale de las convulsiones y demás enfermedades de la infancia está casi seguro de alcanzar la vejez, á la cual llega, por supuesto, sin tomarse el trabajo de contar los años. Son rarísimas las personas contrahechas: no se ven enanos, pies de piña, ni jorobados. Todos los hombres son bien formados y fuertes; todas las mujeres son robustas y de hermoso cuerpo, ya que no de bello semblante. Las heridas más graves se curan fácilmente en el indio. Además, parece mucho más insensible que el blanco al sufrimiento físico. Al acercarse á la muerte, pocas veces da señales de dolor ó de espanto: es un perfecto estoico. En esto se parece al Piel Roja de los Estados Unidos; pero, á no ser en las cercanías de las ciudades, donde los vicios del blanco lo han degradado sin que ni el arte ni la instrucción lo hayan

ennoblecido, no parece, ni mucho menos, amenazado de desaparición. Sea en el estado de raza pura, sea, como ocurre en mayor cantidad, mezclados con los blancos, á los indios se debe el incremento anual de la población mejicana. Sin embargo, los indígenas que no han entrado aún en la sociedad de los blancos y de los mestizos, permaneciendo ajenos á la cultura y



Un pulquero. (Dibujo de Veullier.)

costumbres de la civilización, tienen ese aspecto de tristeza é incurable melancolía natural en los pueblos que se extinguen. Son siempre graves, silenciosos, y desconfiados con justo motivo. Aman la soledad y no les gusta salir de sus chozas natales, prudentemente encerradas entre setos de cactus. Fuera de su aldea ruinoso, sobre la cual se eleva un campanario construido por ellos con amor, nada despierta su curiosidad. Saben,

no obstante, seguir con la mirada al hombre de quien tienen alguna queja, y disimulan, esperando el momento favorable para la venganza.

Los mejicanos de raza cruzada, que tienden cada vez más á constituir el grueso de la población, suelen ser de formas mucho más airoas y elegantes y de facciones más delicadas que los indios. Tienen también el pelo negro y rígido, la nariz recta, aunque algo achatada á veces, y la frente deprimida; pero la bondad de la mirada y de la sonrisa compensan las irregularidades que pueda haber en el rostro. En las mujeres es bastante común la obesidad. Las articulaciones de las manos y de los pies son sumamente finas. Los criollos mejicanos y los del Perú son los clientes, según los guanteros de París, que tienen la mano más pequeña. El mejicano se presenta con modestia y desenvoltura; es siempre cortés, aun con las personas familiares, y jamás falso, aun tratándose de los que no son sus amigos. «Bajo el *sarape* más burdo jamás se descubre el patán»—dice un proverbio del país. Tiene entendimiento despejado, pero sin aptitudes bien caracterizadas por lo común, y cuando joven, cae fácilmente en la disipación, dejándose arrastrar por los placeres fáciles de la vida. Comparte lo suyo con los amigos y arriesga su haber á una jugada de dados. «Le quema la bolsa», dice una expresión local para dar idea de la prodigalidad del mestizo, que forma contraste extraño con la avaricia del indio puro. Así, los mixtecas y los zapotecas de Oaxaca parece que tienen todavía la costumbre de enterrar sus ahorros, á escondidas de su misma familia, para disfrutarlos ellos solos, cuando llegue el día de la resurrección. Se piensa que hay ocultos en el suelo centenares de millones. Según la creencia antigua, los tesoros seguían á su poseedor á la tumba, y aun pueden dar de sí las excavaciones, preciosísimos hallazgos de joyas y objetos anteriores á la conquista.

Los españoles que fueron tronco de poblaciones nuevas en las mesetas mejicanas, eran en su mayoría del Norte de la Península, gallegos, asturianos y vascos, mientras que la mayor parte de los colonos de Veracruz, fueron andaluces. Después llegaron los catalanes. La inmigración de estos colonos no fué de importancia en ninguna época, y quedó interrumpida durante la guerra de la Independencia. Más aún: una porción considerable de los 80.000 españoles que vivían entonces en el país, fué víctima del destierro. Veíanse expulsadas familias y colonias enteras, iniciándose así un movi-

miento de regreso hacia la antigua metrópoli. Hubo desde entonces un ligero reflujo de colonización. Franceses é italianos han tomado parte en la inmigración que se dirige principalmente hacia la meseta, y hasta europeos del Norte, ingleses y alemanes, residen á millares en las tierras altas de la región «fría».

Se ha creído mucho tiempo, bajo la fe de Humboldt, que el Anahuac era una región cuya altitud compensaba casi exactamente para el europeo las latitudes más septentrionales de su patria, y que en poco tiempo se verificaba la aclimatación de una manera definitiva. Es, en efecto, un país sano para los indígenas que se han adaptado al clima, de tiempo inmemorial; pero de las investigaciones de varios fisiólogos resulta que los europeos del Norte y aun los del Mediodía no se establecen impunemente en las mesetas, donde el promedio de la columna barométrica es de 58 á 59 centímetros, y donde, por consiguiente, el peso de la atmósfera es inferior en un quinto al del aire al nivel del Océano. Los pulmones del hombre aspiran allí menos oxígeno, de 30 á 35 gramos por hora. No aclimatado, por más que lo crea, el extranjero que vive en las alturas corre más peligros que el indio, aunque en general tenga una higiene mejor entendida. Debe temer, sobre todo, la estación seca, es decir, los tres meses de Marzo, Abril y Mayo, durante los cuales no hay bastante vapor de agua para facilitar las funciones respiratorias. Los niños de europeos, desmedrados y pálidos por lo común, se crían con bastante dificultad, y su vejez es casi siempre prematura. Entre los indígenas mismos, el incremento anual de la población, es mucho más considerable en la tierra templada que en la tierra fría. Los inmigrantes están más amenazados en las mesetas que en las vertientes de la zona templada. Aun los que se establecen en las llanuras ardorosas del litoral se encuentran relativamente aguerridos después de haber triunfado de la fiebre amarilla ó de las fiebres palúdicas, y se aclimatan mejor que sus compatriotas de las tierras altas. En las mesetas son muy frecuentes las neumonías, las disenterias y los envenenamientos tíficos. La anemia debilita poco á poco la constitución del extranjero. Atacado de vértigo frecuentemente, cree perder el equilibrio sin causa apreciable, y se figura que tiembla el suelo. Los cánceres, muy raros en el litoral, son muy comunes en el «valle» de la metrópoli, y siguen una rápida marcha. Cuanto más permanece el europeo en esas latitudes menos fuerzas tiene para resistir á las influencias

morbosas, y lejos de aclimitarse, tórnase más sensible cada vez á los enfriamientos, y menos apto para continuar la lucha por la existencia. En cambio, las altas regiones confieren á sus habitantes indígenas una inmunidad casi completa contra la tisis, y aun los inmigrados que han contraído la afección en otros sitios ó han nacido de padres tísicos tienen grandes probabilidades de curarse en el Anahuac. La falta de higiene explica los raros casos que aún se citan.

En la región del litoral, por el contrario, la tisis es una enfermedad común y se presenta con notable agudeza, excepto en las comarcas pantanosas donde reinan las fiebres palúdicas. Las dos temibles enfermedades se reparten el dominio de la costa. Sabido es, igualmente, cuánto es de temer la fiebre amarilla en las orillas del Golfo, y especialmente en Veracruz. En invierno abundan menos los casos, pero se ha visto reinar la epidemia en todas las estaciones. Quizá esa enfermedad no existía antes de la llegada de los europeos al país. Por lo menos, los médicos no han podido identificarla con ninguno de los demás azotes contagiosos de que habla la historia de Méjico, y sólo se menciona por primera vez á mediados del siglo xvii. No se propaga más arriba de los 1.000 metros sobre la vertiente oriental de la meseta, y á más de los 700 ya es raro que ataque á un residente; pero el germen del mal adquirido en la costa puede desarrollarse en los montes pocos días después de la llegada de los viajeros, y en ese caso, la enfermedad es muy peligrosa, mortal con suma frecuencia. En el litoral del Pacífico los puertos de Acapulco, San Blas y Tehuantepec, están libres de la fiebre amarilla, pero substituye á esta última una fiebre biliosa, aunque habitualmente ligera en las gentes del país. La depravación del gusto que lleva á comer tierra, sobre todo á las mujeres, es común en el Mediodía de Méjico. En las ferias de la meseta se venden pastillitas de una tierra perfumada que siempre encuentran compradores.

La nosología de Méjico se distingue también por enfermedades que no se han observado en otros puntos. En la vertiente del Atlántico, especialmente en Orizaba, se observa á veces una afección grave, determinada por una especie de oruga, el *moyoquil*, que corroe ligeramente la piel para depositar una larva que penetra bastante en las carnes y acaba por formar un tumor del tamaño de un huevo de gallina. Se cura mediante la aplicación de un emplastro de trementina que hace supurar la llaga y despide los restos del animal. Esta enfermedad es poco

común, pero hay otra que afecta á poblaciones enteras, sobre todo en los Estados de Guerrero y de Oaxaca: es el mal de los *pintos*. Los individuos á quienes ataca dejan de tener la piel de un color uniforme, pues se mancha de blanco sobre fondo negro, ó de rojo pálido sobre fondo blanco, y las placas crecen poco á poco. El cuerpo concluye por quedar completamente pintarrajeado, con cierta regularidad á menudo, como el pelaje de un caballo pío ó como la piel de las serpientes y salamandras. Las paperas y el pinto se dividen la población en más de un valle de las montañas. Las paperas afligen á los habitantes de las hondonadas húmedas, al paso que el mal de los pintos aqueja á los montañeses de las cumbres, y en la zona intermedia las dos afecciones se presentan la una al lado de la otra. Durante las guerras civiles de Méjico hubo jefes de partidas que tenían á sus órdenes tropas compuestas totalmente de esos hombres de caras extrañas, pintadas de dos colores.

XI

Poblaciones de la Baja California, Sonora y Sinaloa

La comarca de Méjico más alejada de la capital y de una situación geográfica más distinta es también la de menos importancia desde el punto de vista político. No sirve, por decirlo así, más que para interponer su barrera de 1.200 kilómetros de longitud delante del territorio mejicano: es la Baja California. Muy escasamente poblada (poco más de 30 000 habitantes, ó sea un solo individuo por 5 kilómetros cuadrados), y sin otros recursos apenas que minas, salinas y pesquerías, no se la ha juzgado digna siquiera de constituirse en Estado, y no es más que un simple territorio perteneciente en común al conjunto de la República. Así los americanos del Norte han atravesado frecuentemente la frontera de la península para explotar á su sabor yacimientos de metal ó de sal que no se les concedían. Sabíase desde hace mucho tiempo que en la costa occidental se extienden grandes salinas naturales á lo largo de la bahía de Sebastián Vizcaíno; pero las cuencas de evaporación salina son tan numerosas en las costas y en el territorio de Méjico, que los españoles no habían pensado en utilizar esas dilatadas depresiones californianas cubiertas de eflorescencias de sal. En 1884 algunos exploradores mejicanos que visitaban

una de esas bahías, llamada Ojo de Liebre, por un manantial cercano, descubrieron con sorpresa los restos de un gran establecimiento de explotación fundado por industriales americanos. Embarcaderos, terraplenes, almacenes, vías férreas y trenes de vagonetas ocupaban una extensión de más de seis kilómetros. La Empresa había empleado evidentemente un gran número de obreros, y á pesar de esto, el Gobierno mejicano, no había tenido nunca la menor noticia de la existencia de tal Empresa, quizá por el apartamiento de la península, por la falta de población local, ó quizá más bien, por incuria ó venalidad de los funcionarios.

La mitad de la población californiana se ha agrupado hacia el extremo meridional de la península, principalmente cerca del golfo de la Paz. La capital de la provincia, que también se llama la Paz, edificada por los misioneros jesuítas, se encuentra en el cauce seco de un torrente, en la orilla meridional de la bahía, protegida al Este por el promontorio roquizo de Pichilingue. El verdor de los jardines que la rodean contrasta con la aridez de las peñas y las arenas que las costas de la península ofrecen en casi toda su extensión. Una carretera bien cuidada, guarnecida de *papelotes* ó norias, serpentea al Sur de la Paz entre huertos, viñas, cafetales y demás plantaciones, hasta alcanzar en la vertiente oceánica el pueblo próspero de Todos Santos, en cuyos alrededores se cultiva principalmente la caña de azúcar. Un riachuelo que no se seca nunca, fenómeno raro en la California mejicana, riega el valizuelo de Todos Santos. La Paz es privilegiada como centro agrícola, pero, sin embargo, la principal riqueza del distrito sigue siendo la de las minas de oro y plata. En otro tiempo rendían mucho más, y cuando los jesuítas dominaban el país, calculábase la producción en varios millones al mes. Dícese que las galerías más ricas se obstruyeron en 1767, cuando la expulsión de los misioneros, y que desde esa época los indios han conservado el secreto fielmente. De todas suertes, ciertas minas, entre otras las de San Antonio, al Sur de la Paz, son muy productivas en mineral de oro. La extracción anual excede de 12 millones de pesetas. En Marqués, al Noroeste de la Paz, se explota también una mina de mercurio, de donde los indios de la península sacaban cinabrio antiguamente para pintarse el cuerpo en los días de fiesta ó batalla. Por último, la Paz es el centro de las pesquerías de perlas, en el golfo de California. Las rocas sumergidas del cabo Pichilingue están cubiertas de ostras per-

líferas, que arrancan del fondo los pescadores yaquis. En los estrechos que separan las islas y la tierra firme, crecen bosques de corales, y se recogen en ellos hasta 19 especies diferentes de esponjas, aunque muy bastas. El valor de estas pesquerías ha disminuido gradualmente, como el de las minas. Sin embargo, aún se estima la extracción en un promedio de 250.000 pesetas. En el extranjero, las perlas de la Paz, acaparadas por negociantes israelitas que las venden en Nueva York, representan una suma mucho más considerable. Todos estos elementos de tráfico, así como la posesión de una gran bahía y de fondeaderos seguros, han inducido muchas veces á predecir un porvenir próspero á la ciudad californiana; pero los cultivos del suburbio, que parecen admirables en este país abrasado, distan mucho de suministrar á la Paz los elementos de un comercio independiente, y la plaza no puede desarrollarse más que como escala marítima.

Loreto, situado también á orillas del mar Bermejo, á unos 250 kilómetros de la Paz, fué en su día la capital religiosa de la Baja California. Allí fué donde el misionero jesuita Salvatierra estableció en 1697 la primera estación fortificada, desde donde se hacían expediciones al interior para traer cautivos, convertidos después y transformados en fieles feligreses. Loreto, que valió al mar Bermejo su nombre temporal de Mar Lauretano, es aún el lugar de peregrinación más frecuentado de la península, y los indios van también desde muy lejos para bañarse en los charcos que alimenta un *ojo caliente*. No lejos de Loreto, á la falda occidental de la montaña Gigante, se encuentra el pueblo de Comondú, donde un reducido destacamento de soldados mejicanos sostuvo un sitio de cuatro meses contra los yanquis, muy superiores en número. Esa aldea, como todas las de antigua construcción de la península, es de una arquitectura poco diferente de la de los indios zuñis y pueblos de Nuevo Méjico. Consiste en una enorme casa cuadrada, rodeada de un foso y sin huecos. Por una escala arrimada al muro se llega al primer piso, más metido algunos metros que el bajo, y por una segunda escala se gana el techo del edificio, desde donde se baja por trampas y otras escalas á las habitaciones y al patio interior.

En los años últimos se ha dirigido cierta vida comercial hacia lugares antes desiertos ó casi deshabitados. Así, Mulege, situado á más de 100 kilómetros al Noroeste de Loreto, en la orilla de la bahía Santa Inés, se ha hecho un pueblo bastante

animado, gracias al descubrimiento de minas de oro en los valles del interior. En la costa oceánica, abandonada antes, varios puertos que no eran conocidos más que de los pescadores de ballenas, se ven frecuentados ahora por algunos navíos mercantes, desde que la proximidad de los grandes mercados americanos de San Francisco, Los Ángeles y San Diego, han hecho surgir en estos sitios colonias de pescadores, agricultores, salineros y buscadores de orchilla. Las nutrias marinas que se cazaban en estos parajes hacia mediados del siglo XIX han desaparecido. No lejos de la frontera de los Estados Unidos hay una bahía llamada Todos Santos, como el pueblo del distrito meridional, que ofrece un excelente abrigo á los barcos costeros. También se ve frecuentado el puerto de San Bartolomé, que se abre á espaldas del cabo de San Eugenio; pero el mejor de toda la costa es el de Santa Magdalena, cuya boca tiene más de 30 metros de agua en su canal. La inmensa cuenca de su interior podría contener flotas enteras.

El Estado de Sonora, frontero á la parte septentrional de la península, es también una de las regiones en que los hombres están más diseminados. Con una superficie como dos quintas partes de Francia no contiene el número de habitantes que una ciudad como Tolosa, y las correrías de los apaches han hecho aún disminuir la población desde mediados del siglo pasado. En 1859 el aventurero Raousset-Boulbon, á la cabeza de una compañía de mineros franceses que volvían de California, fué dueño de la Sonora durante algún tiempo. Las zonas de cultivo donde se han establecido los indios mansos y los mestizos no comprenden más que los fondos de los valles. Cada población está circuida de terrenos de regadío y son otros tantos oasis, algunos de los cuales están unidos por estrechos lindes de vegetación, formando una larga faja. El nombre mismo del país, de origen ópata, indica la importancia de los manantiales de esa comarca. Deriva, á lo que parece, no del español Nuestra Señora, como se ha repetido sin pruebas, sino de la denominación de una finca de ganado, Sonoratzí, «Lugar de los Manantiales».

Entre las ciudades sonoreñas, la más próxima á la frontera de los Estados Unidos es Magdalena ó Santa Magdalena, situada á la orilla de un alto afluente del río de la Asunción. En la época de las ferias anuales toda la población de los alrededores, blanca y roja, americana y mejicana, va á acampar en su valle. Las principales aglomeraciones se ven á orillas del río Sonora.

Arispe, en el país de los indios ópatas, es la capital del valle alto y fué antes la del Estado. Ures, que la ha sucedido como centro administrativo, se encuentra ya fuera de la Sierra Madre propiamente dicha, á la salida de angostas gargantas. En fin, Hermosillo, antiguamente Pitic ó «Confluencia», la ciudad más populosa de la Sonora, utiliza las últimas aguas del río y de su tributario el Cucurpe, en sus huertas, campos y plantaciones de caña de azúcar. La producción de trigo del distrito es de mucha importancia, y, al decir de los habitantes, no hay ningún punto de la tierra donde la espiga rinda tanto. Pero á lo que Hermosillo debe su importancia no es á sus recursos agrícolas. La ciudad ha crecido mucho desde principios del siglo anterior á consecuencia de los descubrimientos mineros hechos en los alrededores. Posee una Casa de la Moneda donde se ha acuñado en 1867 á 1888 por valor de 66 millones de pesetas, sobre todo en plata. Al Sudeste de la ciudad se eleva una colina famosa, el Cerro de la Campana, cuyas lajas porfíricas producen con el choque un sonido argentino. Se han encontrado en la comarca inscripciones pintadas y algunas ruinas prehistóricas, especialmente en las *Trincheras*, cerca de *Altar*.

La cuenca del Yaqui, menos poblada que la del río Sonora, encierra en sus valles altos algunas villas industriales, como Oposura y Sahuaripa, donde los indios se ocupan principalmente de la fabricación de mantas y telas de algodón. Oposura, la antigua capital de los ópatas, ha tomado recientemente el nombre de Moctezuma, en memoria de los dueños anteriores del suelo. En las vecinas montañas existen además multitud de ruinas que atestiguan la antigua importancia de este país, ahora casi desierto. Los pasos naturales y fáciles abiertos en esta parte de la cadena principal han permitido á las poblaciones inmigrantes dirigirse sin trabajo de una á otra vertiente. Esta región es una de las más abundantes en *buches* ó paperas, en la población india, sobre todo entre las mujeres.

El Estado tiene un puertecito en el río Colorado, la ciudad de Lerdo, situada cerca de un archipiélago de las bajas en el que los indios cocopas recogen un cereal alimenticio desconocido hace poco de los botánicos. El puerto marítimo de Guaymas, situado mucho más al Sur, se llama así por una tribu de indios de la familia de los pimas que hoy no existe. La ciudad primera está 10 kilómetros al Nordeste, á orillas del Estero del Rancho, poco profundo ya para los buques actuales. Guaymas es uno de

los mejores puertos de Méjico, y en un país más populoso y más rico no hubiese dejado de adquirir una gran importancia económica; pero toda la zona del litoral se halla inculta. El puerto se abre á modo de cráter de volcán entre montañas áridas, y no crece un árbol, ni brota una gota de agua de la peña en varias leguas á la redonda. Los arbustos que se ven en la ciudad misma vegetan en tierras llevadas de los Estados Unidos, y se riegan con un agua salobre sacada de pozos profundos. A pesar de todo, la excelencia del fondeadero, atrae á Guaymas un número creciente de embarcaciones. Un ferrocarril ha puesto á esa ciudad en comunicación con Hermosillo, sus minas y sus campos de cereales, y, por el Arizona, con toda la red de los Estados Unidos. Los negociantes de Guaymas expiden sal marina y una pequeña cantidad de guano recogida en la isla de los Patos, árido peñascal que se encuentra al Norte de la gran isla del Tiburón. El valle alto del Mayo puede suministrar millares de toneladas de antracita de calidad excelente.

La ciudad minera de Alamos, situada hacia el extremo meridional de Sonora, ha adquirido bastante importancia para poder construir, como Hermosillo, una Casa de la Moneda, donde se acuñan de 9 á 10 millones de pesetas anuales. Alamos se encuentra ya en la cuenca del río Fuerte, llamado así por el antiguo Fuerte ó Montes Claros de Sinaloa, que defendía el paso del litoral contra los indios mayas y yaquis, y que ha venido á ser una pequeña ciudad próspera. El puerto natural de Alamos y del Fuerte es el abra de Agiabampo, desde donde se exportan maderas de tinte, lingotes y mineral de plata, pero sólo en pequeñas embarcaciones, porque durante la marea baja no quedan más que 3 metros y medio de agua sobre la barra. En cuanto al antiguo pueblo indio de Sinaloa, que ha dado su nombre al Estado, tiene por escala marítima la bahía profunda y perfectamente abrigada de San Carlos, que comunica con el mar por el estrecho de Topolobampo, donde pueden entrar los buques de un calado de cinco metros.

La capital del Estado de Sinaloa, Culiacán, es una de las ciudades antiguas de Méjico. En 1531, diez años después de la reconstrucción de Méjico, estaba ya fundada cerca de *Hue Colhuacán* ó «Ciudad de las Serpientes», uno de los lugares de etapa de las emigraciones nahuas. Allí fué donde los españoles organizaron todas las expediciones de descubrimiento y conquista hechas en dirección al Norte. Culiacán está situada á orillas del río de su nombre, en una bahía de vegetación rodea-

da por un semicírculo de montes. Un ferrocarril de 60 kilómetros une la ciudad con su puerto de Altata ó «Playa de Mar», habilitado en una albufera profunda que una larga punta de arena resguarda de las olas. Culiacán está fuera de la región minera más productiva del Estado, pero desde allí se expide todo el mineral de oro y plata de Sinaloa:

La ciudad importante del Mediodía de Sinaloa, que es también el puerto más activo de toda la costa occidental de Méjico, es la llamada de Mazatlán. Su nombre indio significa el «país de los Ciervos», y uno de los islotes que se elevan á corta distancia de la ribera lleva la denominación española de Venado. Las excavaciones emprendidas en las tierras aluviales de los alrededores han conducido al descubrimiento de astas de ciervo mezcladas con flechas, hachas y otras armas é instrumentos de piedra. Mazatlán no puede compararse con Guaymas ó Acapulco en cuanto á las ventajas marítimas del puerto. Su rada está abierta á todos los vientos, y para evitar el soplo del Norceste, peligroso en estos parajes, las embarcaciones tienen que permanecer expuestas al oleaje que viene del Sur ó del Sudoeste. Mas, para el gran comercio con la California norteamericana, Mazatlán tiene la ventaja de encontrarse precisamente en la latitud del cabo de San Lucas, que buscan los marinos; y en ella, pues, se encuentra la escala más próxima de la tierra firme mejicana para los buques procedentes de San Francisco. Los buques-correos la han elegido como punto principal de partida y las importaciones á su vez han dado nacimiento á multitud de industrias, como hilados, fundiciones, aserradoras y zapaterías. Una parte considerable de la población urbana se compone de extranjeros. Sesenta kilómetros en línea recta al Sudeste de Mazatlán está el pueblecito de Chametla «las Cabañas» en nahuatl, que los primeros navegantes españoles trataron de utilizar mucho antes que Mazatlán como uno de sus puertos de embarque en el Pacífico. De allí partió Cortés en 1535 para su exploración del mar Bermejo. La ciudad de Rosario, situada á orillas del río de Chametla, precedió también á Mazatlán como punto principal de cambios para los comerciantes del Noroeste de Méjico.

XII

Estados de Chihuahua y Durango.

La ciudad principal del Norte mejicano en la vertiente oriental de Sierra Madre, es Chihuahua, ó sea, según diversas etimologías, la «ciudad del Agua» ó la «ciudad del Placer» en lengua tarahumara. Se levanta á 1.400 metros de altitud media, al pie de la alta cumbre del Cerro Grande, entre dos riachuelos cuyas aguas unidas forman el río Conchos, tributario del río Bravo del Norte. Rodea las laderas de la montaña un acueducto, derivado de uno de esos torrentes, limitando, por una parte, la zona del monte bajo, y cubriendo, por la otra, las lomas, con el verdor de los campos y el brillo de los jardines. Chihuahua es una ciudad decaída. En el siglo último, cuando la gran prosperidad de las minas del contorno, se agolpaban en sus calles 75.000 habitantes, seis veces más de los que quedan ahora. A la ruina acompañó la desmoralización, la cual se explica por los hábitos de placer contraídos en una vida de lujo, herida de repente con la paralización del trabajo. Pero exteriormente Chihuahua ofrece todavía un aspecto suntuoso que asombra á los norteamericanos por el contraste con sus ciudades de ladrillos y madera. La catedral, construída y sostenida antiguamente á expensas de los mineros, es un edificio majestuoso, cuya enorme masa domina la ciudad. Chihuahua tiene una Casa de la Moneda, la tercera de Méjico en importancia, desde que los mineros yanquis han reanudado la obra de exploración de los filones metalíferos. El mineral que se lleva á Chihuahua procede sobre todo de los yacimientos de Santa Eulalia, aldea situada 30 kilómetros al Sudeste en un estrecho vallezuelo con cuevas habitadas. La aldea carece de agua potable, al menos para los forasteros, que tienen que llevarla ó hacer que se la envíen de Chihuahua. En verano llega á faltar hasta el agua cargada de sales y de substancias metálicas: tal es la razón de que el mineral se haya transportado siempre á fábricas de la capital. Los filones argentíferos de Santa Eulalia, seguidos por 200 galerías ó pozos de mina, han proporcionado al comercio del mundo por valor de más de 700 millones de pesetas. El mineral es pobre, pero muy abundante, y, aunque no hay sociedades de capitalistas que exploten los yacimientos,

los *gambusinos* ó buscadores aislados encuentran bastante metal para ganarse la vida. Las escorias que han servido para construir centenares de casas en Chihuahua, ó para cerrar las huertas y los campos, contienen aún plata bastante para que



Catedral de Chihuahua. (Dibujo de Clerget.)

algunos industriales hayan pensado someterlas á un nuevo trabajo de depuración. Otra ciudad venida á menos es la de Cosihuiriachi, situada 100 kilómetros al Sudoeste, en un vallezuelo de la Sierra Madre. En el siglo xviii tuvo más de 80.000

habitantes. Batopilas, que se encuentra aún en los límites del Estado, pero en la cuenca alta del río del Fuerte, ha dado 300 millones de pesetas durante los doscientos cincuenta años que siguieron al descubrimiento de las minas. En el ángulo meridional del Estado se hallan los filones de Guadalupe y Calvo, pertenecientes á la cuenca del río Sinaloa, y no menos ricos que los de Batopilas.

Chihuahua ocupa próximamente el centro geográfico del Estado, pero la parte oriental es casi enteramente árida y desierta, mientras que la zona occidental, que forma la vertiente de Sierra Madre, es el país de las minas á la vez que de los bosques, de las laderas herbosas y de los cultivos. Podría ocupar sus valles una población considerable, y dedicarse sobre todo á la cría del ganado y al cultivo de los frutos de Europa, como peras y manzanas, que son exquisitas. Casi todas las poblaciones del Estado de Chihuahua, San Pablo, Meoqui, Santa Cruz de Rosales, Santa Rosalía é Hidalgo del Parral, se suceden de Norte a Sur, paralelamente á la Sierra Madre, á la salida de los diversos valles cuyos ríos forman el Conchos. El ferrocarril de Denver-City á Méjico, atraviesa también el Estado en la misma dirección y penetra en territorio mejicano por la histórica ciudad de Paso del Norte, situada en la orilla derecha del río Bravo, en el punto donde éste llega á ser frontera común entre las dos repúblicas. Es el puesto más antiguo del Norte de Méjico, pues lo fundó un misionero franciscano en 1585. Este «vado», muy frecuentado antes por las caravanas americanas que hacían el comercio de transporte al través de las praderas, entre el Missouri y Méjico, perdió poco á poco su importancia á consecuencia de la competencia de las vías marítimas. Pero ha recobrado un gran valor económico desde que ha venido á ser el punto de cruce de las cuatro vías férreas de San Francisco, de Denver y New-York, de Nueva Orleans y de Méjico. El otro puesto de la frontera del río Bravo, la estación militar de Presidio del Norte, que domina con su colina los desfiladeros del río y su confluencia con el Conchos, ha quedado fuera de las vías del comercio, y, á pesar de su valor estratégico, no ha podido elevarse al rango de ciudad. Los vinos y aguardientes de Paso del Norte son muy estimados en los Estados septentrionales de Méjico.

En la región montañosa que se divisa al Oeste del Paso, y que se desarrolla paralelamente al curso del río, abundan las ruinas prohistóricas. Allí se encuentran las *Casas Grandes*

de Chihuahua, la más importantes de las colonias nahuas cuyos restos subsisten en la parte septentrional del territorio mejicano. Las ruinas de las *Casas* cubren las dos orillas de un riachuelo que desagua al Norte en la laguna de Guzmán. Al Oeste se elevan las laderas arboladas de Sierra Madre, mientras que al Este se extienden mesetas cubiertas de eflorescencias salinas. Una torre de vigía erguía sobre la antigua ciudad, formada de edificios esparcidos que parecen haber sido habitaciones con baluartes, moradas de colonos agrícolas, siempre á la defensiva. Hoy son altozanos cubiertos de césped, sobre los cuales surge al cual lienzo de pared. El montículo más alto es el del antiguo templo. Las excavaciones han puesto allí al descubierto un pedrusco de hierro meteórico, cuidadosamente envuelto en telas y que fué quizá un objeto de adoración, como la piedra santa de la Meca. Multitud de tumbas que orlan el riachuelo han dado á los investigadores algunos restos de la industria antigua, pero casi todos los objetos utilizables los empleó hace mucho la pobre población residente.

El Estado de Durango, al Sur de Chihuahua, presenta en su conjunto igual configuración. Forma parte de la misma región geográfica comprendida antes bajo la denominación general de Nueva Vizcaya, y poblada, efectivamente, en una buena parte, de gentes de origen vasco, enérgicas é industriales como sus ascendientes. En esa porción del territorio mejicano es donde el elemento étnico puramente europeo cuenta con mayor representación. A la manera de Chihuahua, abraza Durango por el Oeste las cadenas paralelas de la Sierra Madre, y por el Este dilatadas llanuras parcialmente desiertas. En su zona media, que costea la falda de las montañas, es donde se suceden también las ciudades principales. Pero Durango, que ocupa un descansillo de la meseta, más elevado y menos seco que Chihuahua, es también más fértil y se halla proporcionalmente más poblado. Tiene de dos á tres habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que Chihuahua no tiene más que uno.

Durango, que lleva un nombre vasco, como corresponde á la capital de Nueva Vizcaya, es una de las ciudades más antiguas de Méjico, pues se fundó en 1551 como puesto estratégico en el país de los indios chichimecas. Dominando un ancho horizonte desde su meseta, situada á 1.926 metros de altitud, y rodeada de magníficos paseos, ofrece en su contorno la mayor diversidad de paisajes: por un lado, las negruzcas quebradas y las caprichosas cortaduras de la Breña, y por el otro, las mon-

tañas que atraviesa el camino de Mazatlán, el puerto más próximo del Pacífico. Durango es famosa en la historia de la geología por sus piedras meteóricas, análogas á las que se encuentran en otros muchos puntos de la Sierra Madre. Una de ellas, citada por Humboldt, pesa, según se dice, de 16 á 19.000 kilogramos. Pero la gran curiosidad geológica de Durango es su enorme roca de hierro nativo, el Cerro de Mercado, llamado así por alusión á un capitán de este nombre que fué al país en 1562 con la esperanza de encontrar un monte de oro, y que se marchó desilusionado, para morir algún tiempo después en un encuentro con los indios. Este monte de hierro, situado dos kilómetros al Norte de Durango, tiene 196 metros de altura y contiene por sí solo más de 460 millones de toneladas de metal, lo bastante para suministrar á América todo el que emplea durante un siglo. Lo mismo que Chihuahua, ha cifrado Durango su orgullo en construir una catedral suntuosa, y domina á la ciudad un antiguo palacio de la Inquisición. La Casa de la Moneda acuña un promedio de cinco millones de pesetas en plata y oro. Se ha llamado á Durango frecuentemente la «Ciudad de los Escorpiones». El año 1865, habiéndose prometido una pequeña recompensa por cada uno de estos arácnidos, lleváronse á la municipalidad en dos meses 55.000.

Todas las demás ciudades y pueblos del Estado que tienen alguna importancia, ya en la región montañosa, como Mezquital, Guarisamay, San Dimas, Papasquiano, Tamazula é Inde, ya en las partes más bajas de la meseta, como Nombre de Dios, San Juan del Río, Cuencame, Nazas y Mapimí, deben su origen y su prosperidad á sus minas de plata. Los filones de mineral contienen también oro, plomo y estaño. Se han descubierto grandes necrópolis en las cuevas de las colinas y de las montañas que rodean al Bolsón de Mapimí. Los cadáveres están acurrucados y envueltos en cobertores de fibras de pita, cubiertos de fajas de colores. Una sola caverna encerraba más de mil de esas momias, y se las llevaron casi todas los americanos del Norte, diseminándolas en diversas colecciones de los Estados Unidos.

XIII

Estados del Nordeste.—Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas

El Estado de Coahuila, lindante con Chihuahua al Este, y separado igualmente de los Estados Unidos por el curso del río

Bravo, ofrece una disposición simétrica á la de la provincia limítrofe. Al Oriente se levanta su territorio para formar también una Sierra Madre, y al Occidente se deprime dilatándose en extensiones desiertas, donde las aguas se pierden en las salinas. La vertiente de los montes, donde corren ríos que de garganta en garganta acaban por bajar al río Bravo, encierra deliciosos y fértiles valles, propicios á todos los cultivos de la zona templada y subtropical. Sin embargo, la población heredera de los antiguos coahuiltecas no llega más que á un habitante por kilómetro cuadrado. Hasta una época reciente la diezaban todos los años las incursiones de los apaches ó de los comanches. En 1879, después de la completa sumisión de los indios saqueadores, muchos inmigrantes se dirigieron hacia la Sierra Mojada, donde se habían descubierto minas de plata, muy ricas al parecer. El Gobierno creyó oportuno limitar este territorio minero, para organizarlo como un distrito administrativo separado del Estado; pero las esperanzas de los buscadores de oro no se realizaron, y la mayoría de ellos, ahuyentados por la falta de agua y de víveres, se alejaron de los áridos montes, situados en el centro de Coahuila, á gran distancia de los puestos de abastecimiento, entre las lagunas salinas, las breñas y las arenas. Tampoco se han utilizado de una manera seguida las capas de carbón que guarnecen el curso del río Bravo y que han valido á una de las estaciones mejicanas de la orilla su nombre de Piedras Negras. La riqueza futura de Coahuila se deberá, no á la explotación de las minas, sino á la del suelo capaz de cultivo. Monclova, la antigua Coahuila, á orillas de uno de los altos afluentes del Salado, tributario del río Bravo, se halla rodeada de hermosas campiñas. En los alrededores de Santa Buena Ventura, se cultiva el algodónero de fibra larga, y en Parras, situado en el origen de otro torrente, existen viñedos que producen un vino famoso.

Los alrededores de Saltillo son muy ricos en frutas y en diversas producciones. Saltillo, el Saltillo ó Leon Vicario, capital de Coahuila, dista mucho del centro del Estado. Se encuentra al pie de un mogote de pizarra, hacia el ángulo Sudeste de dicho país, en un valle alto de la vertiente de las montañas que separan á Coahuila y Nuevo León. Las aguas que corren por las depresiones de la sierra descienden al Norte para atravesar la cadena por un desfiladero y dirigirse hacia el río Bravo con el afluente de Monterrey. Los españoles fundaron á Saltillo en 1586, con una guarnición de tlaxcaltecas para defenderlo con-

tra los salvajes de los alrededores, y desde tal fecha lo erigieron en capital de la provincia, que designaban con el nombre de Nueva Extremadura. Algunos edificios arruinados revelan la antigüedad relativa de la ciudad. Diez kilómetros al Sur de Saltillo, la carretera se interna en una angostura entre elevados cerros. Allí se encuentra la hacienda de Buena Vista, cuyo nombre ha servido para designar multitud de localidades de los Estados Unidos, en memoria de una batalla de dos días que los americanos sostuvieron contra los mejicanos en el año 1846, para forzar el paso. Este sitio ya está casi en los umbrales de la «tierra fría», á 1.800 metros de altitud.

Monterrey, la capital del Estado de Nuevo León, es también una de las ciudades antiguas de Méjico, pues data de los últimos años del siglo xvi. El circo cuyo centro ocupa y que riega el riachuelo de Santa Catalina, afluente, como el Saltillo, del río Bravo por el San Juan, se halla circuido de montañas de aspecto imponente, de laderas desnudas y cimas recordadas. Al Sur se prolonga la cadena principal de la Sierra Madre. Al Oeste se eleva el núcleo de la Silla, que tiene, en efecto, la forma de una silla de montar, mientras que al Norte la arista remata en un peñón que figura una mitra, de donde toma nombre el monte. Las paredes grises, amarillas y rojas se elevan de 500 á 800 metros sobre la blanca ciudad, rodeada de huertas y naranjales. Las casitas, de poca elevación, terminan en azoteas, porque Monterrey se encuentra todavía en las «tierras calientes», á 480 metros de altitud, y en esas regiones, expuestas á los fuertes calores de un largo estío, no es de temer la nieve. La feria anual de Monterrey, que cae en el mes de Septiembre, se ve muy concurrida de mejicanos y americanos. Los campos, bien cultivados, de la zona de regadío de Nuevo León, producen abundante maíz, así como también trigo, judías, azúcar, naranjas y frutas de todas clases. Las poblaciones se anuncian de lejos por el perfume de sus vergeles. De Monterrey y de los demás centros agrícolas del Estado, situados, igualmente, en los valles altos de la Sierra Madre, que son Cadereyta, Jiménez, Montemorelos, Linares y Doctor Arroyo, importan las regiones circundantes, y sobre todo Tamaulipas, los productos alimenticios que les son necesarios. En cambio, Tamaulipas envía caballos y ganado vacuno: Gracias á la industria de los agricultores de Nuevo León, y á pesar de que no siempre cuentan con lluvias suficientes, el país ha prosperado, y ha crecido rápidamente la población local. Ahora se eleva á

cuatro habitantes por kilómetro cuadrado, es decir, al cuádruplo de los demás Estados mejicanos del Norte.

Monterrey es el guardián de la frontera, al Nordeste de la república mejicana. De ahí que los americanos del Norte, durante la guerra de 1846, empezaran por apoderarse de esta posición estratégica. Allí se ensayaron en el oficio de la guerra, practicado en su país, algunos años después, de un modo tan terrible. Dos vías férreas se juntan en Monterrey que enlazan con la gran línea de Méjico: una es la que empalma en Nuevo Laredo, á orillas del río Bravo, con la red general de los Estados Unidos: otra es la vía que en su parte oriental alcanza la orilla derecha del río por Mier, Camargo, Reynosa y Matamoros. Este camino hace de Monterrey el emporio mejicano del valle bajo del río Bravo. Cada una de las estaciones de la orilla derecha tiene, por decirlo así, «una cabeza de puente» en la orilla izquierda, ciudad yanquí de almacenistas que introducen sus mercancías en el territorio mejicano, ya legalmente, ya de contrabando.

Matamoros es la ciudad del Estado de Tamaulipas (antes Nuevo Santander) más próxima á la desembocadura. Contando las revueltas del río, está á 79 kilómetros del mar, habiendo sido preciso construir el camino de la costa á distancia del Seno Mejicano, guarnecido de anchas albuferas. Matamoros es de origen reciente. A principios del siglo XIX no había en este sitio más que un caserío, llamado la Congregación del Refugio, donde efectivamente se habían refugiado piratas del Golfo, mejicanos y franceses. En 1823, la ciudad, fundada oficialmente, recibió el nombre del campeón de la independencia mejicana, que ahora lleva, y cuando la anexión de Texas á los Estados Unidos, adquirió en seguida gran importancia estratégica y comercial como puesto de la frontera. Sin embargo, las guerras, los bloqueos y las crisis económicas, han ocasionado con frecuencia grandes fluctuaciones en el valor de sus cambios y el número de sus habitantes. Por otra parte, no puede tener un elemento propio de tráfico, porque el río y las lagunas la rodean de una cintura líquida casi continua. No posee terrenos cultivables, y sólo tiene salinas, sábanas y pantanos donde paca el ganado mayor. Matamoros forma en rigor una sola ciudad con Brownsville, que se eleva á la opuesta orilla en terreno de Texas; pero, por un contraste que no responde á las ideas preconcebidas de los viajeros admiradores de los Estados Unidos, la mitad mejicana de la ciudad es la que

descuella por su aspecto general y su población. El puerto avanzado, cerca de la boca del río Bravo, ha recibido el nombre grandioso de Bagdad, aun cuando no lo justifique el humilde pueblo ribereño. La barra del río es demasiado alta y peligrosa para los buques grandes.

A excepción de Matamoros, el Tamaulipas septentrional está casi deshabitado. Sólo existen caseríos y grandes haciendas, en las que pacen millares de caballos y bueyes. Donde la población se agrupa en pueblos y ciudades es en la parte central del Estado, gracias á las corrientes de agua que bajan de la Sierra Madre. Esta parte del Tamaulipas ó «País de las Olivas» es lo único que merece su nombre, debido á una tribu inmigrada de Texas. Allí se encuentra la capital del Estado, la antigua Aguayo, convertida en Ciudad-Victoria, no en recuerdo de ninguna victoria ganada al enemigo, sino simplemente en honor de un personaje elevado á la presidencia de la República. Esa ciudad está situada á orillas de uno de los brazos principales del río Santander ó Marina, famoso en la historia mejicana. Es el antiguo río de las Palmas, adonde abordaron las flotas de Garay y de Camargo, en tiempo de la conquista. Allí desembarcó el célebre Mina durante la guerra de la Independencia mejicana, y allí también el ex emperador Itúrbide intentó volver á su patria para reconquistar el poder; pero, detenido en Soto de la Marina, fué llevado al pueblo de Padilla, que era entonces la capital, y fusilado por orden del Congreso de Tamaulipas.

La ciudad de Tula, situada en la meseta, á la altitud de 1.220 metros y en la frontera del Estado de San Luis de Potosí, es un centro agrícola, de donde se envía á las regiones de la llanura en gran abundancia, el maíz, las judías y los pimientos. Los habitantes se ocupan también en la preparación de las fibras de *ixtli*, especie de cactus que cubre las pendientes de los montes circunvecinos.

Tula de Tamaulipas, aunque fundada á mediados del siglo XVII, reemplazó á una ciudad antigua, como su homónima la Tula de Hidalgo. En ella se han descubierto vestigios de templos y multitud de objetos de la edad precolombina; vasos, armas é instrumentos.

Desde esa ciudad á Tampico, la carretera que atraviesa un collado á 1.490 metros, baja primero á Santa Bárbara, y después rodea la falda del cerro Bernal, monte casi aislado, de una forma cónica perfecta.

La ciudad de Tampico del Estado de Tamaulipas, ocupa al Sur del Estado una situación geográfica semejante á la de Matamoros. Se halla igualmente á la orilla de un río, no lejos de la desembocadura. Rodéanla también lagunas y pantanos, y las llanuras que se extienden á lo lejos son bajas y estériles. La ciudad actual de Tampico data de 1823, época en que los españoles tenían aún la fortaleza de San Juan de Ulúa, que domina á Veracruz, y donde el comercio de Méjico debía elegir nuevos lugares de salida. La antigua ciudad, Pueblo Viejo ó Tampico Viejo, se encuentra en el Estado de Veracruz, sobre espesas capas de conchas, á orillas de un canalizo sin profundidad, sólo accesible á barcos de poco calado. Otro Tampico, situado en los médanos, al Este de la laguna de Tamiahua, es una aldea antigua de los huastecas: la primera sílaba del nombre, tam ó «lugar», indica ya su origen.

La ciudad nueva, que disfruta de una situación más favorable á orillas del río principal, poco más abajo de su unión con el Tamesi y á diez kilómetros del mar, no es accesible á los buques grandes. Los que calan más de dos metros y medio tienen que permanecer fuera de la barra, expuestos á los vientos del mar; pero los vapores pequeños pueden subir el río en un trayecto de 50 kilómetros.

Tampico ha sufrido grandes oscilaciones en su comercio: se ha enriquecido á expensas de Veracruz, cuando esta última ciudad estaba bloqueada ó en manos de potencias extranjeras. En otros tiempos estuvo privada de sus derechos de exportación por causa de rebelión ó disensiones políticas. La apertura de la vía férrea continua de los Estados Unidos á Méjico por Paso del Norte, desvió de Tampico una gran parte del comercio americano, pero después la construcción del ferrocarril que enlaza este puerto con el conjunto de la red mejicana por San Luís de Potosí le ha devuelto su importancia comercial. Varias líneas de vapores unen á Tampico con los otros grandes puertos del Golfo y del mar de los Caribes, á la vez que con Nueva York, Liverpool, el Havre y Hamburgo. Aunque rodeado de aguas estancadas en parte, Tampico es menos insalubre que Veracruz durante el estío, y está alimentado de agua potable por el Tamesi.

Cincuenta kilómetros más arriba de Tampico, en la orilla derecha del río Pánuco ó del «Vado», se encuentra la aldea del mismo nombre, el antiguo San Esteban del Puerto, que recuerda el reino huasteca conquistado por Hernán Cortés y

devastado por Nuño de Guzmán y sus secuaces. El país está aún despoblado en comparación de como se hallaba antes de la llegada de los españoles. En dos aldeas vecinas subsiste un corto resto de indios huastecas, que hablan aún su lengua. Pánuco, considerada como muy salubre, es un lugar de recreo para los habitantes de Tampico. Más arriba, á orillas de un afluente, se encuentra Tamquián ó «Lugar de la Muchedumbre», ciudad de origen huasteca, donde los arqueólogos han hecho multitud de hallazgos, sobre todo de «monos» ó «muñecos», es decir, de toscas efigies humanas. Todas las excavaciones sacan á luz vasijas pintadas.

XIV

Estados «internos» de Zacatecas, Aguas-Calientes
y San Luis de Potosí.

Los Estados del Centro ó «internos», que se elevan como explanadas hacia el ángulo Sur de la meseta de Anahuac, están mucho más poblados, proporcionalmente á su superficie, que los Estados del Norte, gracias á lo accidentado del suelo, á la mayor abundancia de agua y á una riqueza de vegetación muy superior. No obstante, el terreno continúa aún sin muchos cambios, hasta el medio de los Estados de Zacatecas y de San Luis de Potosí, y multitud de nombres de lugares, como Río Salado, Laguna Seca, Pozo Hondo, atestiguan la naturaleza del suelo y de las aguas. Algunas aldeas, llamadas Mezquite ó Mezquital, deben su denominación á las espesuras de arbustos espinosos que las rodean. Cuando se llega de los Estados Unidos por la vía férrea del Centro Mexicano, hasta la ciudad de Fresnillo, no presenta la naturaleza un aspecto nuevo. Esta ciudad está situada á 2.200 metros de altitud, sobre la divisoria entre las aguas que bajan del Norte hacia las cuencas cerradas del Bolsón de Mapimí y las que van al Pacífico por los afluentes del río Lerma. Desde la cumbre del cerro Proaño, que descuella 100 metros sobre la ciudad, extiéndese la vista sobre los valles que avanzan al Sur hacia las tierras templadas y las tierras cálidas. El cerro de Proaño está minado por galerías profundas, de donde se extrae el mineral de plata.

Zacatecas, que significa en nahuatl la «Ciudad de las Hierbas», la capital del Estado y del antiguo país de los zacate-

cas, es, por la fecha de su construcción, una de las primeras ciudades de Méjico. La fundó en el año 1540 Nuño de Guzmán. Ocupa la ciudad un conjunto de quebradas profundas y sinuosas, dominadas al Nordeste por los escarpados porfiricos de la Bufa, que rematan en una fortaleza y una iglesia. La ciudad se encuentra encajonada entre otras paredes roquizas, surcadas de grietas de donde caen las lluvias en cascadas para henchir el naciente río, tributario de Lerma. Zacatecas debe su riqueza á las minas de plata que encierran las montañas porfiricas y esquistosas de bancos de caliza y de cuarzo. La mina de *San Bernabé*, explota la desde hace tres siglos y medio, no está agotada aún. Los filones más ricos se encuentran en su mayoría, no en los barrancos y en las pendientes suaves de las montañas, sino en los sitios más escarpados y hasta en las aristas desgarradas de las cumbres. Así, la *Veta grande*, orientada de Noroeste á Sudeste, cinco kilómetros al Norte de Zacatecas, se halla embutida en una alta cresta de 2.617 metros de altitud, donde se ven las fundiciones y las numerosas construcciones de un pueblo de mineros. La Casa de la Moneda de Zacatecas ha entregado desde 1810 por valor de más de 1.700 millones de pesetas en oro y plata. La pequeña ciudad minera de Sombrerete, situada unos 200 kilómetros al Noroeste de Zacatecas, en el camino de Durango, poseía también una Casa de Moneda, cerrada desde la época colonial. En tiempo de Humboldt, la *Veta negra* de Sombrerete era, entre las de toda América, la que había dado á los mineiros mayor cantidad de metal. Una aldea poco distante de Sombrerete lleva el nombre de Chalchihuites ó «Esmeraldas», debido á los hallazgos de piedras verdes, que estimaban mucho los antiguos aztecas.

La región de Zacatecas es rica en curiosidades naturales. Varios estanques contienen carbonato de sosa, y algunos afectan la rara forma de simas de derrumbamiento, de paredes verticales. En estas especies de pozos sube y baja el agua según las estaciones, pero no se agota nunca. En varios sitios brotan fuentes termales, especialmente al Sudeste de Zacatecas, cerca de la ciudad de Ojo-Caliente. Esta capital de un pequeño Estado, enclavado casi enteramente en el de Zacatecas, Aguas-Calientes, es también una estación termal concurrida, al mismo tiempo que una agradable ciudad hermoseedá con árboles. Las aguas del manantial son sulfurosas y su temperatura varía de 25 á 38 grados.

Los zacatecas y los demás pueblos indios del país habían de-

jado monumentos de su civilización, que el tiempo ha destruído en su mayoría. A unos 50 kilómetros al Sur Sudoeste de Zacatecas, cerca de Villanueva, hay una colina de tobas, con acantilados circulares esculpidos naturalmente, que le dan el aspecto de una plaza fortificada, con un conjunto de construcciones que debieron tener antiguamente un aspecto grandioso. Este peñón se conoce con el nombre de Cerro de los Edificios y las ruinas se llaman *de la Quemada*, aludiendo á una hacienda poco distante. Los arqueólogos han reconocido allí palacios y otras habitaciones, una fortaleza, un templo y una pirámide con la estatua de un dios. Pero lo más hermoso que ofrece la Quemada es la serie de gradas en que se sentaban milláres de espectadores para contemplar las fiestas y los sacrificios. Ahora el paseante solitario no ve allí más que ruinas y malezas. Los vestigios de construcciones se encuentran en una extensión cuya superficie se estima en 180 kilómetros cuadrados. Según algunos autores, el Cerro de los Edificios no es otra cosa que el famoso *Chicomoztoc* de las leyendas, las «Siete Cavernas», desde donde los aztecas comenzaron su éxodo hacia el Anahuac. Cien kilómetros al Sudoeste de la Quemada, en un valle lateral del río Lerma, hay otra ciudad antigua, que fué capital de la confederación de los pueblos del Nayarit. Allí se ven aún las ruinas de una fortaleza y de un templo que dominan la llanura. El nombre de Teul que lleva la antigua ciudad no es otro que *Teol*, la denominación azteca del dios Sol.

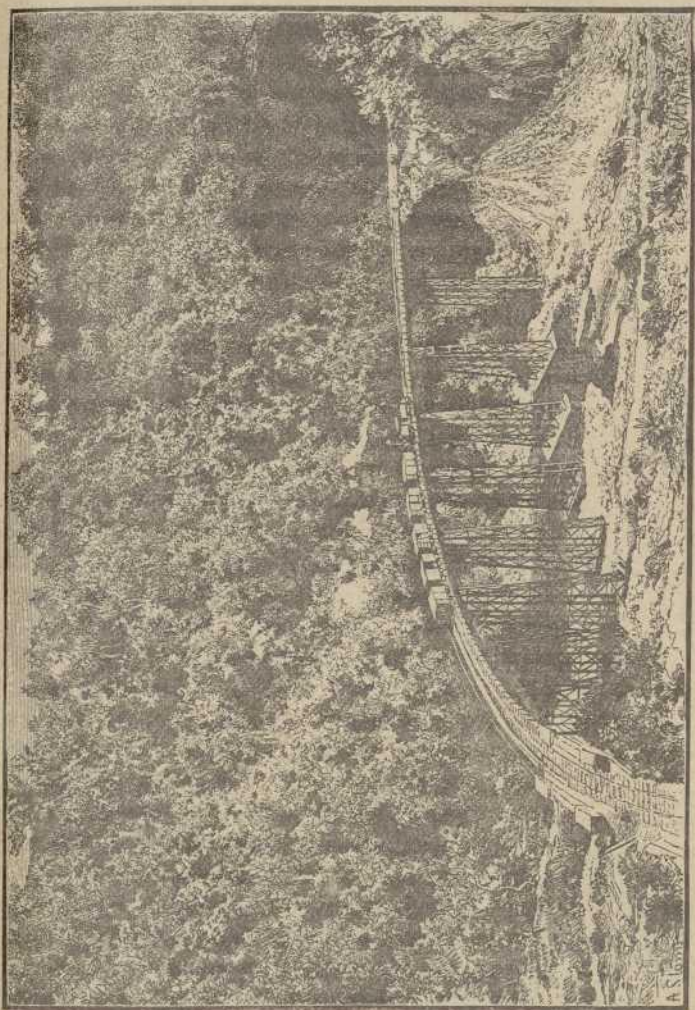
El Estado de San Luis de Potosí se asemeja al de Zacatecas por su aspecto físico y por su forma en doble vertiente, una inclinada hacia las depresiones del Norte, y otra mirando al golfo y perteneciente á la cuenca del Pánuco. Es, como Zacatecas, uno de los Estados mineros más productivos de la república; pero su importancia agrícola é industrial aumenta de año en año, y representa ahora un rendimiento superior al del mineral de plata. Hasta la alta ciudad de Catorce, situada en las regiones áridas del Norte del Estado, á 2.679 metros de altitud, empieza á enriquecerse con la venta de la fibra de *ixtli*. Casi toda la plata que acuña la casa de la moneda de San Luis, ó sea de 2 á 3 millones de pesos al año, procede de las minas de Catorce. Esta ciudad, llamada así, según se dice, por el asesinato de catorce soldados, se alza en una estrecha garganta, sobre un antiguo derrumbamiento de peñas. Los ricos filones de la montaña vecina, la pirámide de doble cúspide, llamada Cerro del Fraile, no fueron descubiertos hasta 1773, y en seguida se elevó

la ciudad sobre el montón de piedras derrumbadas. El principal grupo de habitaciones, que es ahora la quinta ciudad del Estado, se ha fundado más al Este, en una llanura de acceso fácil, y es la ciudad de Matehuala.

San Luis, que se distingue de tantas otras poblaciones homónimas con el sobrenombre de Potosí, que le valió su riqueza minera, pero que no merece ya, puesto que la famosa mina de *San Pedro* y la mayoría de las explotaciones de los alrededores se hallan abandonadas, está edificado en el sitio que ocupó la antigua Tangamanga de los Chichimecas, en una depresión que se abre en el reborde de la meseta á 1.890 metros de altitud. Las aguas que descienden de esa región van por el río Verde á la corriente del Pánuco. Una cintura de jardines rodea completamente la ciudad y la oculta á la vista, no viéndose más que las torres y las cúpulas de multitud de iglesias asomando sobre el follaje de plazas y paseos. San Luis de Potosí es todavía de aspecto enteramente español. En Méjico, á lo menos en las partes del territorio donde la población no es en gran mayoría de raza puramente india, todas las casas se parecen por su modo de construcción. Tienen por modelos los primeros edificios que levantaron los españoles en la época de la conquista, y en esto podría decirse que no ha cambiado desde Hernán Cortés, pues durante el período de la dominación española no se produjo ninguna modificación en las artes y oficios mejicanos. Fuera de los barrios comerciales de las grandes ciudades y de los barrios que habitan los extranjeros, la fisonomía de las poblaciones presenta una completa uniformidad. Las construcciones son de piedra y la planta baja, coronada ó no por un piso, tiene un ancho corredor que lleva al patio, adornado de flores y arbustos, y rodeado de galerías á las cuales dan todos los cuartos de la casa. Las habitaciones amuebladas con más elegancia corresponden á la calle y tienen rejas altas y salientes.

La capital del Estado de San Luis fué también, como Monterrey, Chihuahua y Paso del Norte, una de las capitales del gobierno errante de la República mejicana durante la invasión francesa, ordenada por Napoleón III para imponer al austriaco Maximiliano como emperador. Privada ya de las minas que le habían enriquecido en el siglo XVIII, perdió la mitad de su población. La apertura del ferrocarril de Veracruz á Méjico desvió también una gran parte de su comercio hacia el Sur y disminuyó nuevamente el número de sus habitantes: pero la vía férrea de Tampico le da al fin una salida directa hacia el

mar y asegura á sus habitantes un gran aumento de industria y de comercio. Cereales, frutas, legumbres, fibras textiles, bebidas fermentadas sacadas del maguey ú otros vegetales de la



Ferrocarril entre Veracruz y Méjico. (Dibujo de Lonau.)

misma familia, todo lo produce San Luis en abundancia. Los hijos de esta ciudad, reputados por su iniciativa y su energia, piensan elevar su población al segundo rango y aun quizá rivalizar un día con Méjico. Por sus escuelas, sociedades é ins-

titutos científicos, es igualmente San Luis una de las ciudades importantes de la República mejicana. Las más populosas y activas después de San Luis, son: Río Verde, Santa María del Río y Ciudad del Maíz, que se apiñan en la parte Sudeste del Estado sobre las vertientes de la meseta, inclinadas hacia Tampico. La ciudad minera de Guadalcázar, situada al Nordeste de San Luis, en una región caliza donde las aguas se internan por sumideros en galerías subterráneas, es ahora una ciudad decaída. Salinas, enclavada al Noroeste, es, como indica su nombre, rica en minas de sal gemma y en lagunas salinas que son las más activamente explotadas de la República.

XV

Vertientes del Lerma.—Guanajuato, Talisco y Tepic, Colima y Michoacán.

La división política por Estados no coincide en manera alguna con los límites naturales. Las fronteras actuales se establecieron bajo el régimen español según la distribución de los pueblos y de las lenguas, según las influencias religiosas y administrativas, y, sobre todo, según los intereses de los grandes propietarios europeos ó criollos. Puede ocurrir, no obstante, cierta coincidencia fortuita en la agrupación de los Estados y en el conjunto de sus condiciones físicas. Los cuatro Estados, por ejemplo, de Guanajuato, de Jalisco, con el territorio de Tepic, de Colima y de Michoacán, constituyen una región natural bastante distinta, en la cuenca del río Lerma y de otras corrientes que bajan de la vertiente occidental del Anahuac hacia el Pacífico. Estas comarcas, donde se escalonan los tres climas, tierra fría, templada y tierra caliente, tienen una gran riqueza de producciones; pero no poseen aun las mismas ventajas que la vertiente oriental de la meseta mejicana en lo referente a la exportación de las mercancías, porque los puertos del mar del Sur no están unidos por completo al conjunto de la red. La población, relativamente densa, toda vez que sube á 19 individuos por kilómetro cuadrado, ha crecido notablemente en los últimos tiempos.

Guanajuato, que es de esos Estados el más próximo á la capital, el mejor provisto de vías de comunicación, y en el cual

ha arraigado la estirpe blanca desde hace más tiempo, es también el más rico y poblado relativamente á su extensión. La capital, Guanajuato, es una de las ciudades que la busca del oro hizo surgir del fondo de una quebrada estrecha, entre rocas desnudas y desgarradas. En esa garganta, accesible tan sólo por una carretera sinuosa, serpentea la población á 2.031 metros de altura media. Las casas, de techumbres lisas, se superponen como montones de dados tirados al azar. Por las faldas de las montañas desnudas donde no crecen más que cactus y plantas bajas, se ven trepar callejuelas haciendo eses. En la cumbre de un peñón se yergue una antigua fortaleza, el Castillo de Granaditas, transformado en cárcel: sobre los escarpados aparecen aquí y allí aldeas de mineros, y en las altiplanicies ó en las hondonadas se ven las fundiciones. Uno de esos grupos industriales es la famosa *Valenciana*. En este sitio, la *Veta Madre* de Guanajuato, que en ninguna parte tiene menos de nueve metros de anchura, y en ciertos puntos alcanza un espesor de más de 50, forma enormes masas de mineral argentífero, de donde se extrajeron anualmente, de 1768 á 1810, más de 38 millones de pesetas. Es la más profunda de Méjico, porque desciende á 622 metros de la superficie; pero desde la guerra de la independencia se ha llenado de agua, y en vano han intentado su desagüe varias veces algunas compañías inglesas. Se calcula que todavía queda allí por valor de siete á ocho mil millones. Los pedruscos más ricos que se sacan de las minas todavía explotadas, se pulverizan y someten á los procedimientos químicos para la purificación del metal, mientras que el mineral relativamente pobre se emplea en la construcción ó se amontona fuera de las aldeas de mineros. Si los metales preciosos llegasen un día á superar su valor presente, no se dejaría de demoler las informes casuchas de las aldehuelas de explotación para extraer el mineral de plata ramificado en vetas que encierran los materiales. La Luz, ciudad situada á poca distancia al Noroeste en el grupo de las montañas del Gigante, está rodeada también de yacimientos mineros. En la actualidad la Casa de la Moneda de Guanajuato acuña anualmente por valor de 23 millones y medio de pesetas, de ellos más de 4 millones de oro y el resto en plata, procedente casi por entero de las minas de los alrededores. Las minas de Guanajuato se han hecho famosas en la fisiografía por los mugidos subterráneos que se han oído en ellas frecuentemente. En 1784 fueron éstos tan violentos que huyeron los habitantes, por más que no acompañó ningún te-

remoto al trueno subterráneo. Una de las montañas de ese país se llama el Bramador.

Guanajuato es una de las ciudades históricas de la guerra de la Independencia. Allí fué donde los insurrectos, auxiliados por 20.000 indios, armados tan sólo de cuchillos y palos, emprendieron el primer sitio en 1810, y ganaron la primera victoria. El botín fué enorme, de 25 millones sólo en la fortaleza. La pequeña ciudad de Dolores, de que era cura Hidalgo, el jefe de la insurrección, se encuentra 40 kilómetros al Nordeste de Guanajuato y desde el triunfo de la revolución lleva el nombre de Dolores Hidalgo. Todo Estado tiene su ciudad ó su aldea de Hidalgo. De igual manera se honra en la nomenclatura geográfica del país á los demás patriotas ó soldados famosos, como Morelos, Abasolo, Rayón, Allende, Matamoros, Guerrero. A más de un nombre de origen español ha substituído una denominación nueva, sacada del panteón político de los mejicanos.

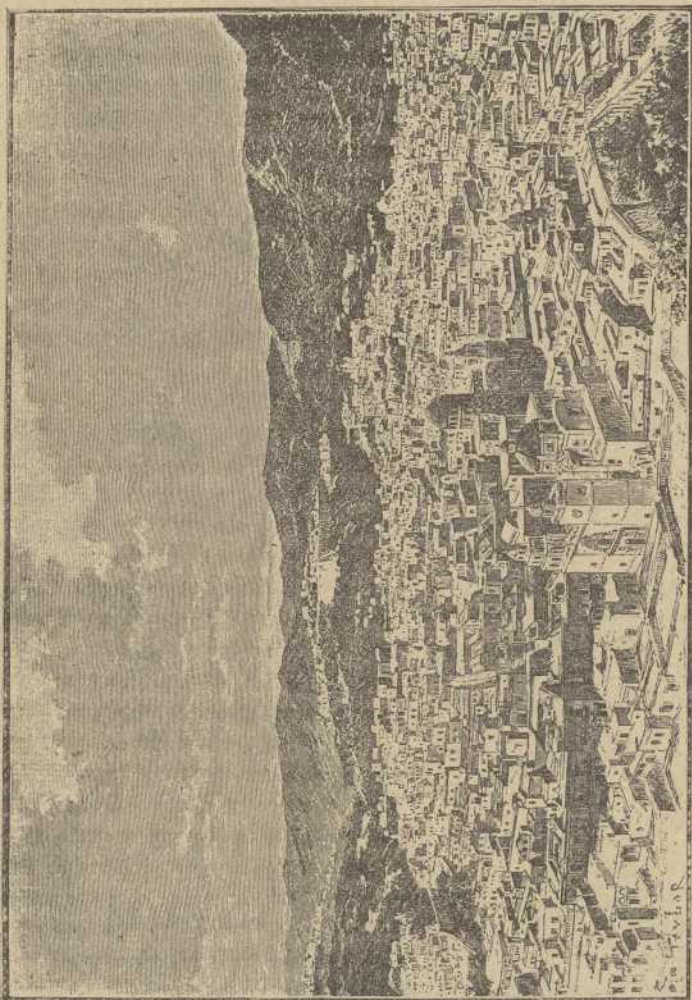
Otra ciudad del Estado de Guanajuato rivaliza en población con la capital. Es León de los Aldamas, situada también á orillas de uno de los afluentes superiores del río Lerma, pero en una posición de acceso mucho más fácil y un clima más agradable. La ciudad, dominada al Norte por el grupo de las montañas del Gigante, se extiende en una llanura fértil y bien cultivada, al extremo Noroeste de la zona de aluviones que con el nombre de Bajío, atraviesa todo el Estado de Guanajuato en forma de media luna. León, que nunca ha sido capital, á pesar del número de sus habitantes, es una ciudad pebeya donde siempre estuvo en auge el trabajo. Posee numerosas manufacturas, y allí es principalmente donde los ricos caballeros mejicanos encargan las sillas y jaeces de sus cabalgaduras. León posee también fábricas de tejidos de lana y algodón, pero sus habitantes, mantenidos durante mucho tiempo en una gran ignorancia, siguen dócilmente á su clero en las disensiones civiles. El ferrocarril que recorre el Bajío, y uno de cuyos ramales se dirige á Guanajuato, pasa por delante de casi todas las ciudades importantes del Estado, que son: Silao, dominada por la Sierra de Cubilete, rica en minas de plata y en manantiales termales; Irapuato, Salamanca, donde se tejen telas de algodón y Celaya, ciudad de baños y centro manufacturero, sobre todo para la fabricación de paños, tapices y jabones, y para la preparación de cueros. San Miguel de Allende, ó simplemente Allende, otra ciudad industrial, que data de los pri-

meros tiempos de la conquista, se encuentra en una llanura tributaria del Bajío, al Este de Guanajuato. Salvatierra y Valle Santiago, ocupan hondonadas de la meseta sembrada de lagos que se extiende por el Sur hacia Michoacán.

El río Lerma, que pasa por Salamanca siguiendo la antigua cuenca lacustre del Bajío y después rodea por el Sur el macizo de San Gregorio, recorre un segundo valle muy ancho antes de perderse en el lago de Chapala. A orillas del río se han edificado la Piedad primero, después la Barca y en el interior, hacia el Sur, la ciudad de Ixtlán, con sus campos sembrados de centenares de volcanes de cieno. Al Oeste, en las orillas de la dilatada cuenca lacustre, no hay ninguna gran ciudad. Chapala misma, que está en la orilla septentrional, no es más que un pueblo apartado de las vías de comunicación. Al Oriente se divisa la isla de Mexcal, que, según varios autores, debe ser la mítica Atlán, de donde traen su origen los nahuas. En 1812 los indios de las riberas inmediatas se refugiaron al mando de un cura en la isla de Mexcal y allí se defendieron durante cinco años contra todos los ataques de los españoles. Cuando se rindieron no eran ya más que 200, la décima parte de los primeros fugitivos. Más tarde esta isla de tan gloriosos recuerdos se convirtió en presidio.

La capital de Jalisco, Guadalajara, se halla en una meseta donde no corren más que arroyueños. Su altitud media es de 1.552 metros. Fundada en los primeros tiempos de la conquista, en 1542, pero trasladada poco después, ha sido siempre una de las ciudades importantes de Méjico, gracias á su posición geográfica como lugar de convergencia de los caminos que se dirigen de los puertos del mar del Sur hacia la meseta. Sus habitantes, que se pusieron frecuentemente á la cabeza de la oposición contra Méjico, ascendían ya á 20.000 á principios de siglo x.x y ahora pasan de 100.000 contando los arrabales industriales. La ciudad mejicana ha adelantado notablemente á la ciudad española cuyo nombre recibió. Como centro minero Guadalajara no puede compararse con Zacatecas ó Guanajuato; pero tiene, á pesar de todo, cierta importancia, puesto que su Casa de la Moneda acuña anualmente de seis á siete millones de pesetas en piezas de plata. Pero por lo que Guadalajara se ha elevado al segundo rango entre las ciudades de la República es como depósito de productos agrícolas y como ciudad manufacturera. Tiene fábricas de tejidos, particularmente de rebozos, de papel, almidón, cigarros, cristal y fundiciones, y es tam-

bién la ciudad de los dulces, grajeas y confituras. La mayoría de las quintas de recreo de los ricos habitantes de Guadalajara están diseminadas algunos kilómetros al Oeste en las colinas



Vista de Guanajuato. (Dibujo de Taylor.)

de San Pedro. Al Este se atraviesa el río Lerma, de 164 metros de anchura en ese sitio, por el puente de Totolotlán, de construcción española. Más lejos la carretera salva un afluente septentrional del Lerma por el famoso puente de Calderón, donde

los insurrectos perdieron la primera batalla, que durante mucho tiempo se creyó decisiva. En las inmediaciones, entre las ciudades de Zapotlanejo y Tepatitlán, se ve aún la pirámide arruinada de un templo, el Cerrito de Moctezuma.

La ciudad de Lagos,⁴ situada al Nordeste de Guadalajara, á orillas de un afluente del río, se encuentra en un ángulo del Estado, á mitad de camino entre Aguas-Calientes y Guanajuato. Por su situación geográfica parece ser un intermedio natural entre varios Estados de la meseta y sus mercados se ven, en efecto, muy concurridos, pero mucho menos que la feria anual de una ciudad vecina, San Juan de los Lagos, situada más abajo, en una hondonada del valle. La ciudad de Bolaños, menos populosa que Lagos, pero más importante en otras épocas á causa de sus minas, se halla también á orillas de uno de los afluentes septentrionales del Lerma, el río Jerez, pero en una región de difícil acceso, á la salida de un desfiladero grandioso que dominan rocas cortadas á pico. En las fortalezas naturales de esta comarca se han conservado durante mucho tiempo pueblos independientes y aún se ven numerosos vestigios de su existencia. La falta de caminos obliga á los viajeros á rodear la alta sierra de Nayarit, cuando se dirigen al Oeste hacia Tepic ó San Blas, ó al Norte hacia Culiacán ó Durango. Al Sur de Bolaños y á la otra parte del Lerma, al pie de una alta muralla de peñascales, se eleva la ciudad de Tequila, renombrada en todo Méjico por su aguardiente de maguey, designado simplemente con el nombre de la ciudad, *tequila*.

La ciudad de Tepic, capital de un territorio distinto, se encuentra, como Guadalajara, á cierta distancia al Sur del río Lerma, cuyo curso inferior domina. La salubridad de Tepic, edificada á 900 metros de altitud, en medio de huertas y jardines, sobre el reborde de una meseta de piedra pómez, desde donde el espectador ve el mar á sus pies, ha creado la prosperidad de la ciudad. Cuando el conquistador Nuño de Guzmán fué á establecerse en el país, escogió otro sitio, situado 20 kilómetros más al Sur, pero igualmente en el borde de la meseta y á la misma distancia del mar. Allí se elevó la ciudad de Compostela, que fué durante mucho tiempo el centro estratégico de todo el Occidente mejicano, pero que hoy es sólo una aldehuela. El antiguo pueblo indio de Jalisco ó «ciudad de las Cenizas», que ha dado su nombre al Estado de que es capital Guadalajara, se ve 7 kilómetros al Sur de Tepic, en las pendientes del cerro San Juan, cubiertas de pedruscos volcánicos. Allí se han des-

cubierto ruinas de construcciones, restos de cerámica y diversos objetos antiguos. Una mujer reinaba en Jalisco cuando lo conquistaron los españoles.

La ciudad de Santiago, construída á la salida de las gargantas de montañas en el punto donde el río Lerma, llamado también río Grande de Santiago, entra en las llanuras del litoral, ha perdido todo valor marítimo. Las embarcaciones marinas, de mayor calado que las usadas en tiempo de los conquistadores españoles, no pueden ya forzar la entrada peligrosa del río para subir hasta un puerto interior. La escala marítima actual, San Blas, se encuentra al Sur de los aluviones que lleva el río, á poca distancia de los escarpados que se yerguen hacia la meseta de Tepic. Hace menos de un siglo uno de los brazos laterales del Lerma desaguaba en el abra de San Blas, pero se obstruyó durante la guerra de la Independencia, y desde entonces ha permanecido cerrado. El puerto está bien resguardado de los vientos, pero la entrada es estrecha y su profundidad en la marea baja no llega siquiera á 4 metros. Así y todo, el puerto de San Blas es el que más frecuentan los marineros en la costa occidental de Méjico, entre Mazatlán y Acapulco. La ciudad vieja, en la que durante la dominación española, residían comerciantes de Filipinas, se elevaba por cima del puerto sobre una mole de basalto negro, sólo accesible por la parte de tierra. Destruída durante las guerras intestinas de Méjico, es hoy un montón de ruinas casi enteramente cubierto de vegetación. El San Blas actual, trasladado del peñón á la ribera, se compone de un grupo de casas y de chozas, rodeadas de cocoteros y habitadas principalmente por gentes de color.

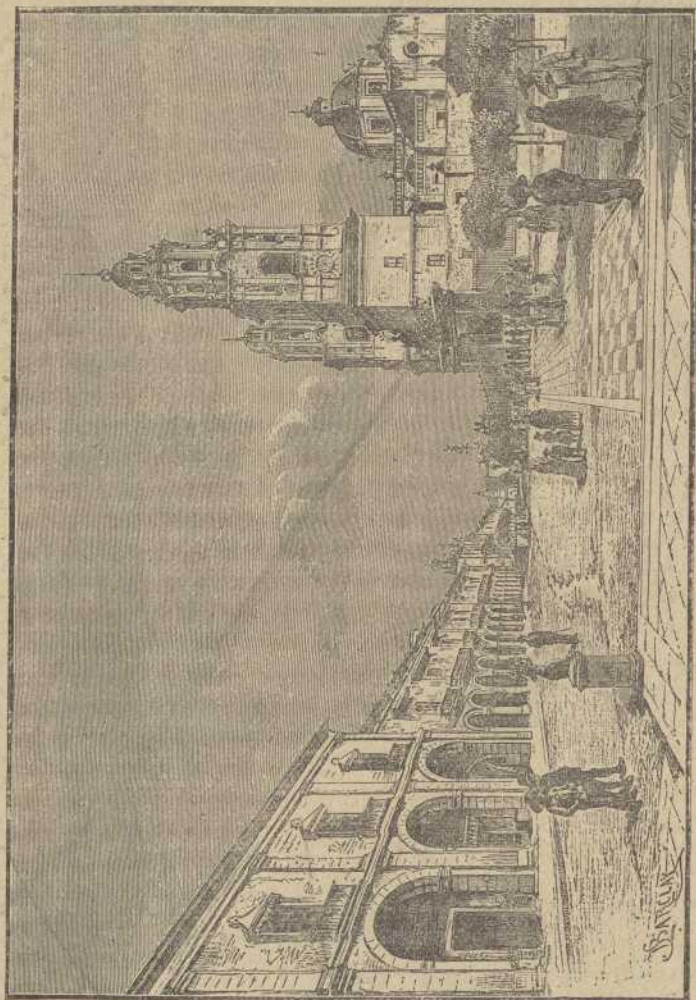
El río Ameca, que desagüa al Sur del golfo de San Blas en la bahía de Banderas, ha dado su nombre á la ciudad principal de su cuenca. Ameca y su vecina Cocula, situadas en una región de extraordinaria fertilidad, sembrada de lagos y de antiguas cuencas lacustres, secas ahora, cuando crucen las carreteras el país, ofrecerán un camino más corto entre el lago Chapala y el mar, que el largo rodeo al Norte por Guadalajara y Tepic. Però la bahía de Banderas, ampliamente abierta al oleaje, no tiene puerto. La ciudad de Mascota, cobijada en un valle-zuelo al pie de las peñas desgarradas, llamadas Bufa de San Sebastián, no tiene en la costa un sólo pueblo que le sirva de marina. Hay que seguir la costa hasta más de 100 kilómetros al Sur antes de encontrar un fondeadero, delante del puertecito de Chamela, que hace algún comercio en palo de tinte. Otras

dos escotaduras de la costa, que se abren más lejos hacia el Sudeste, la bahía Tenacatita y la de Navidad, reciben barcos de cabotaje. En la historia de las primeras navegaciones del Pacífico, algunos exploradores del mar del Sur eligieron á Navidad como puerto de embarque.

Dos ciudades industriales y pintorescas, situadas al Medio día del lago Chapala, la de Sayula (1.340 metros) y la de Zapotlán (1.310), llamada también Ciudad-Guzmán, son dos lugares de etapa en el camino que va de Guadalajara á otra capital, Colima, la antigua Santiago de los Caballeros, fundada por Hernán Cortés en los primeros tiempos de la conquista. Colima se eleva á 450 metros de altitud, sobre las primeras estribaciones de los cerros que de escalón en escalón llegan á formar el pedestal sobre el cual se yerguen los dos «volcanes», el volcán de Fuego y el volcán de Nieve. Un río cuyos numerosos afluentes bajan de profundos barrancos que surcan las laderas de las montañas, pasa por el Oeste de Colima y riega sus jardines, sus cafetales, sus plantaciones de caña y azúcar y de algodoneros. Por su suelo y su clima los campos de Colima podrían ser una de las comarcas de producción más ricas del mundo, pero los procedimientos agrícolas permanecen aún en estado primitivo. La industria local está bastante desarrollada. Las indias que hilan y tejen el algodón tienen suma habilidad y mucho gusto. También son muy hábiles los alfareros indígenas, y entre ellos se cuentan verdaderos artistas que modelan bustos de barro cocido de una perfecta semejanza. Durante la estación de las fiebres, la plaga visita á veces á Colima, pero de una manera menos grave que á los pueblos del llano. Los colimeños ricos se marchan entonces á sus haciendas de las alturas, y sobre todo á la aldea de Tonila, encaramada en las enormes cortaduras de las pendientes, en una explanada desde donde se contempla en toda su majestad el grupo de los volcanes.

El puerto de Manzanillo, que es el de Colima, se abre en la costa roquiza, inmediatamente al Oeste de un istmo arenoso, y es ancho, profundo y bien abrigado, excepto de los vientos del Oeste y del Sudoeste, que soplan con frecuencia durante la estación de las lluvias, de Mayo á Octubre. Esa es la época saludable del año, pero durante los meses de sequía el clima de Manzanillo es muy temido. Cien kilómetros al Sudeste de ese puerto hay otra ensenada, que visitan barcos de cabotaje, la de Marnata, no menos insalubre que Manzanillo y sin ningún

abrigo casi. Entre ambos puertos hay lagunas bajas explotadas como salinas, que ocupan á veces, en la época de la extracción, de 5 á 6.000 trabajadores indios.



Plaza de Morelia. (Dibujo de Barclay.)

El Estado de Michoacán, cuyo nombre se deriva, según los historiadores, del de un pez, el *michi*, es una de las regiones mejicanas que se han fundido más difícilmente con el resto de Nueva España. Los tarascos no se habían sometido á los azte-

cas, y su jefe se titulaba el «Calzado» por excelencia, porque era el único de los príncipes que tenía derecho á conservar el calzado delante de Mctezuma. Orgullosos de su antigua libertad, los tarascos acogieron en un principio á los españoles como simples aliados. Tres siglos después, durante la guerra de la Independencia, en ninguna parte fué más valerosa y más tenaz la resistencia de las partidas indias contra los regimientos disciplinados de Europa. En el pueblo de Apacingan, en uno de los valles bajos que descienden hacia el río Mexcala, se reunió la primera asamblea deliberante de los rebeldes, trasladada más tarde á Zitácuaro, ciudad de la cadena alta de los montes, situada entre Morelia y Toluca. Esta ciudad, cuyo nombre, según los etimólogos patriotas, significa «Lugar de la Resurrección», se llama desde entonces «Heroica».

La capital del Estado lleva igualmente un nombre que recuerda los altos hechos de la lucha contra España. Bajo el antiguo régimen se llamaba Valladolid, como la gran ciudad castellana; ahora no se la conoce más que por el nombre de Morelia, en memoria de Morelos, uno de los héroes y mártires de la insurrección. Aunque situada en la meseta, en la cuenca del lago Cuitzeo, Morelia se halla á la altitud de 1.940 metros solamente, y ocupa entre dos riachuelos un valle fértil, dominado al Oeste por la soberbia montaña Quinceo, de 2.664 metros de altura. La ciudad, que permaneció apartada mucho tiempo de las grandes vías de comunicación, es, sin embargo, una de las mejor construídas y más limpias de Méjico. Tiene jardines muy hermosos y una catedral con dos torres de un dibujo sencillo y puro. El ramal de ferrocarril que une á Morelia con la red mejicana es uno de los más pintoretcos del Anahuac, pues sigue las orillas del lago de Cuitzeo, circuído de montañas, praderas y bosques. Al Oeste de esa magnífica cuenca, más extensa antiguamente, vense esparcidos entre las montañas y el curso del Lerma otros lagos, uno de los cuales refleja en sus aguas las casas de Puruándiro. Zamora, Ixtlán y Jiquilpán son las ciudades más populosas de la parte Sudoeste de Michoacán, próxima al lago de Chapala.

Al Sudoeste de Morelia el ferrocarril continúa hacia Pátzcuaro, que fué la capital del país poco después de la conquista, hasta 1541 en que los españoles fundaron á Valladolid. Pátzcuaro había sucedido á su vez en 1520 á Tzintzontzán ó Huitzizila, la «Ciudad del Colibrí», residencia del soberano en cuyo derredor se agrupaban, según la leyenda, 40.000 súbditos. El

obispo Vasco de Quiroga hizo emigrar á los fieles de la antigua ciudad á la nueva, situada á corta distancia en una altiplanicie desde donde se ve el lago de Pátzcuaro, que está á unos cuatro kilómetros. Tzintzontzán existe todavía, pero no es más que una aldea, mientras que Pátzcuaro, el «Lugar de las Delicias», se ha hecho una ciudad populosa. Algunos montículos diseminados en las cercanías ocultan, según se dice, las ruinas de templos y palacios. Los indios del país han conservado su habilidad para la fabricación de objetos de plumas de colibrí y de otras aves.

A orillas del lago de Pátzcuaro se está aún á 2.200 metros sobre el mar, pero á poca distancia, al Sur, se alcanza el borde de la meseta para bajar rápidamente hacia el mar por Tacámbaro, Ario, Uruapán y alguna otra ciudad situada en uno de los valles laterales del río Mexcala.

Los ayacates ó montículos funerarios que los antiguos tarascos erigieron, se ven esparcidos á centenares en los alrededores de Ario, y en esas tumbas se han descubierto objetos muy interesantes de la industria protohistórica.

XVI

Meseta de Anahuac.—Querétaro, Hidalgo, Méjico, Distrito Federal.

Los diversos Estados que ocupan la meseta de Anahuac propiamente dicha, y cuyo contorno ofrece multitud de brechas por donde se deslizan las aguas hacia uno ú otro mar, pero principalmente hacia el Seno Mejicano, constituyen la región más productiva, más rica y más populosa de la República. Cuenta 33 habitantes por kilómetro cuadrado, que viene á ser una mitad de la densidad kilométrica de Francia. No ha cambiado, pues, el centro de gravedad de la nación mejicana desde los tiempos de la civilización tolteca, es decir, desde hace mil años por lo menos. Bien es verdad que no puede trasladarse fácilmente hacia otras partes de Méjico, aunque fuesen mucho más ricas por sus minas, como Durango y Zacatecas, ó por su flora, como Michoacán y Oaxaca, porque la meseta de la metrópoli tiene la ventaja de ser el centro natural de conver-

gencia de todos los caminos que proceden del Norte entre el Mississippi y las Montañas Roquizas, y de dominar á la vez como una fortaleza las dos vertientes del país.

El Estado de Querétaro, donde nacen los primeros afluentes del río que, bajo el nombre de Pánuco, desemboca en el mar entre los Estados de Tamaulipas y de Veracruz, tiene poca extensión relativa, y la parte Norte, donde se encuentran las ciudades de Jalpán, Tolimán y Cadereyta, posee una población escasa. Los habitantes se han agrupado sobre todo en la mitad meridional del Estado, donde empiezan, por una parte, la gran llanura del Bajío, tributario del río Lerma, y por otra, los terrenos del río San Juan, uno de los brazos principales del Pánuco. En este valle se encuentra San Juan del Río, deliciosa «ciudad de los jarlines». Querétaro, la «Ciudad del Juego de Pelota» en tarasco, está muy cerca de la divisoria entre los dos declives, á 1.850 metros de altitud. Las crónicas atribuyen su fundación á los otomíes hacia mediados del siglo xv, pero todas sus construcciones son de origen español. La más notable es un acueducto de 74 arcos que mide 23 metros de altura sobre el barranco. Más arriba de la ciudad se ha habilitado en tiempos modernos un depósito que contiene una masa líquida de más de un millón de metros cúbicos. Querétaro es una de las ciudades industriales de Méjico: fabrica jabones y cigarros, y sus hilanderías de algodones ocupan millares de trabajadores.

A media pendiente del Cerro de las Campanas, que se eleva al Oeste de la población, á cerca de un kilómetro, hay un pequeño monumento de tres piedras, que indica el sitio en que cayeron fusilados en 1867 el emperador Maximiliano y sus dos generales Miramón y Mejía. La ley que se les aplicó fué la misma que Maximiliano había firmado el 3 de Octubre de 1865, condenando á muerte á los mejicanos por combatir en pro de su independencia.

El Estado designado con el nombre de Hidalgo, en memoria del cura que por primera vez excitó á los mejicanos á rebelarse, es de formación reciente, pues hasta 1869 había constituido parte del Estado de Méjico. De igual manera que el Estado limítrofe de Querétaro, está poblado muy desigualmente. La mitad septentrional, ocupada del todo por montes, es la menos habitada y las ciudades, Zimapán, Jacala, Mexitlán y Huejutla (antigua ciudad de los huastecas) distan bastante unas de otras. La población se aglomera, sobre todo, en las grandes



llanuras fértiles de la parte meridional, que domina una región minera muy productiva.

Allí, cerca de Actopán y de los extraños cerros de los Organos, se encuentra la capital, Pachuca, antigua ciudad unida á la red de los ferrocarriles mejicanos. En sus cercanías los indios explotaban ya los filones de oro y plata antes de la conquista. Los españoles se apoderaron de estas minas y prosiguieron las investigaciones. También en las inmediaciones de Pachuca se descubrió el procedimiento de amalgama en frío, llamado del *patio*, que después se aplicó en todas las fundiciones mejicanas.

El grupo minero de Regla, entre Pachuca y Atotonilco, se ha hecho famoso bajo el nombre de Real del Monte, convertido recientemente en Mineral del Monte. Antes del incendio de los maderajes y de las inundaciones que arruinaron los trabajos, se sacaba de esos yacimientos por valor de centenares de millones de plata.

Desde la guerra de la Independencia se ha reanudado la explotación con capataces ingleses y millares de mejicanos, y suministra á la Casa de la Moneda de Méjico la mayor parte del metal que recibe.

Pachuca se halla como á la mitad de camino entre dos antiguas ciudades poderosas de los toltecas, Tulancingo y Tula. La primera «Tulita ó Tula Chica» que se supone de origen más antiguo, está construída al pie de un volcán, al Este de la capital actual, cerca del extremo oriental de la meseta. Antes de la conquista los indios hacían instrumentos cortantes de todas clases con las obsidianas que encontraban en un monte próximo, el Cerro de las Navajas. Los yacimientos de este sitio parece que bastaron para el consumo de todo el Anahuac desde la época protohistórica hasta la llegada de los españoles.

Tula, la antigua Tollan ó «Ciudad de las Cañas», es un pueblo situado en un campo encantador que atraviesa el ferrocarril de Méjico á Querétaro. Allí se han descubierto también en abundancia huesos de animales, flechas y otras armas; pero más interesante es el descubrimiento de las construcciones antiguas, en la cima de montículos desde donde se ve un inmenso horizonte. Estas ruinas de edificios toltecas parecen de varios templos y un palacio. Un hecho notable es que los arquitectos de Tula empleaban en las construcciones los materiales más diversos; madera, cascote, piedras, cemento, arga-

masa y aun el verdadero ladrillo cocido, no los adobes secos al sol, de que hicieron tan gran uso los aztecas y que emplean los hispanoamericanos para las construcciones ordinarias en el Norte del Anahuac y hasta el Nuevo Méjico.

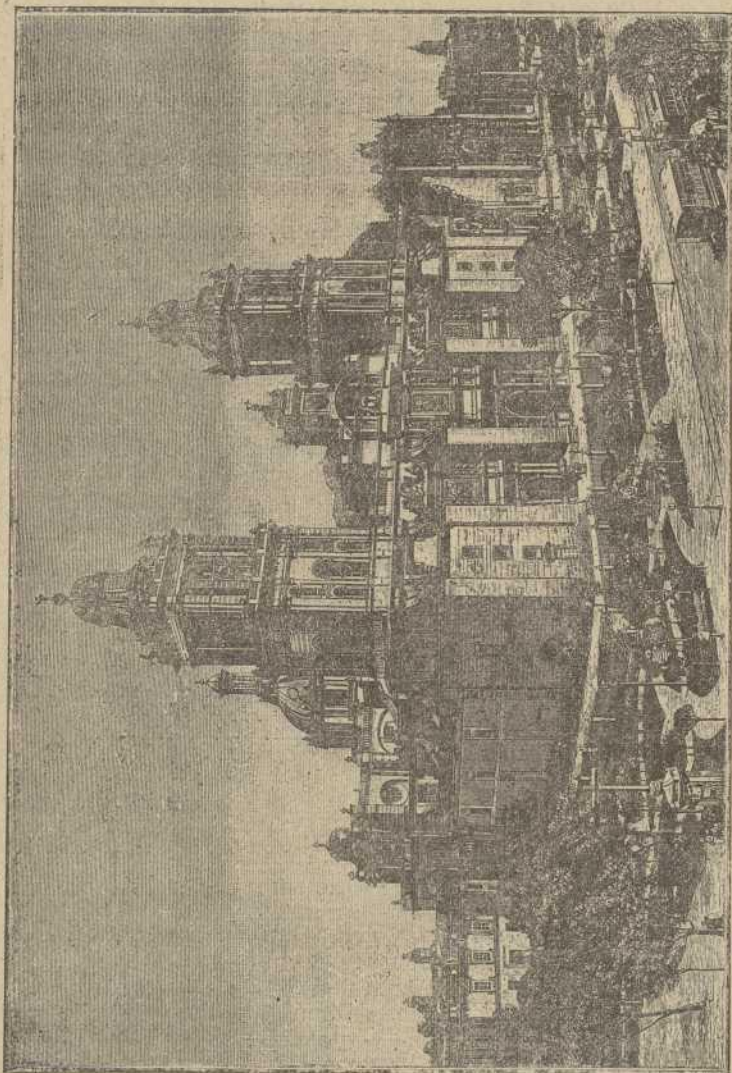
El Estado de Méjico ha perdido sus antiguas dimensiones, puesto que se han desmembrado de su territorio Hidalgo al Norte, y Morelos al Sur. A más de esto el «Distrito Federal» que rodea á la capital forma una circunscripción distinta dentro del Estado, y, del mismo modo que el distrito de Colombia en los Estados Unidos, está bajo la administración directa del Congreso. Aunque reducida á menos de la mitad de su antigua extensión, la provincia posee todavía un extenso territorio que geográficamente debería estar separado de ella y que son los distritos situados al Sur de la cadena nevada, en la vertiente que envía sus aguas al Pacífico por el río Mexcala. Casi todos los distritos montañosos están deshabitados, excepto en las regiones mineras, como los alrededores de Ixtlahuaca.

Con todo, la población es muy densa relativamente en este Estado, que hacia su extremo oriental forma, por decirlo así, el gran suburbio de Méjico. La capital, Toluca, no es una de las ciudades importantes de la república. Han retrasado su desarrollo su altitud de 2.580 metros, el riguroso clima consiguiente y la falta de comunicaciones fáciles con la vertiente opuesta de los montes; pero es encantadora, está bien construída y sus habitantes figuran entre los más industrioses de Méjico. Una situación análoga á la de Toluca ocupa la ciudad de Lerma, colocada 13 kilómetros al Este, á orillas de un lago que atraviesa el río naciente llamado también Lerma.

Alrededor del «valle», sembrado de cereales, se abre el anfiteatro de montañas que por el Sur domina el cono del Nevado de Toluca, de largos taludes, estriados ó matizados de nieve hacia la cúspide. La ciudad de Tenango, próxima á una bella cascada, defiende el collado que pasa por el Este de ese monte. Las ciudades principales de la vertiente opuesta son Tenancingo ó «Pequeña Tenango», Tejupilco y Tamascaltepec.

Méjico ó México, capital de la República, lleva todavía un nombre azteca, aunque interpretado diversamente por los etimólogos. En general suele derivársele de una de las denominaciones del dios de la guerra, Mexitli. Sin embargo, la ciudad fué conocida más comúnmente, aun durante los primeros años de la conquista española, con el nombre de Tenochtitlán ó

«Piedra del Nopal», y su blasón, que lo es al propio tiempo de la república mejicana, representa, en efecto, una piedra que sale de un lago y sustenta una higuera sobre la cual se ha



Catedral de Méjico. (Dibujo de Roux.)

posado un águila. La ciudad europea se ha elevado exactamente en el mismo sitio que la de Moctzuma. Cuando Hernán Cor-

tés puso sitio á Méjico, fué destruyendo las manzanas de casas, arrasando las construcciones y nivelando el suelo, á fin de impedir todo nuevo ataque del enemigo. Pero cuando reconstruyó la ciudad en 1522, siguió exactamente el plan primitivo, calle por calle y cuartel por cuartel, de modo que cada barrio español reproducía el *calpulli* correspondiente mejicano. El centro del antiguo Méjico vino á ser la Plaza Mayor, y en el punto donde se elevaba el templo más suntuoso, consagrado al dios de la guerra, erigióse la catedral. Tlatelolco, que había formado, por ser residencia de las familias comerciantes, una ciudad distinta de la guerrera Tenochtitlán, quedó anexionada igualmente al Méjico nuevo. Se encontraba en el sitio que ocupa en nuestros días el barrio del Norte.

Pero, aunque Méjico se ha reconstruido en el mismo sitio que Tenochtitlán y Tlatelolco, su aspecto ha cambiado completamente, hasta el punto de que sus antiguos habitantes no podrían reconocerla, porque entonces era una ciudad lacustre, enteramente rodeada de agua y unida á tierra firme por puentes y terraplenes, mientras que ahora los lagos se han recogido en estrechas depresiones, dejando en seco la ciudad, rodeada de una zona de praderas. Las calzadas construídas en pleno lago han venido á ser carreteras, y dentro de la población los canales cegados se han convertido en avenidas. Vista desde alto y de lejos, la capital mejicana presenta un aspecto magnífico. La blanca ciudad, coronada de torres y cúpulas, que se extiende por una dilatada llanura, rodeada de un círculo majestuoso de montes azulados y lejanos, guarda armonía perfecta con la naturaleza circundante. El viajero que la contempla se inclina á exagerar el papel histórico de una ciudad que ocupa situación tan grandiosa: «Nos quedamos suspensos de admiración—dice Bernal Díaz—; decíamos que la ciudad se asemejaba á las encantadas mansiones descritas en el libro de Amadís, y aun algunos de nuestros soldados preguntaban si no era un sueño aquella visión.»

La ciudad es de forma regularísima. Las calles demasiado estrechas en su mayoría, se cortan en ángulo recto, como las de Chicago y Filadelfia, y las plazas y los jardines interrumpen de trecho en trecho la uniformidad de las alineaciones. Las casas con azoteas y patios interiores, como las de las ciudades de Oriente, tienen gruesas paredes de una arenisca amarillenta ó de una lava roja llamada *tezontle*, y por lo común son de un solo piso á fin de que resistan las ligeras, pero frecuentes sacu-

didadas del suelo. En el centro de la ciudad se ve la Plaza Mayor, en donde se celebran las solemnidades, y á donde convergen el movimiento del trabajo y la expansión, según las horas. A un lado se eleva la catedral, que reemplaza á la iglesia edificada por Hernán Cortés en el sitio donde se erguía el *teocalí*, siempre ensangrentado, del dios de la guerra. Los pilares mismos del nuevo templo descansaban sobre los grandes ídolos, á fin de que los pisotease la columna por siempre indestructible de la religión cristiana. La iglesia actual, cuya construcción, hecha á expensas de Felipe II y sus sucesores, duró cerca de un siglo, es un monumento suntuoso, de maguífico aspecto, que tiene aneja otra iglesia, el Sagrario, con una fachada tan exuberantemente esculpida como la de un palacio indio. La segunda fachada de la plaza la ocupa el Palacio Nacional, construido, según se dice, sobre el sitio en que estaba el palacio de Moctezuma. Es un edificio vastísimo, de más de 200 metros de fachada, y que contiene el Senado, las oficinas del Gobierno y los ministerios, la administración de correos, el museo y la biblioteca. Los otros dos lados de la plaza están guarnecidos principalmente de casas con soportales, por donde van y vienen de continuo los transeuntes seguidos por los mercaderes ambulantes. En medio de la plaza se encuentra el hermoso paseo del Zócalo, adornado de eucaliptos, flores, fuentes y estatuas.

El museo de Méjico contiene preciosas colecciones de historia natural, donde se ve lo que los conquistadores creían «huesos de gigantes», es decir, los restos fósiles de grandes animales de la fauna cuaternaria. Pero aún es mucho más interesante la colección arqueológica que encierra las antigüedades salvadas del furor fanático de los primeros conquistadores y de las manos de los coleccionistas extranjeros. Allí está el precioso «calendario mejicano», donde aparece grabada la división del tiempo que tan ingeniosamente habían establecido los aztecas. Es una piedra enorme de 21 toneladas, que los escultores debieron hacer arrastrar desde muy lejos, porque rocas de semejante naturaleza no se encuentran en las montañas próximas á la capital mejicana. La «Piedra de Tizoc», que representa la procesión de los pueblos vencidos por dicho personaje, y que durante mucho tiempo se creyó que era la «piedra de los sacrificios» del gran templo, es también uno de los tesoros del museo, donde se ve además la horrible estatua de Huitzilipochtli, el «dios de la guerra», el escudo de Moctezuma, pinturas jeroglí-

ficas, los ídolos de varias divinidades no identificadas aún completamente por los sabios, y una imagen tallada de la cruz, símbolo religioso demasiado sencillo para que no se encuentre en todos los pueblos. El museo nacional se enriquece anualmente, y las excavaciones metódicas del suelo, sobre todo en los sedimentos de los lagos, no dejarán de revelar multitud de riquezas, pues cuando el sitio de Méjico por los españoles casi todos los objetos preciosos de los templos, de los palacios y de la ciudad fueron arrojados á las aguas de las lagunas. En proporción al material científico crece también el interés por el estudio. Méjico tiene grandes establecimientos universitarios, especialmente una escuela de medicina, que ocupa el palacio de la Inquisición, y una escuela preparatoria instalada en el antiguo convento de los jesuitas. En un colegio de los indios se estudia la literatura azteca; varias sociedades científicas y literarias publican colecciones útiles; la biblioteca principal cuenta más de 150 000 volúmenes, y el museo de pinturas es uno de los más ricos del Nuevo Mundo. Desde el punto de vista de la actividad científica, la ciudad americana puede compararse con Madrid, su antigua metrópoli. Una de sus bibliotecas privadas tiene pocas iguales.

La población de Méjico, que consta de más de 400.000 habitantes, se ha quintuplicado desde principios del siglo XIX, pero sin embargo, la capital de Anahuac se ha dejado adelantar por muchas ciudades más jóvenes. Hace algunos años era ella la más poblada del Nuevo Mundo, y ahora la aventajan, no sólo Nueva York y otras ciudades de los Estados Unidos, sino también algunas rivales de la América latina.

El foco de la civilización, «desolado por la fuerza de las cosas y por la configuración misma del globo», no se dirige hacia Méjico, «punto indicado, según algunos autores, como verdadero centro de la humanidad». No obstante, Méjico, situado en el «puente del mundo» entre los dos Océanos, es positivamente uno de los nudos vitales del planeta, y de seguro ha de crecer su importancia histórica. Verdad es que ha perdido el tráfico de Filipinas á España concedido en otro tiempo por el monopolio colonial, pero en cambio ha aumentado notablemente el comercio interior. Ya Bernal Díaz decía que ninguna ciudad de Europa tenía un mercado comparable al de Tenochtitlán: por lo menos, ninguna tiene un mercado semejante de frutas, donde se encuentran en abundancia las producciones de todas las zonas, las cerezas al lado de las ananas, las peras al

lado de los plátanos. Uno de los espectáculos más interesantes de Méjico es el que todas las mañanas ofrecen en el canal de la Viga las flotillas de barcas, cargadas de flores, frutas y legumbres. El gran comercio de importación está casi totalmente en manos de negociantes extranjeros, alemanes, ingleses, americanos y franceses. Los inmigrantes de los Alpes delfineses y provenzales, designados comúnmente con el nombre de «Barcelonnetes», porque en su mayoría son originarios de esa ciudad y de los valles del contorno, desprovistos de todo recurso en invierno, se han apoderado en Méjico de una buena parte del comercio de telas. Casi todos los extranjeros laboriosos han adquirido riqueza ó bienestar; pero en los arrabales pulula la población indígena de mendigos, *leperos* ó *pelados*.

Méjico es una ciudad insalubre, á pesar de la pureza del aire que baja de los montes nevados. En ciertos años la mortalidad ha sido cuádruple que el número de nacimientos. Es por término medio de 32 á 33 por 1.000, es decir, muy superior á la de Londres, París y la mayoría de las restantes ciudades de la Europa occidental. Esta crecida proporción de defunciones sólo debe atribuirse, en parte, á la dificultad de aclimación en aquellas altitudes, pues dimana principalmente de la impureza del suelo y de las aguas. Como Méjico reposa en una tierra que no levanta más que algunos decímetros sobre el lago de Texcoco, y tiene por subsuelo capas de arcilla impermeable, las menores excavaciones se llenan de un agua salina, saturada de substancias orgánicas. La elevación gradual del nivel del Texcoco amenaza invadir la ciudad, que se ha visto inundada más de una vez. A cada aguacero las calles se llenan de lodo, y cuando las lluvias duran mucho tiempo se transforman en cenagales. La vía pública no está bien cuidada y las alcantarillas, llenas de un agua casi estancada, no pueden menos de contribuir á la putrefacción del suelo. Además, si en Méjico abunda el agua corrompida, el agua pura que le llevan los acueductos es muy insuficiente. Sería peligroso canalizar el subsuelo, porque, desahogándole del exceso de líquido que da consistencia á los terrenos pantanosos de la ciudad, los edificios están expuestos á perder su aplomo, y la menor sacudida del suelo puede derribarlos. Ya con la desecación gradual de las tierras se ha agrietado la mayoría de las grandes construcciones, y otras se han hundido varios pies en el suelo.

Se deplora, que Hernán Cortes, para afirmar bien su triunfo, quisiese construir la ciudad nueva exactamente sobre la

antigua, y cimentar sus iglesias sobre los templos de los ídolos, en vez de construir el segundo Méjico sobre los terrenos más elevados que se extienden al Oeste hacia las montañas. En esa dirección se prolongan los barrios suntuosos, y pueblos como Casablanca y Tucubaya, donde se encuentra el observatorio nacional, se transforman gradualmente en ciudades y se unen con la capital vecina por paseos orlados de construcciones. Méjico avanza de continuo al Oeste, caminando hacia un suelo menos impuro. El movimiento de transeuntes por las calles es verdaderamente enorme, y puede compararse con el de las ciudades más activas del mundo. La ciudad tiene paseos muy hermosos, el llamado simplemente Paseo, y la Alameda, donde una fuente indica el lugar del antiguo *quemadero* de las víctimas de la Inquisición, especialmente de los marineros «herejes» capturados por los guardacostas españoles.

El ensanche de Méjico se verifica sobre todo por ambos lados del camino de Tacuba, que substituye á la calzada antigua por donde los españoles hicieron su desastrosa retirada durante la «noche triste». Cerca de la aldea de Popotla se ve aún el viejo ciprés bajo el cual permaneció Hernán Cortés esperando en vano á más de 400 de sus compañeros, cuyos cadáveres estaban hacinados en medio de las ensagrentadas brechas de la calzada. Entonces derramó lágrimas, según se dice, flaqueando por primera vez su fortaleza. Alrededor de ese árbol histórico se extienden grandes huertas, y más lejos aparecen las casas de Tacuba, que fué antiguamente una de las tres ciudades de la confederación nahua, bajo el nombre de Tlacopam, y que será un barrio de la ciudad creciente. Más al Norte, en la carretera que lleva al desagüe de Huehuetoca, está el pueblo de Cuautitlán, la «villa de las Águilas», cuyo nombre usan proverbialmente con desdén los habitantes de Méjico, orgullosos de vivir en la capital: «¡Fuera de Méjico, no hay más que cuautitlanes!»

Una soberbia calle de eucaliptos conduce desde Méjico al cerro porfirico de Chapultepec ó «Monte de la Cigarra». Está guarnecida de estatuas, una de ellas erigida á Guatimozín, heroico en la defensa del país, y sublime en su martirio. Sobre el peñón de Chapultepec se elevó en otro tiempo el palacio de Moctezuma, reemplazado ahora por otro de enormes dimensiones. Lo construyó en el siglo xvii el virrey Gálvez con el intento de convertirlo en una ciudadela, al decir

de sus súbditos mejicanos, y proclamar allí su independencia como emperador de Méjico. Ese palacio, parte del cual ha venido á ser la escuela militar, domina desde sus explanadas el panorama más hermoso de Méjico, sus lagos, sus montes. Los paseos que lo rodean son también los más umbríos de todo el valle. Allí se encuentran los gigantescos «cipreces» ó *ahuehuetes*, es decir, los «viejos de las aguas», que existían ya antes de la llegada de Hernán Cortés. Algunos de estos gigantes del mundo vegetal, con las largas ramas cubiertas de «barbas españolas», tienen 15 metros de circunferencia y 50 de altura. El tiempo ha borrado las imágenes grabadas antiguamente en las paredes del peñón de Chapultepec. Un poco al Sur, en Churubusco, fué donde los yanquis ganaron en 1847 la victoria que les entregó la capital. Después de esta acción no tuvieron más que arrollar á los alumnos de la escuela militar en Molino del Rey, es decir, al pie mismo del peñón de Chapultepec, para entrar en Méjico, y al año siguiente se firmó el tratado de paz de Guadalupe-Hidalgo, por cuya virtud quedaba anexionada á los Estados Unidos la mitad del territorio nacional. El acueducto que alimentan los diversos manantiales de las montañas situadas al Sudeste de Méjico lleva su corriente á los jardines de Chapultepec y al barrio aristocrático de Tacubaya, en azteca la «Cuenca de las Aguas», cuyas quintas se encuentran diseminadas al Sur del monte de la Cigarra. Tacubaya es un centro de excursiones hacia Santa Angel, risueñas aldeas cobijadas en los valles del Ajusco, y hacia el pedregal ó campo de lavas procedentes de dicho volcán cubiertas ahora de cactus y matorrales. Tlalpam, ciudad famosa por su peregrinación y por las fiestas de San Antonio de las Cuevas, se oculta en una garganta entre dos promontorios de escorias. Es el desfiladero por donde penetraron en el «valle» de Méjico los yanquis.

En otra eminencia de peñascos, situada al Nordeste de capital, el Tepeyacac de los aztecas ó Frontón de Montañas, de donde surge un manantial ferruginoso, se alza la iglesia de Guadalupe, una de las más ricas del mundo en otro tiempo, pero despojada ahora de sus tesoros en beneficio del presupuesto nacional. La virgen de Guadalupe es patrona de los indios, al paso que Nuestra Señora de los Remedios era en otra época la de los españoles. En los tiempos del régimen antiguo reinaba una lucha incesante entre los fieles de los santuarios colocados bajo las diversas advocaciones, pero la

guerra de la Independencia há consagrado definitivamente el triunfo de Guadalupe, y el pueblo sobre el cual descuella el lugar de peregrinación se conoce con el nombre de Guadalupe-Hidalgo, uniéndose la religión y el patriotismo en un mismo culto. Al E te de Méjico, en la orilla occidental del lago de Texcoco no hay ya pueblos, sino apenas algunas casas aisladas en la gran llanura pantanosa y desnuda. Sólo un cerro volcánico se yergue sobre las tierras salinas, cubiertas de inmundicias por los sedimentos de las alcantarillas. Es el Peñón de los Baños, de cuya falda sale, en efecto, un manantial ferruginoso, y donde algunos geólogos han encontrado restos humanos fósiles. El islote del peñón era un parque poblado de caza en tiempo de Moctezuma. El canal de la Viga, cuyas aguas penetran en Méjico por el extremo Sudeste de la ciudad, procede del lago de Xochimilco ó del «Jardín de las Flores», una de las cuencas meridionales del «valle». Este canal atraviesa una región baja cultivada por hortelanos indios, y á sus huertas es á las que se da comúnmente el nombre de *chinampas*, como á las islas flotantes de los aztecas, ancladas á centenares antiguamente en las aguas del lago Texcoco. El lago del Chalco, ó la Esmeralda, continuación del de Xochimilco por el Este, y en cuyo centro se eleva un mogote con un cráter perfectamente regular, es la cuenca donde las huertas sostenidas en pleno pantano por lechos de plantas acuáticas y de tierras, tienen más analogía con las *chinampas*; pero estos parterres, cortados por zanjas ó *acalotes*, no descansan en balsas móviles. Prensados gradualmente, acaban por acrecentar la tierra firme á expensas de la superficie lacustre. Cerca del sitio en que el canal de la Viga sale del lago de Xochimilco, se encuentra Ixtapalapa ó «Ciudad Blanca», gran ciudad mejicana en otro tiempo, de quince mil casas, según Cortés, y dominada por el cerro de la Estrella, famoso en la historia religiosa de Méjico. Allí era donde se reunían los sacerdotes al fin de cada ciclo de cincuenta y dos años para reanudar el curso de los tiempos inaugurando un nuevo ciclo. Necesitaban encender el fuego sagrado, según el uso primitivo, mediante la frotación de dos maderos santos, que no tenían virtud sino empapados en el pecho abierto de un joven sacrificado á los dioses.

Enfrente de la capital, á la otra parte del lago, y á una distancia de 27 kilómetros en línea recta, aparece una ciudad humilde que precedió á Méjico y fué durante mucho tiempo su rival. Es la ciudad de Texcoco, la antigua residencia de los

jefes toltecas y la «Atenas» del Anahuac. El idioma que allí se hablaba era el nahuatl más puro y dulce. Algunas ruinas de pirámides y muros que se elevan oblicuamente en las pendientes de la montaña inmediata, son los únicos restos de la época anterior á la conquista. Texcoco tiene sobre Méjico la ventaja de estar construído en lugar salubre, fuera del alcance de las inundaciones. El Puerto de los Bergantines, es decir, el sitio en que Hernán Cortés construyó una fl. otilla para llegar á Méjico, está ahora á 2 kilómetros de la playa. Al Norte de esa ciudad existe otra más antigua aún: Otumba, antiguamente Otompan, que fué, según se dice, la capital de los indígenas otomíes antes de la llegada de los toltecas á la meseta de Anahuac. En los campos de Otumba fué donde Hernán Cortés reparó con una victoria decisiva el desastre de la «Noche triste». Otumba y sus vecinas orientales Inolo y Apam, situadas en medio de los campos de maguey más productivos de la república, son puntos estratégicos importantes como defensas del paso de las llanuras al Norte de la cadena nevada del Ixtaccihuatl. La mayoría de las emigraciones de los pueblos, conquistadores ó vencidos, han debido verificarse por ese paso, y han surgido conflictos frecuentes por la posesión de la brecha. Pero el audaz Cortés se atrevió á evitar este peligroso rodeo, atravesando directamente la gran cadena nevada, por el collado de Aqualco, entre el Ixtaccihuatl y el Popocatepetl. Tambiéa pueden encontrarse senderos accesibles rodeando las laderas meridionales de esa montaña por Amecameca, pueblo que se extiende en torno de un antiguo cono de erupción poblado de robles, el Sacro Monte. Es el punto de partida de los que escalan el Popocatepetl y de los *neveros* ó portadores de nieve.

No lejos de la brecha de Apam, entre Texcoco y Otumba, subsisten aún dos templos, erigidos, según se cree, por los totomacas. Son las dos pirámides de Teotihuacán (Teutlhuacán) ó «Mansión de los Dioses»; la «casa del Sol», y la «casa de la Luna». Esas pirámides, reducidas á montículos y cubiertas de pitas y árboles espinosos, son difíciles de reconocer como construcciones humanas y apenas se distinguen muy confusamente los repliegues del terreno que indican las antiguas gradas. Las excavaciones, sin embargo, demuestran que estos montículos son debidos realmente al trabajo del hombre. La primera pirámide, la del Sur, es la más ancha y elevada. Tiene 208 metros de lado y 55 de altura, mientras que la otra, la de la Luna, es mucho más estrecha y 11 metros más baja. Las caras

de esos edificios están orientadas, pero no con precisión matemática. Al Sur se ven diseminados en el llano otros sepulcros, lo bastante numerosos en ciertos sitios para formar calles, entre otras el «camino de los Muertos», llamado así, bien porque las eminencias de la llanura son realmente tumbas antiguas, bien porque ese camino era el que seguían en otro tiempo las víctimas humanas, cuando iban en procesión hacia los mataderos sagrados.

Al Este de Apam la meseta extiende sus ondulaciones al pie meridional de una cadena que habita una población de mineros totomacas, agrupados principalmente alrededor de las ciudades de Zacatlán y Tetela del Oro. Sobre esta meseta se eleva la ciudad de Tlaxco, y más al Sur, en un valle estrecho, se presenta Tlaxcala, que fué la capital de la valiente república coligada con Hernán Cortés contra Moctezuma. En nuestros días es la capital de un pequeño Estado que ocupa próximamente el mismo territorio, dominado al Este por el volcán de Malinche. Pero la «ciudad del Pan», que esto significa su nombre, no es ya una gran población que pueda oponer 100.000 guerreros á ejércitos invasores. Huexotzingo, ciudad de fundación olmeca, cuyo nombre se repite siempre en los relatos de los conquistadores y servía para designar antiguamente el Popocatepetl, que se yergue al Sudeste, ha perdido también su rango entre las ciudades mejicanas. La ciudad del país que ha adquirido mayor importancia, fué construída por los españoles en un campo donde no había siquiera una aldea India. Es Puebla de los Angeles, cuyas primeras casas se edificaron en 1530 para servir de residencia á los blancos poco acomodados que no tenían funciones retribuídas ni encomiendas. En 1654 fueron á establecerse á Puebla millares de habitantes de Méjico, huyendo de la inundación. Esta ciudad, capital de uno de los Estados populares de la meseta y de las primeras vertientes del Golfo y del Pacífico, se llama también á veces la «segunda capital de la república». Bajo el reinado efímero de Maximiliano, se trató de trasladar allí la residencia, en atención á la mayor salubridad del suelo y del clima. Se encuentra á 2.170 metros de altitud, es decir, un poco menos alta que Méjico, pero en una llanura inclinada, cuyos rápidos riachuelos descienden al Oeste para unirse al río Atoyac, brazo principal del Mexcala, que serpentea hacia el Pacífico. El derretimiento de las nieves alimenta todas esas corrientes, y los campos regados dan abundantes cosechas.

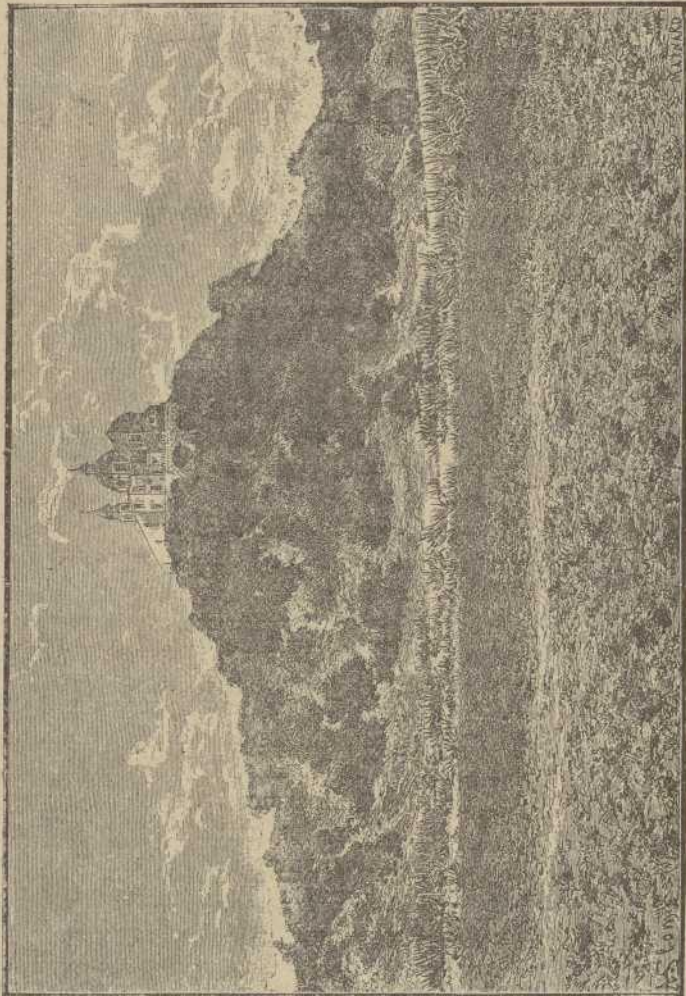
Puebla, sobre cuyos edificios descuellan las dos torres cuadradas de su suntuosa catedral y los campanarios de más de cincuenta iglesias, alberga una población fanática, muy hostil á los extranjeros, y más de un viajero tuvo que pedir, en otro tiempo, protección á la tropa para que no lo apedreasen como «inglés», «judío» ó «herético». La ciudad cuenta como industrias especiales la fabricación de los *rebozos*, el hilado del algodón y diversos oficios menudos, destinados principalmente á adornar las iglesias, como el modelado de figuritas de cera y de alabastro, la escultura de vasos, de columnillas y objetos de ónice. Puebla, situada como á la mitad del camino que lleva de Méjico al borde de la meseta, fué en otros días el punto de tránsito de casi todo el comercio que se hacía con Veracruz y el extranjero; pero ahora se encuentra fuera de la gran vía comercial, es decir, del ferrocarril de Veracruz, y no está unida á la red general más que por ramales construídos al Este y al Oeste del volcán de Malinche. A lo que debe su prosperidad es á la gran riqueza agrícola del país. En sus alrededores brotan en abundancia aguas termales sulfurosas, sometidas probablemente al influjo de los focos volcánicos del Popocatepetl.

Los dos escarpados cerros que se elevan al Nordeste y al Norte de Puebla, el cerro de Guadalupe y el de Loreto, recuerdan las dos acciones de guerra más importantes de la historia moderna de la nación. Durante la guerra emprendida contra Méjico por Napoleón III para el restablecimiento de la monarquía, el general francés Lorencez acababa de forzar el paso de los collados, y ya al borde de la meseta, á la cabeza de sus seis mil soldados, enviaba un despacho para anunciar que era «dueño de Méjico», cuando delante de Puebla encontró el camino obstruído por los doce mil hombres del general mejicano Zaragoza, que ocupaban la ciudad y los dos conventos fortificados de las colinas. El asalto intentado el 5 de Mayo de 1862, no tuvo éxito, y el ejército francés hubo de retroceder hacia las pendientes inferiores de la meseta. Al año siguiente volvían á presentarse delante de Puebla unos veinte mil hombres, y empezaban el sitio regular. Se prolongó sesenta y dos días, durante los cuales la guarnición mejicana se defendió barrio por barrio, manzana por manzana y no cedió sino después de haber agotado las municiones y los víveres, consiguiendo dispersarse para unirse á los cuerpos que tenían en campaña. Se ha comparado el sitio de Puebla al de Zaragoza, pero con escasa razón, porque el vecindario no tomó ninguna parte en la defensa como

en la capital aragonesa. El 5 de Mayo, aniversario del primer asalto de Puebla, es hoy una fiesta mejicana.

Aunque ya muy grande, la ciudad de Puebla no iguala á la que se elevaba antiguamente en las cercanías con el nombre de Cholula. Esta ciudad santa de los olmecas, después de los aztecas, y en otro tiempo la ciudad industrial más activa del Anahuac por sus tejidos y alfarería, la fundadora de colonias que envió sus emigrantes al Sur hasta Nicaragua, no es hoy más que una aldea silenciosa, situada á 13 kilómetros de Puebla por ferrocarril, al otro lado del profundo valle que recorre el Atoyac. En otro tiempo—según Hernán Cortés—tenía veinte mil casas en el casco y otras tantas en los arrabales y desde lo alto de uno de los templos se contemplaban más de cuatrocientas torres, pertenecientes todas á otros tantos santuarios. De esos cuatrocientos templos no quedan más que un corto número de montículos, montones de ruinas cubiertos de vegetación; pero uno de ellos, al Sudeste de la ciudad, es un verdadero cerro de ladrillos y decapies de arcilla, como lo han demostrado las excavaciones y trincheras que se hicieron para construir la carretera y el ferrocarril. Según la leyenda, erigióse este túmulo por orden de un gigante, en honor del dios Tlaloc, que lo había salvado de un diluvio, y todos los ladrillos indispensables para la construcción pasaron de mano en mano por una fila de obreros alineados desde las laderas del Popocatepetl hasta Cholula. Probablemente fué una pirámide de escalones, sobre la cual se elevaba antiguamente un *teocalí* ó templo consagrado á Quetzalcoatl, el dios del aire, «que hace llover nueve veces». Se han desplomado las gradas y redondeado las aristas; los cultivos invaden gradualmente el pie de la colina artificial, pero se ha reconocido que ofrecía cuatro rellanos sucesivos de forma cuadrada, bien orientados hacia los puntos cardinales. Su altura actual, muy disminuida, según lo demuestra el perfil mismo del montículo, es de 54 metros sobre la llanura, y su enorme base ocupa una superficie de 18 hectáreas, ó sea cerca de cuatro veces más que la pirámide de Cheops. Entre los monumentos aislados, no hay ninguna otra construcción humana que cubra semejante extensión. La plataforma superior, donde se alza la capilla de los Remedios en substitución del teocalí de Quetzalcoatl, abraza una superficie de 4.200 metros cuadrados, siendo una explanada maravillosa de la cual se disfruta de un magnífico panorama que abarca desde el pueblo y los cultivos de Cholula hasta las brillantes cúpulas de Puebla, y desde los

bosques de la Malinche hasta las nieves del Popocatepetl.
 Antes de la construcción del ferrocarril de Veracruz, Puebla
 tenía un puesto avanzado en el camino del Atlántico: Amozoc,



Pirámide artificial de Cholula. (Dibujo de Roux.)

ciudad de herreros, donde se bifurcan las carreteras del litoral por Jalapa y Orizaba. Tepeaca, situada un poco más lejos, cerca de las rampas exteriores de la meseta, tenía también gran importancia estratégica como ciudadela avanzada de las tierras altas, y el mismo Cortés había escogido esta ciudad para

hacer de ella una plaza de guerra y una colonia española con el nombre de Segura de la Frontera. Después de Veracruz, Tepeaca fué la primera ciudad que fundaron en Méjico los conquistadores. Esta región angular de la meseta ha padecido en su comercio desde que la línea principal de los ferrocarriles mejicanos pasa al Norte por Huamantla y por San Andrés de Chalchicomula, estación dominada por el cono del Orizaba, casi enteramente desnudo de bosques en esta vertiente. Cerca de Chalchicomula y á la orilla misma de las tierras altas, se encuentra la estación de Esperanza, á mitad de camino entre Veracruz y Méjico.

A pesar de hallarse en una parte de la meseta cuyas aguas se dirigen hacia el Pacífico, Puebla y Cholula no están unidas por ferrocarril á dicho Océano; pero los carriles descienden ya á las tierras templadas de la vertiente, á Matamoros de Izúcar, por Atlixco, donde se ve un *ahuehueté* de 22 metros de circunferencia. Hacia el ángulo Sudeste del Estado desciende de la meseta otra línea á la ciudad de Tehuacán ó Teotihuacán, la «Ciudad de los Dioses», cuyos suntuosos templos comparaban los españoles á los palacios de Granada. Hállase la ciudad á 1.620 metros de altitud en un valle resguardado de los vientos húmedos del golfo por las cumbres de Aculeingo, y donde, por consiguiente, no llueve «nunca». Sin embargo, es muy fértil, gracias al riego, y famosa por la abundancia y excelencia de sus frutos, especialmente de sus granadas. Se atribuye gran eficacia á su manantial mineral. Tehuacán de las Granadas es ya un territorio mixteca, y por allí pasa la vía de comunicación más fácil entre la ciudad de la meseta y el golfo de Tehuantepec.

XVII

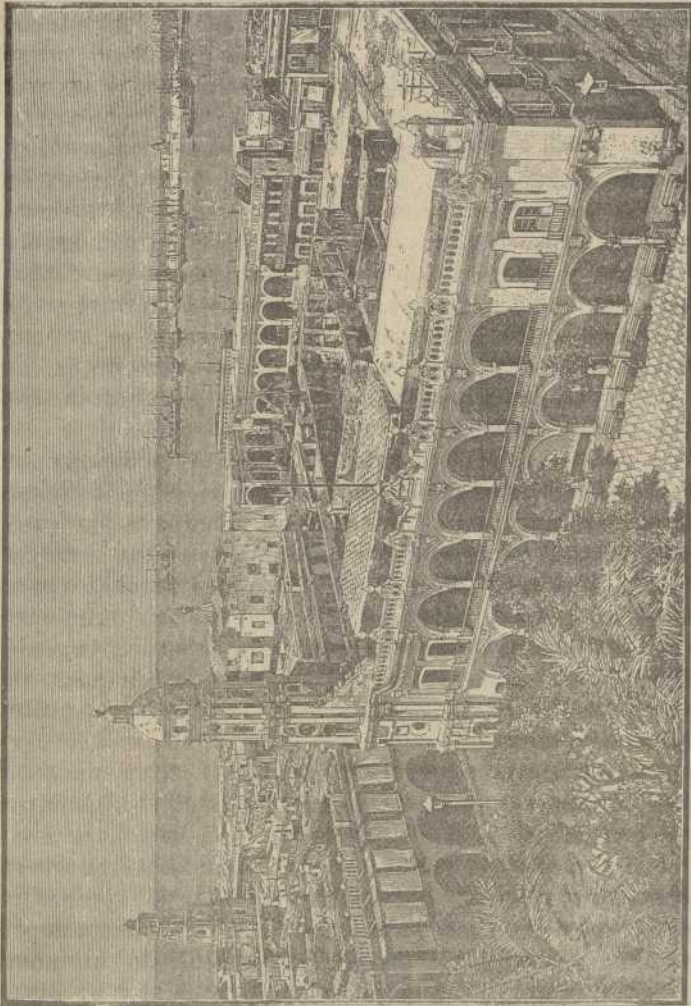
Veracruz

El Estado de Veracruz, llamado oficialmente Vera-Cruz-Llave, en recuerdo de uno de los generales que se hicieron ilustres en el sitio de Puebla, ocupa á lo largo del golfo toda la región de las tierras calientes y parte de las templadas, desde el Pánuco hasta el Tonalá, más allá del Coatzacoalcos. El desarrollo de esta zona de costa, de Noroeste á Sudeste, alcanza 600 kilómetros. A pesar de la maravillosa fecundidad de sus

distritos de montañas, situados en medio de las pendientes y bien expuestos á las nieblas y á las lluvias, Veracruz no es uno de los Estados populosos de la república, y aún tiene extensiones desiertas, de arenas, cenagales ó bosques. La capital de Estado ha variado frecuentemente. La ciudad que da su nombre á la provincia fué durante mucho tiempo el asiento del gobierno. Orizaba ocupó también el rango de capital, que ahora pertenece á Jalapa, situada asimismo en la zona templada á mitad de las vertientes.

Jalapa, que quiere decir en huasteca el «Suelo barrancoso», tiene, en efecto, esparcidas sus casas bajas y anchas en la falda del volcán apagado de Macuiltepec ó de los «Cinco Montes», que se eleva 120 metros más arriba, cortado por barrancos profundos. Antiguamente estaba construida á orillas de una meseta surcada de barrancos; pero, según la tradición, los habitantes de la primera Jalapa perdieron tan gran número de los suyos en 1537, durante una epidemia de «matlazacoal», que abandonaron en masa el lugar funesto, y se establecieron á poca distancia en el risueño declive que se elevaba enfrente, al otro lado de una garganta. La ciudad nueva, cuyas calles regulares serpentean en medio de jardines, es uno de los sitios más sanos de Méjico. Desde sus magníficas avenidas se presenta un paisaje grandioso. A una parte, los bosques espesos de los montes dominados por las cimas de la alta cordillera, desde el pico de Orizaba al Cofre de Perote; á la otra parte, las praderas y huertas, y el valle tortuoso del río San Juan, orlado de fábricas y de molinos; y hacia el lejano Oriente, la hilera de las dunas que costean el mar sin límites. Aunque pequeña, Jalapa es una de las ciudades mejicanas que han tenido más importancia histórica, siendo una de las etapas obligadas para los ejércitos de invasión y para el transporte de géneros y mercancías. Antiguamente, cuando Cádiz tenía el monopolio comercial, y el movimiento de transacciones con Europa se verificaba por medio de una flota expedida cada cuatro años, en Jalapa era donde se celebraba el mercado para la distribución de las importaciones y la compra de los tesoros de Méjico. Las poblaciones de los alrededores afluan en masa en busca de los mercaderes. Allí se encontraba, después de Veracruz, el punto de unión de la Nueva España con la antigua y se le daba el nombre de Jalapa de la Feria. La ciudad ha perdido esta importancia comercial, pero sigue siendo un lugar de refugio, de curación ó de convalecencia para los habi-

tantes del litoral. Jamás se presentó en Jalapa la fiebre amarilla. Como sanatorio, no sólo cuenta con la salubridad de su clima, sino que posee también en los alrededores multitud



Vista de Veracruz. (Dibujo de Roux.)

de manantiales minerales muy eficaces, calientes y fríos, salinos y sulfurosos. Jalapa tiene un observatorio y un instituto cartográfico. Los jalapeños pasan por los más pacíficos de los mejicanos, y nunca han tomado parte en las guerras intestinas

para la conquista del Poder. Las mujeres de Jalapa se consideran también las más bellas y graciosas de Méjico, donde tantas otras ciudades pueden enorgullecerse con la belleza de sus hijas.

Las numerosas producciones de los campos que rodean á Jalapa, la «Ciudad de las Flores», frutas, granos y legumbres, apenas bastan para el consumo local, y la ciudad no envía fuera más que sus plantas medicinales, principalmente la raíz del alcohol *ipomea purga*, que lleva el nombre de la población. La jalapa la llevan los indios de las localidades del contorno, y sobre todo de Chiron-Quiaco, pueblo situado 32 kilómetros al Norte de Jalapa. Los productos de esa procedencia son los más apreciados. Algunos comerciantes monopolizan la compra de este artículo, que pagan á bajo precio á los infelices indígenas, víctimas de anticipos usurarios. Se exportan anualmente unos 150.000 kilogramos de jalapa; pero es de temer que se extirpe pronto la planta, porque no la hay más que silvestre, y los indios que la recogen arrancan todo lo que encuentran, sin ocuparse de hacer nuevas siembras.

Jalapa está unida á la red de los ferrocarriles mejicanos por un ramal que rodea al Norte el Cofre de Perote, y que atraviesa la pequeña ciudad del mismo nombre, dominada por una soberbia acrópolis, de aspecto inexpugnable, que los virreyes españoles mandaron construir con grandísimos dispendios para defender el camino de Veracruz á Méjico. Su sostenimiento costaba al erario público anualmente más de un millón de pesos. Pero ha sido fácil rodear ese obstáculo, y la ciudadela de Perote, privada de su importancia estratégica, sólo se utiliza como prisión de Estado.

En las alturas se ven quintas diseminadas, pertenecientes á comerciantes de Veracruz. Coatepec, ciudad situada 15 kilómetros al Sur de Jalapa, en medio de huertas y plantaciones, es también un lugar de recreo concurrido. En cuanto á los pueblecillos escalonados más abajo, en las pendientes hacia Veracruz, se encuentran ya en la zona peligrosa anualmente castigada por la fiebre amarilla. Varias de estas localidades tienen un nombre en la historia, merced á los conflictos empeñados en dicha parte por la posesión de los caminos que llevan á la subida de la meseta. Allí está el Cerro Gordo, cuyo paso forzaron las tropas americanas en 1847; más abajo viene el Puente Nacional, antiguamente Puente del Rey, construcción monumental que atraviesa una profunda barranca por donde corre el río

Antigua; luego viene el Paso de las Ovejas, cerca del cual se han encontrado los restos de una ciudad india muy importante, de la cual hasta el nombre ha desaparecido.

Al Sur de Jalapa y de Coatepec existen varias ciudades que, á media altura de los escarpados de la meseta, ocupan sitios análogos al de la «Ciudad de las Flores». Los caminos sinuosos que rodean las montañas, á alturas de 800 á 1.200 metros, apenas tienen rivales en el mundo en cuanto á la belleza de los horizontes y á la infinita variedad de los paisajes. Al salir de las verdes galerías que forman las ramas entrelazadas de los pinos ú otros árboles, se ve aparecer el nevado Orizaba, los altos montes en sus contrafuertes, sus explanadas, sus corrientes de lava vestidas de bosque, los campos bajos desvanecidos entre vapores y la curva regular del Océano azul. Surcan las laderas de las montañas desde la cima á la base, barrancos de centenares de metros de profundidad; pero estas gargantas, por donde descienden los senderos como al fondo de un pozo, ocultan sus paredes y sus derrumbamientos bajo espesuras en que se mezclan las plantas de los trópicos con otras de las zonas templadas. A orillas del riachuelo que corre por el fondo del barranco se camina como dentro de una inmensa estufa entre los helechos arborescentes.

Huatusco es una de las ciudades de esta región maravillosa, pero de acceso difícil. En ninguna parte de Méjico se da mejor la caña de azúcar, y el árbol del café cuyas bayas no llegan á perfecta sazón en las plantaciones de Jalapa, prospera de un modo asombroso en Huatusco. Más al Sur se atraviesa Coscomatepec, dominado por la masa imponente del Orizaba, y se baja á Córdoba, ciudad situada á 890 metros en la carretera y el ferrocarril de Veracruz á Méjico. Córdoba es una ciudad histórica. Allí se firmó en 1821 el tratado que reconocía la independencia de Méjico y la igualdad civil entre españoles, criollos, mestizos é indios. Como centro de cafetales y otros plantíos agrícolas, tiene las mismas ventajas que Jalapa, pero su clima es más húmedo, y las fiebres son allí endémicas. Orizaba, que se encuentra 26 kilómetros más adentro en el corazón de la montaña, al pie del Borrego, recibe también las lluvias durante un período más largo que Jalapa, y la humedad que se evapora del suelo es más insalubre.

Orizaba, la antigua Ahuiltzapán ó «Agua Alegre», se halla á 1.240 metros de altitud, en una explanada abundante en aguas sanas, que riegan excelentes plantaciones. Varias de sus

corrientes, una de las cuales desaparece en un peñascal para surgir 4 kilómetros más abajo, se utilizan también como fuerza motriz en importantes hilanderías de tejidos y otras fábricas. Orizaba es la estación más activa de la vía férrea entre Méjico y el mar.

Casi todo el comercio marítimo del Estado y casi exactamente la mitad de todos los cambios de la república se concentran en el puerto de Veracruz. Pueblo Viejo, que da frente á Tampico de Tamaulipas, no es más que una especie de barrio desprendido de la ciudad situada en la orilla opuesta. Tuxpán, enclavado más al Sur, y en comunicación con el mar por la difícil barra de Cabellos Blancos, que no atraviesan más que las embarcaciones de poco calado, hace escaso comercio. En toda la parte del litoral que sigue al Sur hasta Veracruz, á 220 kilómetros de distancia, los barcos no encuentran ningún abrigo. La costa está guarnecida por doquiera de arenas y rompientes y el antiguo puerto de Nautla, que en otros días dió su nombre á toda la costa, se halla obstruido.

Tuxpán tiene algunos restos arqueológicos, especialmente las ruinas de un *teocalí*. La ciudad de Papantla, situada al Sur de Tuxpán en el interior, tiene asimismo una pirámide bastante bien conservada de origen nahua, del mismo modelo que la de Teotihuacán, pero mucho menos ancha y no tan alta, pues no mide más que 18 metros. El pueblo cercano de Malpica tiene ruinas de la misma época. Misantla, más al Sur, ofrece restos de un monumento análogo, anterior á la conquista.

La ciudad actual de Veracruz no es la que su fundador, codicioso al par que devoto, llamó Villa Rica de la Vera-Cruz. No obstante, el primer campamento se levantó en una playa que no debía estar lejos de aquella en que se han construido los muelles actuales. Después se trasladó más al Norte á la aldea de Quiahuitztlán; pero el sitio, desprovisto de puerto é insano, pareció mal elegido, y cuatro años después se fundaba una tercera población más al Sur, cerca de la populosa Zempoala, capital del país totonaca. El río que regaba sus jardines tomó el nombre de *Antigua* desde 1599, época en que esta colonia se abandonó también á causa del obstáculo inabordable que la barra oponía á las embarcaciones. La cuarta ciudad es la que existe en nuestros días, frente al islote fortificado de San Juan de Ulúa. Era realmente difícil elegir sitio en una costa an poco hospitalaria, sembrada de escollos, en medio de cam-

pos áridos y arenosos ó cubiertos de cenagales. Inmediatamente fuera de los paseos exteriores de la ciudad se elevan los taludes amarillentos de mélanos que cambian de forma y sitio á cada tempestad.

Algunos de estos montículos que el viento del Norte levanta, alcanzan una altura de 50 metros. Vista desde el mar, en medio de las arenas, la población no tiene un aspecto atractivo; así la mayoría de los viajeros á quienes sus negocios no retienen en Veracruz, y que conocen su fama de insalubre, se apresuran á abandonarla para dirigirse á las ciudades más agradables del interior, sobre todo durante la estación cálida, cuando reina la fiebre amarilla, especialmente peligrosa en las costas del golfo mejicano. «Ciudad de los Muertos» es uno de los nombres con que en Méjico se designa á Veracruz estimándose en 2.000 personas las que arrebató la epidemia de 1862. Sin embargo, cuando pasa el azote, la ciudad no es tan insalubre como parece, y los blancos que salen de un ataque de la enfermedad reinante pueden considerarse como aclimatados, y aun corren menos peligros que sus compatriotas establecidos en la meseta. Por otra parte, la raza, que es sobre todo de procedencia andaluza, no ha venido á menos, según lo atestiguan la fuerza, la gracia y la belleza de los veracruzanos. Los vientos del Norte, que soplan frecuentemente en esta parte del litoral, pasan sobre las dunas secas y llevan á lo lejos las emanaciones de los cenagales situados al Sur de la ciudad.

Las casas de Veracruz, dispuestas en manzanas regulares, como en la mayoría de las ciudades mejicanas, son de piedras madreporicas, con cidas en el país con el nombre de *múcaras*. Son las rocas de los arrecifes litorales que, después de desmoronados se rehacen poco á poco. Cavando el suelo arenoso de Veracruz, se encuentra agua dulce á un metro de profundidad, pero contaminada por la filtración de las ciénagas próximas, y ha habido que construir acueductos para llevar á la población la corriente del río Jamapa. Hace algún tiempo faltaba agua para limpiar las calles y los sumideros, y era preciso dejar á los zopilotes ó buitres «carroñeros» el cuidado de la limpieza urbana. Por eso los reglamentos de policía protegen esas aves contra toda agresión. Algunos jardines y hermosas avenidas de palmeras, que substituyen á las antiguas murallas, dan un poco de sombra á los paseantes. Una de estas avenidas de más de un kilómetro, atraviesa un barrio habitado casi exclusivamente por negros y gente de color, el elemento de población

que prospera más en Veracruz gracias á su inmunidad para la fiebre amarilla.

Veracruz es la ciudad histórica por excelencia del golfo de Méjico. Allí sentaron la planta los españoles en la época del descubrimiento y la conquista, y allí se sostuvieron hasta cuatro años después de haber perdido su colonia. En 1838 el príncipe de Joinville se apoderó de la fortaleza de San Juan de Ulúa (Ulloa), que se eleva en una isla baja, distante de la ciudad 1 075 metros, y después de esa época la ocuparon también los yanquis en 1847 y los franceses en 1862. La toma de estas obras militares cerraba la puerta por donde Méjico había estado en relaciones políticas y comerciales con el resto del mundo. La fortaleza, convertida en simple prisión, se halla actualmente en un estado ruinoso. Tan peligrosa es la rada de Veracruz que, cuando sopla fuerte el Norte, los barcos tienen que hacerse á la mar. Sin embargo, al Sur del puerto encuentran un ligero abrigo cerca del ilote arenoso de Sacrificios, llamado así por los «sacrificios» humanos de que fueron testigos Hernán Cortés y sus compañeros. Aún más al Sur se abre la rada de Antón Lizardo, protegida por un gran número de islotes y de escollos. A pesar de lo poco favorable que es el abra de Veracruz, no dejan de hacerse por este punto cerca de los dos tercios de las transacciones de la República.

Veracruz tiene su tráfico más considerable con Inglaterra: después vienen los Estados Unidos y Alemania: Francia ocupa el cuarto lugar. El café y los cueros son los principales artículos de exportación. Inglaterra y Francia piden á Veracruz fibras de una especie de zacatón ó grama para los cepillos de lujo.

El pueblo de Medellín, situado 15 kilómetros al Sur de Veracruz, recuerda el paso de Hernán Cortés, que le dió en 1522 el nombre de su villa natal en Extremadura. No es más que un lugar de recreo para los habitantes de Veracruz, que van allí á bañarse en el río Atoyac. El ferrocarril de Medellín continúa al Sudoeste al través de los bosques y los médanos hasta el puerto de Alvarado, que se encuentra en la orilla septentrional de un ancho estuario, donde desembocan el Papaloapán y otros ríos. Altas dunas dominan las casitas del pueblo, delante del cual se presentan embarcaciones de dos á tres metros de calado para cargar los artículos del país, sobre todo pescado seco, preparado en abundancia por los pescadores que componen casi toda la población urbana. Dícese que los pesca-

dores de Alvarado descienden de marinos españoles que tomaron parte en la batalla de Lepanto, y todavía celebran anualmente el aniversario de aquella victoria. Los barcos de cabotaje del estuario navegan hasta los ribazos de Tlacoltapam, la «ciudad de los Mosquitos», situada en la confluencia del Papaloapán y del San Juan, ambos navegables. Es el emporio natural de una vasta cuenca fluvial que se extiende por el Oaxaca septentrional y por la región volcánica de Tuxtla, y promete llegar á ser una de las ciudades más prósperas de la República, cuando se abran vías de comunicación en los bosques vírgenes de los alrededores, y cuando los colonos invadan el país, ahora casi desprovisto de habitantes. La población de estas tierras bajas y pantanosas, designada comúnmente con el nombre de jarochos, vive aparte de los demás mejicanos y se considera como una nación distinta. Conserva sus tradiciones y sus costumbres, y hasta tenía no ha mucho su traje: una larga túnica con mangas, que bajaba hasta los pies, y con las costuras adornadas de hilos rojos formando extraños dibujos.

El distrito de las Tuxtlas, es decir, de las ciudades de San Andrés de Tuxtla y Santiago de Tuxtla, forma un pequeño mundo aparte en medio de la región baja de las sábanas y de los pantanos. Un lago de maravillosa belleza, el lago de Catemaco, ocupa un valle de la Sierra de San Andrés, á nueve kilómetros de la ciudad. La hermosa extensión líquida, donde el cielo y las nubes se reflejan, ceñida de pendientes arboladas, entre montes de airosos contornos, parece, dicen los indios, «un pedazo de cielo caído en la tierra». El volcán en que se asientan las dos Tuxtlas, con sus jardines y plantaciones de tabaco, es como una gran isla rodeada de un mar de verdor. Al Este de aquel macizo se extienden las llanuras bajas por donde corre el Coatzacoalcos. Esta región pertenece todavía á la provincia de Veracruz, aunque su posición en el istmo y su comercio la unen á Tehuantepec.

XVIII

Sudoeste de Méjico. Estados de Morelos, Guerrero y Oaxaca.

La porción de Méjico situada al Sur de la gran cadena de los volcanes comprende, con partes de México y de Puebla,

tres únicos Estados: Morelos, Guerrero y Oaxaca. Aunque los habitantes de esta región, blancos, mestizos ó indios, tomaron una parte muy activa en la guerra de la Independencia, su país ha permanecido mucho más apartado del movimiento industrial y comercial que las otras provincias. La causa de ello son los bosques, los escarpados y los barrancos del país, así como la escasez relativa de población, estima la sólo en 9 habitantes por kilómetro cuadrado.

Cuernavaca, capital del Estado de Morelos, no es una ciudad de fundación española, como podría hacerlo creer su nombre. Esa designación se deriva del azteca Cuauhnahuac. Cuernavaca, antigua ciudad que comunica directamente con Méjico por un collado abierto al Este del cerro de Ajusco, está ya situada en la vertiente del Pacífico, á 600 metros próximamente bajo la capital, en plena «tierra templada». Varios barrancos estériles rodean por tres lados su admirable oasis de verdor. Pocas ciudades de Méjico tienen un clima tan suave y tan igual: todos los árboles del Occidente de Europa prosperan allí al lado de las plantas de la zona tórrida. Hernán Cortés tuvo buen acierto al pedir en feudo este valle, donde ahora substituye á su castillo el palacio municipal. El portentoso jardín «Laborde», que lleva el nombre de un minero bearnés á quien su fortuna hizo durante un tiempo dueño de Méjico, es también una de las maravillas de Cuernavaca. Al Sudoeste de esta ciudad se encuentra la fortaleza azteca mejor conservada de Méjico, conocida con el nombre de Xochicalco ó «castillo de las Flores». Esta antigua ciudadela ocupa una colina aislada, de 117 metros de elevación, rodeada de fosos y donde la mano del hombre ha tallado cinco escalones sucesivos. El conjunto tiene el aspecto de una pirámide truncada y sus cuatro caras miran exactamente á los puntos cardinales. Las piedras de pórfido basáltico, llevadas de lejos, están adornadas de jeroglíficos y figuras en relieve, entre las cuales las hay de animales raros con cabezas de saurios y de hombres, sentados con las piernas cruzadas, á la manera asiática.

Los propietarios de los alrededores se han llevado algunas de las piedras más notables á fin de utilizarlas como muelas y losas en los ingenios y acueductos.

La ciudad de Morelos, que lleva el nombre del Estado, aunque sin ser la capital, es la antigua *Cuantla Amilpas*, la «Zaragoza» de Nueva España, que durante la guerra de la Independencia resistió varios meses á las fuerzas reunidas de los espa-

ñoles. Goza del mismo clima que Cuernavaca y su vecina Yau-tepec. Cultiva con éxito la caña de azúcar, y ahora envía sus frutos á Méjico por su ferrocarril que atraviesa la divisoria de las montañas (2 956 metros) por la Cruz del Marqués, collado sembrado de pequeños volcanes. Riegan á Morelos, como á las demás ciudades del Estado, copiosos riachuelos que descienden hacia el río Mexcala. En Guerrero, á orillas de un afluente septentrional del Mexcala, se escalonan las casas de la ciudad de Taxco, de donde los aztecas sacaban ya el plomo y el estaño, y donde los españoles hicieron sus primeros trabajos de explotación minera. Á orillas de otro tributario se eleva la famosa Iguala, donde se proclamó en 1821 el plan que aceptaron los beligerantes y que puso término á la dominación española. El río principal, nacido en la provincia de Pueb'a, cerca de Acatlán, se llama Mexcala, por un pueblo situado á 520 metros de altitud en la confluencia del torrente de Iguala. Entre Taxco y Cuernavaca se encuentra la famosa caverna de Cacahuamilpa, cuyas prodigiosas galerías, donde brotan manantiales y corren riachuelos, han sido exploradas en una longitud de más de 10 kilómetros sin poder descubrir el fondo. De las profundidades de la gruta se ha sacado un esqueleto de mastodonte.

Á orillas del Mexcala se ven algunos pueblos de pocos habitantes. Los principales son Tlapehuala y Coyuca, cerca de la frontera de Michoacán. El pequeño depósito que basta para el escaso comercio del río Mexcala está situado en la orilla derecha de la boca occidental del río y es el puerto de Orilla. La villa de Zacatula (*Zacatollán*), que se encuentra en la orilla izquierda del brazo oriental, no tiene ya la importancia que tuvo en el siglo xv, cuando era capital de Estado independiente. Ahora no es más que un grupo de habitaciones miserables, casi perdido en medio de matorrales. La rada semicircular abierta al Este del delta es demasiado ancha para que puedan anclar en ella los buques. El fondeadero más favorable del litoral vecino es la bahía de Siguantaneo, que entra en la costa á 100 kilómetros del Sudeste de Zacatula. Trece kilómetros al Sudeste de la entrada se eleva delante de la costa el peñón aislado de Petatlán, unido á tierra firme por un istmo bajo, cubierto de matorrales.

La capital del Estado de Guerrero, Chilpancingo, es una ciudad pequeña situada á 1.380 metros, en la alta divisoria que se eleva entre el valle del Mexcala y el Océano Pacífico. No

tuvo importancia antiguamente más que como lugar de etapa en el camino de los metales preciosos entre España y Filipinas. Durante la guerra de la Independencia fué algún tiempo la residencia del Congreso nómada al que el ejército de los insurrectos servía de guardia. Pero desde esa época Chilpancingo ha permanecido aparte, y el admirable puerto que le sirve de escala en el Pacífico, Acapulco, tiene escaso comercio. Los veleros han cesado casi de visitarlo, pero en cambio hacen regularmente escala en él varios vapores. El abra que tiene la forma de un ancho cráter desportillado por la parte del Océano, admite los mayores buques y les ofrece un abrigo seguro; pero la cintura ribereña de palmeras y plátanos no impide que haga mucho calor en esta especie de embudo donde las paredes graníticas de los montes circundantes reverberan los rayos del sol. Con grandes dispendios se ha habierto una cortadura en el acantilado occidental para dar paso á la brisa marina. En la ciudad de Acapulco abundan poco los blancos. Los residentes, casi todos notables por la belleza y gracia del cuerpo, son gentes de color, con una ligera mezcla de sangre china y sangre española. En el siglo XVIII, la población, un poco mayor que en nuestros días, se elevaba por término medio á 4.000 personas, doblada de pronto por la llegada de las gentes del interior en cuanto aparecía el galeón de Manila, la nao por excelencia. El puerto que se abre inmediatamente al Sur del de Acapulco se llama Puerto del Marqués, en memoria del «marqués» Hernán Cortés; pero ese nombre revela una confusión histórica, pues las principales expediciones organizadas por el conquistador partieron del puerto mismo de Acapulco. Al Oeste de dicha población la costa, bastante elevada, ha recibido de los marinos el nombre de Costa Grande y al Este se la llama Costa Chica.

La antigua Antequera, que fundaron los españoles el año 1522, ha recobrado el nombre de la fortaleza zapoteca de Huaxiacac (Oaxaca), situada 6 kilómetros más al Oeste. La ciudad de Oaxaca, construída con perfecta regularidad, tiene pocas rivales en Méjico en punto á la belleza de los jardines y á la fecundidad de los campos. Un río que lleva el nombre de Atoyac «Água corriente» en nahuatl, común á varios ríos mejicanos, riega el admirable valle, cuya altitud media es de 1.550 metros, altura en que se mezclan de la manera más variada los árboles de las dos zonas. Una de las principales industrias de Oaxaca es la extracción y tejido de la fibra conocida con el nombre de

pita, de la cual se hacen los objetos más diversos. Todo el «valle» de Oaxaca, poblado hoy de 150.000 habitantes, fué antiguamente el dominio particular de Hernán Cortés. De ahí su título de «Marqués del Valle de Oaxaca».

A pesar de la riqueza de su valle, Oaxaca es una ciudad decaída: ha perdido algunos millares de habitantes desde mediados del siglo XIX, no sólo á causa del bajo precio de las cochinillas y de la falta de comunicaciones rápidas con Méjico, sino también á consecuencia de las ambiciones políticas. Siendo originarios del Estado en su mayoría los principales personajes de la república, multitud de jóvenes ha emigrado á la capital para tener su participación en los empleos.

En los alrededores de Oaxaca se ven algunos restos de construcciones zapotecas, especialmente al Oeste, en el Monte Albán, donde se elevaba Huaxiacac. Las ruinas de Mitla, las mejor conservadas, y, según algunos viajeros, las más bellas de Méjico, distan cincuenta kilómetros al Este. Situados en medio de la ladera de montañas poco elevadas, cuyo puro perfil recuerda los horizontes de Grecia, los restos de los palacios de Mitla y su gran pirámide, á cuyo templo ha substituído una capilla católica, parecen las ruinas de una acrópolis. Por la belleza de la ornamentación los edificios de Mitla pueden compararse igualmente á los monumentos helénicos de la mejor época. Las paredes forman grandes paralelogramos cortados en largas fajas horizontales, que los decoradores adornaron con dibujos regulares, líneas cruzadas, rombos y grecas rectas ó inclinadas, pero casi sin ninguna curva. Las piedrecitas dispuestas en mosaico han desaparecido en gran parte, por llevarselas los indios para convertirlas en amuletos. La arquitectura de Mitla representa un período original del arte en el Mediodía de Méjico. En los templos del Yucatán las esculturas de los muros reproducen frecuentemente las formas humanas; en Mitla, al contrario, los constructores zapotecas han huído de toda figura exterior en relieve. Obligados á observar escrupulosamente las reglas hieráticas, dejaron á su ciudad santa una noble severidad de aspecto.

Por debajo del edificio principal se extiende una necrópolis que ha valido probablemente á Mitla, Mictlán ó Migitlán, su nombre azteca de «Mansión de los Muertos». La denominación zapoteca es Yoapaa, «tierra de los Sepulcros».

Las aguas que descienden de Oaxaca, de Mitla y de las montañas intermedias se unen 10 kilómetros al Sudeste de la capi-

tal del Estado, cerca del pueblo de Santa María del Tule ó «de las Cañas». No son raros en la comarca los árboles de dimensiones colosales, pero á todos excede aquel en cuyo derredor se han agrupado las casas de la aldea, y que antiguamente se tenía como sagrado. Es un sabinó ó «ciprés» que pasa por el árbol mayor de todo el mundo y entre los medidos, por lo menos, no tiene rivales. El castaño de los «Cien Caballos» se ha dividido en tres troncos diferentes por entre los cuales pasa un camino; el drago de Orotava, que tenía 14 metros de contorno, no existe ya; las secuoyas gigantes de California fueron derribadas en 1855; el roble de Montravail, cerca de Saintes, tiene 26 metros y los mayores *baobabs* y árboles del queso de Africa sólo miden 30 ó 34 metros de circunferencia. La del ciprés de Tule pasa de 36 metros á la altura de un hombre, y de 52 siguiendo todas las salidas y concavidades del tronco. El árbol está aún en pleno vigor y cubre rápidamente de nueva madera los nombres que graban los visitantes, deseosos de dejar memoria de su paso. El sabinó de Tule es un mundo. Multitud de cuadrúpedos pequeños, de reptiles y de aves, refúgiense en los escondrijos del tronco y en el follaje, que se eleva á la altura de 38 á 39 metros, bien inferior á la de las mayores secuoyas ó washingtonias del Oregón y de los eucaliptos de Australia. Los enormes salientes, que dan al árbol el aspecto de un grupo de troncos soldados por el crecimiento, habían hecho creer á algunos autores, especialmente á Humboldt, que el ciprés de Tule se componía, en efecto, de varios árboles distintos en un principio, y unidos después por el crecimiento; pero la inspección de las ramas extremas, todas las cuales salen regularmente del centro, prueba que no es así. El árbol sano de los zapotecas es realmente una planta única. Los indígenas le tributan una supersticiosa veneración. Nadie puede visitar el sabinó más que bajo su vigilancia, no permiten que se rompa la más pequeña rama y todos los días limpian cuidadosamente el pie. El camino de Oaxaca al mar no desciende por el valle del Atoyac, que describe una larga curva en la dirección del Oeste hacia los confines del Estado de Guerrero. Se deja ese valle á la derecha para subir directamente al Sur y salvar á la altitud considerable de 2.260 metros la cresta del Cimaltepec, que costea el litoral. No lejos de la divisoria, se encuentra el industrial pueblo de Miahuatlán, cuyos habitantes son muy hábiles tejedores de paja y fabrican una multitud de objetos menudos que mandan á lo lejos. La industria de la cochinilla constitufa

antiguamente la prosperidad del país; pero desde hace algún tiempo las faldas meridionales de la montaña están cubiertas de cafetales que dan productos muy apreciados. Por lo mismo, se extiende rápidamente en el país el cultivo de la planta, aun hasta 60 y 75 kilómetros del mar, y lo remunerador de los precios permite á los plantadores introducir máquinas muy costosas para secar y hacer la selección de las semillas. Gracias á ese incremento de los cultivos, Puerto Angel, la escala de Oaxaca, abierta desde 1868, ha adquirido modernamente cierta importancia comercial, no siendo, sin embargo, más que una desabrigada bahía.

El mejor puerto de la costa es el de Huatulco ó Guatulco (Coatolco), es decir, el «Lugar de la Gran Serpiente». La entrada del abra, de unos 600 metros de anchura, da acceso á una cuenca bien resguardada de los vientos, donde los buques grandes encuentran fondeaderos de 7 á 16 metros, decreciendo gradualmente hacia la orilla. En la playa del puerto se eleva la villa de Crespón, pueblecillo de pescadores, que recogen ostras perliíferas y conchas de púrpura. En uno de los promontorios exteriores de la rada se abisma el mar en cavernas y brota por un *bufadero* cerca de 50 metros sobre las olas. En las inmediaciones y en la explanada de un promontorio cercano se ven antiguas calzadas zapotecas ó huabís y restos de edificios. Una ciudad decaída del país vecino fué la capital de la nación huabi, colonia de navegantes, que se suponen originarios del Perú y que se ha fundido en las poblaciones circunvecinas. Es Jalapa del Marqués, que antiguamente se llamaba Jalapa la Grande, para distinguirla de Jalapa de la Feria, capital actual del Estado de Veracruz. También es ciudad antigua Guiengola, cuyo templo designaban los zapotecas con el nombre de «Corazón del Pueblo».

Una parte considerable del Estado, un tercio próximamente, pertenece á la cuenca del Atlántico por el Papaloapán, sus afluentes y el Coatzacoalcos. El pueblo principal de esta vertiente Norte es Ixtlán, situado en un circo fértil del valle alto del río Papaloapán, enfrente de la soberbia montaña de San Felipe. La población es conocida también con el nombre de Villa Juárez, en recuerdo del más ilustre de sus hijos, el que sostuvo la independencia mejicana contra Maximiliano. En la misma cuenca fluvial se encuentran las antiguas ciudades de Cuicatlán, Quiotepec y Tuxtepec, donde se han descubierto multitud de objetos de la época precolombina.

La parte oriental de Oaxaca tiene por capital á Tehuantepec ó «Montaña de los Tigres», antigua ciudad de los huabís que data de siglos anteriores á la ocupación zapoteca y á la conquista. Es, por otra parte, la única localidad del país que merece el nombre de «ciudad», y para eso está dividida en barrios diferentes por montículos y lomos del terreno, de modo que no se puede contemplar en un solo panorama, y sus diversas partes ofrecen el aspecto de aldeas. Está rodeada de espléndidos bosques de palmeras y ricos naranjales. Las frutas de sus huertas son exquisitas, pero fuera de su término los campos no ofrecen más que una inmensa extensión de matorrales, erizada de cactus y poblada de liebres grandes y de vientre blanco. Los «tigres» y jaguares que han valido su nombre á la ciudad son aún bastante numerosos en las grandes espesuras de los matorrales y cada hacienda tiene su tigrero que caza los peligrosos felinos con una jauría de perros adiestrados. Se celebra en todo Méjico á las mujeres de Tehuantepec por la regularidad de sus facciones, la perfección de sus formas y la majestad en su andar. Los habitantes de Tehuantepec son mestizos civilizados que se han visto expuestos frecuentemente á la hostilidad de los indios de las cercanías. En 1867 los de Juchitán, ciudad que proporcióna tigreros á los propietarios de los alrededores, atacaron á Tehuantepec, y la entregaron al saqueo, llevándose hasta las puertas y ventanas.

Tehuantepec es una ciudad orgullosa de su pasado, y de gran fe en su porvenir, como guardiana de uno de los grandes caminos por donde pasarán un día los tesoros de las naciones. La vía ferrea del istmo que debe unir el golfo de Méjico con el mar del Sur y que ya ha salvado la cresta más elevada, abrevia en varios millares de kilómetros el camino de Europa y de los Estados Unidos atlánticos; y por ella irán los cafés de la vertiente meridional. Todavía en el siglo xviii, antes de la construcción de las carreteras, los indigos de Guatemala iban á Veracruz por esa vía natural y por allí también se transportaron cañones enviados de Manila á Veracruz. El antiguo puerto de Tehuantepec, situado 15 kilómetros al Sudoeste, no es más que una bahía de abrigo precario que habría que proteger con grandes obras hidráulicas para facilitar el tráfico futuro. Ha sido preciso elegir la bahía de Salina Cruz para resguardar las embarcaciones detrás de una escollera donde empieza la vía interoceánica.

Al Este de Tehuantepec, en las puntas de arena y los cordo-

nes litorales que guarnecen las lagunas y el mar, se hallan esparcidos, en número de unos 3.000, los últimos huabis ó huaves, húmidos pescadores cuyos antepasados disputaron á los mijes y á los zapotecas el imperio del país. Los dos pueblos de Chimalapa, puestos bajo las advocaciones de santos diferentes, y situados al Nordeste, hacia el centro del istmo, presentan gran interés etnológico por su población de indios zoques ó «Gentes del barro», que hablan en lengua distinta, de origen incierto. Los mijes, menos arrogantes que los zoques, se hallan acantonados al Oeste en el pueblo de San Juan Guichicovi, cerca de Santa María Petapa, la ciudad más antigua fundada por los españoles en el interior del istmo.

Minatitlán, situada á orillas del Coatzacoalcos, en el punto donde el río deja de ser navegable para embarcaciones que calen de 3 á 4 metros, es el puertoseptentrional del istmo. Actualmente no es más que un barrio comercial sin importancia, pero parece destinado á ser dentro de poco un centro de comercio muy activo. El ferrocarril enlaza ya á Minatitlán con la barra del Coatzacoalcos, y continúa á la otra parte en la dirección de Tehuantepec. Además de eso, Minatitlán, situado á la entrada Norte del istmo, ha de ser el punto de cruce de la vía que se dirigirá de Veracruz hacia el Yucatán y Guatemala. Un poco de tabaco, frutos, y de 10.000 á 16.000 toneladas de madera de caoba procedente de los alrededores de Suchil, en el centro del istmo, son actualmente los elementos del tráfico de Minatitlán. El vecino pueblo de Jaltipán se halla dominado por un montículo, que, según la leyenda, elevó Hernán Cortés en honor de Malintzin, ó doña Marina, la india á cuya sagacidad y prudencia debió probablemente la conquista del Anahuac. Un comerciante chino de San Francisco, que posee en el istmo vastos territorios, ha importado allí muchos de sus compatriotas para cultivar el arroz y el arbusto del te. Multitud de claros de los bosques indican el lugar de los antiguos descuajes hechos por los españoles que iban á cortar madera de construcción para el arsenal de la Habana.



MÉJICO ORIENTAL

I

Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán.—El país.

Las montañas de Chiapas, bien separadas del cuerpo continental mejicano por la depresión del istmo, pertenecen evidentemente á la misma región natural que las crestas y tierras altas de Guatemala. Unas y otras, dispuestas en una cadena continua, tienen su pendiente rápida mirando al Pacífico y la pendiente opuesta de suave declive inclinándose al Norte hacia las regiones aluviales del Tabasco, y hacia las llanuras del Yucatán. Esta península, cuya base se baña, por decirlo así, en los pantanos y en los deltas ramificados del Tabasco, proyecta su gran masa cuadrilátera fuera del continente, como para unirse á Cuba, y se prolonga bajo las aguas del golfo, mediante una meseta de bancos sumergidos que forman parte de ella geográficamente. Así, todo el Oriente de Méjico, desde Chiapas hasta el Yucatán, constituye un territorio bien distinto del resto de la República. Se diferencia también por los orígenes é historia de su población, antes y después de la conquista; pero, relativamente á su extensión, está lejos de tener la importancia del Occidente de Méjico. Se halla aún muy poco poblado, y apenas empiezan á utilizarse sus recursos, infinitos, por decirlo así. La densidad kilométrica de los cuatro Estados orientales se estima tan sólo en la cifra de tres á cuatro habitantes.

La separación natural de territorios que marca el istmo de Tehuantepec fué también frontera política. Bajo la dominación española, Chiapas correspondió temporalmente en 1776 á la intendencia de Oaxaca; pero durante casi los tres siglos transcurridos desde la expedición conquistadora de Alvarado en 1523, hasta la proclamación de la Independencia en 1821, Chiapas y la provincia ribereña del Pacífico, Soconusco, dependieron del virreinato guatemalteco. Al unirse á Méjico, Guatemala hizo entrar consigo las dos provincias en el imperio de Itúrbide; pero cuando proclamó de nuevo su autonomía política, no pudo recuperar más que una pequeña parte de Soco-

nusco. En 1832 fué cuando acabó por afirmarse la indecisa frontera, si no en el terreno, en los documentos diplomáticos. En cuanto á la península del Yucatán, que constituía una intendencia especial en el virreinato de Nueva España, pasó á ser provincia mejicana después de la proclamación de la Independencia; pero en 1840 diversos abusos de poder de parte del gobierno central provocaron una insurrección. Se expulsó á las guarniciones mejicanas y se destituyó á los funcionarios; pero no hubo, con todo, efusión de sangre: tan unánime fué la opinión de los yucatecos. Dos años después un ejército mejicano de 11.000 hombres ponía sitio á Campeche, y reducida su población á las tres cuartas partes por las balas y las fiebres, tuvo que capitular y el Gobierno de Méjico reconoció la autonomía completa del Yucatán, mediante un reconocimiento ficticio de la unión federal. Sin embargo, después de la victoria de los yucatecos estallaron disensiones entre las dos rivales, Mérida y Campeche, que aspiraban al título de capital, y luego los indios mismos, acostumbrados á la guerra por todas esas luchas en que se les hacía tomar parte, creyeron llegado el momento de reivindicar su propia independencia de los propietarios blancos, y éstos tuvieron que reconciliarse entre sí, y después con la República mejicana para poner á salvo su vida y sus privilegios. La guerra social duró mucho, y los indígenas acabaron por mantenerse libres en la parte meridional de la península, donde no tienen acceso los mejicanos y donde los viajeros europeos no pueden penetrar sino poniéndose bajo la protección de un cacique. Por esta parte, separa al Yucatán de Guatemala un ancho territorio de poblaciones no sometidas, así como lo separan de Méjico propiamente dicho, espacios aún inhabitados. Este país ofrece, pues, una individualidad bien marcada en el grupo de los Estados Unidos mejicanos, y parece destinado, por consiguiente, á ser un intermedio natural entre las dos Repúblicas limítrofes, Méjico y Guatemala, cuando se unan de una manera más íntima.

La arista de los montes que empieza al Este del istmo de Tehuantepec para continuar por Guatemala y la América central, merece justamente por su altura relativa y por su regularidad el nombre de Sierra Madre que lleva la cadena principal en toda comarca hispanoamericana. Las primeras cumbres se alzan bruscamente por encima de los bosques del istmo. El Atravesado, cuya cúspide se encuentra aún en el Estado de Oaxaca, y que envía sus torrentes á las vecinas lagunas de

Tehuantepec, alcanza 1.530 metros, y otras varias cimas, situadas más lejos hacia el Este, se elevan á una altitud superior, que pasa de 2.000 metros. Son montañas porfíricas, en medio de las cuales aparecen conos volcánicos. El más famoso, próximo ya á la frontera guatemalteca, es el Soconusco (2.380 metros), que comparte su nombre con los campos que le rodean y con toda la vertiente meridional del Estado de Chiapas. Es el antiguo Xoconochco ó «Lugar de los Higos Agrios». Según los indigenas, el volcán arroja algunos vapores; pero no hablan de erupciones de época reciente. En cambio temen mucho el volcán Tacaná, elegido por los geodestas como linde entre Méjico y Guatemala. Es un monte cónico muy regular, cuya altura debe exceder seguramente de 3.500 metros. Casi siempre está rodeado de humo, y menudean sus explosiones.

La vertiente de Sierra Madre que mira hacia el Océano Pacífico es muy rápida, porque la arista de los montes se extiende por término medio á 40 ó 50 kilómetros de la playa. La pendiente opuesta, que se inclina hacia el Atlántico, es, al contrario, muy suave proporcionalmente. Pero no es un declive regular como el de un plano inclinado: lo interrumpen valles profundos y salientes montañosas que las aguas han dividido en grupos y estribos regulares, pero que en conjunto se hallan orientados paralelamente á la Sierra Madre. La parte central de Chiapas puede considerarse como una meseta montuosa sobre la cual se levantan agudos picos. Uno de ellos, el Hueitepec, al Este de San Cristóbal, tiene, según se dice, 2.660 metros de altura. Los ríos dividen la meseta por el Norte en colinas redondeadas que descienden hacia las llanuras aluviales. Al Oeste la meseta remata sobre las llanuras del istmo en la soberbia montaña de la Gineta. El país, suavemente ondulado, cubierto de bosque y animado por las aguas corrientes, es una de las regiones más bellas de Méjico.

En el Yucatán propiamente dicho no hay montañas. Sólo en la parte meridional de la península, en los confines de Guatemala y de la Honduras Británica, se elevan algunos pequeños contrafuertes pertenecientes á los sistemas orográficos de estos países. La masa cuadrilátera, limitada al Sur por una línea trazada al través de las soledades, desde la laguna de Términos hasta el Chetumal, es, por decirlo así, una laja caliza colocada sobre el Océano y que presenta en relieve algunas estrechas salidas. La actitud media del pedestal es de 30 metros, y las cumbres más elevadas parece que superan sólo

en 150 metros al nivel medio del Yucatán. Las alturas vienen á constituir una especie de loma, orientada de Sudeste á Noroeste hacia la punta roma de la península, y se unen á un ramal que guarnece la costa occidental de Campeche. De Sudoeste á Nordeste, en la dirección del cabo Catoche, se alinean también colinas llenas de arboledas.

Esa laja caliza del Yucatán, de forma casi geométrica, se prolonga á lo lejos fuera de la línea de la orilla. Sólo la costa oriental se encuentra bañada por aguas profundas, que tienen, no muy lejos de tierra fondos de centenares de metros. La gran isla de Cozumel, con los bancos que la continúan al Norte, está separada del Yucatán por hondo canal en el que existe siempre una corriente de Sur á Norte de 3 á 4 kilómetros por hora. El peligroso banco del Chinchorro, al Sur de Cozumel, y el de Arrowsmith, al Norte, son igualmente pilares de rocas de coral que surgen del fondo del mar profundo; pero los recortes de las ensenadas ó bahías, especialmente los dos anchos senos del Espíritu Santo y Asunción, se hallan cegados casi enteramente por las arenas y arrecifes. El zócalo submarino del Yucatán empieza en el ángulo Nordeste de la península: abraza la isla de las Mujeres y todo el archipiélago de islotes próximo al cabo Catoche, y después se dirige al Norte hasta más de 200 kilómetros de tierra. El cantil del banco submarino, indicado por una caída repentina de la plomada á 200, 500, 1.000, 2.000 y hasta 3.000 metros de profundidad, describe de esta suerte alrededor del Yucatán una gran curva vagamente paralela á la costa. La parte aún sumergida del zócalo excede con mucho á la de la meseta yucateca que sale de las olas y puede estimarse en 150.000 kilómetros cuadrados. Si un día se eleva sobre el mar, se presentará como una masa caliza casi horizontal, de aspecto idéntico al de la península presente. Los numerosos escollos ó *cayos* de que está sembrada esa meseta oculta, el Alacrán, el cayo de Arenas, los Triangulos y el cayo Arcas son rocas de coral semejantes á las que guarnecen la costa firme, y todas presentan sus colonias más activas de políperos en el frente exterior que mira hacia el oleaje de alta mar. El arrecife del Alacrán es el escollo en que fué á estrellarse en 1511 la nave de Valdivia, y desde donde la tripulación, refugiada en una chalupa, arribó á la costa yucateca, cerca del cabo Catoche. Sólo dos hombres sobrevivieron, y uno de ellos, Jerónimo de Aguilar, fué el intérprete de Hernán Cortés cuando la conquista de Méjico. El cayo de Arenas, próximo al

ángulo Noroeste del banco, se compone de algunos islotes cubiertos de guano por infinidad de pájaros. Algunos industriales de Méjico explotaban desde 1754 esas capas de abono. Luego se establecieron allí á su vez los norteamericanos, pretendiendo el título de «primeros ocupantes», y reivindicando el cayo como una posesión de su república. Esas extrañas pretensiones á la ocupación de un banco que se encuentra de una manera evidente en las aguas yucatecas dió margen á largas discusiones diplomáticas.

La hidrografía fluvial del Oriente de Méjico presenta en Chiapas y en el Yucatán un contraste semejante al del relieve. A un lado circula el agua con profusión por la superficie del suelo; al otro hay que buscarla en las profundidades de las rocas. Al Este del río Tonala, que forma límite entre los Estados de Veracruz y de Tabasco, toda la vertiente del Atlántico, hasta la península del Yucatán, pertenece á las dos cuencas unidas del Grijalva y del Usumacinta, ríos que nacen en las tierras altas guatemaltecas de manantiales próximos y van á juntarse en la misma desembocadura. El Grijalva, que cambia varias veces de nombre en el dilatado circuito de su corriente, tiene sus fuentes principales en la provincia de Huehuetenango, y uno de los torrentes de la cuenca superior riega la ciudad de ese mismo nombre. Al entrar en el territorio de Méjico, recoge sucesivamente en un corto espacio la mayoría de sus afluentes superiores, y, convertido ya en una corriente anchurosa, toma el nombre de río Grande ó de Chiapa, como la ciudad construída en sus márgenes. Muy inclinado en esta parte de su curso, desciende en raudales y cascadas, y cerca de Chiapa se interna en una galería de peñascales de donde sale á un nivel muy inferior. Ya navegable, describe una gran curva hacia el Oeste, bajo el nombre de río Mezcalapa y después, llegado á las llanuras bajas, que apenas levantan algunos metros sobre el mar, se designa con la denominación oficial de Grijalva, debida al navegante que lo descubrió en 1519; pero los indígenas conservan la de Tabasco, usada por los indios. Desde la entrada del río en las tierras aluviales empiezan las ramificaciones de la corriente, dirigiéndose unas hacia el mar y otras hacia los brazos del Usumacinta, mucho más caudaloso.

Esta última corriente, menos conocida que el río Grijalva, porque las regiones que atraviesa tienen escasa población, recibe también sus primeras aguas de los Altos de Guatemala.

El torrente más caudaloso, el río Blanco, unido á poco al río Negro, corre en un principio al Este como para ir á desembocar en el golfo de Honduras. Cambiando diez veces de nombre, según los pueblos que están en su valle y las tribus indias que viven en sus riberas, pero designado comúnmente en las cartas como el río Chixoy ó Lacandón, encórvase primero al Norte, después al Noroeste, y, ya fuera de la región de las grandes montañas, se une al río de la Pasión, corriente amarillenta que baja de las crestas marginales situadas al Sur de la Honduras Británica. Por lo común, corre perezosamente entre orillas arboladas; pero en la estación lluviosa inunda el país y sube á veces 15 metros sobre el nivel de estiaje. Después de la unión, los dos ríos juntos toman el nombre de Usumacinta, con que se designan en los documentos diplomáticos para la determinación de las fronteras entre Méjico y Guatemala, habiéndose elegido como límite el lecho fluvial en un espacio de más de 100 kilómetros. El Usumacinta, navega de para las canoas en gran parte de su curso superior, atraviesa la última cadena de alturas por una serie de desfiladeros, formando raudales que vedan el paso á las barcas. Este cañón, encajonado sobre paredes verticales, es la Boca del Cerro. Los leñadores de caoba y de cedro marcan los troncos y los echan á la corriente, que, de salto en salto, acaba por llevarlos hasta Tenosique, donde el río recobra su curso tranquilo para recibir el San Pedro que llega del Petén guatemalteco. Las aguas de este afluente van tan saturadas de carbonato de cal, que los árboles detenidos por los escollos se petrifican y forman presa al través de la corriente. A la confluencia suceden las llanuras sin ondulaciones y los tornos sinuosos del río, guarnecidos de antiguos lechos abandonados. Luego, á 100 kilómetros del golfo, se destacan del cauce principal los primeros brazos del delta. Los más orientales se repliegan al Nordeste hacia la laguna de Términos, mientras que los otros van en derecha al mar ó se enlazan con los del Grijalva y los ríos intermedios, afluentes de la corriente gemela.

El frente del delta, incluyendo las golgas que desaguan en la laguna de Términos, presenta un desarrollo de unos 200 kilómetros, y el conjunto de sus ramificaciones abraza un territorio que se puede estimar en 15.000 kilómetros cuadrados. Apenas hay ríos que, en proporción á su cuenca, hayan formado con sus acarreos una superficie tan considerable en un golfo marítimo. La boca principal, llamada Barra de Tabas-

co, se abre casi en medio de la región del delta, y, según las estaciones, ofrece profundidades variables de 2 á 3 metros y medio. Cuando sopla el viento del Norte, el paso alcanza su mayor profundidad, sobre todo durante la estación de las sequías. En la época de las inundaciones, cuando el mar se cubre de agua amarillenta hasta una distancia de 55 kilómetros, los depósitos que lleva el río elevan notablemente la barra, y á veces las embarcaciones que calan 2 metros no se atreven á pasar.

Otra abertura del delta situada más al Este, la de San Pedro, es aún menos profunda, pero más estable. La más honda de las bocas, pero una de las más variables también, es la del Este, llamada Chiltepec, donde la sonda mide á veces 4 metros de agua. Allí desemboca el río Seco, que se cree fué el brazo principal cuando lo reconoció Grijalva. Las descripciones de los autores españoles parecen referirse, en efecto, al río Seco, y no convienen de ningún modo á la gran boca actual del Grijalva. La «barra» de Cupilco, que comunica con un lago pantanoso, parece también que es una antigua desembocadura. En el interior de Tabasco los dos ríos ramificados, Grijalva y Usumacinta, ofrecen á la navegación, con sus numerosos brazos, una longitud de canales de centenares de kilómetros de desarrollo, aun durante la estación seca. En 1840, en 1843 y en 1845, las escuadrillas de guerra de Texas, del Yucatán y de los Estados Unidos penetraron fácilmente en el Grijalva hasta el embarcadero de San Juan Bautista, la capital, á 130 kilómetros de la barra. Asimismo, el Usumacinta es navegable durante las aguas altas hasta más de 300 kilómetros de la desembocadura, y las barcas suben más arriba de los raudales.

En una región de tierras ligeras, blandas y sin cohesión, deben ser considerables las transformaciones. Cada crecida modifica el aspecto del país. Cuando los ríos se desbordan, gran parte del Estado de Tabasco se cubre de agua y durante la invernada desaparece regularmente bajo la inundación una superficie como de 5.000 kilómetros cuadrados dentro de la línea firme de las costas. A fines de Junio, después de las lluvias de estío, ocurre la primera crecida, pero dura poco ordinariamente y no se confunde con la segunda, que empieza en Octubre y dura hasta Marzo, es decir, la mitad del año. Entonces es imposible todo viaje por tierra. Los Tabasqueños viajan por agua, y no hay canalizo, ni falso río, que no les ofrezca un paso al través de los bosques. Millares de golas, cuya corriente

cambia, ya en un sentido, ya en otro, según la de los ríos afluentes, cubren la comarca de una red sin fin de vías navegables, disimuladas por las praderas móviles de las ninfeas y otras plantas acuáticas. Los botes van y vienen remolcando el palo de tinte y madera de construcción, que constituyen la principal riqueza del país. Las crecidas del Usumacinta suelen arrastrar asimismo troncos de coníferas, de una especie desconocida en Tabasco, que los habitantes utilizan sin preocuparse del lugar de su procedencia. Los indígenas, medio anfibios, no padecen con las inundaciones, á no ser en las crecidas excepcionales, cuando el agua invade las aldeas, se lleva las chozas y ahoga los animales domésticos. Poblaciones enteras han tenido que refugiarse fuera del delta en las tierras elevadas del interior. Tan húmedo es el país, que la sal se conserva por lo común embotellada. Los ribazos altos del antiguo litoral se componen en gran parte de conchas bivalvas, sobre todo de ostras, depositadas en la época en que aún estaban unidos los dos Océanos por el Estrecho de Tehuantepec.

La laguna de Términos, que recibe la parte de las aguas del Usumacinta conocida con el nombre de río Palizada, y otros varios ríos, como el Chumpán, el Candelaria y el Mamantel, es una continuación oriental de las llanuras bajas de Tabasco. Un levantamiento de algunos metros haría surgir sus bancos de arena y trocaría en goas los pasos navegables. El cordón litoral que servirá de apoyo á las tierras futuras, depositadas gradualmente por los ríos, existe ya. Es la cadena de las dos largas islas, Aguada y Carmen, que cierran la entrada de la laguna, no dejando más que tres accesos á las embarcaciones de poco calado. Las puntas insulares no son más que playas de arena que apenas levantan dos metros sobre el nivel marino. A algunos kilómetros mar adentro sólo se ve la línea continua de árboles tras la cual se extienden las aguas estancadas del lago interior. Todas las cartas originales representan de distinta manera los contornos de la laguna de Términos, que, en efecto, varían según las estaciones, los vientos y los acarreos de los ríos afluentes. Por el Norte, la masa de agua continúa paralelamente á la costa en una longitud de 100 kilómetros. Es una gola amarillenta que se estrecha gradualmente, y hacia el extremo Norte no es ya más que un exiguo canalizo que sigue el surco costero de una antigua playa. La laguna de Términos recibió ese nombre en 1518, porque el piloto Antonio de Alaminos creyó que la *isla* de Yucatán «terminaba en dicho punto».

Al Norte de este canalizo, hasta la inmediación de Campeche, brotan algunos manantiales á distancia del mar y le envían menguados arroyuelos; pero más allá todas las aguas llovedizas desaparecen en el suelo calizo, no viéndose ningún arroyo. No obstante, en el interior del país existen algunos lagos de poca extensión que se han formado probablemente en las depresiones donde se acercan á la superficie rocas impermeables. Tal es el lago Chichancanab, de aguas amargas, que se prolonga hacia el medio de la península, de Norte á Sur, en un espacio de unos 25 kilómetros. En la parte Nordeste del Yucatán se ven diseminadas otras masas de agua de menor superficie, y, al decir de los indígenas, hacia la raíz de la península, al Oeste de la Honduras Británica, abundan bastante las lagunas. En cuanto á las regiones más pobladas del Yucatán, las del centro, Noroeste y Norte, son precisamente aquellas en que no se ven ríos ni manantiales. Allí no se encuentra el agua más que en pantanos temporales durante la estación de las lluvias. Pero, si falta la humedad en la superficie, se detiene en las profundidades del suelo sobre capas impermeables, y gracias á las simas y grutas naturales que se abren á trechos, el hombre puede descender hasta estos depósitos subterráneos para sacar el agua necesaria. En las profundas galerías no parece que el agua circule en lechos regulares como los ríos, más bien se dilata en anchas depresiones que comunican entre sí mediante galerías ramificadas hasta el infinito, y toda la masa líquida se dirige pausadamente hacia el mar. Algunos laberintos de ríos subterráneos se encuentran poblados de cocodrilos, mientras que en otros depósitos no han podido penetrar estos animales. En estos antros tenebrosos habita una especie particular de ave, el *te ó momotus*, de sedosas plumas y larga cola formada de dos guías.

Las cavernas, llamadas *cenotes*, nombre tomado por los españoles de la lengua maya, son tanto más profundas cuanto más se aleja el país de las costas, y más se eleva, por consiguiente, sobre el nivel del mar. Los aldeanos del interior tienen que bajar á veces á más de 100 metros antes de encontrar el agua de los cenotes. En Mérida la superficie media de la capa líquida profunda está de 8 á 9 metros bajo el suelo, y cada casa tiene su pozo que descende hasta el estanque oculto. Por el Norte, al Oeste de Mérida y de Valladolid, es decir, en la dirección del mar, se encuentra la capa líquida á una profundidad menor. Por fin, en el litoral las aguas brotan al nivel mismo de la

rasante marina y se mezclan con las olas entre las raíces de los mangles.

Esta distribución natural de las aguas, tan diversa de la que se ve en los demás países, es el fenómeno capital de la geografía física yucateca. En ninguna parte aparece el agua, pero no por eso son menos visibles sus efectos en el cuidado de las huertas y limpieza de las casas. Por la mañana y por la tarde bajan una porción de mujeres los peldaños que llevan al cenote. En medio de las sombras, que van espesándose, siguen las rampas abiertas oblicuamente en las paredes de la roca, y agrupadas después bajo los tapices de algas que caen de las bóvedas y se arrollan en las estalactitas, se inclinan hacia las negras aguas, y llenan el pesado cántaro que han de llevar penosamente á su vivienda. El cenote donde es más ruda la labor de las mujeres es quizá el de Bolonchen ó de las «Nueve Fuentes», aldea de ruinas situada al Nordeste de Campeche en el camino de Mérida. Se baja al agua profunda por hendiduras de la roca y escaleras que van dando vueltas en las cavernas. El conjunto de la galería principal tiene cerca de 500 metros, y el agua pura que van á sacar las mujeres está á 125 metros próximamente de la superficie del suelo. Pero hay pocos cenotes que no hayan habilitado los antiguos yucatecos mediante trabajos subterráneos. También embetunaron el fondo de cavidades superficiales para retener las aguas fugitivas y hacer de ellas *aguadas* ó abrevaderos de animales: cavaban igualmente depósitos profundos tapados con una piedra. En muchos sitios, al limpiar charcos visibles, se han descubierto en el lecho de la cavidad multitud de agujeros que penetran profundamente en la roca ensanchándose en forma de botellas; cuando se evapora el agua del charco exterior, aún queda buena copia en los depósitos ocultos. Recientemente, gracias al descubrimiento de esas aguas subterráneas, han podido fundarse haciendas, pueblos y hasta ciudades en campos que se habían dejado desiertos, por creerlos completamente secos.

La repartición de las aguas en cavernas subterráneas trajo como consecuencia, desde tiempos anteriores á la historia, una distribución correspondiente de la propiedad territorial. Los dominios, por extensos que sean, no valen nada sin el agua profunda, pero ese agua pertenece á algunas grandes familias de origen español, en cuyo derredor han de agruparse forzosamente todos los habitantes del distrito, si quieren tener el líquido indispensable para el sostenimiento de sus cultivos y para su

propia alimentación y la de su ganado. Necesitan, pues, hacerse clientes, si no siervos, del propietario territorial, que á cambio del palmo de tierra, del abrevadero y de las aguas de riego, les pide un día de trabajo gratuito, generalmente el lunes (de ahí el nombre de *Lunes* dado á estos campesinos), y los tiene además bajo su dependencia merced á los anticipos en especie que les hace por medio del mayordomo. Los cambios de régimen político no han podido modificar en nada las relaciones de los propietarios y sus clientes. En un país donde el agua se distribuye tan avaramente, no puede concebirse, en efecto, la propiedad más que bajo dos formas: ó la comunidad absoluta de la tierra, ó su división en grandes dominios.

La forma de la costa septentrional de la península se explica, en parte, por la presión de las aguas interiores que circulan bajo la gran losa caliza del Yucatán. Una punta litoral guarnece la costa del ángulo Nordeste, pero esta punta no se extiende en el mar como los cordones litorales de las costas de Texas y Tamaulipas al otro lado del golfo, pues sigue con exactitud la costa permanente. La doble playa, exterior é interior, presenta las mismas inflexiones con asombroso paralelismo. Hacia el extremo de Levante es donde presenta menos regularidad este dique de arena. Por este lado aparece interrumpido en varios sitios, y hasta constituye una gran isla, la de Holbox, que se encorva frente á una bahía considerable, la Boca del Conil, donde brotan manantiales muy copiosos á 400 metros de la orilla, en medio de las aguas saladas. La punta de arena normal empieza al Oeste de esta bahía para mantenerse en una longitud de 275 kilómetros, sin ofrecer más de dos pasos estrechos en frente de riachuelos que, por un fenómeno raro, circulan en esta parte del litoral.

Este estrecho canalizo que separa la costa firme del Yucatán de su costa variable, se designa con diversos nombres: laguna, pantano, tierra fangosa, pero por lo común se le llama río Lagartos. Al pronto, no parece justificada esta denominación de río, tratándose de una prolongada gola que durante la estación seca queda interrumpida en varios puntos. No sólo la cortan vados, y ahora calzadas para las carreteras y terraplenes para un ferrocarril, sino que unen ambas márgenes espesuras de árboles de raíces entretrejidas, y á veces no quedan del río más que charcos ovalados. Hasta en el mismo mar brotan numerosos manantiales; pero donde desemboca la mayor parte del excedente de los cenotes es en el canal de la separación

de la costa firme y el cordón litoral, y el aflujo de estas aguas es suficiente para retener á cierta distancia la playa exterior, formada por el choque de las olas y el depósito de las arenas y el coral roto. En el ángulo Noroeste del Yucatán, la lengua ribereña de arena se encorva hacia el Sur con una regularidad casi geométrica, y remata cerca de la punta de la costa designada con el nombre de Desconocida. Esa detención de la doble playa coincide con la de la corriente litoral que sigue el ribazo de Este á Oeste, y encuentra en este punto una contracorriente que llega de las riberas de Tabasco y de Campeche bajo la acción de los vientos del Norte. Al chocar, las dos corrientes marítimas giran en un remolino que corroe la costa, el depósito de las arenas se verifica muy desigualmente, y el cordón litoral queda interrumpido. El estudio de las riberas yucatecas induce á creer que la península se ha formado gradualmente y continúa creciendo á favor de estos ribetes exteriores de arena, de conchas y políperos que se juntan poco á poco al cuerpo continental.

Chiapas y el Yucatán contrastan en punto á clima, así como en el relieve del suelo y la distribución de las aguas; pero esto es en menor grado, porque los dos países están comprendidos en la zona tórrida, y por ambas partes la temperatura media se aproxima al ecuador térmico. Los meses de invierno son, por lo común, de tiempo seco y cielo despejado; las borrascas, las tempestades, los tornados y las lluvias vienen con la monzón de estío.

La península yucateca, que se destaca de la masa continental entre el seno mejicano y el mar de las Antillas, participa del clima normal mucho más que la vertiente del mar del Sur. Las tempestades violentas procedentes del Norte, es decir, de los campos mississippianos y de Texas, interrumpen á menudo los alisios regulares. Los meses más secos, son Marzo, Abril y Mayo, y es raro que caiga un chubasco durante esa estación. Pero inmediatamente después empiezan las tormentas y los aguaceros, como en Chiapas, y duran hasta Noviembre, época en que recobran la preponderancia los vientos regulares que rara vez atraen lluvias. Así podría dividirse el año en tres estaciones: la de la sequía, la de la humedad y la del viento. Para los blancos, el clima de Yucatán es uno de los más peligrosos de los parajes del Golfo. La fiebre amarilla suele hacer allí víctimas numerosas, pero la enfermedad más temible del país es la tisis, padecimiento endémico y hereditario á la

vez, que así amenaza á los individuos predispuestos en apariencia, como á los hombres que ofrecen un aspecto de fuerza y salud. Los soldados de Mejiro enviados por castigo al Yucatán se consideran como condenados á muerte. La disentería es otra de las enfermedades más de temer en Yucatán. En Tabasco, país cruzado de ríos, donde la población vive tanto en canoa como en el suelo firme, la enfermedad por excelencia son las fiebres palúdicas. Pero en sus húmedas tierras es casi desconocida la tisis, el azote de las tierras secas del Yucatán.

La flora y la fauna de Chiapas y de Yucatán pertenecen al mismo dominio que las del Mediodía de Méjico, con la sola diferencia de que en ellas aparecen varias especies de la América Central. Esta región, intermedia entre Mejiro, propiamente dicho, y los istmos, no tiene en ninguna parte extensiones desiertas, y en varios sitios la vegetación posee una fuerza admirable, aun en las vertientes de las montañas de Soconusco y en las riberas de su falda, á pesar de que no son allí muy copiosas las lluvias. Los helechos arborescentes, el árbol del cacao y otros que requieren gran cantidad de agua y una atmósfera siempre húmeda crecen con vigor, así como el arroz prospera sin riesgo en las regiones bajas. La humedad que rezuma subterráneamente de las alturas compensa la escasez de las lluvias. En cuanto á las llanuras calizas de Yucatán, aunque están cubiertas de plantas, su vegetación es de un aspecto mísero y raquítico. No se ven allí grandes bosques de entreteji lo ramaje, adornado con guirnaldas de bejucos, como en las tierras fecundas de Chiapas y de Tabasco, sino sólo una maleza de arbustos espinosos, espesuras de cactus y de pita, pero sin ninguna de esas grandes especies de cirios que se elevan á más de 10 metros en las regiones del Anahuac. El agua de lluvia atraviesa demasiado rápidamente la caliza porosa para alimentar una vegetación más rica.

Entre los vegetales que no se encuentran en Méjico propiamente dicho, y que pertenecen á la región chiapaneca y yucateca, hay muchos árboles preciosos por su madera ó por sus materias tintóreas, como la caoba y el palo de campeche. El primero de dichos árboles es todavía más común en diversas partes de la América Central que en el Tabasco mejicano; pero el segundo, el palo de campeche, se encuentra exclusivamente en la región que le ha dado su nombre. Esa planta leguminosa, de madera dura, alcanza á veces de 12 á 13 metros en los terrenos más favorables. En un principio es un arbusto

bastante semejante al espino blanco; pero, á medida que crece, entretéjense sus ramas en una masa redonda, de follaje impenetrable, tan tupida que no deja brotar nada á su sombra. Los ingleses han tratado en balde de propagar el palo de campeche en las Bahamas y otras colonias de la América tropical. En cambio, en Campeche prospera en los terrenos pedregosos de los cerros y en las rocas lo mismo que en el suelo de aluviones. Crece además bastante de prisa, puesto que los vástagos nuevos pueden cortarse al cabo de diez años y nace espontáneamente dondequiera que el hacha ha introducido el aire y la luz. Entre los animales raros de la fauna chipaneca hay tortugas llamadas «de tabaquera», que, en efecto, saben esconder la cabeza y la cola bajo dos láminas óseas herméticamente cerradas, convirtiéndose en cajas córneas que no puede abrir ningún animal carnívero.

II

Población.—Los mayas.—Sus costumbres.

La población del Oriente de Méjico es muy mezclada, como la del Anáhuac, pero abunda más en proporción el elemento indígena. Los nahuas propiamente dichos tienen representación en Soconusco, á lo largo de la vía histórica que siguieron los aztecas, del Anahuac á Nicaragua. La belicosa nación de los chiapanecas ha dejado sus descendientes en la parte Noroeste del Estado que conserva su nombre. Los tzendal y los tzotzil, quelen ó «murciélagos», más numerosos, pero inferiores en cultura, ocupan las regiones forestales comprendidas entre la depresión del istmo y las fronteras de Guatemala. En fin, hay muchas familias errantes ó sedentarias pertenecientes á los mismos grupos que existen en el Occidente guatemalteca: al Norte los lacandones y los chontales, en el centro los cholos y los chañabales, al Mediodía los mames; y todos esos indios parecen relacionarse más ó menos por la lengua, las costumbres primitivas y las tradiciones con los mayas del Yucatán, los representantes más adelantados de su grupo étnico.

Los mayas se han sostenido más valerosamente contra los españoles que la nación de los aztecas. Parece, además, que en las edades precolombinas habían alcanzado más alto grado de

civilización. Aunque Colón no visitó á los mayas, su reputación llegó hasta él. La obra de exterminio que atribuyen á los españoles Las Casas y Diego de Landa, fué terrible. La raza había ya casi desaparecido; pero, no obstante, se ha rehecho poco á poco, y, á pesar de su corto número, los mayas vencidos no han olvidado su lengua, y hasta se dice que la mayoría de los que conocen el español se niegan á hablarlo. El hecho es que en Yucatán los conquistadores acabaron por ser conquistados, y la lengua maya es de uso general en los campos, excepto en los alrededores de Campeche. En los distritos del interior hay gran número de españoles que han olvidado el habla de sus ascendientes. En la misma Mérida todo el mundo está obligado á conocer el maya para hablar con los indígenas ó maceguales. En otras épocas los colonos europeos no hubieran dejado de fundirse gradualmente en la población maya; pero las comunicaciones con los civilizados de fuera han impedido la desaparición del elemento hispano, y es manifiesto que más pronto ó más tarde las escuelas, los periódicos y los libros acabarán por hacer entrar á todos los yucatecas en el mundo de la cultura hispano-americana, porque en Yucatán está más difundido el amor á la instrucción que en la mayoría de las restantes provincias mejicanas. Los españoles y los mestizos se hallan representados principalmente en las ciudades y en las partes meridionales de Chiapas, por donde pasan las vías más frecuentadas entre Méjico y Guatemala. La raza mestiza de españoles y mayas es una de las más hermosas de América, sobre todo en las mujeres. Lo más notable que ofrece es que el tipo indio del rostro se conserva de generación en generación. Por blanco que se vuelva el cutis, el mestizo yucateca conserva siempre facciones mayas, que los observadores pueden reconocer al primer golpe de vista.

El dominio de la lengua maya, al cual hay que añadir también el territorio de los huastecas en el Estado de Veracruz, se extiende mucho más allá de las fronteras de Yucatán. pues comprende casi todo el Estado de Tabasco, una parte de Chiapas, y superficie una mitad de Guatemala. Según sus propias tradiciones, los mayas llegaron al Yucatán de direcciones opuestas, del Oeste y del Este, del continente y del mar. Un dios les había abierto el camino al través de las olas. Conocían sin duda el arte de la navegación, y hasta tenían barcos de cubierta, probablemente de velas. Entre la isla de Cuba y Yucatán hubo frecuentes viajes, voluntarios ó involuntarios. Como

quiera que sea, los mayas, una vez establecidos en Yucatán, fueron dueños tranquilos de él durante mucho tiempo, porque en esa región, situada fuera del camino normal de las emigraciones, no tenían nada que temer de los conquistadores. El imperio de los aztecas, en tiempo de su mayor extensión, no tocaba al país de los mayas más que por su extremo Sudeste, y el Yucatán, don se vivía la parte más civilizada de la nación, les era casi enteramente desconocido. Sin embargo, á juzgar por las lenguas, los dos pueblos aztecas y mayas, pertenecen á un mismo tronco étnico. Pero entre los mayas del Yucatán y los de la Sonora sólo existe una pura coincidencia de nombres.

Los mayas propiamente dichos son hombres de mediana estatura, huesudos y rechonchos, de cabeza redonda, de manos finas y pies bien hechos, infatigables y de resistencia asombrosa. Los mayas que viven en los bosques de Tabasco, los que han permanecido extraños á la civilización de los yucatecas, según indica su nombre de *chqntales* ó «salvajes», son de pasmosa sobriedad: bastanles algunas raíces, un poco de maíz ó algunos plátanos, á pesar de que trabajan sin reposo durante días enteros como portadores ó barqueros. Su traje es muy sencillo: calzones y una camisa que llevan á guisa de sayo. En Yucatán el traje de los hombres no se diferencia del de los españoles; pero las mujeres mayas, más fieles á las costumbres de la raza, han conservado las modas anteriores á la conquista. Todas llevan una saya blanca, el *fustán*, ceñida á las caderas y con una estrecha guirnalda de flores abajo; usan además un *huipil* ó camiseta, blanca también y de mangas cortas, que les baja hasta la mitad del cuerpo, y cuando salen, se envuelven con elegancia en una mantilla, blanca como el resto del traje, y de una limpieza intachable. También se distinguen de las demás indias y de las españolas por llevar el pelo levantado á la usanza china y recogido en un moño. En fin, mientras todas las indígenas de Méjico y de la América central llevan el cántaro á la cabeza, las yucatecas lo llevan inclinado bajo el brazo izquierdo. Cuando las detiene un hombre para pedirles de beber ó cruzar algunas palabras, se apartan, bajando los ojos, y responden modestamente. Un mercado en una ciudad del Yucatán ofrece un espectáculo casi único por la tranquilidad, el agrado y la amabilidad recíproca de vendedores y compradores. Apenas se oye á veces el grito de algún niño.

Como todos los demás indios civilizados, los mayas se llaman católicos, y lo son con devoción, pero mezclando con su

culto privado ceremonias que no han aprendido de los españoles. Así, después del entierro de uno de los suyos, marcan con tiza el sendero que conduce de la tumba á la antigua morada, para que el difunto, al recobrar la vida, no olvide el camino del hogar en el momento en que está á punto de nacer el niño á quien debe transmitirle su alma. Conservan, pues, la creencia en la metempsicosis, á pesar de las enseñanzas contrarias de la Iglesia. Conservan también el conocimiento de los simples, el de los astros, y hay entre ellos una porción de astrólogos que observan las conjunciones de las estrellas para predecir los acontecimientos de la vida pública y privada, y el logro ó la pérdida de las semillas y de las recolecciones. Cada aldea tiene su «hombre que sabe» y lee el destino en un cristal de cuarzo. Antes de la guerra de 1847, que arruinó el país, casi todas las aldeas tenían su «libro de Chilán-Balam», es decir, el «Intérprete de los oráculos», y aún se conocen lo menos 16 ejemplares. La madre pone un amuleto en el brazo de su hijo, un bello insecto de tegumentos coriáceos de la familia de los melasomas.

Los indígenas tienen curas complacientes ó asaz ignorantes de los ritos católicos, que celebran con ellos la «misa de los campos» ó *misa milpera*, y matan un gallo, después de rociar con un licor fermentado los cuatro puntos cardinales, invocando á la vez las tres Personas de la Santísima Trinidad y los *Pah ah tun*, los cuatro patronos de la lluvia y de las cosechas. Estos genios han tomado nombres cristianos: el Rojo ó dios del Oriente ha venido á ser Santo Domingo; el Blanco ó dios del Norte, es San Gabriel; el Negro ó dios de Occidente, es Santiago, y la patrona del Sur, la «diosa amarilla», se identifica con María Magdalena. Pero los mayas no ejercen en presencia de los españoles las prácticas ó ceremonias no sancionadas por los sacerdotes católicos. Muy misteriosos en su conducta, aunque de humor alegre en general, procuran en su conversación no mentir nunca á los extranjeros, callando oportunamente ó respondiendo con palabras ambiguas que no los comprometan. Sin embargo, algunas expresiones revelan sus creencias íntimas, pues el huracán, por ejemplo, es para ellos el «soplo poderoso del gran Padre».

La lengua maya, gutural y sonora, pero muy agradable en boca de las mujeres, parece ser el idioma más puro de todos los de la misma familia, tzendal, lacandón, quiche ó cachiquel, que se hablan entre el golfo de Méjico y las costas del mar del Sur.

Es de advertir, con todo, que estos dialectos no se diferencian entre sí más que por la mezcla de voces extrañas y por cierta variedad en las finales ó en la pronunciación. El maya puro no se habla actualmente más que en la parte Nordeste de la comarca, en los alrededores de Valladolid y de Tizimín.

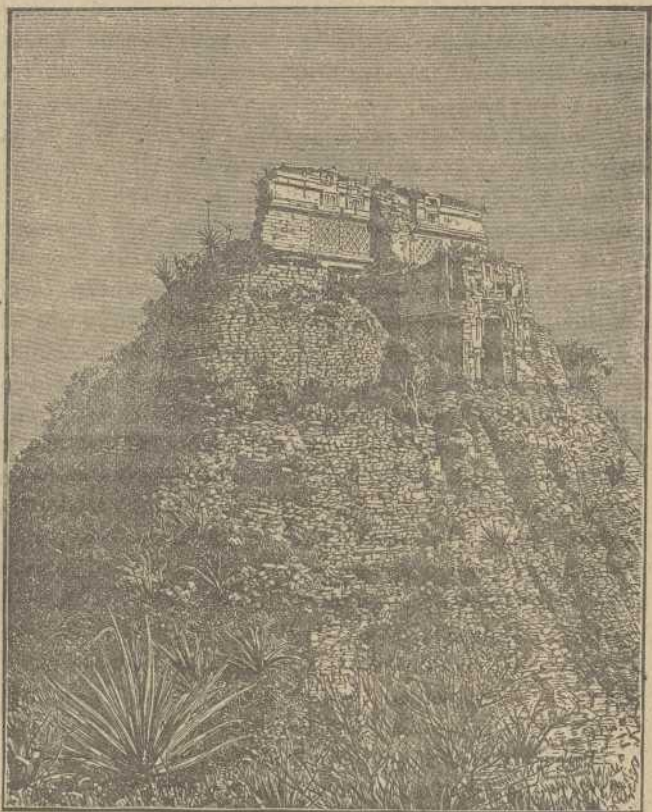
Un notable testimonio de la persistencia del genio maya es el que presenta la nomenclatura geográfica del Yucatán. Casi todos los nombres puestos por los indígenas se han conservado, á pesar de los españoles. La misma denominación de Yucatán, que ha prevalecido sobre el nombre español, Isla de Santa María de los Remedios, es una voz de origen maya; pero no se puede dar su significación precisa, pues procede sin duda de una confusión en que incurrieron los navegantes españoles al informarse del nombre del país. Según el obispo Landa, que convirtió á los mayas, la denominación usual era *Ulumit Cuz el Etel Cet*, es decir, «País de los Pavos y de los Ciervos». El nombre de la antigua capital, Mayapán, se aplicaba también frecuentemente á toda la península, y el de Maya, perteneciente al pueblo, parece que se dió antes á toda la comarca. *Ma-ay ha* significa «Tierra sin Agua». Del propio modo que en el país de los aztecas, los conquistadores fanáticos se esforzaron por hacer desaparecer todo lo que recordaba la religión indígena. Quemaron los manuscritos más preciosos, y destruyeron los ídolos y esculturas, pero no obstante, se han conservado algunas tradiciones, como la lengua y las costumbres, y los eruditos han podido tratar de reconstruir la historia política del pueblo maya hasta dos ó tres siglos antes de la conquista.

III

Religión y arte de los mayas.

Los primeros personajes legendarios de la historia de Yucatán, héroes, fundadores de imperio y dioses á un mismo tiempo, son Votán y Zamna, que se confundían en parte en la imaginación popular, y á los cuales se atribuían todas las instituciones del país y los diversos descubrimientos realizados desde el origen del mundo. Después de ellos vino otro soberano místico, Cuculcán, que los eruditos identifican con el Quetzalcoatl de Méjico y el Guicumatx de Guatemala ó la «Serpiente de Plumas», y cuya historia coincide, en efecto, con la de ese semidiós de

los aztecas y de los quiches. No cabe duda de que la fase histórica que personifica el héroe maya fué un periodo durante el cual predominó la influencia de los nahuas del Norte. Después, durante cierto número de siglos (once, dice la leyenda), reinaron en el país de los mayas otros conquistadores, que parece llegaron del Sur, pero que, á juzgar por su mismo nombre,



Ruinas del templo de los Mayas en Uxmal. (Dibujo de Taylor.)

Tutul Xiu, es de presumir fuesen nahuas. Probablemente bajo su dominación se elevaron los monumentos notables del Yucatán. A pesar de las guerras, de las revoluciones locales y de las destrucciones de ciudades, la dinastía sosteníase aún en cierta parte del territorio cuando se presentaron los españoles. Los monumentos de la arquitectura yucateca habían lla-

mado ya la atención de los primeros navegantes españoles, y fueron citados más tarde por todos los escritores que hablaron de su religión; pero, durante el siglo XIX, hasta después de 1830 no hubo viajeros que contemplasen estas asombrosas ruinas y diesen cuenta de ellas al mundo científico. Zavala fué el primero que visitó á Uxmal y publicó su descripción en 1835. Federico Waldeck estudió la misma ciudad yucateca y dibujó sus monumentos en una obra lujosa; pero el libro que despertó más atención y debe considerarse como el punto de partida del estudio arqueológico del Yucatán es el que redactó Stephens, después de recorrer dos veces el país en compañía del pintor Catherwood. Desde esa fecha han menudeado los viajes. Se conocen ya más de sesenta grupos de ruinas importantes, pero ¿cuántos otros existen aún en el país de los mayas independientes! Apenas hay en Yucatán una ciudad, un pueblo, una casa aislada cuyas construcciones no ofrezcan restos de piedras esculpidas.

Hay arqueólogos que ante los notables monumentos de Yucatán y de Chiapas han ponderado su majestad hasta compararlos con los templos de Egipto y de Grecia. Aunque no es justificada esa admiración, porque los edificios mayas no brillan por la elegancia de las proporciones, la sobriedad de los adornos, ni la nobleza y perfección de las esculturas, se distinguen sí por la graniosidad y la riqueza, y atestiguan un estado de civilización muy superior al de muchísimas poblaciones del Antiguo Mundo incluídas entre las civilizadas. La mayoría de las construcciones yucatecas se elevan sobre eminencias naturales del suelo ó sobre altiplanicies artificiales. Por lo común se encuentran en la cercanía de *cenotes*, cuando no sobre esos mismos depósitos ocultos, que fueron en todo tiempo lugares venerados por los habitantes de los alrededores. Los más de los monumentos están orientados, pero sin precisión astronómica, y rara vez se distribuyen con orden, pues no parece que los arquitectos se hayan atendido á ningún plan general.

Casi todos los edificios yucatecas presentan la forma piramidal, terminando la serie de escalones con templos y palacios. Algunos pirámides no sustentaban edificios pero el extremo superior aparecía truncado, y la explanada del remate formaba un altar aéreo donde los sacerdotes sacrificadores celebran sus ritos en presencia del pueblo. Ninguna de las masas arquitectónicas de los yucatecas alcanzaba una altura considerable que excediese la de los grandes árboles del bosque.

Las pirámides más soberbias no tenían 30 metros, pero algunas cubrían con su base una extensa superficie. La del Zayi, cerca de Uxmal, presenta un contorno que pasa de 450 metros. Según Viollet-le-Duc, una de las conquistas arquitectónicas más notables de los constructores yucatecas es haber empleado la argamasa para unir las hiladas de piedra formando una sola roca, y haber modelado el cemento esculpiendo adornos y figuras. Argamasa, cemento, yeso, estuco, todo ello se componía de cal y arena mezcladas en diferentes proporciones, pero siempre con la dureza de la piedra.

Los morteros, hechos con una cal hidráulica casi pura, tienen una adherencia tan completa, ya en los macizos, ya empleados como revestimiento, que el martillo apenas hace mella en la masa. Pero, si las piedras artificiales han resistido al tiempo perfectamente desde hace cuatro siglos de abandono, no sucede lo mismo con el maderaje de pisos y techos que ha desaparecido casi por completo. Por más que la madera de zapote, empleada exclusivamente, tenga extremada dureza, no es resinosa ni encierra aceites esenciales que alejen los gusanos y los insectos. Los rodetes de madera, superpuestos en forma de pirámides invertidas y colocados sobre los pilares á guisa de capiteles, se han perdido por todas partes; pero su disposición la reproducen en varios templos las esculturas de las fachadas. También se empleaba la madera para unir los remates de dos muros inclinados uno hacia otro, formando así una especie de ojiva, impropiamente llamada bóveda en el país.

No se ha encontrado en los edificios yucatecas ni alrededor de ellos más que un reducidísimo número de vasijas y armas, objetos que suelen verse con tanta profusión en las estaciones históricas y prehistóricas. También son muy pocos los ídolos descubiertos, sin duda porque los indígenas los pusieron en lugar seguro á la llegada de los españoles, y éstos rompieron las efigies no escondidas; pero las esculturas y bajo relieves que representan varios personajes cubren paredes enteras. El tipo de las figuras es el de los indígenas de nuestros días, sobre todo de los lacandones del Este, aunque muy exagerado, con especialidad en los templos de Palenque. Las frentes hacia atrás y las narices aguileñas se consideraban como signos de nobleza, y los escultores no podían menos de presentarlas así en los hombres cuya imagen se ofrecía á la veneración del pueblo. Es de creer, además, que en aquella época, como en la edad contemporánea, las madres yucatecas deformarían artifi-

cialmente los cráneos de sus hijos. Muy contadas son las figuras femeninas que adornan las paredes de los templos de Chiapas y de Yucatán y tampoco se ven efigies de niños ni de adolescentes. Parece que, convencidos de su impotencia para reproducir la belleza, los artistas mayas se limitaron á figurar los tipos convencionales y no desplegaron espontaneidad más que para el modelo de caricaturas grotescas. Parece que modelaban ante todo las carnes desnudas, y, una vez terminado el cuerpo, añadían el vestido y el adorno con nuevas capas de cemento.

Decoran las murallas animales simbólicos, sobre todo la serpiente. Se ven también adornos en forma de trompa, que algunos autores, sin razón plausible, consideran como indicio de que los escultores mayas conocían el elefante y, por consiguiente, habían sido iniciados en su arte por maestros originarios del Asia. Algunos bajo relieves figuran escenas de costumbres, pero en ninguna parte se observan asuntos guerreros como los que llenan las paredes de los palacios asirios y de los templos egipcios. Evidentemente la población maya vivía en una paz profunda en el tiempo que se edificaron los monumentos de su gran época artística. La falta casi absoluta de fortificaciones alrededor de sus edificios y ciudades arguye también en favor del estado pacífico del país y de la naturaleza tranquila de los habitantes. Ciertas esculturas indican que los mayas profesaban un culto fálico, y las manos rojas plantadas á trechos prueban que en Yucatán, como en el Mediterráneo oriental, se colocaban las moradas bajo la protección de la mano poderosa de los dioses ó los genios. Actualmente, todas esas esculturas que se mezclan en los muros medio arruinados (como la fachada de Uxmal que se extiende en una longitud de 100 metros), parecen confundirse en un caos de formas varias que estaban realzadas antiguamente por colores fuertes, el amarillo, el rojo, el blanco, el negro, dando al conjunto un sentido histórico ó místico, de fácil comprensión.

Los jeroglíficos «calculiformes», así llamados por sus contornos generalmente redondeados como los de un guijarro, estaban dispuestos en largas fajas, como los caracteres de un libro, y servían para explicar las esculturas que acompañan. Acaso un día revelen la historia circunstanciada del pueblo constructor ó nos dirán, por lo menos, cuál era el destino de los edificios, designados ahora con nombres españoles caprichosos, y sobre todo cuál es su edad, tema de discusiones incesantes

entre los arqueólogos. Esos mismos signos se reproducían también en telas y cortezas, y los manuscritos se arrollaban ó se encuadernaban en plaquitas. Los documentos jeroglíficos de la lengua maya son raros. Cuatro hay tan sólo en los museos de Europa, y ninguna inscripción bilingüe facilita el sentido de los signos, como lo hicieron la piedra de Rosetta y las tablas cuneiformes de Bisutun, en el Viejo Mundo. Sin embargo, hubo sacerdotes españoles que conocieron ese alfabeto, y hasta se ha encontrado el manuscrito maya de uno de estos misioneros. Los únicos informes que se tienen sobre la escritura yucateca débense á la obra de aquel obispo de triste memoria, Diego de Landa, que quemó los manuscritos recogidos en los templos. Sólo explican unos sesenta signos entre varios millares, y como cada carácter puede ser reemplazado por otros de la misma significación, aunque formados de partes diferentes, compréndese que las traducciones son imposibles.

IV

Poblaciones de Méjico Oriental.

Los grupos de habitaciones de la orilla del Pacífico, separados del interior de Chiapas por una cordillera muy próxima á la costa, que no atraviesan aún carreteras ni ferrocarriles; tienen escasa importancia comercial. La falta de buenos puertos aleja también la navegación. Sin embargo, la suma fertilidad del suelo y la excelencia de sus producciones, sobre todo del cacao, dan á Soconusco un nombre famoso en los mercados de Europa y del Nuevo Mundo. Las dos escalas más concurridas de esta costa son Tonala y San Benito ó Soconusco, las cuales ofrecen acceso á las embarcaciones de poco calado por embocaduras peligrosas, que se abren en un cordón litoral y ponen en comunicación el mar con anchas albuferas. Las transacciones anuales de Tonala ascienden á poco. Dos colinas de los alrededores figuran entre las más ricas que se conocen en hierro. El comercio de San Benito, que exporta los cacaos de Soconusco, es mucho mayor. La ciudad de Unión Juárez, fundada hace algunos años en las inmediaciones del límite con Guatemala, á 1 300 metros de altitud, es el centro de los cafetales de Chiapas. Allí se recogen oayas en todas las estaciones porque la vegetación no se interrumpe nunca.

Más al Norte está Comitán, otro pueblo de la frontera cuyas ferias atraen gran concurrencia de mercaderes. Chiapa de los Indios, la antigua capital de los chiapanecas, y la ciudad cuyo nombre pluralizado se ha transmitido al país entero, está situada, lo mismo que Comitán, en la vertiente del Atlántico, en el valle del gran río que bajo diversas denominaciones, y principalmente la de Grijalva, va á unirse al Usumacinta en la barra de Tabasco. Sobre el actual caserío, sembrado de antiguas ruinas, elévase un peñón con los restos de una fortaleza; Chiapa Nanduime ó el «Ara de color de Fuego». Los guerreros chiapanecas desafiaban desde lo alto á los ejércitos aztecas enviados contra ellos. Cuando los españoles se presentaron á su vez, tuvieron que sostener el sitio de esta ciudadela durante mucho tiempo. Al final, más de dos mil indígenas, reducidos al último extremo por la falta de víveres, se precipitaron desde lo alto de las murallas con sus mujeres y sus hijos. A algunos kilómetros al Oeste de Chiapa, en un valle lateral del Grijalva, se encuentra la pequeña ciudad de Tuxtla, elevada á capital del Estado durante algunos años para castigar una rebelión de los habitantes de San Cristóbal.

La capital actual, San Cristóbal Las Casas, se halla también en el sitio que ocupaba una antigua ciudad india, *Hué Zacatlán*, y como lugar de mercado figura en primera línea en los dos Estados de Chiapas y Tabasco. Ha cambiado frecuentemente de nombre. El de Las Casas, que hoy lleva, se le dió en honor del defensor de los indios, Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas. Fuera de la meseta de Anahuac, San Cristóbal es la ciudad más alta de Méjico; pero los cómputos de su altitud varían de 1.890 á 2.104 metros. Diez kilómetros al Noroeste se encuentra el gran pueblo de Chamula, de casitas dispersas, y cuyos habitantes, todos indios y carpinteros de padres á hijos, proveen al país de muebles, mesas, bancos y sillas, de una forma muy sencilla, pero adornados de esculturas. Estos objetos se mandan lejos y se pagan diez veces menos que los artículos de la misma especie fabricados en Europa: tan escasamente se encuentra retribuida la labor del indio. El pueblo de Simojovel, situado más al Norte, es famoso por su café y sus tabacos, tan reputados como los de Huimanguillo, aldea ribereña del bajo Grijalva, situada á la entrada de las llanuras de Tabasco. A pesar de todo, la mayoría de las haciendas no se ocupan más que de la cría de ganado. El pueblo de Teapa, cuyo río se une al Grijalva cerca de San Juan, es uno de los grandes mercados del país.

San Juan Bautista, la antigua Villa Hermosa y capital de Tabasco, no es más que un caserío edificado en un claro del gran bosque que cubre toda la región del delta. Desde el ribazo del Grijalva, al cual lo une una pequeña vía férrea, domina la admirable red de vías navegables que se ramifica sobre varios millares de kilómetros cuadrados hasta la raíz de la península de Yucatán. En San Juan mismo, el río anchuroso, de mansa corriente, siempre igual, y con sus orillas pobladas de espesa vegetación, ofrece un aspecto de majestuosa grandeza. San Juan Bautista está destinado á ser, en un porvenir próximo, un punto de cruce de los ferrocarriles que han de ramificarse hacia Méjico, el Yucatán y Guatemala. Su puerto en el Atlántico es el pueblecillo de Frontera (Guadalupe), situado en la orilla izquierda del Grijalva, algunos kilómetros más arriba de la barra. Allí se han establecido varias casas de comercio, principalmente para la compra y exportación de maderas. Al Oeste del delta actual, en los bosques pantanosos por donde serpentea el río Seco, antiguo brazo principal del Grijalva, se presenta el pueblo de Comalcalco. Ciudad importante en otro tiempo, ha dado su nombre á ruinas que se prolongan en un espacio de 16 kilómetros y comprenden «millares» de monumentos que forman toda una «cordillera», según la expresión de los indígenas. Otros *cuyos* ó pirámides se elevan entre dos brazos del río en la isla de Bellote, donde se ven también montones enormes de conchas, «desperdicios de cocina» que ocupan un espacio de varios centenares de metros cuadrados con un espesor de cuatro metros sobre la línea de las aguas.

El Usumacinta, que se une al Grijalva más arriba de Frontera, no tiene ciudades en la parte de su cuenca perteneciente á los Estados mejicanos de Chiapas, Tabasco y Campeche. El lugar más conocido de esta región, Palenque, es hoy una aldehuela, situada á 100 metros de altitud en una de las últimas pendientes de la meseta que limitan las tierras de aluvión que surca el Usumacinta. La laguna de Catazaja, que se presenta al Norte rodeada de grandes bosques, es el puerto interior por donde los habitantes de las colinas pueden comunicar en bote con todos los puntos del inmenso delta. Cerca de allí está la aldea de las Tres Cruces, que, según se dice, recuerda el paso de Cortés. Palenque, fundado durante la segunda mitad del siglo xvi bajo la advocación de Santo Domingo, adquirió en seguida, á pesar de su aislamiento en medio de los bosques, gran importancia como lugar de tránsito comercial, porque

allí se unen los senderos que rodean las tierras bajas y los innumerables canales. Palenque era en el siglo XVIII el principal lugar de etapa de las caravanas entre Guatemala y Campeche. La desviación de los caminos del tráfico ha vuelto á sumirlo en la soledad. Aún permanecieron en él cierto número de propietarios, á quien retenían la salubridad del país y la belleza de los alrededores, pero en 1869 los ahuyentó una insurrección de los indios. Ahora el pueblo está casi desierto, y en la plaza mayor crece la hierba.

Quince kilómetros al Sudoeste de Palenque, en pleno bosque, se elevan las grandiosas ruinas, de una ciudad de la que no queda ni el nombre, y que fué acaso Nachán ó Colhuacán, la «ciudad de las Serpientes». Los comerciantes de Palenque ignoraron su existencia hasta mediados del siglo XVIII. Por casualidad se descubrieron sus ruinas en 1746, y no se exploraron con método hasta 1773. Desde entonces han sido visitadas y descritas varias veces, y reproducidas por el dibujo y la fotografía; pero la obra de destrucción ha marchado con rapidez. La humedad del clima, el trabajo de la vegetación, la acción del fuego que ha solido encenderse en medio de las ruinas para abrir claros en las espesuras, la codicia de los escudriñadores ganosos de enriquecer los museos ó sus colecciones personales, ó de los ignorantes que se llevan cualquier piedra como recuerdo, y, en fin, el estúpido afán de destrucción de algún visitante indígena ó extraño, han hecho desaparecer gran parte de los monumentos. El más grande, conocido con el nombre de «palacio», parece haber sido, en efecto, un palacio ó un monasterio, y no un templo, porque está dividido en grandísimo número de cuartos, compartimientos y corredores. Como todos los restantes edificios, se eleva sobre un alto pedestal en forma de pirámide truncada. Una de sus fachadas presenta una serie de pilares sosteniendo un arquitrabe saliente, de efecto muy original, y las paredes están cubiertas de esculturas. Otro edificio de Palenque contenía la famosa «cruz griega», el símbolo del dios del aire húmedo, el «árbol de vida» ó «de fecundidad», que ha dado origen á tantas discusiones entre los arqueólogos. Finalmente en ese mismo templo se encuentra una estatua que se asemeja notablemente á una figura egipcia por su elevada tiara y sus tirillas laterales.

Al Sudoeste de Palenque, como á medio camino de ese pueblo á San Cristóbal, capital de Chiapas, en un valle alto que recorre un afluente occidental del Usumacinta, se agrupan las

casitas de Ococingo, cuyo nombre sirve para designar igualmente una ciudad antigua situada 8 kilómetros más al Este. Los indios la llaman Tonila, es decir, «Casas de Piedra», y se ha dicho, aunque sin pruebas, que esa ciudad fué la antigua Tulha, capital de los toltecas del Sur. La ciudad arruinada de Ococingo encierra una escultura de cemento que asombró á muchos eruditos por su aspecto enteramente egipcio. Es un globo provisto de grandes alas extendidas sobre el pórtico de un palacio. En toda la comarca que separa á Ococingo de Palenque élévanse túmulos funerarios sobre los montes y colinas. Los habitantes del país dicen que aún hay edificios magníficos en las montañas de Tumbalá, entre los dos pueblos, y más al Sur hacia San Cristóbal y Comitán

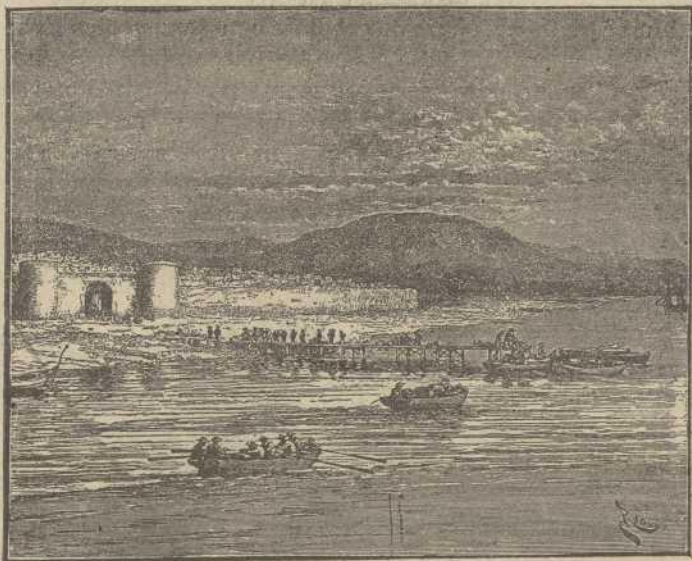
Recientemente se ha encontrado una de esas ciudades desconocidas del país de los lacandones en la orilla izquierda del Usumacinta, en un sitio que los comerciantes de Guatemala y Campeche han tenido que visitar á menudo en sus viajes, pero de que sólo habían hablado vagamente. Son las ruinas de Menche. El paraje que ocupa la ciudad arruinada se encuentra en un promontorio que rodea el río, más abajo de la confluencia del Ococingo y antes de los raudales escalonados hasta Tenosique. Hay montones de piedra que se elevan junto á la orilla y parecen el estribo de un puente desplomado, pero son restos de un muro de cimentación colocado al pie del anfiteatro de las casas y de los templos. Los escarpados aparecen cortados en escalones hasta arriba ó cubiertos de mampostería hoy agrietada, con árboles que salen de las hendiduras. Los materiales son exactamente análogos á los de Palenque. La fachada del templo más importante queda en parte oculta por las ramas entrelazadas. Es un edificio de tres pisos en disminución, que conserva aún huellas de su revestimiento de estuco y de pinturas. El piso superior está dividido en casillas regulares, cada una de las cuales estaba adornada de esculturas. Uno de los dinteles representa dos personajes que llevan «cruces latinas», y en el patio se ve un ídolo con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y un tocado enorme que figura una diadema de piedras preciosas y de plumas. Esta imagen, grave y serena, única por su forma en todo el Nuevo Mundo, recuerda á los budhas del Extremo Oriente. Junto al ídolo se ven vasijas con una substancia resinosa, probablemente incienso que los lacandones quemaban todavía recientemente en honor de su dios.

El pueblecito de Tenosique, pasados los raudales y á la

entrada de las llanuras, la aldea de Balancán y el mercado de Palizada, á orillas de la rama fluvial del mismo nombre, son los principales grupos de cabañas del bajo Usumacinta. La única ciudad de esta parte del delta, Carmen, está situada ya fuera de las tierras fluviales, en un estrecho que pone en comunicación la laguna de Términos con el mar. El puerto es conocido también de los marinos con el nombre de Laguna. Carmen, fundada cerca de la raíz del Yucatán, en el Estado de Campeche, ha substituído á su capital como puerto de exportación del palo de tinte, que empieza á hacerse raro. Hace también un pequeño comercio de cabotaje con los pueblos ribereños de la laguna y del delta, pero no puede vivir más que de las importaciones, porque su isla es una larga playa impropia para el cultivo. El pueblo de Champotón, situado al Nordeste, en el punto donde la costa empieza á dirigirse hacia el Norte, apenas tiene importancia en el día; pero ocupa un nombre en la historia. Allí se empeñó en 1517 el primer conflicto entre los soldados españoles y los indígenas, y los asaltantes tuvieron que reembarcarse precipitadamente: de ahí el nombre de Mala Pelea que los pilotos y marineros dieron á esta bahía en las cartas marinas. Grijalva vengó al año siguiente, aunque con gran trabajo, el revés de su predecesor. En las colinas de los alrededores se ven esparcidos algunos restos de antiguas construcciones mayas. Al otro lado del estrecho, en tierra firme, se elevaba en época de la conquista el pueblo indio de Xicolango ó «Ciudad de las Calabazas», donde se hacía entonces el comercio de la laguna y el delta.

Campeche, ciudad pintoresca, de calles irregulares y casas desiguales, á la sombra de cocoteros, está rodeada de murallas cuyo pie bañan las aguas, y dominada por cerrillos, en los que existen algunos fuertes. Es una de las poblaciones más bellas de Méjico, pero no tiene ya la importancia relativa que tuvo en las épocas del monopolio comercial. Bajo el régimen de la dominación española, Campeche era, con Veracruz y San Juan de Nicaragua, una de las tres plazas de la costa oriental, al Norte del istmo de Darién, abiertas al comercio de España, y este privilegio le aseguraba relaciones importantes en el interior. Entonces Campeche no sólo era el emporio de todo el Yucatán, sino que servía también de puerta al comercio de Tabasco, Chiapas y aun de Guatemala. Las barcas iban y venían por el Usumacinta en beneficio de sus negociantes. Ahora estas diversas comarcas tienen sus vías directas de comercio, y en

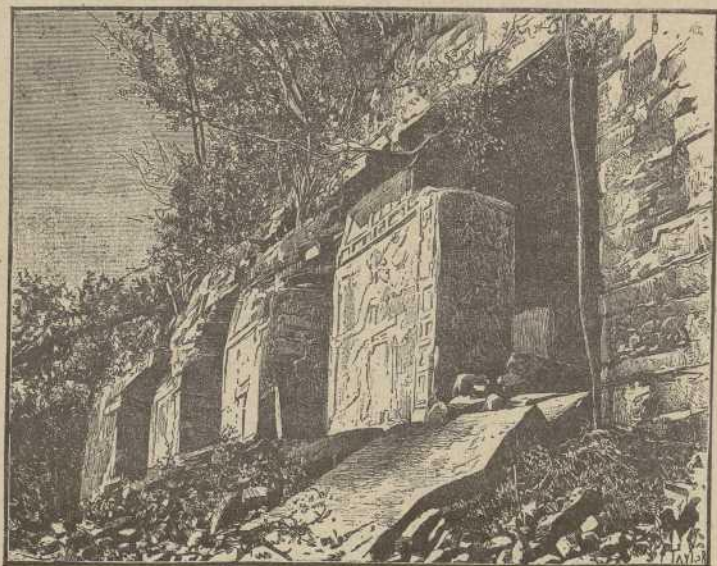
el mismo Yucatán, Mérida envía sus géneros por los puntos más próximos de la costa. Hasta el *palo de Campeche*, que se transporta por los ríos y lagunas, encuentra una salida más fácil por el puerto de Carmen. Si Campeche poseyese un verdadero puerto hubiese atraído una gran parte de las transacciones de la península, pero su rada, de fondo suavemente inclinado, está del todo abierta al temible Norte. La escollera que se interna en el mar no alcanza fondos suficientes para que



Embarcadero de Campeche (Dibujo de Riou.)

puedan atracar allí en todo tiempo las barcas cargadas, y las embarcaciones de 4 metros de calado tienen que anclar á la distancia de 8 kilómetros. Los artículos del menguado comercio de Campeche, son nueces de coco, un poco de madera, azúcar, cueros y sal. Bajo las casas extiéndese un laberinto de galerías por el suelo calizo sin verse en ellas ningún vestigio de morada de hombre, por lo que se cree fuesen necrópolis. En los alrededores de la ciudad vense esparcidas casas de campo á la sombra de los árboles. Un ferrocarril le une á Lerma, pueblecillo de pescadores y estación de baños situada 6 kilómetros al Sur. Una línea más importante, se dirige al Nordeste al través del monte bajo hacia Mérida.

A la vista de un mapa grande del Yucatán sorprende la rareza de lugares habitados, no sólo de ciudades y pueblos, sino hasta de aldehuelas, en las cercanías del mar. La escasa densidad de la población en la zona del litoral se explica en parte por la falta de abrigo en las costas y por la existencia de cenagales, pero se debe también á las invasiones de los filibusteros á que estuvieron expuestos los habitantes del litoral durante los siglos xvii y xviii. Los piratas ingleses, desembarcando de improviso en alguna ensenada de la costa, penetraban á lo lejos por el interior, matando á los hombres, llevándose las



Ruinas de Palenque. (Dibujo de Roux.)

mujeres, y entregando las poblaciones al saqueo y al incendio. Ahora ya no hay que temer esas correrías, pero ninguna industria especial, ninguna riqueza natural han podido atraer á los emigrantes del interior hacia esa zona relativamente desierta. Donde los habitantes se aglomeran siempre en mayor número es alrededor de Mérida, es decir, en la región que era ya la más populosa en tiempo de la conquista.

Mérida, capital del Estado de Yucatán, y antes de toda la península, se levanta en el sitio que ocupó la antigua *Ho ó Ti-hoó*, «Ciudad» por excelencia. El nombre de Mérida que le

dieron los conquistadores se debe, según un autor, á los numerosos monumentos que se elevaban en la ciudad india como en la capital de la Extremadura española. La mayoría de estos edificios eran construcciones piramidales, cuyas explanadas superiores sustentaban templos ó palacios. Todos están destruídos, y las piedras se han utilizado en las casas actuales, decoradas á trechos con antiguas esculturas embutidas en las paredes. No se ven restos de las pirámides más que fuera de la ciudad. Una de ellas, donde se veía no ha mucho un convento de franciscanos con sus claustros y sus huertas, presenta una superficie de unas dos hectáreas y sus pintorescas ruinas forman una especie de ciudadela. Según la antigua costumbre maya, algunas de las calles que dividen la ciudad presentan al extremo la imagen esculpida del animal simbólico á que estaban consagradas, como el flamenco y el gavilán. Las casas blancas, con azoteas y patios moriscos, se parecen á las de Andalucía, pero las viviendas de los arrabales, circuidas de bosque y de jardines, aparecen construídas aún al estilo maya. Son casitas de piedra ó de bambúes entretejidos, levantadas sobre un zócalo á medio metro del pavimento de la calle, y precedidas de un atrio, con muros por ambos lados, rodeado de un banco continuo. Una sola abertura da acceso á la casa. En la parte central de la ciudad se ve todavía el «palacio» blasonado, que se hizo construir Montejo, el fundador de la ciudad española en 1542. Hay un pequeño museo con algunos objetos de interés arqueológico. Mérida es uno de los centros literarios de la República mejicana.

Mérida, enriquecida sobre todo por la venta del henequén ó fibra de la pita, de la cual exporta de 40 á 60.000 toneladas al año, ha venido á ser centro de convergencia de varias líneas férreas que cubrirán poco á poco con su red toda la península, y que tienen á gala construir los yucatecos mismos, sin el concurso de los capitales extranjeros. Sin embargo, la ciudad no se encuentra unida aún más que por una calzada á su antiguo puerto, la pequeña ciudad de Sisal, próxima al ángulo Noroeste del Yucatán. A esta escala de exportación es á la que debe el henequén su denominación inglesa *Sisal-hemp* ó «cáñamo de Sisal», con que es conocido en el comercio. El precio de este artículo, sostenido por una compañía de monopolio norteamericana, se ha elevado al séxtuplo desde mediados del siglo XIX. En 1871 se abandonó la rada de Sisal, peligrosa por las rachas del viento Norte, y se estableció la «marina» de Mérida,

directamente al Norte de esta ciudad, á 36 kilómetros, distancia que se recorre ahora en ferrocarril. Un muelle resistente lleva la vía férrea sobre la laguna de la costa. La ciudad nueva, que substituye á la aldea de Tuxulu y que ha recibido con justicia el nombre de Progreso, no tiene otra ventaja sobre Sisal que su proximidad relativa, pues no vale más como lugar de acceso para las embarcaciones. Los buques mayores tienen que anclar á 5 y hasta 9 kilómetros de la orilla y no pueden acercarse á la playa más que las embarcaciones de corto calado. La rada es tan mala y se halla tan expuesta á los vientos, que los buques tienen que estar siempre listos para hacerse á la mar. Todos los días, después de las once, llegan á ser casi imposibles las comunicaciones de los barcos con la orilla á causa de la violencia de las olas que levanta la brisa del Golfo. Sin embargo, el tráfico de Progreso es muy considerable, y allí hacen escala varias líneas de vapores. La importancia creciente de Mérida influye sobre su puerto, y no son ya la fibrá de pita, la sal y las maderas de tinte los únicos artículos que alimentan su exportación. La llanura se presenta desnuda en torno de Mérida, pero cada pueblo se encuentra rodeado de un oasis de árboles. Las principales casas de recreo de negociantes merideños están sembradas, al Este de la ciudad, cerca del prebto de Tixcotob, famoso por la batalla decisiva que dieron allí los españoles en 1541 contra las fuerzas unidas de los mayas. La industria de los aldeanos es el tejido de las hamacas, que se envían principalmente á los Estados Unidos.

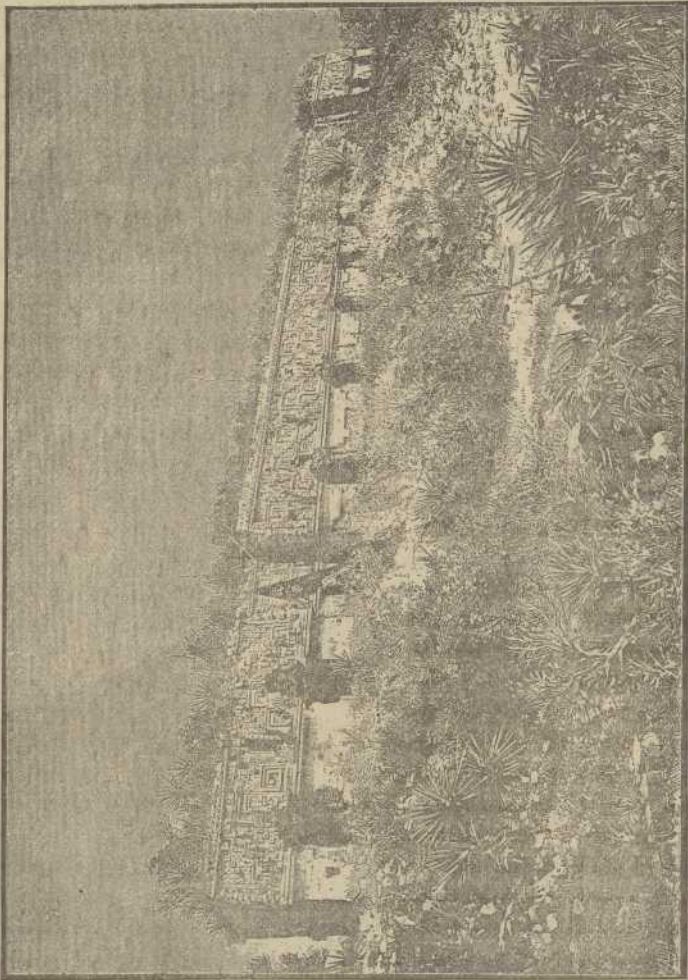
Más de 80 kilómetros al Este de Mérida por las revueltas del camino, cerca del límite de las regiones populosas, se eleva la ciudad del Izamal, cuyo nombre procede del de Izmatul ó Itzenmatul, el «Dios que da el Rocío». Es una antigua capital, pero ya en los tiempos de la conquista española estaba arruinada y se consideraba únicamente como una metrópoli religiosa. Allí afluían peregrinos de todos lados por las cuatro calzadas orientadas hacia los puntos cardinales. Por cima de la ciudad se erguían doce monumentos piramidales ó cónicos, cada uno con su templo ó su palacio. Hoy son montículos informes que asoman sobre el tupido follaje de los jardines. Como ocurre por lo común con todas las ciudades santas, Izamal se ha convertido en pueblo de ferias, gracias á la afluencia de peregrinos, y los mercaderes han substituído á los sacerdotes. Entre Izamal y Mérida se ven los mejores restos de las antiguas calzadas, que los arqueólogos comparan con la vía Appia.

Los mismos yucatecas las cortaron para detener la marcha de conquistadores españoles, y después se han destruido en varios puntos para aprovechar sus materiales en la construcción de edificios, cercas de heredades ó afirmado de nuevos caminos. Elevadas sobre la llanura, que las lluvias inundan á veces, son ligeramente convexas, y tienen sus aceras á los lados. El cemento que cubre su piso forma una costra como de 40 centímetros: tan dura es que puede cavarse por debajo á gran profundidad como bajo la capa sólida de una roca compacta. Parece que este mortero estaba hecho de cal solidificada mediante un agua en que se había empapado la corteza de un árbol especial. Los indígenas ya no conocen esta preparación.

En esta comarca abundan las ruinas. Una de las más notables es la pirámide de Ake, situada como á mitad de camino entre Mérida é Izamal. Es uno de los edificios yucatecas más antiguos, á juzgar por los pilares que lo coronan, formados de enormes pedruscos que descansan, uno sobre otros sin mortero. El aspecto de esa ruina es casi ciclópeo. Treinta kilómetros al Sur de Mérida se encuentra Mayapán ó «Estandarte de los Mayas», que fué durante mucho tiempo capital, según atestigua su nombre. Ha conservado también algunos vestigios de sus templos, especialmente un pabellón en forma de cono, revestido de pitas y otras plantas, y aún se ven allí los restos de un muro de circunvalación de unos 5 kilómetros. Después de la destrucción de Mayapán en el siglo xv la residencia de los soberanos mayas se trasladó más al Sur, á Mini, ciudad destruída también por los españoles, y donde se hizo en 1550, según se dice, el auto de fe de los manuscritos yucatecas, ordenado por el obispo Landa. El humilde pueblo que ha substituído á la capital se designó durante mucho tiempo, en recuerdo de su antigua categoría, con el nombre de Corona Real.

Los monumentos mayas más numerosos se encuentran al Sudoeste y al Sur de Mérida, á lo largo de la cadena baja de colinas calizas orientada de Sudeste á Noroeste hacia el ángulo del Yucatán. Uxmal ó «Tiempo pasado», situada cerca del extremo Noroeste de esta hilera de alturas, sobre aguas subterráneas, es la localidad más famosa del grupo, la más rica en construcciones notables. Una de ellas, llamada la «casa del Gobernador», es uno de los palacios mayas mejor conservados y puede considerarse como el tipo de otras muchas ruinas del Yucatán por su masa cuadrilátera larga y estrecha, con una doble fila de departamentos que separan corredores de

paredes inclinadas y cubiertas por un techo horizontal. El piso superior está ricamente decorado de grecas, me lias lunas, rombos y adornos de diversa forma que revelan un gusto origi-



Ruina de Uxmal.—Casa llamada del Gobernador. (Dibujo de Roux.)

nal. Una de las decoraciones exteriores es la que ciertos arqueólogos han tomado por la representación de una trompa de elefante. Hay otro palacio mayor, la «casa de las Monjas», decorado más suntuosamente aún. En ninguno de los monumentos arruinados de Yucatán se ve mayor variedad de motivos tra-



tados con más acierto. Innumerables son los montones de piedras, los túmulos, las pirámides convertidas en cerrillos cubiertos de árboles, que se aglomeran en las cercanías de Uxmal, de Ticul, de Tekax, y en las dos vertientes de las alturas que se prolongan al Sudeste; en Nohpat, en Sacbe, Kabah, Sanacte, Labna y Zayi. Las ruinas de este último pueblo figuran entre las más grandes de Yucatán, y apenas se atreven á acercarse á ellas los indígenas, pues á veces, dicen, vibra entre las piedras una música misteriosa. Al Sur de la cadena de cerros están esparcidas las ruinas hasta la ciudad recién fundada de Itúrbide, situada en la frontera del Yucatán civilizado y del territorio que habitan los indios salvajes. Más lejos, hacia Guatemala, los arqueólogos descubrirán seguramente otros monumentos de las poblaciones mayas.

La ciudad más importante de la parte oriental de Yucatán, la antigua Zici ó «Arcilla Blanca», lleva el nombre español de Valladolid. Se halla en el centro de una región de cultivo bastante fértil, y una de las más saludables, puesto que allí se envía frecuentemente á los tísicos de Campeche y Mérida; pero, como tantas otras ciudades de Yucatán, es más interesante por las ruinas de los alrededores que por sus monumentos modernos, y además casi se ha despoblado como ciudad fronteriza durante la guerra contra los mayas rebeldes. Sus manufacturas de algodón no existen ya. Treinta y dos kilómetros al Oeste de Valladolid se encuentra la antigua Chichen-Itza, donde residieron los soberanos de la familia de los Itzas. Hoy es una aldea sembrada de ruinas que, cuando la conquista, sirvieron sucesivamente á los indios y á los españoles de murallas y fortalezas. La pirámide de Chichen-Itza, bastante bien conservada aún, es accesible por una escalera monumental guarnecida de árboles y que remata al pie en dos cabezas colosales de serpientes con la boca abierta. En Chichen-Itza, bajo una capa de escombros de 8 metros de espesor, se ha descubierto la más bella estatua del arte nahua, expuesta ahora en el museo de Méjico, la del rey Chac-Mool, el «Rey Tigre», personaje tendido de espaldas y mirando de lado, hacia su derecha. La cabeza, de facciones regulares, está adornada de tirillas á la usanza egipcia. La sobriedad majestuosa de esta estatua contrasta notablemente con las figuras sobrecargadas de monstruosos adornos que se encuentran en tantos otros templos de Méjico, Tabasco y Chiapas. El cenote, que ha valido á Chichen-Itza su nombre, que significa «Boca de las Fuentes», resulta de una

apariciencia siniestra. Es un ancho pozo de unos 150 metros de circunferencia, en cuyas paredes forman cordones circulares los rebordes de las capas. El agua, verde y profunda, á 20 metros bajo el acantilado, refleja los árboles que se inclinan á la orilla y los festones colgantes de enredaderas. Todavía en 1560 se echaban allí hombres vivos como sacrificio á los dioses.

Al Norte y al Nordeste de Valladolid, en el distrito de Tizimín, productivo en algodón, abundan igualmente las ruinas. Las de Ek-Balam ó del «Tigre Negro», son notabilísimas por sus pinturas murales. En la costa del Este se elevan también antiguos monumentos sobre los promontorios, y los matorrales del cabo Catoche cubren una ciudad entera. Más al Sur se hallan El Meco y Cankun, enfrente de la isla de las Mujeres; Paalmul y Pamal en las orillas del estrecho que separa á Cozumel de tierra firme; y Tulum, situada más al Norte, en el remate de un acantilado. Esta última parece haber sido una capital poderosa. Por la parte de tierra la defendían del enemigo las tres caras de una muralla de circunvalación todavía bastante sólida. Sus torreones bien conservados igualmente, son quizá de los que hablan los primeros navegantes. Algunos templos de esa comarca asombran por sus dimensiones liliputienses: provistos de una estrecha abertura por donde apenas puede entrar un hombre, parecen hechos por un pueblo de enanos. La parte del litoral donde se encuentra Tulum pertenece ahora á los indios libres, y en este distrito se eleva una «cruz sagrada» ante la cual se reúnen en las grandes solemnidades para oír salir de la piedra la «voz de Dios». Ella es quien designa los jefes, quien pronuncia sobre la paz y la guerra, y quien condena ó perdona á los culpables. Habiéndose atrevido á penetrar en el país un sacerdote católico, se le llevó delante de la cruz, y la cruz mandó matarlo.

En cuanto á la isla de las Mujeres, tierra que forma parte del cordón litoral alrededor del ángulo Nordeste de la península yucateca, ha permanecido, como las demás islas, en poder de los yucatecos mejicanos. Su nombre mismo recuerda el papel especial que desempeñó en la religión de los mayas, pues la muchedumbre afluye á su templo para adorar las divinidades femeninas del Yucatán. Hoy la habitan algunos centenares de pescadores negros y mestizos que comercian directamente con la Habana. La gran isla de Cozumel, que se divisa más al Sur, á una veintena de kilómetros del litoral, era también un lugar de peregrinación muy visitado. Es la antigua

Ahuczamil ó «de las Golondrinas», uno de cuyos templos contenía efectivamente la imagen de un dios con pies de golondrina. La isla, cubierta de vegetación, no ha sido aún explorada por completo, pero, sin embargo, los españoles se habían establecido ya en ella, antes de la conquista del Yucatán, y construido una iglesia, cuyas ruinas se ven aún. Los que la encontraron en los matorrales y descubrieron el altar y la cruz se figuraron ver en ellas los restos de una civilización cristiana anterior á la conquista. Todavía quedan algunos vestigios del camino empedrado, cruzado por otros caminos, que atravesaba la isla de Norte á Sur. Cuando los indios de Santa Cruz saquearon á Valladolid, esta isla fué colonizada de nuevo por fugitivos que fundaron dos aldeas y descuajaron el suelo para cultivar el maíz y el algodón.

V

Mayas salvajes.

La parte meridional de la costa, desde Tulum á la bahía de Chetumal, está poco poblada, y sus escasos habitantes son indios no mezclados aún con los españoles, y que conservan á la vez su lengua, sus costumbres y su independencia efectiva. La «línea del Sur», es decir, la cadena de puestos fortificados, que sigue próximamente los 20 grados de latitud por Peto, Ixmú y Tihosuco, limita al Norte el territorio de correrías de estos mayas libres. En otro tiempo traspasaron frecuentemente dicha línea y devastaron la comarca hasta Valladolid y Tekax. Hasta se dice que en esta ciudad mataron á machetazos á más de 2.000 personas. Ahora hay una «comarca» intermedia que separa á los yucatecas sometidos de sus hermanos independientes, y éstos no se atreven ya á pasar de allí. En la guerra atroz empeñada hace algunos años entre mejicanos y mayas no hay maldad que no se haya cometido. Los primeros vendían sus prisioneros á los plantadores de la Habana al precio de 2.500 á 3.000 pesetas, no como esclavos, sino como «contratados por diez años», que es otro modo de designar una suerte análoga. Los insurrectos indios á su vez reservaban los cautivos para utilizarlos en las plazas como toros de lidia. Sin embargo, los mayas, que tienen mucha afición á la música, respetaban, según se dice, á los prisioneros que sabían tocar un instrumento

para que animasen sus fiestas. Una de sus aldeas está poblada de mayas españolizados. Los fugitivos de las provincias civilizadas van á veces á pedirles asilo, y ellos los acogen perfectamente.

A estos mayas se les da el nombre de bárbaros, y sin embargo, apenas están menos civilizados que los otros indios, pues cultivan sus tierras del mismo modo, y cuidan sus caminos. Fabrican sus propios machetes, en forma de cimitarras, con hierro que importan de Belize, y de esta misma ciudad inglesa traen sus fusiles. De aspecto cenceño en su mayoría, se presentan muy bien como militares: tan precisos con sus movimientos, y tan bien llevan las armas. Ninguno sabe leer ni escribir, y han olvidado las ceremonias del culto católico, pero no obstante, construyen cabañas á las que dan el nombre de iglesias, y que sirven de paradores para los viajeros. De trecho en trecho elevan cruces á la orilla de los caminos. Su cacique es al mismo tiempo gran sacerdote, y reina en virtud del derecho de la fuerza, hasta que otro jefe tiene bastantes partidarios para conquistar el poder á su vez.

Su capital es el pueblo de Santa Cruz edificado en las llanuras, al Oeste de la bahía Asunción, y en él se defendieron bizarramente en 1771 contra las tropas enviadas de Mérida. Ese pueblo se designaba hace poco con el nombre de Chan ó «Peña Santa Cruz», denominación que ahora se da á otro pueblo arruinado situado mucho más al Mediodía. Bacalar, ó mejor, Bajalal, «Cerca de Cañas», á la orilla pantanosa de un lago cuyo desagadero se vierte en la bahía de Chetumal, fué una colonia española fundada en 1544 con el nombre de Salamanca. Destruída en 1633 por los piratas, fué reconstruida y fortificada en 1730. Todavía recientemente hacía un comercio bastante activo con la ciudad inglesa de Belize; pero los indios sublevados la sorprendieron y exterminaron á toda su población. No es ya más que el esqueleto de una ciudad: la antigua iglesia está llena de calaveras. Fuera de lo que fué la ciudad hay establecido un puesto militar de mayas.

MÉJICO ACTUAL

I

Densidad de población.

La población de Méjico no ha crecido en la misma proporción que la de casi todos los demás Estados americanos. La sangrienta guerra de la Independencia, que duró dos años; las conspiraciones militares; las revoluciones internas atizadas por las ambiciones personales, pero debidas en realidad á los odios de casta y de raza; la miseria de los campesinos á quienes falta la tierra; las depredaciones de los indios salvajes, apaches, comanches y mayas, en las fronteras del Norte y del Sur y, en fin, dos guerras extranjeras, una con los Estados Unidos, otra con Francia, han aminorado mucho el incremento normal de los habitantes. A pesar de eso, el número de mejicanos se ha elevado á más del doble desde principios del siglo xix. En 1808, Humboldt, discutiendo detenidamente todos los datos estadísticos proporcionados por la administración de Nueva España, calculaba el total de la población en 5 837.100 individuos, ó sea 5.767.000 en la parte del territorio que constituye el Méjico actual. Ochenta años después de la valuación de Humboldt, el censo de la República mejicana arrojaba una población de 11.395.712 personas. Hoy tiene más de 12 millones. Ciertamente, Méjico está bien poco poblado en comparación de los países de Europa, y sobre todo de las regiones industriales de la Europa occidental; pero figura en el número de los países del Nuevo Mundo que poseen una población de mayor densidad relativa, y aun sigue muy de cerca á los Estados Unidos. La parte central de la República, desde Puebla á Guadaluajara y desde San Luis de Potosí á Morelos, es, como se sabe, la región más populosa, gracias al clima y á la facilidad relativa de las comunicaciones. Mientras que en la mayoría de los países las llanuras aventajan á las tierras altas en número de habitantes, en Méjico sucede lo contrario.

La inmigración, que ha adquirido tan gran importancia económica en los Estados Unidos, en el Canadá y en la Argen-

tina, tiene un influjo secundario en el crecimiento de la población mejicana y en el desarrollo de sus recursos. Fácil es comprender por qué los emigrantes del mundo antiguo van á Méjico en corto número. Las únicas tierras desocupadas en este país son las llanuras áridas del Norte, expuestas no ha mucho á las incursiones de los indios salvajes, y las regiones forestales del Mediodía, están en gran parte inundadas y son de clima temible para el hombre blanco. No es en Chihuahua ni en Tabasco donde pueden obtener fruto los trabajadores europeos, á menos de circunstancias enteramente excepcionales. Y en las regiones cuyo suelo está ya repartido ¿cómo los emigrantes de Europa, que esperan un precio relativamente elevado para su trabajo, han de intentar sostener la competencia con los indios puros ó mestizos, que se contentan con el salario más mínimo ó que, agobiados de deudas, acaban por trabajar casi gratuitamente como verdaderos siervos? El territorio mejicano, dividido ya en grandes haciendas, apenas tiene puesto para los pequeños agricultores, que en otras comarcas constituyen el ejército de emigrantes, y con raras excepciones las diversas tentativas hechas por el gobierno ó por particulares para colonizar tierras con trabajadores extranjeros, italianos ó de otras nacionalidades, no han tenido éxito, y los colonos se han dispersado dejando su puesto á los mejicanos.

Pero, si el cultivo del suelo lleva á Méjico pocos inmigrantes, el número de extranjeros atraídos por la industria y el comercio es más considerable cada año. La construcción de los ferrocarriles, de los telégrafos y de las fábricas, ha valido á Méjico la llegada de miles de americanos del Norte, mecánicos, ingenieros y artesanos. De Italia cada vez es mayor el número de obreros y marineros que desembarcan, y la comunidad de la lengua facilita el establecimiento de muchos españoles en el país que descubrieron sus ascendientes. El número de «peninsulares» inscritos en los registros de los consulados de España es grande; pero la cifra real resulta mucho más elevada, porque los inmigrantes, sobre todo las mujeres, no siempre se toman el trabajo de presentarse ante sus cónsules, y aun procuran evitar el disgusto de verse clasificados entre los *gachupines*. Todavía se conserva contra ellos un resto de preocupaciones nacionales. Después de los españoles, los que más abundan son los franceses é italianos.

II

Agricultura de Méjico.

Lo mismo que en los demás países cuya población crece rápidamente, la agricultura y la industria se han desarrollado en mayores proporciones. El maíz, que proporciona la cosecha principal en toda la zona templada y aun en las mesetas, es el cereal por excelencia para los hispano-mejicanos, como lo fué para los aztecas en su día. El manjar nacional en cuya preparación se ocupan cada día más de un millón de mujeres, es aún la tortilla ó torta caliente de maíz. El valor anual de las cosechas es, por término medio, de 550 á 600 millones de pesetas. El trigo, que se cultiva en «tierra fría», al lado del maíz, tiene un valor mucho menor en la economía de la comarca, y no representa anualmente más que un centenar de millones. La producción de la cebada es menor todavía, y el arroz no se recoge más que en las regiones bajas, al lado del Manioc, en las dos vertientes del Pacífico y del Atlántico. Los fréjoles entran en la alimentación de la mayoría de los mejicanos, y todos los años se recogen, en unión con los guisantes, habas y lentejas, por valor de más de 50 millones de pesetas. Las patatas apenas se estiman en su país de origen. Después del maíz y las judías, lo que más buscan los mejicanos para su alimentación es el plátano, fruto de procedencia asiática. En las partes más cálidas de las tierras templadas un grupo de 4 ó 5 plátanos produce por término medio de 15 á 18 racimos, ó sea, de 620 á 720 frutos. Ahora bien, 12 plátanos al día bastan para saciar á un hombre, y un platanar de 15 metros cuadrados es el terreno preciso para subvenir á la alimentación de un indígena, mientras que para conseguir otro tanto con el cultivo del trigo, se necesitaría una extensión de 120 metros cuadrados por lo menos. ¡Y qué de frutos pueden sacar á sus mesas los mejicanos! Todos los que producen la zona tropical y la zona templada: las naranjas y las nueces de coco, la uvas y las chirimoyas. No hay mercados de frutas más maravillosos en cuanto á variedad de productos que los de Méjico y demás ciudades de la meseta.

La bebida usual de los mejicanos no la da la vid, aunque ésta prospera admirablemente en diversas partes de Méjico,

sobre todo en Chihuahua y los demás Estados del Norte, desde Zacatecas hasta la frontera americana. Verdad es que la producción de vino aumenta de año en año, pero sólo para el consumo de lujo. La planta que da el licor nacional es el maguey ó la *grave americana*, de que los agricultores conocen más de treinta variedades. Se cultiva en las altas vertientes de las tierras templadas y en las tierras frías, y principalmente en los suelos arenosos y ligeros de la meseta, entre 1 800 y 2.400 metros. Los campos de maguey ocupan millares de kilómetros cuadrados entre Tlaxcala, Pachuca y Méjico. El *pulquero* obtiene el vino de maguey «castrando» la planta en el momento en que se encuentra en toda su fuerza y está á punto de desarrollarse el candelabro. La savia que hubiese servido para formar este último con sus flores laterales, llena la profunda cavidad de la herida, que se vacía de dos á nueve veces diariamente, según las especies y los años, durante todo el periodo de la floración. Hay plantas que han suministrado así durante una estación hasta 1 000 y 2.000 kilogramos de savia ó *aguamiel*, que puede ya beberse con una ligera mezcla de agua. Pero por lo común se deja fermentar el licor, que se transforma en *pulque*, y se consume en seguida en el lugar de producción ó se envía por vías rápidas á los mercados del contorno. La gran línea de Orizaba á Méjico y los demás ferrocarriles de la meseta tienen sus trenes diarios de pulque, que transportan á veces centenares de toneladas de este licor. Aún no ha podido explicarse por qué los españoles de Méjico han tomado el nombre chileno ó araucano de *pulque* para designar el licor del maguey, que los mejicanos designaban antiguamente con el nombre de *octli*. Naturalmente, la leyenda azteca atribuye su descubrimiento á un príncipe, á quien el rey, como es costumbre en todas las leyendas, recompensó dándole su hija.

El pulque repugna en un principio á los extranjeros á causa de su olor á carne corrompida ó á queso rancio, pero por lo común se acostumbran á él muy pronto, y los higienistas ponderan sus propiedades estomacales. Se parece mucho por su composición á la leche de yegua y al *kumis* de los kirguises. Bebido en gran cantidad, embriaga como el vino, y se dice que la embriaguez provocada por esta bebida excita á la disputa y á la violencia. Además del pulque, el agave, tratado de diversas maneras, proporciona otras bebidas, dulces ó ácidas, suaves ó espirituosas, entre ellas los aguardientes conocidos con los nombres de *mexcol* y de *tequila*, que los ingleses llaman

mexicam brandy. Según una estadística, las bebidas fermentadas que se fabrican para el uso ordinario en las provincias de Méjico, se elevan á setenta y siete, y entre estos licores no se cuentan los importados de los Estados Unidos y del antiguo mundo. Se emplea la cebada para preparar una especie de cerveza; los frutos del cactus opuntia ó «higuera de Berberia» sirven para la fabricación del *colonche*, que tiene el aspecto de la sangre, y también se utilizan para hacer aguardiente las guayabas, las ananas, el maíz, la caña de azúcar, la savia de palmeras y hasta las vainas de mezquite. El manjar principal de Chiapas y Tabasco, bebida y alimento juntamente, es una especie de papilla de maíz, llamada *posole*. Los jarochos de la costa oriental masean también la *chicha*, substancia elástica producida por el jugo lechoso del zapote.

El maguey, que los mejicanos llaman (como en otras partes al cocotero), «p'anta de las maravillas», suministra aún otros productos á más del pulque y el mexcal. A los antiguos aztecas les daba el papel y procura á sus descendientes una especie de goma, jabón, y sobre todo, fibras que se emplean, según las especies, para la fabricación de cepillos, cuerdas, hilos y telas. Las variedades pequeñas de maguey llamadas *ixtli* y *lechuguilla*, contribuyen en gran parte al enriquecimiento de San Luis de Potosí y de Valles, y los zapotecas de Oaxaca envían toda clase de objetos de fibra de pita. El *henequén* ha hecho mucho más aún por la prosperidad del Yucatán, y precisamente las regiones más áridas del país son las que han producido más á sus propietarios, gracias á este cactus. La fibra de esta planta sirve para fabricar cables, cuerdas y telas ordinarias, que, aunque inferiores al cáñamo en solidez, no dejan de ser muy p^edi- das por la industria, sobre todo en la América del Norte. El henequén es el que ha valido al Yucatán su red creciente de vías férreas, los muelles construidos en sus costas y el rápido crecimiento de su población. Cada hacienda posee su máquina de vapor para partir las hojas de cactus y limpiar la fibra.

Entre los artículos de exportación de Méjico hay dos, la cochinilla y el indigo, que han cesado de tener gran importancia, arruinados por la competencia de la cochinilla canaria y del indigo del Ganges, y reemplazados en parte por los colores de origen mineral. El que más ha decaído es la cochinilla. Oaxaca, que era en otro tiempo el principal lugar de producción, no saca hoy para los gastos del cultivo, y por eso las higueras chumbas, cuyas hojas alimentaban el insecto, se han

substituído con otras plantas, sobre todo con el café. Pero hay otra especie de cochinilla que da mucho y que se empieza á cultivar. Es el *aje* ó *axin* ó «cochinilla de grasa», muy común en toda la parte baja y templada del Mediodía de Méjico. Las hembras adultas del insecto, cocidas en una vasija de metal, dan como el 27 por 100 de su peso de una grasa, el *axin*, que tiene la consistencia de la manteca y es la substancia aceitosa más secante que se conoce. Los yucatecas la utilizaban antiguamente para pintar sus habitaciones, y los norteamericanos empiezan á usarla. Cada árbol poblado de *ajes* puede dar de 10 á 12 kilogramos de insectos, ó sea tres kilogramos de grasa.

Méjico toma cierta parte en la producción de los artículos agrícolas que alimentan el comercio del mundo, pero no figura en primera línea ninguno de ellos. El algodón, que se cosecha principalmente en los Estados septentrionales lindantes con la República norteamericana y en los de Guerrero y Veracruz, da su fibra á la industria nacional. La caña de azúcar, introducida en Méjico por Hernán Cortés y cultivada en los Estados del Sur, Moretos, Puebla, Campeche y Yucatán, subviene casi exclusivamente al consumo local. El cacao que se da admirablemente en las pendientes inferiores de las montañas de Soconusco, y aun en el interior de Chiapas, crece en regiones demasiado poco habitadas para que pueda ser considerable la cosecha anual. El café tiene más importancia económica en la producción del país y en el comercio de exportación. Oaxaca tiene millones de arbustos; y también son muy extensos los cafetales de las tierras templadas de Veracruz. El café más apreciado de todos es el de Uruapán, en Michoacán. Los tabacos de las orillas del Papaloapam, del macizo volcánico de Tuxtla y de los montes avanzados de Tabasco apenas ceden en aroma á los de la Habana. Por efecto de las guerras de Cuba, muchos plantadores desterrados de la Gran Antilla importaron su industria á Méjico. La vainilla prospera también perfectamente en las tierras cálidas y húmedas que ofrecen las primeras elevaciones del suelo al pie de la Sierra Madre oriental, sobre todo en los alrededores de Papantla, y Méjico fué en otras épocas la comarca que exportaba en mayor cantidad la perfumada corteza. Ahora lo aventaja con mucho en ese cultivo la isla francesa de la Reunión. Las plantaciones de moreras, que, según se dice, inauguró Hernán Cortés, carecieron mucho tiempo de importancia, pero en estos últimos años ha progresado la cría de gusanos de seda. Los agricultores han hecho algunos ensa-

yo para la propagación del yute y del ramio. Las mejores especies de cinchona han prosperado perfectamente en las pendientes orientales del Orizaba y de las montañas vecinas, que se encontraban ya casi enteramente despobladas; y donde quiera que algunos colonos emprendedores de Chiapas y de Tabasco han hecho plantaciones de árboles de caucho para poner término á la destrucción de los bosques, la producción ha crecido notablemente.

Una de las grandes industrias de la República mejicana es la cría de ganado. En algunas haciendas de las provincias relativamente áridas del Norte y en las sábanas húmedas de ciertas regiones de Veracruz y Tabasco, la población se compone casi únicamente de vaqueros, cada uno de los cuales tiene bajo su vigilancia centenares de cabezas de ganado vacuno ó de ocho á diez hatajos, es decir, más de 200 caballos. Algunas haciendas tienen hasta 30.000 cabezas de ganado. Los vaqueros, indios y mestizos en su mayoría, no se parecen á los demás mejicanos. Hombres semisalvajes que con el lazo detienen al potro indómito ó tumban al toro, son los centauros que ponen en escena algunos novelistas, celebrando sus amores, sus combates y sus heroicas aventuras. Pero sucélese las generaciones, y con ellas cambian las industrias. Antiguamente el toro y el caballo vivían libres en las dehesas como el búfalo ó el bisonte, y los vaqueros eran más bien cazadores que pastores. Después de cazar la bestia para marcarla con las iniciales del propietario, la soltaban en el llano hasta el momento en que tenían que cazarla nuevamente para degollarla ó entregarla á un co aprador. Hasta caballos *mustangs* ó *ludinos*, vueltos al estado salvaje, vivían en los campos de matorrales, lejos de las aguas corrientes, y en estío, cuando estaban secos todos los charcos, apagaban la sed comiendo las palas de cactus no espinosos. Ahora muchas haciendas crían el ganado. Se crean nuevas razas merced á la importación de animales europeos, americanos ó asiáticos, y así, el cebú de la India y el carabao de Filipinas se han introducido con éxito en los establos de Méjico. También se han cruzado con otras razas los caballos andaluces que llevaron los españoles cuando la conquista, y que tienen ya de suyo excelentes cualidades, fogosidad, fuerza y resistencia. Cada día son mayores las exigencias de los apuestos jinetes mejicanos, tan orgullosos de su gallardía en el corcel, de su elegante traje con bordados y torzales de oro, y de su destreza para hacer piafar y caracolear á sus cabulgaduras y lanzarlas á

toda velocidad al través de breñas y barrancas. Los criadores aprecian menos el ganado menor, ovejas y cabras; pero en ciertos Estados, especialmente en Mejico y Jalisco, pacen manadas numerosas de puercos en los campos y en los bosques.

III

Régimen de propiedad.

Cuando los españoles llegaron al país, con sus ideas tradicionales sobre la propiedad, no comprendieron el régimen comunal que existía entre los indígenas. Veían en Moctezuma una especie de emperador como aquel de que ellos eran súbditos, y se figuraban los grandes personajes del imperio como vasallos que tenían en feudo vastos dominios. Creyeron que les bastaba reemplazar á los príncipes mejicanos, y Hernán Cortés dió el ejemplo apoderándose de inmensos territorios, tales como el distrito de Cuernavaca y el Valle de Oaxaca, con las poblaciones que comprendían. Así se distribuyó casi toda la comarca entre los conquistadores, y los moradores, ignorantes en lo antiguo de que fuera posible apropiarse el suelo, convirtiéronse á su vez en una propiedad como la tierra. Sin embargo, solía dejárseles el uso de un pequeño reservado en un radio de algunos centenares de metros alrededor de la iglesia. Aún existen ciertos distritos apartados, sobre todo al Mediodía, donde las tribus ocupan en común su antiguo *Calpulli*. Cada cual tiene su lote, y en caso de ausencia de un partícipe ó de falta de cultivo de un campo, se procede á nueva distribución. Pero los indios no consiguen mantener este primitivo régimen más que rechazan lo firmemente, aunque con deferencia, toda visita de los blancos y los mestizos. Antes no recibían al sacerdote más que una vez al año para lavar sus pecados con una confesión general.

La guerra de la Independencia derrocó á los españoles, pero se ha mantenido el sistema de la gran propiedad que introdujeron. Las haciendas no son granjas, sino divisiones territoriales, que tienen la superficie de un cantón, cuando no más. Como medida de superficie, una *hacienda* es una extensión de 88 kilómetros cuadrados, pero las hay al Norte de la República que abrazan un espacio cien veces mayor ó sea la superficie de uno de los grandes departamentos de Francia. Desde Saltillo á

Zacatecas, en un espacio como de 300 kilómetros, el suelo—según dice un autor—pertenece á tres personajes solamente. El centro de cada finca, de la cual es imposible que un propietario haga cultivar más que parcelas relativamente exiguas, es un edificio fortificado en cuyo derredor han construído su aldea los servidores y clientes, y que sirve de ciudadela ó centro militar durante las guerras civiles. A la residencia del señor conducen todos los caminos, y en sus inmediaciones se celebran los mercados.

Todos los viajeros tienen que pasar por allí, bien para pedir hospitalidad, bien para procurarse caballerías y viveres. Los vastos cercados próximos á la hacienda son los refugios donde los vaqueros meten el ganado para librarlo de los salteadores indios y de los animales carniceros. Pero, haciendo el vacío en torno suyo, los ricos hacendados facilitaron el paso á las incursiones, y merced á este funesto régimen podían no ha mucho los apaches y los comanches realizar sus atrevidas correrías al interior de la República. Como decía Humboldt hace cerca de un siglo, «Méjico es el país de la desigualdad; no la hay más espantosa en ninguna parte en cuanto á distribución de las fortunas».

Los censos contaban á mediados del siglo XIX más de 13.000 ranchos ó pequeñas propiedades con una «cabaña» por centro de habitación: pero todos esos ranchos, aunque hubieran sido del dominio absoluto de campesinos libres, no constituían más que una parte casi imperceptible de la riqueza nacional. Desde dicha época se han registrado y concedido ó vendido grandes extensiones de tierras nacionales; pero un tercio de estas tierras se ha dado gratuitamente á compañías agrimensoras, y una buena porción del resto se ha asignado á otras sociedades ó particulares en lotes de 2.500 hectáreas. Más de 6.000.000 de hectáreas posee de este modo una sola compañía. Los campesinos han recibido solamente un reducido lote. La masa de la población se compone de gentes á las que ocupan los concesionarios de minas ó los propietarios territoriales. Los mineros son los más independientes gracias á la proximidad de las ciudades que se han construído al lado de las grandes explotaciones; pero los trabajadores de los campos, retribuídos pobrísimamente y dependientes de los hacendados por la fuerza de las cosas, solamente en el nombre se diferencian de los verdaderos siervos. Faltos de los recursos indispensables, no pueden recibir anticipos de otro que del señor ó de su mayordomo, y estos

anticipos en especie, que se les fian á precios usurarios, únicamente pueden satisfacerlos empeñando durante años su trabajo futuro. De año en año ven alejarse la perspectiva de la liberación, y la deuda abrumadora se transmite de padres á hijos. Verdad es que, según la Constitución, todo mejicano es libre: ningún propietario tiene el derecho de esclavizar á un jornalero por deudas ni de venderlo á otro mediante el pago de la totalidad ó de parte de su crédito real ó ficticio; el hijo no es ya legalmente heredero de las deudas del padre, y la ley prohíbe empeñar por anticipos el porvenir de los menores. Pero en más de un distrito apartado de las capitales, y sobre todo en las provincias del Sudeste, la ley es letra muerta, y aun parece que á ocultas se venían hasta hace pocos años indígenas á los plantadores de la Habana. De hecho, la esclavitud existe aún como en los primeros tiempos de la conquista, cual una consecuencia natural del régimen de la propiedad. ¡Morir esclavo en un país tan bello!..... «¡Ah! ¡qué bello es el mundo! ¡lástima que yo me muera!»: tal es la canción que se oye entonar cerca de las aldeas de Tabasco. «El viajero que atraviesa el país no podría olvidar—dice Morelet—la poesía plañidera de esos acantos, que flotan continuamente en el aire alrededor de los lugares habitados.»

IV

Minas de Méjico.

La principal riqueza de Méjico á comienzos del siglo *xix*, después del maíz, el maguay y los demás artículos alimenticios de primera necesidad, consistía en metales preciosos, y la exportación se alimentaba casi exclusivamente del producto de las minas. Verdad es que este producto, aun sin contar sumas enormes que entraban en Europa de contrabando, sin que el fisco tuviera su participación, representaba un total fabuloso.

Méjico posee multitud de filones auríferos; pero sus grandes tesoros son las minas de plata, cuya producción se valúa en miles de millones desde el descubrimiento de América. La proporción del oro recogido en Méjico no representa más que las tres centésimas partes de la plata. Según las investigaciones de Humboldt, el valor total del oro y de la plata suministrados por los yacimientos metalíferos de Nueva España se elevaban á

10.647 millones de pesetas desde el tiempo de la conquista hasta el año 1803. Soetbeer, Del Mar, Neumann y otros economistas consideran algo alta esa cifra; pero, de todos modos, la suma de los metales preciosos entregados por Méjico hasta el presente llega, según sus cálculos, á un total formidable, á más de 20.000 millones de pesetas. Es más de la quinta parte de la producción total del mundo durante los cuatro siglos transcurridos desde el viaje de Cristóbal Colón. En 1850, antes de emprezarse la explotación de las minas en California, Arizona y Nuevo Méjico, países que habían pertenecido antes á Nueva España, la parte correspondiente á Méjico en la extracción total de los metales preciosos desde Colón, había sido mucho más considerable, un tercio próximamente. Méjico es el país que más ha contribuído á la difusión de la moneda como signo representativo de las mercancías, y, sin embargo, hasta una época reciente se empleaban para las transacciones menudas las habas de cacao, los cubos de jabón ú otros objetos de uso común.

Lejos de disminuir durante este siglo, la producción de las minas mejicanas ha aumentado, á pesar de las revoluciones y de las guerras, y á pesar de la pérdida de las minas inundadas. La mejora de las vías de transporte y de los procedimientos de explotación ha compensado con usura las ventajas que poseía Méjico cuando los metales preciosos tenían mayor valor relativo. Una oscilación de comercio favorable al desarrollo del trabajo minero, aumentaría enormemente la producción de Méjico en plata, porque existen millares de yacimientos bien conocidos, aunque no explotados á causa de su pobreza relativa ó de la falta de caminos, y se sabe que las escorias amontonadas alrededor de las fundiciones encierran todavía de 25 á 30 por 100 de metal. La producción anual excede de 2 toneladas de oro, de un valor de 7 millones, y 600 toneladas de plata, que valen 135 millones. En otro tiempo, para explotar las arenas auríferas de las comarcas áridas, como la Baja California, se empleaba el soplo del aire á falta de una corriente de agua. El aire se llevaba los granos tenues y sólo quedaban en la probeta las partículas de oro más gruesas, perdiéndose las pepitas más finas.

La superficie de la región minera de Méjico es tan considerable que se puede estimar en los cuatro quintos del territorio. La principal zona metalífera es la de la Sierra Madre del Oeste, desde las fronteras de Arizona hasta el istmo de Tehuantepec.

También es muy rica la otra Sierra Madre, sobre todo en los Estados de San Luis de Potosí y de Hidalgo. Además del oro y la plata, las montañas de Méjico encierran yacimientos de mercurio—metal muy precioso para las amalgamas en las fundiciones—, de platino, de cobre, de plomo, de hierro y de manganeso. Se han encontrado capas de hulla en la Sonora, en las orillas del río Bavo, en la sierra de Tamaulipas y en las montañas del Sur. Se recoge azufre en los cráteres de los volcanes activos ó en reposo, y cerca de Tuxpan brotan manantiales de petróleo. Arañando el suelo se recogen los sulfatos y los carbonatos de sosa, el salitre y la sal marina. En fin, el país encierra canteras de mármol, de ónice, de jaspe, de basalto y de obsidiana, y ciertas rocas abundan en piedras preciosas. Los primeros exploradores hablan frecuentemente de las admirables *chalchihuites*, jadesitas ó esmeraldas, que servían de adorno á los príncipes mejicanos y á sus divinidades. Entre las riquezas de Méjico hay que contar también el ámbar amarillo, común en Oaxaca y en los Estados inmediatos, pero de un origen vegetal desconocido. Es de una transparencia perfecta, de un hermoso color dorado y, visto á la luz, brilla con destellos fluorescentes. En ciertas partes del interior se encuentra en tan grandes cantidades, que los indígenas lo utilizan hasta para hacer fuego. Cuéntase en Méjico un centenar de distritos mineros principales, y el número de las minas explotadas, en beneficio sobre todo de los capitalistas ingleses, son unas 575. La producción total de los diversos metales, tierras, piedras y combustibles de Méjico se eleva á cerca de 250 millones al año.

V

Industria mejicana.

La gran industria, representada ya en Méjico, aun bajo el régimen de la denominación española, por los establecimientos mineros y las fundiciones de metal, ha entrado también en el país con la fabricación manufacturera. El algodón, que es una de las principales cosechas de la comarca, se emplea enteramente en las hilanderías mejicanas, y los fabricantes importan además millones de fibras americanas. Más de 50.000 familias viven de la industria algodonera y elaboran en un centenar de fábricas una cantidad de algodón que se estima en 13 millones

de kilogramos por año. Los Estados de Puebla, Méjico, Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Coahuila son los que suministran á los consumidores mejicanos más tejidos, bajo forma de mantas, *sarapes*, *rebozos* y otras prendas de vestir de los mejicanos. Los obreros del Anahuac son también muy hábiles en todos los trabajos de guarnicionería y pasamanería, tan apreciados por los caballeros e egantes de Méjico. El traje del jinete y los jaeces del caballo suman miles de pesetas. Todas las grandes industrias europeas, incluso las que exigen el conocimiento profundo de los procedimientos técnicos, concurren igualmente á transformar las condiciones económicas del país. Existe, además, una multitud de pequeñas industrias locales. Los indios de Michoacán, por ejemplo, fabrican esas obras de plumas que admiraron en el palacio de Moctezuma los conquistadores españoles, y las mujeres mixtecas siguen tejiendo telas de una seda áspera al tacto, pero muy fuerte y apreciada por los indígenas, con los capullos de una especie de *bombyx* propia del país. La cerámica apenas ha cambiado desde la conquista en la mayoría de las provincias. Los indios son excelentes obreros, tan pacientes, tan metódicos y ordenados como la marcha de las máquinas de que se valen. A pesar de eso, no carecen de la iniciativa necesaria, cuando lo exige el trabajo. Tienen un talento notable para el dibujo y el modelado, copian sin dificultad todos los objetos que se les presentan y modelan la cera con suma habilidad. Conservan el genio de sus antecesores que esculpían las fachadas de los templos, grababan los jeroglíficos y dibujaban y pintaban los mapas del país.

El aumento de la cultura y el aprovechamiento más inteligente y activo de los productos han contribuído á aumentar rápidamente el comercio de Méjico. A principios del siglo XIX, bajo el régimen español, el movimiento anual de las transacciones, que se verificaba íntegramente por Veracruz, era de unos 200 millones de pesetas. Duplicado ahora y aun triplicado, pasa ahora de 500 millones, y los metales preciosos, que comprendían no ha mucho los siete octavos de la exportación, oscilan entre los dos tercios y la mitad. Las maderas tintóreas y otras contribuyen en gran parte al comercio de exportación, así como las pieles, los cueros y los géneros coloniales, café, vainilla, tabaco, caucho, azúcar é indigo. Hasta garbanzos empieza á enviar en gran cantidad á España, su antigua colonia. Méjico exporta también muchas frutas á los Estados Unidos, pero todos los objetos manufacturados quedan en el

país. La industria no tiene bastante importancia ni se ha especializado lo suficiente para llegar á adquirir clientela en el extranjero. En cambio, Méjico importa principalmente productos elaborados, que son, por orden de importancia, las telas, las máquinas y aparatos, quincalla, papeles, productos químicos, cristales y porcelanas. Compra también harinas y otras substancias alimenticias.

La vecindad de Méjico con los Estados Unidos del Norte, y las vías férreas que van de uno á otro país, han dado, naturalmente, el primer puesto á la República «anglo-americana» en el movimiento comercial de su vecina del Sur. Por esto, en los puertos mejicanos casi todos los documentos marítimos se redactan en inglés. Después de los Estados Unidos sigue en importancia de tráfico la Gran Bretaña, y Francia figura en tercera línea. A estos tres países, que poseen en junto las nueve décimas de los cambios, suceden Alemania, cuyas relaciones van en aumento, sobre todo por la costa del Pacífico, y España, la antigua Metrópoli, que monopolizó en su día el comercio entero. En cuanto al valor oficial del tráfico con Guatemala, á pesar de su extensa frontera con Méjico, al Este de Chiapas y de Tabasco, y al Sur del Yucatán, es nulo, por decirlo así, y no llega siquiera á 50.000 pesetas anuales, porque á ambos lados de la raya los productos son los mismos, y, por otra parte, es tan fácil defraudar á la Aduana en unas regiones forestales de escasa población, que casi todo el comercio local debe ocultarse á la estadística. Las compras y ventas entre Méjico y las Repúblicas meridionales de la América Central son, igualmente, casi nulas.

Méjico, como su modelo los Estados Unidos, ha protegido su industria con una barrera de aduanas que grava la mayoría de los objetos importados del extranjero. Por término medio, los derechos percibidos en los puertos ó en la frontera terrestre se elevan á 38 por 100 del valor registrado. Así, el contrabando, que importa, sobre todo, telas de algodón americanas, es una de las industrias prósperas de Méjico, principalmente en la «zona libre», en la frontera de los Estados Unidos, donde, por toda vigilancia, hay menos de 1.000 auaneros, repartidos en una línea de 2.700 kilómetros, ó sea un hombre para cada tres kilómetros. Algunos objetos, que se reputan útiles para el desarrollo industrial ó científico del país, están libres de derechos. Algunos de los puertos mejor abrigados, que se habían elegido como puntos terminales de vías férreas

interoceánicas, se hallan cerrados á las transacciones con el extranjero, por estar aún casi deshabitados los campos de los alrededores: tales son los puertos de Topolobampo en Sinaloa y de Sihuantanejo en Guerrero. Tocan en los puertos de Méjico unas 12 líneas regulares de vapores, seis en relaciones directas con Europa, las Antillas ó los Estados Unidos del Este, dos en relación con California, y cuatro para el servicio de los puertos del litoral. El comercio por medio de los vapores representa cerca de la mitad de los cambios de la República, aun cuando los barcos de vela, que arbolan en su mayoría el pabellón nacional, son cuatro veces más numerosos que los vapores en el movimiento de los puertos. El cabotaje se halla reservado exclusivamente á las embarcaciones mejicanas.

Por lo que atañe á la construcción de los ferrocarriles, Méjico anda algo rezagado con respecto á las naciones civilizadas de la Europa occidental; pero hay que tener en cuenta las grandes dificultades opuestas por la naturaleza del país á la construcción de las principales líneas.

VI

Instrucción en Méjico.

La instrucción está poco difundida en Méjico, en comparación con las comarcas de la Europa occidental; pero, á pesar de todo, crece, y de una manera muy rápida. La mayoría de los Estados han votado en principio la enseñanza obligatoria y gratuita para todos los niños, pero las cifras del censo prueban que la opinión no ha sancionado aún por completo estas leyes. Es de advertir, con todo, que no es posible indicar de una manera precisa el número de niños que asisten á la escuela, porque los gobernadores de los Estados no siempre se cuidan de transmitir regularmente los informes anuales á la administración federal. Lo que sí puede notarse es que se realizan grandes progresos de año en año. A una vigésima parte de la población mejicana se calcula que asciende próximamente el número de escolares de ambos sexos. Querétaro, Guanajuato y Chiapas son los Estados en que más abunda el número de personas sin instrucción. La enseñanza primaria está en casi todas las ciudades á cargo de los Municipios; pero hay, no obstante, cierto número de establecimientos fundados por los

Estados, por el Gobierno central ó por sociedades particulares. Más de 3.000 estudiantes frecuentan las clases de las escuelas superiores. Algunas ciudades poseen institutos de señoritas. Pero en los distritos apartados queda mucho por hacer, sobre todo entre las poblaciones indias. Todavía en 1874 hubo una aldea del Estado de Veracruz, en que se quemó á dos hechiceros, madre é hijo, como culpables de haber ocasionado con un maleficio la muerte de un joven. En cuanto al bándolerismo, ha debido desaparecer, naturalmente, desde que cruzan el país los ferrocarriles y los telégrafos. Los salteadores de los caminos se han dedicado á otras industrias. Pasaron los tiempos en que los capitanes de partidas anunciaban á los viajeros, mediante carteles colocados en las encrucijadas de la capital, que fuesen provistos de dinero, si no querían ser apaleados ó quedarse sin narices ú orejas.

La afición á la lectura no está muy difundida aún. Hay pocas bibliotecas y pobres, por más que la literatura científica de los mejicanos ha adquirido ya un valor serio y comprende obras capitales, como su admirable empresa cartográfica, superior á los trabajos similares de los Estados Unidos. La literatura popular se compone, principalmente, de periódicos. Méjico ha dado á la literatura moderna algunos poetas apreciables. Además, es uno de los países de la América española donde se habla mejor el castellano.

VII

Gobierno y Administración

La República mejicana, constituida al modo de los Estados Unidos del Norte, se compone de Estados independientes y soberanos, unidos en federación, según un acuerdo de 1857. Cada Estado es, por decirlo así, como una miniatura de la Confederación, con sus cámaras y su gobernador, sus leyes y su presupuesto. Pero sus deliberaciones y sus actos no pueden traspasar la órbita trazada por la Constitución general de la República. No pueden declarar la guerra ni celebrar la paz y todas sus relaciones con las potencias extranjeras deben establecerse por medio del gobierno federal. Cualquiera que sean las fórmulas constitucionales, los mejicanos de los diversos Estados, que eran muy poco solidarios antes y sin ninguna

conciencia de unidad nacional, constituyen ahora un cuerpo político bastante compacto. En 1848, cuando la guerra con los americanos del Norte, no se produjo ningún movimiento popular contra los invasores, y aun dos Estados, Veracruz y Zacatecas, pretendieron, en virtud de sus derechos autónomos, no tomar ninguna parte en la guerra de Méjico contra la República norteamericana. El sentimiento nacional adquirió un carácter mucho más vivo en la época de la invasión francesa y del entronizamiento de Maximiliano, y al salir Méjico triunfante de esta prueba temible, la alegría de la victoria y la conciencia de una fuerza naciente hicieron de los mejicanos un verdadero pueblo. Entonces empezó realmente la historia del Méjico moderno. Tan poderoso es en los mejicanos el espíritu de solidaridad nacional, que saltan, por decirlo así, la época de la dominación española, y ven en el zapoteca Juárez el vengador del azteca Moctezuma. No es á Hernán Cortés, sino á Cuauemoc ó Guatimozín a quien la patria erige una estatua en testimonio de piadosa gratitud.

La anexión de Méjico á la poderosa República del Norte, acontecimiento cuya realización patentizaban tantos políticos para un breve plazo, es cada vez más improbable desde que el país crece en población y en riqueza. El centro de gravedad de los Estados Mejicanos y el de la República anglo-sajona estarán siempre á una distancia de 2.500 kilómetros por lo menos, y el espacio intermedio se compone en gran parte de regiones estériles cuya población permanecerá muy diseminada. Los grupos de Estados disidentes que los aventureros americanos habían tratado de constituir al Norte, desde la Sonora á Tamaulipas, á fin de dividir la República y anexionarla por partes, han recobrado su puesto en el conjunto de la nación. Así Méjico y los Estados Unidos hállanse destinados á ser dominios etnológicos distintos, y los inmigrantes del Norte se modifican rápidamente en el clima de Méjico. Además, todos los mejicanos son opuestos á una fusión política con los Estados Unidos. Cabe la conquista, pero no la asimilación de Méjico.

Todo ciudadano de la Confederación se reputa como un hombre libre, que tiene el derecho de ir y venir sin pasaporte, de establecer su residencia donde le plazca, de asociarse como quiera, de expresar su pensamiento por la palabra ó por la prensa, y de llevar armas. No se reconoce ningún título de nobleza ni ninguna prerrogativa hereditaria. Todos los ciudadanos se consideran iguales en virtud de la Constitución y de

las leyes. Todos son electores, á condición de que sepan firmar su papeleta de votación. Los mismos extranjeros se hacen mejicanos en cuanto adquieren propiedades ó tienen hijos en el país, á menos que en el plazo de ocho meses declaren su voluntad expresa de conservar su nacionalidad.

El número de diputados aumenta con la población. Cada Estado se divide en tantos colegios electorales como veces contiene 40.000 habitantes, y cada colegio nombra un representante por un período de dos años entre los candidatos que cuenten más de veinticinco de edad. Los senadores, que han de tener treinta cuando menos, se eligen en segundo grado por cuatro años. Cada estado nombra dos; de modo que á los 27 Estados y á los dos territorios corresponden 56. Una mitad del Senado se somete á reelección bienal. El Congreso, es decir, las dos Cámaras, tiene dos legislaturas regulares cada año, que abrazan un total de 45 sesiones por lo menos. Diputados y senadores disfrutan de una asiguación anual. Durante las vacaciones queda una delegación permanente del Congreso. La capital, asiento del Congreso, no se encuentra en el territorio de ninguno de los Estados, sino en terreno neutro, en un «distrito federal», formado por un círculo de «dos leguas» de radio alrededor de la plaza central.

El presidente de los Estados Unidos mejicanos, elegido en segundo grado por el voto popular, recibía su mandato no ha mucho durante un período de cuatro años. En virtud de una enmienda á la Constitución votada en 1887, puede ahora ser reelegido por un segundo plazo, y en efecto, el presidente en cuyo favor se ha votado esa ley ha visto prorrogados sus poderes. En 1890 una nueva ley lo ha nombrado vitalicio. Dispone de tal autoridad, que, con la aprobación del Congreso ó de la delegación permanente, puede suspender las garantías constitucionales «en caso de invasión, de graves perturbaciones interiores ó de un peligro social». Elige libremente sus ministros de Estado, de Gobernación, de Justicia é Instrucción pública, de Hacienda, de Guerra y de Fomento. Ejercen el poder judicial tribunales de distrito y de circuito, y un Tribunal Supremo compuesto de jueces elegidos por seis años. El Código civil y criminal es el mismo en todos los Estados, excepto en el de Veracruz y de Tlaxcala. Esta abolida la prisión por deudas, y la República se ha comprometido á rechazar todo tratado de extradición de los acusados políticos. El sistema legal de pesas, medidas y monedas es decimal.

Bajo el régimen colonial tenía el clero mucho poder en el gobierno del país. La enormidad de sus rentas, unida á la autoridad religiosa que le permitía abrir ó cerrar las puertas del cielo, le aseguraba la dominación absoluta sobre las poblaciones indias. Algunos prelados tenían un millón de renta. Los bienes del clero representaban la mitad de la fortuna total de Méjico. La guerra de la Independencia disminuyó las riquezas y el poder de los altos dignatarios eclesiásticos, pero el influjo del clero siguió siendo muy grande, porque los sacerdotes criollos que tomaron partido contra los españoles ó que levantaron al pueblo contra ellos, como Hidalgo y Morelos, hicieron olvidar á los jefes de la Iglesia que habían lanzado la excomunión contra los rebeldes. En un tercio de la propiedad territorial de Méjico se estimaba el conjunto de las tierras que el clero poseía aún á mediados del siglo XIX. Con las rentas que le aseguraban además los créditos hipotecarios y el producto de los diezmos, percibidos todavía contra ley, su inmensa fortuna se acrecentaba con unos 100 millones anuales de pesetas. Sin embargo, la desigualdad entre los individuos de la Iglesia no podía ser más grande; pobres ecónomos los unos, prelados ricamente dotados los otros.

Los mismos españoles dieron el primer golpe al poder de la Iglesia en 1767, cuando aprisionaron á todos los jesuitas residentes en Méjico, despojándolos de sus propiedades y desterrándolos después. La ley de desamortización, que ordenaba la venta inmediata de los bienes eclesiásticos, consumó la revolución en 1857, al cabo de un siglo próximamente. Pero no por esto cesó la lucha de influencia entre los partidos, y el alto clero no se dió por vencido hasta después de la caída de Maximiliano, la retirada de las tropas francesas y el triunfo definitivo de los republicanos. La Iglesia perdió sus bienes, y los sacerdotes el derecho de inspeccionar las escuelas y de celebrar sus ceremonias en público. El matrimonio dejó de ser un sacramento para convertirse en un contrato civil. Se prohibió el establecimiento de corporaciones ó congregaciones religiosas, y, en fin, desde 1873 la Iglesia está completamente separada del Estado, que se declara neutral entre los diferentes cultos. Mas de 100 templos protestantes, pertenecientes á 12 sectas distintas y fundados casi todos por misioneros yanquis, se han construído en la capital y en el resto del país. La capital tenía ya 37 escuelas protestantes en 1866, frecuentadas por 1.340 alumnos. Además, en varios distritos apartados, donde la población es puramente

india, se observa un rápido olvido de las antiguas ceremonias católicas. Hay multitud de parroquias sin sacerdotes, y los indígenas dejan de practicar todo culto exterior. Fuera de Michoacán, en casi todas las ciudades se ven iglesias transformadas en fábricas, en cuarteles, en almacenes y hasta en plazas de toros, porque, después de prohibirse por algún tiempo, ha vuelto á permitirse la tauromaquia y cada vez con mayores entusiasmos.

La República mejicana tiene su ejército, más considerable en proporción que el de los Estados Unidos, y posee además una escuadrilla. Se han fundado dos escuelas navales, una en Mazatlán y otra en Campeche. Las fuerzas mejicanas, aunque poco importantes en comparación de los armamentos prodigiosos de las grandes potencias militares, bastan, sin embargo, para pesar gravemente sobre el presupuesto, pues representan más del tercio de los gastos anuales de la nación, ó sea de 60 á 70 millones de pesetas.

Durante mucho tiempo ha reinado el mayor desbarajuste en la Hacienda de la República, sobre todo en la época en que los especuladores extranjeros disponían de la diplomacia de su país para presentarse como acreedores de sumas ficticias y obligar al Gobierno mejicano á pagarlas de la renta de Aduanas. Desde que acabó este abuso han aumentado rápidamente los ingresos de la República. Más de la mitad proceden de los derechos percibidos en los puertos, casi todos sobre objetos de importación. La renta del Timbre representa la cuarta parte del presupuesto anual, mientras que las contribuciones directas y los derechos de patente tienen una importancia mucho menor. Las contribuciones directas representan el veinteavo de los ingresos. El Gobierno federal saca también de la lotería una pequeña parte de sus recursos, muy reducida en comparación de las sumas enormes que se derrochan todos los años en las diversas especies de juegos, y en fin, realiza algunos beneficios con la acuñación de moneda, que ha adquirido tan gran importancia en Méjico. Al presupuesto nacional hay que añadir los de los diferentes Estados, que se elevan, por término medio, á 50 millones anuales, y los de los Municipios, cuyo total se estima en 5 ó 6 millones. En cuanto á la Deuda nacional, es mucho menor, proporcionalmente, de lo que era á mediados de siglo XIX.

LAS ANTILLAS

EL MEDITERRANEO AMERICANO

ulf-Stream.—Huracanes.)

Aunque el mediterráneo americano está abierto más ampliamente á las olas del Océano que el mediterráneo comprendido entre Europa y Africa, no deja de ser una cuenca marítima bien limitada y que presenta un régimen distinto. un conjunto de fenómenos que hacen de él una región natural en la superficie del planeta. La línea divisoria entre el mar interior del Nuevo Mundo y el océano Atlántico es más acentuada aún de lo que parece á primera vista, porque las islas que forman arco delante del Mar de las Antillas y las que cierran en gran parte la entrada del Golfo de Méjico, descansan en un zócalo submarino cuyas pendientes descienden bruscamente en el Atlántico á profundidades que pasan de 4.000 metros.

El conjunto de las aguas interiores se divide naturalmente en dos cuencas cuyos límites marcan la península de Yucatán y Cuba. Estas son el Golfo de Méjico y el Mar Caribe ó de las Antillas.

Aunque el mediterráneo americano está casi por completo rodeado de islas, el Mar de las Antillas y el Seno Mejicano tienen puertas bastante anchas al Océano para que sus corrientes pertenezcan al gran circuito de las aguas atlánticas; pero, á consecuencia de la irregularidad de las costas, abundan las corrientes y los remolinos. La enorme masa de la corriente ecuatorial, que se mueve incesantemente de Este á Oeste con una velocidad media de 4 á 5 kilómetros, y que va á chocar con las costas del Brasil, de las Guayanas y de las Antillas, no se desvía enteramente hacia el Norte, puesto que encuentra pasos para continuar su marcha hacia Occidente. Mientras que la

mayor parte de las aguas se repliega hacia el Norte para costear exteriormente la repisa de los zócalos que sustentan las Antillas Menores y las Bahamas, otra parte menos considerable, aunque representa aún millones de metros cúbicos por segundo, penetra en el mar antillano. La masa de agua que entra en la especie de embudo formado por el golfo de Paria, entre la isla Trinidad y la costa firme de Venezuela, es bastante poderosa para neutralizar la corriente del flujo y para precipitar el reflujo dándole á veces velocidades de más de 9 kilómetros por hora. Al chocar las corrientes parciales, producen terribles barras y rizas que levantan las arenas y cienos del fondo y el mar se colora de rojo en dilatadas extensiones. El nombre de Boca del Drago, que dió Colón al estrecho abierto entre la punta Noroeste de Trinidad y la península de Paria, lo ratifican todos los marinos que se empeñan en ese peligroso paso. Al Norte de Trinidad, en el Estrecho de Tobago, las aguas de la corriente ecuatorial se mueven más tranquilamente, con una velocidad media de 1.850 metros por hora, pero á veces es doble y hasta triple. Más al Norte, hasta la Martinica, y principalmente entre esta isla y Santa Lucía, donde se abra una hondonada de más de 1.000 metros de profundidad, los estrechos dejan pasar también corrientes laterales del gran río marino.

Esas ramas de la corriente ecuatorial, unidas en el Mar de las Antillas, amortiguan su marcha al esparcirse en una amplia extensión; y aun, al dilatarse por la superficie marítima, parte de la corriente vuelve al Atlántico por el paso de la Mona, abierto entre Puerto Rico y Santo Domingo. El movimiento ordinario de las aguas del Mar de las Antillas en el sentido de Este á Oeste oscila, según cálculos, entre 18 y 33 kilómetros por día; pero la corriente no ocupa toda la amplitud de la cuenca, sino que se producen remolinos laterales y contracorrientes en sentido inverso. Así, de Colón á Cartagena, las embarcaciones no tienen más que dejarse llevar por las aguas, que caminan de Oeste á Este con una velocidad media de una milla por hora. A la salida del Mar Caribe por el estrecho de los bancos entre Jamaica y los arrecifes de los Mosquitos, la corriente se acelera de nuevo, y, al entrar en la «choya» de Bartlett, recibe un afluente que llega por el paso del Viento. La masa líquida que debe desembocar en el golfo de Méjico por el estrecho de Yucatán es, pues, muy considerable, y se precipita por esa abertura con una velocidad de á 4 kilómetros por hora. Allí es donde empieza la «corriente del golfo», propiamente dicha,

más conocida bajo la denominación inglesa de *Gulf-stream*.

Se divide primero en dos ramas, una de las cuales, costean-do la ribera septentrional de Cuba, se dirige hacia el Estrecho de la Florida, al paso que la otra se despliega en la ancha cuenca del golfo, orlada de contracorrientes. Hacia el centro de ese mar casi circular, parece que las aguas se hallan en estado de equilibrio, mientras que en el contorno, aunque á distancia de la tierra, se mueven paralelamente á las orillas. Al Sur de los pasos mississippianos las aguas azules de la corriente rechazan hacia el Este las aguas amarillas del río en una línea recta, inflexible. En fin, toda la oleada sobrante que el Mar de las Antillas precipita en el golfo por el Estrecho de Yucatán, y que la presión de la masa siempre en movimiento levanta á un metro de altura sobre el nivel medio del Océano, debe salir hacia el Atlántico por el canal de la Florida, donde la corriente se estrecha á la manera de un río. En el paso más angosto, entre Memoryrock de las Bahamas y el *Jupiter-inlet* de la Florida, el canal tiene 89 kilómetros de anchura y su mayor profundidad es de 796 metros. La velocidad de las aguas, mucho mayor por el eje del canal que por las orillas, varía en ese estrecho. A veces sólo es de 3 kilómetros, pero en otras ocasiones se ha observado una rapidez triple. El promedio de la marcha es de 5 kilómetros por hora, y el caudal, según Bartlett, de 5 millones de metros cúbicos por segundo ó 436 billones por día. Es un mar en movimiento cuyas proporciones difícilmente se concibe, puesto que equivale á 300 000 ríos como el Mississippi; y sin embargo, todavía es muy inferior á la enorme cantidad de agua relativamente templada que circula por la superficie del Atlántico boreal. Así, pues, el *Gulf-stream* que sale del Estrecho de la Florida no proporciona más que una pequeña parte de ese río de temperatura elevada. La corriente que más contribuye á calentar los mares septentrionales, hasta Spitzberg y Nueva Zembla, es la rama ecuatorial que sigue el zócalo de las Antillas Menores y de las Bahamas para unirse con el *Gulf-stream* al Sur del archipiélago de las Bermudas.

Los vientos á su entrada en el Mar Caribe, no tienen con exactitud la misma dirección media que la corriente oceánica: mientras las aguas se mueven de Sudeste á Noroeste, dominan los vientos alisios, soplando casi siempre del Este ó del Noroeste, y son muy raras las calmas; más lejos, hacia el centro de la cuenca, son más comunes.

Los huracanes son uno de los fenómenos del mediterráneo

de América, y su mismo nombre *huiranvucan*, de origen caribe prueba que los marinos de Europa los consideraron como un trastorno atmosférico especial de las Antillas. El camino principal de esos meteoros coincide próximamente con la cadena de las Antillas Menores y de las Bahamas, pero, después de haber alcanzado la convexidad extrema de su curso por la región Sudeste de los Estados Unidos, tuercen en dirección al Nordeste para propagarse hacia Europa bajo una forma atenuada. El eje ordinario del huracán en los mares antillanos se confunde con la línea sin declinación de la aguja magnética, que se dirige desde las Guayanas hacia la Carolina del Sur por San Vicente y Puerto Rico. El meteoro tarda de dos á cuatro días en atravesar el mar de las Antillas. Las partes del mediterráneo americano más alejadas de ese eje son los parajes donde estallan con menos frecuencia los huracanes. Hasta suele repetirse que la Trinidad, las Antillas holandesas del Sur, la Costa Firme y los golf s de los istmos de Honduras y Veracruz están fuera de la zona de esos meteoros, lo cual no es cierto, según lo prueba una porción de naufragios en los puertos de Panamá y de Colón y la destrucción de Blewfields. Lo que sí es verdad es que son bastante raras tales catástrofes. Se dice también que los huracanes no se producen más que á fines del estío ó á principios del otoño, cuando la superficie intensamente caldeada de la América del Sur aspira el aire más frío y más denso del continente septentrional. Agosto es, en efecto, el mes por excelencia de los huracanes, y más de los dos tercios de esos remolinos aéreos suceden de Julio á Octubre; pero se han observado también durante los otros meses. Raro es que pase un año sin que ocurra un desastre en uno ú otro punto del dominio habitual de los huracanes, y que no haya espectadores que tengan que referir ejemplos espantosos de la violencia de la atmósfera. El viento desarraiga las casas y los árboles, demuele fortalezas, arrastra las embarcaciones á tierra firme, y lanza peñascos en medio de los cultivos. Ha habido islotes rotos convertidos en arrecifes, y cayos superpuestos trocados en islotes. El «gran huracán» de 10 de Octubre de 1786 aplastó poblaciones, echó á pique flotas, y, por la comunidad de la desgracia, reconcilió á los franceses y á los ingleses, que se disponían á acuchillarse.

Desde el punto de vista de su flora, el Mediterráneo antillano es notable por la suma abundancia de la especie de sargazo á que se da el nombre de «uva de los trópicos». Se encuentra

en regueros interminables que van y vienen con las olas y las mareas, y en ciertos parajes, especialmente sobre la «Hondonada de las Vírgenes» ó de «Puerto Rico», cubre espacios bastante extensos para merecer casi el nombre de «pradera marítima». La fauna de los mares antillanos es muy rica y abraza multitud de especies fosforescentes.

En ciertos parajes el lecho del mar está cubierto de organismos vivos. En los estrechos de las Pequeñas Antillas, cerca de La Guadalupe y de Las Santas, de San Vicente y de Barbadas, se pasa por encima de verdaderos bosques de *pentacrini*, que ondulan en el fondo como plantas acuáticas en un pantano. Los únicos espacios submarinos de donde la draga no saca animales son los fondos de los estrechos que barren fuertes corrientes, como el canal de la Florida y el paso del Viento. El contraste que presentan la fauna superficial y la fauna profunda en el Mediterráneo americano es mucho mayor que en los mares fríos y aun en los templados, por ser mucho más considerable la diferencia entre las temperaturas de la superficie y las del fondo. Se produce un escalonamiento de las especies semejante al que se observa en las vertientes de las altas montañas de la zona tórrida. Los corales ocupan un espacio enorme, que se puede estimar en la cuarta parte de la superficie marina; y á su trabajo continuo hay que atribuir la formación de esas mesetas calizas, que, por una y otra parte, reducen los estrechos; así como también de los cayos que se sumergen en las mareas altas. Más de una mitad de las costas cubanas, los diversos archipiélagos de la Bahamas, las tierras orientales de las Antillas Menores, expuestas al oleaje de alta mar, y, en fin, el grupo de las Bermudas, en pleno Océano, son de origen coralino.



La Habana vista desde Casablanca. (Dipujó de Taylor).

CUBA

I

El país.—Montañas y ríos.

Esta isla, la mayor de las Antillas y la que ocupa una situación geográfica dominante, entre el golfo de Méjico y el Mar Caribe, es la primera tierra grande que descubrió Colón en el Nuevo Mundo. ¿Adónde abordó? No se sabe exactamente, porque su diario de navegación se expresa de una manera bastante vaga, y, como aún es desconocida la verdadera situación de Guanahani, de donde partió para llegar á la isla grande, no se puede trazar con certidumbre el itinerario que siguió el navegante. De todos modos, Colón reconoció en 1492, durante su primer viaje, una buena parte de la costa Nordeste, y en el segundo, ó sea en 1494, siguió la costa meridional, con todos sus golfos y entrantes hasta la bahía llamada hoy de Cortés, que se encuentra no lejos de la punta occidental de la isla. Precisamente allí, á menos de 100 kilómetros del promontorio extremo, reunió á sus tripulaciones para tomarlas por testigos de que Cuba no era una isla, sino parte de un continente. Algu-

nas dudas, no obstante, debieron asaltarle, cuando recurrió también á la amenaza, anunciando que toda afirmación contraria á la suya podía costar al marinero la pérdida de las orejas ó de la lengua. Así, bajo la fe del almirante, Cuba continuó siendo una península de Asia hasta 1508, época en que Ocampo, siguiendo las costas septentrionales de Cuba, llegó al cabo de San Antonio y dió la vuelta á la isla por el estrecho del Yucatán. Tres años después los españoles tomaban posesión de Cuba, y fundaban la primera ciudad, Baracoa. En adelante, para completar el descubrimiento, sólo faltaba explorar las comarcas del interior. Las observaciones de los marinos precisaron poco á poco el trazado de las costas; después, el cultivo de los campos, la construcción de las poblaciones, carreteras y ferrocarriles, y los planos y catastros parciales han permitido trazar un mapa casi exacto de la isla. Los diversos nombres que recibió la isla en los primeros años del descubrimiento, de Juana, Fernandina, Santiago, Ave María, Alfa y Omega, se han olvidado, mientras que la designación indígena de Cubanacán, que pertenecía sólo á una parte de la región central, en el actual distrito de Cinco Villas, persiste bajo la forma española de Cuba.

La figura de Cuba es única entre las islas americanas. Los geógrafos españoles la han comparado frecuentemente á una «lengua de pájaro». Desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio describe una curva de 1.400 kilómetros, sin contar los mil accidentes de la ribera que vuelve su convexidad hacia el Norte, mientras que su anchura media no pasa de 100 kilómetros. Pero el hecho característico de su geografía es el contraste de sus costas: una, que podría llamarse fundamental, la que se dirige de Este á Oeste, desde la punta de Maisí hasta el cabo de Cruz, y que se halla dominada en parte por la Sierra Maestra, osamenta de la isla; otra que comprende todo el resto del litoral, al Norte y al Sur, y que ofrece en su conjunto un carácter vario é indeterminado, merced á sus cadenas de arrecifes, á sus bajos costeros, y á sus islas é islotes. En términos generales y sin tener en cuenta mil pequeños accidentes ni la orla exterior de arrecifes, puede estimarse el desarrollo total de las costas cubanas en 3.500 kilómetros, espacio igual á la distancia que media en línea recta entre París y Baku. La superficie de Cuba, es de 112.191 kilómetros cuadrados y con la isla doble de Pinos y las demás islillas de las dos costas, comprende una superficie de 118.833 kilómetros cuadrados, es decir, que equivale casi

al resto de las Antillas. Supera á Portugal, y representa poco menos la cuarta parte del espacio que ocupa España.

A pesar de ser la mayor de las Antillas, Cuba no es la más alta. Santo Domingo tiene cumbres más elevadas y ofrece en su conjunto un relieve mucho más saliente. En Cuba sólo hay una cadena de montañas bien caracterizada, la Sierra Maestra que surge bruscamente de las olas en la parte Sudeste de la isla, al Norte del estrecho que la separa de Jamaica. Empieza en el agudo promontorio del cabo de Cruz, y, elevándose rápidamente de meseta en meseta, alcanza y supera la altura de 1.000 metros en el Ojo del Toro. Más lejos sigue irguiéndose la cadena, y su punto culminante, llamado comúnmente Pico de Turquino, pero cuyo verdadero nombre sería quizá Pico Turquino ó «Montaña Azul», presenta una altitud de 2.089 á 2.560 metros, según las diversas valuaciones de geógrafos y marinos. En esa parte de su mayor altura, los montes, muy escarpados por el lado del mar, se apoyan en el interior sobre una ancha meseta, cuya pendiente barrancosa se inclina hacia el valle del Cauto. Pero más adelante, la hilerá principal que toma el nombre de Sierra del Cobre, debido á sus filones metalíferos, se estrecha y se deprime poco á poco, y, después de desarrollarse en forma de anfiteatro al Norte de la Ciudad de Santiago de Cuba, acaba por morir á orillas de las ciénagas de Guantánamo. Uno de los montes de la Sierra del Cobre es Piedra Grande (1.580 metros), llamada así á causa de un peñasco de conglomerado de su cumbre por encima de capas desplomadas.

Entre la Sierra Maestra y la meseta que le sirve de pedestal, hay una depresión transversal. Las montañas que se elevan en desorden al extremo oriental de Cuba constituyen un grupo distinto de la cadena principal. Mucho menos regulares, estas montañas, que empiezan en la punta misma del cabo Maisí, se hallan divididas por los ríos en numerosos grupos secundarios que forman en varios puntos afiladas cretas ó «cuchillos». No lejos del promontorio final, se alza un soberbio cono truncado, el Yunque de Baracoa, de 1.000 metros de altura. Más allá continúan las montañas dispuestas en grupos irregulares paralelamente á la costa septentrional de la isla. El conjunto del relieve desciende poco á poco al Oeste, y hacia el medio mismo de la isla no presenta el suelo ningún saliente. Ocupan el cuerpo las llaras, reducido en ese punto á una anchura de 75 kilómetros, pantanos ribereños, y el espacio intermedio es sólo una llanura baja.

Más allá de esta depresión media vuelven á empezar las montañas ó más bien, los cerros que son de poca altura, porque la mayoría de las crestas y de los picos no se elevan á más de 200 ó 300 metros; pero sus bruscas paredes y las grietas profundas de los peñascales dan aspecto de grandeza á estos macizos, separados por llanuras accidentadas. El punto culminante de esta región central de Cuba es el Potrerillo (908 metros) al Noroeste de Trinidad, distrito de Cinco Villas, en la costa del Sur. Si la isla descendiese 100 metros, se dividiría en varias islas alineadas como la cadena de las Bahamas, y una de las principales sería la que dominan los grupos situados al Oeste de la depresión central de las Cinco Villas.

Las alturas de la región occidental forman el primer grupo entre Matanzas y la Habana, bastante próximo á la costa Norte, y que presenta no lejos de la primera ciudad un pico de 390 metros, el Pan de Matanzas. El segundo grupo, que empieza al Oeste de la Habana, y que, visto desde el mar, parece una verdadera cadena, la cordillera de los Órganos, tiene mogotes más elevados. El Pan de Guajaibón mide 585 metros de altura. Esta cadena extrema proyecta su último cerro al Norte de la bahía llamada de Guadiana. Más adelante prolongase aún hacia el Yucatán una península baja de dunas, pantanos y matorrales, y termina la isla en la playa del cabo San Antonio, que encorva su punta hacia el Norte en forma de cuerno. Toda esta parte occidental de Cuba se llama comunemente Vuelta de Abajo, queriendo decir: región situada á «sotavento». Por consiguiente, la Vuelta de Arriba, ó sea, la región expuesta directamente al viento alisio, debería ser la parte oriental de la isla; pero, relativamente á los habitantes de la Habana, las comarcas centrales están ya expuestas «al viento», y esas son las designadas con el nombre de la Vuelta de Arriba.

Los ríos principales de Cuba, casi todos de poco curso y reducida cuenca, son relativamente caudalosos. El mayor, el Cauto, aprovecha el valle longitudinal que le ofrece la Sierra Maestra para desplegarse al Norte de esta cadena y reunir en su lecho numerosos afluentes que vienen de las montañas del Norte y del Sur. La longitud de su curso, desde la Sierra del Cobre hasta la bahía de Manzanillo, se calcula en 212 kilómetros, y cerca de la mitad de este espacio es navegable para embarcaciones menores. Suben el río barcos de 50 toneladas hasta el pueblo de Cauto, llamado «Embarcadero». En

su curso inferior se divide en dos brazos principales, y durante las crecidas, en varias golas que recorren las tierras bajas acarreadas anteriormente por las aguas. Los aluviones se han depositado hasta dentro del mar formando una larga península pantanosa que divide el golfo en dos bahías secundarias.

Los demás ríos de Cuba, incluso las dos corrientes más conocidas de la costa septentrional, Sagua la Grande y Sagua la Chica son mucho menos caudalosos que el Cauto, pero hay varios de ellos notables por sus cascadas, su curso subterráneo, sus reapariciones ó sus estuarios. No todos llegan al mar, pues los hay que se pierden en cenagales donde las aguas dulces se confunden con las saladas. Los pantanos más extensos se hallan principalmente en la costa del Sur. La gran ciénaga de Zapata, al Sur del distrito de Matanzas, bordea el litoral en un espacio de más de 100 kilómetros entre las dos ensenadas de la Broa y de los Cochinos. Esa dilatada extensión apenas se eleva sobre el nivel marino; pero aunque es casi horizontal, presenta grandes diferencias de aspecto. Hay en ella cordones litorales formados de arenas que retienen las aguas estancadas del interior; y hay otros cubiertos de mangles que entrelazan sus raíces. Por en medio de los cañaverales serpentean canalizos sin corriente, reliquias de antiguos ríos. Alguno que otro lago descubierta brilla bajo el sol, mientras otros desaparecen entre las redondas hojas de los nenúfares. En ciertos sitios una especie de islote sustenta un sotillo de arboles, al paso que en puntos diferentes se extienden llanuras por donde discurren los animales; pero la mayor parte de esta superficie sólo ofrece tremedales por donde no pueden pasar hombres ni bestias. El nombre de *Sábana la mar*, que se aplica á una porción de lugares en las costas de las Antillas, recuerda el aspecto primitivo de los llanos que inundan en parte las aguas marinas.

Fuera de las costas, forman una zona intermedia entre la tierra y el mar, los islotes, los arrecifes y los pantanos del interior. Como una mitad de la costa insular se halla defendida así por una falsa orilla que hace muy peligroso el acceso de Cuba, pero donde, por otra parte, se encuentran excelentes abrigos, en cuanto se logra atravesar ó dar la vuelta á la línea de las rompientes.

Algunos de estos cayos ó arrecifes del litoral son de bastantes dimensiones para formar verdaderas islas habitables en los raros sitios donde aparecen en la superficie charcos de agua

dulce y donde brotan de las peñas manantiales. Así, el cayo del Sabinal, el cayo Guajaba, el cayo Romano y el cayo Cocos, separados por pasos estrechos, se extienden delante de la costa cubana formando una ribera exterior de más de 200 kilómetros.

La cadena de los cayos que se extiende desde el Sabinal hasta el Cocos es tan regular y se halla cortada por pasos tan estrechos que puede considerarse como una larga península paralela á la costa firme. Más al Oeste continúa en una serie de arrecifes que, separados por anchas brechas, siguen á corta distancia del litoral actual. Es como una orilla futura, unida ya en parte á la tierra firme, entre Cárdenas y Matanzas, por la lengua regular llamada Punta de Icacos. Con esa hilera occidental de islotes y arrecifes, el conjunto de la costa exterior pasa de 500 kilómetros. Al Oeste de la Habana guarnecen el litoral otras franjas de arrecifes en una longitud de unos 225 kilómetros, desde Bahía Honda hasta el cabo de San Antonio. Reposan sobre un lecho poco profundo de coral cuyo cambiante panorama de algas, corales y bancos de conchas se extiende á la vista por debajo de las embarcaciones.

En la costa meridional de Cuba aún son más numerosos los arrecifes y los islotes que en la costa septentrional, pero no ofrecen la misma regularidad ni se desarrollan en hileras paralelas á la orilla, sin duda porque las corrientes no costean allí las tierras de cerca y no limpian los fondos de la infinidad de organismos constructores. Los grupos coralígenos han podido crecer al Sur de la isla á gran distancia del litoral, en todos los parajes donde el agua, relativamente tranquila, no se renueva de continuo por el influjo de las corrientes. Así, los arrecifes abundan poco en la parte de la costa que baña con sus aguas profundas el canal del Viento, entre el cabo Maisí y el cabo de Cruz. Faltan igualmente hacia el medio de la orilla meridional, en el punto adonde aboca la fosa profunda de Yucatán, y donde se arremolinan las aguas de una corriente lateral. Tampoco se han formado hacia la punta occidental, en la bahía de Corrientes, cuyo nombre justifican las que allí chocan para refluir al canal de Yucatán. La bahía de Manzanillo, al contrario, tiene más de una mitad de su extensión cubierta de arrecifes que continúan al Oeste en la cadena aircsamamente encorvada llamada Cayos de las Doce Leguas. La isla de Pinos se une á archipiélagos de peñascales y de islotes, entre los cuales figuran como los más conocidos los Jardines y Jardinitos, que prolongan al Sur las ciénagas de Zapata.

Algunas de estas islas, sotillos diseminados en medio de las azules ondas, son, en efecto, jardines floridos y fragantes, cuya belleza realzaa enjambres de pájaros que revolotean entre el verde. En el archipiéago de los Jardines brotan á borbotones en medio del agua salada manantiales de agua dulce procedentes quizá de tierra firme.

II

Isla de Pinos.

La isla de Pinos, que se alza al Sur de Cuba y sobre la misma meseta de rocas sumergidas, es por sí sola más extensa que las otras mil trescientas islas ó islotes que forman parte de la aglomeración cubana. Se compone en realidad de dos tierras, separadas por una manga tortuosa, semicanal, semiciénaga, que serpentea de Oeste á Este con una anchura, casi igual por todas partes, de unos 5 kilómetros. Se le da el nombre de Ciénaga. En la parte oriental del canalizo se han utilizado algunas rocas á flor de agua para hacer un camino de piedras entre las dos tierras. Obsérvase un gran contraste entre la del Norte y la del Sur. La primera está sembrada de grupos montañosos, de cerros aislados, y uno de sus picos perteneciente á la sierra de la Cañada, llega á la altura de 468 metros. La segunda es baja en toda su extensión, aunque á trechos surgen agudas rocas hendidas y agujereadas, los *seborucos*, que interrumpen los pantanos, las sabanas y los tremedales ó praderas temblorosas, haciendo casi imposible la travesía de un lado á otro.

III

Clima, flora y fauna de Cuba.

El cuerpo principal de Cuba se encuentra por entero en la zona tropical. Su clima es el del mar que baña la isla. El conjunto de los fenómenos atmosféricos presenta una regularidad grandísima que facilita notablemente el estudio de la meteorología general. En estas regiones, situadas casi en el nacimiento del *Gulf-stream* y de las corrientes aéreas que vienen á barrer la Europa occidental, puede observarse en su primer origen

más de un fenómeno del clima atormentado de la zona templada del Norte. Sin embargo, la isla de Cuba es tan extensa y se prolonga en un espacio tan considerable de Este á Oeste, desde el Atlántico hacia Yucatán, que pueden observarse contrastes de clima bastante notables entre sus diversas partes. En todas soplan los vientos del Norte principalmente durante el invierno, y en todas llueve con más abundancia durante la estación de estío ó «invernaje», es decir, en la época en que el sol pasa por el cenit. Pero se nota que las lluvias que producen los alisios son más frecuentes y copiosas por término medio hacia el extremo oriental de la isla que hacia el extremo occidental, así en la costa del Norte como en la del Sur. Son raros los granizos, á pesar de ser comunes las tormentas. Se dice también que han disminuído las lluvias en toda la isla á consecuencia de la tala de los bosques, que ha sido general, sobre todo en el centro y al Este, fuera de la región montañosa. Además, parece haberse retardado la estación del invernaje, y las lluvias, en vez de empezar en Abril y en Mayo, caen regularmente sólo en Junio y en Julio. En la Habana pasan de un metro por término medio. No hay una sola parte de la isla, aun hacia el extremo Oeste, que no pueda encontrarse en el camino de un huracán, y en Cuba precisamente es donde se han hecho las observaciones más frecuentes y rigurosas sobre estos terribles meteoros. El huracán de 1846, que derribó cerca de 2.000 casas en la Habana, causó desperfectos en más de 5.000, echó á pique 235 embarcaciones en el puerto y ocasionó averías en 48, se ha citado á menudo con un huracán «tipo» por la violencia de su vórtice.

La «Perla de las Antillas» ha merecido este nombre sobre todo por la riqueza y la variedad de sus especies vegetales. Su flora comprende en la escasa anchura de la isla casi todas las plantas que viven en las otras Antillas y en el inmenso contorno del mediterráneo americano, desde la península de la Florida hasta las bocas del Orinoco. Los pasos que separan á Cuba de las costas continentales no son bastante anchos para que las corrientes marinas, los vientos ó las patas, alas y deyecciones de las aves hayan dejado de transportar la mayoría de las semillas. Todos los árboles de la costa mejicana, notables por la majestad de su porte, la belleza de su follaje y el brillo ó el perfume de sus flores, se encuentran en el litoral de Cuba. Más de treinta especies de palmeras abren su abanico por encima de los bosques ó de los matorrales, y sorprende ver allí árboles

que parecen extraños en la zona tórrida, como los pinos que en la doble isla de dicho nombre se mezclan con las palmeras y las caobas. Pero, si la flora actual se enriquece con los cultivos que introducen los labradores y los jardineros, en cambio deben haber desaparecido muchas especies á consecuencia de la tala que desde principios del siglo XIX ha despoblado la mayor parte de la superficie insular, alterando al mismo tiempo las condiciones del suelo y del clima. A los bosques substituyen los yarey ó palmerales, ó espesuras de plantas bajas, de bejucos y espinos, la llamada *manigua*, donde no es posible penetrar sino armados de machetes.

Sabido es que antes del viaje de Colón la isla no tenía otros mamíferos que murciélagos y pequeñas especies de roedores, entre las cuales figuraba el *guaquinají* ó «perro mudo»: que era probablemente el *racon* de los americanos del Norte. El manatí, que todavía va á beber á los manantiales de agua dulce que brotan en el mar de los Jardinillos, era muy común en las costas, como lo recuerdan los nombres de una porción de golfos, bahías y playas. El *guaquinají* y otros dos ó tres animales primitivos han desaparecido. En cambio, se han hecho salvajes animales domésticos que introdujeron los europeos, como el puerco, que se encuentra en diversas partes de la isla, y el perro, que en las sábanas es un cazador temido de los pastores. El corzo procede también de Europa. Cuba es una de las comarcas donde el cambio de medio ha modificado más las especies caninas para formar razas diversas, desde el pequeño perro «habanero» que las señoras esconden en su manguito hasta el terrible mastín que se empleaba no ha mucho para la caza del hombre, indio fugitivo ó negro cimarrón. La mayoría de las aves de Cuba pertenecen á la fauna norteamericana, y sólo una especie de pájaro-mosca es peculiar de la isla. De igual modo, los reptiles cubanos son especies procedentes de los continentes vecinos, pero es extraño que entre las serpientes de Cuba no haya ninguna venenosa. Los autores de la isla lo declaran con cierto orgullo, y citan con graciosa indignación un pasaje de Lamartine en que el poeta habla de la serpiente de cascabel como perteneciente á la fauna cubana. Hasta afirman, sin aducir pruebas, que las especies venenosas introducidas en Cuba acaban por perder su veneno. La picadura del escorpión, por ejemplo, no produce, según ellos, más que una irritación ligera. Las tortugas terrestres pertenecen á la fauna propia de la isla, y, como en las demás Antillas, la

mayor parte de los moluscos, son especies distintas de los del continente. Una de las curiosidades de la fauna cubana es la abeja «vegetante», especie de *polistes*, en cuyo cuerpo brota un hongo del género *clavaria*. Los animales fosiles encontrados en las rocas miocenas de los Estados Unidos, como el *megilonyx*, elefantes é hipopótamos, se han descubierto igualmente en las capas cubanas de la misma edad; de donde se infiere que la tierra americana estaba unida entonces al continente vecino. La corriente del golfo tenía otro curso en aquella época.

IV

Población.—Indios negros y blancos de Cuba.

La isla de Cuba ha estado habitada indudablemente desde una época muy antigua: se han descubierto, sobre todo en la provincia oriental, en los alrededores de Bayamo, hachas de diorita y de serpentina pertenecientes á la época de la piedra pulmentada.

¿Cuál era el origen de los indios que vió Cristóbal Colón en 1492, al llegar á la isla? Un hecho positivo es que, á excepci3n de los salvajes guanataveis, acantonados en la península occidental, cerca del cabo de San Antonio, los cubanos hablaban la misma lengua que los lucayos de las Bahamas y los indígenas de Haití y de Jamaica. Ahora bien; como los nombres de lugares que los conquistadores enumeran en la Española son parcialmente aruacos, se ha inferido que los habitantes de las Grandes Antillas eran en su mayoría aruacos, procedentes de la América meridional, donde sus parientes habitan aún las orillas del Essequibo y del Surinam y los valles altos de la Sierra Nevada de Santa Marta. Por otra parte, cuando Grijalva hizo su expedición de descubrimiento por las costas del Yucatán, iba acompañado de intérpretes cubanos que conversaban sin dificultad con los indígenas, y en esta circunstancia se ve una prueba, si no de que pertenecían á la misma raza, por lo menos, de que estaban con ellos en frecuentes relaciones comerciales. Los mayas, que se decían «salidos del mar», creían en su parentesco con los insulares vecinos.

De todos modos, había grandes semejanzas entre los mayas del Yucatán y los cibuneyes de la isla inmediata, según nos los describen los historiadores de la conquista. Sus viviendas,

de diversas formas, variaban según las tribus y el rango de los personajes. Por lo común, eran barracas, enormes construcciones de ramas y cañas, que daban abrigo á centenares de individuos. Tenían también amplias embarcaciones en que se alejaban de las costas. Los cibuneyes cultivaban la tierra, y eran también hábiles pescadores. Se dice que tenían la destreza de dirigir el pez *pegador ó revés* por medio de una cuerda larga: lo lanzaban hacia las tortugas de mar, y cuando el pez fijaba su ventosa en el caparazón de la tortuga, recogían al pescador con su presa.

En tres años, de 1512 á 1515, se reconoció el interior de la isla, y la población, completamente sometida, desapareció de más de un distrito. Los indios no resistían, pero morían. Sólo el cacique Hatueí, que había ido de Haití á la parte oriental de Cuba, trató de combatir. Este fué el que, sometido á tormento, se negó á dejarse bautizar «para no ir al mismo cielo que los español s». En 1524 los indios de Cuba habían disminuído ya en dos tercios. Unos sucumbían de pena; otros apresuraban su fin comiendo tierra y guijas, ó bien *casabe*, cuya harina contenía aún el jugo venenoso de la yuca. En 1532, según un informe oficial, apenas se contaban en Cuba más que 4.000 indios. Habían bastado, pues, veintiún años para hacer desaparecer casi completamente la raza: sin embargo, se conocen exactamente los nombres de los diversos pueblos y los territorios que ocupaban. En 1554 fueron reunidas 60 familias de aborígenes, errantes por la parte occidental, en una especie de lazareto en Guanabacoa, cerca de la Habana, pero algunos restos de tribus sobrevivían en las montañas de la región oriental. Todavía en 1847, no lejos de Tiguabo, en alguno de los valles de la sierra Maestra que se inclinan hacia la bahía de Guantánamo, existía una familia de indios puros que constaba de más de 100 individuos con hijos, nietos y biznietos. En la misma región hay otras varias familias consideradas como de origen indio, perolas alianzas con negros y blancos han modificado el aspecto de la raza. Las mezclas han sido más numerosas de lo que se cree comunmente. Habiendo tomado los españoles casi todas las mujeres indias, los hijos que nacían se reputaban de la raza de los conquistadores, aunque descendiesen por sus madres de los conquistados.

Los negros que importaron los plantadores á la isla para reemplazar á los indígenas exterminados, aumentaron en número muy lentamente, y hubo que reparar de continuo con

nuevos cargamentos las pérdidas de los antiguos. Todavía á mediados del siglo XIX, á despecho de los convenios firmados con la Gran Bretaña, á despecho de las leyes que prohibían la compra de los negros bajo las penas más severas, los negreros desembarcaban anualmente de 30 á 50 cargamentos de *bozales* que se disputaban los compradores, convocados en la playa apartada donde debía celebrarse el mercado. En 500.000 hombres se calcula el número de infelices introducidos en Cuba por fraude desde la abolición oficial de la trata en 1820. Una onza de oro era el beneficio del negrero por cada esclavo importado. No fué mayor el número de esclavos desembarcados ostensiblemente durante el período en que era libre la trata.

La población negra no empezó á aumentar espontáneamente en la isla hasta fines del siglo XVIII, cuando, después de la eliminación sucesiva de los negros solteros, el número de mujeres (sin igualar al de hombres), bastó para la constitución de las familias. Los esclavos acabaron por superar á los hombres libres. Ya en 1791 se estimaban en algo más de la mitad de los habitantes; pero la represión definitiva de la trata y la guerra de secesión americana, que terminó por la abolición de la esclavitud en la república reconstituida de los Estados Unidos, hicieron imposible el mantenimiento de la servidumbre en la isla española. Cuando la primera insurrección de Cuba contra España, los plantadores sublevados emanciparon por sí mismos y armaron á sus esclavos contra las tropas peninsulares. El Gobierno de España, aunque siempre favorable á los intereses de los grandes propietarios, comprendió al fin que había que ceder, y en 1880 una ley decretó la abolición gradual de la esclavitud. Siete años después, en 1886, se proclamaba la emancipación definitiva. No quedaban ya entonces por redimir más que 25.000 esclavos. El cambio en las plantaciones fué más aparente que real: los negros, esclavos de ayer, siguieron trabajando como criados, sin más diferencia que la de reemplazarse su sostenimiento por el salario directo. Por lo demás, aun durante el período de la servidumbre, los negros cubanos no fueron oprimidos con tanta dureza como los de las colonias de otras naciones. Se les habían garantizado los «cuatro derechos» de casarse á su albedrío, de buscarse un nuevo amo cuando el primero fuese demasiado duro, de rescatar su libertad por el trabajo y de adquirir una propiedad que les permitiese eventualmente emancipar á su familia.

Según las estadísticas oficiales, el número de blancos supera

en la isla de Cuba al de negros y gentes de color. Es natural que así sea, puesto que el matiz más ó menos moreno de la piel constituía antiguamente la razón de ser de la libertad ó de la esclavitud, y todo cubano libre debía tratar, ya que no de volver-se blanco, de ser clasificado como tal oficialmente. Además, los plantadores de Cuba, comprendiendo que más pronto ó más tarde serían emancipados sus esclavos, procuraron introducir nuevos trabajadores y se dirigieron á los comerciantes de Macao y Cantón para obtener «alquilados» chinos, esclavos temporales que debían recobrar su libertad después de cierto número de años de un trabajo obligatorio. Pero la población asiática que vive actualmente en la isla, es muy inferior al conjunto de los alquilados que han ido allí desde mediados del siglo anterior. Robados unos, atraídos otros con falsas promesas, los culíes chinos, como en otros tiempos los negros bozales, no se importaban nunca por grupos de familia. Eran rarísimas las mujeres que desembarcaban los mercaderes de hombres, y casi todos los recién llegados, condenados de antemano á vicios contra Naturaleza, debían morir sin posteridad, pues muy pocos se unían á mujeres de otra raza.

Las dos islas españolas de Cuba y Puerto Rico, pueden citarse como ejemplo de las comarcas tropicales en que se ha realizado de una manera definitiva la aclimatación de la raza blanca. Verdadero es que los blancos de Cuba son, en su inmensa mayoría, de origen español, es decir, de origen meridional y mixto de elementos bereberes. El número de españoles que hay sólo en Cuba es diez veces mayor que el de los ingleses en todas las Indias occidentales pertenecientes á la Gran Bretaña. Al principio, los colonos más numerosos eran los andaluces y los castellanos; después, fueron los vascongados y los catalanes. Los canarios ó isleños, que no son españoles puros, puesto que por sus madres representan el elemento primitivo de los guanches, llegaron también por miles, tanto más atraídos hacia la gran isla americana, cuanto que se encuentran estrechos en su pequeño archipiélago y no tienen que temer el cambio de clima. Los gallegos, nacidos en su mayoría en los valles altos de un país donde hace mucho frío en invierno, han proporcionado, no obstante, á Cuba una crecida proporción de sus emigrantes, y según el testimonio unánime de los residentes, se aclimatan sin trabajo. Cerca de la mitad de los trabajadores empleados en los plantíos de caña y en las fábricas de azúcar, pertenecen á la raza blanca. Todos estos colonos cons-

tituyen la clase de los campesinos llamados «blancos de la tierra» ó *guajiros*; pero en algunas familias de esos «blancos» se nota una mezcla de sangre negra. Los catalanes y los vascos se establecen principalmente en las ciudades como obreros, empleados y comerciantes. Son los inmigrantes más activos, enérgicos é industrioses, aquellos á quienes debe Cuba sus progresos materiales, y los que sostuvieron con más empeño la causa de España hasta que Cuba conquistó su independencia.

La aclimatación de los europeos es más ó menos difícil, según la diferencia de su medio natal, comparado con el de Cuba. La fiebre amarilla, el azote de las Antillas, ataca sobre todo á los extranjeros procedentes de los países del Norte.

La parte más saludable de la isla de Cuba es la zona elevada de la provincia oriental, é inmediatamente debajo, en las riberas mal ventiladas de las bahías que se internan profundamente en la tierra, se extienden los campos más palúdicos, frecuentemente ocultos por la niebla, el «sudario de las llanuras». La isla de Pinos, á pesar de sus bajos, sus pantanos, sus tierras inundadas y de los mangles de sus orillas, se reputa mucho más sana que la gran Antilla, de la que es una dependencia. Allí jamás han hecho estragos las epidemias, gracias, sin duda, á los vientos alisios que soplan constantemente y se llevan las exhalaciones del suelo. Cubanos y norteamericanos pasan anualmente en esta isla la temporada de estío.

Cuba, como es sabido, se ha constituido en República independiente después de una segunda insurrección contra España y una larga guerra que costó muchos miles de vidas. La intervención armada de los Estados Unidos en favor de los cubanos decidió la contienda, y en 1898, por el Tratado de París, reconoció España la independencia de la isla. La nueva República cubana no ha tenido una existencia tranquila. Han surgido en ella desórdenes y revoluciones, y se teme que los Estados Unidos, que ejercen el protectorado sobre la isla, acaben por anexionársela.

V

Poblaciones de Cuba.

La capital de Cuba, Habana ó la Habana, es decir, la «Sabana», según Bernal Díaz, no fué la primera ciudad fundada por los españoles, ni ocupa el primitivo paraje en que fué

construída. Llegando de la Española, los conquistados empezaron por establecerse cerca del extremo oriental de la isla, y eligieron á Baracoa, cerca del cabo Maisí. Después, dirigiéndose hacia el Oeste, encontraron el puerto mucho mejor situado de Santiago de Cuba, á que no tardó en substituir, como capital, una ciudad del interior, Bayamo, cuyo clima es mucho más saludable. La Habana, enclavada en la parte occidental de la isla, en la bahía de la Broa, al Este de la playa donde hoy se encuentra el pueblecillo de Batabanó, fué la cuarta capital de Cuba. Pero, como su acceso era difícil y el suelo pantanoso, hubo que trasladar la residencia á la costa septentrional. Esto aconteció en 1519, siete años después del establecimiento de Baracoa. Las primeras casas se construyeron en la boca del pintoresco río de la Chorrera, llamado también Almendares, en el punto donde existe el fuerte llamado «de los Bucaneros». Después, la naciente ciudad se corrió más al Este, á la Península que separa el mar de la dársena de Carenas, donde Sebastián de Ocampo, el primer circunnavegante de la isla, había reparado sus naves, utilizando un manantial de asfalto que no existe ya hoy. La nueva capital, designada al principio con el nombre de San Cristóbal, tomó poco á poco el de Habana, que era el de la región.

Muchos habían sido los tanteos, pero la elección definitiva fué de la mejores. La Habana ocupa uno de los sitios más favorables para el comercio. Las ventajas locales son grandísimas, porque el puerto es muy amplio y se halla perfectamente abrigado, la península es fácil de defender y los fértiles campos del contorno pueden suministrar con exceso los recursos indispensables. Pero lo que hace de la Habana un sitio verdaderamente privilegiado en su situación geográfica con respecto á los otros puntos vitales de la superficie del globo. Situada hacia el medio del Nuevo Mundo, en el centro del gran mediterráneo americano, se encuentra precisamente en el origen del *Gulf-stream*, y, por tanto, en el punto de partida de la ruta natural de las Antillas hacia la Europa occidental. Se halla al mismo tiempo en el lugar de convergencia de las líneas de navegación que desde todo el contorno del golfo se dirigen hacia la puerta de salida. El delta del Mississippi, es decir, el conjunto de la cuenca fluvial más populosa de los Estados Unidos, se abre directamente hacia la Habana, y en fin, por un contraste notable, la ciudad hispanoamericana, centinela avanzado del continente latino, mira hacia el continente angloame-

ricano. Compréndese que la Habana se haya dado á sí misma el nombre de «Llave del Nuevo Mundo», y que ostente una llave en sus armas.

Inglaterra, con todas sus posesiones antillanas, no tiene, desde la Jamaica hasta la Barbada, una sola ciudad que pueda compararse, ni aún de lejos, con Habana.

El cuerpo principal de la población ocupa una península orientada de Oeste á Este y cuyo remate, el promontorio del Morro, domina el boquete de entrada, de 340 metros de ancho en la angostura del canal. Al otro lado del paso se elevan las colinas de Cabañas, con poderosas fortificaciones cuyos fuegos se cruzan con el castillo del Príncipe, que domina la ciudad por el Oeste, y con otras obras militares que siguen alrededor del puerto. Fuera de la península, siguen al Sudoeste cuarteles de reciente construcción, y los arrabales, siempre en aumento, suben las pendientes de la cuenca. La aglomeración habanera comprende más de un cuarto de millón de habitantes, ó sea, como un sexto de toda la población de la isla. El aspecto general de la Habana no ofrece nada de imponente en cuanto á la belleza de los edificios ó la disposición de las masas; pero es agradable en su conjunto por la alegría y animación de los muelles y las calles. Las casas, bajas en su mayoría, están pintadas de vivos colores amarillo, rosa, verde, azul claro. La Habana recuerda á Cádiz: las plazas están adornadas con grupos de palmeras, y separan los distintos cuarteles anchos paseos de árboles frondosos. Como todas las capitales, la Habana tiene grandes y suntuosos monumentos públicos, iglesias, palacios, Universidad y buenas escuelas.

Su puerto es una de las obras más hermosas del mundo, con su extenso fondeadero de varios kilómetros cuadrados, donde mil embarcaciones encuentran puesto á la vez. El comercio, servido principalmente por vapores norteamericanos, se dedica, sobre todo, á la exportación de los tres artículos principales de Cuba: azúcar, tabaco y café. El movimiento del puerto pasa de 2.000 embarcaciones, sin contar todas las de remos, vela y vapor que van y vienen de continuo de una á otra orilla. Por las calles circulan más de 6.000 vehículos. Tres líneas principales de ferrocarriles van á buscar los productos agrícolas y á repartir las mercancías extranjeras por todos los puntos del Occidente y del centro.

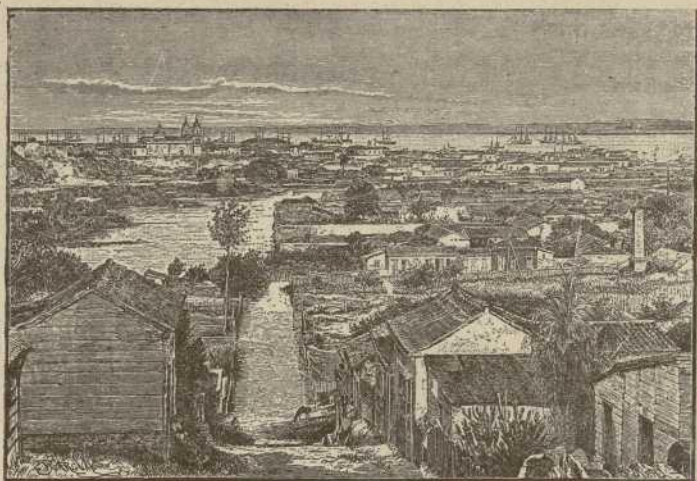
Al Oeste de la Habana siguen en la costa algunos puertecitos, notables por la analogía de su formación, como Mariel,

Cabañas y Bahía Honda. Las ciudades más populosas del extremo occidental de la isla ó Vuelta de Abajo están en el interior de las tierras. Estas poblaciones son: Guanajay, rodeada de cafetales, y Pinar del Río, centro de las plantaciones que producen el tabaco más apreciado del mundo entero. La mayor parte de este tabaco se envía por ferrocarril á las fábricas de la Habana; pero Pinar del Río posee también los puertecitos de la Coloma y de Cortés en la costa meridional. En Cortés fué donde se embarcó el capitán de este nombre para ir á la conquista de Méjico. Al Nordeste del Pinar del Río, en un pintoresco vallezuelo de las montañas de los Organos, brotan las aguas minerales de San Diego, adonde afluye en verano multitud de bañistas.

Al Sur y al Este de la Habana se apiñan las poblaciones del extenso término, muy concurridas durante la estación de los calores y rodeadas de campos sembrados de casas de recreo. La mayor de estas poblaciones es Guanabacoa, asentada en una colina al Sudeste de la Habana, y desde donde se domina el panorama maravilloso de la rada y la ciudad. Al pie de la altura se halla el pueblo comercial de Regla, uni lo á la Habana por un continuo movimiento de vapores. Hacia el Sur, más allá del elegante barrio de El Cerro, por donde pasa el acueducto del Almendares, se encuentran sucesivamente las ciudades de Santiago, Bejucal y San Antonio. El centro agrícola de las campiñas del Sur es la ciudad de los Güines, edificada en la desembocadura de un valle, de donde sale el río Mayabeque para esparcirse en los pantanos del litoral. En cuanto al pueblecillo ribereño de Batabanó, situado directamense al Sur de la Habana y cuyo surgidero puede considerarse como el anejo del puerto de la capital, á la cual lo une un ferrocarril, asombra su escasa importancia. Si las aguas de esos parajes fuesen bastante profundas, no es dudoso que el comercio de la Habana con las Repúblicas hispano-americanas del Sur tomaría este camino, que evita dar un gran rodeo doblando el cabo de San Antonio.

Matanzas, la segunda población y ciudad comercial de Cuba, ocupa una situación análoga á la de la Habana á orillas de una bahía profunda de la costa septentrional. La población, cuyo nombre ha venido á substituir al oficial de San Carlos de Alcázar, en recuerdo de una matanza de indios, no es una de las ciudades antiguas de Cuba. En el siglo xvi los habitantes de la Habana poseían allí cercados y plantaciones de yuca, pero hasta 1693 no se construyó el pueblo en la punta de tie-

rra de Yucayo, situada al extremo de la bahía entre el río de Yumurí y el de San Juan. Matanzas ha traspasado con mucho los límites de la península para formar en la orilla izquierda del Yumurí el barrio elegante de Versailles, y al Este, á la otra parte del San Juan, los barrios industriales de Pueblo Nuevo, donde se encuentran los almacenes y la estación principal del ferrocarril. En la Plaza Mayor de Matanzas fué fusilado en 1844 el poeta mulato Plácido, acusado de haber querido sublevar á los negros. Al Norte de la población se eleva el ramal de la Cumbre que domina el grandioso panorama de la ciudad y del puerto. La región que se extiende al Sur y al Este de Matanzas,



Matanzas. (Dibujo de Barclay).

hacia Cárdenas, es la más fértil de Cuba y posee los ingenios más importantes. Así la ciudad ha podido hacerse comercialmente independiente de la Habana, y traficar de una manera directa con el mundo entero, sobre todo con los Estados Unidos. De todas las ciudades cubanas, Matanzas es la que cuenta con una población más emprendedora, más influida por el ejemplo de los norteamericanos. Por desgracia, los aluviones obstruyen en gran parte el puerto propiamente dicho, y los barcos de gran calado tienen que fondear á distancia en la rada. Cerca de Matanzas, como en la Habana y en otros puntos de la costa, se han utilizado las grutas abiertas al pie de los acantilados para hacer deliciosas piscinas. Las bóvedas del

peñascal protegen á los bañistas contra el sol, y con los enrejados puestos á la entrada se detienen los tiburones, sin amortiguar ni romper las espumosas olas que se esparcen mugiendo por las profundas galerías.

Al Este de Matanzas ha crecido rápidamente una ciudad nueva fundada en 1823, Cárdenas, que también ha entrado en relaciones directas con los puertos extranjeros para la exportación de azúcares y melazas. Se encuentra á orillas de la bahía anchurosa abrigada al Noroeste por la larga península de Punta Icacos, cuyo istmo se ha pensado alguna vez cortar evitando así una navegación peligrosa al través de la cadena de arrecifes. Cárdenas, como la vecina ciudad, está unida á la red de los ferrocarriles cubanos, y por medio de una línea de vapores queda enlazada con todas las ciudades de la costa. En el interior, el mercado más activo para la producción azucarrera es la ciudad de Colón, conocida antiguamente con el nombre de Nueva Bermeja.

Más allá de estos distritos la vida se dirige hacia el Sur. La isla cambia de fachada, por decirlo así, y el centro de atracción del comercio se encuentra en la costa meridional. Verdad es que esta región permaneció casi desierta durante tres siglos. Cienfuegos, así llamada en honor de un gobernador de Cuba, es una ciudad moderna, aunque ya Colón visitó su maravilloso puerto, y Ocampo lo exploró completamente en 1508. Los españoles, demasiado pocos en número para ocupar la isla entera, no fundaron colonia á orillas de este puerto, llamado de Jagua, que «no tiene semejante en el mundo», según decía Herrera; y los piratas, los contrabandistas, los corsarios ingleses pudieron entrar allí sin peligro, más de una vez, para reparar sus naves ó preparar sus expediciones. El puerto de Cienfuegos no es el más extenso de Cuba, aunque presenta la enorme superficie de 65 kilómetros cuadrados, pero se considera como el mejor de todos, y los progresos de su comercio han sido rapidísimos. Ahora se hacea por él la mayor parte de las transacciones de todo el distrito de las Cinco Villas, que ha venido á ser de las «Seis», desde el nacimiento de Cienfuegos. Este, convertido en segundo puerto de la isla, ha aventajado con mucho á Trinidad, que tiene nada menos que tres puertos y una rada excelente en la costa Sur. La llanura de Manicargua, intermedia entre las dos ciudades, produce tabacos exquisitos, que apenas ceden á las mejores marcas de la Vuelta de Abajo.

Trinidad, una de las más antiguas de las «Cinco» ó «Seis Villas», data de los primeros tiempos de la conquista como Santo Espíritu, situada en el interior, y Remedios (San Juan de los Remedios). Llamada Cayo en el lenguaje común, porque los primeros establecimientos, trasladados después á Tierra Firme, se habian construido en un cayo de la costa Norte. Las correrías de los filibusteros franceses é ingleses, y sobre todo, la visita del terrible Olonnais obligaron á los indígenas á huir hacia el interior y á fundar en 1690 otra ciudad, Santa Clara, designada comúnmente con el nombre de Villa Clara. En fin, una quinta villa, Sagua la Grande, así llamada á causa de una planta común en el país, reemplazó poco á poco, á 20 kilómetros del mar y á orillas del río del mismo nombre, á un grupo de cabañas, situado en el arranque de la navegación fluvial. Los inmediatos yacimientos del petróleo suministran á Sagua la Grande el gas necesario para el alumbrado de las calles. En el distrito de las Cinco Villas se encuentran las arenas auríferas explotadas con éxito por los conquistadores, pero ahora están muy empobrecidas.

La angostura de Morón donde se sueldan, por decirlo así, las dos mitades de la isla, separa las provincias de Santa Clara y de Puerto Príncipe. La capital de esta última y de toda la región central de Cuba, es la antigua Camagüey de los indios, la ciudad «criolla» por excelencia, y sus habitantes se complacen en darse el nombre de camagüeyanos. Son los más hermosos, los más robustos y también los más independientes de los criollos de Cuba. En las dos insurrecciones dió este distrito muchos combatientes. Puerto Príncipe es la más populosa de las ciudades del interior, porque, aunque el nombre de «puerto» induciría á creer que estaba construída en un abra ó en un collado de montaña, extiéndose, al contrario, en medio de una llanura. Su puerto marítimo, abierto en la costa septentrional, es la amplia cuenca de Nuevitas, que Colón visitó en 1492, y á la que dió ese nombre de Puerto Príncipe, trasladado después á la ciudad del interior. El puerto de Nuevitas, perfectamente abrigado por los promontorios de tierra firme y el cayo Sibinal, no tiene menos de 148 kilómetros cuadrados de superficie, pero está sembrado de arrecifes, y su boca, estrecha y sinuosa, se halla expuesta á toda la fuerza de los alisios. Más allá, hacia el Este, viene el Puerto Padre que exporta betunes.

La ciudad principal de la cuenca del Cauto, ya fundada en

los primeros tiempos de la conquista, es Bayamo, á orillas de un afluente del Sur. Cerca de esa ciudad, al Sudoeste, se encuentra Yara, donde estalló la insurrección de 1868. Todas las ciudades de la región, Holguín, las Tunas, Guairaro, han sufrido mucho durante las guerras, quedando destruidas casi todas las plantaciones de la comarca y despoblado el país. El puerto de Manzanillo, al Sur de las bocas del Cauto, hace un comercio creciente en tabaco, azúcar, cera, miel y otros productos agrícolas.

La capital del departamento oriental de Cuba, su ciudad



Santiago de Cuba. (Dibujo de Barclay).

más populosa á la vez que su puerto más activo, es Santiago de Cuba. Está situada á orillas de uno de esos admirables puertos del contorno de Cuba que se abren en la cadena de los arrecifes, sin más comunicación con el mar que un canal estrecho. El de Santiago no pasa de 160 metros en el punto más angosto, pero en el interior de las tierras forma un seno magnífico dividido en ensenadas donde podrían hallar sitio todos los barcos de la isla. La ciudad, defendida como la Habana por un «morro» y por fuertes avanzados, se cobija al extremo Nordeste de la cuenca, en un vallezuelo circular, y se eleva á modo de repisa sobre las pendientes de las montañas. Sus casas bajas y multicolores, sus paseos, sus jardines y el soberbio horizonte de los montes circundantes hacen de ella una de las ciudades

más bellas de las maravillosas Antillas; pero el calor excesivo que se almacena en el aire casi inmóvil del circo profundo y la insalubridad consiguiente han contribuido á desviar el tráfico. Santiago no es ya más que el tercer puerto de Cuba. Además, el muro de la Sierra Maestra que se levanta entre Santiago y el resto de la isla ha hecho difíciles las comunicaciones. Cerca de él el pueblo de Cobre es un centro de las explotaciones mineras de cobre de la Sierra Maestra. En esa misma región montañosa se encuentra Caney, «el Sepu'cro» en la lengua de los aborígenes, antigua aldea india en torno de la cual han construído sus casas de campo ricos negociantes. Las minas de hierro de Juragua, explotadas muy activamente, pertenecen á industriales norteamericanos de Pensilvania. Las más ricas, donde trabajan 1.200 obreros, se encuentran 27 kilómetros al Este de Santiago, y están unidas á esa ciudad por una vía férrea. Santiago es un centro telegráfico de donde irradian los cables submarinos hacia el departamento occidental y hacia Méjico, Jamaica, la América del Sur, Haití, Puerto Rico y las Pequeñas Antillas. Por la parte Este, á mitad de camino de la punta de Maisí, se abre otro puerto, más vasto aún que el de Cuba, pero casi inútil para el comercio. Es el de Guantánamo, reducido gradualmente por los aluviones de algunos ríos; las embarcaciones remontan una de esas corrientes hasta los pueblos del Saltadero y de Santa Catalina.

Baracoa, la ciudad más próxima á la punta oriental de Cuba, fué la primera colonia de los españoles. Es el Puerto Santo que visitó Colón. Ahora hace un comercio bastante crecido de plátanos, nueces de coco y otros frutos de los trópicos con los Estados Unidos, y buques noruegos desempeñan el servicio de cargadores entre los dos países. Uno de los ferrocarriles más pintorescos de Cuba une á Baracoa y Santiago por las brechas de las ásperas montañas de las Cuchillas, que forman siete crestas diferentes.

VI

Prosperidad de Cuba.

A pesar de las revoluciones, guerras y epidemias, la isla de Cuba gana en población: el número de sus habitantes es séxtuplo, por lo menos, que á fines del siglo XVIII. Las inmigraciones forzadas de alquilados blancos, de negros africanos, de

chinos y yucatecas han concluído, y el aumento de los residentes cubanos se debe, ya á la inmigración libre, ó lo que es más importante aún, al exceso de los nacimientos sobre las defunciones. Las familias se multiplican regularmente con ventaja de la raza española, y el elemento africano se funde poco á poco merced á los cruzamientos. Más de 100.000 habitantes de Cuba han nacido en España ó en el extranjero. El aumento anual de cubanos, en tiempo de paz, puede calcularse en 15 000 ó 20.000 almas, y el período de duplicación parece ser de medio siglo.

Se calcula en poco más de un cuarto de la isla la superficie de los terrenos cultivados ó aprovechados para la cría de ganado. El principal cultivo de Cuba es el de la caña dulce. En la producción anual del azúcar de caña, «reina del país», según un dicho local, corresponde á Cuba próximamente la cuarta parte de la recolección del mundo entero. A esta isla pertenece el primer puesto en tal industria, aunque otras comarcas de los trópicos tienen una superficie mucho mayor de terrenos favorables al cultivo. Java viene en segundo lugar. El valor anual del azúcar entregado por las fábricas de Cuba se eleva por término medio á 250 millones de pesetas, sin incluir el ron ni las melazas. Pero esta considerable renta se reparte entre un pequeño número de manos, porque las plantaciones azucareras, que ocupan en conjunto 3.400 kilómetros cuadrados, son dilatadas fincas, y una porción de ellas, sobre todo en los distritos de Matanzas, Cardenas, Cinco Villas y Guantánamo, producen hasta 5.000 toneladas anuales de azúcar. Las fabricas de esas plantaciones están admirablemente montadas, y se hallan provistas de las máquinas más perfectas, debidas á los constructores de Europa y de los Estados Unidos. En Cuba, las obras más grandiosas de la industria moderna se ven en los campos, no en las ciudades. Cerca de la mitad de los trabajadores empleados en los ingenios son blancos.

En el mismo año del descubrimiento del Nuevo Mundo notaron los enviados de Colón que los indios de Cuba tenían en una mano un tizón encendido y en la otra unas hojas secas arrolladas, y que de vez en cuando las encendían, las llevaban á la boca y aspiraban el humo por la boca y la nariz. Estas hojas eran las del tabaco, que después han aprendido á conocer europeos, asiáticos, africanos y oceánicos, y que han conservado su excelencia en la isla de Cuba. Si el cultivo del tabaco no tiene en la gran Antilla tanta importancia como el de la

caña de azúcar, en cambio la calidad de los productos de la Vuelta de Abajo no encuentra rival en el resto del mundo. En el peso bruto de la recolección anual, aventajan á Cuba, no sólo los Estados Unidos y la India, sino también otros muchos países productores, incluso Francia; y en Filipinas, Manila ha llegado á ser rival de la Habana. Pero tabaco de tan excelente calidad como el de Cuba no se conoce en el mundo.

El tercer artículo de la isla por orden de valor es el café. Era antes el primero cuando los plantadores franceses, fugitivos de Santo Domingo, se establecieron en Cuba y gracias á este cultivo, los campos ofrecían entonces un aspecto muy diferente del de hoy. Como la planta del café crece á la sombra, el cafetal era un plantío de árboles, especialmente de árboles frutales y al través de estos bellos vergeles extendíanse avenidas bajo las ramas cargadas de flores y frutos. Con la invasión de la caña de azúcar desaparecieron huertos y jardines, y las fábricas y máquinas de vapor han reemplazado á las pintorescas enramadas. El país se ha afeado, adquiriendo un aspecto industrial. Esta vulgarización de la tierra es otra de las causas que han contribuido al movimiento de emigración de los grandes propietarios, establecidos casi todos en las ciudades de Cuba y del extranjero, después de abandonar sus dilatadas haciendas en manos de gerentes. Además del azúcar y el tabaco, la isla produce también algodón, cereales, yuca y frutas, pero en muy pequeña cantidad proporcionalmente á las necesidades de la alimentación. Dividida Cuba en grandes haciendas donde todo el trabajo se dirige con la mira de la exportación, tiene que importar arroz, trigo, harinas, carne, tocino y otros víveres.

Los animales domésticos introducidos en la isla desde los primeros tiempos de la ocupación han encontrado allí un medio favorable; pero, al multiplicarse, se han modificado más ó menos. Los caballos cubanos, de raza andaluza, han perdido en alzada y en anchura de pecho, pero han ganado en sobriedad, resistencia y vitalidad. Antes de las insurrecciones abundaban tanto en la isla entera, y principalmente en las regiones del centro y del Este, que nadie viajaba á pié. Todos los insurrectos, blancos y negros, iban montados, lo cual les permitía á veces andar 80 kilómetros por día, y librarse de la persecución presentándose de repente en puntos opuestos y engañando constantemente al enemigo en punto á su verdadera fuerza. Ahora el número de los animales de silla ha disminuído mucho

en proporción á los habitantes, y en ninguna parte se encuentran ya caballos cerriles como antes en el cayo Romano, en las sábanas de Nipe y en otras regiones apartadas. El camello de Canarias, que se había introducido, no ha dado resultado, á causa de las niguas que le hieren los pies. En ciertas partes de la isla, especialmente en el distrito de Baracoa, donde Cortés fué ganadero, se emplea el buey como bestia de carga y para los viajes, del mismo modo que en el Africa meridional. Las cabras y las ovejas han prosperado menos que los cerdos y el ganado mayor. La cabra ha perdido su viveza, y la oveja, poco cuidada, ha cambiado su vellón por pelo.

País de gran propiedad y de gran producción, Cuba tiene escasa industria manufacturera y casi todos los objetos de fabricación proceden del extranjero. Pero esta misma escasez de fábricas (excepto las de azúcar y de cigarros) y las necesidades de la alimentación pública, obligan á los insulares á hacer un comercio muy activo con las comarcas de producción agrícola é industrial. Los que han monopolizado casi enteramente el tráfico al por menor son catalanes, y «tendero» y «catalán» han venido á ser palabras sinónimas. El movimiento de las transacciones con el exterior, emplea millares de embarcaciones, que hacen un servicio regular con los puertos principales del mediterráneo americano y del Atlántico, pero sobre todo con los Estados Unidos. El tráfico de cabotaje se extiende como una cadena continua por todo el contorno insular y emplea varios millares de barquichuelos de menos de 50 toneladas. En cuanto á los vapores, que representan por sí solos el tercio del tonelaje, son naves de grandes dimensiones, destinadas casi exclusivamente al tráfico con el extranjero.

La población de Cuba es aproximadamente de 1.400.000 habitantes.



San Juan de Puerto Rico. (Dibujo de Clerget).

PUERTO RICO

I

El país.—Sus pobladores.

Puerto Rico, la *Borinquen* de los araucos, es la cuarta de las Antillas en superficie, pero la primera de todas en densidad de población y en prosperidad. Esta isla continúa de Oeste á Este la alineación que forman la isla de Jamaica y el litoral del Sur de Haití. Su forma es de una regularidad casi geométrica; un paralelogramo cerca de tres veces más largo que ancho y cuyos cuatro lados se extienden casi frente á los cuatro puntos cardinales. Algunas partes del litoral, por el Norte y por el Sur, aparecen cortadas en forma de dientes de sierra, y hacia el Sudoeste, la costa poco elevada sobre el nivel del mar, está sembrada de charcos. Pero estas desigualdades de detalle se pierden en el aspecto general de Puerto Rico.

El relieve de Puerto Rico es muy inferior en altitud al de las otras grandes Antillas, y algunas de las Antillas menores tienen cimas rivales. Sin embargo, Puerto Rico no posee una superficie que responda al rectángulo de su contorno. Sus

colinas y montañas forman macizos y ramales que no presentan en su conjunto una disposición distinta. La cima más elevada es el Yunque de Luquillo, llamado también simplemente Luquillo, como la ciudad situada al pie. Se yergue, no en el centro de la isla, sino en el ángulo Nordeste. A partir de ese mojón litoral, de 1.119 metros de altura, las divisorias se ramifican entre sus cuencas de resbalamiento, divididas por los ríos en crestas sinuosas, pero la salida principal se mantiene en la parte Sur de la isla, de modo que presenta á las aguas corrientes una pendiente mucho más prolongada por la vertiente septentrional. Hacia su extremo Oeste la cadena, compuesta sobre todo de rocas calizas, se divide en ramales divergentes, algunos de los cuales avanzan hasta el mar á guisa de promontorios. Por todo el contorno de la isla inclínanse valles perpendiculares á la costa, regado cada uno por su río. Algunos tienen un desarrollo total de más de 100 kilómetros, y varias de las corrientes que los han abierto han recibido el nombre de Río Grande. Lo merecen por dos razones: primero, por la longitud relativa de sus valles, comparados con los de la vertiente meridional; segundo, por la mayor abundancia de lluvias que los vientos alisios derraman en esa vertiente.

Los indígenas de Puerto Rico no teniendo lugares de retiro inaccesibles en las montañas de su país, desaparecieron rápidamente después de la conquista, á pesar de su gran número. Según la crónica, eran cerca de un millón, que obedecía á un solo cacique. Se cree que formaban parte de la misma raza que los indígenas de Haití, y la autoridad se transmitía, entre ellos, del tío al hijo de la hermana. Los labradores encuentran frecuentemente en el suelo armas y adornos que prueban la originalidad de la civilización de Borinquen. Son collares, ó, más bien, arneses de sienita ó de otras piedras macizas que no se encuentran fuera de Puerto Rico y de las pequeñas Antillas del Norte. De igual manera que en las otras Antillas, á la antigua raza roja substituyó en las faenas penosas del cultivo la raza negra; pero la colonización se hizo con más lentitud que en la *Española*, cuyos yacimientos auríferos atraían á los conquistadores. En 1509 fué cuando Ponce de León fundó el primer establecimiento de la isla, Caparra, del cual no quedan ya más que ruinas, situadas al Sur de la capital actual, cerca del pueblo que ha tomado el nombre de Pueblo Viejo.

Los comienzos de la colonización fueron muy difíciles. Huracanes, una invasión de caribes y la destrucción de los

primeros cultivos por las hormigas hicieron abandonar la isla, que se repobló lentamente. En 1700 Puerto Rico no tenía más que tres aldeas, pero desde hace siglo y medio es uno de los países cuya población ha crecido con más constancia y regularidad, y con relación á su superficie es la Antilla más poblada. Su población es de unos 814.000 habitantes aproximadamente en 9.620 kilómetros cuadrados, lo que significa una gran densidad. Pocas comarcas hay en Europa y en el Nuevo Mundo que aventajen en tal sentido á la cuarta Antilla. Por término medio, los nacimientos se acercan al duplo de las defunciones. La fecundidad natural del suelo y la uniformidad de su relieve explican en parte la población de Puerto Rico durante el curso de un siglo. Además de 1810 á 1825 la isla recibió una numerosa inmigración de españoles que habían abandonado de grado ó por fuerza los países sublevados del Nuevo Mundo. Entonces eran frecuentes las relaciones entre Puerto Rico y las comarcas de la América meridional, sobre todo Venezuela, y los habitantes de la isla antillana, á ejemplo de sus hermanos de raza, quisieron conquistar su autonomía. Se levantaron en 1867 al grito de «¡Viva la independencia de Borinquen!»; pero un terremoto amedrentó á los conjurados, y una nueva rebelión que estalló al año siguiente fué reprimida al punto. Desde esa época no ha habido ninguna otra tentativa de independencia, hasta que los norteamericanos al intervenir en Cuba se hicieron también dueños de Puerto Rico.

Diversas razones, de importancia mayor, han contribuido á la notable prosperidad de los insulares. No poseían minas de oro ni privilegios excepcionales que excitaran la codicia de sus vecinos. Más alejados de los Estados Unidos, no han tenido que temer, como Cuba, las empresas de los aventureros. En fin, Puerto Rico tuvo durante mucho tiempo la gran ventaja de estar habitado casi únicamente por campesinos de origen andaluz, los jíbaros ó guajiros, que cultivaban sus tierras por sí mismos y criaban su ganado, sin disponer más que de un pequeño número de esclavos. Por esto se abolió en ella la esclavitud antes que en Cuba. Los plantadores de Puerto Rico, disponiendo de un número suficiente de trabajadores, no introdujeron en la isla culíes indios ni chinos, como hicieron los habitantes de las demás Antillas.

II

Poblaciones de Puerto Rico.

San Juan Bautista de Puerto Rico, la capital, que sucedió á Caparra y á Pueblo Viejo, no se encuentra en la isla grande, sino en otra de origen coralígeno que forma costa exterior, delante de una laguna sinuosa. Un puente la une al cuerpo principal de Puerto Rico. El núcleo de la ciudad data de 1511. En el año 1534 se empezaron á edificar fortificaciones, que dan un aspecto pintoresco al conjunto de la ciudad, pero que le valieron frecuentes ataques durante las guerras coloniales, casi todos rechazados con éxito, y que probablemente han contribuido á disminuir la importancia relativa de San Juan en comparación de otras ciudades de Puerto Rico que han llegado á ser más populosas. El puerto, bastante profundo para las grandes embarcaciones, comunica con alta mar por un canal sinuoso y difícil, donde no es posible internarse sin piloto. Al Oeste de las lagunas que prolongan la cuenca del puerto, el río de Bayamón proyecta una península de aluviones que ciega gradualmente las bahías laterales. La ciudad más importante del valle, llamada Bayamón, como el río, es el centro de una región agrícola muy bien cultivada, y la capital de un departamento. La ciudad de Río Piedras y el pueblo de Santurce, que se encuentran en la misma división territorial, son los principales sitios de recreo de los alrededores de San Juan. Las quintas se hallan diseminadas en los bosquecillos, á orillas de las aguas corrientes.

Arecibo, otra capital de departamento, es una de las ciudades que aventajan á San Juan en número de habitantes, aunque se encuentra á alguna distancia del mar, á orillas de un río no navegable, y su rada es peligrosa para las embarcaciones durante los temporales. El río Grande de Arecibo riega en su curso los campos muy productivos de las dos ciudades de Adjuntas y de Utuado, enclavadas en la región montañosa. En el departamento de Arecibo es donde se han descubierto más cavernas de estalactitas.

Aguadilla, situada en la orilla occidental, hace algún comercio por su ancha bahía, resguardada del viento alisio. Por esta escala se envían azúcares y cafés de Lares, de Pepino,

de Moca y otros lugares del valle de las Colubrinas. Como indica su nombre, en otro tiempo fué menor que la ciudad de Aguada, situada tierra adentro, pero ahora es más populosa y activa. Más al Sur, en la misma orilla, es de ir, á «sotavento», hay otra bahía, la de Mayagüez, muy frecuentada por los barcos de cabotaje y aun por los vapores, que van allí á cargar naranjas, plátanos y cafés. Los agricultores de Mayagüez y de las ciudades del contorno, Añaso, Cabo Rojo y San Germán, se alaban de obtener las mejores cosechas de Puerto Rico. La isla de la Mona, con su islote del Monito al lado, ha dado su nombre al estrecho abierto entre Puerto Rico y Santo Domingo. Esa isla, rica en guano, pertenece al departamento de Mayagüez. Domina su promontorio occidental un enorme peñón saledizo que los marinos llaman «¿Caigo ó no Caigo?»

El puerto más occidental de la costa Sur es el de Guánica. Es también el mejor; y sin embargo uno de los menos visitados, porque lo prolongan tierras adentro pantanos y playas bajas difíciles de atravesar. Las ciudades más próximas, San Germán, Sábana Grande y Yauco, sostienen un pequeño tráfico por aquel puerto. Después vienen al Este la bahía de Guayanilla y la de Ponce ó la Playa, situada 5 kilómetros al Sur de la ciudad principal de la isla, que tal puede llamarse á Ponce, aunque no lleve el nombre de capital. Se extiende Ponce por una hermosa llanura entre los jardines y las plantaciones, y sus aguas termales son muy apreciadas. Ocupan la marina de la Playa grandes almacenes para las mercancías que afluyen hacia esta playa, centro comercial de la isla. Después de Ponce las ciudades más populosas del departamento son Yauco y Juana Díaz, situadas en la falda meridional de la sierra.

La región oriental de Puerto Rico está menos poblada que la del Oeste. Ofrece también menos ventajas el comercio, porque está «á barlovento», y las embarcaciones difícilmente encuentran allí un abrigo. Todas las ciudades principales se hallan en el interior ó, por lo menos, á cierta distancia del mar. Cayey, Caguas, San Lorenzo ó Hato Grande, situadas en la región montañosa, tienen ricos cafetales y dilatados pastos para la cría del ganado. Las dos capitales de departamento, Guayama y Humacao se encuentran en la región del litoral, á algunos kilómetros de la orilla. En el ángulo Nordeste, islas é islotes, cadenas de escollos y recortes de la costa ofrecen abrigos donde en caso de mal tiempo pueden retirarse las goletas. Los pescadores y leñadores visitan mucho un puerto de la isli-

lla Culebra. La isla de Vieques, que se prolonga hacia el Nordeste en forma de hierro de lanza, no tiene más que un solo pueblo, Isabel Segunda, situado en la orilla septentrional. La Culebra y Vieques se llaman también islas del Pasaje, porque se encuentran á orillas del gran «desemboque» de las islas Vírgenes.

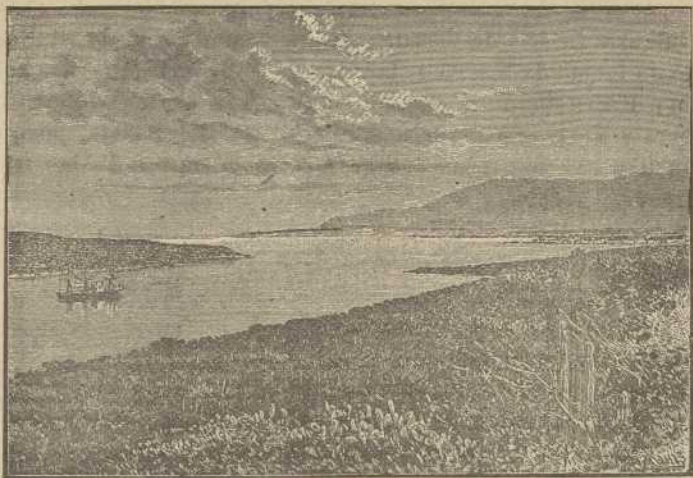
III

Prosperidad de la isla.

Puerto Rico ha hecho en casi todo tanto progresos como en lo referente á la población del país. Desde mediados del siglo XVIII ha cambiado el estado social de los habitantes. En dicha época no había ciudades, y las gentes del campo no iban al centro de su parroquia más que los días de fiesta. Habitaban casuchas informes, sin maderas en las ventanas ni en las puertas, y no tenían más vajilla que calabazas. Una botella se legaba por testamento como un objeto precioso al hijo más querido. Ahora más de la mitad de los portorriqueños se han ido á las ciudades, principalmente á las del litoral, y el comercio les ha hecho partícipes del conocimiento y uso de todas las invenciones modernas.

La producción del azúcar, del café, del tabaco, y, en menor escala, la de la cera y la miel, han enriquecido á Puerto Rico y le permiten comprar todas las mercancías de Europa y de los Estados Unidos. La mayoría de los cambios se hacen con la república norteamericana, que provee á los habitantes de granos, harinas, salazones y maderas, y recibe azúcares, melazas y cafés. El movimiento de la navegación es muy activo, pero la parte que corresponde á los isleños en la flota comercial, es exigua. Los portorreños no son gentes de mar.

En cuanto á vías de comunicación, Puerto Rico es una de las islas modelos de las Antillas. Todas las ciudades se enlazan por carreteras, que forman dentro del gran cuadrilátero otro cuadrilátero cuyos lados están unidos de trecho en trecho por travesaños. Sometida hoy la isla al gobierno de los Estados Unidos, sus nuevos dominadores proyectan y realizan otras obras modernas.



Haití. Vista desde la península de Môle Saint-Nicolas. (Dibujo de Taylor).

ISLA DE SANTO DOMINGO

(REPÚBLICAS HAITIANA Y DOMINICANA)

I

El país y sus habitantes.—Los filibusteros.—Negros y blancos.

Santo Domingo, si se aplica este nombre á la isla entera, es la segunda de las Antillas en superficie y en población, pero la primera por la altura del relieve, la variedad de las formas, la belleza de los horizontes y la fecundidad natural de los valles. Ya unidas en un solo Estado, ya más frecuentemente constituidas en repúblicas distintas, las dos mitades de Santo Domingo han sabido conservar su independencia. La independencia de Haití, república formada por negros, en un mundo como el de las Antillas, en medio de otras islas donde imperaba en toda su atrocidad la esclavitud, pareció á los hacendados un hecho contra naturaleza. El sentimiento general entre los propietarios de hombres, fué el del horror. El nombre mismo de Haití proscribióse en los ingenios como el de una tierra maldita. Y,

sin embargo, es indudable que ese ejemplo de una comunidad de negros gozando de la libertad política y gobernándose á sí mismos, viviendo como hombres libres después de una revolución triunfante, tuvo por consecuencia indirecta apresurar el día de la emancipación en las Antillas circunvecinas. Verdad es que las dos repúblicas, Haitiana y Dominicana, víctimas frecuentemente de la guerra exterior y de las amenazas del extranjero, desgarradas por las guerras civiles y explotadas por las ambiciones personales, no han adquirido todavía una posición eminente entre las naciones; pero ya es mucho, haber sobrevivido en medio de todos los riesgos que durante cerca de un siglo las han cercado!

Colón que descubrió esta isla en 1492, la dió el nombre de *Española*, pero á este nombre lo reemplazó el de su capital, Santo Domingo. Haití significa en lengua indígena «Tierra de las montañas».

Desde el punto de vista del relieve, Santo Domingo se divide naturalmente en regiones orográficas bien distintas. Puede decirse que se compone de islas longitudinales, unidas por llanuras intermedias. Si el suelo descendiese, el mar lo fraccionaría en cuatro tierras orientadas de Este á Oeste, pero divergiendo un poco, como las varillas de un abanico entreabierto. Las cuatro cadenas paralelas se elevan á las alturas de los Pirineos aproximadamente; á 2.715 metros en la larga península del Tiburón y á 3.140 en la Loma Tina inmediata á la costa Sur y pico supremo de las Antillas. Con estas poderosas sierras y con un cielo de gran humedad que da dos épocas de lluvias por año, los ríos corren con gran abundancia de agua, pero carecen de longitud en esta isla, pequeño cuerpo oval, del que son miembros las numerosas penínsulas. Sin embargo, el río Artibonite tiene unos 400 kilómetros de longitud y es como los otros ríos de Haití, un resumen de infinitos torrentes claros y frescos bajo la sombra de los más hermosos árboles del mundo. Muchas veces, bajo esta sombra, el calor llega á su maximum de 57 grados.

Mejor regada y de un relieve mucho más variado, Santo Domingo es más rica aún en especies vegetales que la maravillosa Cuba, y fué la primera de las islas hermanas que recibió del mundo antiguo, plantas nuevas. El interior no ha sido talado aún, y los bosques que cubren las laderas de las montañas, en millares de kilómetros cuadrados, contienen en abundancia las preciosas «maderas de las islas», palo rosa, palo de hierro y

de caoba, pinos y encinas. Además, se han introducido en las plantaciones todos los árboles frutales de los trópicos. Al igual de Cuba, Haití no tiene serpientes venenosas, pero sí una especie de araña, la cacata, muy temida de los indígenas. Dos especies de saurios pueblan sus ríos y sus lagos. Enjambres de aves pululan en las islas exteriores, Altavela, Beata, Navaza, la Gonave y la Tortuga, ricas en guano y en fosfatos de cal.

Desde los primeros años de la conquista, en vista de la despoblación de indios, llevaron negros los españoles; pero el tráfico no se regularizó hasta 1517, al publicarse el Real decreto que autorizaba la importación anual de 4 000 negros de la costa de Africa en la isla de Haití. Pero la llegada de los negros era muy insuficiente para compensar la mortalidad de los indios, y las *encomiendas* quedaban desiertas. Sin esclavos ya para explotar las minas y para cultivar las plantaciones, los españoles, que no trabajaban personalmente, corrían riesgo de morir de hambre en aquella isla tan rica y fecunda; y por esto una porción de colonos de la Española se apresuraron á correr á otras conquistas, y al saberse las noticias maravillosas de Méjico y del Perú, fué general la emigración. Santo Domingo se hubiese despoblado por completo, á no retener el gobernador á viva fuerza á todos sus subordinados que allí había. La ocasión era propicia para los aventureros ingleses y franceses, los llamados filibusteros, que rondaban las inmediaciones de las colonias españolas. Ninguna fuerza enemiga los impedía desembarcar en las partes no ocupadas de la isla para dar caza á las manadas de ganado vacuno, caballar y de cerda que se habían multiplicado en las llanuras. Los filibusteros no tardaron en ser bastante numerosos para atacar á los españoles y para rechazarlos hacia la capital. Entre los recién llegados y los primeros ocupantes reinó una guerra sin cuartel. Con todo, los merodeadores no tenían aún domicilio fijo, sino unos centros de reunión donde depositaban las pieles de los animales que mataban para venderlas á los barcos de paso. Uno de estos lugares, donde se hacía el contrabando, era un puerto de la isla de la Tortuga, situado en el estrecho que separa esta larga montaña de la tierra mayor. Creyéndose bastante fuertes para fundar allí un establecimiento duradero, los filibusteros construyeron almacenes y casas en la isla de la Tortuga y empezaron á desbrozar el suelo para plantaciones, entre las cuales no tardó en hacerse famoso el tabaco. Los españoles comprendieron que había acabado su dominación en la isla de Santo Domingo, si de-

jaban á los piratas fundar al lado una colonia sólida, y en 1638 desembarcaron de improviso en los campamentos y almacenes de la isla de la Tortuga. Pero apenas se habían retirado, cuando los piratas estaban de vuelta, y hasta se atrevían en 1641 á levantar una fortaleza en un promontorio. Después de mil conflictos, los expulsó de nuevo en 1654 un pequeño ejército español. Esta vez se refugiaron en la isla grande, en Petit-Goâve, y, viviendo en república, sin amos y sin leyes, se acantonaron en las regiones montañosas de la península Sudoeste. Quedaba así fundada definitivamente la colonia francesa en la parte occidental de la gran isla, y poco á poco empezó el cultivo regular, aunque interrumpido frecuentemente por la guerra entre colonos de diversas naciones. Los aventureros franceses, ocupados en sus expediciones y cazas, acogieron á los negros en gran número para que cultivasen la tierra.

En vísperas de la Revolución Francesa había en el Santo Domingo francés medio millón de esclavos negros, pertenecientes á una población blanca representada por poco más de 30.000 personas. La clase intermedia de los mulatos, emancipados casi todos, sólo comprendía de 26 á 27.000 individuos. En la parte de la isla sometida á España la población era mucho más reducida, y existía menos diferencia entre los dos elementos étnicos. Era que la producción de los géneros coloniales resultaba allí muy inferior á la del Santo Domingo francés, y, por consiguiente, la trata llevaba anualmente menos trabajadores para la extensión de los cultivos. Los plantadores franceses, embriagados por la fortuna, no pensaban más que en aumentar la extensión de sus haciendas y el número de sus esclavos. Unidos por alianzas matrimoniales á las familias nobles de Francia, y disponiendo de gran influencia en la corte, conseguían que se estimulase la trata de los negros mediante exenciones de tributos y favores reales.

Al principio, los negros, acostumbrados á la servidumbre, no pensaron en hacerse dueños del suelo que cultivaban y en igualarse políticamente á los plantadores franceses. Sólo los «blanquillos», es decir, los europeos ó hijos de europeos sin fortuna, que constituían una especie de «burguésa» menospreciada, y los mulatos libres, considerados por su color como clase abyecta, reivindicaron sus derechos á la igualdad política y social. Pero, como blanquillos y gentes de sangre mezclada formaban dos castas rivales y enemigas, engreída la una con el matiz de su piel, y orgullosa la otra de su origen local y bien-



estar, surgieron conflictos entre esos dos grupos de población. El furor de los blancos fué grande cuando un decreto de la Asamblea Constituyente de 1791, confirió á los mestizos «nacidos de padres libres» el derecho de entrar en las asambleas coloniales. Entonces fué cuando la clase directora de Santo Domingo decretó en la mayoría de las parroquias la escisión con la madre patria, cuyos actos todos le parecían «violados de antemano por la declaración de los derechos del hombre». No contando ya con Francia, cuyas insignias desgarraban, los plantadores se dirigieron á Inglaterra, y enviaron á Jamaica comisionados, con uniformes ingleses, para implorar el auxilio de las autoridades. Pero ya cundía entre los negros el movimiento revolucionario, y estalló la guerra de raza. Los sacerdotes habían conservado una influencia omnipotente sobre los esclavos, y éstos, por un fenómeno semejante al que levantó á los campesinos de la Vendée, tomaron las armas como «gentes del Rey». El olor de la sangre hizo olvidar bien pronto la suerte de la lejana monarquía, y la guerra no fué ya, de una y otra parte, más que una caza de hombres. Inatacables en la región montañosa, los negros mataban á los blancos de los campos, pero para correr, á su vez, la misma suerte, cuando embriagados por un éxito, se atrevían á presentarse en las cercanías de las ciudades. Apenas se cogían prisioneros, y los cautivos perecían en el tormento frecuentemente. Los campamentos, así de los blancos como de los negros, estaban rodeados de cadáveres colgados en las ramas de los árboles ó de cabezas clavadas en postes. Pero, según se complacía en decir más tarde Toussaint-Laouverture, los blancos eran en medio de los negros como dos ó tres granos de maíz diseminados en una vasija llena de maíz negro, y las matanzas acrecentaban la diferencia en beneficio de la raza africana. Además, la emigración de los blancos hacia Jamaica, Cuba, Puerto Rico, las Floridas españolas y los Estados Unidos tomaba las proporciones de un verdadero éxodo. Los plantadores arruinados ó previsores abandonaban el país yendo á llevar su industria á las comarcas circunvecinas. Los ingleses, llamados por los blancos y por la mitad de las gentes de color, y unidos á compañías de nobles emigrados de Francia, fueron á apoderarse de la magnífica colonia que se les ofrecía. El Môle Saint-Nicolas, principal arsenal de Santo Domingo y Port-au-Prince, ciudad capital, cayeron en sus manos. Los españoles, por otra parte, como representantes de la monarquía borbónica, habían tomado á su servicio á las «gentes del Rey»,

es decir, á los negros sublevados, y avanzaron por el interior del territorio que había sido francés. No quedaban ya de la antigua colonia más que dos ó tres puntos ocupados militarmente, al Norte y al Sur de la isla, precisamente allí donde los piratas habían empezado su obra de conquista. Entonces fué cuando el comisario Sonthonax, de la República francesa, comprendiendo la situación desesperada de las cosas, proclamó la emancipación de los esclavos, y consiguió que la ratificasen aquellos plantadores que no habían querido hacer traición á la madre patria. El efecto moral fué inmenso, y en el espacio de algunas semanas cambió del todo la situación material. Levantáronse los esclavos; todo un ejército surgió del suelo á la voz de Sonthonax, saludado como un Dios. Los negros insurrectos que combatían en nombre del rey de España cambiaron de bandera y se hicieron voluntarios de la República francesa. Volviéndose contra sus aliados de ayer, los rechazaron á la parte oriental de la isla, y después fueron recuperando las ciudades del Oeste ocupadas por guarniciones inglesas. El general de los negros, Toussaint Breda, trocó su nombre por el de L'Ouverture, para significar que iba á abrirse una era completamente diferente; y, en efecto, empezaba un nuevo orden de cosas. Reanúdabase el trabajo en las tierras cultivadas, no ya sólo en beneficio de algunos grandes propietarios, sino también de la masa de hombres libres, y renacía en los pueblos la abundancia. Al año siguiente el tratado de Basilea cedía á Francia la parte española de Santo Domingo, y la República francesa se encontraba así oficialmente dueña de una colonia mucho más extensa que la que heredó de la monarquía. Pero había que conquistar aquel territorio que España daba á Francia, y otra vez fueron los negros emancipados los que se apoderaron de esa vasta comarca, casi sin efusión de sangre.

La colonia, pues, seguía siendo francesa, pero de Francia partieron los actos decisivos que rompieron el lazo político entre los dos países. Después de derribar la república y restaurar bajo otra forma el antiguo régimen, el primer cónsul Bonaparte quiso realizar en Haití una obra análoga á la que había llevado á feliz término en Francia. A principios del año 1802 desembarcaba en Cap-Haïtien un numeroso ejército. Los negros, perplejos, no sabían si someterse ó resistir, porque en los recién llegados veían hermanos de lengua y de patria, y, por otra parte, los manifiestos que se les daban prometían la conservación de libertad. Combatieron, pues, sin denuedo, sobre todo

desde que perdieron su jefe, Toussaint L'Ouverture, atraído traidoramente hacia el buque que debía llevarlo cautivo. Pero poco á poco fué conocida la verdad y se supo en la isla la existencia del decreto que restablecía la esclavitud y la trata en las Antillas, y aun se vió vender públicamente como esclavos á mulatos impurtados de la Guadalupe. Inmediatamente desertaron las tropas de color, y volvió á empezar la guerra. Fué atroz: El negro Dessalines ordenó la matanza de todos los blancos y el incendio de las ciudades y plantaciones. Tampoco daban cuartel los franceses; antes bien llevaron consigo al sitio de Léogâne 200 perros de Cuba, «á los cuales se alimentaba con carne de negro, y se les tenía hambrientos para que fuesen más voraces». Pero el clima, con el cual contaban los haitianos, acabó por asegurarles la victoria. Una terrible epidemia de fiebre amarilla destruyó casi completamente el ejército invasor.

En adelante quedaba consumada la separación, y el 1.º de Enero de 1804 se proclamó la independencia en la plaza de los Gcnaïves.

La alianza impuesta por las armas á la población española de la isla se rompió en 1843, y en vano se hicieron tentativas después de esa época para el restablecimiento de la unión entre las dos repúblicas. Verdad es que las diferencias de lengua, de tradiciones y de raza explican perfectamente la división. Mientras que en la república Haitiana dominan los negros, en la Dominicana preponderan con mucho las gentes de color y los blancos. Los haitianos hablan el francés ó un dialecto criollo de origen francés, y sus recuerdos y relaciones los ligan á Francia; los dominicanos tienen por lengua materna el español, y los pueblos con quienes han vivido en más intimidad son las repúblicas hispano-americanas. De los dos Estados contiguos, el inferior en población, en comercio y en fuerza militar era aquel en que tiene representación más numerosa la raza blanca: y por lo mismo, es el que ha visto más amenazada su independencia. No sólo tuvo que rechazar frecuentemente los ataques de la república occidental, sino que en 1861 su territorio fué ocupado por las tropas españolas y quedó otra vez anexionado oficialmente al imperio colonial de España. Hasta 1865 no consiguieron los dominicanos recuperar su autonomía. Después, en 1869, el gobierno norteamericano se esforzó por atraer la república Dominicana á su órbita política y hasta se apoderó durante algún tiempo de la bahía de Samaná.

Los límites entre las dos colonias, francesa y española, y

después entre los dos Estados independientes, han cambiado á menudo. Hoy la frontera sigue de Norte á Sur una línea muy irregular, y cada uno de los dos Estados reclama la cuenca alta del Artibonito. Un tratado celebrado en 1876 reconoce el territorio en litigio como provincia dominicana, pero pudiendo disfrutar de él los habitantes de Haití mediante una indemnización de 150.000 pesos y la admisión libre de mercancías importadas por tierra de Santo Domingo. En esta isla, como en tantas otras comarcas, no se ha hecho la división atendiendo á las demarcaciones naturales, sino á la presión recíproca ejercida antiguamente por los hacendados de ambas naciones. La historia de la conquista, de la colonización y de las guerras explica el límite actual. La república de Haití tiene 28 900 kilómetros cuadrados con un millón de habitantes. La Dominicana 48.350 kilómetros con medio millón de habitantes.

II

República de Haití.

Apenas hay población haitiana cuyo nombre no recuerde un sitio, una batalla ó una matanza: ¡tan teñida en sangre se ha visto la desgraciada isla! La enumeración de esos acontecimientos, á propósito de las ciudades y pueblos de Haití, sería una repetición continua. El río que separa las dos repúblicas en la frontera del Norte se denomina «río de la Matanza», en memoria de un conflicto entre españoles é indígenas. La primera ciudad de Haití al Oeste de ese río lleva desde la guerra de la independencia el nombre de Fort-Liberté, en substitución del de Port-Dauphin. No hay en Haití puerto mejor. Es una inmensa dársena, con un fondo excelente de fango, que ofrece por todas partes de 8 á 20 metros de profundidad, y se halla perfectamente resguardada de los vientos. Pero las embarcaciones de vela entran allí difícilmente, porque el paso de entrada, de 1.500 metros de longitud, es á la vez estrecho y sinuoso.

El puerto principal del Norte sigue siendo el antiguo Cap-Français, convertido en Cap-Haïtien, ó simplemente «el Cabo», ciudad cuyo esplendor le valió antes de la guerra el nombre de «París de Santo Domingo». Allí fué donde se proclamó la abolición de la esclavitud, donde desembarcaron los franceses para tratar de reconquistar á Haití, y donde se reembarcó el resto

del ejército. Cap-Haïtien, destruido varias veces por el incendio, y derribado en 1842 por un terremoto, no tiene ya monumentos notables, pero sus hermosos jardines y los atrevidos cerros que lo dominan le dan de lejos un aspecto grandioso. Su puerto, que es más bien una bahía defendida por arrecifes, es el segundo de la república en cuanto á movimiento comercial. Los principales artículos de exportación son el café y el aguardiente de caña, que van de la Plaine du Nord, de Limonade, de la Grande Rivière, de Dondon y otras ciudades de la región del «Norte».

Al Oeste del Cap siguen en la costa varios puertecitos: la bahía del Acul, desde donde se envían las mercancías del Acul del Norte, de Limbé y de Plaisance; el Port-Margot; el puerto de Borgne, y Port-de-Paix, á que Colón había dado el nombre de Valparaiso. Esta escala, la más septentrional del territorio haitiano, pero cuya importancia disminuyó poco á poco en beneficio de su vecina oriental, Cap-Français, está situada precisamente enfrente de la isla de la Tortuga, donde los piratas fundaron el establecimiento que después de Port-Margot, fué el punto de partida de la conquista francesa, y donde más tarde se internó á los leprosos. Al Oeste de Port-de-Paix se encuentra la desembocadura del río Trois-Rivières que baja de las Montañas Negras, regando en su trayecto los populosos municipios de Marmelade, de Plaisance y del Gros-Morne.

El Môle Saint-Nicolas, situado cerca del extremo occidental de la península del Norte, ha decaído también desde el siglo último. Primer punto de la costa en que tocó Cristóbal Colón al descubrir la Española, el Môle, así llamado á causa del largo promontorio que en forma de escollera protege el puerto, vino á ser en 1693 la ciudadela principal, el «Gibraltar» del Santo Domingo francés.

El puerto de Gonaïves ocupa una entrada de la costa en el fondo del golfo adonde van á desembocar los dos ríos del mismo nombre y el Artibonito. La ciudad, gran montón de cabañas, es uno de los puntos en torno de los cuales ha gravitado la historia de la isla, gracias á su posición central entre las provincias del Norte y del Oeste. Allí es donde Toussaint L'Ouverture fué embarcado para Francia y donde se proclamó la independencia de Haití.

Saint-Marc, situado en la raíz del promontorio que cierra por el Sur el golfo de Gonaïves, domina la salida comercial del valle más rico de Haití, del gran valle del Artibonito, que com-

prende: en su cuenca superior, las magníficas dehesas de San Rafael, San Miguel de la Atalaya é Hinche; en los campos de su curso medio, los bosques de Las Caobas y los diversos cultivos de Mirebalais, y, finalmente, en sus llanuras inferiores, los cafetales y las huertas de las Verrettes y de Petite-Rivière. El pueblo, próximo á la boca del Artibonito, se llama la Grande Saline, á causa de las salinas de los alrededores, muy productivas como las de Gonaïves. Una loma aislada de la orilla derecha es la famosa Crête à Pierrot que habian fortificado ingenieros ingleses y que los negros defendieron con tanta valentía durante la guerra de la independencia.

Al Sudeste del cabo Saint-Marc siguen hasta Port-au-Prince algunos pueblos ribereños, como Mont-Roui, Les Vases, Arcahayé, rica en fuentes termales, y Boucassin. Port-au-Prince, elevada á capital de Haití por su afortunada situación comercial, no es una de las ciudades más antiguas de la colonia. Se fundó en 1749 con el nombre de L'Hôpital, y no se sabe en honor de qué «príncipe» lleva su denominación presente. La población ha sufrido incendios demasiado frecuentes para que pudiese conservar sus monumentos. Se compone de casas bajas de madera ó de ladrillo, adornadas de galerías y de miradores y distribuidas en manzanas regulares entre paseos de árboles. La surten de agua suficiente cañerías que siguen todas las calles. En los arrabales se elevan algunas pocas fabricas unidas al puerto por una pequeña red de vías férreas. Antiguamente defendían la ciudad y la rada algunos fuertes levantados en los cerros de los alrededores. Dentro del término de su jurisdicción siguen á Port-au-Prince varias aldeas, á lo largo de los caminos, hacia la orilla del mar.

La península Sudoeste de Haití, desde Port-au-Prince hasta el lago Tiburón, está orlada de ciudades y pueblecillos comerciales. Cada bahía tiene su grupo de habitaciones, medio oculto entre los árboles. Ca-Ira, en la parte de la costa unida á Gonaïve por una línea de arrecifes, es el puerto de la importante ciudad de Léogâne, la Yaguana de los Indios, que fué la capital del Santo Domingo francés antes de Port-au-Prince, y que mira al mar desde una fértil meseta. Más lejos siguen el Grand-Goâve y el Petit Goâve, este último el más populoso y comercial de los dos pueblos, separados por un alto «tapión». Luego viene la próspera Miragoâne, construída en parte sobre terrenos de desmonte arrojados en agua profunda. Los puertos que siguen, Nippes, Anse-à-Veau, Petit-Trou y

Baradères, tienen menos importancia comercial. Del inmediato pueblo de Jérémie, procede la familia de Alejandro Dumas, el novelista de suprema facilidad.

Jacmel, en la parte de la costa que empieza á encorvarse para formar la península de la Béate, tiene la gran ventaja comercial de hallarse muy cerca de la capital de Haití, aunque la distancia por mar entre ambas poblaciones pase de 450 kilómetros. .

Al Oriente de esta ciudad, hacia la frontera dominicana, siguen dos puertecitos, los Cayes de Jacmel y Sale-Trou, cuyo



Habitantes de Haití. (Dibujo de Vuilier).

nombre, que significa «Agujero Sucio», suele escribirse Sal-trou, por deferencia hacia los habitantes. El dicho de que aún viven en las montañas vecinas negros cimarrones vueltos á la vida salvaje, no merece crédito.

En Haití, como en Cuba, suele repetirse, aunque sin pruebas, que la proporción de mujeres excede con mucho á la de hombres en las familias. Lo que sí es positivo es que la población se hace cada vez más africana por el color de la piel. Pero, si la piel de la mayoría de los insulares es negra ó muy oscura, es raro encontrar facciones africanas. Un medio distinto ha modelado de nuevo los semblantes, acercándolos notablemente al tipo europeo. La inmigración no contribuye sino en

infima parte al incremento de la población haitiana. Han ido á establecerse al país negros de la América del Norte; pero, como difieren de los criollos de Haití en lengua, religión y costumbres, se asocian difícilmente con ellos. Los inmigrantes mejor acogidos son los que van de las Antillas francesas, Martinica y Guadalupe, y sostienen relaciones con Francia. En Port-au-Prince abundan los jamaiqueños y casi todos los cocheros son inmigrantes de la isla inglesa. La emigración es reducida, y se dirige principalmente hacia Santo Domingo y Venezuela.

Los progresos en agricultura y en industria han sido bien exiguos desde los primeros años de la independencia haitiana. La culpa es del régimen de la propiedad, herencia de los tiempos de la esclavitud.

El cultivo que tuvo más importancia antiguamente, el de la caña de azúcar, ha desaparecido casi como gran industria. La planta no sirve ya más que para el consumo local y para la fabricación del ron. El género colonial que tiene más valor en la agricultura de Haití es el café.

En Puerto Príncipe reside el gobierno de esta república de negros que ha sido varias veces monarquía ó imperio, copian lo las reformas políticas de Francia, su antigua metrópoli. El pueblo es católico, aunque con una fe infantil y con gran mezcla de superstición, pues son más los que veneran á las serpientes que los que creen en el catecismo y obedecen sus consejos.

III

República Dominicana ó de Santo Domingo.

La república Dominicana ofrece menos unidad dramática en su historia que la parte de la isla perteneciente á los negros de lengua francesa. Conquistó más tarde su independencia, pues hasta el año 1809 se sostuvo en el recinto de Santo Domingo una guarnición francesa. Luego la ocuparon los ingleses, y tras ellos los españoles. La insurrección contra la metrópoli no se efectuó hasta 1821, y bajo la bandera colombiana. Pero Bolívar, á quien dominicanos y haitianos enviaron reclutas y dinero, estaba demasiado lejos y se veía demasiado estrechado por los españoles para ir, á su vez, en auxilio de la república antillana, y ésta tuvo que fundirse en un solo Estado con Haití. En 1844 reconquistó Santo Domingo su autonomía, pero una

autonomía precaria y amenazada más de una vez por Francia, España y los Estados Unidos.

La capital, Santo Domingo, que ha dado su nombre á la república, es la ciudad más antigua que aún existe entre todas las que edificaron los europeos en el Nuevo Mundo. Sucedió en 1596 al puerto de Natividad, que Cristóbal Colón había establecido en la bahía de Caracol, en la parte Noroeste de la isla. Edificada primeramente por Bartolomé Colón en la orilla izquierda del Ozama, se trasladó poco después á la otra orilla del río. La cercanía de las minas de oro, que fué menester abandonar después del rápido exterminio de los indigenas, y cuya explotación se reanudó con esclavos negros, valió á Santo Domingo el privilegio de ser siempre el foco de atracción y el centro político del país. Pero el puerto separado del mar por la barra del Ozama, no puede recibir más que embarcaciones de poco calado y de las cuales todas arbolan pabellón extranjero. La ciudad, rodeada aún de sus fortificaciones españolas, y dominada por cúpulas y torres de iglesias, es de un bello aspecto. De igual suerte que antes la Habana, reivindica el honor de poseer los restos de Colón en su imponente catedral.

Uno de los arrabales está habitado casi exclusivamente por inmigrantes de Canarias. En torno de la capital se apiña todo un enjambre de poblaciones; San Carlos, Rosario, Pajarito, San Lorenzo. Hacia el interior se dirigen carreteras y un ferrocarril para enlazar las minas y las plantaciones con Santo Domingo. Al Oeste se encuentran Bani y San Cristóbal, con numerosas casas de recreo. Son las ciudades principales de la provincia.

Al Este se extiende una comarca de bosques y de sábanas en donde se hallan los Llanos, Hato Mayor, Santa Cruz del Seibo y Salvaleón de Higüey, comarca que constituye la provincia autónoma de Seibo. Los rudos seibanos, los pastores del Este, fueron los que tuvieron sitiados á los franceses en Santo Domingo durante los primeros años del siglo anterior. Los plantadores de origen francés que se habían establecido alrededor de la ciudad se dispersaron por el interior, donde constituyen todavía una especie de aristocracia. El punto donde son más numerosos es San Cristóbal, llamado así en memoria de su fundador Cristóbal Colón.

Al otro lado de las montañas que limitan el Seibo se extiende el distrito de Samaná, que ocupa el ángulo Nordeste de la isla. La admirable bahía de Samaná, cuya forma reproduce en hueco

casi exactamente el relieve de la península, es bastante espaciosa para abrigar escuadras enteras, y sería también muy fácil de defender contra los ataques del exterior. La punta de Icaco, situada en la ribera meridional, cerca de la bahía de la Gina, se prolonga hasta la inmediación de varios islotes, próximos a la costa septentrional de la entrada. Dos canales penetran en el interior de la bahía: el grande apenas tiene más de 1.500 metros de anchura, y el pequeño es tan estrecho que los barcos de vela corren peligro en él sin piloto. Hacia mediados del siglo XVII el gobernador de Santo Domingo recibió la orden de construir obras militares en Samaná y de fundar a su abrigo una ciudad de comercio. Empezó, efectivamente, los trabajos é hizo ir algunos centenares de canarios que desembarcaron en la playa de Santa Bárbara; pero la pequeña colonia no bastó para atraer el comercio hacia esa rinconada de Samaná rodeada de soledades. Los plantadores franceses, en la época de su gran prosperidad, llevaron también sus establecimientos hasta la orilla de la bahía, y bajo el Gobierno de Luis Felipe mediaron negociaciones con la república Dominicana para la cesión de Samaná a Francia. El Gobierno de los Estados Unidos renovó la tentativa en 1869, comprando por 750.000 pesetas anuales el derecho de establecer una estación naval en la bahía de Samaná. Después una Compañía americana se hizo conceder los privilegios del monopolio comercial y los derechos de la autoridad política en esta parte del territorio dominicano, y las tres islas de la entrada, Pascal, Alevantado y Arona, se dieron en alquiler, como estación naval, a la marina de los Estados Unidos. Afortunadamente para la independencia de la República de Santo Domingo, la compañía norteamericana no tuvo éxito en sus proyectos de especulación, hubo de disolverse, y el protectorado de los Estados Unidos acabó al mismo tiempo que las operaciones del tráfico.

Cerca del extremo peninsular se halla el puerto de las Flechas, llamado así por el primer conflicto que tuvo Colón con los indígenas, y ahora casi abandonado y reemplazado por el de Santa Bárbara, denominado también Samaná, como la península. No es accesible a las embarcaciones de más de 4 metros de calado; pero con todo, en ese caserío se ha agrupado una pequeña colonia comercial, originaria de diversos países.

La cuenca del río Yuna, que se inclina del Oeste al Este hacia la bahía de Samaná, y que ahora remonta una vía férrea, es la parte más rica de la isla entera, y podría alimentar por sí

sola una población superior á la de las dos repúblicas. Es la famosa Vega, que ha dado nombre á Concepción de la Vega, su capital. Moca, Cotui y San Francisco de Macoris son también ciudades de la llanura, que crecen rápidamente en importancia como centros de cultivo. Santiago de los Caballeros, situada en la misma llanura, pero cerca de la divisoria y en la vertiente que recorren las aguas del Yaqui, tributarios de la bahía de Manzanillo, es también la capital de una provincia, y su situación entre las dos cuencas, en la línea transversal que une á Santo Domingo con Puerto Plata, le ha valido el primer puesto entre las ciudades de la isla, por el número de habitantes y el valor de los cambios. Es el centro del cultivo del tabaco y de la fabricación de los cigarros, que se envían á Hamburgo. Su puerto en el Atlántico, Puerto Plata, no es más que una rada mediana agitada frecuentemente por los vientos del Norte; pero la abundancia de las mercancías que le envían las provincias de la Vega y de Santiago atraen las embarcaciones hacia esta escala mal abrigada, que ha reemplazado al puerto de Isabela que fundó Colón para hacer de él la capital del Nuevo Mundo. El puerto de Monte Cristi, situado al extremo de la cadena de su nombre, al Norte de las bocas del Yaqui, es poco frecuentado. Por esa parte, la zona de frontera entre Haití y la república Dominicana es una región casi desierta. En las montañas que se elevan al Sur de la Vega el viajero Eggers ha descubierto aldeas populosas, cuya existencia se ignoraba en Santo Domingo, y que ocupan los valles circulares rodeados por todas partes de montes escarpados.

La república Dominicana está en vías de rapido progreso, gracias á la alta proporción de nacimientos, á la paz general que ha mantenido durante los últimos años, y á la gran inmigración procedente de las pobladas islas de la Jamaica y Puerto Rico.

Los recursos de Santo Domingo son menos exclusivamente agrícolas que los de la república Haitiana. El Estado oriental tiene filones metalíferos explotados, especialmente las minas de oro y de plata; posee también dilatadas sabanas, pastos naturales, donde los dominicanos podrían criar ganado caballar y vacuno suficiente para satisfacer las demandas de todas las Antillas. El principal cultivo de Santo Domingo es la caña de azúcar, en la cual no se ve, como en Haití, el símbolo vivo del antiguo régimen de esclavitud, y que se utiliza, no sólo para la fabricación del tafia, sino también para la de los cogu-

chos y del azúcar. El café es un gran artículo de exportación, como en la república occidental, y el cultivo del tabaco ha aumentado mucho en los últimos años, bajo la dirección de plantadores cubanos, sobre todo en la sierra llamada de Tabaco á causa de la naturaleza de sus productos.

El comercio exterior de Santo Domingo se hace principalmente con los Estados Unidos y con los depósitos de Saint-Thomas, en las Antillas dinamarquesas. El movimiento de los cambios se desarrolla mucho desde que ha empezado la construcción de los ferrocarriles.

El comercio de las Antillas Inglesas es principalmente con los Estados Unidos y con los depositos de Saint-Thomas, en las Antillas danesas. El movimiento de los cambios se desarrolla mucho desde que ha empezado la construcción de los ferrocarriles.

ANTILLAS INGLESAS

I

Isla de Jamaica.

En el grado 13 de latitud, Jamaica continúa al Oeste la orientación de Puerto Rico y Santo Domingo, islas á las cuales se asemeja, aunque con menos belleza, menos grandor y menos altura. Ciento cuarenta kilómetros la separan de Cuba, 135 de Haití, y 635 del cabo de Gracias á Dios, promontorio de Nicaragua.

Ninguna otra Antilla inglesa vale lo que Jamaica en extensión y número de pobladores. Tiene 230 kilómetros de longitud, de 50 á 60 de anchura, y la extensión de sus costas representa unos 800. Sobre 1 086.000 hectáreas tiene cerca de 600.000 habitantes, de los cuales ahora sólo 14.000 son blancos. A fines del siglo XVIII los blancos eran más de 28.000, y aun de los 14.000 actuales hay que descontar muchos blancos dudosos, pues al formarse el censo, los negros se inscriben como blancos con sólo que su piel no tenga el color muy denso.

Esta isla parece hecha para los negros, y á semejanza de otras muchas Antillas acabará por devorar una á una las familias blancas que todavía la habitan; especialmente las que moran en sus partes bajas. Los españoles, raza más apta que los ingleses para colonizar en tierras tropicales, hubieran arraigado seguramente en Jamaica, pero éstos, que fueron los primeros colonizadores de la isla, la abandonaron en 1655 cuando Inglaterra se hizo dueña de ella.

Su antiguo nombre indio de Xaimaca, significaba, según dicen, «País de los bosques y los ríos», y en verdad abunda en torrentes. Esto obedece á que llueve muchísimo en sus altos montes de calcárea.

Ninguna de sus montañas sube hasta la altura de las nieves eternas, ó siquiera á aquella en que la nieve se mantiene

algunos meses. La isla está en el trópico, y la extremada humedad de los meses «mojados» se resuelve en forma de aguaceros y no de copos de nieve



Cazador de serpientes y negra de Jamaica. (Dibujo de Lavée).

En el oriente de Jamaica, en las *Blue Mountains*, el *Cold Ridge* asciende á 2.488 metros y el *Great Cascade* á 2.361. No es sobre las espaldas de estas montañas de clima templado, ni

sobre sus cimas de zona fresca, donde el blanco arrostra el calor pesado, tempestuoso, malsano, debilitante, ni la fiebre, la disentería ó el vómito negro cuya influencia rara vez pasa de los 400 ó 700 metros de altura. Es abajo donde vive, en las llanuras, en los valles y cañones que estrangulan el contorno de la costa. Elevándose al flanco del monte, encontraría á diversas alturas el clima necesario para su edad, su salud ó su origen; pero los fundadores de colonias no han buscado nunca más que la fortuna y se establecen guiados por la fiebre del oro, en la costa, en la llanura, sin importarles que el sol los mate con tal que fecunde la tierra. Así han hecho los ingleses en Jamaica.

Los verdaderos reyes del país, ó sean los negros, llegaron á Jamaica en 1558 cuando la raza indígena se había ya consumido sirviendo al conquistador, á excepción de la sangre india que las hembras del país habían introducido en las primeras familias de sus brutales violadores. Cuando los ingleses quedaron definitivamente dueños de la isla la inundaron de africanos. Se calcula que de 1680 á 1817 se importaron cerca de tres millones de negros, á pesar de lo cual no existían en Jamaica más que 311.000 cuando en 1838 Inglaterra abolió la trata de esclavos.

Ingleses de lengua, aunque la hablan en una jerga de negro, estos hombres de color pasan por buenos cristianos (católicos y protestantes) y hasta algunos son judíos, pero los más adoran en realidad las fantasmagorías religiosas importadas de Africa, brujerías, culto á la serpiente, etc. Incapaces hasta el presente (por una pereza que justifica en parte el esplendor del clima) de cultivar la isla entera, han dedicado sólo una quinta parte del suelo á la ganadería y á las plantaciones de café, maíz y sobre todo de caña de azúcar, de la que extraen su famoso ron. Al lado de los negros trabajan unos 20.000 enganchados asiáticos, traídos de la India ó la China por los propietarios blancos que explotan los grandes dominios.

El nombre de la principal ciudad *Spanish Town*, que significa en inglés «Ciudad española», recuerda que los españoles reinaron en la isla antes que los ingleses, y cuando aquéllos la fundaron diéronle el título de Santiago de la Vega.

Kingston es la capital, situada en el litoral Sur, á orillas de una gran bahía, y en ella residen las autoridades.

En Jamaica son frecuentes y terribles los terremotos y otros cataclismos de la Naturaleza. En 1772 un ciclón destru-

yó muchas poblaciones de la isla. Recientemente en 1907 un temblor de tierra ha arruinado á Kingston.

El primer establecimiento que los españoles fundaron en Jamaica fué el llamado de Sevilla, situado hacia el medio de la costa septentrional, á un kilómetro del sitio en que se encuentra actualmente el puertecito de Saint-Ann, la antigua Santa Gloria. En el emplazamiento de la antigua ciudad española se ven aún las ruinas de una iglesia. Siguen á Saint-Ann, al Nordeste de la isla, el Puerto María y el de Annotta. Luego viene Puerto Antonio, el mercado principal de plátanos de toda Jamaica. Los negros de este distrito se han enriquecido con la expedición de los frutos, que envían directamente á los puertos de los Estados Unidos. Los compradores de frutos visitan igualmente la escala de Morant-town, situada á mitad de camino, entre Kingston y el promontorio extremo de la isla, llamado Morant-point. Las naranjas de Jamaica son las más apreciadas de todas en el mercado americano.

II

Pequeñas Antillas inglesas.

Estas islas, en su mayoría muy pequeñas, son muy numerosas. De Noroeste á Sudeste, desde Puerto Rico á la isla de la Trinidad que toca casi la América del Sur, todo este arco de círculo surge del Océano como un rompeolas bordeando por su parte oriental el mar de los Caribes.

Las Islas Vírgenes esparcidas al Este de Puerto Rico no tienen sobre sus 16.500 hectáreas más que 5.300 habitantes, de los cuales apenas llegan á 200 los de raza blanca. La isla más grande se llama Tórtola; así la bautizaron sus primitivos dueños los españoles.

La isla de San Cristóbal llamada Saint-Kitts por sus actuales dueños, cubre 17.600 hectáreas. El Miseria, un volcán muerto, llega á 1.128 metros de altura. Con la isla cercana de Anguila, pedazo de tierra de 9.900 hectáreas sin relieve alguno, forma San Cristóbal un pequeño gobierno de 26.700 hectáreas, poblado por unas 30.000 personas.

La isla de Névis, unida á la isla Redonda, tiene 12.000 habitantes sobre unas 12.000 hectáreas de tierra saludable y bien regada. En realidad es un volcán de 755 metros de altura.

La isla Antigua tiene su nombre de Colón y mantiene 33.000 personas sobre 25.000 hectáreas. De suelo calcáreo, sin ríos ni fuentes, no sube sobre las olas más que 271 metros. Su isla anexa, Barbuda, muy baja, pues no llega á 60 metros, encierra apenas 1.000 habitantes en sus 19.200 hectáreas. La capital de estas dos islas que forman un conjunto de 44.000 hectáreas con 34.000 insulares, es Saint-John, ciudad de 16.000 habitantes. Al mismo tiempo sus autoridades gobiernan todo el grupo de las islas de Sotavento (*Leeward Islands*) que comprende las islas Vírgenes, San Cristóbal y Anguilla, Névis y Redonda, Antigua y Barbuda, Montserrat y la Dominica, lo que forma un total de 182.700 hectáreas, con cerca de 120.000 insulares, de los cuales sólo 2.500 son blancos.

La isla de Montserrat, que bautizó Colón con este nombre por su semejanza con la montaña de Montserrat en Cataluña, es una isla volcánica y su pico de la Azufretera vomita todavía vapores. Sobre sus 8.300 hectáreas viven 10.300 habitantes, de los cuales algunos son blancos, de origen irlandés.

La isla Dominica que fué de Francia, tiene 75.400 hectáreas con 28.000 habitantes, la mayoría de los cuales siguen hablando el francés. Algunas familias son de origen caribe puro. En las cumbres hay muchos cráteres apagados y una de aquéllas llega á 1.800 metros de altura. La capital es Roseau, población de 5.000 habitantes.

Al Sur de la francesa Martinica está Santa Lucía que tiene unos 1.000 blancos entre los 39.000 habitantes negros que pueblan sus 61.400 hectáreas. El clima de Santa Lucía es húmedo; grandes torrentes caen de su macizo volcánico dominado por los dos pitones titulados de la Azufretera. Las serpientes venenosas, llamadas en el país «punta de lanza», abundan mucho.

La isla de San Vicente de 32.100 hectáreas, tiene montes de 1.200 metros, bosques, ríos, un buen clima, soberbios palmerales, campos de caña de azúcar, un volcán en actividad llamado Monte Garrou y 40.500 insulares, de los cuales cerca de 3.000 son blancos, procedentes de las islas portuguesas de Africá.

La isla de Barbada es la más oriental de todas las Antillas. Mantiene 172.000 habitantes sobre 43.000 hectáreas de un suelo calcáreo que no se eleva más que hasta 349 metros. Esta densidad de población representa 400 personas por kilómetro cuadrado, densidad que existe en pocos lugares de la tierra.

Bajo un clima saludable, barrido con frecuencia por los

huracanes, la Barbada, que tiene 145 centímetros de lluvias, es la mejor cultivada de todas las Antillas. De sus 172.000 habitantes, más de 40.000 son mulatos y 17.000 son blancos. Este último elemento de la población de la Barbada está estacionado y hasta disminuye, mientras que el negro y el mulato crecen siempre á pesar de una continua emigración hacia las otras Antillas y hacia la Guayana inglesa. La capital, Bridgetown, es una población de 25.000 almas.

La isla de Granada, con las Granadillas, pequeño archipiélago de 8.600 hectáreas y 7.000 nombres, tiene 43.800 habitantes en 43.000 hectáreas, y de estos habitantes unos 6.000 son blancos. Granada, isla muy malsana, pero de aspecto risueño, es abundante en lluvias y tiene, por tanto, grandes torrentes. Sus montes pasan de los mil metros. Muchos de sus pobladores hablan todavía el francés criollo como recuerdo de los antiguos dominadores.

Tobago, isla de 29.500 hectáreas, no conoce los huracanes tan frecuentes en las Antillas. Su monte más alto no pasa de 581 metros. Viven en ella 18.000 personas, de las cuales son poquísimos los blancos. Se pretende que esta isla fué la que dió su nombre al tabaco, aunque los más aseguran que se llama así por Tabasco de Méjico.

Santa Lucía, San Vicente, la Barbada, Granada con las Granadillas y Tobago, forman en conjunto el subgobierno de las islas del Viento (Wiudward Islands) 215.000 hectareas con 315.000 habitantes.

III

Islas de Bahama ó Lucayas.

La meseta marina cubierta de islas que ha conservado su denominación india de Bahama se designa también con el nombre de Lucayas, que se podría creer derivado de la voz española «cayos» ó arrecifes, pero que es igualmente de origen indígena. Una de las dos grandes islas septentrionales, Abaco, se llama Yucaya ó Lucaya, y ese nombre es el que se aplica al conjunto de las islas. Las islas de Bahama se extienden del Noroeste al Sudeste, de los mares de la Florida á los de Santo Domingo, en un espacio de más de 1.300 kilómetros. En conjunto, las Bahamas ocupan una superficie un poco mayor que la de Jamaica. Es imposible decir el número de las islas, porque

cambia con las mareas y las tempestades. En el momento de las aguas altas, tal islote se divide en varias tierras por una red de estrechos, y tal otro desaparece completamente bajo la inundación. En la marea baja, hay tierras que surgen, y archipiélagos que se unen formando un solo cuerpo insular.

Las Bahamas fueron las primeras islas del Nuevo Mundo que descubrió Colón. Se sabe que abordó á *Guanahani*, llamada por él San Salvador; pero no indicó la situación de una manera bastante precisa para que se tenga la certidumbre de haberla encontrado. Los españoles, impacientes por descubrir tesoros, no se detuvieron en estas islas corallígenas, y continuaron sus investigaciones hacia las «Indias», para recoger allí oro y diamantes.

Todas las Lucayas que surgen de las olas están compuestas de calizas de coral. La cara oceánica de la roca crece sin cesar á favor de las construcciones de los animalculos, que se elevan poco á poco y se consolidan por su misma rotura, gracias al cemento calizo que suelda los fragmentos.

Las islas de Bahama se alzan en el mar como murallas, con cantiles de 50 y aun de 35 grados de inclinación, sobre abismos de 4.000 y 5.000 metros de profundidad. Esa barrera de corales corta bruscamente por todos los lados la cuenca oceánica. Las corrientes del Atlántico, detenidas por este zócalo enorme de peñascales, que forma la obra avanzada del Nuevo Mundo, tienen que torcer hacia el Noroeste y á este movimiento general de las aguas del Océano, que arrastran consigo las arenas, los organismos vivos y todos los materiales de que se sirven los corales para edificar sus construcciones, deben sin duda las islas y las hileras de escollos su forma alargada en el sentido del Sudeste al Noroeste. La vida sigue á la ola. En los sitios donde hay brechas que dejan pasar la corriente, las masas de aguas se despliegan en admirables curvas dentro del archipiélago, para formar, ora estrechos que llegan hasta el opuesto mar—como el canal de la Providencia y, más al Sur, los de *Crooked island*, de los Caicos, de las Turcas y del Pañuelo Cuadrado—, ora golfos sin salida, como la bahía de Exuma y la Lengua del Océano, al Este de Andros. Esas alineaciones de rocas sólidas, cuya forma y orientación dependen de la acción de las aguas fugitivas, son uno de los fenómenos más interesantes de la geografía física.

A pesar de la sequedad aparente de los terrenos calizos, apenas cubiertos de una capa de humus, las Lucayas tienen

una vegetación muy rica. Proporcionan á las plantas toda el agua necesaria las lluvias (cuya abundancia anual pasa de un metro en las islas del Norte), el aire húmedo y el subsuelo.

La población bahamiana es negra en su mayoría, y por un fenómeno de que no ofrecen ejemplo las otras tierras antillanas, parece que aún conserva la tradición de los orígenes africanos. La servidumbre está abolida en las Bahamas como en las demás posesiones inglesas, pero hay pocas colonias antiguas donde se mantenga con más persistencia, á pesar de las leyes, y donde sea más inveterado el prejuicio de casta. El negro no puede penetrar en los templos de los blancos, á pesar de que éstos pertenecen en su mayoría á la secta metolista, menos rigorista que la iglesia anglicana. Un sistema análogo al *peonaje* mejicano, hace á los proletarios esclavos de los comerciantes. Los únicos negros bahamienses que cobran su salario en dinero son los que visitan las costas americanas. Los más desgraciados son los pescadores de esponjas.

La isla del Norte menos distante del continente norteamericano, la que se llama *Great Bahama*, y que ha dado quizá su nombre á todo el archipiélago, permaneció mucho tiempo desierta, y aun ahora es una de las menos pobladas. Sus escasos cultivadores son de origen escocés. Sus curvas se armonizan con las de sus dos vecinas orientales, *Little Abaco* y *Great Abaco*, cuya antigua denominación, Yucaya ó Lucaya, ha venido á ser la de todo el grupo insular. *Great Abaco* es una de las Bahamas más pobladas: 3.600 habitantes.

La isla de New-Providence contiene por sí sola cerca del tercio de la población del archipiélago, pero es porque el Gobierno británico ha elegido esta antigua guarida de filibusteros para establecer la capital, la cual es al mismo tiempo uno de los puntos mejor situados y que ha de llegar á ser el principal mercado marítimo de las islas. El estímulo del comercio ha agrupado en ese estrecho dominio cerca de 15.000 personas. Nassau, llamada también New-Providence, se halla en la costa septentrional de la isla, y estaría expuesta, por consiguiente, á toda la violencia del alisio, si una cadena de arrecifes, llamada *Hog-island* ó «isla de los Puercos», no protegiese la rada contra el oleaje. Sin embargo, durante los huracanes, que agitan estas islas generalmente cada cuatro años, las olas de alta mar, precipitadas por encima del dique natural, han hecho garrear á veces las embarcaciones y las han arrojado á la costa.

En conjunto las Bahamas no tienen más que unos 60.000

habitantes y los extranjeros que más las visitan son los enfermos yanquis que van en busca de su clima.

IV

Islas Bermudas.

El pequeño archipiélago de las Bermudas, que surge aisladamente del fondo de los abismos atlánticos, lleva aún, bajo una forma ligeramente modificada, el nombre del navegante español Bermúdez, que lo descubrió en una fecha incierta, á principios del siglo xvi. Cien años más tarde, el inglés Somer volvió á encontrar ese archipiélago situado fuera de la derrota que seguían los pilotos, y en lo sucesivo se designaron frecuentemente las islas con el nombre de *Somer's islands*, como para celebrar su suave clima, su eterno «estío». Pero han acabado por prevalecer las denominaciones de Bermudas.

El grupo de las islas Bermudas está en pleno Océano, á un millar de kilómetros del cabo Hatteras, el punto más próximo del continente norteamericano. Está mucho más lejos de las primeras islas del archipiélago de las Lucayas; pero á estas tierras, y no á la costa firme, es á la que se asocia por la dirección de los vientos y de las corrientes.

Las Bermudas, islas y bancos de coral, forman un óvalo casi regular que se extiende de Nordeste á Sudoeste en una longitud de 37 kilómetros.

En la época de su descubrimiento las islas estaban deshabitadas. La población actual, que se compone en sus tres quintas partes de africanos puros ó mezclados, ha sido llevada de las otras colonias inglesas, sobre todo desde la abolición de la esclavitud, y crece ahora por el exceso de los nacimientos sobre las defunciones. Tres pequeñas ciudades, algunas aldeas y casas aisladas contienen á todos los bermudeños. La capital, Hamilton, donde se agrupan más de la mitad de los isleños, es ciudad, sumamente pulcra, y no tiene de notable más que sus jardines, sus paseos, sus *villas* de una blancura deslumbradora y sus *miradores* adornados de guirnaldas de enredaderas. Hasta los tejados mismos se raspan y blanquean dos veces al año para que el agua de lluvia que baja á las cisternas no arrastre impurezas. De trecho en trecho se han abierto depósitos para recoger el sobrante de aguas y subvenir á las necesidades del consumo público durante las sequías.

El puerto de San Jorge, al extremo septentrional del archipiélago, es más seguro y de acceso más fácil que el de Hamilton. Hay fuertes y reductos que defienden la ciudad y los pasos y puentes tendidos sobre los estrechos que unen la isla de *Saint-Georges* por *Bird-island*, con la Gran Bermuda. Al otro extremo del archipiélago, la punta del anzuelo de las Bermudas se halla ocupada igualmente por obras militares muy importantes. Un arsenal, una fortaleza, cuarteles, muelles fortificados, pontones y una penitenciaría donde viven 1.500 disciplinarios: tal es el cuadro de aspecto amenazador que presenta la isla de Ireland en la entrada de las Bermudas.

Las Bermudas tienen una superficie demasiado pequeña para que pueda haber allí agricultura intensiva, y los artículos alimenticios son insuficientes para los habitantes, por lo que hay que importar la mayoría de los víveres de los Estados Unidos.

ANTILLAS FRANCESAS

I

Archipiélago de la Guadalupe.

La isla mayor de este archipiélago, como las más de las Antillas Menores, ha conservado bajo una forma ligeramente modificada de *Guadeloupe*, el nombre que le dió Colón. Los indios caribes la llamaban Curucueira. En realidad se compone de dos islas, una de las cuales, la del Oeste, es la Guadalupe propiamente dicha, llamada *Basse-Terre* ó Tierra Baja, por su posición con respecto al viento alisio, mientras que la isla oriental es la *Grande-Terre*, á pesar de ser la más pequeña de las dos, porque ofrece una extensión más dilatada de terrenos cultivables. Un estrecho sinuoso separa las dos islas, con una anchura variable de 30 á 120 metros.

La *Basse-Terre* ó «Tierra Baja» es en realidad la tierra alta. Cuatro grandes focos volcánicos han derramado sus lavas para formar otros tantos macizos distintos: la *Grosse-Montagne* (720 metros); las *Deux-Mamelles* (773 metros); el *Sans-Toucher* (1.480 metros), y la *Soufrière* (1.485 metros).

Más allá del estrecho, llamado río Salée, toda la superficie de la *Grande-Terre* está sembrada de eminencias de una altura media de 30 á 40 metros, y que consisten, como los escollos de la orilla, en aglomeraciones calizas llenas de conchas y de corales fósiles, semejantes á los que viven en los mares vecinos.

La isla que prolonga la punta oriental de la *Grande-Terre*, la Deseada, ha conservado como la Guadalupe, el nombre que le dió Colón. Es la isla «Deseada», porque es la primera tierra cuyos montes divisan los navegantes que van de Europa hacia Guadalupe. La isla Mari-Galante, que lleva el nombre de una nave de Colón, es mucho mayor que la Deseada, pero un poco menos alta. De forma casi circular, Mari-Galante extiende sus playas en una circunferencia de 83 kilómetros. De aspecto y

formación muy diferentes son los Santos (*les Saintes* en francés), grupo de islas que, con algunos islotes, completan el archipiélago de la Guadalupe. Esas islas, llamadas así, porque fueron descubiertas algunos días después del de Todos los Santos, son los restos irregulares de dos volcanes. De las siete tierras distintas que las forman, unas son fragmentos de cráter y otras montículos de lavas que reposan sobre un volcán submarino. El cerro más elevado, perteneciente á la isla oriental ó *Terre-de-Haut*, es el Chameau (316 metros). Los Santos son el sanatorio de la Guadalupe y constituyen también su ciudadela, pues las cumbres están coronadas de fuertes.

No puede haber aguas corrientes más que en la Guadalupe propiamente dicha. Las islas de los Santos son demasiado pequeñas para tener verdaderos riachuelos y las islas calizas del Este, la Grande-Terre, la Deseada y Mari-Galante, dejan pasar las aguas de lluvia por las grietas del suelo. Apenas hay algunos manantiales, muy cargados de sales y de un sabor desagradable. La tierra es tanto más fecunda cuanto que las aguas corren por la superficie; así los bosques se ostentan en toda su belleza en las laderas de los montes de la isla grande. En las islas bajas la vegetación es también muy hermosa y las más de las habitaciones están rodeadas de jardines con soberbias arboledas.

La ciudad principal de Guadalupe, *Pointe-à-Pitre*, está situada, no en la isla occidental sino en la Grande-Terre, cerca del fondo de la bahía que separa las dos islas y en la cual desemboca el río Salée. La *Pointe-à-Pitre*, fundada durante una ocupación inglesa, de 1759 á 1763, crece rápidamente, pero las guerras y los incendios han interrumpido frecuentemente su prosperidad. El mayor de todos los desastres fué el que causó el terremoto de 1843. Las casas, bajas y aisladas en su mayor parte, se construyen desde entonces de modo que resistan al fuego y á las sacudidas. Las otras poblaciones importantes del archipiélago de Guadalupe son Monle, Pórt-Louis y el Grand Bourg, capital de Mari-Galante.

El gran cultivo de la Guadalupe desde hace mucho tiempo es el de la caña de azúcar, que ha hecho la riqueza de la isla.

II

La Martinica.

Esta isla francesa es, entre las Antillas Menores de alguna extensión, la única que ha conservado su nombre caribe, aunque muy alterado á la verdad, porque su forma primitiva era *Matinina* ó *Mudiana*. La Martinica es montuosa del uno al otro confin, y sin embargo, está cubierta de verdor hasta la cumbre misma de la montaña llamada Pelada, sin duda porque una erupción hizo desaparecer en otro tiempo sus hierbas y árboles bajo capas de cenizas. Esta cúpula volcánica, de 1.350 metros de altura, se eleva hacia la punta Noroeste de la isla, la cual ha agrandado gradualmente derramando sus lavas con regularidad por todo su contorno. Sólo un volcancito adventicio, el *Pain-de-Sucre*, ha erguido su cono en la pendiente del Noroeste, al extremo del eje insular. La montaña Pelada, después de largos sueños, ha realizado terribles erupciones y recientemente fué causa de grandes catástrofes.

La capital de la isla es Fort-de-France, conocida en otro tiempo con el nombre de Fort-Royal. Goza de una situación admirable en la orilla septentrional de la gran bahía que se abre á sotavento de la Martinica. Domínala por el Norte un fuerte construído en lo alto de un promontorio, y otra obra militar defiende una larga península que se proyecta al Este del principal cuartel. Fort-de-France es el centro militar y el arsenal de las Antillas francesas. Es el lugar de reunión de los buques de guerra y el punto de escala de los vapores transatlánticos, adonde las líneas secundarias van á enlazar con la principal. Como la mayoría de las ciudades antillanas, Fort-de-France ha sufrido multitud de desastres á causa de terremotos é incendios, siendo reedificada varias veces.

Aunque el puerto y la rada de Fort-de-France tienen ventajas excepcionales sobre todas las demás escalas de la Martinica, sin embargo, donde el tráfico ha adquirido más importancia es hacia un punto del litoral que apenas presenta una ligera inflexión: *Saint-Pierre*, á orillas de la ensenada que se extiende en la costa occidental, entre la falda de la montaña Pelada y la de los pitones del Carbet. Se ha hecho la ciudad más populosa y el mercado más activo de la Martinica, sin duda porque allí los reglamentos militares no entorpecen la libertad

de cambios. Saint-Pierre es una de las ciudades más pintorescas de las Antillas Menores y recientemente ha tenido que ser reedi-



Joven de la Martinica. (Dibujo de Thirlat).

ficada á causa de una terrible erupción del volcán que la destruyó por completo.

La Martinica es una de las tierras más pobladas del mundo, aunque la población se halla repartida en un estrecho óvalo

alrededor de las montañas, quedando casi desierto el interior cubierto de bosques. Entre los residentes, los blancos no llegan quizá al número de 10.000. Se cuentan cerca de 15.000 asiáticos y los demás, ó sea unos 150.000 individuos, son negros y gentes de color, casi todos criollos, perfectamente aclimatados y que aumentan casi todos los años por el exceso de los nacimientos sobre las defunciones.

ANTILLAS HOLANDESAS

Y DANESAS

Holanda posee en el mar de las Antillas unas 113.000 hectáreas del terreno repartidas en varias islas, con unos 44 000 habitantes.

Las tres islas principales Curasao, Buen Aire y Aruba, son realmente más venezolanas que antillanas, pues están situadas en el litoral de Venezuela, en el grado 12 de latitud, al Sur del mar de los Caribes. Geográficamente pertenecen á la América del Sur aunque se las comprende en la denominación general de Antillas.

Curasao, la isla holandesa más grande, tiene 55.000 hectáreas con unas 26.000 almas, y se halla situada sólo á 75 kilómetros de la costa de Venezuela. Carece de montañas que merezcan este nombre, pues, su altura mayor, sólo llega á 365 metros. Se ca y poco fértil Curasao mantiene, sin embargo, á una población que no habla el holandés puro, sino una mezcla de neerlandés, español, portugués (importado por emigrantes judíos), francés é indio guajiro. Su capital Wilhelmstadt, hace algún comercio.

Buen Aire ó Bonaire, al Este de Curasao, se halla también muy cerca de los cabos de la América meridional. Es una tierra elevada, con algunos bosques, y sobre sus 5.200 hectáreas, viven 5.200 personas.

La montañosa Aruba ú Oruba, se eleva al Oeste de Curasao, más cerca aún que las otras de Venezuela, frente á frente de la gran península que marca por el lado de Oriente la entrada al golfo de Maracaibo. Esta Antilla holandesa tiene 5.600 personas sobre 16.500 hectáreas.

Otras tres islas holandesas de menor importancia merecen más justamente el título de Antillas, pues se hallan en el grado 18, al Este Sudeste de Puerto Rico, entre las Antillas inglesas. Son, Saba, San Eustaquio y San Martín.

Saba es una enorme torre calcárea de 1.283 hectáreas, inaccesible, á no ser por el Sur, donde un pequeño camino trepa en zig-zag hasta lo alto de la roca. Sus 2.200 habitantes construyen barcos ó hacen medias.

San Eustaquio tiene 2.300 habitantes en 2.070 hectáreas; alrededor del Jarro de Ponche, un cráter de 300 metros de profundidad. En toda la isla no se encuentra una fuente ni un arroyo.

San Martín pertenece á Holanda y tiene 4.680 hectáreas con 33.000 habitantes

Más pequeñas que las Antillas holandesas, las que pertenecen á Dinamarca no suman más que 35.800 hectáreas, con un número casi igual de habitantes. En realidad son más inglesas que danesas, pues sus habitantes hablan con preferencia la lengua de la Gran Bretaña. Están situadas al Este de Puerto Rico, al Norte y al Sur del grado 18, y son tres.

Santa Cruz tiene 21.833 hectáreas con 9.700 habitantes que aunque súbditos holandeses obedecen en todo á Inglaterra.

San Tomás ó Saint Thomas, (8.617 hectáreas) es inglesa igualmente por voluntad de sus 18.430 insulares. Su puerto es el lugar de cita de una multitud de vapores que cruzan en él sus líneas de navegación.

San Juan (5.440 hectáreas) es una tierra malsana donde no viven más que 944 personas.



ÍNDICE

Páginas.

América.

I.—Cristóbal Colón y sus precursores escandinavos.—Descubridores posteriores á Colón.....	5
II.— El doble continente americano.....	14
III. Clima de América.....	19
IV.—Flora y fauna de América.....	22
V.—Anexión de la América á la civilización moderna.....	25
VI.—Razas de América.—Población.—Colonización.....	30

América del Norte.

GROENLANDIA.

I.—El país de los hielos.—Témpanos de las costas.—Ventisqueros de las tierras.....	40
II.—Antiguos establecimientos escandinavos.—La Groenlandia danesa.—Los esquimales.....	43

POTENCIA DEL CANADÁ O DOMINIO.

Canadá.

I.—El Alto San Lorenzo.—Los Grandes Lagos. El Niágara.....	47
III.—El Bajo San Lorenzo.—El lago Ontario.—El Saguenay. Anticost.....	52
IV.—Los montes Laurentinos.—La bahía de Hudson.—El Nordeste.....	57
V.—Clima.....	58
VI.—Los franco-canadienses.—Su fecundidad.—Su marcha progresiva.....	59
VII.—Los dos Canadá.—Descuento de razas: franceses, «sajones» é indios.....	63
VIII.—Poblaciones del Canadá.....	65
IX.—El Labrador.....	76
X.—Población del Labrador.....	78
XI.—Islas de la Magdalena.....	81

ACADIA Ó PROVINCIAS MARÍTIMAS.

I.—Nuevo Brunswick.....	82
II.—Nuevo Brunswick.—Ingleses y acadianos.....	82

NUEVA ESCOCIA.

I.....	85
II.—Los acadianos.—Muerte y renacimiento.....	86

	<u>Páginas.</u>
III.—Cabo Bretón.—Los Brazos de Oro.....	90
IV.—Escoceses.—Acadianos.....	90
ISLA DEL PRÍNCIPE EDUARDO.	
I.—La Perla del Golfo.—Sus «latifundios».—Sus acadianos.....	92
II.—Isla de Sable.....	93
TERRANOVA.	
I.—Terranova.—El banco de Terranova.—La pesca del bacalao.—San Pedro y Miquelón.....	95
II.—Los habitantes de Terranova.—El «Frenc Shore»..	98
III.—Labrador de Terranova.....	101
TERRITORIOS DEL NORTE.	
I.—Tierras polares.....	102
II.—La región de las aguas indecisas.—El río Mackenzie. Los grandes lagos fríos.....	103
III.—Cuencas del Nelson.—Lago Winipeg.....	108
IV.—Río Rojo.....	110
V.—Río Winipeg.....	112
VI.—Saskatchéonan.....	113
VII.—El Nelson.....	114
VIII.—Churchill.....	115
IX.—Blancos.—Indios —«Bois-Brûlés».....	115
X.—Compañía de la bahía de Hudson.....	118
XI.—Planicie y fecundidad del Manitoba.—Sus habitantes.	120
XII.—Assinoboia.....	121
XIII.—Alberta.....	122
XIV.—Athabaska.....	123
XV.—Saskatchéonan.....	123
XVI.—Keewatin.....	123
XVII.—Tierras Vagas.....	125
COLOMBIA INGLESA.	
I.—Clima dulce.—Amontonamiento de montañas.....	126
II.—El Fraser.—Hermosos bosques.—Furcos.—Islas innumerables.....	127
III.—Colombianos.—Indios.—El Chinouk.....	128
IV.—Isla Vancouver.....	130
V.—Islas de la Reina Carlota.....	132
VI.—El Canadá en conjunto.....	133
Estados Unidos.	
I.—Fundación de los Estados Unidos.....	134
II.—Montes Alleghanios.—Ríos y lagos.—Hulla y petróleo.....	140
III.—Ohio, Mississippi, Missouri.—Gran Oeste.....	144
IV.—Las Malas Tierras.—Las Montañas Rocosas.—Sus mesetas.....	152

V. —Utah ó mesetas de los Mormones.—La Gran Hoya.— Desiertos del Sur.....	155
VI.—Colorado.—Arizona.—Nuevo Méjico y Tejas.....	157
VII.—Vertiente del Pacifico.—Colombia ú Oregon.....	161
VIII.—Sierra Nevada.—California.....	162
IX.—Alaska.—Islas Aleutianas.....	164
X.—Los yanquis.—Los inmigrantes.....	169
XI.—¿Qué son los yanquis? ¿Qué hacen con los indios? Los negros.....	171
XII.—Lenguas.—Religiones.....	178
XIII.—Estados y territorios.....	179
XIV.—Estados y ciudades.....	180
XV.—Estados y ciudades de la vertiente Atlántica.....	182
XVI.—Estados y ciudades de la región media.....	195
XVII.—Estados y ciudades de las Montañas Rocosas y la ver- tiente del Pacifico.....	206
XVIII.—Pueblo y gobierno de los Estados Unidos.....	216

Méjico.

I.—El país y su exploración.....	219	+
II.—Montañas de Méjico.—Volcanes.....	223	
III.—Ríos de Méjico y litoral.....	240	+
IV.—Lagos de Méjico.....	247	
V.—Clima, flora y fauna.....	251	
VI.—Primitivos pobladores de Méjico.—Conquista del país.	262	
VII.—La civilización azteca.....	269	
VIII.—Indios y mestizos.....	281	
IX.—Régimen colonial.—Revolución é independencia.. . .	283	
X.—Los indios.—Sus diversas tribus.....	288	
XI.—Poblaciones de la Baja California, Sonora y Sinaloa..	304	
XII.—Estados de Chihuahua y Durango.....	311	
XIII.—Estados del Nordeste.—Coahuila, Nuevo León y Ta- maulipas.....	315	
XIV.—Estados «internos» de Zacatecas, Aguas-Calientes y San Luis de Potosi.....	321	
XV.—Vertientes del Lerma.—Guanajuato, Jalisco y Tepic, Colima y Michoacán.....	326	
XVI.—Meseta de Auahuac.—Querétaro, Hidalgo, Méjico, Dis- trito Federal.....	336	
XVII.—Veracruz.....	353	
XVIII.—Sudoeste de Méjico: Estados de Morelos, Guerrero y Oaxaca.....	361	

MÉJICO ORIENTAL.

I.—Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán.—El país....	370
II.—Población.—Los mayas.—Sus costumbres.....	383
III.—Religión y arte de los mayas.....	387
IV.—Poblaciones de Méjico Oriental.....	392
V.—Mayas salvajes.....	406

MÉJICO ACTUAL.

I.—Densidad de población.....	408
II.—Agricultura de Méjico.....	410
III.—Régimen de propiedad.....	415
IV.—Minas de Méjico.....	417
V.—Industria mejicana.....	419
VI.—Instrucción en Méjico.....	422
VII.—Gobierno y Administración.....	423

Las Antillas.

El Mediterráneo americano.....	428
--------------------------------	-----

Cuba.

I.—El país —Montañas y ríos.....	433
II.—Isla de Pinos.....	439
III.—Clima, flora y fauna de Cuba.....	439
IV.—Población.—Indios negros y blancos de Cuba.....	442
V.—Poblaciones de Cuba.....	446
VI.—Prosperidad de Cuba.....	454

Puerto Rico.

I.—El país.—Sus pobladores.....	459
II.—Poblaciones de Puerto Rico.....	461
III.—Prosperidad de la isla.....	463

Isla de Santo Domingo.

REPÚBLICAS HAITIANA Y DOMINICANA.

I.—El país y sus habitantes.—Los filibusteros.—Negros y blancos.....	464
II.—República de Haití.....	471
III.—República Dominicana ó de Santo Domingo.....	475

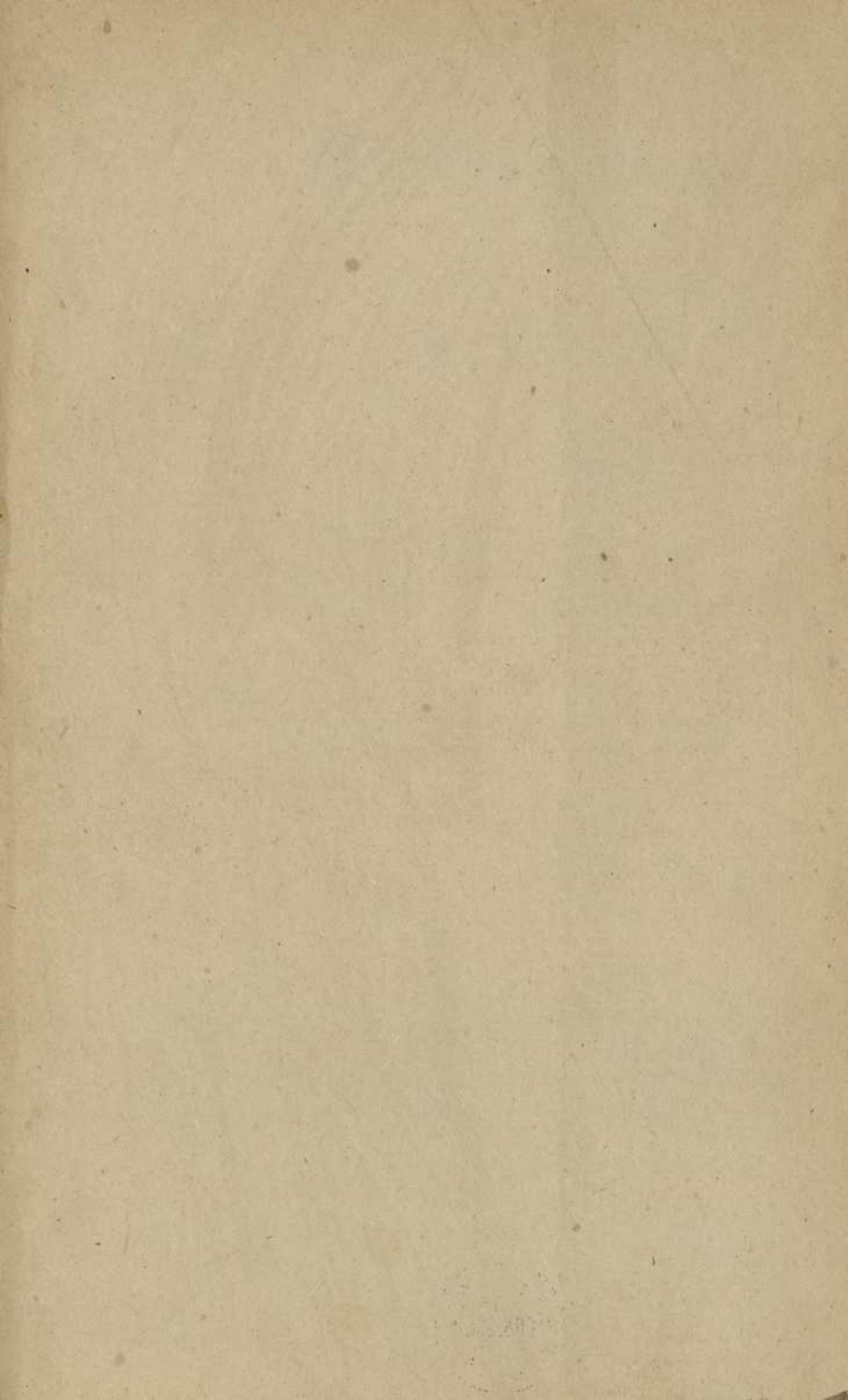
Antillas inglesas.

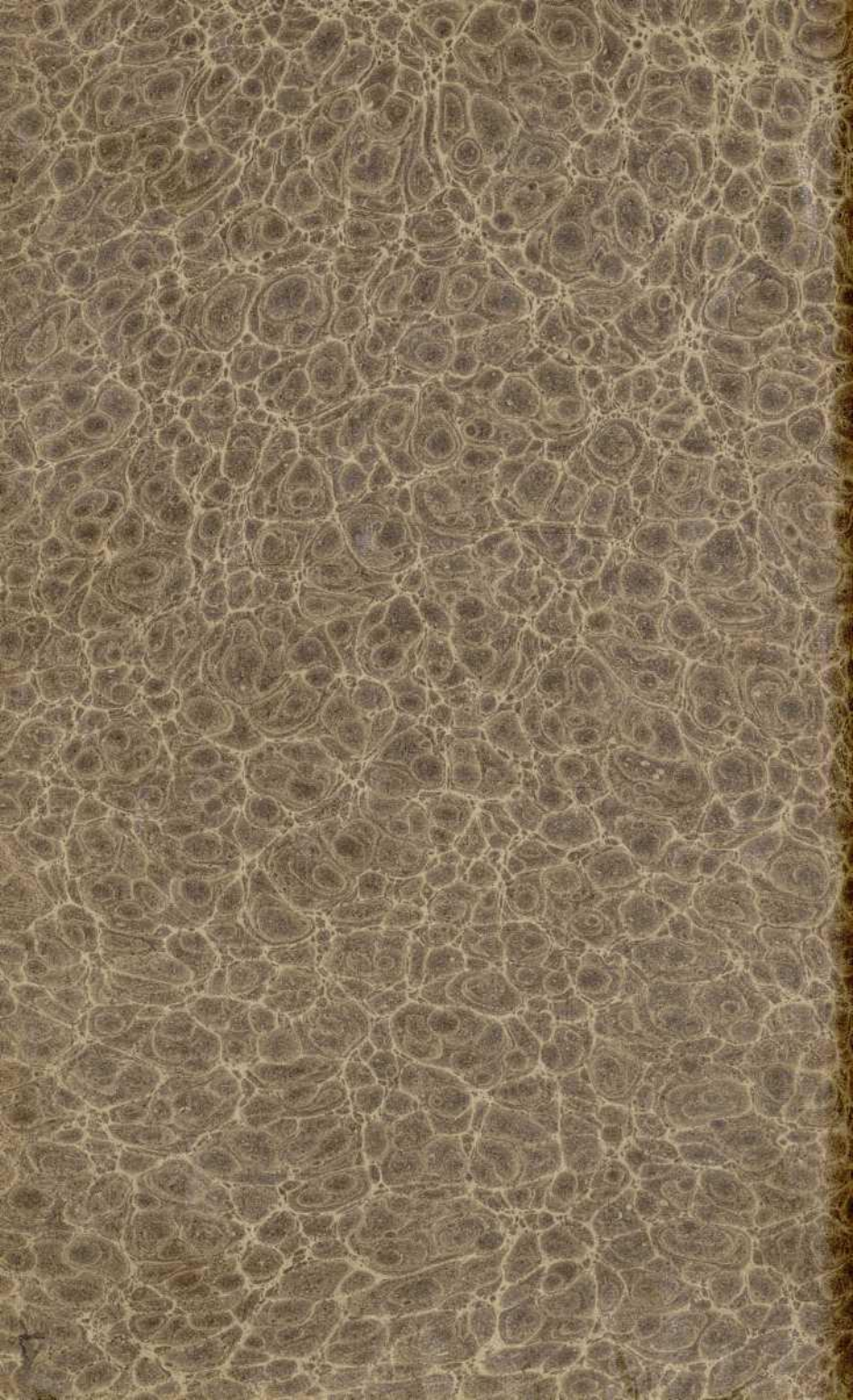
I.—Isla Jamaica.....	480
II.—Pequeñas Antillas inglesas.....	483
III.—Islas de Bahama ó Lucayas.....	485
IV.—Islas Bermudas.....	488

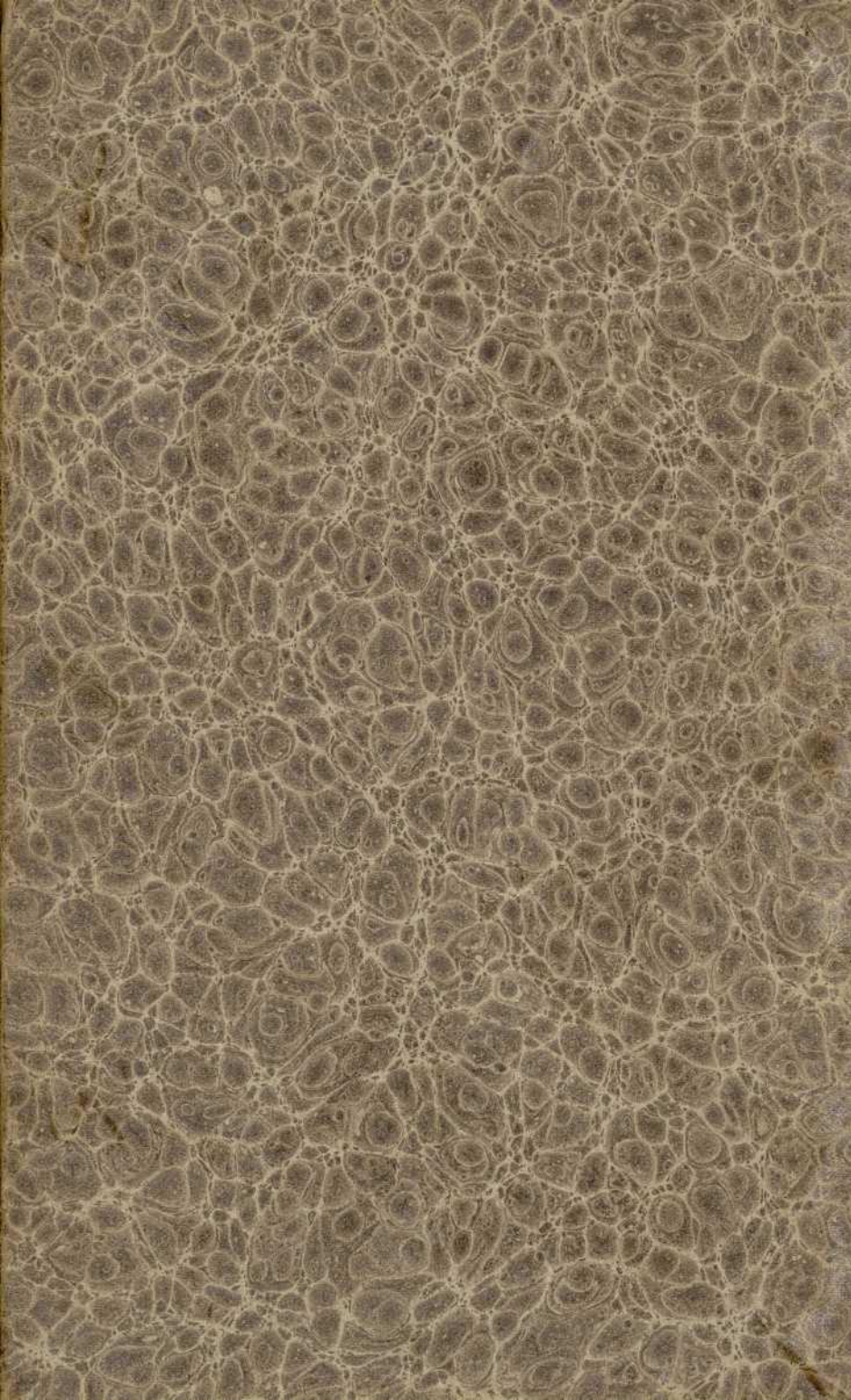
Antillas francesas.

I.—Archipiélago de la Guadalupe.....	490
II.—La Martinica.....	492

Antillas holandesas y danesas.











RECLUS.

GEOGRAFIA
UNIVERSAL



4



C
611